SERIE CRAVE

furia



Rabiosamente adictivo. Ya no puedes parar.

TRACY WOLFF

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1. «Woke Up Like This»
2. Bueno… ¿qué me he perdido?
3. La Bella Durmiente no tiene nada que ver conmigo
4. Resulta que el sexto sentido es en realidad un sacrificio humano
5. Las gárgolas son el «new black»
6. La ruleta vampírica no es igual sin la sangre
7. Lo que no sé me hará daño a mí…y a todos los demás
8. «Put a Little Love on Me»
9. Viviendo en una alucinación inducida por la esperanza
10. Un incordio gigante
11. Sí, tal vez tenga el corazónde piedra
12. #ElClubDeLaLuchaDePandillas
13. Golpéame por sorpresa «one more time»
14. Travesuras
15. Juguemos a buscar al maniaco homicida
16. No hay nada malo en tener cuernos
17. Efecto túnel
18. Creo que tuve amnesia una vez… o dos
19. Pillada con las manos en la sangre
20. El karma es una prima bruja
21. Mantén a tus enemigos cerca, a menos que sangren mucho

22. «Familia» es mi palabra con F favorita
23. Los dibujos de los sábados por la mañana nunca me prepararon para esto
24. Borrón y mucho sueño
25. Y las lagunas siguen sucediéndose
26. La posesión es el noventa por ciento de la ley
27. Cuando el mal que hay dentro de ti tiene que salir, salir, salir
28. A veces las chicas solo quieren tomar el control
29. Soy demasiado sexy para mi abrigo… como cualquiera
30. Ganadora, ganadora… cena de la Sangradora
31. Bienvenidos a la Edad de Hielo
32. La realidad de una persona es una auténtica comida de olla para otra
33. Es difícil escoger mis batallas cuando las batallas no parande escogerme a mí
34. Este lugar no es lo bastante grande para los dos
35. Pienso quitarme a ese psicópata del pelo
36. Bricoexorcismo
37. Los dulces sueños están hechos de cualquier cosa menos de esto
38. Acógeme bajo tu ala de dragón
39. Los juicios de Salem 2.0
40. Sobrevivir ya está demodé
41. Resulta que el diablo viste de Armani
42. Ben y Jerry son los únicos tíos por los que quiero pelearme
43. Hasta los maniacos homicidas tienen sus límites
44. Dos cabezas no son mejor que una
45. Déjate los «daddy issues» en la puerta
46. Las gárgolas también necesitan un poco de glamur
47. ¿Es que no os llegala sangre a la cabeza?
48. Vencer, perder o morir
49. El trabajo en equipo ayudaa lograr los sueños (o te provoca pesadillas)
50. Empieza a haber demasiada gente debajo de la cama

51. Que empiece tu magia
52. «Come On, Baby, Light My Candle»
53. Todos quieren dominar el mundo
54. ¿Quién quiere una alfombra mágica cuando tu mejor amigo es un dragón?
55. Solo es una cuestión de alas
56. Cállate y baila
57. Manejando los hilos (del corazón)
58. «Always Look on the Bite Side»
59. Dos vampiros son multitud
60. Las telenovelas paranormales son un estilo de vida
61. Popurrí de monstruos
62. Bocados de gravedad
63. No hay suficientes pensamientos alegres en el mundo
64. Discúlpame por teneruna crisis existencial
65. «A puerta cerrada»: una biografía
66. Los «eneamigos» son para toda la vida
67. Háblame en Darcy
68. La verdad duele
69. Morder o no morder
70. Cuando el diablo se planta en Denali
71. La revancha de la del cuerpo robado
72. Bienvenidos a la jungla paranormal
73. Vive y deja amar
74. Un March Madness totalmente diferente
75. Ahora me ves, ahora no me ves
76. De jugador agresivo a quiquiriquí
77. Cuenta conmigo, nena
78. Hablando de asuntos pendientes
79. Dinámica de confianza: dejarse caer
80. Guía de antigravedad para gárgolas
81. Cien por cien esa de clase bruja
82. Vuela o muere
83. Familia y hogar
84. Dos vampiros, una bruja y un lobo entran en un cementerio...

85. Polvo y huesos de dragón
86. Grace al rojo vivo
87. Los movimientos correctos
88. Subconscientemente tuya
89. «Bend Till You Break»
90. Fuego y piedra de sangre
91. Las disputas familiares no tienen nada que ver con nosotros
92. ¿Es realmente un desafío si te dan ganas de vomitar?
93. «Traición» es una palabrota
94. Algunos días el vaso está realmente medio vacío
95. La segunda estrella a la derecha y, después, todo recto hasta Siberia
96. ¡Que te muerdan!
97. «Another One Bites the Dust»
98. Con nocturnidad y alevosía
99. Con el corazón en un cebo
100. «Carpe Slay-em»
101. «Heaven on My Mind»
102. Nosotros somos los monstruos
103. Hacer las cosas por mágica inercia
104. Como no pudimos detenernos para morir…
105. Caer en des-Grace
106. Los corazones de piedra se rompen
107. Al fin y al cabo, yo nunca pedí esto
108. Pompones y pompa
109. ¿Adónde van a parar los vínculos rotos?
110. Y aquí tenemos a… ¡Hudson!
111. Menudo subidón de poder
112. Ya es mediodía y la justicia no se administra sola
113. Un partido en el infierno
114. Sentirlo hasta romperlo
115. Se lo merecía
116. «Fallecida a causa de un cubito de hielo» no es forma de comenzar un obituario
117. Lluvia de dragones

118. Deja de tocarme las… alas
119. Las gárgolas lo hacen con gracia
120. Un, dos tres, ¡poder inglés!
121. Y la afición se vuelve loca
122. Gárgola de gelatina
123. «It All Comes Crashing Down»
124. Me estás mareando
125. Entre la espada y la… tumba
0. «Amazing Grace» (Hudson)
Pero ¡espera! ¡Aún hay más!
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

«He vuelto al Instituto Katmere, pero me siento extraña, me atormentan cosas que no recuerdo haber vivido, y sigo luchando por comprender quién o qué soy realmente. Cuando empiezo a sentirme segura de nuevo, Hudson reaparece con sus ideas de venganza, insiste en que hay secretos que no conozco, secretos que pueden abrir una brecha entre Jaxon y yo para siempre. Pero enemigos mucho peores nos están esperando…»

«Con el Círculo atrapado en una jugada de poder y la Corte de Vampiros tratando de arrastrarme hacia su mundo, lo único que todos tenemos claro es dejar Katmere significaría mi muerte segura. Tengo que luchar, no solo por mi vida, sino por la de todos. Solo sé que salvar a las personas que amo requerirá sacrificio. Quizás más de lo que puedo dar.»

Llega la segunda parte de la nueva obsesión juvenil.

Ya no puedes parar. #SERIECRAVE

FURIA

(Serie Crave 2)

Tracy Wolff

Traducción de Vicky Charques

Planeta

Para Elizabeth Pelletier y Emily Sylvan Kim,
las dos mujeres más fascinantes del sector.
No querría vivir esta aventura con nadie más que con vosotras

1

Woke Up Like This

En el mejor de los casos, ser la única humana en un instituto de seres paranormales es peligroso. En el peor, es un poco como ser el último juguete mordedor en una habitación repleta de perros rabiosos. Pero, en un día corriente... Bueno, la verdad es que en un día corriente mola bastante.

Es una lástima que hoy no sea uno de esos días.

No sé por qué, pero tengo la sensación de que algo no va bien mientras me dirijo por el pasillo hacia la clase de Literatura Británica aferrada al tirante de mi mochila como si de una cuerda de salvamento se tratase.

Puede que sea porque estoy helada; el frío me cala los huesos y me tiembla todo el cuerpo. O tal vez sea porque la mano con la que agarro la mochila me duele tanto como si me hubiese peleado contra un muro y hubiese perdido. O quizá por el hecho de que todo el mundo, y con «todo el mundo» quiero decir «todo el mundo», me está mirando. Y no como lo harían en uno de esos «mejores casos»... si es que existen.

Ya debería haberme acostumbrado a las miradas, al fin y al cabo viene incluido en el paquete de ser la novia de un

príncipe vampiro. Pero no es el caso. Y, desde luego, no es algo positivo cuando todos los vampiros, brujas, dragones y lobos del lugar se paran a mirarte ojipláticos y con la boca abierta, como está pasando hoy.

Sinceramente, no lo entiendo. Venga ya. ¿No debería ser yo la extrañada, teniendo en cuenta las circunstancias? Ellos han sabido todo este tiempo que los humanos existen. Yo, en cambio, hace apenas una semana que he descubierto que los monstruos del armario son reales. Como la de mi habitación, los que vienen conmigo a clase... y el que está a veces entre mis brazos. ¿No debería ser yo la que fuese por ahí mirándolos con la boca abierta?

—¿Grace?

Reconozco la voz y me doy la vuelta sonriente. Entonces veo que Mekhi me mira pasmado también, y su tez, generalmente de un tono cálido, parece más cerosa que nunca.

—¡Hombre, hola! —Sonrío de oreja a oreja—. Ya pensaba que me iba a tocar leer *Hamlet* sola hoy.

—*¿Hamlet?* —dice con voz ronca mientras se saca torpemente el teléfono del bolsillo delantero del pantalón con las manos temblorosas.

—Sí, *Hamlet* . ¿La obra que hemos estado leyendo en Literatura Británica desde que llegué? —Arrastro un poco los pies; de repente, me siento incómoda al ver que sigue mirándome como si hubiese visto un fantasma... o algo peor. Este comportamiento no es nada típico de Mekhi—. Hoy vamos a representar una escena, ¿no te acuerdas?

—No estamos ley...

Se detiene a media palabra; teclea a toda prisa en su móvil y envía lo que, a juzgar por su rostro, es el mensaje más importante de su vida.

—¿Estás bien? —pregunto acercándome a él—. No tienes buen aspecto.

—¿Que yo no tengo buen aspecto? —Suelta una risotada y se pasa la mano temblorosa por las rastas oscuras y largas

—. Grace, estás...

—¡¿Señorita Foster?! —vocifera por el pasillo una voz que no reconozco interrumpiendo a Mekhi—. ¿Se encuentra bien?

Miro a Mekhi con cara de no entender absolutamente nada, y ambos nos volvemos. Es el señor Badar, el profesor de Astronomía Lunar, que se aproxima a paso ligero.

—Sí —respondo, y doy un paso atrás sobresaltada—. Solo intento llegar a clase antes de que suene el timbre.

Me quedo mirándolo perpleja cuando se detiene justo delante de nosotros. Parece demasiado alucinado, sobre todo si tenemos en cuenta que lo único que estoy haciendo es charlar con un amigo.

—Debemos ir a buscar a tu tío de inmediato —dice, y me agarra del codo para obligarme a dar media vuelta y guiarme de regreso por donde acabo de venir.

Su voz suena más a petición que a orden, así que empiezo a caminar por el largo pasillo ojival sin protestar. Bueno, por eso y porque Mekhi, que por lo general se muestra impasible, se aparta de forma brusca de nuestro camino.

Pero, a medida que avanzo, la sensación de que algo no va bien se intensifica. Sobre todo cuando la gente se para literalmente de golpe al vernos pasar, una reacción que no hace sino poner al señor Badar más nervioso todavía.

—¿Me explica, por favor, qué está ocurriendo? —pregunto mientras la masa de alumnos se aparta a nuestro paso. No es la primera vez que veo este fenómeno: salgo con Jaxon Vega; pero es la primera vez que esto sucede sin estar mi novio presente. Y es raro de narices.

El señor Badar me mira como si fuese un perro verde. Entonces pregunta a su vez:

—¿Es que no lo sabes?

Que esté tan agitado y su voz haya adoptado ese tono de incredulidad dispara mi ansiedad. Sobre todo porque me recuerda a la expresión de Mekhi mientras sacaba el móvil hace un par de minutos.

Es la misma que detecto en el rostro de Cam cuando nos cruzamos con él en la puerta de una de las aulas de Química. Y en el de Gwen. Y en el de Flint.

—¡Grace! —exclama este último, que sale corriendo de su clase y se pone a caminar con nosotros—. ¡Qué fuerte, Grace! ¡Has vuelto!

—Ahora no, señor Montgomery —le espeta el profesor con los dientes apretados, marcando cada palabra.

A juzgar por el tamaño de ese colmillo que le asoma por debajo del labio... debe de ser un lobo. Aunque supongo que la asignatura que imparte debería haberme dado la pista. ¿Quién puede tener más interés en la astronomía de la Luna que las criaturas que ocasionalmente le aúllan?

Empiezo a preguntarme si habrá pasado algo esta mañana que yo no sepa. ¿Se habrán vuelto a enzarzar en una pelea Jaxon y Cole, el lobo alfa? ¿O Jaxon con algún otro lobo esta vez? ¿Con Quinn o Marc? No lo creo, ya que todo el mundo nos ha estado evitando últimamente, pero ¿por qué otra razón iba a estar un profesor lobo al que nunca he conocido tan nervioso y decidido a llevarme ante mi tío?

—Espera, Grace...

Flint extiende la mano para tocarme, pero el señor Badar se lo impide.

—¡He dicho que ahora no, Flint! ¡Vete a clase! —ruge desde lo más profundo de su garganta.

Flint parece reacio a acatar su orden; en sus dientes se refleja de repente la tenue luz de los candelabros que iluminan el pasillo. Debe de llegar a la conclusión de que no merece la pena discutir, pese a sus puños apretados, porque al final no dice nada. Simplemente se detiene y nos observa alejarnos... igual que todos los demás.

Varias personas parecen querer acercarse, como Gwen, la amiga de Macy, pero basta con un leve gruñido del profesor, que ahora prácticamente me hace desfilar a toda prisa por el pasillo, para que opten por mantener la distancia.

—Tranquila, Grace. Casi hemos llegado.

—¿Adónde? —Pretendía exigirle una respuesta, pero mi voz suena demasiado aguda.

—Al despacho de tu tío. Lleva mucho tiempo esperándote.

Eso no tiene sentido. Vi al tío Finn ayer mismo.

Un escalofrío me recorre la espalda y se me ponen los pelos de punta. Aquí pasa algo. Algo no va bien.

Cuando doblamos otra esquina, esta vez hacia el pasillo repleto de tapices que lleva al despacho del tío Finn, es mi turno de llevarme la mano al bolsillo para sacar el móvil. Quiero hablar con Jaxon. Él me dirá qué está ocurriendo.

Porque... esto no puede ser por Cole, ¿verdad? Ni por Lia. Ni por... Grito cuando mis pensamientos chocan contra lo que parece un muro gigante. Uno del que sobresalen enormes puntas de metal que apuntan directas a mi cabeza.

Aunque el muro no es tangible, estamparme mentalmente contra él resulta muy doloroso. Por un momento, me quedo helada y algo aturdida. Una vez superada la sorpresa (y el dolor), pongo más empeño todavía en salvar el obstáculo y me esfuerzo en ordenar mis pensamientos, en obligarlos a recorrer esa senda mental que de repente se ha cerrado para mí.

Entonces caigo en la cuenta: no recuerdo haberme despertado esta mañana. No recuerdo haber desayunado. Ni haberme vestido. Ni haber hablado con Macy. No recuerdo nada de lo que ha pasado hoy.

—¿Qué diablos está sucediendo?

Ni siquiera soy consciente de haber dicho esto en voz alta hasta que el profesor responde, con un tono bastante adusto:

—Me temo que Foster esperaba precisamente que tú pudieras explicárselo.

No es la respuesta que esperaba. Busco de nuevo mi móvil, decidida a no dejarme distraer esta vez. Quiero hablar con Jaxon.

Pero el teléfono no está en el bolsillo donde lo guardo siempre, ni en ninguno de los demás. ¿Cómo es posible? Yo nunca me dejo el móvil.

La ansiedad se transforma en miedo, y el miedo en un insidioso pánico que me bombardea con una infinidad de preguntas. Intento mantener la calma y no mostrar lo agobiada que estoy ante las dos docenas de personas que me observan en este preciso instante. Pero no resulta nada fácil, y menos cuando no tengo ni la menor idea de qué está pasando.

El señor Badar me empuja ligeramente por el codo para que me ponga en marcha de nuevo, y lo sigo con el piloto automático.

Giramos por última vez al llegar a la puerta del despacho del director del instituto Katmere, también conocido como mi tío Finn. Esperaba que Badar llamase antes de entrar, pero la abre de golpe y entramos en la antesala. La asistente de mi tío está sentada a su mesa, escribiendo algo en el portátil.

—Ahora mismo estoy con vosotros —dice la señora Haversham—. Dadme un...

Levanta la vista para mirarnos por encima de la pantalla del ordenador y de sus gafas de montura morada y lentes de media luna, y se interrumpe a media frase en cuanto sus ojos se encuentran con los míos. Se levanta súbitamente de la silla, que golpea contra la pared que tiene detrás, y llama gritando a mi tío.

—¡Finn, ven, corre! —Sale de detrás de su mesa y me rodea con los brazos—. Grace, ¡cuánto me alegro de verte! Es estupendo que estés aquí.

No tengo ni idea de a qué se refiere, como tampoco entiendo por qué me está abrazando. A ver, la señora Haversham es una mujer bastante agradable y eso, pero no sé en qué momento nuestra relación ha pasado de saludarnos con mera formalidad a este abrazo tan espontáneo y aparentemente eufórico.

Aun así, se lo devuelvo, e incluso le doy unas palmaditas en la espalda, con cierto reparo, pero supongo que lo que cuenta es la intención. Además, sus suaves rizos blancos huelen a miel.

—Yo también me alegro de verla —respondo mientras empiezo a apartarme un poco con la esperanza de que un abrazo de cinco segundos sea suficiente en esta situación ya de por sí tan extraña.

Pero está claro que la señora Haversham prefiere la versión larga, y me estrecha con tanta fuerza que empieza a costarme respirar. Por no hablar de lo incómoda que me siento.

—¡Finn! —grita otra vez sin percatarse del hecho de que, por el abrazo, sus labios color carmín están justo al lado de mi oreja—. ¡Finn! Es...

La puerta del despacho del tío Finn se abre.

—Gladys, tenemos un interfono... —Él también se detiene a media frase, y sus ojos se abren sorprendidos cuando reparan en mi rostro.

—Hola, tío Finn. —Le sonrío, y la señora Haversham me libera por fin de su letal abrazo con aroma a madreselva—. Siento molestarte.

Mi tío no responde. Simplemente sigue mirándome. Mueve la boca, pero no emite sonido alguno.

De repente, tengo la sensación de que mi estómago está lleno de cristales rotos.

Puede que no sepa qué he desayunado esta mañana, pero una cosa está clara: aquí está pasando algo muy muy malo.

2

Bueno... ¿qué me he perdido?

Estoy a punto de reunir el valor para preguntarle al tío Finn qué está pasando (nunca me ha mentido, al menos no a la cara), pero antes de que pueda forzar a las palabras a salir de mi garganta terriblemente seca, exclama:

—¡Grace! —Viene corriendo hacia mí—. ¡Dios mío, Grace! ¡Grace! ¡Has vuelto!

«¿Vuelto? ¿Por qué me dice eso todo el mundo? ¿Adónde narices he ido? Y ¿por qué no esperaban que fuese a volver?»

Una vez más, hurgo en mi memoria y, de nuevo, vuelvo a darme contra ese muro gigante. Esta vez no duele tanto como la primera, quizá porque ya no me coge por sorpresa, pero sigue siendo una sensación incómoda.

Al igual que la señora Haversham, el tío Finn se acerca y me envuelve en un fuerte abrazo de oso: me invade su familiar aroma silvestre. Es más reconfortante de lo que esperaba, y me descubro relajándome un poco sobre él mientras intento dilucidar qué diablos está pasando. Y por qué no puedo recordar lo que sea que haya provocado esta reacción en mi tío... y en todos con los que me he topado

hasta el momento. Solo iba de camino a clase, como cualquier otra alumna.

El tío Finn se aparta, pero solo lo justo para mirarme a la cara.

—Grace, no me puedo creer que hayas regresado. Te hemos echado mucho de menos.

—¿Que me habéis echado de menos? —repito decidida a obtener respuestas al tiempo que retrocedo un par de pasos —. ¿Qué significa eso? Y ¿por qué os comportáis todos como si hubieseis visto un fantasma?

Por un instante, solo un instante, veo un reflejo de mi propio pánico en la mirada que el tío Finn le lanza al profesor que me ha traído hasta aquí. Pero entonces su rostro se relaja y pone los ojos en blanco (cosa que no me tranquiliza nada). Después, me rodea los hombros con uno de sus brazos y dice:

—Hablemos de esto en mi despacho, ¿te parece? —Se vuelve hacia Badar—. Gracias, Raj, por haberme traído a Grace.

El señor Badar asiente en silencio y me observa brevemente antes de dirigirse al pasillo.

El tío Finn me guía con suavidad hacia la puerta de su despacho (¿a qué viene esto de que todo el mundo me lleve de aquí para allá?) mientras le dice a la señora Haversham:

—¿Podrías enviarle un mensaje a Jaxon Vega y pedirle que venga a reunirse conmigo lo antes posible? Y mira a ver a qué hora acaba... —me mira, y después a la asistente— mi hija los exámenes, por favor.

La señora Haversham asiente, pero la puerta por la que acaba de salir Badar se abre de repente con tanto ímpetu que el pomo golpea la pared. Todas mis terminaciones nerviosas se ponen en alerta roja y se me eriza el vello porque, incluso sin darme la vuelta, todas mis células saben perfectamente quién acaba de entrar en el despacho de mi tío: Jaxon.

Una sola mirada a su rostro por encima de mi hombro y ya sé todo lo que tengo que saber, incluso que está a punto de armar un buen escándalo.

—Grace... —susurra, pero el suelo bajo mis pies vibra cuando nuestras miradas se encuentran.

—Tranquilo, Jaxon. Estoy bien —le aseguro.

Pero parece que le da igual; atraviesa la habitación en poco más de un segundo, me aparta del tío Finn, que no ofrece resistencia, y me estrecha entre sus fuertes brazos.

Es lo último que me esperaba: una muestra pública de afecto delante de mi tío. Pero todo esto deja de importarme cuando nuestros cuerpos se encuentran. Mi tensión interior se desvanece en cuanto siento el roce de su piel contra la mía, y vuelvo a respirar por fin por primera vez desde que Mekhi me ha llamado antes en el pasillo. O quizá desde hace aún mucho más tiempo.

«Era esto lo que me faltaba», caigo en la cuenta mientras me acurruco contra él. Ni siquiera sabía que lo necesitaba hasta el momento en que me ha rodeado con los brazos. Y él debe de sentir lo mismo, porque me estrecha con más fuerza y exhala un suspiro largo y lento. Está temblando y, aunque el suelo ha dejado de agitarse activamente, todavía siento una ligera vibración.

Lo abrazo con más intensidad.

—Estoy bien —le aseguro de nuevo, aunque no entiendo por qué está tan alterado; como tampoco entiendo por qué el tío Finn está tan sorprendido de verme, y la confusión va dando paso a un pánico que apenas logro contener—. No entiendo nada —susurro, y me aparto para mirar a Jaxon a los ojos—. ¿Qué ocurre?

—Todo va a ir bien —dice con firmeza sin apartar ni por un momento su mirada oscura, intensa y devastadora de la mía.

De repente esto, sumado a todo lo acontecido a lo largo de la mañana, me supera. Aparto la mirada, solo el tiempo justo para recuperar el aliento, pero no logro sentir alivio

alguno, así que al final entierro el rostro en la firmeza de su pecho de nuevo y lo aspiro a él.

El corazón le late con fuerza y rápido, demasiado rápido, bajo mi mejilla, pero sigue pareciéndome mi hogar. Sigue oliendo a hogar, a naranjas y agua fresca, y a cálida y especiada canela. Familiar. Sexy.

Mío.

Suspiro de nuevo y me acurruco aún más. Echaba de menos esto, aunque ni siquiera sé por qué. Hemos sido prácticamente uña y carne desde que salí de la enfermería hace dos días.

Desde que me dijo que me quiere.

—Grace. —Exhala mi nombre como si fuese una plegaria, y resuena inconscientemente en mis propios pensamientos —. Mi Grace.

—Tu Grace —susurro en respuesta con la esperanza de que el tío Finn no me oiga, aunque me abrazo con más fuerza a su cintura.

Y así, sin más, algo cobra vida en mi interior: algo intenso, poderoso y devastador. Algo que me sacude como una explosión, alcanzando las profundidades de mi alma.

—*¡Para! ¡No! Con él no* .

3

La Bella Durmiente no tiene nada que ver conmigo

Sin pensarlo, aparto a Jaxon de un empujón y retrocedo torpemente unos pasos.

Él emite una especie de gruñido, pero no intenta detenerme. Solo me observa tan pasmado y agitado como lo estoy yo.

—¿Qué ha sido eso? —susurro.

—¿Qué ha sido el qué? —responde estudiándome con detenimiento. Entonces me doy cuenta de que él no lo ha oído, no lo ha sentido.

—No lo sé. Perdona —digo sin pensar—. No pretendía...

Niega con la cabeza y también da un firme paso atrás.

—No te preocupes, Grace. Tranquila. Lo has pasado mal.

«Se refiere a lo que ha pasado con Lia», me digo a mí misma. Pero él también lo pasó mal con eso. «Y salta a la vista», pienso tras observarlo un momento. Está más delgado que nunca; tanto que sus mejillas y su afilada mandíbula parecen aún más marcadas que de costumbre. Lleva el pelo negro algo más largo, algo más desgreñado de

lo normal, de modo que apenas se le ve la cicatriz. Y tiene unas ojeras tan negras que parecen magulladuras.

Sigue estando guapo, pero ahora su belleza es como una herida abierta. Una herida que me duele a mí.

Cuanto más lo observo, más aumenta mi pánico, porque estos cambios no suceden de la noche a la mañana. El pelo no crece tanto de un día para otro y la gente no pierde peso tan rápido. Algo ha pasado, algo gordo. Y, por algún motivo, no recuerdo qué.

—¿Qué está sucediendo, Jaxon? —Al ver que no responde todo lo rápido que me gustaría, me vuelvo hacia mi tío rabiosa. Estoy harta de que nunca nadie me cuente nada—: Explícamelo, tío Finn. Sé que algo no va bien. Lo noto. Además, tengo lagunas y...

—¿Lagunas? —repite mi tío mientras se acerca a mí por primera vez desde que Jaxon ha entrado en la habitación—. ¿Qué quieres decir exactamente?

—Pues que no recuerdo qué he desayunado esta mañana. Ni de qué hablamos Macy y yo anoche antes de acostarnos.

Una vez más, Jaxon y el tío Finn intercambian una mirada.

—No hagáis eso —les pido—. No me apartéis.

—No te apartamos —me asegura el tío Finn levantando una mano apaciguadora—. Solo tratamos de entender también qué es lo que ha pasado. ¿Qué os parece si entramos en mi despacho y hablamos unos minutos? —Se vuelve hacia la señora Haversham—: Llama a Marise. Dile que Grace está aquí y pídele que venga lo antes posible.

—Por supuesto. Le diré que es urgente —afirma asintiendo.

—¿Por qué tiene que venir Marise? —Se me forma un nudo en el estómago ante la idea de que la enfermera del instituto, que resulta que también es una vampira, tenga que examinarme de nuevo. Las últimas dos veces que lo ha hecho me ha tocado quedarme en cama demasiado tiempo para mi gusto—. No estoy enferma.

Pero cometo el error de mirarme las manos por segunda vez hoy y por fin me percato de lo magulladas y ensangrentadas que están.

—No tienes muy buen aspecto —dice mi tío con un tono deliberadamente tranquilizador cuando entramos en su despacho y cierra la puerta—. Solo quiero que te eche un vistazo para asegurarnos de que todo marcha bien.

Tengo un millón de preguntas, y pienso obtener respuestas de todas ellas. Sin embargo, cuando me siento en una de las sillas frente a la pesada mesa de madera maciza de cerezo del tío Finn, él se apoya en ella y empieza a formularme las suyas propias.

—Sé que seguramente esto te sonará algo raro, pero ¿podrías decirme en qué mes estamos, Grace?

—¿En qué mes? —Se me viene el mundo encima. La garganta se me cierra y apenas logro responder—: Noviembre.

Cuando Jaxon y mi tío intercambian de nuevo una mirada, sé que hay algo muy malo en mi respuesta. La ansiedad se apodera de todo mi ser e intento inspirar hondo, pero siento como si un peso me oprimiera el pecho y me resulta imposible hacerlo. Los fuertes latidos en las sienes empeoran la sensación, pero me niego a ceder ante el principio de lo que sé que podría desembocar fácilmente en un ataque de pánico en toda regla.

Así que me agarro a los bordes del asiento para recomponerme. Después dedico un minuto a enumerar en mi cabeza varios artículos presentes en la habitación, como me enseñó a hacer la madre de Heather cuando mis padres murieron.

Mesa. Reloj. Planta. Varita mágica. Portátil. Libro. Bolígrafo. Archivadores. Otro libro. Regla.

Cuando llego al final de la lista, mi ritmo cardiaco y mi respiración casi se han estabilizado, pero tengo la absoluta certeza de que ha sucedido algo horrible.

—¿En qué mes estamos? —pregunto en voz baja, y me vuelvo hacia Jaxon. Ha sido totalmente franco conmigo desde el primer día que pisé el instituto Katmere, y eso es justo lo que necesito en estos momentos—. Podré soportarlo. Solo necesito saber la verdad. —Agarro su mano y la sostengo entre las mías—. Por favor, Jaxon, dime qué me estoy perdiendo.

Jaxon asiente de mala gana; finalmente susurra:

—Has estado ausente casi cuatro meses.

—¿Cuatro meses? —Me quedo estupefacta una vez más—. ¿Cuatro meses? ¡Eso es imposible!

—Entiendo que te lo parezca —dice el tío Finn intentando calmarme—, pero estamos en marzo, Grace.

—En marzo —repito, porque, al parecer, ahora mismo no soy capaz de hacer otra cosa—. ¿Qué día de marzo?

—El quince —me informa Jaxon con voz adusta.

—Quince de marzo. —El pánico de antes evoluciona a un terror absoluto que me atiza y me desuella por dentro. Me hace sentir desnuda, expuesta y vacía de un modo que no soy capaz de describir. Cuatro meses de mi vida, de mi último curso, han desaparecido, y no recuerdo nada—. No lo entiendo. ¿Cómo es posible que...?

—Tranquila, Grace. —Jaxon me mira fijamente y me sostiene las manos con firmeza transmitiéndome su apoyo —. Lo averiguaremos.

—¿Cómo voy a estar tranquila? ¡He perdido cuatro meses, Jaxon! —Mi voz se quiebra al pronunciar su nombre. Inspiro agitada y lo vuelvo a intentar—. ¿Qué ha pasado?

Mi tío me aprieta el hombro.

—Inspira hondo otra vez, Grace. Eso es. —Me sonríe de modo alentador—. Vale, ahora otra vez, y suelta el aire muyyy despacio.

Hago lo que me dice, aunque no me pasa desapercibido que no para de mover los labios mientras yo exhalo. «¿Estará pronunciando un conjuro para que me calme?», me

pregunto mientras, una vez más, inspiro y espiro contando hasta diez. Si lo es, no parece estar surtiendo mucho efecto.

—Bien, cuando estés lista, dime qué es lo último que recuerdas. —Me mira con ternura.

Lo último que recuerdo...

Lo último que recuerdo...

Debería ser una pregunta fácil, pero no es así. En parte por la profunda negrura que hay en mi mente y, en parte, porque mucho de lo que recuerdo parece turbio e inaccesible. Es como si los recuerdos flotasen en aguas profundas y solo pudiera apreciar la sombra de lo que se esconde ahí abajo. La sombra de lo que fue.

—Recuerdo todo lo que pasó con Lia —digo por fin, porque es verdad—. Recuerdo estar en la enfermería. Recuerdo... que hicimos un muñeco de nieve.

Esa evocación me llena de calidez y sonrío mirando a Jaxon, que me devuelve la sonrisa, al menos con la boca. Sus ojos reflejan la misma preocupación de siempre.

—Recuerdo que Flint se disculpó conmigo por haber intentado matarme. Recuerdo... —me interrumpo y me llevo la mano a la mejilla, que me arde de repente, al rememorar la sensación de unos colmillos deslizándose por la sensible piel de mi cuello y de mi hombro antes de clavarse— a Jaxon. Me acuerdo de Jaxon.

Mi tío se aclara la garganta y parece algo incómodo, pero se limita a decir:

—¿Algo más?

—No lo sé. Está tan... —Dejo la frase a medias cuando, de repente, un recuerdo cristalino me viene a la mente. Me vuelvo hacia Jaxon buscando confirmación—. Estábamos caminando por el pasillo. Tú me estabas contando un chiste. El de... —La claridad se desvanece, sustituida por la confusión que envuelve muchos de mis recuerdos ahora mismo. Me enfrento a ella, decidida a aferrarme a este pensamiento claro—. No, no fue así del todo. Te estaba preguntando por el remate, el del chiste del pirata. —Me

quedo helada cuando, de repente, una parte mucho más escalofriante de mi memoria se torna clara—. ¡Dios mío! ¡Hudson! Lia lo logró. Lo trajo de vuelta. Estaba aquí. Él estaba aquí. —Miro a Jaxon y a mi tío buscando de nuevo confirmación cuando el recuerdo me inunda y me arrastra—. ¿Está vivo? —pregunto con voz temblorosa por el peso de todo lo que Jaxon me ha contado sobre su hermano—. ¿Está en el Katmere?

El tío Finn me mira con semblante sombrío y responde:

—Eso es justo lo que queríamos preguntarte.

4

Resulta que el sexto sentido es en realidad un sacrificio humano

—¿Yo? ¿Por qué iba a tener yo la respuesta a eso? —Aunque, mientras formulo esta pregunta, me viene otro recuerdo. Miro a Jaxon, que está completamente horrorizado a estas alturas—. Yo me interpuse entre vosotros.

—Sí, lo hiciste. —Su garganta trabaja de forma convulsiva, y sus ojos, normalmente del color de una noche sin estrellas, son de alguna manera aún más oscuros y sombríos que nunca.

—Él tenía un cuchillo.

—En realidad era una espada —me corrige mi tío.

—Es verdad. —Cierro los ojos y, entonces, todo me vuelve.

Recuerdo ir por el pasillo, que estaba repleto de gente.

Recuerdo ver con el rabillo del ojo a Hudson blandiendo la espada.

Recuerdo haberme interpuesto entre él y Jaxon, porque Jaxon es mío, y es mi deber amarlo y protegerlo.

Recuerdo ver que la espada descendía.

Y, después... nada. Ya está. Eso es todo lo que recuerdo.

—Dios mío. —El terror me invade cuando me viene a la mente algo más, algo terrible—. Dios mío.

—Tranquila, Grace. —Mi tío se acerca con la intención de darme otra palmadita en el hombro, pero yo ya me estoy moviendo.

—¡Dios mío! —Aparto la silla hacia atrás y me pongo de pie—. ¿Estoy muerta? ¿Por eso no recuerdo nada más? ¿Por eso todo el mundo me miraba así en el pasillo? Es eso, ¿verdad? Estoy muerta. —Empiezo a pasearme de un lado a otro mientras mi cerebro empieza a elaborar unas veinte teorías distintas—. Pero sigo aquí, con vosotros. Y la gente puede verme. ¿Es que soy un fantasma? —Me esfuerzo por asimilar esa idea cuando, de repente, se me ocurre algo aún peor. Me vuelvo rápidamente hacia Jaxon—. Dime que soy un fantasma. Dime que no has hecho lo mismo que hizo Lia. Dime que no has encerrado a nadie en esa horrible mazmorra y que no has usado a nadie para traerme de vuelta. Dime que no lo has hecho, Jaxon. Dime que no estoy aquí gracias a algún sacrificio humano que...

—¡Eh, eh, eh! —Jaxon sortea mi silla y me agarra de los hombros—. Grace...

—En serio. Espero que no hayas jugado al doctor Frankenstein para traerme de vuelta. —Se me está yendo la cabeza, y lo sé, pero no puedo parar. El terror, el horror y la angustia se agitan en mi interior y se funden en una masa oscura y tóxica sobre la que no tengo ningún control—. Espero que no haya habido sangre de por medio. Ni cánticos. Ni...

Niega con la cabeza, y su pelo, ahora más largo, le acaricia los hombros.

—¡Yo no he hecho nada!

—Entonces ¿soy un fantasma? —Levanto las manos y me quedo mirando la sangre fresca en la yema de mis dedos—. Pero ¿cómo es posible que sangre si estoy muerta? ¿Cómo...?

Jaxon me coge de los hombros con suavidad y me da la vuelta para que lo mire. Inspira hondo.

—No eres ningún fantasma, Grace. No estabas muerta. Y, desde luego, yo no he llevado a cabo ningún sacrificio, ni humano ni de ninguna otra índole, para traerte de vuelta.

Me lleva un segundo, pero sus palabras y la seriedad que detecto en su tono por fin calan en mí.

—¿Seguro?

—Seguro. —Se ríe un poco—. No digo que no fuera capaz de hacerlo. Estos cuatro últimos meses me han hecho entender muchísimo mejor a Lia. Pero no he tenido que hacerlo.

Analizo sus palabras detenidamente, buscando alguna trampa, y las uso de escudo contra el súbito y cristalino recuerdo de esa espada pegada a mi cuello.

—¿No has tenido que hacerlo porque hay otra manera de hacer volver a alguien de entre los muertos? ¿O no has tenido que hacerlo porque...?

—Porque no estabas muerta, Grace. No moriste cuando Hudson te golpeó con la espada.

—Ah. —Esa respuesta no estaba entre las diez primeras que me esperaba oír. No creo que estuviera ni entre las veinte primeras. Pero ahora que tengo que enfrentarme a esa respuesta tan lógica como poco probable, no tengo ni idea de qué decir. Excepto—: Entonces... ¿estuve en coma?

—No, Grace. —Esta vez responde mi tío—. No estuviste en coma.

—Entonces ¿qué está pasando? Porque puede que tenga la memoria llena de vacíos enormes, pero lo último que recuerdo es que el psicópata de tu hermano quería matarte y...

—¡Te interpusiste y recibiste el golpe! —ruge Jaxon, y soy consciente una vez más de lo cerca que están sus emociones de aflorar a la superficie. De lo que no me había percatado es de que una de esas emociones es la ira. Cosa que entiendo, pero...

—Tú habrías hecho lo mismo —respondo tranquilamente —. No lo niegues.

—No lo niego. Pero está bien si yo lo hago. Yo soy el...

—¿El chico? —lo interrumpo, y mi tono le advierte de que vaya con cuidado con lo que dice.

Pero se limita a poner los ojos en blanco.

—El vampiro. Yo soy el vampiro.

—¿Y...? ¿Qué quieres decir? ¿Que esa espada no te habría matado? Porque, desde donde yo estaba, desde luego parecía que Hudson tenía toda la intención de matarte.

—Podría haberme matado —admite a regañadientes.

—Vale, entonces ¿cuál es tu argumento? Ah, sí. Que tú eres el chico. —Me aseguro de pronunciar esta última palabra con el máximo desdén. Pero el subidón de adrenalina de los últimos minutos no tarda demasiado en pasarse—. Bueno, y ¿dónde he estado los últimos cuatro meses?

—Tres meses, veintiún días y unas tres horas, si quieres datos concretos —me dice Jaxon y, aunque su voz es firme y su rostro inexpresivo, detecto el tormento en sus palabras. Puedo oír todo lo que no está diciendo, y me duele. Por él. Por mí. Por nosotros.

Con los puños y la mandíbula apretados y la cicatriz de su mejilla tirante, parece tener ganas de pelea, aunque no sabe a qué o a quién culpar.

Le froto los hombros con la mano varias veces y me vuelvo hacia mi tío. Porque, si he perdido cuatro meses de mi vida, quiero saber por qué. Y cómo.

Y si va a volver a pasar.

5

Las gárgolas son el *new black*

—Lo último que recuerdo es que estaba preparándome para recibir el golpe de espada de Hudson. —Miro a mi tío y a Jaxon. Ambos tienen la mandíbula apretada como si ninguno de ellos quisiera ser quien debe comunicarme algo—. Así que... ¿qué pasó? ¿Me cortó?

—No exactamente —me dice mi tío—. Es decir, la espada te tocó, o sea que sí. Pero no te hizo daño, porque ya te habías convertido en piedra.

Reproduzco sus palabras en mi cabeza una y otra vez, pero, por más que las repito, siguen sin tener ningún sentido.

—Perdona. ¿Has dicho que me convertí en...?

—En piedra. Te convertiste en piedra, Grace. Ante mis putas narices —dice Jaxon—. Y así has permanecido cada uno de los últimos ciento veintiún días.

—¿Qué quieres decir con *piedra* exactamente? —pregunto otra vez intentando entender algo que suena tan imposible.

—Quiere decir que todo tu cuerpo estaba hecho completamente de piedra —responde mi tío.

—¿Como si me hubiese convertido en una estatua? ¿Ese tipo de piedra?

—En una estatua no —se apresura a responder mi tío para tranquilizarme, aunque me mira vacilante, como si estuviese intentando decidir cuánta información puedo asimilar o qué parte de mí es capaz de entender, aunque me cabree.

—Por favor, decídmelo. Creedme, es peor encontrarse hecha un lío intentando desentrañar todo esto que simplemente saber la verdad. Entonces, si no era una estatua, ¿qué era? —Intento imaginar algunas opciones, pero no se me ocurre nada.

Mi tío sigue dudando, lo que me lleva a pensar que, sea cual sea la respuesta, debe de ser algo terrible.

—Una gárgola, Grace. —Es Jaxon quien por fin me dice la verdad, como siempre—. Eres una gárgola.

—¿Una gárgola? —No pueden estar hablando en serio. Es totalmente imposible que estén hablando en serio—. ¿Como esas cosas que hay a los laterales de las iglesias?

—Sí. —Jaxon sonríe ahora, solo un poco, como si se diera cuenta de lo ridículo que suena todo esto—. Eres una gár...

Levanto la mano.

—Por favor, no lo repitas. Bastante duro ha sido ya oírlo las primeras dos veces. Cállate un momento.

Doy media vuelta y me dirijo hacia la pared al fondo del despacho del tío Finn.

—Necesito un minuto —les digo a ambos—. Solo un minuto para...

¿Asimilarlo? ¿Negarlo? ¿Llorar? ¿Gritar? Gritar suena bastante bien ahora mismo, pero estoy segura de que eso solamente angustiaría aún más a Jaxon y a mi tío, por lo tanto...

Respiro. Solo necesito respirar. Porque no tengo ni idea de qué decir ni qué hacer.

A ver, una parte de mí quiere reírles la broma, pero otra parte mucho mayor sabe que no mienten. No sobre esto. Por un lado, porque ni mi tío ni Jaxon me harían algo así y, por otro, porque algo en lo más profundo de mi ser, algo

pequeño, asustado y muy encogido sobre sí mismo se ha... relajado en el momento en que han pronunciado esa palabra. Como si lo hubiese sabido todo este tiempo y únicamente hubiese estado esperando a que me diera cuenta.

A que lo entendiera.

A que lo creyera.

Así que... una gárgola. Bueno. Eso no es tan malo, ¿no? A ver, podría ser peor. Me echo a temblar. Esa espada podría haberme decapitado.

Inspiro hondo, apoyo la cabeza contra la fría pintura gris de la pared del despacho y repito sin parar la palabra *gárgola* en mi cabeza para intentar determinar cómo me siento al respecto.

Una gárgola, como una de esas enormes criaturas de piedra aladas con colmillos y... ¿cuernos? Disimuladamente, me paso la mano por la cabeza para ver si me han salido cuernos y no me he enterado.

Resulta que no. Lo único que palpo es mi pelo castaño y rizado de siempre. Igual de largo, igual de rebelde e igual de fastidioso, pero ni rastro de cuernos. Ni de colmillos, como aprecio al pasarme la lengua por los dientes. De hecho, todo parece estar exactamente igual que siempre. Menos mal.

—Oye. —Jaxon se acerca y ahora es él quien me consuela a mí poniéndome la mano en la espalda—. Sabes que todo va a ir bien, ¿verdad?

«Sí. Claro. No es para tanto. Porque... las gárgolas causan furor, ¿no?» Por alguna razón, no creo que fuese a captar mi sarcasmo, así que al final me lo ahorro y me limito a asentir.

—Lo digo en serio —continúa—. Lo resolveremos. Además, las gárgolas son la hostia.

Sí, claro. Unos pedruscos gigantes. La hostia.

—Lo sé —susurro.

—¿Seguro? —Se acerca algo más y se agacha un poco hasta que su cara está muy cerca de la mía—. Porque no lo parece. Y desde luego no suenas muy convencida.

Está tan cerca que puedo sentir su aliento en la mejilla y, durante unos preciosos segundos, cierro los ojos y finjo que estamos cuatro meses atrás, cuando Jaxon y yo nos encontrábamos solos en su habitación, haciendo planes y enrollándonos, creyendo que por fin lo teníamos todo bajo control.

Qué engañados estábamos. Jamás había perdido tanto el control de mi vida, ni siquiera esos primeros días tras la muerte de mis padres. Al menos entonces seguía siendo humana... o eso creía. Ahora resulta que soy una gárgola, y no sé ni qué significa eso, por no hablar de cómo ha podido pasar. O cómo me las he apañado para perder casi cuatro meses de mi vida encerrada en una roca.

¿Por qué iba a hacer algo así? A ver, entiendo por qué me transformé en piedra; supongo que alguna especie de impulso latente en lo más profundo de mi ser intervino para impedir que muriese. ¿De verdad es tan descabellado teniendo en cuenta que hace poco me enteré de que mi padre había sido brujo? Pero ¿por qué permanecí en forma de piedra tanto tiempo? ¿Por qué no volví junto a Jaxon a la menor oportunidad?

Registro mi cerebro en busca de una respuesta, pero no encuentro nada más que un abismo blanco donde deberían estar mis recuerdos.

Ahora es mi turno de apretar los puños y, al hacerlo, siento un intenso dolor en mis maltrechos dedos. Los miro y me pregunto cómo he podido hacerme eso. Es como si hubiese estado arañando la piedra para salir de ella y llegar hasta aquí. Aunque, bien pensado, tal vez lo hice. O tal vez hice algo aún peor. No lo sé. Ese es el problema: que no lo sé. No sé nada.

No sé qué he estado haciendo los últimos cuatro meses.

No sé cómo es posible que me haya transformado en una gárgola, ni cómo he vuelto a mi forma humana.

Y entonces se me hiela el alma al darme cuenta de que desconozco la respuesta a la pregunta más importante de

todas.

Me vuelvo para mirar a mi tío.

—¿Qué ha sido de Hudson?

6

La ruleta vampírica no es igual sin la sangre

El tío Finn parece envejecer ante mí: sus ojos se apagan y deja caer los hombros a modo de derrota.

—La verdad es que no lo sabemos —dice—. En un momento, Hudson estaba intentando matar a Jaxon y, al siguiente...

—Desapareció. Igual que tú. —Jaxon me aprieta la mano por acto reflejo.

—Ella no desapareció —lo corrige el tío Finn—. Solo ha estado fuera de nuestro alcance durante un tiempo.

De nuevo, Jaxon parece poco convencido con el resumen de los acontecimientos, pero no discute. En lugar de eso, me mira y pregunta:

—¿En serio que no te acuerdas de nada?

Me encojo de hombros.

—Pues no.

—Es muy extraño. —Mi tío niega con la cabeza—. Hicimos venir a todos los expertos sobre gárgolas que encontramos. Cada uno contaba historias y aportaba consejos que se contradecían con los de otro, pero ninguno insinuó en

ningún momento que, al regresar, no recordarías dónde habías estado. O en qué te habías convertido —dice en voz baja. No me cabe duda de que su intención es tranquilizarme, pero cada palabra que sale de su boca me pone más y más nerviosa.

—¿Creéis que me pasa algo malo? —pregunto mirándolos a ambos.

—¡No te pasa nada malo! —ruge Jaxon, y es tanto una advertencia para el tío Finn como un intento de infundirme seguridad a mí.

—Claro que no —coincide mi tío—. No quiero que pienses eso. Lamento que no estemos más preparados para ayudarte. No esperábamos... esto.

—No es culpa vuestra. Ojalá... —Dejo la frase a medias al chocar de nuevo contra esa maldita pared. La empujo, pero soy incapaz de derribarla.

—No lo fuerces —me dice Jaxon, y esta vez me rodea cariñosamente los hombros con el brazo. Es una sensación muy agradable, y me relajo contra él, pese a que el miedo y la frustración siguen asolando mi interior.

—Tengo que forzarlo —le digo acurrucándome más todavía —. ¿Cómo, si no, vamos a averiguar dónde está Hudson?

Aunque la calefacción está encendida, tengo mucho frío (supongo que es lo que tiene pasarse cuatro meses convertida en piedra), así que me froto los brazos para intentar calentarlos.

El tío Finn me observa unos segundos. Después murmura algo y hace unos movimientos con la mano en el aire. Instantes más tarde, una manta calentita nos envuelve a Jaxon y a mí.

—¿Mejor? —pregunta.

—Mucho mejor. Gracias.

Me la ciño más al cuerpo, y mi tío vuelve a apoyarse en la esquina de la mesa.

—La verdad, Grace, es que a ambos nos aterraba pensar que estaba contigo. Y también que no lo estuviese.

Sus últimas palabras quedan suspendidas en el aire como un peso pesado durante varios minutos.

—Tal vez sí que estuviese conmigo. —Solo de pensar que podía haber estado atrapada con Hudson hace que se me forme un inmenso nudo en la garganta. Hago una pausa para tragármelo y pregunto—: Si estaba conmigo, ¿creéis que... lo he traído de vuelta también? ¿Que está aquí ahora?

Miro a mi tío, y después a Jaxon, y después a mi tío de nuevo. Ambos me ponen cara de póquer, imagino que intencionadamente. Esto me hiela las venas, el corazón y hasta el alma. Porque, si Hudson anda por aquí, Jaxon no está a salvo. Nadie lo está.

Siento náuseas mientras hurgo en mi cerebro. «Esto no está pasando. Por favor, no puede estar pasando.» No puedo ser la responsable de haber traído y liberado a Hudson otra vez; no puedo ser la responsable de que haya vuelto a aterrorizar a todo el mundo y a formar un ejército de vampiros de nacimiento y sus simpatizantes.

—Tú no harías algo así —me dice Jaxon por fin—. Te conozco, Grace. Jamás habrías regresado de haber pensado que Hudson seguía siendo una amenaza.

—Exacto —coincide mi tío. Y, cuando continúa, intento aferrarme a sus palabras y no al silencio que las ha precedido—: Así que, por el momento, vamos a trabajar bajo ese supuesto. El de que solo has vuelto porque era seguro hacerlo. Y eso significa que Hudson probablemente ha desaparecido y no tenemos de qué preocuparnos.

Y, pese a todo, parece preocupado. Y no me extraña porque, por más que queramos creer que Hudson ha desaparecido, su lógica tiene un gran defecto: que ambos dan por supuesto que estoy aquí porque he decidido volver.

Pero ¿y si no ha sido así? Si no tomé la decisión consciente de convertirme en gárgola hace meses, quizá tampoco haya tomado la decisión consciente de recuperar mi forma humana ahora. Y, en tal caso, ¿dónde está Hudson exactamente? ¿Muerto? ¿Transformado en piedra en alguna

otra realidad? ¿O acaso oculto en algún lugar aquí en el Katmere, aguardando la ocasión de vengarse de Jaxon?

No me gusta cómo suena ninguna de las alternativas, pero la última es, sin duda, la peor de todas. Al final lo dejo estar, porque asustarme no me va a hacer ningún bien.

Pero tenemos que empezar por alguna parte, así que decido optar por la suposición del tío Finn, principalmente porque me gusta más que el resto de las opciones.

—Vale. Supongamos que, en caso de que yo tuviese el control sobre Hudson, jamás lo dejaría marchar. ¿Ahora qué?

—Ahora nos relajamos un poco. Dejamos de preocuparnos por Hudson y empezamos a preocuparnos por ti. —Mi tío me regala una sonrisa alentadora—. Marise llegará en cualquier momento y, si después de examinarte decide que estás bien, creo que podemos dejar que las cosas reposen por un tiempo. A ver si recuerdas algo dentro de unos días, cuando hayas comido, descansado y regresado a la rutina.

—¿Que dejemos que las cosas reposen? —pregunta Jaxon tan poco convencido como yo.

—Sí. —Por primera vez, la voz de mi tío adquiere un tono firme—. Lo que Grace necesita ahora es que todo vuelva a la normalidad.

Creo que se olvida de que tener a un vampiro psicópata detrás de mí ha sido la norma general desde que llegué a este internado. El hecho de que presuntamente hayamos intercambiado a Lia por Hudson no parece variar gran cosa. Lo cual es, cuando menos, bastante deprimente, pero es la verdad.

Si estuviera leyendo esta historia, diría que los giros argumentales empezaban a rozar lo ridículo. Pero no estoy leyéndola. Estoy viviéndola, y es muchísimo peor.

—Lo que Grace necesita —lo corrige Jaxon— es sentirse segura. Cosa que no va a poder hacer hasta que no nos cercioremos de que Hudson no supone una amenaza.

—No, lo que Grace necesita —continúa mi tío— es una rutina. Da seguridad saber lo que va a pasar y cuándo va a

pasar. Estará mejor si...

—Grace estará mejor —interrumpo, estoy empezando a cabrearme— si su tío y su novio empiezan a hablar con ella en vez de sobre ella. Porque tengo un cerebro que medio funciona y, por si no lo sabíais, soy la dueña de mi vida.

A su favor, he de decir que ambos parecen avergonzados ante mi bofetón verbal. Como debe ser. Puede que no sea vampira ni bruja, pero eso no significa que vaya a quedarme aquí esperando a que «los hombres» decidan sobre mi vida por mí. Y menos cuando ambos parecen pensar: «Envolvamos a Grace entre algodones y protejámosla», cosa que no va nada conmigo.

—Tienes razón —admite mi tío en un tono mucho más sumiso—. ¿Qué quieres hacer, Grace?

Me lo pienso un momento.

—Quiero que las cosas sean normales, o al menos todo lo normales que puedan ser para una chica que comparte habitación con una bruja y que sale con un vampiro. Pero también quiero averiguar qué ha sido de Hudson. Siento que tenemos que dar con él si queremos tener alguna posibilidad de proteger a todo el mundo.

—Yo no quiero proteger a todo el mundo —gruñe Jaxon—. Solo quiero protegerte a ti.

Es una buena frase y, no voy a mentir, me derrito un poco por dentro. Pero por fuera me mantengo firme, porque alguien tiene que arreglar este lío y, puesto que soy la que está sentada en primera fila, aunque no recuerde lo que he visto desde ahí, ese alguien tengo que ser yo.

Aprieto los puños frustrada y paso por alto el dolor que siento en los dedos maltrechos. Esto es importante, muy importante. Tengo que recordar qué ha sucedido con Hudson.

¿Lo dejé encadenado en alguna parte para evitar que fuese una amenaza para nadie?

¿Escapó y por eso tengo las manos tan destrozadas, porque intenté detenerlo?

¿O (y esta es la idea que menos me gusta de todas) usó su don de la persuasión conmigo para que lo liberase? En tal caso, ¿por qué no recuerdo nada de nada?

El no saber me está matando, así como el temor a haber defraudado a todo el mundo.

Jaxon se esforzó tanto para deshacerse de Hudson la primera vez... Lo sacrificó todo, incluido el amor que su madre pudiera sentir por él, con el fin de acabar con su hermano y de evitar que destruyese el mundo entero.

¿Cómo voy a perdonármelo si descubrimos que simplemente lo dejé marchar? ¿Que le di la posibilidad de seguir causando estragos en el Katmere y en el mundo? ¿Que le di otra oportunidad para hacer daño al chico al que quiero?

Ese último pensamiento aviva el miedo en mi interior.

—Tenemos que encontrarlo —grazno con una voz cargada de preocupación—. Tenemos que averiguar adónde ha ido y asegurarnos de que no pueda hacer daño a nadie más.

Y tenemos que averiguar por qué tengo la convicción de que se me olvida algo muy importante que ha sucedido durante estos cuatro meses. Antes de que sea demasiado tarde.

7

Lo que no sé me hará daño a mí... y a todos los demás

Después de que Marise me haya examinado durante lo que me han parecido horas, el tío Finn deja por fin que me vaya con Jaxon. Todos se muestran muy preocupados por mí, incluida Marise; salta a la vista que les importa mucho mi bienestar, lo cual es tremendamente reconfortante. Marise incluso ha comprobado que no tuviese una lesión cerebral porque, en fin, tengo amnesia.

Pero estoy perfectamente sana (excepto por lo de los arañazos y las magulladuras en las manos) y lista para retomar las clases. Al parecer, pasar cuatro meses transformada en piedra podría convertirse en la nueva moda en lo que a salud respecta.

Sin embargo, mientras Jaxon y yo nos dirigimos tranquilamente a mi habitación, mi mente no puede parar de reproducir una parte de mi conversación con Marise en la que ella se disculpaba por no saber más sobre fisiología gargólica.

«Eres la primera gárgola que existe en mil años.»

Genial. ¿Quién no quiere marcar tendencia en lo que se refiere a su fisiología básica? Ah, sí. Todo el mundo.

No voy a mentir, no tengo ni la menor idea de cómo procesar la información de que soy la primera de mi especie en la actualidad, así que la archivo en una carpeta titulada: «Mierda con la que no tengo por qué lidiar hoy». Y en otra titulada: «Gracias, mamá y papá, por la *info* ».

Justo en ese momento, me doy cuenta de que Jaxon no me está llevando a mi habitación, sino a la torre. Tiro de su mano para llamar su atención.

—Oye, no podemos ir a tu cuarto. Tengo que pasarme por el mío unos minutos; quiero darme una ducha rápida y pillar una barrita de muesli antes de ir a clase.

—¿A clase? —Parece sorprendido—. ¿No vas a descansar hoy?

—Creo que ya he «descansado» bastante los últimos cuatro meses. Lo que quiero es volver a clase y ponerme al día. Se supone que me gradúo dentro de dos meses y medio, y no quiero ni pensar en la cantidad de tareas que llevo retrasadas.

—Siempre supimos que volverías, Grace. —Me sonríe y me aprieta la mano—. Así que tu tío y los profesores ya han elaborado un plan. Solo tienes que ir a las tutorías para hablar con ellos.

—¡Anda! ¡Genial! —Le doy un abrazo fuerte—. Gracias por tu ayuda con todo.

Me devuelve el gesto.

—No tienes que agradecerme nada. Para eso estoy. —Da media vuelta y ponemos rumbo a mi habitación—. La señora Haversham te habrá enviado ya el nuevo horario. Lo cambiaron cuando empezó el semestre, pero...

—Pero yo no estaba aquí —termino por él, porque he decidido que no voy a pasarme lo que queda de curso evitando mi nueva realidad. Lo que ha ocurrido ha ocurrido y, cuanto antes aprendamos todos a vivir con ello, antes volverá todo a la normalidad. Incluida yo.

Tengo una larga lista de preguntas que hacerles a Jaxon y a Macy sobre las gárgolas. Y, cuando obtenga las respuestas, pienso empezar a averiguar cómo llevarlo con dignidad. Mañana. Además, el hecho de que no me hayan salido cuernos hará que lo de la dignidad resulte más fácil.

Jaxon se me queda mirando y espero que me bese. Me muero por que me bese desde que ha entrado en el despacho de mi tío. Pero, cuando me inclino hacia él, niega con la cabeza sutilmente. Su rechazo me escuece un poco, al menos hasta que recuerdo la cantidad de personas que me estaban mirando antes cuando iba por los pasillos.

Eso ha sido hace más de una hora. Ahora que probablemente ya se haya corrido la voz de que «la gárgola» es humana de nuevo, no me quiero ni imaginar la cantidad de gente que nos estará observando, aunque se supone que a esta hora hay clase.

Cómo no, cuando doblamos la esquina hacia uno de los pasillos laterales nos encontramos con gente por todas partes, y todo el mundo nos observa. Siento que me voy tensando antes de dar un par de pasos siquiera. Sin embargo, bajan la mirada cuando Jaxon pasa por delante.

Me rodea los hombros con el brazo y agacha la cabeza hasta que su boca queda prácticamente pegada a mi oreja.

—No les hagas ni caso —susurra—. Cuando te hayan visto todos, todo se calmará.

Sé que tiene razón. Cuando llegué aquí, a los dos días ya nadie me prestaba atención, a menos que fuese con él. No hay motivos para pensar que vaya a ser distinto ahora. Afortunadamente. Llamar la atención no es lo mío.

Apuramos el paso hacia mi cuarto reduciendo el tiempo del recorrido, que suele ser de diez minutos, a cinco o seis. Y aun así se me hace largo. Sobre todo teniendo en cuenta que tengo a Jaxon a mi lado, rodeándome los hombros, su cuerpo alto y fuerte pegado a mí.

Lo necesito más cerca. Necesito sentir sus brazos a mi alrededor y sus suaves labios pegados a los míos.

Él debe de sentir lo mismo, porque cuando llegamos a lo alto de las escaleras, su paso ligero se transforma en una especie de trote. Para cuando alcanzamos mi habitación, me tiemblan las manos y el corazón me late demasiado deprisa.

Afortunadamente, Macy no ha cerrado la puerta con llave, porque me temo que, de lo contrario, Jaxon la habría arrancado de las bisagras. Abre la puerta y me escolta mientras paso. Aprieta un poco los dientes cuando la cortina encantada de Macy roza su antebrazo desnudo.

—¿Te has hecho daño? —pregunto cuando la puerta se cierra, pero Jaxon está demasiado ocupado empujándome contra ella como para responder.

—Te he echado de menos —gruñe con los labios a apenas dos centímetros de los míos.

—Yo tamb... —Es todo lo que me da tiempo a decir antes de que su boca colisione con la mía.

8

Put a Little Love on Me

No lo sabía. No tenía ni idea de cuánto echaba de menos esto, de cuánto echaba de menos a Jaxon, hasta este momento.

Su cuerpo pegado al mío. Sus manos alrededor de mi cara, sus dedos enredados en mi pelo. Su boca devorando la mía; sus labios, dientes y lengua encendiéndome por dentro. Llenándome de deseo. Llenándome de necesidad.

Jaxon. Siempre Jaxon.

Me restriego contra él, desesperada por estar todavía más cerca, y él emite un sonido grave y gutural. Siento la tensión en su cuerpo. Siento en él la misma necesidad que arde en lo más profundo de mi ser. Pero, pese a todo, sigue tocándome con cuidado. Me acaricia el pelo en lugar de tirar de él. Su boca acoge la mía en lugar de intentar invadir mi espacio.

—Mío —susurro contra sus labios, y siento cómo se estremece y aparta la boca de mis labios.

Protesto e intento atraerlo de nuevo hacia mí. Pero él se vuelve a estremecer y entierra el rostro donde se unen mi hombro y mi cuello. Y se queda ahí, respirando. Inspira

hondo y espira muy despacio, como si estuviese intentando aspirar toda mi esencia.

Conozco esa sensación.

Deslizo mis manos hasta su cintura y, al palparlo, noto la cantidad de peso que ha perdido durante todo este tiempo que he estado... ausente.

—Lo siento —le susurro al oído, pero niega con la cabeza y me abraza más todavía.

—No. —Empieza a besarme suavemente el cuello—. No te disculpes nunca conmigo por lo que has tenido que pasar. Es culpa mía por no haberte protegido.

—No es culpa de nadie —le respondo mientras ladeo la cabeza echándola un poco hacia atrás para proporcionarle mejor acceso—. Las cosas son como son.

De repente, los ojos se me inundan de lágrimas. Parpadeo para deshacerme de ellas, pero Jaxon se da cuenta. Sus manos, ya delicadas, me acarician el brazo, el hombro y la mejilla con una ternura absoluta.

—Todo va a ir bien, Grace. Te lo prometo.

—Ya va bien. —Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta—. Estamos aquí, ¿no?

—Sí. —Besa mi zona sensible detrás de la oreja—. Por fin.

Las piernas se me vuelven de gelatina y me invade un intenso calor. El corazón se me agita en el pecho. Jaxon me sostiene, cómo no, y murmura:

—Te quiero. —Arrastra suavemente los dientes por mi clavícula.

Y, de repente, todo dentro de mí se detiene. Mi respiración, mi sangre e incluso la necesidad que ardía en mi interior desde que lo he visto entrar en el despacho de mi tío. Todo... desaparece. Sin más.

Jaxon parece darse cuenta porque para de inmediato y, cuando levanta la cabeza, me mira con recelo, y me siento como si hubiese hecho algo mal.

—¿Grace? —pregunta, y se aparta un poco para dejar de estar tan pegado a mí—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Estoy bien. Es solo que…

Dejo la frase a medias porque no sé qué contestarle, no sé qué decir. Porque lo deseo. De verdad que sí. Pero no sé cómo gestionar esta sensación tan rara e incómoda que se está formando de repente en mi interior.

—¿Es solo que qué?

Espera una respuesta. No de un modo agresivo, sino más bien preocupado, como si de verdad quisiera asegurarse de que estoy bien. Pero saber esto no hace sino empeorar lo que siento por dentro; la presión se acumula como si fuese un cohete a punto de estallar.

—Yo no… Quiero… Siento como si…

Parezco una idiota buscando una explicación, pero entonces me ruge el estómago sonoramente, y una expresión de entendimiento reemplaza a la de preocupación en el rostro de Jaxon.

—Debería haberme estado quietecito hasta que hubieses comido algo —dice, y se aparta un par de pasos más—. Lo siento.

—No lo sientas. Tenía que besarte.

Le aprieto la mano, contenta de haber hallado la explicación a esa extraña sensación.

Mi madre siempre decía que los bajos niveles de azúcar en sangre causaban reacciones extrañas, y no me quiero ni imaginar lo bajos que estarán los míos en este momento teniendo en cuenta que hace casi cuatro meses que no como nada.

—Voy a pillar una de las barritas de muesli de Macy y después me iré a clase. Tú también tendrás que irte pronto, ¿no?

—Claro —responde, pero noto que la luz se ha apagado en sus ojos.

Sé que es culpa mía. Sé que él solo está siendo él mismo; soy yo la que de repente actúa de forma extraña. Pero… no sé. Siento que algo en mí no va bien, pero no tengo ni idea de cómo arreglarlo.

Debería inclinarme hacia delante para que mi pelo roce la mano de Jaxon y hacerle saber que todo está bien. O, al menos, darle otro abrazo. Pero lo cierto es que no me apetece hacer ninguna de las dos cosas, así que no lo hago. Me limito a sonreír y le digo:

—¿Nos vemos luego?

—Sí. —Me devuelve la sonrisa—. Por supuesto.

—Ah, antes de que se me olvide. Por algún motivo, he perdido el móvil. ¿Nos vemos aquí?

Asiente. Después se despide de nuevo con la mano, sale de mi habitación al pasillo y pone rumbo hacia las escaleras.

Lo observo marcharse y admiro su manera de caminar, lleno de decisión y de seguridad y con ese aire de «acércate a mí bajo tu cuenta y riesgo» que no debería gustarme, pero que me vuelve loca. También admiro con fascinación lo mucho que mejoran esos aburridos pantalones negros del uniforme con su estupendo culo debajo.

Cuando Jaxon empieza a doblar la esquina, me dispongo a entrar de nuevo en mi habitación, pero me detengo al ver que se vuelve para mirarme. Tiene una enorme sonrisa en la cara, y le sienta de maravilla. Al igual que las arruguitas que se le forman alrededor de los ojos y la alegría que parece cubrir su rostro entero.

La sonrisa se desvanece un poco cuando nuestra mirada se encuentra, casi como si le avergonzase que alguien lo hubiese descubierto tan feliz, pero es demasiado tarde. He visto el aspecto de Jaxon Vega cuando está exultante, y resulta que me gusta. Me gusta muchísimo.

La ansiedad en la boca de mi estómago desaparece tan rápido como se había formado y, de repente, me sale natural lanzarle el beso que no le he podido dar hace un momento. Se sorprende al ver el gesto y, aunque no hace nada tan cursi como extender la mano para cogerlo, me guiña el ojo.

Cierro la puerta riéndome y me voy directa a la ducha. ¿Cómo no sonreír cuando el Jaxon Vega al que yo conozco

es un millón de veces más dulce y encantador que el que conoce el resto del mundo?

Pero, cuando abro el grifo, un escalofrío me recorre el cuerpo porque, si resulta que al final sí que he dejado que Hudson escape, si resulta que sí que lo he traído de vuelta conmigo, yo seré la responsable de que le haga daño a Jaxon y de que le arrebate esa felicidad.

Y no pienso dejar que eso pase. Ni ahora ni nunca.

9

Viviendo en una alucinación inducida por la esperanza

Tres champús y dos exfoliantes corporales después, por fin me siento como una mujer nueva. Una que no va a transformarse en un descomunal monstruo de piedra a la mínima provocación.

Me envuelvo el cuerpo y el pelo con las toallas (rosa eléctrico, cómo no: gracias, Macy) y extiendo la mano para mirar la hora en el móvil.

Cosa que no puedo hacer porque no tengo el móvil. Uf.

Además, como no hay ningún reloj en la habitación y no tengo el teléfono, me cabreo y me aplico de mala leche la crema hidratante en la cara y empiezo a secarme el pelo.

Lo cierto es que voy a tener que solucionar esto del móvil más pronto que tarde. Primero, porque toda mi vida está en mi teléfono, y segundo, porque tengo que escribirle a Heather. No me quiero ni imaginar lo que mi mejor amiga estará pensando en estos momentos. Seguro que cree que he pasado de ella sin motivo alguno.

Afortunadamente, lo único que he perdido es mi electrónica. Al parecer, la mochila ha permanecido conmigo

todo el tiempo, y mis uniformes escolares están justo donde los había dejado: en el armario. Vuelvo a vendarme los dedos en un momento y me pongo una falda negra con el polo morado. Añado unos leotardos negros y las botas. Hago una pausa para aplicarme un poco de brillo en los labios y máscara de pestañas y, después, cojo la mochila y me dirijo a la puerta.

No sé qué hora será exactamente, pero Jaxon se ha ido de aquí hacia las doce. Lo que significa que debería tener el tiempo suficiente como para llegar a la clase que tengo a la una en punto: Arquitectura Mística.

No tengo ni idea de en qué consiste esa asignatura, pero lo cierto es que tengo muchísimas ganas de averiguarlo. Aunque una parte de mí se pregunta si estaré matriculada en ella porque, al parecer, soy un ejemplo viviente de ese tipo de arquitectura.

Decido no obsesionarme con ello. Abro la puerta y me apresuro por el largo pasillo de los dormitorios, con sus puertas decoradas y sus apliques negros con diversas formas de dragones. Como de costumbre, me entra la risa tonta al pasar por delante de la puerta decorada con murciélagos.

El día que llegué al Katmere, di por hecho que esa habitación debía de pertenecer a algún fan de Batman y me pareció de lo más genial. Ahora que sé que se trata de una broma vampírica al estilo del mejor amigo de Jaxon, Mekhi, me gusta todavía más. Sobre todo cuando veo que ha añadido un par de pegatinas de murciélagos nuevas.

Llego a las escaleras auxiliares y tomo los escalones de dos en dos, pasando la mano por la barandilla repleta de detalles. Tengo tanta prisa por llegar a clase que no me doy cuenta de que falta un trozo de barandilla, y de las escaleras, hasta que es demasiado tarde y casi meto el pie en el agujero.

Consigo evitar el desastre pero, en el proceso, alcanzo a ver en primer plano los bordes a ambos lados del boquete.

Están carbonizados y ennegrecidos, como si hubiesen sido víctimas de algún fuego intenso. Está claro que alguien perdió los estribos... o al menos el control de sus poderes.

«¿Un dragón o una bruja?», me pregunto mientras doblo la esquina hacia el pasillo norte, donde se imparte mi clase de Arquitectura. Ellos son los únicos capaces de generar un fuego de tal magnitud. Cosa que mola mucho, pero también da algo de miedo.

Tal vez me esté planteando mal todo esto de ser gárgola. Al menos yo no tengo que preocuparme por si incendio el instituto cuando me transformo en una estatua de piedra gigante.

Justo cuando atravieso el umbral del aula de Arquitectura empieza a sonar *Sympathy for the Devil* , de los Rolling Stones, la versión del timbre del instituto Katmere y un pequeño lujo que se permite el tío Finn. Me dispongo a inspeccionar el terreno y buscar un sitio libre, pero apenas he puesto un pie en la clase cuando doy un leve brinco al ver que Flint está justo detrás de mí.

Coloca una mano vacilante en mi hombro pese a que una sonrisa de oreja a oreja divide su rostro.

—¡Chica nueva! ¡Has vuelto!

—Eso ya lo sabías. —Pongo los ojos en blanco—. Me has visto hace un rato.

—Ya, bueno. No estaba seguro de que no fueses algún tipo de alucinación inducida por la esperanza. —Me da un abrazo tan enorme que me levanta del suelo—. Ahora sé que eres real.

—Y eso... ¿por qué exactamente? —pregunto cuando me suelta por fin.

Es tan cálido y yo tengo todavía tanto frío que me dan ganas de acurrucarme contra él para un segundo abrazo. Pero estamos hablando del chico que intentó matarme no hace tanto. Él habrá tenido los últimos cuatro meses para pasar página, pero para mí solo han transcurrido unos días.

Incluido lo de cuando casi me asfixia en los túneles subterráneos.

Pero Flint simplemente me guiña el ojo y dice:

—Porque nadie que no tiene que estar aquí vendría jamás a esta clase.

10

Un incordio gigante

—Genial. —Le dedico mi mejor sonrisa fingida—. Eso no suena nada agorero.

—Oye, solo me ciño a la realidad. —Se inclina y se acerca a mí—. ¿Quieres otro consejo?

—No sabía que hubiese habido un primero —respondo, con un gesto de burla.

Esta vez, cuando sonríe, sus dientes blancos y ligeramente afilados resaltan en contraste con su tez oscura, y no puedo evitar preguntarme cómo es posible que no me hubiese dado cuenta antes.

Todo en él grita «¡dragón!». Desde su manera de moverse hasta el modo en que sus ojos detectan hasta el más mínimo movimiento. Y eso sin incluir el gran anillo que lleva en el dedo derecho. Nunca lo he visto sin él, al menos no en su forma humana. Consiste literalmente en una reluciente piedra verde con un dragón grabado engarzada en una base de plata repleta de detalles.

—Pasaré por alto tu falta de entusiasmo, chica nueva, y te lo daré de todos modos, porque esa es la clase de chico que soy.

—Vaya, tú siempre tan dispuesto a ayudar —digo, y acompaño mi comentario con un chasquido de lengua, aunque no puedo evitar que el humor alcance mi mirada. Seguir enfadada con Flint me está empezando a resultar imposible—. Ay, espera. Quería decir «tan dispuesto a asesinar», perdona. —Abro mucho los ojos deliberadamente —. Siempre confundo esas dos palabras.

Flint se sonroja un poco, y su expresión se transforma en una mezcla de vergüenza y admiración cuando se inclina y me susurra:

—Yo también.

Lo miro a los ojos.

—Sí, ya me acuerdo.

—Sí, ya lo sé. —Ahora parece triste, pero no intenta discutir conmigo. No trata de hacer como que no tengo derecho a mostrarme recelosa con él. Solo me señala una mesa con la barbilla y dice—: Creo que te interesará coger sitio al fondo.

—Y eso ¿por qué? —pregunto.

Flint niega con la cabeza y la inmensa sonrisa que lo caracteriza aparece en su rostro de nuevo. Levanta las manos en un gesto medio conciliador, medio queriendo decir «tú misma», y advierte:

—Siéntate delante un día si quieres. Ya lo averiguarás.

Quiero preguntar más, pero entonces suena el último timbre y todo el mundo corre a buscar un sitio lo más alejado de la primera fila como sea posible.

Al parecer era un consejo real, no estaba intentando tomarme el pelo. Por desgracia, soy demasiado lenta, porque casi todas las mesas del fondo están ocupadas ya.

Pensando que sentarme delante no debe de ser tan malo, me dirijo hacia la fila pegada a la pared. El segundo asiento está libre, y me parece una opción tan buena como cualquier otra.

Estoy a punto de llegar a él cuando un delgado brazo que luce pulseras de piedras preciosas engastadas me detiene.

—¡Dios mío, Grace! —Gwen, la amiga de Macy, me invita a sentarme a su lado—. Bienvenida de vuelta —me dice prácticamente gritando mientras me siento en el sitio que hay justo delante de ella—. ¿Has visto ya a Macy? ¡Va a alucinar!

Se coloca un mechón de su pelo largo, negro y brillante, detrás de la oreja mientras habla y, cuando le cae de nuevo sobre la cara, emite un sonido de exasperación y se inclina hacia delante para sacar de su cartera una horquilla antigua, adornada también con piedras preciosas.

—No, todavía no. Mi tío me ha dicho que tenía algunos exámenes trimestrales, así que aún no la he visto desde...

Dejo la frase a medias, incómoda, pues no sé cómo terminarla. ¿Desde que he regresado? ¿Desde que he vuelto a transformarme en humana? ¿Desde que he dejado de ser una gárgola? Uf. Qué lío.

Gwen sonríe comprensiva y me susurra algo en chino. Por la expresión de su rostro sé que debe de ser algo especial, pero no tengo ni idea de si se trata de un hechizo, de una bendición o de algo entre ambos.

—¿Qué significa eso? —susurro al ver que el profesor de Arquitectura, un tal señor Damasen según el horario, entra pesadamente en el aula.

Es un hombre gigante (medirá al menos dos metros), con el pelo largo y pelirrojo recogido en la nuca, y con unos ojos del color del oro envejecido que parecen haberlo visto todo.

Por acto reflejo, me siento algo más derecha en la silla, y me percato de que el resto de los presentes hace lo mismo, excepto Flint, que tiene las piernas cruzadas encima de la mesa como si estuviese en una tumbona en las Bahamas.

El señor Damasen lo mira, y en sus ojos se forma una especie de remolino que me deja acojonada. Pero Flint sigue mostrando esa perezosa sonrisa de dragón suya e incluso levanta las manos en un gesto a medio camino entre un saludo de colegas y un saludo militar.

Al principio creo que el profesor va a arrancarle la cabeza de un bocado, tal vez incluso literalmente, pero al final no dice nada. Tan solo niega con la cabeza antes de repasar un momento con la mirada al resto de los alumnos.

—Mi madre solía recitarme un proverbio chino cuando estaba creciendo y me costaba entender mis poderes y mi lugar en el mundo de la brujería: «Si el cielo ha creado a alguien, la tierra le encontrará algún uso» —me explica Gwen. Sus brazaletes tintinean al chocar entre sí con un ritmo de lo más relajante cuando se inclina ligeramente hacia mí y me da unas palmaditas en el antebrazo—. No seas tan dura contigo misma. Ya averiguarás cuál es el tuyo. Date tiempo.

Sus palabras son certeras. Tanto que, de hecho, me asusto un poco. No me emociona la idea de que todo el instituto sepa cómo me siento. Creía que se me estaba dando bien ocultar mis emociones, pero ahora lo dudo bastante, teniendo en cuenta que esta es solo la segunda vez que Gwen y yo hablamos.

—¿Cómo lo has sabido?

Sonríe.

—Soy empática y sanadora. Es mi don. Y tienes todo el derecho del mundo a estar asustada en estos momentos. Limítate a intentar respirar durante todo este proceso hasta que te estabilices.

—¿Fingirlo hasta conseguirlo? —bromeo, porque ese ha sido prácticamente mi mantra desde que llegué al instituto Katmere.

—Algo así, sí —responde con una carcajada bajita.

—Señorita Zhou. —La voz del señor Damasen reverbera por el aula como un trueno y hace temblar todo a su paso, incluidos los nervios de los alumnos—. ¿Le importaría unirse al resto de sus compañeros y entregar sus ejercicios de repaso del trimestre? ¿O es que no le interesa obtener esos puntos?

—Por supuesto, señor Damasen. —Levanta una carpeta naranja chillón—. Los tengo justo aquí.

—Lo siento —susurro, pero ella me guiña el ojo al levantarse para sumar su carpeta al montón que hay ya al frente del aula.

—En cuanto a usted, señorita Foster, es un placer tenerla de vuelta. —La voz del señor Damasen es tan estruendosa que doy un respingo. Ha venido hasta mi pasillo y ahora está justo delante de mí, con un libro de texto en la mano—. Aquí tiene el libro que necesitará para mi clase.

Lo acepto con cautela, intentando mantener mis oídos lo más alejados de su voz como sea posible, por si decide que tiene algo más que decir. Ahora entiendo perfectamente la advertencia de Flint. Es una pena que no pueda salir pitando hasta la farmacia más cercana para comprar un par de tapones antes de la próxima clase.

Alejar mis oídos todo lo posible resulta ser un buen movimiento por mi parte, porque en cuanto acepto el libro continúa:

—Pero ha elegido regresar el día en el que vamos a realizar el examen trimestral, algo para lo que, evidentemente, usted no está preparada. De modo que, cuando todo el mundo haya empezado a hacer el examen, acérquese a mi mesa con el señor Montgomery. Tengo un trabajo para ustedes dos.

—¿Con Flint? —digo inconscientemente—. ¿Es que él no tiene que hacer el examen?

—No. —Flint finge limpiarse las uñas en la camiseta antes de soplárselas haciendo el gesto universal de «lo tengo controlado»—. La persona con la nota más alta de la clase está exenta de hacer el examen. Así que estoy libre para ayudarte con cualquier cosa que puedas necesitar. —La sonrisa que me dispara al pronunciar la última palabra es absolutamente maliciosa.

No quiero discutir con el profesor el primer día de clase, por lo tanto aguardo mientras el señor Damasen reparte los

exámenes al resto de los alumnos. Cuando ha terminado de responder las numerosas preguntas que han surgido, me acerco a su mesa, y Flint me sigue. Siento que todos nos miran o, mejor dicho, me miran, y me arden las mejillas. Pero estoy decidida a no mostrarles que me están poniendo nerviosa, así que mantengo la mirada fija al frente y hago como que no noto que Flint está tan cerca de mí que siento su aliento en el cuello.

El señor Damasen gruñe al vernos, abre el primer cajón de la mesa y saca un sobre amarillo. Después, con lo que estoy segura de que cree que es un susurro, pero en realidad es un grito, nos dice:

—Lo que necesito que hagan es que se den una vuelta por el instituto y fotografíen todo lo que hay en esta lista. Entréguenme las fotos dentro de dos semanas. Voy a usarlas como referencia en un artículo que estoy escribiendo para la edición de mayo de *Aventuras Gigantes* . —Nos mira a ambos—. Su tío ha dicho que no sería ningún problema.

Típico del tío Finn, siempre intentando arreglarlo todo.

—Claro, señor Damasen —digo, sobre todo porque no sé qué otra cosa responder.

Me entrega el sobre y espera con cierta impaciencia a que lo abra.

—¿Alguna pregunta? —añade con un timbre atronador en cuanto fijo los ojos en la lista.

Tengo como un centenar, pero la mayoría de ellas no tienen nada que ver con lo que representa que debo fotografiar. No, mis preguntas giran más bien en torno a cómo se supone que tengo que pasarme la próxima hora y media con el chico que, no hace tanto, quería matarme.

11

Sí, tal vez tenga el corazón de piedra

—¿Te sientes cómoda con esto? —pregunta Flint cuando salimos al pasillo. Y, por una vez, no está de broma. De hecho, está superserio.

La verdad es que no sé si me siento cómoda o no. A ver, sé que Flint no va a volver a hacerme daño; con Lia y Hudson a saber dónde, ya no tiene motivos para matarme con el fin de evitar que me usen para un extraño rito de resurrección. Pero, por otro lado, no me emociona demasiado tener que salir pitando a esos lugares (muy) apartados de la lista con él. Más vale prevenir...

No obstante, una tarea es una tarea. Además, si haciendo esto me evito el examen trimestral, más me vale poner de mi parte para que la cosa marche.

—Bueno —respondo al cabo de unos cuantos segundos incómodos—. Hagámoslo y punto.

—Claro. —Señala con la barbilla la lista que tengo en la mano—. ¿Por dónde quieres empezar?

Le entrego el montón de papeles.

—Conoces el instituto mejor que yo. ¿Por qué no eliges tú?

—Será un placer.

No dice nada más mientras ojea la lista. Es buena señal. Lo último que quiero es que se piense que volvemos a ser buenos amigos. Aunque, al mismo tiempo, tampoco me gusta esta sensación.

No me gusta esta distancia que hay entre nosotros. No me gusta este Flint tan serio que no hace bromas ni me toma el pelo. Y no me gusta nada el hecho de que a cada minuto que pasamos en este pasillo la cosa parece ir poniéndose más incómoda en lugar de menos.

Echo de menos al amigo que asaba nubes para mí en la biblioteca. Que creaba flores para mí de la nada. Que se ofrecía a subirme las escaleras a caballito.

Pero entonces recuerdo que ese amigo en realidad nunca existió; que, al tiempo que hacía todas esas cosas, también planeaba hacerme daño, y entonces me siento aún peor.

Flint me mira por encima de la lista del señor Damasen, pero no dice nada, lo cual no ayuda. Se crea un silencio entre nosotros, tenso y frágil como la cuerda floja de un acróbata. Cuanto más se alarga, más nerviosa me voy poniendo y, para cuando Flint termina por fin de leer la lista, estoy al borde del sobresalto.

Y sé que él me lo nota, porque el chico que tengo delante no es el mismo que el vacilón con el que me he topado al entrar en clase. Su voz es más apagada y su actitud más vacilante. Incluso su postura es distinta. Parece más pequeño y menos seguro de sí mismo que nunca cuando dice:

—Los túneles están en la lista.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, flotando en el espacio que nos separa.

—Lo sé.

—Puedo ir yo solo, si quieres. —Se aclara la garganta, arrastra los pies y mira a todas partes menos a mí—. Tú puedes ir a fotografiar alguna otra cosa de la lista, y yo bajo

en un momento a los túneles a hacer las fotos que Damasen necesita.

—Yo no puedo hacer ninguna foto. He perdido el móvil con lo de... —En lugar de decirlo en voz alta, hago un gesto con la mano con la esperanza de que entienda que me refiero a «la debacle gargólica».

—Ah, vaya. —Se aclara la garganta por lo que será la cuarta vez en un minuto—. Bueno, aun así puedo bajar solo a los túneles. Espérame aquí, y luego hacemos juntos el resto del castillo.

Niego con la cabeza.

—No voy a pedirte que hagas eso.

—No me estás pidiendo nada, Grace. Me he ofrecido yo.

—Ya, bueno, yo no te he pedido que te ofrezcas a hacerlo. Al fin y al cabo es a mí a quien van a ponerle nota por esto.

—Cierto, pero fui yo el que se comportó como un auténtico gilipollas, así que si no quieres bajar a esos malditos túneles conmigo lo entenderé, ¿vale?

Me echo hacia atrás al oír sus palabras, algo sorprendida ante ese súbito *mea culpa* , pero también un poco cabreada por la forma tan ligera que tiene de decirlo, como si la rara fuera yo por querer protegerme. Sé que creía que no tenía elección, y sé que probablemente no podría haber matado a Lia sin iniciar una guerra entre dragones y vampiros, pero no lo absuelve de lo que hizo.

—¿Sabes qué? Sí, fuiste un auténtico gilipollas. Más que un gilipollas, de hecho. Todavía tengo las cicatrices de tus garras en el cuerpo, por tanto, ¿a santo de qué te permites de repente mostrarte tan triste y herido? Eres tú el que fue un amigo horrible, y no al revés.

Frunce el ceño.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me he pasado cada día de los últimos cuatro meses reconcomiéndome por todas las formas en las que te jodí?

—Pues mira, no sé qué habrás estado haciendo los últimos cuatro meses. Es que resulta que me los he pasado

convertida en una puta estatua, por si se te ha olvidado.

Y así, sin más, se apaga y deja caer los hombros.

—No se me ha olvidado. Y es una puta mierda.

—Sí, es una mierda. Todo esto es una mierda. Creía que eras mi amigo. Creía...

—Era tu amigo. Soy tu amigo, si me dejas que lo sea. Sé que ya te pedí perdón y sé que no hay nada que pueda decir o hacer para compensarte por lo que te hice, y que tampoco importa la cantidad de castigos que me haya puesto Foster. Pero, Grace, te juro que jamás volveré a hacer algo así. Te juro que jamás volveré a hacerte daño.

No son las palabras en sí las que me convencen para que le dé otra oportunidad, aunque son bastante persuasivas. Es el modo en que las dice, como si nuestra amistad le importara de verdad. Como si me echase de menos tanto como (para mi sorpresa) yo a él.

Es porque lo echo en falta, porque no quiero creer que todos esos momentos que tanto significaron para mí no significaban también algo para él, que hago lo que podría suponer el peor de mis errores hasta la fecha. En lugar de mandarlo a la mierda, en lugar de decirle que es demasiado tarde y que jamás le daré otra oportunidad, le advierto:

—Más te vale, porque, como vuelvas a hacer algo así, no tendrás que molestarte en matarme. Porque te juro que te mataré yo primero.

Su rostro esboza esa sonrisa bobalicona a la que soy incapaz de resistirme.

—Hecho. Si intento matarte de nuevo, tienes todo el derecho a intentar matarme tú a mí.

—No tendré que intentar nada —le digo con mi mejor cara de amenaza—. Te mataré.

Se lleva la mano al corazón fingiendo pavor.

—¿Sabes qué? Lo dices tan convencida que creo que vas en serio. —Su sonrisa se intensifica.

—Lo digo en serio. ¿Quieres ponerme a prueba?

—No, no. Estaba en el pasillo el día en que te transformaste en piedra. Vi lo que le pasó a Hudson —dice Flint—. Te has convertido en una auténtica tía dura, Grace.

—Perdona, pero siempre he sido una tía dura. Lo que pasa es que estabas demasiado ocupado intentando matarme como para darte cuenta. —Es bastante difícil mirar por encima del hombro a alguien que es más alto que tú, pero aquí, en este momento con Flint, me enorgullece decir que lo he conseguido.

—Me estoy dando cuenta ahora. —Menea las cejas arriba y abajo—. Y me gusta.

Suspiro.

—Ya, bueno. Pues que no te guste demasiado. Esto... —hago un gesto con la mano señalando entre los dos— es una prueba. Así que... no la cagues.

Se lleva las manos a las caderas como si estuviera preparado para recibir un golpe que está dispuesto a aceptar.

—No lo haré —dice, y suena sorprendentemente en serio.

Le mantengo la mirada durante un minuto y, al final, asiento. La sonrisa que había estado intentando contener asoma por fin en mis ojos.

—Bien. Y ahora, ¿podemos volver al proyecto? ¿O vamos a pasarnos todo el día aquí hablando de nuestros sentimientos?

—Vaya. —Me mira con fingida admiración—. Transformas a una chica en una gárgola y de repente se le vuelve el corazón de piedra.

—Vaya. —Le devuelvo la misma mirada—. Transformas a un chico en un dragón y de repente se vuelve totalmente idiota.

—Eso no tiene nada que ver con el dragón que hay en mí, nena, es que yo soy así.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír con sus boberías. Es genial poder bromear con él de nuevo.

—Lamento ser yo quien te lo diga, «nene», pero me temo que lo sois ambos.

Flint finge caer vencido, y aprovecho la oportunidad para arrebatarle de las manos la lista de cosas que debemos fotografiar. Sé que, si no nos ponemos manos a la obra, nunca acabaremos esto. Necesito todos los puntos extras que pueda obtener, así que más nos vale ir moviendo el culo.

Sin embargo, cuando ojeo la lista de nuevo (esta vez con la cabeza mucho más despejada), veo que tenemos un problema enorme.

—Algunas de las cosas que quiere que fotografiemos están muy altas. Es imposible fotografiarlas lo suficientemente bien como para que le sirvan en su trabajo de investigación.

Pero Flint me guiña el ojo y pone su sonrisa maliciosa.

—Te acuerdas de que los dragones vuelan, ¿verdad?

Ah, no. De eso nada. Niego con la cabeza.

—Lo siento, pero nuestro árbol de la confianza sigue siendo solo una ramita. No pienso subir contigo al cielo.

Se echa a reír.

—Vale, aguafiestas. Hoy nos centraremos en las fáciles. Pero uno de estos días, más pronto que tarde, volarás conmigo.

Me recorre un escalofrío y casi le recuerdo que ya me llevó volando una vez, entre sus garras, pero no quiero romper nuestra reciente tregua.

—Me temo que vas a tener que convencerme.

—Yo vivo para servir, señora mía —dice, y se inclina en una teatral reverencia, haciéndome reír. Es tan idiota que es imposible tomárselo en serio.

Intento darle un empujón en el hombro, de broma, pero, joder, a ver si va a ser él la gárgola. Está tan duro que parece de piedra.

—Venga, dame tu móvil y pongámonos manos a la obra, zumbado —le digo, y Flint me pasa su teléfono. Pero,

cuando me vuelvo, descubro que Jaxon nos está observando, y sus ojos parecen de hielo negro.

12

#ElClubDeLaLuchaDePandillas

—¿Ya ha acabado la clase? —pregunta Jaxon mirándome con cierta expresión de «¿qué cojones...?».

—Ah, no. —Me aparto considerablemente de Flint (no porque Jaxon haya dicho o hecho nada que me haga sentir incómoda, sino porque me imagino cómo me sentiría yo si fuese deambulando por el instituto y me lo encontrase acurrucado con una dragona supersexy y superencantadora. Por muy inocente que fuera la cosa)—. Es que en clase están haciendo el examen trimestral y Flint está exento, así que el profesor le ha pedido que me ayude con un proyecto que me ha mandado para conseguir los mismos puntos.

Flint apoya tranquilamente su inmenso hombro contra la pared de piedra, y cruza los brazos y los tobillos como si no le preocupase nada en este mundo. Jaxon tiene la vista fija en mí.

—Eso es estupendo. Así no tendrás que hacer todo ese trabajo para compensar que tanto te preocupaba, ¿no? —pregunta Jaxon con una sonrisa que no alcanza a sus ojos. Aunque, bueno, a lo mejor estoy siendo algo paranoica.

—Claro. Y ojalá todos los profesores sean tan majos como el señor Damasen.

—¿Damasen? —repite Jaxon acompañándolo de una especie de carcajada—. Creo que es la primera vez que oigo que alguien se refiere a él como «majo».

—¿Verdad? —interviene Flint—. Yo le he dicho lo mismo. Ese hombre es un monstruo.

Jaxon no le responde. De hecho, ni siquiera lo mira. Y la situación no es nada incómoda, qué va.

—Bueno, a mí me ha caído bien. A ver, sí, habla muy alto, pero no veo cuál es el problema.

—Es un gigante.

—Ya, ¿verdad? —Abro los ojos todo lo que puedo mientras visualizo al profesor de Arquitectura—. Creo que es la persona más grande que he visto en mi vida.

—Porque es un *gigante* —reitera Jaxon, y esta vez no se me pasa por alto el énfasis que pone en la última palabra.

—Un momento... —Noto que mi mente se estira intentando asimilar lo que me está diciendo—. Cuando dices *gigante* ... no quieres decir que es un «humano grande». Te refieres a que es un...

—Gigante. —La frialdad que aún quedaba en sus ojos desaparece, sustituida por una calidez divertida, y los hombros se me destensan.

—Pero ¿te refieres a un gigante como el de *Jack y las habichuelas mágicas* ?

—Me refiero más bien a un gigante devorabebés, pero supongo que tu referencia también es válida.

—¿En serio? —Niego con la cabeza mientras intento encajar esta nueva revelación.

—En serio, Grace —reitera Flint—. Damasen es un gigante. En su piso tiene un montón de huesos de alumnos problemáticos que lo demuestran.

Me vuelvo inmediatamente hacia Flint.

—¿Qué?

—Pero, tranquila —continúa—, Foster no le permite comerse a los buenos alumnos, así que estarás a salvo.

Flint se esfuerza al máximo por intentar mantener una expresión seria mientras lo miro aterrorizada; aun así, al final es superior a él. Sonríe, pero, en cuanto lo miro con recelo, se deshace en carcajadas.

—Madre mía. Qué cara has puesto. —Mira a Jaxon, como si quisiera compartir la broma, pero Jaxon lo ignora por completo. Una especie de tristeza asoma en la mirada de Flint, pero la esconde tras una enorme sonrisa tan rápido que me pregunto si no habrán sido cosas mías.

—¡Qué malo eres! —le digo, y le doy un codazo en el costado—. ¿Cómo me dices eso? —Me vuelvo hacia Jaxon—. ¿De verdad que Damasen es un gigante?

—Sí, es un gigante. Pero, no, no se come a la gente. —Hace una pausa y, por fin, mira a Flint—. Ya no.

—¿Cómo que ya no? —Me encojo espantada, al menos hasta que veo un brillito en el rabillo del ojo de Jaxon—. ¡Ya te vale! No tiene ninguna gracia. ¿Por qué me tomáis el pelo de esta manera?

—Creía que era mi obligación, como novio tuyo que soy —responde Jaxon sonriendo.

—¿El qué? ¿Asustarme?

—Gastarte bromas.

Levanta la mano y enrosca uno de mis rizos alrededor del dedo.

—Creo que solo pretendía marcar el terreno, Grace. —Flint me pasa tranquilamente el brazo por los hombros y le lanza a Jaxon una mirada provocadora—. No le ha molado enterarse de que es posible que me montes un ratito.

—¡Flint! —Me quedo boquiabierta por segunda vez en el último par de minutos—. ¿Por qué lo dices así? —Me vuelvo hacia Jaxon—. Al dragón. Se refiere a montar a su dragón.

Flint menea las cejas arriba y abajo.

—Exacto.

Me siento tan avergonzada del doble sentido no intencionado que seguro que tengo la cara como un tomate.

—¡Flint! ¡Para!

No tengo la ocasión de aclararlo. Jaxon alarga el brazo a la velocidad del rayo y le propina a Flint un puñetazo en toda la boca.

13

Golpéame por sorpresa
one more time

Durante varios segundos que se me hacen eternos, el mundo parece moverse a cámara lenta.

Flint recibe el golpe con tanta fuerza que retrocede tambaleándose varios pasos. Al mismo tiempo, Jaxon baja el brazo y ladea la cabeza ligeramente, mirando a Flint con odio mientras aguarda la reacción de su antiguo mejor amigo. Y yo me quedo ahí plantada, en medio de los dos, moviendo la cabeza a un lado y a otro mientras intento pensar qué se supone que debo hacer. ¿Le grito a Jaxon? ¿Le grito a Flint? Me largo y los dejo que se maten porque... ¿en serio? ¿A qué viene este alarde de testosterona? Pfff.

Antes de que me dé tiempo a tomar una decisión, Flint se recupera. Contengo el aliento esperando a que se abalance contra Jaxon en medio del pasillo. Pero, como de costumbre, me sorprende. En lugar de atacarlo con las manos, los puños o el fuego, simplemente se lleva las manos a la boca y se limpia la sangre del labio mientras mira a Jaxon con un brillo en los ojos que no acabo de identificar. Y, cuando por

fin habla, sus palabras son tan inesperadas como el resto de su reacción.

—Me sorprendes, Vega. Tú no eras de dar golpes por sorpresa.

Jaxon simplemente enarca las cejas.

—Creo que deberías buscar la expresión en el diccionario, Montgomery. No es sorpresa cuando sabes que va a llegar. Y menos cuando lo has provocado.

Flint se echa a reír, pero no aparta la mirada. Jaxon tampoco lo hace.

Hay tantas rencillas entre estos dos, tanto pasado... Y aquí estoy yo, intentando entender qué es lo que está sucediendo en realidad, qué me he perdido. Porque está claro que me he perdido algo. Entonces decido que me da igual. Si quieren ir por ahí golpeándose el pecho como dos gorilas, no seré yo quien se lo impida. Pero, desde luego, tampoco voy a quedarme a presenciarlo.

—¿Sabéis qué? Mientras vosotros dos seguís con lo que quiera que sea esto... —Muevo el brazo de un lado a otro entre ellos—, yo voy a trabajar en mi tarea. Te busco luego para devolverte el móvil, Flint.

Me dispongo a marcharme sin decirle nada a Jaxon, cosa que, al parecer, por fin capta su atención. Me alcanza y detiene mi marcha rodeándome la cintura con el brazo y estrechándome contra él.

—Ya no tienes por qué tomar su móvil prestado —me dice con los labios pegados a mi oreja.

No estoy para tonterías en este momento, y así se lo hago saber con la mirada.

—Solo voy a usar su teléfono, Jaxon, no a «montar a su dragón» —digo formando unas comillas en el aire con los dedos con un gesto exagerado para poner de manifiesto lo ridícula que es esta situación—. No es para tanto.

Jaxon suspira.

—Me da igual que uses el teléfono de Flint. Pero pensaba que a lo mejor preferías usar el tuyo propio.

Utiliza la mano libre para sacar un móvil del bolsillo delantero de su mochila y me lo entrega. Me lo quedo mirando. Después miro el teléfono. Y finalmente lo miro a él otra vez.

—Ese no es mi teléfono. El mío tiene la carcasa de una playa, y... —Dejo de hablar cuando caigo en la cuenta de lo que está pasando—. Un momento. ¿Me estás diciendo que me has comprado un móvil nuevo? —Me mira como queriendo decir «obviamente»—. ¿Cuándo? He estado un rato dándole vueltas a cómo encontrar uno teniendo en cuenta que estamos en medio de la nada, y tú no solo me lo has conseguido en una hora, sino que lo has hecho en mitad de un examen. ¿Cómo es posible?

Se encoge de hombros.

—No sé. ¿Porque llevo más tiempo aquí y conozco todos los trucos?

—Por supuesto. Pero podrías haberme enseñado tu truco y ya está. Así habría ido yo misma a comprármelo.

—No me importa regalarte un móvil, Grace. Considéralo un regalo de bienvenida a casa.

—Ya me has dado mi regalo de bienvenida: tú. —Apoyo la cabeza en su hombro y entierro la nariz en su garganta fuerte y cálida mientras pienso en lo que quiero decir. Sigue oliendo a naranjas y agua fresca, e inhalar su aroma me calma una ansiedad en el estómago que no me había dado cuenta de que estaba ahí—. Es que no quiero que sientas que tienes que comprarme cosas, porque no tienes por qué hacerlo. —Me aparto lo justo como para mirarlo a los ojos—. Lo sabes, ¿no?

Niega con la cabeza, me mira confundido y dice:

—¿Vale? —Flint aún puede oírnos, y probablemente esté observando que nos marchamos, así que Jaxon me desvía hasta un hueco que hay unos metros más adelante—. ¿A qué ha venido esto?

Intento buscar las palabras correctas cuando, de repente, me doy cuenta de lo poco que nos conocemos en realidad.

—A mí no me educaron para gastarme el dinero así. Primero el colgante y ahora... —Me quedo mirando el teléfono, aún en su mano—. Un iPhone nuevo, último modelo. Es demasiado. No quiero que pienses que estoy contigo porque puedes comprarme cosas.

—Hay mucho que desarrollar en esa frase, así que voy a necesitar un par de minutos para descifrarlo todo. Pero antes... —Desliza el móvil nuevo en el bolsillo de mi chaqueta, me quita el de Flint de la mano, a lo que no opongo resistencia, y sale de nuevo al pasillo—. ¡Eh, Montgomery! —Espera hasta que Flint se vuelve para mirarlo con expresión expectante—. ¡Reacciona rápido! —grita al tiempo que le lanza el teléfono formando un arco perfecto. Flint le hace una peineta, pero logra cogerlo, y Jaxon se echa a reír.

Juro que jamás entenderé a estos dos.

Aún se está riendo cuando se vuelve de nuevo hacia mí y, por un momento, no puedo evitar pensar en el chico que conocí hace cuatro meses. Él nunca se reía, nunca sonreía y, desde luego, nunca bromeaba. Ocultaba su corazón tras un ceño fruncido, y su cicatriz, tras un pelo demasiado largo. Y míralo ahora.

No soy tan creída como para pensar que es todo gracias a mí, pero me alegro de haberlo ayudado por la parte que me toca a salir de la oscuridad. De haberlo salvado de la misma manera que él me ha salvado a mí.

—Y ahora, volvamos a lo que estabas diciendo —comenta mientras continuamos caminando y giramos en dirección al distribuidor—. En primer lugar, probablemente esto te suene fatal, pero las cosas son como son. El dinero no es algo que me preocupe. He vivido mucho tiempo y tengo mucho, esa es la realidad. Y, puede que a ti no te lo parezca, pero me he estado conteniendo muchísimo hasta ahora.

Me llevo la mano al bolsillo y saco el teléfono de más de mil dólares que me acaba de regalar.

—¿Te parece que esto es contenerse?

—No tienes ni idea. —Se medio encoge de hombros, un gesto que me resulta tremendamente sexy—. Te compraría el mundo entero, si me dejaras.

Me dispongo a decirle de broma que ya lo ha hecho, pero su expresión es demasiado seria en estos momentos, igual que el modo en que me agarra de la mano como si fuese una cuerda de salvamento. Aunque, bueno, yo me aferro a él de la misma manera, a este chico que me hace sentir de todo, todo el tiempo.

—Jaxon...

—¿Qué?

—Nada. —Niego con la cabeza—. Solo Jaxon.

Sonríe y, cuando nuestras miradas se encuentran, juro que se me olvida cómo respirar. Y no recuerdo cómo hacerlo hasta que dice:

—Venga, hagamos algunas de esas fotos antes de que suene el timbre.

—Ay, sí. Las fotos.

—Pareces entusiasmada. —Me mira con desaprobación mientras doblamos una esquina, con ambas cejas enarcadas—. Son importantes, ¿no? Me refiero a que no irías a montar a Flint por ningún otro motivo, ¿verdad?

—¿Qué? —Me vuelvo de inmediato dispuesta a echarle una bronca, y me lo encuentro riéndose de mí en silencio—. Joder. Lo has hecho a propósito.

—¿El qué? —pregunta inocentemente, pero ni siquiera se esfuerza en ocultar el brillo malicioso de sus ojos.

—Eres un... —Intento apartarme, pero me rodea los hombros con el brazo y me estrecha contra él con fuerza. De modo que solo puedo hacer una cosa: propinarle un codazo en el estómago.

Como cabía esperar, ni siquiera se inmuta. Solo se ríe con más ganas y me suelta:

—Soy un... ¿qué?

—Ya ni lo sé. Pero... —Niego con la cabeza y agito las manos en el aire—. No sé qué voy a hacer contigo.

—Claro que lo sabes.

Se inclina para besarme, y debería ser lo más natural del mundo. Estoy enamorada de este chico, él está enamorado de mí, y me encanta besarlo. Pero en cuanto su boca se acerca, mi cuerpo entero se tensa por voluntad propia. El corazón me empieza a latir muy deprisa, pero no en el buen sentido, y se me revuelve el estómago.

Intento disimularlo, pero estamos hablando de Jaxon, y siempre ve más de lo que me gustaría que viera. Así que, en lugar de besarme en la boca, como sé que quiere hacer, se desvía ligeramente y me da un beso tierno y dulce en la mejilla.

—Lo siento —le digo.

Detesto lo que me está pasando, detesto que no podamos retomarlo donde lo habíamos dejado hace cuatro meses. Y detesto todavía más el hecho de ser yo la que esté abriendo esta brecha entre los dos cuando Jaxon se ha portado de maravilla conmigo.

—No lo sientas. Lo has pasado mal. Puedo esperar.

—Ese es el tema. No tendrías por qué hacerlo.

—Grace. —Coloca una mano en mi mejilla—. Te has pasado ciento veintiún días convertida en piedra para mantenernos a todos a salvo. Si crees que no puedo esperar lo que haga falta a que te sientas cómoda al estar de nuevo conmigo, es que no tienes ni idea de cuánto te quiero.

Me quedo sin aliento, se me detiene el corazón y, probablemente, el alma también.

—Jaxon. —Apenas soy capaz de pronunciar su nombre a través del nudo que oprime mis cuerdas vocales.

Pero él simplemente niega con la cabeza.

—Llevo una eternidad esperándote, Grace. Puedo esperar un poco más.

Me inclino para besarlo y, así, sin más, la dulzura que hay entre nosotros se transforma en otra cosa. En algo que hace

que me suden las palmas de las manos y que el temor me cubra la garganta.

14

Travesuras

Se me cae el alma a los pies, las lágrimas se me empiezan a acumular en los ojos y olvido cómo respirar.

Porque lo que me preocupa no es cuánto tiempo será Jaxon capaz de esperar, sino si llegaré a estar algún día preparada para él de nuevo. Si encontraré el camino de vuelta hasta este chico tan maravilloso y que me robó el corazón con tanta facilidad y de una forma tan completa.

Y no puedo evitar preguntarme qué es exactamente esto que me pasa por dentro que hace que me sienta así. Sí, es verdad que he oído una voz muchas veces antes que me advertía del peligro, que me indicaba qué hacer en situaciones en las que estaba con el agua al cuello. Situaciones en las que jamás imaginé que me vería.

En esas ocasiones estaba convencida de que esa voz no eran más que pensamientos aleatorios, cosas seleccionadas de un subconsciente que mi mente consciente no había llegado a registrar hasta ese momento. Pero ahora me pregunto si no sería la voz de mi gárgola. Flint comentó una vez que su dragón tenía conciencia propia, que tenía pensamientos independientes de los de su forma humana. ¿Pasará lo mismo con las gárgolas?

Sin que venga a cuento, un miedo irracional se acumula en mi interior. Miedo a la gárgola que hay dentro de mí. A Lia y a Hudson. Al destino en sí, por orquestar todo lo que nos ha llevado a este punto.

Abro la boca, aunque no sé qué quiero decir. Algo, lo que sea, que pueda explicarle las extrañas sensaciones que se amotinan dentro de mí, pero, antes de que llegue a decir nada, niega con la cabeza y dice:

—No importa.

—Claro que sí.

—No —responde con firmeza—. Hace apenas cuatro horas que has regresado. No seas tan dura contigo misma y ten paciencia.

Antes de que pueda añadir algo más, el timbre suena de nuevo.

Unos segundos después, los alumnos vestidos con sus uniformes morados y negros invaden las zonas comunes. Nos dejan nuestro espacio: Jaxon está conmigo, así que por supuesto que lo hacen, pero eso no significa que no nos miren, que no cuchicheen al pasar, observándonos como si fuésemos dos maniquíes expuestos.

Jaxon se aparta de mí de mala gana.

—¿Qué clase tienes ahora? —pregunta mientras me suelta la mano.

—Arte. Quería pasarme por mi habitación a cambiarme para ir por el sendero exterior.

—Bien. —Retrocede. Sus ojos oscuros están cargados de comprensión—. Avísame cuando decidas usar el atajo. No tienes por qué hacerlo sola. Al menos no la primera vez.

Me dispongo a decirle que no tiene importancia, pero me detengo. Porque sí que la tiene.

Y porque no quiero bajar ahí sola ahora mismo, no quiero atravesar la puerta que da a ese lugar en el que casi me convierto en un sacrificio humano por cortesía de la loca de Lia y de su novio, Hudson el exterminador.

Así que, en lugar de protestar, simplemente digo:

—Gracias. —Y me pongo de puntillas para besarlo en la mejilla.

De repente, un chillido a varios metros de distancia nos sobresalta, y nos apartamos el uno del otro.

—¡AAAH! ¡GRAAACE!

Como reconocería ese chillido en cualquier parte, sonrío a Jaxon con cierto pesar y retrocedo un par de pasos, justo antes de que mi prima Macy se estampe contra mi costado.

Se me abraza como una lapa y prácticamente empieza a saltar y a gritar:

—¡Estás aquí de verdad! ¡No me lo podía creer! ¡Te he estado buscando por todas partes!

Jaxon me guiña el ojo y articula en silencio: «Escríbeme luego», antes de fundirse con la horda de alumnos que van y vienen.

Asiento mientras le devuelvo el cariñoso gesto a Macy, e incluso me sumo a sus saltitos. Envuelta en su abrazo gigante, no puedo más que sentirme agradecida por su presencia. Pienso en lo mucho que la he echado de menos, aunque no me había dado cuenta hasta este momento.

—¿Cómo estás? ¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras? Tienes buen aspecto. ¿Qué clase tienes ahora? ¿Puedes hacer pellas? Tengo cuatro litros de helado Ben & Jerry’s de cereza escondidos en el congelador de mi padre. Llevo semanas acumulándolos, esperando a que volvieras. —Se aparta y me sonríe. Después, vuelve a inclinarse hacia mí y me abraza de nuevo con más entusiasmo todavía—. Cuánto me alegro de que hayas vuelto, Grace. Te echaba muchísimo de menos.

—Yo a ti también, Mace —respondo cuando me suelta por fin. Y, como no sé por cuál de sus ocho millones de preguntas o comentarios empezar, digo lo primero que me viene a la cabeza—: Te has cambiado el pelo.

—¿Qué? Ah, sí. —Me sonríe y se pasa la mano por su nuevo corte *pixie* rosa—. Me lo hice hace unas semanas, porque te echaba de menos. Es una especie de homenaje.

Claro que es un homenaje, porque sigue creyendo que el rosa eléctrico es mi color favorito...

—Te queda genial —le digo, porque es verdad y porque es la mejor prima y la mejor amiga que una pueda desear.

—Bueno, ¿qué clase tienes ahora? —pregunta, y me arrastra por el distribuidor hacia la escalera—. Porque creo que deberías saltártela, así podremos pasar un rato juntas en nuestro cuarto.

—¿Tú no tienes clase ahora?

—Sí, pero solo van a revisar el examen del viernes. —Hace un gesto de desdén con la mano—. Puedo hacer pellas para estar con mi prima favorita.

—Ya, pero es que tu prima favorita tiene clase de Arte, y no creo que deba hacer novillos. Tengo que ver si puedo hacer algo para compensar todo lo que me he perdido. —La miro con cierto remordimiento—. No quiero repetir el último curso.

—En mi opinión, no deberías compensar nada. A ver, ¿hola? Deberían ponerte todo sobresalientes durante el resto de tu vida por haber salvado el mundo.

Me echo a reír porque es imposible no hacerlo cuando Macy empieza así.

—Yo no diría que he salvado el mundo.

—Te deshiciste de Hudson, ¿no? Pues es más o menos lo mismo.

Se me hace un nudo en el estómago. Ese es el tema, que no sé si me deshice de él o no. No sé si está muerto o si anda por ahí urdiendo su próximo acto para dominar el mundo, o atrapado en algún lugar intermedio. Y hasta que no lo averigüe, me sabe fatal dejar que todos crean que he hecho algo que podría haber contribuido a «salvar el mundo». Por lo que yo sé, no he hecho sino empeorarlo todo.

—No tengo ni idea de dónde está Hudson ahora —confieso.

Detecto que sus ojos se agrandan ligeramente, pero se da cuenta y esboza una sonrisa.

—Bueno, no está aquí, y para mí con eso basta. —Me abraza de nuevo, esta vez con algo menos de entusiasmo—. ¿Qué dices, entonces? ¿Helado de cereza?

Miro el móvil nuevo que Jaxon me ha regalado y veo que solo faltan quince minutos para que empiece la clase. Y quiero ir, por muy tentador que sea pasar el rato en la habitación con Macy poniéndome al día de todo.

—¿Y si llegamos a un acuerdo? —digo, y vuelvo a guardar el móvil en el bolsillo—. Yo voy a clase de Arte, tú vas a tu última clase, y nos reunimos después a las cinco en nuestro cuarto para el helado.

Me mira con una ceja enarcada.

—Pero vas a aparecer, ¿no? No pensarás dejarme plantada por el vampiro superior.

Me parto de risa otra vez. ¿Cómo no hacerlo con ese comentario?

—Voy a decirle a Jaxon que lo has llamado así.

—Pues hazlo. —Pone los ojos en blanco—. Pero hazlo después del helado. ¡Tengo mucho que contarte! Además, quiero saber cómo es ser una gárgola.

—Sí, yo también —respondo con un suspiro.

—Ay, es verdad. Mi padre me ha comentado que tienes problemas de memoria. —Su rostro se ensombrece, pero solo unos segundos—. Bueno, pero puedes contarme qué tal ha sido volver a reunirte con tu compañero. —Sus ojos adoptan un brillo soñador—. Tienes tanta suerte de haber encontrado a Jaxon tan joven... La mayoría de nosotros tenemos que esperar muchísimo más tiempo.

Compañero . La palabra resuena en mi interior como un gong y reverbera en cada rincón de mi ser. No he pensado para nada en eso desde que he regresado, pero ahora que Macy lo ha mencionado tengo un millón de preguntas al respecto. A ver, sé que Jaxon es mi compañero, pero siempre me ha parecido algo muy abstracto. Descubrí el

término justo antes de transformarme en gárgola y no tuve mucho tiempo de pensar en ello antes de convertirme en piedra.

La idea de estar tan en desventaja me incomoda, así que decido ignorar la palabra (y lo que siento respecto a ella) hasta que tenga tiempo de hablar con Macy y Jaxon. O de ir a la biblioteca a informarme yo misma.

—Tengo que irme —le digo a Macy, y esta vez soy yo la que la abraza—. Llego tarde a clase.

—Bueno, vale. —Me responde con un abrazo tan intenso como siempre—. Pero estaré en la habitación, con el helado, a las cuatro y cincuenta y nueve en punto, y espero que estés ahí.

—Tienes mi palabra —digo, y levanto la mano a modo de juramento.

Aunque Macy no está muy convencida. Niega con la cabeza y se echa a reír.

—No dejes que, entretanto, Jaxon te convenza para hacer travesuras.

—¿Travesuras? —repito, porque justo cuando pienso que Macy no puede decir nada más absurdo (y fabuloso), hace algo que consigue que cambie de idea.

—Ya sabes a qué me refiero. —Menea las cejas arriba y abajo sugerentemente—. Pero si quieres te lo deletreo aquí delante de todos. Lo que quiero decir es que no dejes que Jaxon te lleve a su torre para...

—¡Vale! ¡Lo pillo, lo pillo! —exclamo toda colorada, pero ha dicho lo último tan alto como para que se oiga hasta en la mismísima torre, así que ahora hay un montón de fisgones a nuestro alrededor—. Arte. Me voy a Arte. Hasta luego.

Pero de camino a mi cuarto para cambiarme y al salir por la puerta auxiliar al gélido aire de marzo, no puedo evitar preguntarme si Jaxon intentará siquiera volver a hacer «travesuras» conmigo. Y por qué la gárgola que hay en mí se opone tanto a ello.

15

Juguemos a buscar al maniaco homicida

La clase de Arte va bastante bien. MacCleary me exime de hacer las dos primeras tareas del semestre y me pone a trabajar directamente en la tercera: un cuadro que refleje cómo me siento por dentro. Y, puesto que el arte siempre ha sido lo que me ha ayudado a entender el mundo, es sin duda una tarea que me viene de perlas.

Normalmente invertiría un montón de tiempo planificando la composición y la fuente de luz, pero, después de una hora bocetando tonterías sin sentido, me digo: «¡A la porra!». Cojo un pincel y me paso la última media hora de clase dando rienda suelta a mi subconsciente sobre el lienzo. Lo que plasma, hasta el momento, es un fondo azul oscuro con forma de remolino a medio camino entre Van Gogh y Kandinski.

No suele ser mi estilo, pero tampoco lo es salir con un vampiro y transformarme en una gárgola, así que... es lo que hay.

En un momento dado, tengo que esperar a que algunos de los colores se sequen un poco; saco el portátil de la mochila

e inicio sesión en la cuenta que tengo con mi compañía de telefonía móvil para activar mi nuevo dispositivo. Unos minutos después, decenas de mensajes inundan la pantalla del móvil.

Paso frenéticamente todos los de Heather que empiezan con un «¿Cómo estás?», y voy directa a los que expresan más preocupación, hasta un último y triste:

> Espero que no estés pasando de mí porque estás demasiado ocupada disfrutando de tu nuevo instituto. Solo quiero que sepas que seguiré aquí si alguna vez necesitas una amiga. Dame aunque sea una señal
> de que aún estás viva.

Soy oficialmente la peor amiga del mundo. Me tiemblan un poco las manos cuando por fin le escribo:

> ¡Madre mía! ¡Lo siento muchíííísimo! Es una historia muy larga. Perdí el móvil y en Alaska cierra todo durante el invierno. Acabo de conseguir uno nuevo. De verdad que lo siento muchísimo. ¿Hablamos por FaceTime esta semana?

No sé qué más decir aparte de «Y el premio a la peor amiga es obviamente para... ¡MÍ!». Detesto no poder decirle la verdad, pero detesto aún más la idea de perderla. Solo espero que me conteste cuando vea mis mensajes.

Guardo el móvil en la mochila y vuelvo a centrarme en mi pintura. Creo que quiere ser el principio de una habitación o algo así.

Por lo demás, la clase transcurre sin incidentes, al igual que el camino de regreso a mi habitación. Afortunadamente. A ver, sí, la gente me sigue mirando, pero en algún momento durante la última hora y media he decidido aplicar la filosofía de «¡a la porra!» a más cosas aparte de mi arte. De modo que, cuando paso por delante de un grupo de brujas que ni siquiera se molestan en bajar la voz mientras hablan sobre mí (prueba de que las chicas malas están en todas partes), sonrío y les lanzo un beso.

No tengo nada de lo que avergonzarme.

Llego a mi cuarto sobre las 16.31 horas, y calculo que tendré unos diez minutos para empezar a elaborar mi «Plan para encontrar al maniaco homicida» antes de que Macy llegue. Sin embargo, en cuanto abro la puerta me recibe una lluvia de confeti.

Me sacudo los trocitos de papel de colores y cierro la puerta, pero soy consciente de que voy a estar sacándomelo de entre los rizos durante lo que queda de tarde, o tal vez más. Aun así, no puedo evitar sonreír a Macy, que ya lleva puesta una camiseta morada de tirantes y su pantalón de pijama favorito (*tie-dye* de arcoíris, por supuesto). Ha vaciado su mesa y la ha cubierto con una sábana (también de arcoíris), sobre la que ha colocado un surtido de helado, Skittles, Dr Pepper y regaliz de colores.

—He pensado que, si vamos a celebrar tu regreso, tenemos que hacerlo con estilo —me dice, y me guiña el ojo. Entonces, le da a reproducir en su móvil y *Watermelon Sugar* de Harry Styles inunda la habitación.

—¡Baila! —me grita.

Y lo hago, porque Macy es capaz de convencerme de toda clase de cosas que jamás pensé que haría por nadie. Además, la canción me recuerda tanto a mi primera noche en el Katmere, que soy incapaz de resistirme. Alucino al pensar que ya han pasado casi cuatro meses de aquello. Y además estoy algo confundida, porque, por alguna extraña razón, tengo la impresión de que ha pasado mucho más tiempo, y también mucho menos.

Cuando la canción termina, me quito los zapatos y me dejo caer sobre la cama.

—Eh, de eso nada. Ahora toca tratamiento facial. Tengo un montón de mascarillas nuevas que me muero por probar —dice Macy, y me agarra de la mano e intenta arrastrarme fuera de la cama. Cuando ve que no cedo, suspira y se dirige al lavamanos del baño. Entonces añade por encima

del hombro—: Venga ya. Una de nosotras se ha pasado casi cuatro meses dura como una piedra.

—¿Qué significa eso? —pregunto mientras un pensamiento horrible me viene a la cabeza—. ¿Es que ser una gárgola afecta en algo a la piel?

Macy deja sobre el lavabo las distintas mascarillas que ha estado examinando como si de un mapa que conduce al Santo Grial se tratase.

—¿Qué te hace pensar eso?

—A ver, he visto muchas catedrales góticas a lo largo de mi vida, y las gárgolas no son precisamente unas criaturas muy bonitas que digamos.

—Ya, pero tú no tienes pinta de monstruo —dice, y parece más confundida todavía.

—¿Cómo lo sabes? Seguro que tengo cuernos y garras y a saber qué más. —Me echo a temblar solo de pensarlo, y al saber que Jaxon me ha visto de esa guisa.

—Sí que tienes cuernos, pero son preciosos.

Me incorporo de inmediato.

—¿Qué? ¿Es que me has visto?

No sé por qué, pero esa revelación me horroriza. ¿Acaso me expusieron en medio del vestíbulo o algo así? Me quedo sin respiración cuando otro pensamiento me viene a la mente. ¿Acaso tienen todas esas chicas malas una foto mía en su móvil?

—Pues claro que te he visto. Has estado meses en un cuarto privado en la biblioteca, y antes de eso estuviste en el despacho de mi padre.

Dejo caer los hombros aliviada. Vale, eso tiene mucho más sentido.

Me digo que no debo preguntar, que no importa. Pero, al final, la curiosidad se apodera de mí y no puedo evitarlo:

—Y ¿qué aspecto tenía?

—¿Cómo que qué aspecto tenías? Pues el de una gár... —Para en seco y entrecierra los ojos con indignación—. Un

momento... ¿Me estás diciendo que ni Jaxon ni mi padre te han enseñado cómo eras de gárgola?

—Pues claro que no. ¿Cómo iban a hacerlo, si soy...? —Levanto las manos y las muevo a mi alrededor como indicándole que soy humana y no de piedra.

—¿En serio? —Pone gesto de extrañeza—. Pues yo tengo montones de fotos de mi prima, la gárgola malota. ¿Cómo no iba a hacerlas?

—Espera... ¿de verdad me has hecho fotos?

—Pues claro. Eres la criatura más *top* del planeta. No podía resistirme. —Busca su móvil—. ¿Quieres verlas?

Siento unas ligeras mariposas en el estómago que nada tienen que ver con Jaxon ni con el instituto Katmere, sino más bien con lo que pueda encontrarme en esas imágenes. Sé que no debería preocuparme mi aspecto. Al fin y al cabo, no es algo tan importante. Pero no puedo evitarlo. Y, al parecer, ¡tengo cuernos!

—Sí. Claro que quiero.

Cierro los ojos y cojo el móvil de mi prima.

Inspiro hondo, contengo la respiración cinco segundos y exhalo muy despacio.

Vuelvo a tomar aire y repito el proceso.

Cuando por fin estoy lista para la monstruosidad que me espera, o todo lo lista que pueda llegar a estar, abro los ojos y contemplo mi foto.

16

No hay nada malo en tener cuernos

Me estalla el corazón nada más ver la foto que Macy ha seleccionado porque, joder, soy una gárgola de verdad. Creo que, hasta el momento, una minúscula parte de mí todavía no se lo acababa de creer. Pero ahí estoy, en todo mi esplendor gargólico.

Y, aunque sigo flipando con esta revelación, hasta yo he de admitir que no soy tan horrible como me temía. Menos mal.

De hecho, mi aspecto de gárgola no tiene nada de monstruoso. Es más, me parezco muchísimo a... mí. El mismo pelo largo y rizado, la misma barbillita puntiaguda, e incluso las mismas tetas generosas y la ridícula baja estatura. Soy yo, pero hecha de piedra gris claro.

A ver, sí, hay algunas cosas extras, como los cuernecitos en lo alto de la cabeza, que se curvan un poco hacia atrás; unas alas enormes, casi tan grandes como yo, y unas garras relativamente cortas donde terminan mis dedos.

Pero, tras una minuciosa inspección, compruebo que no tengo cola. Gracias, universo.

Macy me da un minuto, o más bien varios, hasta que por fin dice:

—¿Lo ves? Tienes un aspecto increíble. Molas mogollón.

—Tengo el aspecto de una estatua. —Enarco una ceja—. Aunque supongo que podría hacer esperar a cualquiera en una pelea y vencerle de aburrimiento.

Macy se encoge de hombros, coge una lata de Dr Pepper y bebe usando un palito de regaliz como pajita.

—Seguro que las gárgolas tienen toda clase de poderes —dice, y me lanza otra lata a mí.

—Fíjate. —Atrapo la bebida en el aire y doy un largo sorbo también con un regaliz porque, por más que sea una gárgola, no soy ninguna bruta—. Tú puedes hacer cosas fantásticas como maquillarte la cara con solo mover los dedos. Yo lo único que puedo hacer es...

—¿Salvar el mundo?

Pongo los ojos en blanco.

—Me parece que eso es un poco exagerado.

—Y a mí me parece que no tienes mucha idea de quién o qué eres como para decidir si es una exageración o no. Grace, ser una gárgola... —Se interrumpe y suelta una larga exhalación mientras se pasa la mano por su nuevo y extraño pelo rosa—. Ser una gárgola es lo más genial del mundo.

—¿Cómo lo sabes? Marise me ha dicho que no ha habido ninguna desde hace mil años.

—¡Exacto! A eso es a lo que me refiero. ¡Eres única! ¿No te parece una pasada?

No, la verdad es que no. Ser el centro de esas atenciones nunca ha sido lo mío. Pero he llegado a conocer a Macy (y esa expresión de su cara) lo suficientemente bien como para saber que no sirve de nada discutírselo.

Sin embargo, no puedo evitar decir:

—Tanto como «una pasada»...

—Pues lo es. Y todo el mundo lo piensa.

—¿Con lo de «todo el mundo» te refieres a tu padre y a ti? —bromeo.

—No. Me refiero a todo el mundo. Todos te han visto y...

Se interrumpe, de repente tremendamente interesada en su refresco. Eso no pronostica nada bueno para mí. Nada bueno.

—¿Cuánta gente me ha visto exactamente, Macy? Me has dicho que estuve en el despacho de tu padre y luego me guardaron en la biblioteca.

—¡Y es verdad! Pero tienes que entenderlo: has estado convertida en piedra cerca de cuatro meses. Mi padre y Jaxon casi se vuelven locos de preocupación.

—¿No decías que ser gárgola mola?

—Ser gárgola mola. Pero quedarse encerrado en esa forma... no tanto. Lo intentaron todo para traerte de vuelta, y con «todo» me refiero a que consultaron con todos los expertos del mundo que encontraron. Y todos los expertos querían verte, porque no se creían que fueses una gárgola. Estaban convencidos de que estabas bajo el hechizo o la maldición de alguna bruja o sirena o algo así. Y después se corrió la voz de que de verdad eras una gárgola... y, bueno, todos querían verte antes de dar su consejo.

Me levanto y empiezo a pasearme por la habitación.

—¿Y qué? ¿Se subieron todos a un avión y se presentaron en Alaska para poder examinarme en persona?

—Pues... ¡claro! —Me mira con exasperación—. Creo que no acabas de entender la importancia que tiene ser único. Los expertos habrían viajado hasta la Luna si hubiese sido necesario para verte. Por no hablar de que Jaxon y mi padre los habrían enviado allí ellos mismos con tal de ayudarte.

Lo entiendo. Tiene todo el sentido. Y, aun así, sigo sin sentirme cómoda ante el hecho de que toda esa gente me haya estado examinando sin que yo pudiera decir nada al respecto. Y de que Jaxon y mi tío lo permitiesen.

Y no es que no entienda sus motivos. Pienso en lo que habría hecho yo si mis padres hubiesen sobrevivido a ese

accidente de coche y estuviesen en coma o algo. Si hubiesen necesitado asistencia médica, habría hecho todo lo que estuviese en mi mano para que la recibieran.

Pero no voy a mentir. Tengo la sensación de haber perdido aún algo más. Algo que no podía permitirme perder.

Dejo de pasearme y vuelvo a sentarme en la cama derrotada.

—¿Grace? —Macy se acerca y se sienta a mi lado y, por primera vez desde que nos encontramos en el distribuidor, parece preocupada—. ¿Estás bien? Sé que son muchas cosas, pero te juro que es algo bueno. Solo tienes que darle una oportunidad.

—¿Y lo de mi memoria? —Me trago el nudo que tengo en la garganta porque yo no lloro delante de la gente, ni siquiera delante de mis mejores amigas—. ¿Y si nunca la recupero? Sé que me transformé en piedra, pero tal vez la razón por la que no recuerdo nada sea que no hay nada que recordar.

Niega con la cabeza.

—No lo creo.

—Ya. Yo tampoco.

Me dispongo a continuar una decena de veces, pero me detengo porque nada de lo que iba a decir parece tener sentido. Macy se queda callada un momento. Después me coge la mano y me la aprieta.

—Vamos a tomárnoslo con calma un par de días. A ver si recuerdas algo cuando vuelvas a la rutina. Te prometo que todo va a ir bien. —Me sonríe de forma alentadora—. ¿Vale?

Asiento, y el nudo que tenía en el estómago desde hacía horas por fin empieza a deshacerse.

—Vale.

—Bien. —Me sonríe con malicia—. Y ahora, vamos a ponernos una de esas mascarillas, así te pongo al día de todos los cotilleos que te has perdido. Y quiero que me cuentes qué se siente al tener un compañero.

17

Efecto túnel

No puedo dormir.

No sé si es porque me he pasado los últimos cuatro meses haciéndolo o por todo lo que ha ocurrido hoy. Puede que sea una combinación de ambas cosas. Seguramente.

Es lo que tiene perder la memoria. Y descubrir que el chico del que estás enamorada, tu compañero, es el chico, el hombre, con el que vas a pasar el resto de tu vida.

Macy está muy emocionada al respecto y no para de repetir lo afortunada que soy de haber encontrado a Jaxon con solo diecisiete años. No tengo que aguantar a idiotas como Cam (al parecer, Cam y ella rompieron de mala manera cuando yo estaba ocupada siendo una estatua) mientras espero. Y no tengo que preocuparme por si encontraré a mi compañero algún día (al parecer, esto sucede con más frecuencia de la que debería). Tengo un compañero y, según Macy, es lo mejor que te puede pasar, mejor que volver a ser humana. Mejor, incluso, que recuperar la memoria.

Al fin y al cabo, los compañeros son para toda la vida, cuando casi nada lo es (o eso me ha estado repitiendo incesantemente toda la noche).

Y lo entiendo, de verdad. Quiero a Jaxon. Lo he querido casi desde el principio. Pero ¿lo quiero porque lo quiero de verdad o por ese vínculo que nos une y que, al parecer, se formó en el momento en que nos tocamos por primera vez?

Y ¿qué significa eso? ¿Que fue ese primer día, junto a la mesa de ajedrez (cuando fue tan desagradable conmigo y yo posé la mano sobre la mejilla donde tiene la cicatriz), cuando nos emparejamos? ¿Antes de saber nada el uno del otro? ¿Antes de llegar a gustarnos siquiera?

Me trago el nudo que tengo en la garganta. ¿Sin que tuviéramos elección?

Por ahora, me niego a centrarme en el hecho de que él lo supo desde ese primer roce, pero nunca me lo dijo. Decido añadirlo a mi carpeta de «Mierdas para las que no tengo tiempo hoy», que me temo que va a necesitar su propio archivador antes de que se aclare todo este lío.

En lugar de ello, intento comprender lo que significa tener un compañero. A ver, entiendo el concepto. He leído suficientes novelas de fantasía urbana y juvenil como para entender que esa clase de vínculo de emparejamiento es lo mejor que les puede suceder a dos personas. Pero de ahí a asimilar que se trata de una cosa real y que nos ha pasado a Jaxon y a mí dista un mundo.

En fin, todo esto es demasiado. Demasiado como para que pueda dormir. Y tal vez demasiado como para que pueda soportarlo. No lo sé.

Cojo el móvil y veo que Heather me ha contestado. Respiro aliviada mientras leo su mensaje. Quiere hacer un FaceTime un día de esta semana, y le respondo rápidamente que tenemos una cita. Después, me paso unos minutos ojeando una web de noticias, poniéndome al día de todo lo que ha pasado en el mundo y que me he perdido estos cuatro meses, y, la verdad, no es poco. Sin embargo, al final me aburro de las noticias, dejo el móvil sobre mi pecho y me quedo mirando al techo.

Pero no puedo permanecer aquí toda la noche dándole vueltas en bucle a lo de ser una gárgola, lo de la memoria y lo de tener un compañero.

Me pondría la tele, pero no quiero molestar a Macy. Es tarde, cerca de las dos de la madrugada, y mañana tiene un examen. He de salir de aquí.

Me levanto de la cama intentando hacer el menor ruido posible y cojo una sudadera con capucha del armario. En el castillo hace mucho frío y corriente por las noches. Después me pongo mis Vans favoritas, las de las margaritas, y me dirijo de puntillas y en silencio hacia la puerta.

Cuando me dispongo a abrirla, vacilo un instante: la última vez que deambulé por el castillo sola en plena noche casi me dejan a la intemperie en la nieve. Y, desde luego, no quiero que eso vuelva a pasar. Por mucho que sea mi compañero, no puedo esperar que Jaxon venga a mi rescate cada vez que me meto en un lío.

Tampoco creo que le haga mucha gracia tener que venir a rescatarme precisamente esta noche tras haber cancelado nuestros planes de vernos con la excusa de que estaba muy cansada.

Pero las cosas ahora son diferentes a como eran hace cuatro meses. Por un lado, nadie tiene ningún motivo para querer matarme. Y, por otro, aunque quisieran hacerlo, nadie osaría ir a por la compañera de Jaxon. No después de que casi dejase seco a Cole cuando intentó aplastarme contra aquella lámpara de araña.

Además, ahora soy una gárgola. Si alguien intenta hacerme daño, siempre puedo transformarme en piedra, por poco emocionante que suene. No tengo ni idea de cómo hacerlo, claro, pero esa es una cuestión para otro día, y ya está archivada.

Antes de que pueda cambiar de opinión, salgo de mi dormitorio y recorro el pasillo en dirección a... La verdad es que aún no lo sé. Pero mis pies sí parecen saberlo, porque

no tardo mucho en plantarme en la boca del estrecho pasillo que lleva a la entrada de los túneles.

Una parte de mí cree que soy idiota por estar aquí sola, o simplemente por estar aquí. Justo esta misma tarde he evitado venir con Flint por todas las cosas terribles que sucedieron la última vez que estuve en este sitio.

Pero no voy vestida como para salir al exterior y, de repente, lo único que de verdad me apetece hacer es trabajar en mi obra de arte. Ahora mismo solo hay un modo de llegar al aula de arte y es a través de los túneles, así que... parece que estoy a punto de enfrentarme cara a cara con el lugar en el que casi pierdo la vida.

Dando por hecho que la mejor manera de atravesar los túneles es atravesándolos, sin rodeos ni desvíos, avanzo por el estrecho y oscuro pasillo lo más rápido posible. El corazón se me va a salir del pecho, pero no dejo que eso aminore la velocidad de mi marcha.

Por fin llego a esas celdas que parecen mazmorras, con sus bisagras chirriantes y sus viejas cadenas. Como estoy sola y nadie me obliga a apresurarme, me permito pararme a observarlas un minuto. De noche, y sola, dan aún más miedo que de día. Y ya daban bastante entonces.

Hay cinco seguidas, cada una de ellas equipada con una puerta de barrotes de hierro con un candado en la barra del cerrojo. Pero todos los candados están cerrados (y sin llaves a la vista), así que no hay posibilidades de que nadie se quede encerrado dentro, ya sea por accidente o no.

Las celdas en sí están construidas con piedras gigantes, cada una de ellas de la anchura del pie de un dragón (o al menos de la anchura del pie de Flint, ya que es el único dragón que he visto), y me pregunto si habrá algún motivo para ello o si no son más que tonterías mías. Sea como fuere, las piedras son negras, ásperas e irregulares, y tienen un aspecto bastante siniestro.

Aunque, bien pensado, todo en estas mazmorras es siniestro, incluidos los tres juegos de grilletes clavados

profundamente en el muro. A juzgar por la edad de este lugar y por el estado en el que se encuentran los candados, cabría esperar que los grilletes también estuviesen bastante deteriorados, pero no es así. En lugar de eso, relucen con un brillo plateado y no están oxidados ni nada que haga pensar que son antiguos. Así que me pregunto cuánto tiempo tendrán. Y por qué narices el instituto Katmere (¡el centro que dirige mi propio tío, por el amor de Dios!) podría necesitar disponer de unos grilletes lo bastante gruesos como para retener a un dinosaurio enfurecido. O, bueno, a un dragón, un hombre lobo o un vampiro...

Como pensar en esto me lleva por un camino bastante inquietante, uno que no estoy preparada para recorrer esta noche, me digo a mí misma que debe de haber alguna explicación razonable que no implique encerrar a los alumnos en una gélida mazmorra a saber durante cuánto tiempo.

Temo perder los nervios si sigo aquí pensando en esto, por tanto inspiro hondo y entro en la quinta celda, que es la única que tiene la puerta adicional que da a los túneles.

Me dispongo a tocar el candado colgado en la puerta para asegurarme de que está bien cerrado y de que ningún lobo podrá venir y dejarme atrapada en los túneles. Sin embargo, en cuanto mis dedos lo rozan, este se abre emitiendo un clic y cae del cerrojo de la puerta justo en mis manos.

No me inspira precisamente la seguridad que estaba buscando, sobre todo porque sé que estaba cerrado. Lo sé.

Muy asustada, me meto el candado en el bolsillo de la sudadera: no pienso volver a ponerlo en la puerta hasta que regrese sana y salva del estudio de Arte para irme directa a la cama. Entonces me inclino e introduzco el código para abrir la puerta del túnel como me enseñó a hacer Flint hace meses.

Pulso el último dígito y esta se abre, como todas las demás veces que he estado aquí abajo. Pero siempre me

acompañaba alguien y, de alguna manera, eso hacía que diera menos miedo, al menos si no pienso en que dos de las cuatro personas con las que he estado en los túneles han intentado matarme en ellos. Si lo pienso, casi parece mucho más seguro estar sola.

Tras decirme que tengo que dejar de asustarme a mí misma o volver a la cama, atravieso la entrada. Intento pasar por alto que todas las velas de los candeleros y las lámparas del techo siguen encendidas, aunque, al fin y al cabo, es bueno que lo estén; no es que haya ningún interruptor para poder inundar de luz el lugar, pero me gustaría poder hacerlo. La lámpara de huesos me resulta un millón de veces más espeluznante ahora que sé que son huesos de verdad y que no se trata de ningún proyecto estudiantil de Arte.

Por un instante considero olvidarme de esto. Volver a mi cuarto y que les den a los túneles. Mirar el techo de mi habitación tiene que ser mejor que abrirme paso sola por la versión del Katmere de las catacumbas de París.

Pero la necesidad de pintar ha ido aumentando exponencialmente dentro de mí desde que he salido de mi dormitorio. Casi puedo sentir el pincel en la mano. Casi puedo percibir el fuerte olor de la pintura sobre el lienzo.

Además, si dejo que estos túneles (y los recuerdos que albergan) me echen de aquí ahora, no sé si seré capaz de reunir el valor de regresar a ellos algún día.

Con esto en mente, saco el móvil y abro la aplicación de música que he descargado hace un rato. Selecciono una de mis listas alegres, *Summertime (Un)Sadness* , y *I’m Born to Run* inunda el ambiente que me rodea. Cuesta estar asustado cuando los American Authors cantan sobre querer vivir su vida como si nunca fuera suficiente. Todo un himno que encaja perfectamente en esta situación.

Así que, al final, hago caso a la letra y... corro. Y no hablo de un trote ligero. Corro como si me fuese la vida en ello, pasando por alto la sensación de que los pulmones me van

a estallar por el efecto de la altura. Pasándolo todo por alto excepto mi necesidad de atravesar este espantoso lugar lo más rápido posible.

No reduzco la velocidad hasta que empiezo a subir la pendiente del túnel que lleva al estudio de Arte. Cuando llego por fin a la puerta, que no está cerrada, la empujo y casi tropiezo debido a las prisas por entrar.

Lo primero que hago es buscar el interruptor de la luz, que está justo a la izquierda de la puerta. Lo segundo es cerrarla de golpe con toda la fuerza posible y pasar el pestillo. Sé que MacCleary dice que siempre deja la puerta abierta por si alguno de sus alumnos se siente inspirado, pero, que yo sepa, ella no acaba de librarse por los pelos de ser un sacrificio humano. Supongo que eso me da un poco de margen.

Además, si alguien más está lo bastante loco como para querer entrar aquí en mitad de la noche, siempre puede llamar. Mientras sepa a ciencia cierta que no pretende matarme, estaré encantada de abrirle.

Sí, probablemente no sean más que paranoias mías. Pero no fui lo bastante paranoica hace cuatro meses, y lo único que conseguí con eso fueron unas vacaciones que no recuerdo y que me salieran cuernos.

No cometeré el mismo error dos veces.

Después de un minuto intentando recobrar el aliento, cojo las pinturas que necesito y me adentro en el aula. Tengo una idea bastante clara de cómo quiero que sea el fondo una vez acabado, y de lo que necesito hacer para que quede a mi gusto.

Con suerte, los monstruos del instituto Katmere se abstendrán de intentar matarme el tiempo suficiente como para que me dé tiempo a hacer algo. Aunque, en fin, la noche es joven.

18

Creo que tuve amnesia una vez... o dos

—¡Vamos, Grace, despierta! Te vas a perder el desayuno si no te levantas pronto.

—Tengo sueño —farfullo mientras me pongo boca abajo en la cama huyendo de la voz irritantemente alegre de Macy.

—Ya sé que tienes sueño, pero debes levantarte. La clase empieza en cuarenta minutos y ni siquiera te has duchado aún.

—No voy a ducharme.

Cojo el edredón y me cubro la cabeza con él asegurándome de mantener los ojos bien cerrados para que la tela rosa eléctrico no me ciegue. O para no darle a mi prima la idea equivocada de que estoy despierta, porque no lo estoy.

—Graaace —protesta, y tira del edredón con todas sus fuerzas, pero lo tengo bien agarrado y no pienso rendirme —. Le prometiste a Jaxon que nos veríamos en el comedor dentro de cinco minutos. Tienes que levantarte.

Es la mención de Jaxon lo que por fin me saca de mi estupor, y dejo que Macy retire el edredón. El frío me golpea

en la cara y hago un débil intento de volver a agarrar las sábanas, aún sin abrir los ojos.

Macy se ríe.

—Es como si nos hubiésemos intercambiado los papeles. Normalmente es a mí a la que le cuesta salir de la cama.

Extiendo la mano de nuevo y, esta vez, consigo alcanzar una esquina del edredón.

—Dámelo —suplico tan cansada que ni siquiera me visualizo levantándome de la cama—. Dámelo, dámelo, dámelo.

—Ni hablar. La Historia de la Brujería no espera a nadie. Venga, muévete.

Tira fuerte una vez más y el edredón se despega de mi cama por completo. Me incorporo, dispuesta a suplicar si es necesario, pero, antes de que pueda siquiera articular un triste «por favooor», Macy me agarra de los hombros.

—¡Dios mío, Grace! ¿Estás bien?

Suena como si estuviese a punto de echarse a llorar mientras me pasa las manos por los hombros, la espalda y los brazos. Su evidente pánico elimina los últimos resquicios de mi aletargamiento. Abro los ojos al instante y observo su rostro, que refleja aún más susto del que transmite su voz.

—¿Qué pasa? —pregunto, y me miro hacia abajo para ver por qué está tan alterada. Me quedo helada en cuanto veo la sangre que empapa la parte frontal de mi sudadera. El corazón me empieza a bombear aceleradamente y el pánico se apodera de mi respiración—. ¡Ay, Dios! —Salto de la cama—. ¡Ay, Dios!

—¡Para de moverte! ¡Déjame ver! —me grita, y agarra el extremo inferior de la sudadera y me la saca por la cabeza de un rápido movimiento—. ¿Dónde te duele?

—No lo sé. —Me detengo un momento para intentar averiguar qué le está pasando a mi cuerpo, pero no me duele nada. Al menos nada que explique toda esta pérdida de sangre. Me echo otro vistazo hacia abajo y veo que la

camiseta de tirantes está completamente blanca, sin nada de sangre, lo que significa que...—. No es mía.

—No es tuya —dice Macy justo al mismo tiempo.

—Entonces ¿de quién es? —susurro mientras nos miramos la una a la otra espantadas.

—¿No deberías saberlo tú? —me pregunta perpleja.

—Supongo —le respondo mientras sigo palpándome los brazos y el estómago para ver si me duele algo—, pero no lo sé.

—¿No sabes por qué estás cubierta de sangre? —pregunta con incredulidad.

Trago saliva con dificultad.

—Pues no, no tengo ni la menor idea de cómo ha pasado.

Hurgo en mi cerebro intentando recordar cómo salí del estudio de Arte anoche, pero todo está en blanco. Ni siquiera me estampo contra un muro gigante, como sucede con el resto de los recuerdos a los que no puedo acceder. Solo hay... vacío. No hay nada de nada.

Y no acojona nada, qué va.

—Y ¿qué hacemos ahora? —pregunta Macy con la voz más débil que le he oído nunca poner.

Hago un gesto de negación y le pregunto:

—¿Es que no sabes qué tenemos que hacer?

Me mira como si la cabeza me acabase de dar tres vueltas y estuviese a un segundo de empezar a vomitar sopa de guisantes.

—¿Por qué tendría que saberlo?

—Pues... no sé. Supongo... A ver... —Me aparto el pelo de la cara y me quedo helada al ver que también tengo las manos cubiertas de sangre, y los antebrazos. «No voy a entrar en pánico. No voy a entrar en pánico.»—: ¿Qué hacéis normalmente cuando pasan este tipo de cosas?

Ahora me mira como si acabase de vomitar la sopa de guisantes.

—Eh... lamento tener que decírtelo, Grace, pero estas cosas no pasan aquí, al menos no cuando tú no estás.

La miro entornando los ojos.

—Genial. Ahora me siento mucho mejor, gracias.

Levanta las manos como expresando: «¿Qué quieres que te diga?».

Antes de poder responder, suenan varios mensajes en mi teléfono. Ambas nos volvemos para mirarlo a la vez.

—Deberías leerlos —susurra Macy al cabo de un segundo.

—Ya. —Pero no me muevo hacia la mesa, donde lo tengo cargando.

—¿Quieres que te lo acerque? —pregunta cuando suena tres veces más.

—No lo sé.

Mi prima suspira, pero no discute conmigo. Probablemente porque debe de asustarle tanto como a mí averiguar quién me está escribiendo y por qué.

Pero no podemos escondernos para siempre, así que, cuando suena una tercera serie de mensajes, al final cedo y le digo:

—Vale, léelos tú, por favor. No quiero... —Esta vez soy yo la que levanta las manos (ensangrentadas).

Quiero lavármelas, me muero por hacerlo, pero todos los procedimientos policiales que he visto hasta la fecha se están reproduciendo en mi cabeza en estos momentos. Si me lavo las manos, ¿estaré destruyendo pruebas? ¿Hará que parezca más culpable?

A ver, suena horrible, pero estoy cubierta de la sangre de otra persona y no tengo ni la menor idea de cómo ha podido pasar. Quizá esté siendo pesimista, pero parece que esto me lleva directamente a la cárcel sin pasar por la casilla de *Salida* .

Y sé que debería preocuparme por si he herido a alguien, pero, en fin, que me denuncien por no sentirme mal si alguien me atacó en los túneles y yo me defendí. Tengo mis derechos.

Gruño. ¿Por qué suena como si ya estuviese ensayando mi defensa?

—Oh, oh —dice Macy tras abrir la aplicación de mensajería —. Son de Jaxon. Oh, oh...

—¿Qué pasa? —pregunto, y me dirijo al otro lado de la habitación olvidándome de las pruebas—. ¿Le he hecho daño? ¿Es suya esta sangre?

—No, no le has hecho nada.

Siento un alivio tan inmenso que hasta me mareo un poco. No obstante, la expresión de su cara me indica que Jaxon tiene algo espantoso que decirme.

—Dime —susurro por fin cuando el silencio entre ambas se vuelve demasiado insoportable—. ¿Qué ha pasado?

Mi prima no me mira. Revisa los mensajes como si quisiera asegurarse de que los ha entendido bien.

—Te escribe para disculparse por faltar al desayuno. Está en el despacho de mi padre.

—Y ¿qué hace ahí? —pregunto, y se me cae el alma a los pies antes siquiera de que Macy levante la vista del móvil con gesto afligido.

—Porque alguien atacó a Cole anoche. Al parecer se recuperará después de pasar un par de días en la enfermería, pero... —inspira hondo— ha perdido mucha sangre, Grace.

19

Pillada con las manos en la sangre

—¿Cole? —susurro, y me llevo la mano a la garganta de forma instintiva al escuchar el nombre del lobo alfa.

—Cole —responde Macy con tono grave.

—No es posible. —Vuelvo a mirarme las manos manchadas de sangre con un nuevo nivel de espanto—. No es posible.

Creo que, hasta este momento, tenía la esperanza de que esto fuese alguna especie de horrible accidente con Jaxon. De que tal vez sí que fuera mi sangre porque acabé yendo a su habitación anoche y sin querer me mordió una arteria o algo y después la selló como hizo la última vez con el incidente de los cristales.

A ver, siendo razonable, sé que Jaxon jamás sería tan descuidado como para morderme una arteria. Y desde luego no permitiría que me acostase en la cama empapada en mi propia sangre. Ni me sumiría en un sueño tan profundo que intentar despertar de él fuese tan difícil como lo que imagino que debe de ser intentar salir de un coma. Pero, aun así, creo que preferiría que todo eso fuera cierto a

descubrir que se trata de la sangre de otra persona. Y que es posible que haya sido yo quien la haya derramado.

—Sé que jamás le harías daño a Cole —dice Macy para tranquilizarme, pero su mirada no parece estar de acuerdo.

Supongo que la mía tampoco, porque, aunque no me imagino en qué circunstancias decidiría atacar a un lobo alfa (y acabar ganando la pelea), tampoco puedo negar que es mucha coincidencia que me haya despertado cubierta de sangre justo la mañana después de que Cole haya perdido un montón de la suya en un ataque. Ah, y el hecho de que todo haya pasado justo la primera noche de mi regreso no ayuda.

Intentar creer que no tengo nada que ver con lo que le ha sucedido a Cole, cuando incluso Macy dice que este tipo de cosas no pasan en el instituto Katmere, implica decirme una mentira de enormes proporciones.

Y miento fatal.

—Tenemos que llamar a tu padre —digo—. Tenemos que contárselo todo.

Macy vacila.

—Lo sé —susurra por fin, pero no hace ningún ademán de llamar, ni a su padre ni a nadie—. Pero ¿qué vamos a decirle? Esto es muy grave, Grace.

—¡Ya lo sé! Por eso tenemos que decírselo.

No paro de pensar en una infinidad de posibilidades mientras me paseo de un lado a otro de la habitación.

—No se puede vencer a un lobo alfa —dice Macy—. De ahí que esto no tenga ningún sentido.

—Ya sé que no. Además, ¿por qué iba a hacerle daño a Cole? Y, si lo hice, ¿por qué no recuerdo nada?

Me dirijo al lavabo. Me da igual si son pruebas o no. Ahora que sé que la sangre no es mía, no soporto tenerla encima ni un segundo más.

—Vale, seamos lógicas —añade Macy, que me sigue con cautela—. ¿Qué recuerdas de anoche? ¿Recuerdas haber salido de la habitación al menos?

—Sí, claro —respondo, y me empapo de agua y jabón—. No podía dormir, así que salí del cuarto sobre las dos.

Me miro en el espejo y veo que tengo un par de gotas de sangre también en las mejillas. Es entonces cuando casi pierdo los nervios. Cuando casi me olvido de intentar mantener la calma y me entran ganas de gritar hasta quedarme afónica.

Pero gritando solo lograré atraer la atención hacia este lío en el que me he metido; una atención para la que ni Macy ni yo estamos preparadas ahora mismo. Por lo tanto, me trago mi espanto y me froto la cara una y otra vez. Tengo la desagradable sensación de que nunca volveré a sentirme limpia.

Sigo limpiándome el resto del cuerpo mientras le narro a una impaciente Macy mi excursión por los túneles hasta el estudio de Arte.

—Pero, te lo juro, Mace, lo último que recuerdo es que estaba cogiendo las pinturas para trabajar en mi proyecto. Estaba en el armario de los materiales de arte y tenía una idea muy clara de lo que quería plasmar en el lienzo; cogí pintura gris, verde y azul, entré en el aula y me puse a pintar durante lo que me parecieron horas.

De repente, me viene una idea a la cabeza.

—Un momento. —Me vuelvo hacia mi prima mientras intento resolver este misterio—. ¿Ha dicho Jaxon dónde atacaron a Cole?

Si esto sucedió porque me vio entrar en el aula de Arte y vino a por mí, tal vez no haya sido un ataque a sangre fría como parece. A lo mejor ha sido en defensa propia.

«Por favor, por favor, que haya sido en defensa propia.»

Aunque, bien pensado, ¿cómo iba a poder defenderme contra un lobo? ¿O a acabar sin un solo rasguño? Ahora mismo, mi único poder es la capacidad de transformarme en piedra y, aunque entiendo que supone una ventaja cuando te están atacando (a no ser que tu atacante tenga

también una almádena), no tengo ni idea de cómo funciona en una situación ofensiva.

¿Cómo es posible que le haga perder a alguien tanta sangre mientras imito a un gnomo de jardín?

—No, de eso no dice nada. —Macy me pasa el móvil—. Igual deberías preguntarle.

—Ya se lo preguntaré cuando lo vea. —Me entran escalofríos mientras cojo un pantalón de chándal y una camiseta—. Tengo que ir a hablar con tu padre de todos modos. Pero antes tengo que ducharme.

Macy asiente muy seria.

—Vale. Dúchate. Yo voy a lavarme los dientes. Después podemos ir juntas a ver a mi padre.

—No tienes por qué venir —le digo, aunque tengo que admitir que no quiero enfrentarme a esta situación sola.

Pone los ojos en blanco.

—¿Cómo era el lema ese? «Uno para todos y todos para uno.» —Pone los brazos en jarras—. No vas a ir al despacho de mi padre a confesar lo que quiera que sea esto sin mí.

Me dispongo a protestar, pero me fulmina con una mirada tan intensa que acabo cerrando la boca. Macy puede ser la persona más maja que he conocido en mi vida, pero bajo ese exterior tan alegre se esconde un interior de acero puro.

Mi prima sigue preparándose cuando termino de ducharme, así que recojo la ropa ensangrentada del suelo y la meto en una bolsa vacía que tenía por ahí. Una cosa es contarle al tío Finn lo que ha pasado, y otra muy distinta ir paseándome delante de todo el instituto con lo que parecen ser las pruebas de mi culpabilidad. Cojo también un cuaderno de notas, por si acaso, y lo guardo asimismo en mi mochila antes de colgármela al hombro.

Cuando salimos de la habitación, espero que Macy se dirija hacia las escaleras principales que terminan cerca del despacho de su padre. Pero, en lugar de eso, gira a la izquierda y recorre dos pasillos distintos repletos de habitaciones hasta que se detiene delante de uno de los

cuadros que menos me gustan del centro: una dramática representación de los juicios a las brujas de Salem en el que se muestra a las diecinueve víctimas colgadas a la vez mientras las llamas engullen la aldea tras ellas.

Aun así, lo que menos me esperaba era que Macy se pusiera a susurrar unas palabras y a mover la mano hasta hacer desaparecer la pintura por completo.

Se vuelve hacia mí, de nuevo muy seria, y dice:

—Habrá mucho alboroto en las salas principales. —Entonces hace algo inesperado: sonríe—. Mejor cogemos un atajo.

Unos segundos después aparece una puerta de la nada.

20

El karma es una prima bruja

A diferencia de las demás puertas del Katmere, esta es de un color amarillo intenso y está llena de pegatinas de arcoíris, lo que no deja ninguna duda sobre quién ha reclamado su propiedad.

Macy apoya la mano en la puerta y musita algo que suena como a «candados» y a «puertas» con una cadencia casi melódica. Y, entonces, la puerta se abre.

—Vamos —me dice, y me hace un gesto urgente con la mano mientras la puerta se abre más hacia dentro—. Antes de que nos vea alguien.

No hace falta que me lo diga dos veces. La sigo al interior y ni siquiera me inmuto cuando la puerta se cierra tras nosotras con un suave susurro.

Por supuesto, una vez cerrada, nos quedamos en la más absoluta oscuridad, y me entra miedo por un montón de razones diferentes. Con el corazón latiéndome de forma inestable, busco el móvil para encender la linterna.

Pero Macy ya está en ello y, antes de que llegue a sacármelo del bolsillo, murmura algo de «luz» y «vida», y una línea de velas a la izquierda del pasadizo cobra vida.

Es lo más genial del mundo, y cuanto más testigo soy de los poderes de Macy, más impresionada estoy. Pero, cuando mis ojos se adaptan a la tenue luz y por fin veo lo que nos rodea, no puedo evitar sonreír.

Porque, evidentemente, el pasadizo secreto de Macy no tiene nada que ver con los de los viejos castillos ni los de los libros de terror. No es un lugar mohoso y estrecho, y, desde luego, no da ningún miedo. De hecho, es más bien todo lo contrario, y una auténtica pasada, además.

Al igual que las mazmorras inferiores, los muros se componen de grandes piedras ásperas e irregulares, pero, entre las rocas, colocadas de forma aleatoria, hay hermosísimas piedras preciosas y joyas de todos los tonos del arcoíris y muchos más. Piezas de cuarzo rosa pulido brillan junto a unas claras aguamarinas azules, mientras que un gran citrino reluce justo encima de una bonita piedra luna rectangular.

Y esas no son las únicas piedras preciosas. Esto está repleto de ellas hasta donde me alcanza la vista. Esmeraldas, ópalos, piedra soles, turmalinas... La lista es interminable, como el pasadizo.

«¿Quién crea un pasillo oculto como este? —me pregunto mientras atravesamos una especie de vestíbulo—. Con todas estas joyas y piedras preciosas que jamás verán la luz del día.» Recuerdo que a los dragones se los conoce por su pasión por los tesoros, pero esto va más allá.

Aquí también hay pegatinas, como en la biblioteca. Unas grandes, otras más pequeñas, de colores, en blanco y negro, y por primera vez me pregunto si no será Macy la responsable de la decoración de la biblioteca que tanto me gustó. O si solo es que mi prima y la bibliotecaria, Amka, comparten el mismo sentido de la estética.

Otro día, si no me expulsan del Katmere y me encierran en alguna cárcel paranormal en algún lugar por intento de asesinato, quiero volver aquí y leer lo que pone en todas estas pegatinas.

Pero, por ahora, me conformo con leer las pocas que tengo a la altura de mi rostro mientras seguimos avanzando por el misterioso pasadizo.

PUES, SÍ, SÉ CONDUCIR UNA ESCOBA , pone en una de un sombrero y una escoba de bruja.

EL KARMA ES UNA BRUJA , dice otra que tiene una bola de cristal de fondo.

Y, mi favorita, CIENTO POR CIENTO ESA BRUJA , rodeada de un lecho de flores y salvia.

No puedo evitar echarme a reír al leer esta última, y Macy me sonríe, extiende la mano y aprieta la mía.

—Todo irá bien, Grace —me dice mientras giramos en una curva—. Mi padre averiguará qué ha pasado.

—Eso espero —respondo, porque una cosa es ser una gárgola y otra muy distinta es ser un monstruo violento que pierde el conocimiento e intenta matar gente de la forma más sangrienta posible.

Por primera vez, me planteo en serio si Hudson está muerto. Es más, empiezo a plantearme si quizá lo maté. Todo el mundo parece estar convencido de que jamás habría regresado al Katmere de haber pensado que seguía siendo una amenaza, así que he estado dando por hecho que, o bien lo dejé encerrado en algún espacio intermedio del que no puede salir, o bien encontró la forma de liberarse y yo he regresado para buscarlo.

Pero, si soy capaz de dejar al lobo alfa seco sin ser consciente de haberlo hecho, aunque sigo sin tener la menor idea de cómo es eso posible, ¿qué me hace pensar que no le hice lo mismo al tío que intentó asesinar a mi compañero?

¿Es esa la razón por la que no recuerdo nada de los últimos cuatro meses? ¿Porque el hecho de ser una asesina me resulta tan traumático que mi mente lo ha bloqueado? ¿Estoy bloqueando ahora esto por la misma razón?

Macy me guía por otro largo pasillo y después por un largo tramo de escaleras estrechas pero sinuosas, y susurra:

—Casi estamos.

Genial.

Casi estamos significa que ha llegado la hora de enfrentarse a las consecuencias de lo que le ha sucedido a Cole. *Casi estamos* significa que ha llegado la hora de averiguar si realmente me he convertido en un monstruo, como me temo. *Casi estamos* significa que las cosas están a punto de ponerse muy feas, y lo harán muy deprisa.

—Bueno —dice Macy cuando por fin nos detenemos delante de una puerta pintada con rayas de los colores del arcoíris. Menuda sorpresa—. ¿Estás lista?

—No, para nada —digo, y refuerzo mis palabras con un gesto de la mano.

—Me lo imagino. —Me abraza fuertemente durante unos segundos y se aparta—. Pero es lo que hay. Ha llegado el momento de descubrir qué narices está pasando. —Toma el pomo de la puerta y esboza su mejor intento de sonrisa—. Seguro que no es tan malo.

No sé qué contestarle, y probablemente sea lo mejor, porque lo siguiente que sé es que abre la puerta y me encuentro justo delante a Jaxon y al tío Finn.

21

Mantén a tus enemigos cerca, a menos que sangren mucho

Jaxon se vuelve hacia mí y frunce el ceño extrañado.

—¿Qué haces aquí, Grace? Te he dicho dónde estaba para que no te preocuparas. Lo tengo todo controlado.

—No, no es verdad. —Niego con la cabeza y pienso en cómo explicar el estado en el que me he despertado esta mañana.

—Claro que sí. —Por primera vez, parece dudar—. Yo no he tenido nada que ver con lo de Cole, y Foster lo sabe.

—Sé que no le hiciste daño a Cole. —Inspiro hondo—. Y sé que no lo hiciste porque estoy casi convencida de que lo hice yo.

Durante unos largos segundos ni Jaxon ni mi tío dicen nada. Solo me miran como si estuviesen reproduciendo mis palabras en su cabeza una y otra vez, intentando entenderlas. Pero, cuanto más tiempo callan, más confundidos parecen, y más tensa me pongo yo.

Por eso, al final decido no esperar a que digan nada. Les cuento toda la historia, empezando por la excursión al

estudio de Arte y acabando por la ropa empapada de sangre, que saco de la bolsa y entrego al tío Finn.

No parece que le emocione mucho la idea de cogerla, aunque ¿quién iba a querer hacerlo? Sobre todo cuando acabo de dejar un problema de enormes proporciones en su maciza mesa de madera.

—¿Estás bien? —pregunta Jaxon cuando por fin termino de hablar—. ¿Estás segura de que no llegó a hacerte daño de alguna manera? ¿Seguro que no te mordió?

Me quedo helada ante la urgencia de su tono.

—¿Por? ¿Qué pasa si me muerde? No me convertiré en lobo también, ¿verdad?

Eso ya sería lo que me faltaba para acabar de enredar por completo el lío en el que se ha convertido mi vida entera. ¿Una gárgola lobo? ¿O una loba gárgola? ¿Licogárgola? ¿Gargoloba? No quiero ser una gargoloba.

Aunque, bueno, ¿qué más da cuál sea el término correcto? Sacudo la cabeza para despejarme. Lo que tengo claro es que no quiero por nada del mundo convertirme en una.

—No —dice el tío Finn con una voz que pretende sacarme del despeñadero por el que estoy a punto de tirarme—. No funciona así. No vas a transformarte en lobo ni en ninguna otra cosa.

—Entonces ¿cómo funciona? Y, ya que estamos, ¿cómo es posible que le haya dado una paliza a Cole? No tiene sentido. ¿Por qué no lo recuerdo? ¿Cómo puede ser que me metiese en la cama empapada de sangre y no me diera ni cuenta?

Mi tío suspira y se pasa una mano por su pelo color arena:

—No lo sé.

Le lanzo una mirada de incredulidad.

—Eres el director de un centro repleto de seres paranormales. ¿En serio que «No lo sé» es tu mejor respuesta?

—Nunca he visto nada parecido. Y, por cierto, lo de que seas una gárgola es tan nuevo para todos nosotros como lo

es para ti. Hemos estado aprendiendo cosas mientras estabas ausente, claro, pero sigue habiendo muchas que desconocemos.

—Obviamente.

No pretendo ser borde, de verdad que no. Sé que solo quiere ayudar. Pero ¿qué se supone que tengo que hacer? No puedo ir por ahí atacando a la gente. Lo de no acordarme de nada no me servirá de excusa mucho tiempo. Si es que me sirve ahora.

—Entonces ¿qué hacemos, papá? ¿Cómo podemos evitar que esto vuelva a suceder? —interviene Macy intentando mediar entre los dos.

Me envuelvo la cintura con los brazos y me la aprieto con fuerza.

—No llamarás a la policía, ¿verdad? No pretendía hacerle daño. En serio, todavía no entiendo cómo he podido hacérselo. Es...

—Nadie va a llamar a la policía, Grace —me dice Jaxon con tono firme—. No es así como gestionamos las cosas aquí. Y, aunque así fuera, no se te puede responsabilizar de algo que hiciste sin ser consciente de ello. ¿Verdad, Foster?

—Claro. Bueno, tendremos que vigilarte para asegurarnos de que esto no vuelve a suceder. No puedes ir por ahí atacando a los demás alumnos.

—Ni aunque se lo merezcan —dice Macy—. Sé que está mal, pero después de todo lo que te hizo Cole el semestre pasado me cuesta sentir compasión por él.

Jaxon suelta un bufido.

—Debería haberlo matado cuando tuve la oportunidad. Así esto no habría pasado.

—No digas eso —le reprendo—. Es horrible que digas algo así.

—Sí, es horrible —coincide Macy—, pero también es un poco verdad.

La miro como diciendo: «Pero ¿qué coño...?»; sin embargo, ella solo se encoge de hombros como diciendo: «¿Qué

esperabas?».

Me vuelvo hacia mi tío:

—Bueno, ¿cómo está Cole? ¿Se recuperará?

—Sí, se pondrá bien. Le han hecho un par de transfusiones de sangre esta mañana y seguramente se pasará el día en la enfermería descansando, pero mañana estará bien. Es la ventaja de ser paranormal, que nos recuperamos rápido, sobre todo con un poco de ayuda de nuestros sanadores.

—Uf, menos mal. —Me dejo caer contra Jaxon aliviada. Que me defendiera contra Lia cuando ella intentaba matarme era una cosa, y otra muy distinta es ir por ahí intentando atacar a Cole sin motivo alguno. Y estoy segura de que él pensará de la misma manera—. ¿Ha dicho algo? —pregunto después de regodearme un poco en el alivio de saber que no le he hecho ningún daño permanente—. Porque él sabe que fui yo quien lo atacó, ¿no?

—Según su versión, no sabe quién lo atacó —responde mi tío—. Lo que puede ser verdad o no.

—Es una sarta de mentiras —dice Jaxon rotundamente.

—Eso no lo sabemos —le reprende mi tío—. Y si no sabe que fue Grace quien lo atacó, no seré yo quien haga correr la voz. Al menos no hasta que sepamos qué es lo que le está pasando.

—Él lo sabe —añade Jaxon—. No quiere decirlo porque, de hacerlo, tendría que admitir delante de todo el instituto que una chica le ha dado una paliza de muerte.

—¡Eh! —Miro a Jaxon enfurruñada.

—Es lo que él estará pensando, no lo que pienso yo —aclara Jaxon, y me planta un beso en la coronilla—. Vi lo que les hiciste a Lia y a Hudson. Jamás se me ocurriría meterme contigo. Pero Cole no piensa de esa manera. No puede.

—Porque si el lobo alfa admite que alguien le ha dado una paliza así estando él consciente, más le vale renunciar. Tendría que pasarse los próximos meses peleando contra todos los lobos de la manada que se consideren aptos para

acceder al estatus de alfa. —Jaxon mira a mi tío—. ¿No, Foster?

Él asiente de mala gana:

—Sí, seguramente. Después de lo que sucedió con Jaxon en noviembre... ha de tener mucho cuidado con cómo gestiona esto.

—Lo que significa que tú también tienes que andarte con cuidado, Grace —interviene Macy por primera vez en varios minutos—. Porque, si sabe que has sido tú quien le ha hecho esto... la que ha amenazado todo por lo que ha estado trabajando, irá a por ti. No lo hará abiertamente, porque sabe que Jaxon lo destriparía, pero encontrará la manera. Él es así.

—Un cobarde —afirma Jaxon con los dientes apretados.

El tío Finn me mira a los ojos.

—Pero eso solo lo convierte en alguien más peligroso aún, Grace. Él no es como yo. Es astuto y taimado, y sabe esperar el momento oportuno. Podría hablar con él, pero entonces sabría que me has contado lo que ha pasado, y se preguntará quién más lo sabe y cuánto tiempo tiene antes de que todo esto le explote en la cara.

—¿De verdad creéis que intentará algo? —pregunto, y mi mirada oscila entre Jaxon y mi tío.

—No, si es la mitad de inteligente de lo que Foster cree —me dice Jaxon, pero su mirada dice otra cosa.

—Sí, seguro que algo intenta —observa el tío Finn—. La cuestión es cuándo.

No sé qué responder a eso. Ni siquiera sé qué se supone que debo sentir. Pero me siento cansada. Muy cansada.

Apenas acabo de librarme de la última maniaca homicida que iba a por mí, y ya tengo a otro detrás. A ver, sí, está claro que en este caso he hecho algo para provocarlo, aunque eso tampoco tiene ningún sentido para mí. ¿Por qué iba una gárgola a intentar matar a Cole sin motivo alguno? He dejado correr lo que pasó el semestre pasado. O al menos eso creía. Todo esto da mucho miedo.

¿Cuándo disfrutaré de algo de normalidad en esta nueva vida? ¿Cuándo dejará ser como *Los juegos del hambre* y parecerse más a un instituto? De repente, me duele la muñeca y me la froto. Al hacerlo me doy cuenta de que me estoy frotando las cicatrices de las ataduras de Lia. Y de que Jaxon, Macy y mi tío me ven hacerlo.

Bajo la mano, pero es demasiado tarde. Jaxon me abraza por detrás, apoya las manos sobre las mías y me acaricia la muñeca con el pulgar.

—Ya ha demostrado que está dispuesto a matar para salirse con la suya —dice Macy tras una incómoda pausa que me hace sentir aún peor—. Y eso fue antes de que su reputación estuviese en juego. Ahora que puede perder lo único que le importa no me cabe duda de que intentará alguna cosa. Tenemos que estar preparados.

—Estaremos preparados —me asegura Jaxon sin apartar sus ojos oscuros como el cielo de medianoche de los míos—. Como vaya a por ti, yo...

—Yo me ocuparé —interrumpe mi tío—. Le di una oportunidad después de lo que pasó contigo por circunstancias atenuantes. Pero, como intente algo más, se largará.

—Y ¿qué pasará conmigo? —pregunto por fin a mi tío cuando soy capaz de pensar más allá de los latidos que siento en la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —responde.

—He sido yo la que ha causado este problema. He sido yo la que fue a por Cole sin ningún motivo, que yo sepa. Has dicho que, si viene a por mí, lo expulsarás. Pero ¿qué hay de lo que yo he hecho? ¿Qué me va a pasar a mí?

22

Familia es mi palabra con F favorita

—Nada —masculla Jaxon—. No te va a pasar nada. Esto no es culpa tuya.

—Eso no lo sabemos —le respondo apartándome de sus brazos—. No tenemos ni idea de por qué ataqué a Cole.

—Tienes razón, desconocemos el motivo —dice el tío Finn —, así que nadie va a hacer nada hasta que averigüemos qué es lo que te ocurre.—Me rodea los hombros con el brazo y me da un apretón para infundirme seguridad—. No tengo por costumbre expulsar a los alumnos por tener problemas con el control de sus poderes, Grace. O que toman malas decisiones con su poder por buenos motivos. Esa es la razón por la que Flint y Jaxon siguen aquí, a pesar de todo lo que sucedió el semestre pasado. Y esa es también la razón por la que en Katmere contamos con los mejores sanadores: para que, cuando haya errores, podamos arreglarlos.

—No sabemos si esto ha sido un error...

—¿Querías atacar a Cole cuando saliste de tu habitación?

—No.

—¿Planeaste hacerle daño o matarlo durante el tiempo que estuviste fuera?

—Claro que no. —Me paro para pensarlo bien—. A ver, no recuerdo haber hecho nada de eso.

—Bien, entonces voy a dar por sentado que lo que pasó anoche con Cole fue consecuencia de tu falta de control sobre tus nuevos poderes. Y así es como vamos a tratar el asunto. Ya hablé con un par de expertos en gárgolas que nos aconsejaron sobre tu caso para ver si tenían alguna explicación para tus lapsus de memoria. Pero, visto que la cosa sigue, voy a ver si alguno de ellos puede venir al Katmere esta semana para trabajar contigo. —Me sonríe—. Te prometo que llegaremos al fondo de este asunto, Grace.

Se me humedecen ligeramente los ojos ante esta nueva prueba de que el tío Finn me ha estado apoyando todo este tiempo, de que ha estado moviendo muchos hilos sin que yo me enterara, intentando encontrar la mejor forma de ayudarme.

No es como tener el apoyo de mis padres; nunca tendré nada igual, pero es algo muy agradable en medio de todo este lío. Y es mucho mejor que sentirme perdida y sola, como cuando llegué aquí hace cuatro meses y medio.

—Gracias —murmuro cuando las palabras por fin sobrepasan el nudo de mi garganta—. A todos. No sé qué haría sin vosotros.

—Pues eso es bueno, porque no pensamos dejarte ir a ninguna parte —dice Macy, y se acerca a abrazarme justo cuando suena el timbre que indica el comienzo de la primera clase del día.

—Más os vale —respondo, y le devuelvo el abrazo.

—Bueno, bueno —dice el tío Finn, y, tal vez me equivoque, pero estoy bastante segura de que suena como si algo le oprimiese también un poco la garganta—. Marchaos a clase. Y, por el amor de Salem, intentad no meteros en problemas.

—¿Qué gracia tiene eso? —me susurra Jaxon al oído mientras atravesamos la puerta y salimos al pasillo. Esta

vez usamos la salida normal, no el pasadizo secreto.

—La gracia de no volver a despertarme cubierta de sangre de lobo nunca más —respondo y me entran escalofríos—. Así todo el mundo gana, ¿no crees?

—Olvidas que estás hablando con un vampiro —bromea, y su boca sigue lo bastante cerca de mi oreja como para provocarme estremecimientos en todas partes. Me inclino hacia él y, por un segundo, ambos disfrutamos de la sensación de estar pegados, la dureza de su cuerpo acunada por la suavidad del mío.

Pero, entonces, se mueve un poco, se inclina hacia delante como si fuese a besarme, y yo me quedo helada de nuevo. Una vez más intento ocultarlo, pero Jaxon lo nota, claro que lo nota. No es la primera vez, y me pregunto cuánto tiempo le va a llevar a la gárgola que hay en mí aceptar a un vampiro como compañero. O simplemente por qué esta parte de mí tiene un problema con los vampiros.

Esta vez no intento inventarme ninguna excusa. Solo le sonrío con tristeza y articulo: «Lo siento». No responde. Únicamente niega con la cabeza como queriendo decir: «No te preocupes». Pero sé que le ha dolido, pese al beso que me deja en la frente.

—¿Puedo acompañarte a clase? —pregunta Jaxon cuando se aparta.

—Claro. —Rodeo su cintura con el brazo y le doy un apretón extrafuerte antes de buscar el pelo rosa de Macy cuando nos mezclamos con la gente. No quiero que se sienta excluida.

Pero, como de costumbre, ella ya va bastante por delante de nosotros y charla animadamente con Gwen y otra de las brujas de camino a clase.

Me dejo caer de nuevo contra Jaxon, le cojo la mano y entrelazamos los dedos. El hecho de que no sea capaz de besarlo en estos momentos no significa que no le quiera. Y no significa que no quiera estar con él de todas las maneras posibles.

Jaxon no dice nada, pero tampoco objeta. Y, cuando levanto la vista para mirarlo, veo que tiene una sonrisa tonta en la cara. Y es por mí. Soy la chica que ha transformado a Jaxon Vega, el príncipe vampiro, el tipo duro, en el Jaxon Vega de sonrisa bobalicona.

No voy a mentir: me encanta.

—¿Adónde hay que ir? —pregunta Jaxon cuando por fin llegamos al pasillo principal.

—No lo sé. Me han cambiado la clase de Ciencias. He pasado de estar en Química Básica a Física del Vuelo, pero no sé por qué.

—¿En serio? ¿No sabes por qué? —pregunta Jaxon con las cejas levantadas y un brillo vacilón en los ojos.

—No. —Me encojo de hombros—. ¿Tú sí?

—Bueno, no pondría la mano en el fuego, pero supongo que tiene algo que ver con las enormes y preciosas alas que tiene tu *alter ego* .

—Mi *alter* ... ¡Ahhh! —Abro los ojos como platos—. ¿Quieres decir que Física del Vuelo trata sobre poder volar de verdad?

—Sí. —Me mira con incredulidad—. ¿De qué pensabas que iba?

—No lo sé. De aviones, supongo. Por eso estaba tan confundida.

—No, Grace. En el Katmere, una clase sobre volar... va sobre volar de verdad.

—Es que... Eso es... A ver... —Al final, simplemente niego con la cabeza. ¿Qué puedo decir? Nada, excepto—: Una clase de vuelo. Creen que debo estar en una clase de vuelo.

¿Cómo demonios se supone que tengo que interpretar eso?

—Bueno, las alas son básicamente un prerrequisito para volar —dice Jaxon con tono burlón cuando doblamos hacia otro pasillo—. Y también hay que aprender a usarlas.

—¿Ah, sí? —Ahora soy yo la que enarca una ceja—. Pues yo creo que tú vuelas muy bien sin ellas.

Se echa a reír.

—¡Por cierto! Tengo otro chiste para ti.

—¿Otro chiste? —Levanto las cejas casi hasta el crecimiento del cabello, y una enorme sonrisa se dibuja en mi rostro—. Genial. Dispara.

De repente, me lanza una mirada tremendamente sexy que denota con claridad que le gustaría hacer muchas más cosas conmigo que contarme uno de esos patéticos chistes que tanto me gustan.

Una parte de mí quiere apartar los ojos, incómoda ante la repentina intimidad del momento. Pero eso no es justo para él. No es justo para ninguno de los dos, en realidad; así que le mantengo firmemente la mirada mientras me invaden olas de calor y duda a partes iguales.

Por un efímero instante, creo que Jaxon va a querer indagar en los sentimientos que ni siquiera me molesto en ocultar, pues sus ojos de medianoche se tornan de un negro profundo y su mandíbula se tensa.

Pero ese instante pasa, y puedo ver cómo toma la decisión de dejar que la tensión y todo lo que ella conlleva se disipe.

No sé si siento alivio o decepción. Supongo que un poco de las dos cosas. Pero cuando Jaxon retrocede de forma deliberada un paso, física y emocionalmente, me parece justo hacer lo mismo.

—A ver. —Me sonríe—. ¿Qué sonido hace una gárgola al estornudar?

—¿Un chiste sobre gárgolas? ¿En serio? —Pongo los ojos en blanco.

Se ríe.

—¿Qué pasa? ¿Demasiado pronto?

Parece tan orgulloso de sí mismo que no puedo negarle nada.

—No, venga, dime.

—¿Qué hace una gárgola cuando estornuda?

Lo miro con recelo.

—Me da miedo preguntar.

—¡Estat-chuaa!

—Madre mía. Es malísimo.

Sonríe.

—¿A que sí? ¿Quieres que te cuente otro?

—No lo sé —respondo con voz cargada de escepticismo—. ¿Quiero?

—Sí. —Me aprieta la mano—. ¿Cuál es el peor enemigo de una gárgola?

—No quiero saberlo. —Me preparo para la respuesta.

—El papel. —Al ver que no lo pillo, me lo explica—: Ya sabes, piedra, papel o tijera...

—¡Uf! —Pongo cara de horror—. Es casi peor que el otro.

—Lo sé.

—Y está claro que te encanta. He creado un monstruo —bromeo, y niego vigorosamente con la cabeza fingiendo horror mientras me apoyo contra él.

Pero sus ojos están ensombrecidos y su risa desaparece tan rápido como ha venido.

—No. —Me observa con una intensidad que me sacude hasta los huesos—. Yo siempre he sido un monstruo, Grace. Tú me has hecho humano.

Se me cae el alma a los pies.

No hay duda de que Jaxon se está volviendo más humano, pero ahora temo ser yo la que se esté convirtiendo en el auténtico monstruo del instituto Katmere.

23

Los dibujos de los sábados por la mañana nunca me prepararon para esto

Las palabras de Jaxon permanecen conmigo todo el día, y me derrito cada vez que pienso en ellas. En él. Y estoy más decidida que nunca a encontrar la manera de volver a él por completo.

Con esto en mente, decido saltarme la hora de la comida (tanto Jaxon como Macy tienen planes con su grupo de estudio de todos modos) y me voy directa a la biblioteca, donde pasaré un par de horas sin interrupciones investigando sobre las gárgolas.

Investigando sobre mí.

Es algo que tengo que hacer, ya que mis conocimientos del tema son terriblemente limitados. Cuando busqué anoche en Google, lo único que encontré fue una lección de arquitectura, cuando lo que necesito saber en realidad es por qué soy, al parecer, propensa a los ataques sangrientos y a la amnesia.

Debería organizar una cita con el señor Damasen para ver qué puede contarme sobre las gárgolas que no implique

páginas y páginas sobre que son unos fantásticos sistemas de desagüe.

A ver, tampoco sabía mucho sobre los vampiros, los dragones y las brujas cuando llegué aquí, pero tenía alguna noción básica de lo que eran y lo que hacían, aunque he de decir que Jaxon, Macy y Flint me han dejado de piedra en numerosas ocasiones, nunca mejor dicho.

Pero en lo que se refiere a las gárgolas, no tengo ni idea. Solo sé que no parece que les gusten mucho los vampiros.

De hecho, todo lo que sé sobre ellas es lo que vimos en clase de Arte cuando estudiamos la catedral de Notre Dame y lo que recuerdo de las reposiciones de la serie *Gargoyles: Héroes mitológicos* que veía cuando era pequeña. Mi madre siempre se ponía algo nerviosa cuando me pillaba viendo esos dibujos... Me pregunto si era porque ella y mi padre sabían lo que iba a suceder.

Es muy doloroso pensar que mis padres me ocultaron quién soy realmente durante toda mi vida, así que me obligo a no hacerlo. Ya es bastante malo descubrir que soy una gárgola. Saber que mis padres no se preocuparon en prepararme para esto... es algo imperdonable.

O lo sería si estuviesen vivos. Ahora que están muertos... no lo sé. Otra cosa más que añadir a mi creciente carpeta de «Mierdas para las que no tengo tiempo hoy». Porque amargarme con ello ahora no va a ayudarme.

En vez de eso, esbozo una amplia sonrisa —una sonrisa que no siento en absoluto en estos momentos— y me dirijo a la mesa de préstamos que está en el centro de la biblioteca.

Afortunadamente, Amka está ahí, y me sonríe con la misma intensidad, aunque su sonrisa parece genuina, lo cual es muy agradable.

—¡Grace! Es estupendo tenerte de vuelta. —Extiende las manos por encima de la mesa y aprieta una de las mías—. ¿Cómo estás?

Me dispongo a darle la típica respuesta de «Bien, gracias», pero su calidez y la preocupación que veo en sus ojos me calan, aunque no quiero que lo hagan. Así que, en lugar de mentir, me encojo de hombros y respondo:

—Aquí. —Que no es exactamente lo que siento, pero se parece bastante como para que me entienda.

Su sonrisa se torna comprensiva.

—Sí, lo estás. Y me alegro muchísimo.

Y ahí está de nuevo, poniéndome las cosas en perspectiva rápidamente.

—Sí, yo también. —Mis modales se activan con algo de retraso—. ¿Cómo estás tú?

—Bien. Preparando la biblioteca para el torneo Ludares. A los equipos les gusta reunirse aquí para trazar estrategias antes del gran día.

—¿Qué es Ludares? —pregunto—. Y ¿por eso está eso ahí?

Señalo hacia la mesa que ocupa ahora un espacio en el centro de la biblioteca. No me he fijado mucho al entrar, pero pienso hacerlo después, cuando necesite un descanso de mis investigaciones. Por lo que he visto, está repleta de toda clase de objetos interesantes y mágicos.

—Originalmente se creó como una prueba para competir por los puestos en el Círculo, el organismo rector para los sobrenaturales, pero... como nadie ha muerto en mil años, no ha habido ninguna vacante por la que competir, por eso ahora no es más que un evento deportivo.

»Por supuesto, la versión de la prueba real del Ludares es mucho más peligrosa que la que se celebra ahora, y los contendientes tienen muy pocas probabilidades de éxito. Ahora es un acto divertido que se hace para promover las relaciones entre especies, ya que los equipos se componen de las cuatro facciones del Katmere. —Sus ojos centellean —. Es el acontecimiento más importante de cada año académico.

—Y ¿cómo se participa?

—No me creerías si te lo contara. Es algo en lo que tienes que participar para poder entenderlo.

—Qué guay. Estoy deseando verlo.

—¿Verlo? —Amka se echa a reír—. Deberías competir.

—¿Yo? —digo espantada—. No pienso competir contra un montón de vampiros y dragones. ¿Qué se supone que voy a hacer? ¿Transformarme en piedra? No creo que eso ayude mucho en una competición.

—No seas tan negativa. Las gárgolas pueden hacer muchas más cosas que transformarse en piedra, Grace.

—¿Ah, sí? —pregunto con emoción—. ¿Como qué?

—Pronto lo averiguarás.

Estoy algo molesta, ya que esa respuesta no me dice gran cosa, y dejo caer los hombros, pero entonces se vuelve y señala una de las pesadas mesas de madera que hay en un rincón. Sobre ella hay como tres docenas de libros apilados en varios montones desordenados y un portátil justo delante de un sillón tapizado con parches de colores que tiene pinta de ser supercómodo.

—Me he tomado la libertad de seleccionar todos los libros que tenemos sobre gárgolas. Creo que deberías empezar por los que te he dejado a ambos lados del portátil; tratan el tema de una forma bastante amplia y ayudarán a que te hagas una idea general. Los otros montones son más detallados, más orientados a la investigación. En ellos encontrarás la respuesta a preguntas más específicas que te puedan surgir conforme vas aprendiendo.

»Y en el portátil ya tienes la sesión iniciada en las tres bases de datos mágicas más importantes del mundo. Si tienes alguna duda sobre cómo usarlos para investigar, házmelo saber. Pero la verdad es que son bastante intuitivos. Seguro que te las apañas bien.

Aunque no soy de llorar (nunca lo he sido), se me empieza a formar un nudo en la garganta por lo que creo que es la tercera vez en el día. Lo odio, de verdad, lo detesto, pero no puedo evitarlo. Me siento tan confundida con todo esto, y

ver que hay tanta gente que me apoya... me resulta un poco abrumador.

O muy abrumador. Aún no lo he decidido.

—Gracias —le digo cuando mi garganta por fin se relaja lo suficiente como para poder hablar—. Te... te lo agradezco muchísimo.

—No hay de qué, Grace. Para eso estamos. —Sonríe—. Los bibliófilos tenemos que estar unidos.

Sonrío.

—Sí, es verdad.

—Claro. —Extiende la mano hacia una pequeña nevera repleta de pegatinas que tiene junto a la mesa y saca una lata de La Croix de limón y una de Dr Pepper y me las entrega—. Investigar da mucha sed.

—¡Ay, jo! —Acepto las latas con las manos repentinamente temblorosas—. Muchísimas gracias. No sé ni qué decir.

—Pues no digas nada. Ponte a trabajar —sugiere, y me guiña el ojo.

—Sí, señora. —Le sonrío una vez más y me dirijo hacia la mesa del rincón.

Estoy deseando sumergirme en esos libros, pero me tomo unos minutos para situarme antes de empezar. Saco el cuaderno de notas que he destinado exclusivamente a mi investigación y un puñado de mis bolis favoritos.

Me pongo los auriculares, selecciono mi lista de reproducción favorita y saco el paquete de M&M’s que he comprado en la máquina dispensadora de la sala de estudios de camino aquí. Solo entonces me acomodo en el que podría considerarse perfectamente el sillón más cómodo del mundo... y, por fin, cojo uno de los libros.

Solo espero que contenga las respuestas que necesito. Y tampoco estaría nada mal que incluyese algún hechizo para recuperar la memoria...

24

Borrón y mucho sueño

—Graa-ce. Venga, es hora de despertarse. —Una voz familiar penetra en la neblina de sueño que me rodea—. Venga, Grace. Tienes que despertarte. —Alguien me da unos toquecitos en el hombro.

Me paso la mano por la cara. Me doy la vuelta y me acurruco en un ovillo.

—No sé qué hacer. —Esta vez estoy lo bastante consciente como para identificar la voz de Macy, aunque no sé con quién está hablando ni de qué. Y tampoco me importa: estoy tan cansada que lo único que quiero es dormir.

—Deja que lo intente yo. —Esta vez es mi tío Finn el que se inclina sobre mí y dice—: Grace, tienes que despertarte, ¿vale? Abre los ojos. Venga. Ahora.

Paso de lo que me dice y me encojo en un ovillo más cerrado aún y, cuando me acaricia la cabeza, protesto e intento ponerme la almohada sobre la cara. Pero no hay ninguna almohada debajo de mi cabeza, ni sábanas de las que tirar para esconderme debajo.

Casi estoy lo bastante consciente como para darme cuenta de que la situación es extraña..., casi. Y cuando alguien me sacude el hombro, esta vez con más fuerza,

logro abrir los ojos solo lo justo como para ver que Macy, mi tío y Amka me observan con gesto de preocupación.

No tengo ni idea de qué hacen el tío Finn y Amka en nuestra habitación y, en estos momentos, me da igual. Lo único que quiero es que se marchen para poder seguir durmiendo.

—Eso es, Grace —dice mi tío—. Eso es. ¿Puedes incorporarte, por favor? Enséñanos esos ojos tan bonitos que tienes. Venga, Grace. Vuelve con nosotros.

—Estoy cansada —protesto con una voz de la que sé que me voy a avergonzar después—. Solo quiero... —Dejo la frase a medias cuando de repente soy consciente de que siento dolor. Tengo la garganta tan seca que noto como si una cuchilla me raspase la laringe con cada palabra que pronuncio.

Que les den a las mañanas. Y que les den a los despertares de tres personas.

Cierro los ojos de nuevo; el sueño sigue atrayéndome, pero parece ser que mi tío ya ha tenido suficiente. Empieza a agitarme suavemente para que no pueda siquiera acurrucarme en paz.

—Vamos, Grace. —Su voz es ahora más firme que antes; nunca le había oído un tono tan severo—. Tienes que salir de ese estado ahora mismo.

Suspiro pesadamente, pero por fin consigo volverme para mirarlo.

—¿Qué pasa? —pregunto con voz ronca, y trago saliva a pesar del dolor—. ¿Qué queréis?

Oigo que una puerta se abre y se cierra, y unos pasos que se acercan con premura.

—¿Qué le pasa? ¿Está bien? He venido en cuanto he visto el mensaje de Macy.

El tono de preocupación en la voz de Jaxon por fin logra lo que no lo han hecho la insistencia y las sacudidas previas. Me obligo a sentarme y esta vez consigo abrir los ojos del todo.

—¿Puedo beber un poco de agua? —pregunto con los labios absurdamente secos para no estar recorriendo el desierto del Sáhara.

—Sí, claro.

Macy saca algo de su mochila y me lo pasa: es un vaso de acero inoxidable sin la tapa. Doy un sorbo largo. Después doy un par más hasta que mi garganta empieza a parecer humana otra vez. Como el resto de mi ser.

El agua fría también ha conseguido activar mi cerebro y, una vez saciada la sed, me vuelvo hacia Jaxon con unos ojos seguramente aún nublados por el sueño.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Por qué estáis todos en nuestro dormitorio? —Se hace un extraño silencio mientras los cuatro se miran entre sí, y después a mí—. ¿Qué? —pregunto de nuevo.

Macy suspira.

—Lamento decírtelo, Grace, pero no estamos en nuestro dormitorio.

—¿No? Y ¿de quién es este cuarto? —cuestiono mirando a mi alrededor. Y es entonces cuando me invade el pánico, porque veo que Macy dice la verdad. No estamos en nuestra habitación. Ni en la de Jaxon. De hecho, estoy segura de que esto ni siquiera es un dormitorio, a menos que la persona que lo haya decorado sea un gran aficionado a las mazmorras terroríficas—: ¿Dónde estamos? —pregunto cuando encuentro mi voz de nuevo.

Amka se acerca antes de que Jaxon o mi familia puedan responder. Se agacha a mi lado (entonces me doy cuenta de que estoy en el suelo) y pregunta:

—¿Dónde crees que estás?

—No lo sé.

Miro a mi alrededor una vez más, en esta ocasión con la esperanza de encontrar una pista, cada vez más agitada. Empiezo a ser consciente de que no solo no sé dónde estoy, sino que tampoco tengo la menor idea de cómo he llegado hasta aquí.

Y, la verdad, empiezo a estar un poco harta de esto.

Lo último que recuerdo es que estaba sentada investigando en la biblioteca con un refresco de limón y unos M&M's. Después... nada. Todo está en blanco. Otra vez.

—¿Hay alguien herido? —pregunto presa del pánico—. ¿Lo he vuelto a hacer? ¿He atacado a alguien?

—No, Grace. Todo está bien. —Amka me pone la mano en el hombro en un intento de calmarme, pero no funciona. Solo me pone más nerviosa, como el tono grave y tranquilizador de su voz.

—No hagas eso. No intentes apaciguarme. —Me aparto de ella, me levanto de un salto y voy directa hacia Jaxon—. Por favor, por favor, no me mientas. ¿Le he hecho algo a alguien? ¿He...?

—¡No! —dice con mucha más vehemencia, con voz firme y mirándome directamente a los ojos—. No has herido a nadie. Te lo juro. Es por ti por quien estamos preocupados.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Creo a Jaxon, de verdad, pero el recuerdo de haberme despertado cubierta de sangre esta mañana es tan vivo que no puedo evitar mirarme las manos y la ropa para asegurarme. Para sentirme segura.

No hay sangre, afortunadamente. Pero la manga de mi *blazer* está hecha jirones. Y, claro, no me asusto nada porque, total, no está helando ahí fuera ni nada, qué va.

De repente, los gestos de preocupación de todos cobran mucho más sentido. No es porque teman que haya herido a alguien. Esta vez están preocupados por si soy yo la que está herida.

Me trago el miedo que estalla en mi interior como una granada e intento respirar. Voy a desentrañar todo esto. Bastante tengo ya con haber perdido cuatro meses de mi vida con este lío. No pienso aceptar sin más que esto es lo que hay. No pienso dejar que esto se convierta en mi nueva normalidad.

—¿Dónde estoy? —pregunto por segunda vez, porque estoy segura de que nunca he estado en una habitación en la que haya una bola de cristal en mi vida, y menos desde que llegué al instituto Katmere. Y, desde luego, nunca he estado en una habitación con una colección de velas talladas y el suficiente incienso como para cubrir Alaska entera dos veces que ya quisiera para sí Bath & Body Works.

—Estás en la torre de magia —me informa Macy.

—¿La torre de magia? —Ni siquiera sabía que existiese algo así.

—Está al otro extremo del castillo desde mi habitación —añade Jaxon, supongo que en un intento de orientarme.

—Ah, ya. Esa torre más pequeña donde está el cenador. —Me paso una mano por el pelo intentando que no me tiemble—. Siempre he dado por hecho que era el dormitorio de alguien.

—No. —Macy esboza una sonrisa que casi le alcanza los ojos—. Tu novio es el único con derecho a dormir en una torre. Esta pertenece a todas las brujas.

No me cabe duda de que pertenece a las brujas. Si perteneciese a otra gente estaría muy preocupada, sobre todo cuando miro al suelo y veo que me encuentro en el centro de un pentáculo gigante.

Y no un pentáculo gigante cualquiera. Un pentáculo gigante situado justo en el centro de un círculo mágico más inmenso todavía.

«Ay, no, por favor.» Con lo de Lia ya tuve suficiente. No quiero volver a ser objeto de otro ritual en mi vida.

Doy varios pasos largos hacia atrás, no porque quiera alejarme de Jaxon o de Macy y los demás, sino porque quiero salir de este círculo. Ya.

Tal vez sea exceso de precaución, o tal vez sea trastorno de estrés postraumático. Sinceramente, me da igual. No pienso pasar ni un segundo más en un círculo rodeado de velas rojas y negras.

No, gracias.

El resto me sigue, claro. Dan un paso hacia delante por cada uno que yo retrocedo. Mi tío y Amka parecen muy preocupados, y Macy, más bien curiosa. Pero Jaxon... Jaxon tiene una sonrisilla maliciosa en la cara que me indica que sabe perfectamente por qué estoy tan asustada. Aunque, bueno, al fin y al cabo él es el único de los presentes que estuvo conmigo ahí abajo en el túnel.

Con todo lo que le pasó a él aquel día también, me sorprende que no salga corriendo y gritando de este lugar. Yo me lo estoy planteando.

—¿Grace? —pregunta Macy al ver que sigo retrocediendo —. ¿Adónde vas?

—Fuera de... eh... —Dejo la frase a medias llena de frustración, porque aún estoy en el círculo—. Pero ¿qué tamaño tiene esto?

—Ocupa casi toda la habitación —responde el tío Finn aún más confundido—. Hay muchas brujas aquí, y tienen que caber todas alrededor del círculo. ¿Por qué?

Pero Macy parece haberlo captado por fin.

—Ay, cielo, el círculo no está embrujado. Nada va a hacerte daño. Además, aquí no hacemos ese tipo de magia. No tienes nada que temer.

—Ya lo sé. Pero, aun así, voy a... —Señalo por encima de mi hombro hacia atrás con el pulgar.

—¿Te sentirías mejor si saliésemos de esta habitación? —pregunta Amka.

Me invade un alivio inmenso al oír sus palabras y la miro.

—No te imaginas cuánto.

—Bien, pues salgamos. —Y así, sin más, el tío Finn empieza a guiar a todo el mundo hacia la puerta—. Además, tienes que ver algo en la biblioteca.

—¿En la biblioteca? —Ahora estoy todavía más confundida —. ¿Te refieres a los libros sobre gárgolas que Amka ha seleccionado para mí? Los he visto antes, y pienso estudiarlos más a fondo.

—No. Es otra cosa. Hablaremos de ello cuando lleguemos allí.

Eso no suena muy bien. Pienso en insistir para que me dé más detalles, pero su expresión es adusta y seria, cosa que me asusta más de lo que quiero admitir.

Antes de venir al Katmere, jamás habría imaginado que tendría miedo de entrar en una biblioteca. Aunque, bueno, hay infinidad de cosas que jamás habría imaginado antes de llegar aquí.

25

Y las lagunas siguen sucediéndose

En cuanto salimos de la sala de magia, Jaxon me detiene agarrándome de la muñeca.

—¿Qué pasa? —pregunto más que dispuesta a tardar todo lo que sea posible en llegar a lo que ahora se me antoja la biblioteca de la fatalidad—. ¿Necesitas algo?

—No, pero creo que tú sí.

Espero a que se explique, pero no lo hace. Únicamente ladea la cabeza y escucha como si estuviese esperando algo. Un minuto después, Mekhi aparece ante mí con una chaqueta negra grande que sé que pertenece a Jaxon. Me sonríe y se inclina, presentándome la chaqueta como si fuera de la realeza:

—Mi señora.

Por primera vez desde que me he despertado en el círculo mágico gigante, tengo la sensación de que todo puede salir bien. Mekhi no me trata de forma rara. Me sonríe como de costumbre, y no puedo evitar devolverle el gesto.

En broma, hago una reverencia y tomo la chaqueta de sus manos.

—Mi señor.

—Quiero todos los detalles luego, pero ahora tengo que pirarme a clase. ¡Nos vemos, Grace! —dice y desaparece. Nunca me acostumbraré a lo rápido que se mueven los vampiros.

—No tenías por qué pedirle a Mekhi que hiciera eso. —Me quito el *blazer* destrozado y me pongo la chaqueta de Jaxon, inspirando su aroma al hacerlo.

—Lo sé. —Me observa detenidamente—. Pero me gusta cuidar de ti.

Mi ya maltrecho corazón me duele un poco más al escuchar sus palabras y percatarme de su mirada. Ojalá supiera cómo responderle. Una parte de mí, una parte muy grande, quiere inclinarse hacia él y pegar mis labios a los suyos. Pero mi parte de gárgola no me lo permite todavía, y es superfrustrante a todos los niveles.

¿Por qué dejó que lo besara la primera vez cuando acababa de regresar al instituto, para después asegurarse de que no volviera a permitir que se acercase a mí de esa manera de nuevo? Me preocupa, y supongo que a Jaxon también, aunque no diga nada. Al final hago lo único que puedo hacer. Le mantengo la mirada para que vea en mis ojos lo mucho que significan sus cuidados para mí.

—Venga, vamos —dice por fin, y detecto una brusquedad que no suele tener.

Me ofrece la mano. La acepto, y descendemos juntos los sinuosos escalones.

—¿Sabes qué es lo que quiere enseñarme mi tío en la biblioteca? —pregunto mientras llegamos a la planta correcta.

—No. —Niega con la cabeza—. He recibido un mensaje de Macy muy nerviosa en el que me decía que habías desaparecido, así que los chicos y yo, ella y Finn hemos empezado a buscarte. Luego nos han escrito para explicarnos que te habían encontrado en la torre, pero eso es todo lo que sé.

—No lo entiendo —le respondo, y un escalofrío me recorre la espalda cuando por fin llegamos al pasillo en el que se encuentra la biblioteca—. He ido a la biblioteca para investigar sobre las gárgolas sobre las doce del mediodía, pero no recuerdo llegar a investigar nada. No recuerdo nada, de hecho, después de que me sentara a trabajar.

—Son las cinco en punto de la tarde, Grace.

—Pero estaba en la biblioteca. ¿Sabe Amka a qué hora me he ido?

—Supongo, pero no lo sé. Ha llamado a tu tío y a Macy, no a mí. — Hay algo en su voz que no logro identificar, pero no parece muy contento.

Al parecer, Jaxon tiene la impresión de que merece que se le informe de todo lo relacionado conmigo. Y eso me irrita un poco, porque no soy de su posesión. Y, sin embargo, me imagino cómo me sentiría yo si algo le sucediese a él... Sí, sin duda yo también querría que se me informase.

Me abre la puerta de la biblioteca, y entramos. Una vez allí nos encontramos con una vitrina abierta totalmente vacía. Todos los artículos que estaban en exposición han desaparecido, y solo queda la base de terciopelo morado.

—¿Es esto lo que querías mostrarme? —pregunto a mi tío —. No sé qué ha pasado. Todo estaba aquí antes.

Y si alguien hubiese intentado robar algo mientras yo estaba aquí, lo habría visto. Y Amka también. El expositor está en diagonal a la mesa que había preparado para mí y directamente delante de la de préstamos.

—¿Qué recuerdas de cuando has estado aquí antes, Grace? —Es Amka quien me pregunta ahora. Mi tío la va siguiendo.

—No mucho, la verdad. Recuerdo nuestra conversación y que me he sentado a trabajar, pero ya está. ¿Ha pasado algo?

—¿No recuerdas haberte puesto a trabajar?

—No. Me acuerdo de que me disponía a ello, pero no que haya llegado a abrir ningún libro ni tomar ninguna nota. ¿Lo

he hecho?

—Has tomado todas las notas.

Recoge un cuaderno de su mesa y me lo entrega. Le echo un vistazo y, efectivamente, tiene razón. Más de la mitad está ya repleto de información sobre gárgolas que no recuerdo, aunque me muero por sentarme a leerlo.

—¿He hecho todo esto en cinco horas? —pregunto sorprendida de lo completas que están las notas, cuando por lo general solo apunto lo más importante y me fío de mi buena memoria para lo demás (la situación presente obviamente no cuenta).

—De hecho, lo has hecho en hora y media. A la una y media he cerrado la biblioteca unos minutos para ir a buscar algo que tomarme para un repentino dolor de cabeza. Me has dicho que estabas bien, así que te he dejado trabajando, pero cuando he vuelto ya no estabas, y alguien había robado el *Athame* de Morrigan.

Me invade el pánico cuando todas las piezas del puzle empiezan a encajar.

—¿Creéis que he sido yo? —pregunto—. ¿Creéis que yo he robado el…? —Agito la mano en el aire.

—El *Athame* —me ayuda Macy—. Es una daga ceremonial para brujas. Esta en particular ha pertenecido a nuestra familia durante siglos.

Quiero sentirme ofendida de que piensen que he podido hacer algo así, pero lo cierto es que tienen todo el derecho a sospechar de mí. Y más cuando no tengo ni idea de qué he estado haciendo durante el tiempo en que Amka ha estado ausente.

—No creemos que tú la hayas robado —dice el tío Finn con voz deliberadamente tranquilizadora—. Pero creo que algo está sucediendo en tu interior que te obliga a hacer estas cosas, y eso es lo que queremos averiguar para poder ayudarte.

—Pero ¿lo sabemos de verdad? —pregunto con un tono más agudo y más alto de lo que me gustaría—. Me refiero a

si estáis seguros de que lo he hecho yo.

No es que dude de ellos, es que no quiero creerlo. Porque entonces tendré que empezar a preguntarme qué clase de poderes tiene la gárgola que hay en mí y por qué los está utilizando para hacer todas estas cosas horribles.

Jaxon me rodea la cintura, apoya la barbilla en mi hombro y me susurra al oído:

—Tranquila. Está todo controlado.

Me alegro de que piense eso, porque ahora mismo yo no tengo la sensación de controlar nada.

—Por eso queríamos que vinieras aquí, para que podamos volver a ver la grabación todos juntos. A ver si podemos averiguar qué es lo que está sucediendo. —Mi tío se coloca detrás de la mesa de préstamos.

—Nadie te está culpando, Grace —dice Macy, y me sonríe para infundirme confianza—. Sabemos que está pasando algo más.

Me flaquean las rodillas al escuchar sus palabras y ver la expresión adusta en el rostro de mi tío. ¿Hay una grabación? Si es así y ya la han visto, entonces saben seguro que he sido yo la que ha robado el *Athame* .

La sola idea me golpea como un puñetazo en el estómago.

Sé que es algo ingenuo por mi parte, pero he estado albergando ciertas esperanzas todo el día; esperanzas de que hubiese alguna otra explicación para la sangre en mi ropa esta mañana. Esperanzas de que otra persona hubiese atacado a Cole. Y, ahora, esperanzas de que otra persona hubiese robado la daga.

Porque saber que soy yo, saber que he hecho todas esas cosas y que no recuerdo nada en absoluto, es más que aterrador. No es solo por el hecho de no recordarlo, sino también por el hecho de no tener ningún control sobre lo que hago cuando entro en ese estado.

Podría matar a alguien y nunca lo sabría.

El pánico me empieza a bullir en el pecho y mi respiración se vuelve superficial. Cuento hasta diez. Después hasta

veinte. El corazón me late tan deprisa que me mareo un poco. No aparto la vista de mi tío, que trastea en el ordenador de la mesa de préstamos hasta que gira el monitor hacia mí.

—No pasa nada —dice Jaxon en un nuevo intento de tranquilizarme, aunque sí que pasa, y mucho—. Grace, te prometo que vamos a resolver esto.

—Eso espero —respondo mientras todos nos apiñamos alrededor del tío Finn para ver la grabación—. Porque... ¿cuánto puede alargarse esto hasta que acabe en la cárcel... o algo peor?

Se me cae el alma a los pies cuando veo unas imágenes mías en la pantalla haciendo cosas que no recuerdo haber hecho.

Según la hora que aparece en la parte inferior de la grabación, me he levantado de la mesa en la que estaba leyendo y tomando notas a la una y media exactamente. Me he acercado a Amka y le he dicho algo. Ella ha asentido con una expresión extraña y, menos de un minuto después, se ha levantado. Pero, en lugar de marcharse, como ha dicho antes, se ha acercado a la vitrina que contenía el *Athame* y varios artículos mágicos de gran valor que, según me explica mi tío, estaban protegidos por un hechizo.

A las 13.37, la bibliotecaria ha abierto la vitrina como si nada. Después, ha salido de la biblioteca y no ha regresado.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunto, y miro a Jaxon, después a Amka, después a mi tío y vuelta a empezar—. ¿Es que he usado alguna especie de poder de gárgola?

Amka niega con la cabeza mientras el vídeo continúa reproduciéndose. Veo que meto la mano en la vitrina y cojo el *Athame* , desgarrándome la chaqueta al sacar la mano.

—No recuerdo haber hecho eso, ni haber abierto la vitrina.

—Hudson —afirma Jaxon con voz grave y vehemente, y tal vez incluso algo... ¿temerosa? Y esto me rompe todos los esquemas, porque Jaxon casi nunca se asusta.

—¿Qué? —pregunta mi tío Finn—. ¿Qué pasa con Hudson?

—Cuando éramos niños, solía hacer eso. Tiene que hablar directamente con la persona en cuestión, pero puede persuadir a cualquiera de hacer lo que sea por él con solo usar su voz.

—Para hacer ¿qué? —pregunto mientras las afiladas garras del miedo se hunden en mí—. ¿Qué hacía Hudson, Jaxon?

Jaxon por fin logra apartar su mirada pesarosa del vídeo.

—Usar su poder de persuasión para conseguir que la gente hiciera lo que él quería.

26

La posesión es el noventa por ciento de la ley

Las palabras de Jaxon flotan en el aire entre nosotros durante varios segundos. El poder y el espanto que implican constituyen una presencia física que hace que mi cuerpo se tense y que me provoca escalofríos.

—¿Qué significa eso? —pregunto por fin con un suspiro, y las palabras caen como granadas en el silencio que hay entre nosotros—. ¿Que Hudson está aquí? ¿Lo he traído conmigo? ¿Es él quien me está persuadiendo para que haga estas cosas?

—Está claro que está aquí —coincide el tío Finn—. La cuestión es qué vamos a hacer ahora.

—Bueno, ¿y dónde está? —pregunto—. ¿Por qué no lo hemos visto?

Observo la cara triste de mi tío, el rostro enfurecido de Jaxon, la expresión de serena compasión de Amka y la angustia que Macy intenta ocultar sin lograrlo, y siento un peso creciente en el estómago. Un peso que se vuelve más y más insoportable a cada segundo que pasa.

Un peso que casi me hace caer al suelo cuando por fin me percato de lo que está pasando.

—No —les digo, y niego vigorosamente con la cabeza, presa del pánico y del horror—. No, no, no. Eso no puede ser.

—Grace, no pasa nada. —Jaxon da un paso adelante y me pone una mano en el brazo.

—¡Claro que pasa! —le grito—. ¿Cómo que no pasa nada?

—Respira —dice mi tío—. Podemos intentar arreglar esto.

—¿Intentar arreglarlo? —respondo con una carcajada que hasta yo soy consciente de que roza la histeria—. Hay un monstruo ¡dentro de mí!

—Hay opciones —dice Amka con una voz deliberadamente tranquilizadora—. Hay varias opciones que podemos intentar antes de entrar en pánico...

—No pretendo ser grosera, Amka, pero creo que quieres decir antes de que tú entres en pánico, porque yo ya he entrado.

Y es la verdad. El pánico se ha apoderado de mí, y esta vez dudo mucho que pueda impedir el ataque. En el estado en el que me encuentro, creo que ni con un camión entero de ansiolíticos podría detenerlo. Estoy algo mareada, y siento que el corazón se me va a salir del pecho.

—Grace, tranquila. —Macy viene hacia mí, pero doy un paso atrás y levanto la mano haciendo el típico gesto de «dame un segundo».

Afortunadamente, todo el mundo me lo da. De hecho, me dan más de un segundo, aunque no sé cuánto más. Al final, mis mecanismos de defensa, ahora tan familiares, empiezan a estabilizarse.

No estoy bien ni por asomo. Ni siquiera soy capaz de imaginarme lo que se siente estando bien ahora mismo, pero empujo el pánico hasta lo más profundo de mi ser y me centro en mantener la mente despejada.

Necesito pensar. Necesito averiguar qué hacer.

Tachemos eso. Necesitamos averiguar qué hacer, porque, cuando miro a las cuatro personas preocupadas que tengo delante, me doy cuenta de que, aunque sienta que estoy sola, más incluso que el día que murieron mis padres, no lo estoy.

Jaxon, Macy, el tío Finn e incluso Amka no dejarán que me enfrente a esto sola, ni aunque quisiera. Y lo cierto es que no quiero en absoluto. Ni siquiera sabría por dónde empezar.

—Vale —consigo decir por fin después de varios intentos de aclararme la garganta—. Tengo que pediros un favor.

—Lo que sea —responde Jaxon, y extiende la mano para coger la mía.

Cuando nuestras palmas se tocan me doy cuenta de lo fría que me he quedado con todo esto. La mano de Jaxon parece de fuego contra mi piel.

—¿Podéis decirlo? —les pido.

Jaxon me aprieta la mano con fuerza.

—¿El qué? —pregunta, pero por su expresión intuyo que ya lo sabe.

—Necesito que lo digáis en voz alta para no sentir que me pasa algo muy malo. Por favor. —Jaxon me mira más angustiado de lo que lo he visto jamás. Normalmente soy yo la que lo reconforta cuando está así, pero ahora no puedo. No me sale. Ahora no. Aún no—. Jaxon —susurro, porque no sé qué otra cosa hacer—. Por favor.

Asiente pesadamente, y sus ojos de obsidiana incandescente hacen crepitar cada centímetro de mi piel cuando me mira.

—El motivo por el que no hemos conseguido averiguar qué ha sido de Hudson —dice con una voz desgarradora como los cristales rotos—, el motivo por el que no hemos conseguido averiguar dónde lo dejaste o adónde fue es porque ha estado aquí todo el tiempo. —Bloqueo las rodillas para no desmoronarme y espero a que lance la bomba que ha estado alojada en mi cabeza durante los últimos largos

minutos, la bomba que no quiero oír, que no quiero saber, pero que prácticamente le he suplicado que libere—. El motivo por el que no hemos conseguido averiguar en qué lugar del instituto Katmere se ha ocultado Hudson es porque durante todo este tiempo se ha escondido dentro de ti.

27

Cuando el mal que hay dentro de ti tiene que salir, salir, salir

Sus palabras (esperadas, pero aun así totalmente impactantes) estallan en mi interior como una bomba. Como un reactor nuclear en la fase más peligrosa de la fusión. Porque... esto no puede estar pasando. No puede ser.

No es posible que el hermano maligno de Jaxon esté dentro de mí.

No es posible que esté haciéndose con el control de mi cuerpo a su antojo.

No es posible que esté borrando mis recuerdos.

No puede ser.

Y, sin embargo, al parecer, así es.

—Tranquila —me dice mi tío—. En cuanto vuelva a mi despacho haré algunas llamadas. Daré con alguien que sepa cómo gestionar esta situación y haré que venga lo antes posible.

—Yo voy a empezar a investigar —añade Macy—. Como ha dicho Amka, hay algunos hechizos que podrían funcionar, así que tanto ella como yo podemos ponernos en contacto con varios aquelarres distintos para ver qué averiguamos.

Además, seguiremos investigando. Encontraremos la manera de sacar a Hudson de tu mente, te lo juro.

Sus palabras reverberan en mi cabeza. Giran y giran mientras yo intento lidiar con esta nueva pesadilla. Mientras intento ver si siento a Hudson dentro de mí, si siento cómo intenta apoderarse con sus malas artes de mi corazón y de mi mente.

Me esfuerzo una y otra vez, pero no encuentro nada. Ningún pensamiento que no sea mío. Ninguna sensación que no me pertenezca. Nada fuera de lo normal, excepto, claro está, su rutina de apoderarse de mi cuerpo.

Mientras trato de aceptar esta pesadilla, esta nueva y espantosa violación, Jaxon, el tío Finn, Macy y Amka debaten acaloradamente sobre cómo arreglar esto. Sobre cómo arreglarme.

Todo el mundo tiene su opinión acerca de lo que para mí es el problema más personal de mi vida. El problema más personal que nadie pueda tener jamás: otra persona está en tu piel, relevándote cuando quiere, obligándote a hacer cosas espantosas que jamás harías de forma voluntaria.

—¿Y yo? —pregunto cuando ya no puedo soportar la discusión ni un segundo más.

—Te prometo que solucionaremos esto —dice el tío Finn—. Lo sacaremos de ti.

—No me refiero a eso —le respondo—. Me refiero a qué tengo que hacer. Mientras vosotros cuatro intentáis averiguar cómo salvarme, ¿qué puedo hacer yo para salvarme?

Eso capta su atención, y todos me miran mientras intentan entender lo que he querido decir. Lo cual demuestra que tenemos un problema, ¿verdad?

—Grace, cielo, no hay nada que tú puedas hacer ahora mismo. —Mi tío me habla con el tono deliberadamente tranquilo del que espera que la persona a la que se está dirigiendo se ponga histérica en cualquier momento.

Pero la histeria ha desaparecido. No para siempre, ya que estoy segura de que regresará antes de que esta pesadilla haya terminado, pero por el momento sí. Y en su lugar queda una determinación implacable, la de no volver a verme en una situación como esta nunca más.

—Bueno, pues más nos vale encontrar algo que yo pueda hacer —les digo—. Porque, si estamos en lo cierto y Hudson está de verdad dentro de mí como una especie de parásito, no pienso quedarme sentada esperando a ver qué se os ocurre. Hacer eso es lo que me ha metido en todas las horribles situaciones en las que he estado desde que llegué a Alaska.

Mis palabras son duras y, en otra situación, en otra realidad, jamás las habría pronunciado. Pero en esta situación, en esta realidad, era necesario pronunciarlas.

Y las personas a las que les estoy hablando tienen que escucharlas. Tienen que escucharme. Porque no pienso quedarme al margen ni un segundo más. No pienso quedarme ahí sentada mientras ellos se andan con rodeos, me cuentan medias verdades y me ocultan cosas con el supuesto fin de «protegerme». Ya no. Eso se acabó.

—Sí, quiero saber qué puedo hacer para sacar a Hudson de mí —les digo—, pero como parece que eso va a requerir un proceso, necesito que instauremos algunas medidas temporales. Como, por ejemplo, qué puedo hacer ahora mismo para evitar que le haga daño a alguna otra persona. No qué podéis hacer vosotros, sino qué puedo hacer yo.

»Porque no voy a quedarme tan tranquila y dejar que tome el control de mi cuerpo cuando le apetezca hasta que los expertos lleguen a alguna conclusión. No permitiré que vuelva a usarme como arma. Ni contra Cole, ni contra Amka, y mucho menos contra Jaxon.

—Hudson no puede usarte en mi contra... —empieza Jaxon, pero lo corto levantando una mano.

—Ya lo ha hecho —le digo mientras mi cerebro repasa distintos escenarios y las cosas empiezan a encajar—. ¿Por

qué crees que estoy tan incómoda contigo ahora? ¿Por qué crees que me aparto cada vez que intentas besarme? A lo mejor tú todavía no has llegado a esa conclusión, pero yo lo estoy empezando a ver clarísimo.

Por su mirada, veo que está comenzando a atar cabos, que está repasando todas nuestras interacciones de los últimos dos días intentando ver si era yo o era Hudson. No se lo reprocho, yo he hecho lo mismo... y la verdad es que no me gusta nada de nada lo que he descubierto.

—Se acabó, Jaxon. Se acabó, tío Finn. No pienso volver a despertarme cubierta de la sangre de otra persona. Ni en medio de un círculo mágico, desaparecida y con la ropa hecha jirones. Y no pienso darle a un asesino la libertad de apoderarse de mi cuerpo o de mi cabeza ni un segundo más si puedo evitarlo.

Me duele el pecho y me tiemblan las manos, pero tengo la mente despejada y sé que estoy haciendo lo correcto. Lo sé.

—O habláis conmigo y me ayudáis a averiguar qué puedo hacer, o juro que pienso volver a esa pila de libros de ahí y leerme todos y cada uno de ellos hasta que descubra cómo volver a transformarme en gárgola. Y esta vez tengo intención de quedarme así hasta que Hudson ya no pueda hacerle daño a nadie.

Jaxon abre la boca para hablar, pero niego con la cabeza. Todavía no he terminado.

—Y si eso significa que tenga que permanecer como gárgola para los restos, eso es lo que haré. No es lo que quiero hacer —les digo cuando todos se disponen a protestar—, pero es lo que haré, porque nadie, nadie va a volver a usarme como un peón nunca más.

Esa es la razón por la que casi muero cuando llegué aquí y por la que Jaxon y Flint casi mueren también. Si me hubiesen contando la verdad desde un principio, no habría tenido que pasarme mis primeros cuatro días en el Katmere yendo de aquí para allá intentando entender las cosas

mientras había gente intentando matarme. No habría confiado en las personas equivocadas.

Y tal vez, solo tal vez, no habría acabado en esos túneles con Lia, y Jaxon no habría estado a punto de morir, y no estaríamos aquí en esta situación, con Hudson tomándose una especie de vacaciones psicóticas en mi puto cuerpo.

Solo de pensarlo me entran ganas de vomitar... y de llorar. Y de gritar.

Quiero que desaparezca. Quiero que salga de mí ahora mismo.

Pero, si eso no es una posibilidad, necesito saber cómo puedo mantenernos a mí misma y a los demás a salvo de él.

Miro a Jaxon, a Macy, a mi tío y a Amka. Pese a sus reticencias, todos me devuelven una mirada de respeto. Lo que significa que ha llegado la hora de formular la pregunta que me estaba quemando en el pecho:

—¿Tengo que volver a transformarme en gárgola o hay alguna manera de bloquearlo?

De repente, siento que algo revolotea dentro de mí y que se parece horriblemente a un grito; no sé si de rabia, de angustia o de terror, pero no me cabe duda de que es un grito... Y, desde luego, no es mío.

28

A veces las chicas solo quieren tomar el control

Antes de que pueda llegar a averiguar qué significa eso, si es que significa algo, Jaxon dice:

—Voy a llevarte a la Sangradora.

—¿La Sangradora? —repito, porque nunca había oído ese nombre. Y también porque no suena muy... tentador. A ver, en un mundo repleto de seres paranormales que ni se inmutan ante encuentros en los que se pierde una cantidad considerable de sangre o incluso casi la vida, ¿qué clase de monstruo tienes que ser para que se te conozca como «la Sangradora»?

Menudo miedo.

—¿La Sangradora? —repite el tío Finn con el mismo escepticismo que yo—. ¿Estás seguro de que es buena idea?

—No —responde Jaxon—. De hecho, estoy seguro de que es una idea terrible. Pero también lo es que Grace vuelva a transformarse en gárgola a saber por cuánto tiempo. —Me mira, y su rostro está repleto de preocupación, de amor y de una pizca de temor, aunque se esfuerza al máximo por ocultarme esto último—. No sé si la Sangradora puede

ayudarnos a dar con un modo de poner a Hudson en cuarentena en tu cabeza. Pero sé que, si alguien puede hacerlo, ese alguien es ella.

—Y ¿quién es? —pregunto para saber en qué me estoy metiendo y no ir a ciegas.

—Es una Anciana —me dice Jaxon—. Una vampira que ha vivido más que casi cualquier cosa del planeta. Y ella... *vive* ... en una cueva de hielo a la que no se tarda demasiado en llegar desde aquí.

Repaso sus palabras una y otra vez en la mente, intentando buscarles algún significado más profundo. Sé que lo hay, es evidente por las miradas que intercambian Amka y mi tío. Macy no reacciona de ninguna manera en particular, pero está claro que es porque en este tema anda tan perdida como yo.

—Es cruel y despiadada —dice Amka al cabo de un segundo—. Completamente aterradora. Pero, si alguien sabrá cómo ayudarte, sin duda es ella.

He de admitir que lo de «cruel y despiadada» no me inspira demasiada confianza precisamente. Tampoco lo de «aterradora». Y, teniendo en cuenta que me encuentro en una sala con uno de los vampiros más poderosos que existen y que ninguno de los presentes le tiene el más mínimo miedo, me entran escalofríos al pensar en cómo debe de ser la tal Sangradora.

Sobre todo porque Jaxon tampoco parece muy convencido de querer llevarme hasta ella.

—¿Tú la conoces? —pregunto llena de aprensión—. Me refiero a si crees que intentará matarnos nada más vernos o si al menos escuchará lo que tenemos que decirle.

—Es cruel y despiadada, pero no una psicótica absoluta —me dice Jaxon—. Y, sí, la conozco. Ella me crio.

No añade nada más, solo lo suelta, como si tal cosa, como si que te críe el vampiro más aterrador de todos los tiempos fuese de lo más normal. Solo le ha faltado imitar al agente de *South Park* y decir: «Dispérsense, aquí no hay nada que

ver». Lo que me revela que hay mucho más que Jaxon está callando. Y me preocupa que eso que calla sea muy muy malo. Pero si esa Sangradora puede ayudarnos a sacar a Hudson de mi cabeza, e incluso si puede darme una idea de cómo fue la infancia de Jaxon, me apunto.

—¿Cuánto se tarda en llegar? —pregunto—. Y ¿cuándo nos vamos?

—Unas horas —responde Jaxon—. Y podemos irnos ahora, si quieres.

—¿Ahora? —exclama el tío Finn alarmado—. ¿Por qué no esperáis al menos a que amanezca, a que haya luz ahí fuera?

—¿Y darle a Hudson otra oportunidad de apoderarse de mi cuerpo de nuevo? —pregunto, y ni siquiera tengo que fingir que me traumatizo ante la idea—. Preferiría no hacerlo.

Por no hablar de que estoy demasiado asustada como para dormir esta noche, o tal vez nunca. El hecho de que Hudson esté dentro de mí es aterrador. Y asqueroso. Y extraño. ¿Puede leerme la mente también? Entonces, si está en mi cabeza ahora mismo, ¿puede oír todo lo que pienso? ¿O su poder se limita únicamente a tomar el control de mi cuerpo? «Únicamente.» En fin.

¿En qué momento se ha convertido en esto mi vida? Hace cinco meses estaba en San Diego, y la decisión más importante que tenía que tomar era a qué universidad quería ir. Ahora aún tengo que decidir eso, o eso creo (¿van a la universidad las gárgolas?), y además tengo que enfrentarme a lobos alfa que intentan matarme y a vampiros psicópatas que viven en mi cabeza.

De no ser por Jaxon, diría que mi vida ha ido a peor. A mucho peor.

Decido que el mejor modo de evitar las objeciones del tío Finn es actuando como si la cosa estuviese decidida, así que me vuelvo hacia Jaxon.

—¿Tenemos que llamarla antes para decirle que vamos? ¿Tiene teléfono en su (no puedo creer que esté diciendo

esto) cueva de hielo?

—No lo necesita. Y, si no sabe ya que vamos, lo sabrá mucho antes de que lleguemos.

«Y eso no da nada de miedo, qué va.»

—Genial. —Le sonrío—. ¿Voy a cambiarme y nos vemos en la entrada principal en quince minutos?

Jaxon asiente.

—Ponte varias capas. Estaremos un rato expuestos al frío.

Supongo que con lo de «un rato» quiere decir «todo el tiempo», teniendo en cuenta que la Sangradora vive en una cueva de hielo. Me resulta supercurioso y quiero saber más al respecto, incluido si Jaxon creció en la cueva que vamos a visitar o si lo hizo en alguna otra parte y ella se trasladó allí después. Porque, claro, no hay mejor «retiro» que establecerse en una cueva en medio de la glacial Alaska.

—Dale al menos treinta minutos, Jaxon —dice mi tío con el tono de alguien que sabe que ha sido derrotado.

—Preferiría que nos pusiéramos en marcha lo antes posible —objeto.

—Y yo preferiría que comieras algo antes de irte. —Me lanza una mirada severa que me indica que bajo ninguna circunstancia va a ceder en esto—. No vais a poder parar en ningún restaurante en plena naturaleza, y desde luego la Sangradora no va a tener nada que tú puedas querer comer. Así que pásate por la cafetería antes de irte. Cógete un sándwich para comer ahora, y me aseguraré de que te preparen algo para llevar, ya que imagino que estaréis fuera toda la noche.

No había pensado en ello, la verdad. No había pensado en nada que no fuera sacar a Hudson de mí, y me alegro de que el tío Finn sí lo haya hecho. Y más teniendo en cuenta que ya me he saltado la comida de hoy y el estómago me lo está recordando en este preciso momento.

—Gracias, tío Finn. —Me pongo de puntillas para besarle la mejilla.

En respuesta, me da unas palmaditas en la espalda algo incómodo y dice:

—Ten cuidado ahí fuera. Y deja que Jaxon hable con la Sangradora. Él la conoce mejor que nadie.

Asiento, aunque me pregunto a qué se refiere, y qué significa para Jaxon que la persona que lo crio, la persona a la que él conoce mejor que nadie, sea también una mujer conocida por su brutalidad.

—Vamos, Grace. Te ayudaré a seleccionar lo que tienes que ponerte —dice Macy, y empieza a guiarme apresuradamente hacia la salida.

Voy con ella, y me doy la vuelta solo para hacerle un gesto a Jaxon y articular «treinta minutos» con los labios.

Él asiente, pero intuyo la preocupación en sus ojos. Y lo entiendo, de verdad. Me estoy esforzando al máximo por no acojonarme con lo de Hudson, pero la verdad es que estoy al borde del pánico. Jaxon tiene que estar sintiendo lo mismo, además de sentirse responsable por esta situación, porque así es él y así gestiona todas las situaciones, sobre todo aquellas en las que yo estoy implicada.

—¿Estás lista? —pregunta Macy cuando me vuelvo de nuevo para dirigirnos a nuestra habitación.

—No —respondo.

Pero sigo caminando, porque, a veces, lo que una chica quiere hacer y lo que tiene que hacer son dos cosas muy diferentes.

29

Soy demasiado sexy para mi abrigo... como cualquiera

—Bonito abrigo —dice Jaxon cuando me ve treinta minutos más tarde, y la dolorosa línea recta y apretada de su boca se curva hacia arriba.

Llevo puestas unas seis capas para protegerme de la intemperie, incluido un abrigo acolchado rosa eléctrico que cualquier depredador podría ver a ochenta kilómetros de distancia; pero, cuando Macy lo ha colocado orgullosa sobre mi cama, no he sido capaz, ni he tenido la energía, de rechazarlo.

—No empieces —digo y lo observo, buscando algo de lo que burlarme también. Evidentemente no hay nada. Va vestido con ropa de invierno negra de los pies a la cabeza y tiene un aspecto impresionante. Nada que le haga parecer que se está fugando de una fábrica de algodón de azúcar.

Descendemos las escaleras del acceso al instituto y espero ver una motonieve aparcada justo a los pies, pero no hay nada. Miro a Jaxon confundida y escondo un poco la cara en la bufanda de lana que me cubre desde los pómulos hasta el pecho.

—La temperatura va a bajar al menos veinte grados en las próximas dos horas —me dice mientras me estrecha contra él—. No quiero que pases a la intemperie más tiempo del necesario.

—Ya, y para eso ¿no ayudaría una motonieve? —pregunto, porque digo yo que será mejor que ir caminando.

Pero Jaxon se echa a reír.

—Con una motonieve iríamos más lentos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que vamos a desvanecernos.

—¿Desvanecernos?

No tengo ni idea de qué significa eso, pero no suena muy bien que digamos. Aunque, bueno, en esta situación nada suena bien. Ni lo de visitar a una vieja vampira y esperar que no nos mate. Ni lo de tener a un psicópata alojado en mi cabeza. Ni lo de no recordar nada de lo sucedido en los últimos cuatro meses.

A la mierda. Sea lo que sea eso de desvanecerse, seguro que es mejor que cualquiera de las demás cosas a las que nos enfrentamos ahora mismo.

Por eso asiento cuando Jaxon me explica que lo de desvanecerse es una cosa de vampiros y que significa desplazarse muy muy rápido de un lugar a otro.

Iba a preguntar cómo de rápido, pero ¿acaso importa? Mientras lleguemos hasta la Sangradora y averigüemos qué hacer respecto a Hudson antes de que decida convertir mi vida en una serie de ficción titulada *Poseída y utilizada* , como si vamos nadando.

—Bueno ¿qué tenemos que hacer exactamente? —pregunto mientras Jaxon se coloca delante de mí.

—Voy a llevarte en brazos —responde—. Tú agárrate fuerte a mí.

Eso no suena nada mal. De hecho, suena bastante romántico.

Jaxon se inclina hacia delante y me levanta del suelo, con un brazo bajo mis hombros y el otro bajo mis rodillas.

Cuando me tiene bien cogida, me mira y me guiña el ojo.

—¿Preparada?

En absoluto. Pero levanto el pulgar.

—Sí, por supuesto.

—Agárrate —me advierte y espera hasta que me aferro a su cuello con los dos brazos con todas mis fuerzas.

Entonces me lanza una sonrisa y empieza a correr. Pero no es una carrera normal. De hecho, no es una carrera en absoluto. Si tuviera que apostar algo, diría que estamos más bien «desapareciendo» de un lugar al otro en una rápida sucesión, demasiado rápida como para ver el lugar en el que nos detenemos antes de desaparecer de nuevo.

Resulta extraño, aterrador y emocionante al mismo tiempo, y me aferro a Jaxon con toda la fuerza de la que soy capaz por miedo de lo que pueda pasar si me suelto, aunque él me tiene bien cogida y pegada a su pecho.

Mientras Jaxon se desvanece incesantemente, yo intento pensar, intento centrarme en lo que le quiero decir a la Sangradora o en cómo puedo bloquear a Hudson, pero vamos tan deprisa que se me hace imposible. Me domina el instinto y solo soy capaz de tener pensamientos básicos.

Es la sensación más rara del mundo, y también una de las más liberadoras.

No tengo ni idea de cuánto tiempo hemos estado viajando cuando Jaxon por fin se detiene en lo alto de una montaña. Me deja en el suelo lentamente, cosa que agradezco, ya que de repente siento las piernas como de goma.

—¿Ya hemos llegado? —pregunto, y miro a mi alrededor buscando la entrada de una cueva.

Jaxon sonríe y, no por primera vez, pienso en lo agradable que es que no tenga que cubrir cada centímetro de su piel cuando está en el exterior como hago yo. Me gusta poder verle la cara, y me gusta aún más poder observar su reacción ante mis palabras.

—Quería mostrarte las vistas. Y he pensado que igual querías descansar un poco.

—¿Descansar? Si solo llevamos moviéndonos unos minutos.

Suelta una carcajada.

—Ha sido más bien hora y media, y hemos recorrido unos cuatrocientos ochenta kilómetros.

—¿Unos cuatrocientos ochenta kilómetros? Pero eso significa que hemos estado viajando a...

—Aproximadamente trescientos veinte kilómetros por hora, sí. Desvanecerse es más que un simple movimiento. No sé cómo describirlo. Es como volar, pero sin cuerpo. Todos los vampiros empiezan a practicar a una edad muy temprana, pero a mí siempre se me dio muy bien. —Parece un niño pequeño todo orgulloso de sí mismo.

—Eso es... increíble. —No me extraña que me costase tanto ver algo o pensar mientras Jaxon se desvanecía. Más que movernos estábamos distorsionando la realidad.

Mientras analizo toda esta información en mi cabeza, no puedo evitar pensar en un libro que leí en séptimo curso, *Farenheit 451* , de Ray Bradbury. En él, habla sobre personas que conducen vehículos a gran velocidad por las autopistas habituales (como a 210 kilómetros por hora), y el gobierno lo consentía porque impide a la gente pensar. Tienen que concentrarse en conducir y en no morir, y excluir todo lo demás.

Era un poco eso cuando Jaxon estaba desvaneciéndose. Como si todo lo demás en mi vida desapareciera, incluidas las cosas malas, y solo quedasen los instintos básicos de supervivencia. Sé que Bradbury pretendía que su libro fuese una advertencia, pero desvanecerse mola tanto que no puedo evitar preguntarme qué siente Jaxon al respecto.

Me gustaría saber si para él será igual que para mí, o si los vampiros lo gestionan de otra manera porque están hechos para ir a esa velocidad. Casi se lo pregunto, pero parece contento, muy contento, y no quiero fastidiarlo con cuestiones que podrían ser difíciles de responder.

Así que no digo nada, al menos no hasta que Jaxon me da la vuelta y admiro las vistas desde la cumbre de esta montaña tan alta. Y son impresionantes. Picos enormes hasta donde alcanza la vista, con kilómetros y kilómetros de nieve cubriendo esos picos y las laderas en una especie de país de las maravillas helado que resulta aún más hermoso por el hecho de que probablemente seamos las únicas dos personas que han estado aquí jamás.

Es una sensación increíble... y una dosis de humildad al mismo tiempo, que no hace sino intensificarse cuando el crepúsculo astronómico nos rodea y tiñe el mundo de un tono violáceo.

La aurora boreal todavía no ha aparecido, pero sí algunas estrellas; y verlas en este horizonte aparentemente interminable me ayuda a poner en perspectiva todo lo que estoy pasando. No puedo evitar comparar lo que significa una vida humana, los problemas de un humano, en contraste con todo esto, y me pregunto por primera vez qué se sentirá al ser inmortal. A ver, sé cómo me siento yo estando aquí: pequeña, insignificante, finita. Pero ¿qué siente alguien como Jaxon? Y no me refiero solo a saber que puede escalar y hacer cumbre en esta montaña imposible en cuestión de minutos, sino también a saber que estará aquí todo el tiempo que esta montaña lo esté.

No me puedo ni llegar a imaginar lo que se debe de sentir.

No sé cuánto tiempo permanecemos ahí, embelesados admirando el incesante oscurecer de la distancia. El suficiente como para que Jaxon me rodee con los brazos y yo me relaje contra él. El suficiente como para que el último atisbo de sol se hunda bajo las montañas.

El tiempo más que suficiente como para que el frío se filtre en mi cuerpo.

Jaxon nota que tirito y se aparta de mala gana. Sé cómo se siente. En estos momentos no me importaría pasarme la eternidad en lo alto de esta montaña, solos él y yo, en esta increíble paz. No había experimentado tanta calma desde

antes de que mis padres muriesen. Y puede que ni siquiera entonces.

«La paz no puede durar con Hudson dentro de ti», dice una voz en el fondo de mi mente, destruyendo toda sensación de contento. ¿Podría tratarse de mi parte de gárgola, que me advierte de nuevo? Obviamente, Hudson no iba a advertirme contra él.

Decido que esta es otra pregunta para mi investigación, si es que alguna vez tengo la oportunidad de hacerla. Eso me recuerda que tengo que reservarme algo de tiempo cuando vuelva al Katmere para revisar las notas sobre las gárgolas que, al parecer, Hudson tomó. Otro escalofrío me recorre la espalda al preguntarme qué estaría buscando sobre mí.

—Tenemos que irnos —dice Jaxon mientras abre la cremallera de mi mochila y saca una botella de agua de acero inoxidable—. Pero antes tienes que beber un poco. Estas altitudes pueden causar estragos.

—¿Incluso a las gárgolas? —bromeo, y me dejo caer sobre él porque es una sensación estupenda.

—Sobre todo a las gárgolas. —Sonríe y me tiende la botella.

Bebo, más porque Jaxon está ahí mirándome que porque tenga sed. Es una tontería y no merece la pena discutir por ello. Además, él sabe más sobre este clima que yo. Lo último que necesito ahora con todo este lío es deshidratarme también.

—¿Me das una barrita de muesli? —pregunto cuando le devuelvo la botella para que la guarde.

—Claro —dice, y rebusca en la mochila.

Tras unos cuantos bocados, añado:

—¿Cuánto falta para llegar a la cueva de la Sangradora?

Jaxon me coge en brazos de nuevo y piensa.

—Depende.

—¿De qué?

—De si nos topamos con algún oso o no.

—¡¿Con un oso?! —exclamo alarmada, porque nadie me había dicho nada de osos—. ¿No siguen hibernando?

—Estamos en marzo —responde.

—Y eso ¿qué significa? —Al ver que no contesta, le doy un toque en el hombro con el dedo—. ¡Jaxon! ¿Qué significa?

Me sonríe con malicia.

—Significa que ya veremos.

—¿Y si...?

Pero sale disparado a toda velocidad antes de que pueda terminar el pensamiento y, acto seguido, estamos descendiendo por la ladera de una montaña. Solo me queda esperar que no nos topemos con ningún oso.

30

Ganadora, ganadora... cena de la Sangradora

Parece que han pasado solo unos minutos cuando Jaxon se detiene de nuevo; pero, cuando miro el móvil, veo que en realidad ha sido una hora. Eso significa que, si hemos viajado a la misma velocidad que durante la primera mitad del trayecto, debemos de estar a unos ochocientos kilómetros del Katmere.

—Ya hemos llegado —dice Jaxon, pero ya me lo había imaginado, por lo serio que está y por la repentina tensión que detecto en sus hombros.

Echo un vistazo a mi alrededor intentando dar con la cueva de hielo donde se supone que tenemos que encontrarnos con la Sangradora, pero solo veo montañas en todas las direcciones. Montañas y nieve. Aunque, bueno, tampoco es que sea ninguna experta en cuevas.

—¿Hay algo que tenga que saber? —pregunto cuando me coge de la mano y empieza a guiarme hacia la base de la montaña.

—La verdad es que hay tantas cosas que tienes que saber que no sé ni por dónde empezar.

Al principio me echo a reír, porque creo que está de broma, pero cuando le miro la cara veo que he malinterpretado la situación. En respuesta, el nudo que tengo en el estómago se tensa un poco más.

—Y ¿si me haces un resumen? —sugiero cuando hacemos otra parada repentina, esta vez delante de dos montones gigantes de nieve.

—No sé hasta qué punto servirá de algo, pero lo puedo intentar. —Sacude la cabeza y se pasa una mano enguantada por el muslo en el gesto más nervioso que le he visto jamás mientras el silencio se alarga y se alarga. Casi estoy a punto de dar por hecho que ha cambiado de idea, que no va a decirme nada, cuando indica en una voz tan baja que ni siquiera llega a ser un susurro—: No te acerques demasiado a ella. No intentes darle la mano cuando la conozcas. No... —Se interrumpe, y esta vez se pasa la mano por la cara en lugar de por el muslo y, aunque se mezcla con el aullido de un lobo cercano, juraría que le oigo decir—: Esto no va a funcionar.

—Eso no lo sabes —respondo.

Levanta la cabeza al instante y, esta vez, la mirada de obsidiana que me lanza no se parece a ninguna de las que le he visto antes. Unas llamas plateadas danzan en lo más profundo de sus ojos, y detecto una montaña de desesperación, así como una miríada de emociones más que no reconozco ni entiendo.

—Eres consciente de que es una vampira, ¿no?

—Claro que sí. —No sé adónde quiere ir a parar con esto, pero lo han dejado bastante claro en la biblioteca.

—Si no ha comido en un tiempo —dice Jaxon con la boca contraída en una mueca imposible de pasar por alto—, probablemente tenga una fuente de alimento ahí dentro.

—¿Una fuente de alimento? —repito—. ¿Te refieres a un humano?

—Sí. —Traga saliva—. Quiero que sepas que yo no hago lo que ella hace. No me alimento de las personas como lo hace

ella. No...

—Tranquilo —le digo al darme cuenta de que le preocupa tanto lo que pueda pensar de su crianza y de la mujer que lo educó, como de mi seguridad y del hecho de que su hermano esté ahora en alguna parte dentro de mí.

Esto me sorprende, teniendo en cuenta que estamos hablando de un chico que siempre se muestra muy seguro de sí mismo; y me enternece, aunque al mismo tiempo me provoca cierta inseguridad.

Jaxon asiente.

—A veces atrae a los turistas aquí. En ocasiones, otros paranormales le traen «presentes» para agradecerle su asistencia. —Me sostiene la mirada—. Pero yo no.

—Pase lo que pase ahí dentro, todo estará bien —le aseguro, y me inclino hacia delante, le rodeo la cintura y apoyo la barbilla en su pecho—. Te lo prometo.

—*Bien* no es la palabra —me explica—. Pero tiene decenas de miles de años, y es lo que hay. —Me devuelve el abrazo y, entonces, se aparta—. Tienes que dejar que sea yo el que hable. Si te hace una pregunta, respóndele, pero no le gustan mucho los desconocidos. Ah, y no la toques ni dejes que te toque.

Vale, las advertencias se están volviendo algo extrañas.

—¿Por qué iba a tocarla?

—Solo te digo que mantengas las distancias. No le gusta mucho la gente.

—Jamás me lo habría imaginado, teniendo en cuenta que vive en una cueva de hielo en una de las zonas más remotas de Alaska.

—Ya, bueno, hay muchos motivos por los que la gente vive donde vive. Y no siempre es por elección.

Quiero preguntarle a qué se refiere, pero solo le ha faltado colgarle un cartel de NO PASAR a esa afirmación, así que decido dejarlo estar. Asiento y pregunto:

—¿Alguna otra cosa que deba saber?

—Nada que pueda explicarte en un par de minutos. Además, está bajando la temperatura. Deberíamos entrar o te vas a congelar.

Tengo frío. Pese a las numerosas capas de ropa que llevo, me castañetean los dientes, así que no se lo discuto. Simplemente doy un paso atrás y dejo que Jaxon me guíe.

Y, aunque creo que estoy preparada para cualquier cosa, he de admitir que lo único que no me esperaba era que Jaxon levantase una mano y elevase un banco de nieve entero varios metros en el aire. Pero al hacerlo deja al descubierto una pequeña abertura en la base de la montaña: la entrada a la cueva de hielo.

Cuando entramos, deja caer la pila de nieve y menea las manos en el aire formando un complejo patrón. Intento observar lo que está haciendo, pero sus movimientos son tan rápidos que las manos se desdibujan. Quiero preguntarle, pero está tan concentrado que decido esperar a que termine.

—Salvaguardas —me dice mientras me agarra de la mano y nos adentramos en la cueva.

—¿Para evitar que la gente entre? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Para que no entre mi padre.

Su mandíbula se tensa, y tengo la impresión de que no quiere que siga haciéndole preguntas, así que no lo hago.

Además, tengo que concentrarme al cien por cien en no resbalarme y caerme por el sendero más empinado, más estrecho y más helado que he visto jamás. Jaxon me sostiene la mano con firmeza todo el tiempo y usa su fuerza para estabilizarme varias veces mientras descendemos.

Tiene el móvil en la mano izquierda con la linterna encendida para iluminar el camino, y nos detenemos en numerosas ocasiones para que pueda afianzar mejor mi posición. Esos son los momentos que más me gustan, porque son los únicos en los que por fin puedo echar un vistazo a la cueva en la que nos estamos adentrando... y es

absolutamente maravillosa. Allá adonde miro hay hermosas formaciones de hielo y roca, algunas lo bastante afiladas como para empalar a una persona; otras, desnudas a causa del tiempo y el agua, revelan sus mismísimos orígenes.

Esas son algunas de mis favoritas.

Llegamos a una bifurcación, pero continuamos por la derecha.

Hay una segunda bifurcación al final del camino y, esta vez, Jaxon toma el sendero de la izquierda. Atravesamos otro conjunto de salvaguardas y, de repente, todo se vuelve plano. Nos encontramos en una enorme sala, repleta de tantas velas encendidas que, después de la oscuridad, me veo obligada a parpadear hasta que se me adapta la vista a la luz.

—¿Qué es este lugar? —susurro a Jaxon, porque parece unos de esos sitios en los que no se debe hablar alto. Un espacio abierto, con techos altos y brillantes formaciones de roca y hielo en todas las direcciones. Es la maravilla natural más increíble que he visto jamás.

Es como un sueño... al menos hasta que echo un vistazo hacia uno de los rincones y me doy cuenta de que hay cadenas y grilletes instalados en el techo, justo encima de un par de cubos manchados de sangre. No hay nadie engrilletado ahora mismo, pero el hecho de que eso esté ahí elimina de un plumazo toda mi fascinación por la belleza del lugar.

Jaxon se da cuenta de lo que estoy mirando (es difícil ser sutil cuando te imaginas a seres humanos colgados desangrándose) y da un paso adelante para bloquear deliberadamente mi visión. Dejo que lo haga; me imagino que voy a estar viendo esto en mis pesadillas durante un tiempo. No necesito volver a verlo en la vida real. Nunca más.

Jaxon parece sentir lo mismo, porque tira de mí hacia el arco más grande bastante rápido, aunque el suelo sigue siendo resbaladizo e irregular.

—¿Preparada? —pregunta justo antes de que lleguemos hasta él.

Asiento porque, la verdad, ¿qué otra cosa puedo hacer? Entonces, con el brazo de Jaxon envolviéndome con fuerza los hombros, atravieso el pasaje abovedado para conocer a la Sangradora.

31

Bienvenidos a la Edad de Hielo

No sé qué esperaba ver al atravesar ese pasaje helado, pero desde luego no era el salón perfectamente amueblado que tengo delante.

Es una estancia increíble: el techo y las paredes están decorados con más formaciones de roca y hielo... y, protegido por un cristal, hay un cuadro expresionista de un campo de amapolas de todos los tonos de rojo y azul y verde y dorado.

Me quedo prendada, como me sucedió con el Klimt que vi en la habitación de Jaxon al poco de llegar al Katmere. En parte porque es muy bonito, y en parte porque, cuanto más me acerco, más convencida estoy de que se trata de un Monet original.

Aunque, bueno, supongo que cuando una ha vivido miles de años debe de ser más fácil tener en tu poder las obras de los grandes artistas, tal vez incluso desde antes de que se los considerase como tales.

El resto de la estancia es como un salón cualquiera, pero con un gusto absolutamente exquisito. Una enorme chimenea de roca domina una de las paredes laterales. Hay estanterías repletas de libros encuadernados con piel

colorida y agrietada por todas partes, y una alfombra gigante que parece como si un ramo de flores hubiera estallado por el inmenso suelo.

En el centro, de espaldas a la chimenea, hay dos grandes sillones orejeros del mismo color rojo de las amapolas del cuadro. Frente a estos, separado por una larga mesita de café de cristal rectangular, se encuentra un sofá de color trigo dorado que parece muy cómodo.

Y sentada en el sofá, con las piernas cruzadas debajo de ella y un libro en su regazo, se encuentra una anciana de aspecto muy dulce, con unos rizos cortos y canos y unas coloridas gafas de lectura. Viste un caftán de seda con un estampado de remolinos en tonos azules, y su piel tostada reluce bajo la luz de las velas mientras cierra el libro y lo deposita sobre la mesita de cristal.

—Cuatro visitas en el mismo número de meses —dice mirándonos con una suave sonrisa—. Cuidado, Jaxon, no me vaya a malacostumbrar.

Su voz encaja con su aspecto: dulce, cultivada, serena, y empiezo a tener la impresión de que me han tomado el pelo. ¿Esta es la vampira más peligrosa de todos los tiempos? ¿Esta es la mujer a la que Jaxon se refiere como «la Sangradora»? Tiene más pinta de pasarse los días tejiendo y jugando con los nietos que colgando a la gente del techo para drenarles la sangre.

Pero Jaxon nos guía hacia ella con la cabeza inclinada en el gesto más sumiso que le he visto jamás, así que tiene que ser ella, pese a las pantuflas de pelo y todo.

—Dudo mucho que nada pueda malacostumbrarte —responde cuando nos detenemos justo delante de ella. O, mejor dicho, Jaxon se detiene delante de ella. Yo me quedo varios metros atrás, y él interpone deliberadamente su cuerpo entre nosotras—. Me gusta el nuevo esquema de colores.

—Llevaba ya tiempo queriendo cambiarlo. La primavera es tiempo de renovación, al fin y al cabo. —Sonríe con tristeza

—. A menos que seas una vieja vampira como yo.

—Anciana no es lo mismo que vieja —le dice Jaxon, y por su voz sé que lo dice de verdad. Y también que la admira muchísimo, aunque no confíe completamente en ella.

—Siempre tan encantador. —Se levanta y su mirada se encuentra con la mía por primera vez—. Aunque supongo que tú eso ya lo sabes.

Asiento, teniendo más presente que nunca la advertencia de Jaxon de dejar que hable él. Porque, aunque la Sangradora pueda parecer la ancianita más afable del mundo, sus ojos verdes centellean con sagacidad, y con algo más que un poco de avaricia, cuando me mira de arriba abajo. Si a esto le añadimos el hecho de que puedo ver el brillo de las puntas de sus colmillos asomando sobre su labio inferior bajo la luz de la chimenea, empiezo a sentirme un poco como una mosca en una tela de araña.

—Me has traído a tu compañera —le dice con una mirada picarona que expresa mucho más de lo que alcanzo a entender.

—Así es —responde él.

—Bien, deja que le eche un vistazo. —Camina hacia delante y apoya la mano en el bíceps de Jaxon en un intento de que se haga a un lado. Jaxon no cede. La Sangradora se echa a reír; es un sonido vivo y alegre que reverbera en los techos abovedados y las paredes de hielo macizo—. Ese es mi chico —afirma—. Siempre tan protector. Pero te puedo asegurar que, esta vez, no tienes por qué serlo.

Una vez más, le empuja el bíceps en un evidente gesto de «apártate un poco». Y, una vez más, él no se mueve ni un milímetro.

La irritación sustituye al buen humor en sus ojos verde brillante y le lanza una mirada que, no voy a mentir, me estremece. Segura de que puede olerlo, controlo mis leves temblores y respondo a su mirada de curiosidad con la mía propia.

Salta a la vista que mi gesto le complace, como salta a la vista lo disgustada que está de que Jaxon se niegue a ceder ante su voluntad. Decidida a cortar la tensión entre ellos, doy un paso hacia delante y le sonrío:

—Soy Grace —digo y, aunque lo más convencional sería ofrecerle la mano, la advertencia anterior de Jaxon todavía resuena en mis oídos—. Encantada de conocerte.

La mujer me sonríe en respuesta, pero tampoco intenta tocarme, ni siquiera antes de que Jaxon emita un evidente sonido de desaprobación.

—Es un placer conocerte también. Me alegro de que todo haya... salido bien.

Sorprendida ante sus palabras, miro a Jaxon, que no aparta la vista de la mujer que lo crio, pero responde a mi pregunta sin necesidad de formularla.

—Sabe que eres una gárgola. Vine a verla en dos ocasiones cuando estabas encerrada en piedra.

—Removió cielo y tierra buscando la manera de liberarte. Pero, desafortunadamente, hace mucho tiempo que las gárgolas no son mi especialidad. —Su mirada parece irse muy lejos cuando continúa—: Una vez tuve la esperanza de cambiar eso, pero el destino no quiso.

Aunque ya sé que Jaxon hizo todo lo posible para ayudarme cuando estaba atrapada en mi forma de gárgola, me sigue reconfortando oírlo, sobre todo en boca de esta mujer a la que está claro que tanto respeta.

—Gracias por intentar ayudarme —le digo—. De verdad.

—No había nada que yo pudiera intentar —responde—. Para gran disgusto de tu compañero. Pero le habría ayudado de haber podido. De hecho, le sugerí que te trajese hasta mí. Me alegro de que por fin haya aceptado mi consejo.

Retrocede unos pocos pasos y nos señala los dos sillones rojos antes de volver a acomodarse en el sofá.

—Siempre tuve en mente traer a Grace para que te conociera —dice Jaxon.

Su mirada se suaviza al escuchar eso y, por primera vez, veo auténtico afecto en su expresión al mirarlo. Esto me relaja un poco, no porque crea que la mujer no va a hacerme daño, sino porque estoy segura de que no va a hacer nada que pueda hacer daño a Jaxon.

—Lo sé. —Se inclina hacia delante y le da unas palmaditas en la mano. Entonces veo que Jaxon se relaja también y baja la guardia por un momento mientras mira a esta mujer a la que es obvio que aprecia, pero en la que, es obvio también, no confía.

Es una dinámica tan extraña que no puedo evitar compadecerme de los dos, si bien me pregunto cómo se debe de sentir. Antes de que muriesen, confiaba ciegamente en mis padres. Nunca se me ocurrió no hacerlo.

Y, aunque he ido descubriendo cosas sobre ellos desde su fallecimiento, como que mi padre era un brujo y que tal vez ambos supiesen que yo era una gárgola y no me dijeron nada, al menos sigo estando segura de que, aunque me mintieron, jamás me habrían hecho daño.

La madre de Jaxon le dejó una cicatriz. Su hermano intentó matarlo. Y esta mujer, que claramente tuvo un impacto muy importante en su vida y a la que claramente aprecia, lo tiene tan alerta y tan tenso que me da miedo que pueda romperse ante el primer movimiento en falso.

El silencio se alarga entre nosotros hasta que Jaxon dice por fin:

—Siento tener que hacer esto la primera noche que conoces a Grace, pero necesitamos tu ayuda.

—Lo sé. —Mira a Jaxon, me mira a mí, y vuelve a mirarlo a él—: Y haré lo que pueda. Pero no hay soluciones fáciles para el mal que os aqueja. Y sí hay, no obstante, muchas muchas probabilidades de que las cosas salgan mal.

32

La realidad de una persona es una auténtica comida de olla para otra

Eso suena… espantoso.

Me doy la vuelta acojonada hacia Jaxon, pero él me infunde seguridad con la mirada y me frota el dorso de la mano con el pulgar antes de volverse de nuevo hacia la Sangradora.

Le relata de una forma espectacular lo acontecido desde que he regresado a mi forma, tanto es así que la mirada de la Sangradora solo parece ausentarse una vez durante la narración. Cuando termina, la mujer me observa durante unos latidos y, entonces, me pide que dé un paseo con ella.

Miro a Jaxon (no pidiendo su permiso, sino esperando que me transmita la seguridad de que no va a meterme en alguna caverna para sacarme la sangre), que asiente ligeramente. No está del todo tranquilo, pero asiente igualmente.

Eso no me transmite demasiada seguridad, pero tampoco es que tenga muchas opciones.

La Sangradora sonríe cuando me levanto y me indica que me acerque con una mano en la que luce unos anillos.

—No te preocupes, Grace; no iremos lejos. Es que pienso mejor mientras camino.

La Anciana me guía a través de un doble arco hasta una estancia más oscura. Pero, en cuanto entramos en ella, esta cobra vida. El sol brilla, la arena bajo mis botas centellea y, en la distancia, puedo ver y oír el rugir de las olas oceánicas.

—¿Cómo...?

Me detengo y observo el familiar color azul de océano Pacífico. Y no de cualquier parte del Pacífico, sino de mi querida cala La Jolla. La reconozco por las piscinas naturales que se forman a los lados de esa playa relativamente pequeña y por el modo en que el océano baña la arena y las rocas con un ritmo que conozco tan bien como el de mi propia respiración.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunto, y pestañeo para contener las lágrimas de nostalgia que se me forman en los ojos. La Sangradora me acaba de hacer un regalo que no tiene precio. No pienso malgastar ni un segundo de mi tiempo aquí llorando—. ¿Cómo lo has sabido?

—Sé muchas cosas, Grace, y puedo hacer casi tantas. —Se encoge de hombros con delicadeza—. Vamos. Demos un paseo por la orilla.

—De acuerdo —digo, aunque sé que el agua no es real; aunque sé que estoy en medio de una gran ilusión. El hecho de que parezca real ya es suficiente para mí en estos momentos.

Nos dirigimos hacia la playa en silencio.

—Si quieres recuperar tu mente y tu cuerpo, querida mía... —se detiene para observar el vasto océano durante lo que me parece una eternidad antes de volverse hacia mí y mirarme con esos sobrecogedores ojos de color verde eléctrico—, tendrás que hacer sacrificios. Probablemente más de los que estás dispuesta a hacer.

Trago saliva.

—¿Qué significa eso exactamente?

Me da unas palmaditas en la mano y se limita a añadir:

—Eso es algo que descubrirás otro día. Por ahora, ¿por qué no te das un momento para sentir el agua?

Miro hacia abajo y veo que estamos casi donde el océano debería besarme los pies si nos desplazásemos solo unos centímetros más a un lado.

—Pero no es real —le digo—. Ahí no hay nada.

—Lo real está en los ojos del que mira —responde—. Siente el agua.

—¿Cómo lo haces?

Me quedo boquiabierta mientras dejo que el agua se deslice entre mis dedos. Al sentirla, se me encoge el corazón, por más que me esfuerzo en evitarlo. Pero ¿cómo hacerlo, cuando me recuerda a todas esas veces en las que estuve allí con mis padres o con Heather?

—Una buena ilusión cubre todas las posibilidades —me explica—. Una magnífica ilusión hace que sea imposible diferenciar dónde acaba la realidad y empieza el engaño.

Agita suavemente la mano y así, sin más, nos encontramos en medio del desierto, rodeadas de arena donde antes solo había mar.

Me trago el impulso de protestar, el impulso de rogarle que vuelva a traer el agua, que vuelva a traerme mi hogar. En lugar de eso, hundo la mano en la arena que tengo delante.

Cojo un puñado y, tal y como esperaba, cuando dejo que se deslice de mi puño de vuelta al suelo, algunos granos se quedan pegados en la humedad de mis dedos y tengo que sacudírmelos en los pantalones de esquí.

—No entiendo lo que está pasando.

—Porque no crees en lo que ves —responde.

—Pero no puedo creerlo. No es real.

—Es tan real como tú quieras que sea, Grace.

Agita de nuevo la mano en el aire y, de repente, se levanta una violenta tormenta de arena. Los granos me

golpean la cara, y me inundan la nariz y la boca hasta que casi no puedo respirar.

—Ya es suficiente —consigo exhalar entre tos y tos.

—¿Es suficiente? —pregunta la Sangradora con una voz tan fría como la Alaska salvaje que ha convertido en su hogar—. ¿Entiendes lo que intento decirte?

No, no lo entiendo. En absoluto. Pero me da miedo acabar enterrada bajo una tonelada de arena si se lo digo, así que asiento.

Pero intento concentrarme, no solo en lo que me está diciendo, sino también en el significado más profundo de lo que quiere que entienda.

Me sostiene la mirada. Sus ojos verdes me instan a pensar más allá de mi simple conocimiento de mundo; a darme cuenta de que algunas cosas tienen que creerse para entenderse, y no al revés.

Es un salto de fe; un salto que no sé si quiero dar después de todo lo que ha pasado. Pero ¿acaso tengo otra opción? Puedo creer, o puedo dejar que se me lleve por delante, y no me refiero solo a la tormenta de arena que sigue azotando en mi dirección, sino a la voluntad oscura y arrolladora de Hudson.

Trago saliva sabiendo que no tengo ninguna. Así que cierro los ojos, bajo las defensas solo un poco y dejo que sus palabras giren en mi mente, se instalen en mis huesos y se conviertan en realidad.

En cuanto lo hago, la ilusión de este mundo se transforma en algo que parece aún más correcto. Algo que se parece mucho a volver a casa.

De repente, oigo otra voz en mi cabeza; y no es esa a la que estoy acostumbrada, la que me advierte de los peligros. No, esta voz es grave y burlona. Y también es familiar, muy familiar.

—*Vaya, ya era hora* .

—Mierda. —Se me cae el alma a los pies—. ¿Lo has oído? —pregunto a la Sangradora—. Dime que lo has oído.

—Tranquila, Grace —responde. Y no sé si dice algo más porque, así sin más, el mundo a mi alrededor se torna completamente negro.

33

Es difícil escoger mis batallas cuando las batallas no paran de escogerme a mí

«Algo no va bien.»

Es lo primero que pienso mientras abro los ojos poco a poco. Me duele la cabeza y tengo ganas de vomitar. Estoy tumbada en una cama, en lo que me parece una habitación tenuemente iluminada. Cosa que no tiene sentido, porque lo último que recuerdo es que estaba hablando con la Sangradora, hasta que oí a alguien con acento británico en mi cabeza.

Abro mucho los ojos al recordar a Hudson y me incorporo al instante. Me arrepiento de inmediato, pues todo me da vueltas. Me esfuerzo por respirar pese a las náuseas y por centrarme en recordar lo que es importante. Como, por ejemplo, en qué hizo o qué no hizo Hudson.

¿Tomó de nuevo el control de mi cuerpo? ¿Les hizo a algo a Jaxon o a la Sangradora, y por eso no están aquí? O, lo que es peor, ¿les hice daño yo?

Me miro el cuerpo buscando sangre, algo que probablemente haré durante el resto de mi vida cada vez

que me despierte después de la pequeña expedición de caza del lobo de Hudson. Así que, gracias, Hudson, por las cicatrices mentales.

—Perdona, no imaginaba que ese capullo fuese a sangrar tanto. Solo pretendía darle un bocadito.

Dios mío. No me lo esperaba. Joder. Cierro los ojos, me tumbo de nuevo y rezo para que nada de esto esté pasando de verdad; para que solo sea una horrible pesadilla.

—¡Deja de hablarme! —le ordeno.

—¿Por qué diablos iba a hacer semejante cosa ahora que por fin puedes oírme? ¿Te haces una idea de lo terriblemente tedioso que es estar aquí dentro? Sobre todo cuando te pasas la mayor parte del tiempo fantaseando con el fracasado de mi hermano. La verdad es que me entran náuseas solo de pensarlo.

—Ya, bueno, pues puedes irte cuando quieras —sugiero.

—Y ¿qué crees que he estado intentando hacer? —dice con exasperación—. *Pero eso también te cabreó, pese a que fue idea tuya. No te ofendas, Grace, pero eres una mujer muy difícil de complacer* .

Esto no está pasando. No puede ser. Que me robase el cuerpo ya era bastante malo de por sí, pero ¿ahora tengo que lidiar también con oír su voz incorpórea en mi cabeza? Y no una voz incorpórea cualquiera, no: la voz de un psicópata con un pomposo acento británico. ¿Cómo he podido acabar en esta situación?

—Oye, oye, me ofende que digas eso. Mi voz no es incorpórea. Al menos no del todo.

—Veo que no me discutes lo de psicópata. —Niego con la cabeza con estupefacción.

—Se llama «escoger tus batallas». Deberías probarlo alguna vez. Quizá no pisarías tanto la enfermería. Solo es un consejo .

El hecho de que pueda tener razón sobre este comentario en concreto me cabrea todavía más.

—¿Quieres llegar a algún lado con esta conversación?

—*Grace* —dice suavemente—. *Abre los ojos.*

No quiero hacerlo. Ni siquiera sé por qué, pero no quiero hacerlo por nada del mundo.

Y, sin embargo, siento la compulsión de hacerlo, aunque sé que me va a doler después, como cuando me partí un diente en séptimo curso y no podía evitar tocármelo con la lengua, pese a que sabía que estaba muy afilado y que me iba a cortar. Eso es lo que siento cuando escucho a Hudson decirme que abra los ojos.

—*Vaya, ¿así que ahora soy un dolor de muelas?* —Parece sentirse insultado—. *Gracias, ¿eh?*

—Si fueras un dolor de muelas iría al dentista para que te extrajese de mi cabeza —le digo con una voz cargada de frustración—. Sin anestesia.

—*Tienes una vena de maldad, Grace. ¿Soy un masoquista por admitir que eso me gusta?*

Uf. ¿En serio? Puedo soportar lo de la voz en mi cabeza. Incluso puedo tolerar el hecho de que esa voz pertenezca a Hudson. Pero esa insinuación sexual va a conseguir que vomite.

Por fin dejo de luchar conmigo misma y decido abrir los ojos para ver si así se calla, aunque sea un segundo. Y entonces pienso que ojalá no lo hubiese hecho, porque…

Joder. Está justo ahí, con uno de sus anchos hombros apoyado contra la pared de hielo, cerca de una lámpara, con las largas piernas cruzadas a la altura de los tobillos y una sonrisa impertinente en su rostro ridículamente hermoso. Tiene los pómulos marcados y la mandíbula fuerte característica de los Vega, pero ahí es donde terminan todas sus similitudes con Jaxon. Pues, mientras que los ojos de Jaxon son tan negros como una noche sin estrellas, los de Hudson son azules como el cielo infinito. Sus cejas pobladas y del mismo tono castaño oscuro que su pelo corto le dan un gesto enfadado, y entrecierra sus bonitos ojos mientras observa cada detalle de mi reacción. Es entonces cuando me doy cuenta de que, aunque todos los movimientos de

Jaxon pueden destilar poder y peligro, Hudson siempre ha sido la verdadera amenaza que hay que temer. Jaxon era un arma roma en comparación con su hermano, que parece estar catalogando cada una de mis debilidades, cada matiz, cada emoción, con precisión quirúrgica. Este tío sabría justo dónde hacerte más daño, y nunca lo verías venir.

Nada en el mundo podría haber impedido el escalofrío que me recorre la espalda. No me extrañaría en absoluto ver un cartel de VILLANO en enormes letras negras en la espalda de su camisa gris plateado si se diera la vuelta. Así de bien se le da parecer malo. *Ser* malo. Y pienso esto antes incluso de darme cuenta de que tiene la mano libre metida con aire despreocupado en el bolsillo de unos pantalones negros de vestir que parecen bastante caros. Aunque no sé de qué me sorprendo. Al parecer, el diablo realmente viste de Gucci...

—*Son de Versace* —responde indignado.

—¿A quién le importa? —digo mientras mi cerebro recupera la capacidad de observación—. ¿Has estado ahí de pie todo este tiempo?

—*Sí, Grace, he estado aquí todo el tiempo* —me dice, y lo acompaña de un largo y sufrido suspiro—. *No te ofendas, pero ¿dónde iba a estar, si no? Estamos «unidos», por decirlo de alguna manera, por si no te habías dado cuenta* .

—Créeme, me he dado cuenta.

—*Entonces ¿a qué viene esa pregunta tan tonta?*

Pongo los ojos en blanco.

—Ay, perdona. Mira, yo dejaré de hacer preguntas tontas si tú dejas de... mmm, no sé... ¿de secuestrar mi cuerpo para intentar matar a gente?

—*Ya te he dicho que solo pretendía darle un bocadito. No es culpa mía que los lobos tengan ese horrible temperamento* . —Enarca una oscura y perfecta ceja—. *Pero he de decir que tú también tienes el tuyo. ¿De verdad crees que Jaxon soportará estar contigo?*

—Lo que Jaxon puede o no soportar no es asunto tuyo.

—*¿Eso es que no?* —Esta vez me lanza una sonrisita maliciosa que debería repugnarme, pero solo hace que su rostro, ya perfecto, parezca aún más perfecto—. *Vaya, ¿crees que tengo una cara perfecta?* —Vuelve la cabeza hacia un lado para marcar aún más sus vertiginosos pómulos y su mandíbula impecablemente esculpida—. *¿Qué rasgo te gusta más?*

—No tendrías que haber oído eso.

—*Estoy en tu cabeza, Grace. Lo oigo todo* .

—Pero te estoy viendo ahí. Y te veo mover los labios. —De repente, soy consciente de lo que acaba de decir—. ¿Todo?

Levanta un dedo.

—*En primer lugar, solo tú puedes verme. Tu mente me está haciendo patente. Y, en segundo lugar* ... —Su sonrisa se vuelve aún más maliciosa—. Sí, todo.

Agacho la cabeza para que no me vea sonrojarme.

—No sé qué responder a eso.

—*No te preocupes* . —Me guiña el ojo—. *Estoy acostumbrado a que las chicas se queden sin palabras en mi presencia* .

—No estaba preocupada —gruño. «¿Y en serio vas a seguir haciendo esto?»

—*¿Haciendo qué?* —Pone una falsa expresión de inocencia.

—Comentar todos mis pensamientos, incluso cuando no estoy hablando contigo —gruño de nuevo y me dejo caer sobre la cama.

Sonríe de oreja a oreja.

—*Considéralo una motivación adicional* .

—¿Para qué? —pregunto.

—*No sé* . —Finge estudiarse las uñas—. *¿Para sacarme de tu cabeza, tal vez?*

—Créeme, no necesito ninguna motivación adicional. Cuanto antes consiga que te largues, antes dejaré de tener que verte para siempre.

Me preparo para su siguiente comentario sarcástico. Pero, durante largos segundos, no dice nada en absoluto. En vez de eso, saca una pelota de la nada y empieza a lanzarla al aire delante de su cara y a atraparla de nuevo.

Una vez, y otra, y otra, y otra. Al principio agradezco el silencio y la paz que conlleva. Pero cuanto más se alarga la cosa, más nerviosa me pongo, porque lo único peor que saber todo lo que Hudson está pensando... es no saber qué está pensando. No puedo evitar darle vueltas a que está planeando matarme, de la misma manera que yo estoy planeando matarlo a él ahora mismo.

No obstante, al final centra la atención de nuevo en mí.

—*¿Lo ves?* —dice lanzándome otra de sus miradas de suficiencia—. *Ya te he dicho que tienes una vena de maldad* .

Entonces tira la pelota al aire una vez más.

—Ya, bueno, prefiero tener una vena de maldad a una vena de gilipollas —le espeto.

—*Todo el mundo tiene una vena de gilipollas, Grace* . —Me mira directamente a los ojos cuando dice esto y, por primera vez, parece sincero—. *La única diferencia es si son lo bastante honestos o no como para exteriorizarla. Y los que no lo son... Con esos es con los que hay que tener cuidado* .

—¿Por qué me está sonando a advertencia? —me pregunto en voz alta.

—*Porque has dejado de ser una humanita patética cualquiera. Eres una gárgola, y en lo que respecta a lo que siente la gente hacia las gárgolas,como conocer a una, poseer una, controlar a una, nada ni nadie es lo que parece* .

—¿Ni siquiera tú? —pregunto con sorna, aunque su advertencia me ha provocado escalofríos.

—*Evidentemente* —dice con aire aburrido y molesto—. *Pero lo que te estoy diciendo es que no soy el único* .

No sé cómo responder a eso. No sé si está intentando confundirme o si realmente hay algo de verdad en lo que Hudson está diciendo. Antes de que pueda decidirme, se aleja de la pared. Pero, en lugar de venir hacia mí, se adentra aún más en las sombras de la habitación.

—*Ahí viene uno de ellos* —susurra en lo más profundo de mi cerebro.

—¿Qué quieres decir? —pregunto en una voz igual de baja.

Pero niega con la cabeza; rehúsa decir nada más.

Y hasta que no me vuelvo, hasta que la Sangradora no me llama por mi nombre, no me percato de que la bola que Hudson ha tirado al aire la última vez no ha vuelto a caer.

34

Este lugar no es lo bastante grande para los dos

—Grace, ¿estás despierta? —La voz de la Sangradora parece estar mucho más lejos de lo que esperaba.

—Estoy despierta —le digo. Me incorporo y me apoyo contra las almohadas—. Lo siento. Hudson...

—¿Qué pasa con Hudson? —pregunta la Sangradora inclinándose hacia delante con ojos atentos.

Por primera vez, me doy cuenta de que las sombras estaban ocultando unos barrotes que nos separan a ella y a mí. Y lo peor es darme cuenta de que estoy en el lado malo de esos barrotes.

Me incorporo de un brinco e inspecciono el espacio que me rodea en la penumbra hasta que mi mirada se encuentra con la de Jaxon.

—¿Qué pasa? —pregunto presa del pánico—. ¿Por qué estoy en una jaula?

—Tranquila —me dice.

—¿Cómo que tranquila? No soy un animal de zoo, Jaxon. Sacadme de aquí ahora mismo.

Me dispongo a agarrar los barrotes, pero cambio de idea, ya que tienen una especie de resplandor eléctrico y me pregunto para qué será... y si me hará daño si los toco.

—No podemos hacer eso, Grace. Aún no —responde la Sangradora.

—¿Por qué no? —Por primera vez, empiezo a preguntarme si Hudson me estaba diciendo la verdad.

—*Por más que me guste tomarte el pelo, Grace, no tengo por costumbre lanzar advertencias sin motivo alguno* —me reprende Hudson desde las sombras.

—¡Deja de hablarme! —le respondo prácticamente gritando—. ¿No ves que estoy en un lío?

Jaxon y la Sangradora intercambian una mirada de sorpresa.

—¿Con quién hablas, Grace? —pregunta Jaxon.

—*Ellos no me oyen* —me recuerda Hudson, así que cierro la boca con frustración.

—Tranquila —dice la Sangradora—, sé que Hudson está ahí contigo. He sido yo la que te ha hecho dormir cuando he visto el fuerte control que tiene sobre ti.

Una parte de mí quiere preguntarle cómo lo sabe, pero entonces pienso que por qué no iba a saberlo. ¿Qué sentido tiene ser tan vieja si no es para saber mucho de muchas cosas?

—*Venga ya* . —Hudson exhala un largo y sufrido suspiro, emerge de entre las sombras de nuevo y se acerca al estrecho espacio que hay junto a mi cama—. *Me pinta como si fuese el líder de alguna secta. Yo no te he obligado a hacer nada que no quisieras hacer* .

Me vuelvo hacia él alucinada.

—Y ¿qué me dices de lo de robar el *Athame* e intentar matar a Cole? Ah, ¿y de lo de que haya perdido la consciencia tres veces en el mismo número de días?

—*Para ser justos, Cole se lo merecía. Y no intentamos matarlo* .

Veo a la Sangradora agarrar a Jaxon del brazo y apartarlo de los barrotes para decirle algo en privado. Joder, lo que me faltaba. Más secretos.

Pero aprovecho el espacio para sisearle a Hudson:

—Tienes razón. Nosotros no hemos hecho nada. Has sido tú.

Suspira y se apoya en la pared de hielo de nuevo.

—*Bah, eso son detalles sin importancia. Pero, volviendo a la situación que nos ocupa. Ya te he dicho que no confíes en ella* .

—Me lo has dicho después de que me haya metido en una jaula. ¿De qué me sirve ya? —le recrimino—. Además, tú eres el motivo por el que estoy aquí dentro, así que tú eres el único culpable de todo.

—*Ya, ya, ya. La misma canción, distinto cantante* . —Hace un gesto de indiferencia con la mano.

—No sé qué significa eso.

—*Significa que gente más poderosa que tú se ha dejado los cuernos intentando eximir de culpa a mi hermanito. No sé por qué me sorprende que tú hayas resultado ser igual que todos ellos* .

—¡Yo no estoy intentando eximir a Jaxon de nada! —exclamo a medio camino entre un susurro y un grito—. Solo estoy intentando salir de esta puta jaula. ¿Cómo es que regresaste sin un cuerpo? ¿Y cómo es que tuve la malísima suerte de que te quedases atrapado en mi cabeza?

—*Volví con un cuerpo* . —Niega con la cabeza y mira hacia Jaxon, que sigue charlando con la Sangradora—. *Yo también estaba confuso, pero es lo que sé. Lo último que recuerdo es que mi hermano estaba intentando matarme y yo me movía por instinto. Me desvanecía hacia él para protegerme. Cuando te transformaste en piedra, estoy convencido de que te llevaste mi cuerpo desvanecido, que aún se estaba formando, contigo. Y, en fin* —separa los brazos a lo ancho —, *aquí estamos* .

Aunque de forma retorcida, lo que dice tiene bastante sentido, si bien no quiero que sea cierto. Pero ¿qué otra cosa podría haber pasado? No adopté mi forma de gárgola a propósito, ni siquiera sabía que podía hacerlo. Pero, si justo se estaba desvaneciendo en mi dirección en ese preciso momento, a lo mejor interfirió en el modo en que me transformé. O yo interferí en el modo en que él se desvanecía. Sea como fuere, tal vez sí que sea culpa mía que se haya quedado atrapado en mi cabeza. Uf. Lo que me faltaba.

Me vuelvo otra vez hacia la Sangradora dándole vueltas al tema e intentando captar de nuevo su atención.

—¿Qué tengo que hacer para que me dejéis salir de aquí?

La Sangradora y Jaxon se acercan a los barrotes. Jaxon parece tremendamente preocupado, y de repente tengo la necesidad de abrazarlo, de decirle que todo va a salir bien.

—*La que está en una jaula eres tú, ¿y precisamente tú quieres aliviar su sufrimiento? Muy bien...* —me suelta Hudson, pero paso de él y le sostengo a Jaxon la mirada.

La Sangradora interrumpe.

—Tienes que dejar que te enseñe a construir un muro para que puedas bloquear a Hudson. Debes levantar una barrera entre vosotros dos, Grace. Hudson no es de fiar.

—Lo sé.

—¿Sí? ¿De verdad lo sabes? Porque creo que no puedes entenderlo del todo hasta que no lo conoces. Hasta que no ves cómo actúa en primera persona. Puede que no lo creas, pero llegará el día en que querrás empatizar con él.

—Yo nunca...

—Sí que lo harías. Lo harás. Pero no puedes permitírtelo. Tienes que permanecer fuerte, estar en guardia en todo momento. En tu mundo no hay nadie más peligroso que Hudson. Nadie más puede hacer lo que él hace. Te dirá lo que necesites oír, todo lo que quieras oír. Te mentirá, te engañará y, cuando bajes la guardia, te matará. O, peor,

matará a todos aquellos a los que quieres, solo porque puede hacerlo.

Hudson deja de pasearse de un lado a otro y elimina toda expresión de su rostro mientras aguarda mi reacción. Solo sus ojos permanecen vivos, una tormenta de azul intenso que se me clava en lo más hondo de mi ser.

—No dejaré que eso suceda. Lo juro —le digo presa del pánico—. ¿Cómo puedo bloquearlo?

—Eso es lo que quiero enseñarte —dice—. Si me lo permites.

—Claro que te lo permito. Creía que ese era el motivo por el que estábamos aquí, para que me dijeras cómo puedo deshacerme de él. Lo que no entiendo es por qué has creído necesario encerrarme a mí. —Me vuelvo hacia Jaxon—. Ni por qué a ti te ha parecido bien dejar que lo haga.

Parece enfermo con esta situación.

—Yo no...

—No ha tenido elección. Y tú tampoco la tienes. Bastante malo era ya que Hudson pudiera hacerse con el control de tu cuerpo. Pero ahora que ha empezado a hablarte, tenemos que encontrar la manera de crear una separación entre vosotros dos antes de que sea demasiado tarde. La jaula nos permitirá hacerlo, ya que él también está entre rejas.

Veo que no menciona nada de que la jaula proteja a los que están dentro de su poder, como a mí, por ejemplo, pero no le digo nada. Siento el estómago revuelto de la peor manera posible y tengo cosas más importantes que preguntarle.

—¿Demasiado tarde?

—Sí, demasiado tarde —reitera—. Cuanto más esperemos, más probabilidades hay de que la próxima vez que se apodere del control de tu cuerpo... —Hace una pausa, mira a Jaxon y se vuelve de nuevo hacia mí—. La próxima vez es posible que no encuentres el camino de vuelta.

Su voz resuena de forma ominosa por la caverna y su advertencia me golpea como una bola de demolición.

—Eso no puede pasar de verdad, ¿no? —Suspiro con la garganta constreñida de terror.

—*¡Claro que no!* —Hudson empieza a pasearse de un lado a otro de nuevo—. *En serio. ¿Quién elegiría pasarse el resto de su vida como una fan de Jaxon Vega?*

Paso de él y lo ignoro.

—Es absolutamente posible —me asegura la Sangradora —. Y cuanto más tiempo esté dentro de ti, más difícil te va a resultar sacarlo, sobre todo si decide que no quiere irse.

Hudson se pasa la mano por el pelo y sus dedos se enredan en los rizos más largos de la parte superior.

—*Créeme, eso no será un problema, Grace. Quiero salir de ti tanto como tú quieres que salga* .

—¿Qué sucede si decide quedarse? —pregunto—. Me refiero a cómo sucede.

La Sangradora me observa durante varios segundos, como si estuviese sopesando cuánto quiere revelarme.

—En primer lugar empezará a controlarte con más frecuencia, y durante períodos de tiempo más largos. Cuando te deje recuperar el control, cada vez te costará más recordar quién eres y volver a tu vida cotidiana, hasta que llegará un día en que tan solo te resultará más fácil dejar que tome el control por completo. Llegará un día en que sencillamente te rendirás.

—*Yo jamás te haría algo así, Grace. Tienes que confiar en mí* . —Hudson suena casi tan frenético como yo me siento—. *No construyas ese muro. No dejes que me encierre* .

Me vuelvo y miro a Hudson a los ojos. Ha dejado de pasearse, y ambos nos mantenemos la mirada durante lo que parecen minutos. No sé qué está pensando pero, como ya ha demostrado, él sí puede oír mis pensamientos:

—*Ojalá pudiera confiar en ti, pero sabes que eso es imposible* .

Deja caer los hombros derrotado, pero asiente: *«Lo sé»* . Debe de pensar las palabras esta vez, porque sus labios no se mueven y, sin embargo, las oigo perfectamente.

—No le escuches —me dice Jaxon—. Lo que sea que te esté diciendo es mentira. No puedes confiar en Hudson. No puedes... —De repente, se interrumpe, con los ojos abiertos como platos por la sorpresa, y se lleva la mano al pecho.

—¡Detenlo, Grace! —grita la Sangradora.

—¿El qué? —pregunto mientras Jaxon se tambalea unos pasos hacia delante antes de caer de rodillas.

—Lo estás matando —me responde con voz ronca, y es entonces cuando me doy cuenta de que tengo la mano estirada hacia Jaxon y de que un increíble poder como jamás había sentido invade mi cuerpo.

Sofoco un grito y bajo la mano, pero Jaxon sigue agarrándose el pecho.

—¡Para! —le grito a Hudson y, al ver que no funciona, le ruego—. ¡Para, por favor! No le hagas daño. Por favor, no me obligues a que le haga daño.

Y así, sin más, el flujo de poder se evapora.

—¿Jaxon? —susurro mientras deja caer lentamente las manos a los costados—. ¿Estás bien?

—Eres un cobarde —responde mirándome con tanto desprecio que me hiere en lo más hondo de mi ser. Al menos hasta que me doy cuenta de que se está dirigiendo a Hudson, y no a mí—. Esconderte dentro de una chica que ni siquiera entiende su propio poder y utilizarla para tu trabajo sucio. Qué patético.

—*¡Vete a la mierda!* —ruge Hudson, y suena como una persona totalmente diferente, una persona más que capaz de hacer todas esas cosas horribles que Jaxon me contó—. *¡No sabes nada sobre mí!*

No le repito a Jaxon lo que ha dicho. De hecho, después de lo que acaba de obligarme a hacer, ni siquiera reconozco su presencia y hago como si no estuviera.

—¿Cómo ha conseguido alcanzarme a través de los barrotes? — pregunta Jaxon a la Sangradora—. Has dicho que teníamos que encerrar a Grace en la jaula para neutralizar sus poderes. ¿Cómo ha logrado atravesarla?

—No estoy segura, aunque supongo que tiene algo que ver con el vínculo que os une como compañeros. Ni siquiera una magia tan poderosa como esta —dice señalando con un gesto las rejas que nos separan— puede neutralizar el vínculo por completo. Debe de haber encontrado el modo de usarlo para atacarte.

—Pero construyendo ese muro sí que podremos detenerlo, ¿verdad? Y evitaremos que vuelva a hacerle daño a Jaxon — pregunto asustada.

—Lo detendrá —responde la Sangradora—. Al menos durante una semana, puede que dos. Con suerte, eso te proporcionará el tiempo suficiente como para hacer lo que se tiene que hacer para expulsarlo por completo.

—*No lo hagas, Grace* —me dice Hudson—. *No puedes confiar en ella* .

—*Puede que no, pero en ti tampoco. Así que voy a hacer caso a la persona que más puede ayudarme* .

—*No es así como tenían que ser las cosas* . —Niega con la cabeza—. *¿Por qué no confías en mí?*

—*¿Tal vez porque eres un puto psicópata y estoy harta de que me utilices para tus fechorías?*

Me vuelvo hacia la Sangradora.

—Estoy lista. Muéstrame cómo levantar el muro.

35

Pienso quitarme a ese psicópata del pelo

La Sangradora me evalúa durante varios segundos antes de responder:

—Cada ser paranormal encuentra su propia manera de construir un escudo en su interior. Hacen lo que les parece más natural, lo que les parece más correcto, mientras exploran y van descubriendo sus poderes.

»En otro momento, así sería como aprenderías a construir tu muro. Como un escudo para evitar que tus poderes afecten de forma negativa a los que te rodean.

—Pero si yo no tengo ningún poder —le digo, más que confundida—. Solo la capacidad de convertirme en piedra. Todavía no me acabo de creer lo de que pueda volar.

Sonríe levemente ante mi comentario y niega con la cabeza.

—Tienes más poder del que te imaginas, Grace. Solo debes encontrarlo.

No tengo ni idea de qué significa eso, pero a estas alturas estoy dispuesta a probar lo que sea. Sobre todo si así evito que Hudson vuelva a hacerle daño a Jaxon, o a quien sea.

—¿Es así como construyo el muro o el escudo, o como quieras llamarlo? ¿Canalizando mi poder?

—En esta ocasión no, porque no estás intentando controlar tus poderes dentro de ti. Estás intentando separaros a tus poderes y a ti de Hudson y sus poderes. Así que, aunque normalmente estaríamos hablando de un escudo, en este caso tenemos que hablar de un muro.

—En mi interior.

—Sí. No durará siempre. Como acabas de comprobar, el poder de Hudson es demasiado grande como para poder contenerlo durante demasiado tiempo, y acabará derribando ese muro. Pero, con suerte, ganaremos algo de tiempo. Tal vez una o dos semanas.

Miro a Jaxon.

—¿Tiempo para hacer qué?

Ahora es Jaxon quien responde:

—Tiempo para conseguir lo que necesitamos para llevar a cabo el conjuro que logrará expulsar a Hudson de tu interior de una vez por todas.

—¿Existe un conjuro para eso? —Siento un alivio inmenso y me dejo caer sobre el borde de la cama—. Y ¿por qué no lo hacemos ya?

—*Vaya, qué ansiosa* —me suelta Hudson con tono burlón.

Vuelvo a ignorarlo como si no existiera. No merece la pena hablar con él, y menos después de lo que acaba de hacer.

—Porque, como toda magia, tiene un precio —me dice la Sangradora—. Y ese precio incluye ciertos accesorios que tú aún no posees.

—¿De qué clase de «accesorios» estamos hablando? —pregunto mientras pienso en ojo de tritón, ala de murciélago y a saber qué cosas más. Aunque, bueno, antes de llegar al instituto Katmere, mis conocimientos sobre las brujas se basaban en *El retorno de las brujas* y en *Embrujadas* , así que a lo mejor no me hago una idea muy exacta que digamos—.Y ¿dónde vamos a conseguirlos?

—Durante el tiempo que estuviste... ausente, mientras buscaba el modo de ayudarte, encontré el conjuro que Lia usó para traer a Hudson de vuelta —explica Jaxon—. Consiguió los artículos que necesitaba, pero no tenían todo el poder que hacía falta. Además, ella debía traerlo de vuelta de entre los muertos y no solo formarlo otra vez desde su estado de desvanecimiento, que es lo único que tenemos que hacer nosotros.

»Lia no tenía el poder suficiente como para hacerlo ella sola, por ello necesitaba el mío para completar el conjuro..., aunque eso, claro está, me habría matado. Por lo tanto, esta vez hemos de encontrar objetos lo más poderosos posible para asegurarnos de que nadie tenga que morir. Excepto tal vez Hudson, pero mientras sea solo él, no me importa.

—*Yo prefiero hacerlo al estilo de Lia* —interviene Hudson, que ha vuelto a apoyarse perezosamente contra una pared cerca de los barrotes.

—Vaya, qué sorpresa —le digo, y entonces me enfado conmigo misma por haberle contestado y haberle prestado la atención que salta a la vista que quiere. Sobre todo porque ahora tiene esa estúpida sonrisita de suficiencia en la cara.

—Sí, bueno, Lia se comportaba de un modo totalmente irracional en todo lo que respectaba a Hudson, incluso cuando estaba vivo —dice Jaxon con desprecio. Tardo un instante en entender a qué se refiere, pero entonces me doy cuenta de que cree que mi último comentario era para él—. Pero hizo una buena investigación. El conjuro completo requiere al menos cuatro artículos poderosos.

Cuatro artículos. No suena tan mal.

—Bueno, cuatro artículos para traerlo de vuelta tal y como era: un vampiro. Son cinco si quieres traerlo de vuelta como humano, desprovisto de sus poderes —añade la Sangradora.

Aún mejor.

—Y ¿cómo podemos conseguir los cinco? —pregunto.

—*¡Un momento!* —Hudson se incorpora y vuelve a pasearse de nuevo. Su aire perezoso se ha transformado ahora en una especie de desesperación tranquila—. *No necesitas cinco para sacarme de aquí. Únicamente requieres cuatro* .

—*Puede, pero con cinco nos aseguraremos de que no vuelvas a hacer daño a nadie nunca más y, ahora mismo, eso me suena de maravilla* .

—*¡Eso no es elección tuya!* —me dice Hudson.

—*Teniendo en cuenta que acabas de usar tus poderes para atacar a mi novio y que estás en mi cabeza..., sí, Hudson, me temo que sí lo es* .

Pero tengo curiosidad.

—¿Por qué cinco artículos para traerlo de vuelta como humano, pero solo cuatro para traerlo de vuelta sin más? —La Sangradora me mira y entorna los ojos, con recelo. Está claro que no le gusta que la cuestionen—. Si no te importa que te pregunte —añado nerviosa.

Y parece que funciona, porque responde:

—Para despojar a un paranormal de sus poderes se requiere el consenso mágico de las cinco facciones gobernantes. Pero, para traerlo de vuelta simplemente como vampiro, puesto que ya ha cruzado de nuevo al plano mortal, solo se requiere poder. Un poder enorme. Y ese poder se encuentra en los objetos mágicos.

Jaxon asiente.

—Todas las facciones poseen objetos mágicos que albergan un gran poder, de modo que necesitaremos al menos cuatro de ellos, uno de cada facción, para reunir el poder suficiente. —Pero, entonces, levanta las cejas y se vuelve hacia la Sangradora—. Un momento. ¿Cómo vamos a conseguir un artículo de cada una de las cinco facciones si Grace es la única gárgola que existe?

Como si hubiese estado esperando la pregunta, la Anciana continúa:

—Los cuatro artículos que se requieren para traerlo de vuelta son el colmillo de un lobo alfa, la piedra luna de un brujo poderoso, la piedra de sangre de un vampiro de nacimiento y el hueso completo de un dragón, que, combinados, deberían poseer el poder suficiente. —Los ojos de la Sangradora adoptan ese inquietante resplandor verde eléctrico al mencionar el último artículo que necesitamos—. Pero para poseer el poder suficiente como para despojar a Hudson de sus poderes necesitarás la piedra corazón que protege la mítica Bestia Imbatible.

Jaxon no parece notar el cambio en su mentora.

—Podemos conseguir algunos de los artículos en el instituto —insiste—. Pero para buscar un par de ellos tendremos que desplazarnos.

—Y yo puedo encargarme de que la piedra de sangre llegue a vosotros —promete la Sangradora.

—¿Cómo vas a hacerlo? —le pregunta Jaxon—. Las piedras de sangre son muy difíciles de encontrar.

—Hay gente que me debe favores —responde la Anciana encogiéndose de hombros.

—Eso no es una respuesta —insiste Jaxon, pero ella simplemente intenta intimidarlo manteniendo su mirada con esos gélidos ojos verdes. No obstante, Jaxon no se deja amedrentar.

—*Parece que van a estar así un rato* —dice Hudson y compone un gesto exageradamente dramático—. *Sugiero que nos demos a la fuga* .

—*Sí, claro. Como si no tuviera suficiente con tenerte atrapado en mi cabeza. Solo me faltaba tenerte atrapado en mi cabeza mientras deambulo por la Alaska salvaje, congelándome y sola* .

—*Sin sacrificio no hay beneficio* —entona, y suelta una carcajada.

—*Ya, para ti es fácil decirlo. Tienes todo que ganar, y nada que sacrificar* .

—*Yo no estaría tan seguro de eso* —dice en un tono extraño que despierta mi curiosidad. Pero, cuando vuelvo a mirarlo, su rostro es totalmente inexpresivo.

De todas formas, Hudson tiene razón. Esto parece estar convirtiéndose en el combate de miradas más largo de la historia entre las dos personas más testarudas del mundo. Si no lo corto rápido, me temo que vamos a estar aquí toda la noche.

—Y este muro que tengo que levantar... —digo en el tenso silencio que inunda la caverna—. ¿Cómo voy a hacerlo exactamente? Porque estoy más que preparada para tomarme un descanso de Hudson Vega.

36

Bricoexorcismo

—Ya has empezado —me dice la Sangradora—. Antes de que te durmiese, ya habías empezado a preparar el terreno de forma instintiva.

—Pero ¿cómo lo he hecho? ¿Cómo he construido este muro místico imaginario? Y ¿qué te hace pensar que ya he empezado? —pregunto más confundida que nunca.

—Lo he sabido desde el momento en que has oído la voz de Hudson, porque no te hablaba cuando era libre de hacerse con el control de tu cuerpo. Ha comenzado a comunicarse contigo cuando has empezado a obstaculizar esa libertad.

—*¡Eso no es verdad!* —Hudson levanta las manos—. *Llevo todo este tiempo intentando captar tu atención. Pero tú no podías oírme hasta que la Yoda esta te ha enseñado a convertir en real una ilusión* .

—Un momento. —Me vuelvo hacia la Sangradora espantada—. ¿Quieres decir que seguiré oyéndolo incluso después de levantar el muro? —La sola idea me revuelve las tripas—. Creía que el fin de todo esto era poder deshacerme de él.

—El fin de todo esto es asegurarnos de que no vuelva a controlarte. El muro lo evitará, al menos durante un tiempo. Pero ahora que ha descubierto cómo captar tu atención... —Niega con la cabeza—. No creo que podamos hacer nada al respecto.

Jaxon aprieta los puños, pero no dice nada.

—Vaya, lo que me faltaba —digo y suelto un suspiro.

Hudson niega con la cabeza.

—¿Crees que a mí me hace gracia esto? Al menos tú no me estabas oyendo a mí los últimos dos días. Yo he tenido que oír todos tus pensamientos, y deja que te diga que no eran precisamente perlas de sabiduría, sobre todo las horas que te has pasado pensando en mi adorable hermanito —me dice Hudson—. *Menudo coñazo* .

—Pues ¡haznos un favor a los dos y lárgate! —Me doy la vuelta y le grito, sin importarme que Jaxon y la Sangradora me oigan. Me da una vergüenza espantosa saber que Hudson ha oído todos mis pensamientos privados, especialmente los relacionados con Jaxon.

—Y ¿qué narices te crees que he estado intentando hacer? —responde—. *¿Piensas que decidí pelearme con un lobo alfa por diversión? Créeme, tengo mejores maneras de divertirme, incluso estando aquí encerrado contigo* .

Hudson no para de repetir lo horrible que es estar encerrado dentro de mí, como si yo no lo supiera, pero dejo de escucharlo e intento analizar lo que acaba de comentar sobre la pelea con Cole. Nada de esto tiene sentido, a menos que...

—Jaxon, ¿cuáles eran las cinco cosas que necesitamos para sacar a Hudson de mi cuerpo?

—Cuatro —responde Hudson—. *Necesitas cuatro cosas. Una, dos, tres y cuatro. Incluso un niño de preescolar sabe contar hasta ahí* .

—Déjate de rabietas, resultas patético —le espeto por encima del hombro sin apartar los ojos de Jaxon.

—Ya, bueno, tú con tu ignorancia también, y mírate .

Eso capta mi atención. Me vuelvo hacia él y sonrío.

—*A lo mejor puedo coserte la boca mientras te encierro tras el muro. Seguro que hay un conjuro para eso en alguna parte* —digo con una voz tan dulce como la sacarina.

—*Ya, y luego soy yo el de las rabietas* . —Pone los ojos en blanco.

Jaxon dirige la mirada más o menos hacia donde llevo unos segundos mirando y luego vuelve a centrarla en mí.

—Lo primero que necesitamos es la piedra de sangre de un vampiro —me dice—. Se trata de una piedra que se forma cuando las gotas de la sangre de un vampiro se someten a una presión extrema, como para formar los diamantes.

Vaya. Esto le confiere un significado totalmente nuevo a la par que terrorífico a la expresión *diamante de sangre* .

—Y ¿hay muchas piedras de estas por ahí?

—Ese es el problema. Son muy escasas. Es muy difícil realizar bien el proceso, de modo que muy pocos vampiros las tienen. En mi familia hay varias, incluidas las que se encuentran en las coronas de los reyes, pero están muy bien protegidas. Por eso me preocupa tanto tener que...

—Ya te he dicho que encontraré la manera de hacerte llegar una —interviene la Sangradora—. Somos vampiros, por el amor de Dios. Obtener una piedra de sangre es el menor de tus problemas.

—Y ¿cuál es el mayor, entonces? —pregunto, porque prefiero las malas noticias primero. Y estoy cansada de que se me dé la información poco a poco. Por una vez, quiero saberlo todo desde el principio.

—El hueso de dragón —responden Hudson y Jaxon al unísono.

—¿El hueso de dragón? —repito alucinada—. ¿En plan un hueso de dragón real?

—*Bueno, un hueso de dragón real muerto, claro* —responde Hudson con cara de póquer—. *Los dragones vivos*

suelen usar sus huesos, y a nadie le gusta tener que vérselas con un dragón enfadado .

—Y ¿dónde vamos a encontrar un hueso de dragón muerto?

Jaxon me mira raro al ver que enfatizo la palabra *muerto* , pero contesta:

—En el Cementerio de Dragones —al mismo tiempo que Hudson (otra vez).

—¿En el Cementerio de Dragones? —repito—. Qué miedo, ¿no?

—*No te haces una idea* —dice Hudson—. *No sé cómo vamos a apañárnoslas en el cementerio. Va a ser un desastre* .

—*Creo que no quiero saberlo todavía. Los problemas, de uno en...* —Me detengo cuando, de repente, se me ocurre algo—. *Un momento. Tú sabes lo que necesitamos para realizar el conjuro* .

—*Vaya, no se te escapa una* . —Hudson me mira con una falsa expresión de sorpresa y gruñe—: *No jodas, Sherlock* .

—*¿Sabes qué? No hace falta que seas tan insufrible todo el tiempo* —le reprendo.

—*Y yo que pensaba que te gustaban los tíos insufribles. Después de todo, estás saliendo con mi hermanito* .

—*Tu hermano no es insufrible* —le digo algo ofendida por Jaxon.

—*Habló la chica que no hace ni dos semanas que lo conoce* .

Paso de él, y no porque una parte de mí piense que puede que tenga razón, sino porque no tengo tiempo para esto ahora mismo. Tenemos cosas que hacer que nada tienen que ver con mi relación con Jaxon.

—Entonces necesitamos el hueso de un dragón muerto y una piedra de sangre de los vampiros —le digo a Jaxon—. Ya tenemos algo del lobo alfa. Y el *Athame* de un brujo poderoso, por cortesía de Hudson, aunque, en realidad, no

sé muy bien para qué lo quería. ¿No se supone que el artículo del brujo tiene que ser una piedra?

Jaxon abre los ojos como platos cuando se da cuenta de por dónde voy.

—¿Crees que eso es lo que estaba haciendo Hudson cuando...? —Deja la frase a medias, como si le costase demasiado pronunciarlo.

—¿Me robó el cuerpo? Yo diría que sí.

—Pero para el conjuro se necesita solo un colmillo —dice Jaxon—. ¿A qué venía el exceso de sangre?

—*Ya te he dicho que Cole tiene un problema de actitud* —responde Hudson—. *Y, al parecer, está muy resentido contigo, Grace* .

—Hudson dice que Cole se asustó y que lo de la sangre de más fue un accidente. —Hago una pausa planteándome si lo que estoy a punto de decir puede malinterpretarse como que lo estoy defendiendo—. No es que Cole y yo hayamos sido precisamente buenos amigos desde que llegué al Katmere.

Jaxon asiente.

—No, desde luego. Pero ¿de verdad era necesario que casi lo matara?

—*Tampoco fue para tanto* —responde Hudson encogiéndose de hombros como si tal cosa, y sin ocultar el brillo de satisfacción de sus ojos. Un brillo que, por cierto, me recuerda muchísimo al que tenía Jaxon cuando estuvo, él también, a punto de matar a Cole.

Me pregunto qué haría Hudson... bueno, qué haría cualquiera de los dos si les dijese que tienen más en común de lo que creen. Probablemente lo pagaría el mensajero y ¿quién tiene tiempo para eso? Jaxon está ya tan tenso que temo que empiece a hacer temblar el suelo en cualquier momento. De modo que me contento con decirle a Hudson:

—*Eres lo peor, lo sabes, ¿verdad?* —Me doy la vuelta hacia Jaxon—: Entonces ¿ayuda el *Athame* ?

—Pues no —responde Jaxon con una expresión contemplativa—. El cuarto artículo es un talismán de uno de los siete aquelarres principales. No estoy seguro de por qué lo cogió.

—*Porque en el centro de la empuñadura hay un talismán: una piedra lunar* —responde Hudson con una voz que claramente indica que opina que Jaxon es un crío—. *De nada* .

—*Y nos vas a decir inmediatamente dónde se encuentra* . —Ni siquiera me molesto en transformarlo en una pregunta.

—*Por supuesto, Grace* . —Me pone una sonrisa supercondescendiente—. *¿Cómo resistirme si me lo pides con tanta amabilidad?*

Le transmito lo que ha dicho sobre el talismán a Jaxon y finjo no darme cuenta de que entrecierra los ojos al ver que estoy manteniendo una conversación con Hudson al mismo tiempo que hablo con él.

—El quinto artículo está cerca del Polo Norte —continúa con una mueca de desprecio en la boca, restregándole claramente a su hermano que «vamos a hacerte humano y no tienes nada que decir al respecto». Y, oye, la verdad, se lo tiene bien merecido después de todo lo que ha hecho.

—¿El Polo Norte? ¿Qué hay ahí? Aparte de la fábrica de Papá Noel, claro. —Jaxon y la Sangradora levantan las cejas al oírme decir eso, así que sonrío algo avergonzada—. No es momento para frivolidades, ¿eh?

—*A mí me ha hecho gracia* —dice Hudson—. *Además, seguro que estarías muy mona vestida con uno de esos minitrajecitos de elfa con las campanitas en los dedos de los pies* .

—*¿Perdona?* —suelto sin saber si se está burlando de mi estatura o si está insinuando algo lascivo e inapropiado. Sea como fuere, no pienso tolerarlo.

Por una vez, Hudson se queda misteriosamente callado. El muy capullo.

—La Bestia Imbatible —responde la Sangradora por fin, y hay algo en su manera de decirlo que hace que la mire más detenidamente. Algo que hace que se me erice el vello de la nuca y que me pregunte por qué me altera tanto el tono que ha usado.

Pero su rostro es impasible, sus ojos son dos plácidos remansos verdes, por ello decido que debo de habérmelo imaginado y me centro en lo que ha dicho y no en cómo lo ha dicho.

—¿Imbatible? —repito—. Eso no suena muy bien que digamos.

—No te haces una idea —admite la Sangradora—. Pero es la única manera de romper el pacto y de despojar a Hudson de su poder para siempre.

Espero que Hudson proteste, que comente algo sarcástico sobre que no hace falta que nos expongamos cuando a él no le importa conservar su poder... pero no dice nada. Únicamente observa a la Sangradora con una mirada intensa y atenta.

Cuando me vuelvo hacia Jaxon, veo que tanto él como la Sangradora me observan expectantes.

—Perdón, ¿me he perdido algo? —pregunto enarcando las cejas.

—Te he preguntado si querías probar lo del muro —explica Jaxon.

Ni siquiera hago una pausa para darle a Hudson la ocasión de reaccionar.

—Por Dios, sí.

Porque un pensamiento angustioso está empezando a rondarme por la cabeza. Si Hudson ya sabía cómo salir y estaba controlando mi cuerpo para hacer que eso sucediera... ¿Qué pretendía hacer una vez fuera? ¿Matarlos a todos?

—*Tienes una vena de maldad, Grace* .

Solo cuando Hudson se oculta entre las sombras y desaparece me doy cuenta de que no ha respondido a mi

pregunta.

37

Los dulces sueños están hechos de cualquier cosa menos de esto

Al final resulta que construir un muro mental no es tan difícil como yo pensaba. Solamente tenía que colocar ladrillos individuales alrededor de una parte de mi mente. Y la Sangradora tenía razón: mis propios mecanismos de defensa habían iniciado solos el proceso, de modo que yo solo tenía que terminar de apilarlos para hacer el muro más alto y cementarlos con coraje y determinación.

Varias horas más tarde, cuando la Sangradora lo ha considerado lo bastante resistente, ha eliminado los barrotes y me ha liberado de nuevo.

Prácticamente salgo corriendo de esa habitación y me lanzo a los brazos de Jaxon. No pretendo ofender a la Sangradora y su cueva de hielo, pero estoy deseando llegar al instituto. No sé, es la reacción que me provoca estar atrapada en una jaula congelada sin ningún control sobre mi propia vida o mi destino. Extraño, lo sé.

Sin embargo, resulta que aún no podemos marcharnos; no después de que Jaxon se haya molestado en disponer para

mí la comida que el tío Finn se ha empeñado en que me llevase.

—Muchísimas gracias —le digo mientras casi devoro el sándwich de pavo y las patatas que ha servido sobre una servilleta junto a un termo de agua—. Creo que esto se acaba de convertir en mi nueva comida favorita.

Jaxon enarca una ceja.

—Y ¿cuál era la anterior?

—Soy de San Diego. Los tacos, ¿cuál va a ser? —respondo riéndome.

Ahora que he comido, tal vez pueda ser un poco más amable con la mujer que me ha tenido encerrada en una jaula toda la noche. Tal vez. Así que me obligo a sonreír y digo:

—Gracias por toda tu ayuda.

La mujer señala hacia la dirección general donde se encuentra la entrada de la cueva.

—Ya va siendo hora de que os marchéis.

Y así, sin más, nos echa. Por mí, perfecto. Estoy deseando despedirme por fin de este sitio y de esta extraña y anciana vampira que parece guardar demasiados secretos.

El viaje de vuelta no es tan emocionante como el de ida, en parte porque ambos estamos cansados y en parte porque Hudson no para de hacer comentarios en mi cabeza que me dificultan centrarme en lo que Jaxon me dice. Sé que voy a tener que hacer algo al respecto más pronto que tarde, pero ahora me limito a concentrarme en mantener la paz. Porque pelearse contra una tonelada de testosterona con colmillos no es muy fácil que digamos.

Cuando por fin llegamos al Katmere, estoy completamente agotada, y Hudson parece haberse quedado dormido de nuevo, para mi inmensa fortuna. Sé que Jaxon quiere que vaya un rato a su habitación, pero yo solo quiero meterme en la cama y dormir durante unas doce horas ininterrumpidas. Sin embargo, puesto que mañana hay clase, tendré que conformarme con ocho.

Además, él también parece bastante fatigado; tiene unas ojeras que solo le he visto antes una vez, cuando se presentó en el despacho del tío Finn. No sé por qué siempre he dado por hecho que el poder de Jaxon es infinito. No lo es.

Pese a todo, me acompaña a mi cuarto, por supuesto, y una vez allí me pongo de puntillas y lo abrazo con todas mis fuerzas.

Mi gesto lo pilla por sorpresa, tal vez porque últimamente no hago más que apartarme de él. Sin embargo, un segundo después me envuelve con sus brazos y me levanta del suelo. Al hacerlo, entierra el rostro en mi cuello e inspira mi esencia. Reconozco el movimiento porque yo estoy haciendo exactamente lo mismo con él. Incluso después de las horas de desvanecimiento, huele tan bien a agua fresca y a naranjas... A Jaxon.

Entonces, igual de repentinamente, se aleja varios metros caminando hacia atrás por el pasillo mientras sus ojos arden con un fuego negro que hace que mi aliento se evapore en mis pulmones.

—Duerme un poco —me ordena—. Te veo mañana en el desayuno en la cafetería.

Asiento y obligo a mi cerebro a funcionar el tiempo suficiente como para unir tres palabras seguidas.

—¿A qué hora?

—Mándame un mensaje cuando te levantes y dime a qué hora te viene bien.

Asiento, entro en mi habitación y cierro la puerta despacito.

—¡Has vuelto! —exclama Macy, y salta de la cama—. ¿Cómo ha ido? ¿Da la Sangradora tanto miedo como todo el mundo dice? ¿Es verdad que Jaxon no le tiene miedo? ¿Te ha ayudado a deshacerte de Hudson? ¿Podía...? —Deja la frase a medias y me observa de arriba abajo—. Oye, ¿estás bien?

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Uy, pues no sé. —Me agarra de los hombros y me vuelve de cara al espejo de la puerta de su armario—. A lo mejor porque tienes esta pinta.

—Ah. —Las mejillas coloradas, los rizos revueltos y las ojeras oscuras me dan un aspecto enfermizo—. Estoy bien. Solo es cansancio.

Me acerco a mi armario y me quito toda la ropa para la nieve.

—Entonces ¿Hudson ha desaparecido? —pregunta vacilante mientras se sienta en el borde de su cama.

—Lamentablemente no —digo, y me siento también sobre la cama vestida aún con mi ropa interior larga y mi camiseta de cuello alto. Sé que debería ducharme, pero ahora mismo no tengo ganas de hacer nada más que quedarme aquí, en esta posición, y fingir que los últimos dos días (o los últimos cuatro meses) no han sido más que una larga pesadilla de la que estoy a punto de despertar en cualquier momento.

—¿A qué te refieres? —Macy abre mucho los ojos—. ¿Sigue dentro de ti?

—Uf. Por favor, no vuelvas a decir eso en la vida. —Me froto los ojos cansados con la mano—. Pero, sí, Hudson sigue en mi cabeza. La Sangradora me ha enseñado a bloquear sus poderes para que no pueda volver a controlarme, pero sigue ahí.

—¿Cómo lo sabes? Si no te está dominando…

—Porque tiene un nuevo truco. Ahora me habla.

Macy me mira como si no supiera muy bien cómo procesar esta nueva información:

—¿Que te…?

—Me habla. —Pongo los ojos en blanco—. Sin parar.

—¿Que te habla? ¿Así como estamos hablando tú y yo? —pregunta Macy y, cuando asiento, continúa—: Y ¿qué te está diciendo ahora?

—Ahora está dormido, pero estoy segura de que cuando se despierte tendrá algo que decir.

—¿Sobre…?

—Cualquier cosa. Sobre absolutamente todo. Sin duda es un vampiro con opiniones acerca de todo. Por no hablar de sus delirios de grandeza.

Macy se echa a reír.

—Bueno, eso describe prácticamente a todos los vampiros. No se los conoce precisamente por su naturaleza humilde. —Pienso en Jaxon, en Lia, en Mekhi y en los demás miembros de la Orden. Puede que Macy tenga razón—. Entonceees... —Macy hace una pausa como si no quisiera plantearme la siguiente pregunta, pero alguien tiene que hacerlo—: ¿Cómo llevas lo de tener a alguien tan perverso dentro de tu cabeza? ¿Estás bien? Ya sé que has dicho que ya no puede hacer nada ahí dentro, pero, bueno...

La verdad es que no dispongo de la energía como para meterme en honduras ahora mismo. Y, no sé, tal vez nunca disponga de ella. La madre de Heather me dijo tras la muerte de mis padres que estaba bien que no me centrase en el dolor, que no hablase de ello hasta que no estuviera preparada. Y eso es justo lo que pienso hacer ahora.

La pérdida de control, la violación en lo más profundo, además de lo que significa tener a otra persona en la cabeza..., a un asesino, ni más ni menos... En fin, ni siquiera estoy preparada para pensar en ello. Así que voy a hacerme la Dory y a seguir nadando, sin más. Y a mentir, aunque solo sea en esta ocasión:

—Pues más o menos como uno se imagina que me puedo sentir. Asqueada, pero es soportable.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Aparte de llorar e inflarme a helado Cherry Garcia? —ofrezco así a la ligera.

—Me parece una idea estupenda. Pero ¿aparte de eso?

Le cuento lo del conjuro y lo de los cinco objetos que necesitamos para convertir a Hudson en humano.

—¿Por eso te hizo robar el *Athame* ? —pregunta pasmada —. ¿Él también quiere salir?

—Eso dice. Aunque él pretendía buscar solo los cuatro artículos. No tiene ningún interés en ser un simple humano.

Parece alarmada.

—No podemos dejarlo libre con todos sus poderes. Lo sabes, ¿verdad?

—Créeme, lo sé. Aunque no estoy segura de cuánto tiempo soportaré tenerlo en la cabeza.

—Me lo imagino. —Viene a mi cama, se sienta a mi lado y me rodea los hombros con su brazo—. Pero no te preocupes. Mañana empezaremos a pensar en cómo conseguir los últimos tres objetos. Y deberíamos pedirle ayuda a Flint. Seguro que él sabe decirnos cómo encontrar el hueso de dragón.

—Yo no... Tú no... —digo sin saber cómo expresar lo que estoy sintiendo en estos momentos.

—Yo no ¿qué? —quiere saber.

—No tienes por qué hacer esto conmigo. A ver, al parecer dos de esas misiones van a ser muy peligrosas, y no quiero que te pase nada.

—¿Estás de coña? —pregunta Macy, y parece más ofendida que nunca—. ¿En serio crees que voy a dejar que hagas esto tú sola?

—No estaré sola. Jaxon...

—Con Jaxon no será suficiente. Sé que es superpoderoso y todo eso —señala agitando los brazos en el aire como diciendo «uau»—, pero ni siquiera él puede vencer a la Bestia Imbatible, y tampoco con tu ayuda. Existe un motivo por el que se la llama «imbatible». He oído toda clase de historias desde que era una niña. La verdad es que nunca creí que fueran ciertas. Parecía más el típico monstruo con el que tus padres te asustan para que no te alejes mucho de casa. Pero, si es real, puedes contar conmigo.

—Macy. —Hay tantas cosas que quiero decir, tantísimas cosas que quiero decirle, pero no me sale ninguna. Soy incapaz de ordenar mis pensamientos, y mucho menos de

expresarlos a través del nudo que tengo en la garganta. Por fin, añado lo único que logro articular—: Gracias.

—De nada —contesta sonriendo. Después extiende la mano por detrás de mí y me ahueca la almohada—. Descansemos un poco. Parece que mañana va a ser un día importante.

No podría estar más de acuerdo. Mis ojos se cierran en cuanto mi cabeza toca la almohada y, justo cuando empiezo a quedarme dormida, juraría que oigo a Hudson decir:

—*Dulces sueños, Grace* .

38

Acógeme bajo tu ala de dragón

—¡Eh, chica nueva! ¡Espera!

Me vuelvo hacia Flint con expresión de hastío, pero me aparto a un lado en el pasillo para esperarlo.

—Estamos en marzo. ¿Cuándo vas a dejar de llamarme así? —pregunto cuando por fin me alcanza.

—Nunca —responde con su sonrisa de siempre—. Tengo un regalo para ti...

Agita un paquete de Pop-Tarts en el aire por encima de mi cabeza, pero salto sin problemas y lo cojo. Esta mañana me he dormido, y tengo tanta hambre que casi acaricio el envoltorio plateado susurrando «Mi tesoooro».

Mientras avanzamos entre el resto de los alumnos por el atestado pasillo de camino a Historia de la Brujería, me apresuro a abrir el paquete, doy un gran bocado al primer pastelito que saco y suspiro feliz. Cereza. Qué bien me conoce.

—Bueno, entonces ¿sigue el hermano malo en tu cabeza? —pregunta Flint con tono cauteloso. Debe de leerme la

pregunta en la cara, porque añade rápidamente—: Me lo ha dicho Macy.

Echo un vistazo a mi alrededor y veo que todo el mundo me mira, como de costumbre. Me pregunto si Macy se lo habrá contado a todo el instituto. A ver, los demás alumnos me han estado mirando desde el día en que llegué al Katmere, así que no sé si ahora lo hacen porque sigo siendo la gárgola, la nueva atracción, o si es porque soy la nueva atracción con un lado psicópata. Sea como fuere, siento una opresión en el pecho y me cuesta respirar.

—Eh, eh —dice Flint, y me apoya una mano firme en la espalda—. No pretendía agobiarte. Me lo ha explicado para que tú no tuvieras que molestarte en hacerlo. En estricta confidencialidad. Te lo juro.

Detecto cierta tensión en la piel que rodea su boca, y de repente recuerdo lo que Macy me contó hace varios meses de que el hermano de Flint fue uno de los que perdieron la vida en el tira y afloja entre Jaxon y Hudson el año pasado, y me siento como una auténtica imbécil. Debe de estar tan acojonado como yo de que Hudson haya vuelto, y Macy habrá pensado que debía ponerlo sobre aviso para que pudiese procesarlo en privado.

—Tranquilo —le pido mientras entramos en clase y nos sentamos hacia el centro del aula—. Ya no puede hacer daño a nadie más.

—¿Estás segura de eso? —pregunta Flint con un tono de urgencia que nunca le había oído antes, ni siquiera cuando intentaba detener a Lia—. Tú no lo conoces, Grace. No puedes hacer esa clase de afirmaciones tan rotundas sobre alguien tan malo y poderoso como Hudson Vega.

Habla bajito a propósito, pero está claro que no lo bastante bajo, porque varias personas se vuelven para mirarnos alarmados al oír el nombre de Hudson.

—*Malo y poderoso, ¿eh?* —Hudson aparece en clase y se sienta en una silla vacía al otro lado de Flint y empieza a desperezarse... sonoramente—. *Me gusta cómo suena* .

—*Claro que sí, y eso me dice todo lo que necesito saber sobre ti* —afirmo para mis adentros.

—*Yo no estaría tan seguro de eso.* —Me mira y empieza a rotar los hombros hacia atrás—. *¿Cuánto tiempo he dormido? Me siento genial* .

Enarco una ceja.

—*Pues no puedo decir lo mismo. Tus ronquidos no me han dejado pegar ojo* .

—*¡Venga ya! Yo no ronco.* —Suena tan indignado que me cuesta no echarme a reír.

—*Ya, bueno, tú sigue autoengañándote* .

—Eh, Grace. ¿Qué te pasa? —susurra Flint cuando la doctora Veracruz se dirige al frente de la clase acompañada del sonido de sus tacones de doce centímetros—. Estás ahí pasmada mirando un asiento vacío.

—Ah, perdón. Estaba… distraída.

Ahora parece aún más confundido, por no hablar de algo molesto.

—¿Con qué?

Suspiro y decido soltárselo sin más:

—Con Hudson. Está sentado en el asiento que tienes al lado.

—¿Que está sentado dónde? —Flint se levanta de un brinco, para mi desgracia… y para la diversión de casi todos los alumnos—. Yo no lo veo.

—Claro que no. ¿Quieres hacer el favor de sentarte? —le digo con los dientes apretados. Al ver que no lo hace, lo agarro de la mano y tiro hasta que, por fin, cede—. No te preocupes —le reitero—. No es más que una proyección mental de su fantasma, que está alojado en mi cabeza.

Hudson me interrumpe.

—*Perdona, pero no soy un fantasma* .

Paso de él y sigo mirando a Flint, que parece algo escéptico, pero vuelve a sentarse. Entonces se inclina y me susurra:

—¿Cómo puedes estar tan tranquila con eso en la cabeza?

—*Vaya, Montgomery. No te cortes* —suelta Hudson—. *Dime cómo te sientes* .

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —le gruño a Hudson, pero sigo con la mirada fija en Flint—: Créeme. Hemos castrado su poder. No es más que un chihuahua en mi mente, muy ladrador pero poco mordedor.

—*Vaya, gracias, pero no soy ningún perrito castrado* —asegura Hudson todo ofendido.

—*Como sigas así pienso averiguar la forma de castrarte de verdad* . —Esta vez lo miro a los ojos para que vea que hablo en serio.

—*Ahí están esas uñas que tanto me gustan* . —Me sonríe —. *No hay duda de que tienes una malota dentro, Grace, aunque no te lo creas* .

Flint me toca el brazo para captar de nuevo mi atención.

—¿Cómo lo sabes? —susurra mientras la profesora nos mira—. ¿Cómo puedes estar tan segura de que no es una amenaza?

—Porque, por ahora, el único poder que tiene es el de hablarme hasta la muerte. Además, seguro que Macy te ha contado que tenemos un plan para sacarlo de mi cabeza y convertirlo en humano.

—*Es un mal plan* —interviene Hudson.

—Sí, lo ha hecho, y podéis contar conmigo —dice Flint mientras la doctora Veracruz empieza a dirigirse hacia nosotros. Sus tacones golpetean el suelo como tiros de escopeta en el aula ahora callada.

—¿Para qué? —pregunto.

—Para lo que sea que penséis hacer para arrancarle los colmillos a Hudson —responde Flint—. Porque estoy totalmente a favor.

—*Ah, no. De eso nada* . —Por primera vez, Hudson da la impresión de estar muy alarmado.

Sonrío a Flint.

—Me parece una idea fantástica. Será un placer contar con tu ayuda. Gracias.

—*Es una idea horrible* —protesta Hudson mientras vuelve a sentarse a su lado y se cruza de brazos. Parece un niño de tres años a punto de tener una pataleta. Si hasta pone morritos y todo—. *El dragoncito tiene muy mal carácter* .

La doctora Veracruz regresa al frente de la clase y empieza a anotar fechas en la pizarra. Ahora que Flint está concentrado tomando notas, me vuelvo ligeramente hacia Hudson.

—*Eso es un poco estereotípico, ¿no te parece?*

—*No estaba hablando de todos los dragones* —dice, y pone los ojos en blanco—. *Solamente de este en particular* . —Por primera vez, Hudson parece... ¿avergonzado?—. *Digamos que conozco a la familia* .

—¡Señorita Foster! —Doy un brinco cuando la doctora Veracruz grita mi nombre.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—¿Piensa responder a mi pregunta o va a pasarse toda la clase mirando un asiento vacío?

—No estaba... —decido dejarlo mientras empiezan a arderme las mejillas de la vergüenza, porque ¿qué voy a decir? ¿Que no estaba mirando un asiento vacío? ¿Que estaba discutiendo con una voz en mi cabeza?

Claro que sí, es una excusa que suena superracional... y un auténtico suicidio social.

—*¡No soy solo una voz en tu cabeza!* —protesta Hudson indignado.

—¿Qué, señorita Foster? —La voz de la doctora Veracruz es afilada como una guillotina—. ¿Qué es lo que no estaba haciendo, aparte de no prestar atención a mi clase?

—Lo siento —le digo, y me rindo, porque no tengo ninguna explicación que pueda darle. Y porque, cuanto antes agache la cabeza, antes volverá al frente de la clase y me dejará en paz—. No volverá a pasar.

Durante largos segundos se me queda mirando. Después, cuando creo que va a darse la vuelta y a largarse, indica:

—Puesto que parece tan ansiosa por compensarnos por su apática actitud hasta el momento en esta clase, ¿por qué no nos explica cuáles fueron los verdaderos enemigos de las brujas durante los juicios a las brujas de Salem?

—¿Los verdaderos enemigos de las brujas? —repito con un hilo de voz, pues no tengo ni la menor idea de cómo responder a esa pregunta. Lo único que me enseñaron en el colegio sobre este tema era que no había brujas reales en Salem. Aunque, bueno, en mi antigua vida me negaron directamente su existencia, así que a saber—: Eh... las brujas durante los juicios de Salem... —farfullo con la esperanza de que me venga la inspiración divina antes de hacer aún más el ridículo delante de toda la clase. Por desgracia, no me viene nada.

Al menos hasta que Hudson dice:

—Dile que los verdaderos culpables de los juicios a las brujas de Salem no fueron los puritanos .

—¿Qué dices? Pues claro que lo fueron .

—No, no lo fueron. Los juicios a las brujas fueron una jugada ofensiva de los vampiros, así de simple, y las personas que murieron ahí no eran más que peones en una batalla insignificante que mucha gente esperaba que provocase la Tercera Gran Guerra, incluido mi padre. Pero se equivocaron .

39

Los juicios de Salem 2.0

Me quedo de piedra, completamente alucinada por esta versión alternativa de la historia que me acaba de revelar Hudson. Por un lado, creo que no son más que tonterías; pero, cuando veo que la doctora Veracruz sigue delante de mí amenazando con convertirme en algo viscoso si no le doy pronto una respuesta, decido apostar por ello.

Repito lo que Hudson me ha explicado (exceptuando la referencia a su padre), y su cara de sorpresa me dice todo lo que necesito saber. Que Hudson no estaba mintiendo y que la doctora Veracruz no esperaba que supiese nada sobre los juicios.

El resto de la clase se pasa sin darme cuenta, en gran medida porque Hudson se ha despertado muy hablador esta mañana. Y, como soy la única persona que puede percibirlo, soy la gran afortunada que oye todas las cosas sobre todas las cosas. Dichosa de mí.

Cuando suena el timbre, recojo rápidamente, decidida a llegar a tiempo a mi clase de Física del Vuelo. Resulta que Flint está en la clase avanzada, que se imparte justo enfrente de la mía, así que acabamos yendo juntos hacia

allí. Por algún motivo que no alcanzo a comprender, eso pone a Hudson de muy mal humor.

—¿De verdad tenemos que pasarnos todo el día hablando con el dragoncito? —protesta—. *¿Qué podéis tener en común?*

—Uy, pues no sé. ¿Qué te parece el hecho de que ambos te odiamos? —le contesto sin importarme la expresión divertida en la cara de Flint al verme hablarle al aire.

—Bueno, eso no os convierte en ningún club exclusivo precisamente —responde Hudson acompañándolo de un bufido.

Mi expresión lo dice todo.

—Lo cual debería decirte algo sobre tus habilidades sociales.

—Lo único que me dice es que la gente es más cerrada de mente de lo que imaginaba .

—¿Cerrada de mente? —pregunto con incredulidad—. ¿Por qué? ¿Porque no te han seguido en tu absurdo plan de «conquistar el mundo»? Hay que ver, qué poca visión de futuro han tenido.

Flint suelta una carcajada, y no parece importarle conocer solo mi parte de esta ridícula discusión.

—Oye, que yo gobierne el mundo no es lo peor que puede pasarle —dice—. *Mira a tu alrededor* .

—Vaya, menuda arrogancia.

—Solo es arrogancia si no es verdad —responde, y señala con la barbilla hacia las escaleras que llevan a la torre de Jaxon.

No tengo ni idea de cómo contestar a eso, por lo tanto no lo hago. En su lugar, me vuelvo hacia Flint y pregunto:

—¿De qué va esta clase? ¿Es solo sobre la ciencia que hay detrás del vuelo o aprendemos a volar? ¿Cómo de asustada tengo que estar?

—La mayoría de nosotros aprendemos a volar mucho antes de venir al Katmere —me explica Flint—. Así que esta clase se centra más en el porqué que en el cómo del vuelo.

Lo llaman «física», pero también hay mucho de biología, porque aprendemos la estructura y la composición de distintos tipos de alas. E incluso diseccionamos algunas.

—¿Es que no son todas iguales? —pregunto algo sorprendida de que las alas sean tan diferentes. Supongo que pensaba que serían como todo lo demás: el pelo, los ojos, la piel. Los hay en distintos colores, pero son iguales en lo que se refiere a lo importante. Todos están compuestos de la misma materia biológica y todos funcionan de la misma manera. La idea de que las alas no cumplan este patrón me resulta sorprendentemente fascinante.

Aunque, a juzgar por la expresión de Flint, él está aún más sorprendido que yo de que hubiese dado por hecho que sí lo cumplían.

—Claro que son diferentes —dice—. Las alas de los dragones tienen que soportar el peso de una criatura de miles de kilos. Las alas de las hadas soportan a criaturas que caben en la palma de la mano. Y no es solo cuestión de tamaño, nuestras técnicas de vuelo son completamente distintas también.

—¿Qué quieres decir? Volar es volar, ¿no?

—Qué va. Las alas pueden planear sobre lo que sea durante largos períodos de tiempo. Las alas de los dragones están hechas para alcanzar grandes velocidades y recorrer largas distancias, mientras que las de las hadas están diseñadas para ofrecer más maniobrabilidad. Como son seres mucho más pequeños y lentos, aunque batan las alas más rápido pueden cambiar de dirección en un santiamén, mientras que nosotros necesitamos tiempo para aminorar la velocidad lo suficiente como para girar a izquierda o derecha.

—Vale —digo mientras giramos hacia un pasillo en el que apenas hay gente—; tengo una pregunta.

—¿Que si te ayudaré a aprender a volar? Por supuesto que sí. Será divertidísimo. —Flint sonríe de oreja a oreja—.

Además, tenemos que terminar de hacer esas fotos para Damasen.

—Ostras, sí. Perdona. Se me había olvidado por completo. —Pongo los ojos en blanco—. Supongo que tengo demasiadas cosas en la cabeza. ¿Las hacemos el fin de semana?

—Claro. Ya me dirás cuándo te viene bien.

—Genial, gracias. Y te tomo la palabra con lo de las clases de vuelo.

A ver, aún no me creo que pueda volar. Yo. Por mí misma. Porque soy una gárgola. Cuando pregunté lo de las alas, supongo que lo de poder volar estaba implícito. Pero pensarlo de verdad... imaginarme a Flint dándome lecciones sobre cómo no morir en el intento... Uf, se me hace un poco demasiado.

Decido pensar en otra cosa para darle tiempo de asentarse a la idea.

—Pero, hablando de volar, la verdad es que iba a preguntarte otra cosa —le digo a Flint.

Dirige sus ojos divertidos hacia mí.

—Dime.

—Has mencionado a las hadas. ¿Cuántas especies más hay? ¿Hay muchas otras criaturas que no estén aquí o que ni siquiera sepa que existen?

—Desde luego. —Sonríe—. Más de las que te puedas llegar a imaginar.

—Ah.

No estoy segura de cómo reaccionar ante esta información, pero Flint debe de advertir mi sorpresa, porque me mira con una ceja enarcada.

—¿No es la respuesta que estabas buscando?

—No sé... Es que... ¿Qué otras criaturas hay? Y ¿por qué no están en el Katmere?

—Porque los profesores del Katmere están especializados en dragones, lobos, vampiros y brujas —me explica Flint—.

Otros centros están especializados en otras criaturas mágicas.

Sigo flipando.

—¿Como por ejemplo...?

—Pues en Hawái hay un centro especializado en seres del agua.

—¿Seres del agua? —repito.

—Sí —afirma, y suelta una carcajada. Debe de imaginar lo que estoy pensando, porque añade—: Las sirenas son reales, como también lo son las *selkies* , las nereidas y muchas criaturas más.

—¿En serio? —pregunto.

—En serio. —Niega con la cabeza claramente divertido—. Pareces pasmada.

—Estoy pasmada.

—*En Las Vegas está el Ceralean* —añade Hudson desde cerca de mi cabeza—. *Es un centro para súcubos, entre otras cosas* .

—*De todas las criaturas mitológicas que hay, ¿justo tenías que ir a pensar en esa? ¿En una criatura conocida por su apetito sexual?* —Hago un gesto exagerado de sarcasmo.

—*Eh, solo estaba añadiendo datos a tu base de conocimiento* . —Me lanza una mirada tan inocente que me sorprende que no le salga un halo centelleante alrededor de los pies—. *Eres tú la que ha preguntado* .

Ni siquiera me molesto en responderle. Únicamente pongo los ojos en blanco... al menos hasta que veo que Flint me observa como si de repente pensara que me pasa algo muy malo. Y así me lo demuestra cuando pregunta:

—Eh... ¿te pasa algo en el ojo?

—Sí, se me ha metido una mota de polvo o algo. —Me lo froto—. Mucho mejor.

—*¿En serio? ¿Una mota de polvo?* —Hudson emite un sonido de disgusto—. *Bueno es saber en qué lugar me encuentro* .

—*En alguno entre debajo de una pestaña y encima de una conjuntivitis* .

Se empieza a descojonar y su sonido me deja de piedra. Para ser tan capullo, tiene una risa sorprendentemente agradable.

Flint y yo doblamos otra esquina, y estoy tan ocupada discutiendo con Hudson en mi cabeza que no me doy cuenta de que Jaxon está esperando junto a la puerta de mi clase hasta que casi me topo con él.

—¿Estás bien? —pregunta al mismo tiempo que Flint dice: «Uf».

—Estoy bien —les digo a ambos algo brusca.

Me cabrea que no paren de mirarme con esa expresión de preocupación. Deberían probar a mantener varias conversaciones a la vez, sobre todo una con alguien que está en su cabeza, donde nadie más puede oírla ni intervenir.

—*Seamos sinceros* —dice Hudson—. *Ninguno de ellos podría seguir el ritmo de la conversación, ni aunque pudieran oírla. Ambos son más músculo que cerebro, en mi opinión* .

Eso es tan poco cierto que ni siquiera me molesto en ofenderme. En vez de eso, le respondo, porque puedo... y porque cabrearlo es demasiado divertido como para no intentar hacerlo.

—*Solo estás celoso porque ahora mismo no tienes ningún músculo* .

—*Sí, claro, justo de eso es de lo que estoy celoso* .

Hay algo en su tono que me llama la atención, pero se pasa tan rápido que no tengo la ocasión de averiguar de qué se trata.

Además, Flint decide decir en ese preciso momento:

—Tengo que irme a clase, pero dame un toque para lo de las clases de vuelo pronto. Las vas a necesitar para el Ludares.

Me despido de Flint y, acto seguido, me inclino hacia delante, deslizo los brazos alrededor de la cintura de Jaxon y le sonrío. Él hace lo mismo.

—Siento no haberte visto en el desayuno esta mañana. Estaba tan cansada que no me he despertado hasta quince minutos antes de que empezara la clase.

Me sonríe.

—Por eso me he pasado. He pensado que igual querías que nos viéramos en la biblioteca después de clase. Tengo que hacer un examen que me perdí ayer durante la hora de la comida, pero se me ha ocurrido que podríamos investigar un rato esta tarde sobre cómo matar a la Bestia Imbatible.

—*Oooh, qué mono. El blandengue de mi hermano quiere quedar para estudiar* —suelta Hudson.

—¡¿Te quieres callar?! —le ordeno—. Déjalo en paz.

Jaxon mira por encima de su hombro hacia el pasillo vacío al que le estoy gritando y me mira con las cejas enarcadas.

Me encojo de hombros y digo:

—Hudson.

Jaxon entrecierra los ojos con recelo, pero asiente. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Hudson se apoya contra la pared de piedra, junto a otro enorme tapiz en el que aparece un ejército de dragones vestidos con enormes armaduras de metal planeando sobre una pequeña aldea. Resulta aterrador y emocionante al mismo tiempo, y tomo nota mental de pasarme a observarlo más detenidamente cuando acabe la clase.

—*Se me ocurre algo mejor* —dice Hudson mientras se acomoda, se cruza de brazos y apoya la suela del pie contra la pared—. *¿Por qué no dejas tú a mi hermano en paz un rato? Veros a los dos poniéndoos ojitos me da náuseas* .

—Venga ya. Seguro que necesitas un cuerpo para tener náuseas.

Hudson se encoge de hombros.

—*Supongo que eso viene a demostrar la cantidad de asco que dais* .

Me niego a volver a enredarme en otra discusión con Hudson, así que me centro en Jaxon, que me mira con el ceño fruncido.

—Perdona —digo tímidamente—. Tu hermano es un bocazas.

—Lo de «bocazas» es quedarse muy corta —afirma, y asiente.

—Oye, llevo tiempo queriendo preguntártelo... ¿Por qué tiene Hudson acento británico y tú no?

—Nuestros padres son británicos —contesta Jaxon encogiéndose de hombros.

Espero a que diga algo más, pero no lo hace. Y eso lo dice todo, supongo. Lo que se debe de sentir al haber tenido tan poca relación con tus padres que ni siquiera compartes su mismo acento. No me lo puedo ni imaginar, y se me parte el corazón por él de nuevo.

—*Claro que sí. Todos deberíamos sentirnos mal por el pobre chico que no pudo criarse con las dos personas más vanidosas del planeta* —suelta Hudson con tono sarcástico.

Decido ignorarlo y cambio de tema con Jaxon.

—Será un placer verte en la biblioteca después de mi clase de Arte. ¿Te va bien a las seis en punto?

—Me va perfecto —responde asintiendo, pero cuando se inclina para besarme Hudson hace un desagradable sonido de arcadas y me corta todo el rollo. Agacho la cabeza. Jaxon suspira, pero no dice nada. En lugar de eso, me da un beso en la coronilla y se despide—: Nos vemos luego, entonces.

—Vale.

Observo cómo se marcha, pero en cuanto dobla la esquina me vuelvo hacia Hudson.

—¿En serio? ¿Lo de las arcadas era necesario?

—*No te haces una idea de cuán necesario* —responde con absoluta flema británica.

—Sabes que eres totalmente ridículo, ¿verdad?

Hudson parece no saber qué responder a eso, o qué sentir al respecto. Está como medio ofendido, medio divertido y

muy intrigado. Resulta interesante verlo así. Entonces dice:

—*Vaya, eso es nuevo. Nunca nadie me había llamado eso* .

—A lo mejor es porque nadie ha llegado a conocerte en realidad.

Espero una respuesta mordaz, pero guarda un silencio contemplativo durante varios segundos. Sin embargo, al final murmura:

—*Quizá tengas razón* .

No sé qué decir después de eso, y parece que él tampoco, porque se hace el silencio entre nosotros, el silencio más largo hasta ahora, exceptuando las horas que estamos durmiendo.

Doy media vuelta y me dirijo a clase, dejando a Hudson todavía apoyado en la pared.

Algo me dice que Física del Vuelo no va a ser precisamente una de mis asignaturas estrella, así que busco un sitio al fondo y espero a que Hudson se reúna conmigo, pero, por una vez, hace lo que tantas veces le he pedido y me deja en paz.

Vaya, hombre.

40

Sobrevivir ya está demodé

—*Deberías competir.* —La clase casi ha terminado, así que me sorprendo cuando oigo la voz de Hudson a mi lado—. *Por cierto, gracias por guardarme el sitio.*

Estoy sentada al fondo del aula porque lo último que quiero es llamar la atención en una clase en la que voy dos meses retrasada y, desde luego, no porque haya asientos vacíos a ambos lados de mí.

—¿Competir en qué? —susurro entre dientes, pero no le estoy prestando mucha atención. Estoy demasiado ocupada tomando notas que bien podrían estar en otro idioma.

—*En el Ludares. Aunque, en realidad, no es más que una excusa para que todos intenten matarse unos a otros haciendo cosas peligrosísimas.* —Levanta las cejas como queriendo decir «la gente es así de rara»—. *Es el día más popular del año aquí en el Katmere. Sobre todo entre los metamorfos.*

—Claro, hombre. Dicho así, ¿quién no querría participar? Total, sobrevivir está pasadísimo de moda.

—*Exacto* —dice y se echa a reír.

Intento volver a centrarme en la clase del señor Marquez, pero ya he perdido totalmente el hilo, así que decido hacer

un par de fotos de sus anotaciones en la pizarra en lugar de intentar descifrarlas. Si no las entiendo por mi cuenta después, le pediré ayuda a Flint.

—*También puedes pedírmela a mí* —dice Hudson con aire burlón—. *Puede que sea un...* —levanta los dedos para formar el símbolo universal de comillas en el aire —*«psicópata», pero saqué un 9,8 en esta clase* .

—¿Tú viniste a esta clase? ¿Por qué? —Entonces caigo—: ¿Puedes volar como Jaxon?

—*Hablas de él como si fuera Superman* . —Pone los ojos en blanco—. *De hecho, él no puede volar* .

—Ya sabes a qué me refiero —digo haciendo un gesto con la mano—. A cuando hace... lo que sea que hace. Si eso no es volar, ¿qué es?

—*Tiene telequinesis. Jaxon flota. Ya sabes, como un zepelín* .

Eso me hace reír. A ver, la descripción es espantosa, pero la verdad es que me parece graciosísimo imaginarme a Jaxon flotando por ahí sobre los estadios deportivos como el zepelín de Goodyear.

—*Es una buena imagen, ¿eh?* —Sonríe arteramente.

—Es una imagen absurda, y lo sabes. Tu hermano es una pasada.

—*Ya, no paras de repetirlo* .

Suena el timbre y pauso nuestra conversación mientras recojo mis cosas y me dirijo al pasillo. Es la hora de comer y solo intento buscar a Macy, pero la idea de ir a la cafetería ahora mismo se me hace un mundo.

Todos me miran, juzgándome y pensando que no estoy a la altura. A este paso, probablemente tenga que repetir curso.

Todo esto es un asco, de verdad. Y pienso en acabar con todo. En ir a la cafetería, subirme a una mesa y anunciar a gritos que yo soy la culpable de que Hudson haya regresado. Y, por cierto, los rumores son ciertos. Soy una estatua agresiva.

Probablemente sea lo mejor, acabar con esto rápido, como arrancarse una tirita. Pero estoy demasiado cansada ahora mismo, y siento tanta presión por todo lo que ha pasado que creo que va a aplastarme de un momento a otro.

Vacilo en el pasillo y miro a Hudson. Parece que él tampoco sabe decirme qué debería hacer. Su incertidumbre hace que me tambalee, hasta que decido sacudírmela de encima. Entonces doy media vuelta y me voy en la otra dirección.

Cojo un paquete de galletas de mantequilla de cacahuete en la máquina más cercana y me dirijo al estudio de Arte para trabajar en mi pintura, que ya llevo muy retrasada. Con suerte, pasar un par de horas ahí me ayudará a superar este bajón.

El resto de la tarde transcurre sin incidentes, aunque, por supuesto, Hudson no ha dejado de hablar ni un segundo. Opina sobre todo, incluso sobre cosas de las que una persona normal no debería tener opinión.

Piensa que la profesora de Arte parece un flamenco con ese vestido rosa eléctrico. Y, aunque es verdad, ahora me cuesta concentrarme en lo que dice la mujer con esa imagen en la cabeza.

Está convencido de que T. S. Eliot no debería estar incluido en Literatura Británica, porque nació en Misuri, y me suelta una diatriba de una hora entera sobre esa oferta en particular.

Y, en estos momentos... En estos momentos está protestando por mi manera de mezclar la pintura negra.

—Estoy en tu cabeza, así que sé que no estás ciega, Grace. ¿Cómo es posible que pienses que ese tono de negro está bien?

Me quedo mirando el color en cuestión, y entonces le añado un poquito de azul. En parte porque quiero hacerlo, y en parte porque sé que eso cabreará a Hudson todavía más. Y, después de las últimas cuatro horas, pienso cabrearlo todo lo que pueda para devolvérsela.

—Es sutil, y a mí me gusta.

Aplico un poco en el lienzo y todavía no está exactamente como yo lo quiero, por ello vuelvo a mezclar y añado un poco más de azul oscuro. Hudson lanza las manos al aire.

—*¡Me rindo! Eres imposible* .

Afortunadamente, soy la única alumna que queda en el aula, por lo tanto no tengo que preocuparme por lo que otras personas puedan pensar de mí por estar hablándole al taburete que tengo al lado.

—¿Que yo soy imposible? Eres tú el que no para de enrabietarse por mi manera de pintar.

—*No me estoy enrabietando* . —Se nota que está ofendido, porque vuelve a adquirir ese tonito británico, a pesar de que estira las piernas delante de él—. Tan solo pretendo aportar mis consejos artísticos basándome en mi largo historial de apreciación del arte…

—Ya estamos otra vez. —Pongo cara de estar harta—. Como vuelvas a sacar el hecho de que eres más viejo que yo…

—*¡No soy viejo! Solo soy mayor. Los vampiros son inmortales, por si lo habías olvidado, o sea, que no puedes juzgar nuestra edad de la misma manera en que se juzga la edad humana* .

—A mí eso me suena a que estás intentando justificar el hecho de que eres más viejo que Matusalén.

Sé que estoy pinchando a un oso enjaulado y que me acabará arrancando la cabeza si sigo provocándolo, pero no puedo evitarlo. Se lo merece después de todo lo que ha hecho para cabrearme.

Desde el principio ha llevado la voz cantante en la mayoría de nuestras discusiones y, ahora que he encontrado algo que le fastidia, no me resisto a restregárselo un poco. Probablemente eso me convierta en una persona horrible, pero llevo cuatro meses con un psicópata en la cabeza, así que supongo que tampoco se me puede culpar por esta nueva vena maligna.

—*¿Sabes qué? Haz lo que quieras con el negro. Si queda apagado y va a arruinar tu cuadro, es tu problema...*

—Perdona, ¿puedes decirlo más alto? —Me llevo la mano al oído haciendo el gesto universal de «no te oigo».

—*He dicho que queda apagado* .

—No, esa parte no. La de que es mi cuadro. Mío. ¿Puedes repetirlo?

—*En fin* —resopla—. *Solo quería ayudar* .

—Ya, ya. ¿Qué os pasa a los tíos, que siempre queréis ayudar incluso cuando nadie os lo pida?

—*Haz lo que quieras* —responde.

Al ver que no dice nada más, pienso que a lo mejor me he pasado un poco. Pero cuando lo miro con disimulo veo que le cuesta tanto como a mí no sonreír. Lo cual es absurdo, lo sé. Quiero que se largue de mi cabeza más que nada en el mundo, pero tengo que admitir que, ahora que ya no puede controlar mi cuerpo, discutir con él es superdivertido.

Con ese pensamiento en mente, cojo el rojo más oscuro que encuentro, lo mezclo con el negro y espero la explosión.

Tarda unos cinco segundos, cuatro más de lo que esperaba, pero entonces Hudson exclama:

—*¿Estás de coña? ¿Qué quieres, cegarme?*

Y sé que he dado de pleno. Otro punto para mí. Que sí, que nuestro marcador ahora mismo debe de estar más o menos así: Grace 7-Hudson 7 millones, pero disfruto la victoria igualmente. Al menos hasta que recuerdo que tengo que preguntarle algo.

—Oye, te quería preguntar... Ahora que estamos trabajando en el conjuro para sacarte de mi cabeza... ¿Dónde guardaste el colmillo del lobo y el *Athame* ?

—*En la estantería superior de tu armario. En una bolsa, a la derecha del todo* .

—¿Ahí? ¿Por qué los escondiste ahí?

—*Porque no quería que los encontrases en alguna parte y te acojonaras antes de saber de dónde salían* .

—Sabia decisión —admito a regañadientes.

Continúo pintando, pasando por alto las objeciones de Hudson. Aún no tengo claro el qué, pero algo dentro de mí me pide que lo plasme en el lienzo. Me pregunto si será algún recuerdo de esos cuatro meses que he estado atrapada en mi forma de gárgola, si es algo importante que no logro evocar. Pero, por otro lado, pienso que no es más que un deseo mío. Que estoy tan desesperada por recuperar esa parte de mi vida que veo presagios de cosas buenas aunque en realidad no existan.

«¿Estás siendo un poco ilusa, tal vez, Grace? Pues sí, eso me temo.» Doy un paso atrás y miro lo que he hecho hasta ahora.

El fondo está terminado, y se me hace raro verlo porque me resulta extraño, pero también bueno, porque algo en el fondo de mi ser me susurra que lo he plasmado perfectamente.

Y, para que quede claro, ese algo no es Hudson. Es algo más profundo, más primitivo, y sigo esperando que, si pinto lo suficiente, se desbloqueará todo lo demás.

Estoy limpiando la pintura negra del pincel pensando en cuál va a ser mi siguiente paso cuando me llega un mensaje al móvil. Tengo las manos manchadas de pintura y pienso en dejarlo para más tarde, pero cambio de idea en el último segundo.

Sofoco un grito al ver que el mensaje es de Jaxon y que llego casi hora y media tarde a nuestra cita.

41

Resulta que el diablo viste de Armani

Lamentablemente, tengo varios mensajes de Jaxon, varios de las seis y media, uno de las siete y los tres que acaban de llegar:

> ¿Vas a retrasarte mucho? Estoy en una mesa al fondo de la biblioteca, cerca de las salas de estudio.
> ¿En qué se parecen los vampiros a las bufandas?
> En que ambos se ponen en el cuello.
> Perdón, no me he podido resistir.
> ¿Estás bien? ¿Te has quedado dormida?
> Oye, no sé si es que te has quedado dormida o si estás pintando, pero he descubierto algo bastante interesante.
> Escríbeme cuando puedas, para que sepa que estás bien.
> Te echo de menos.

Me siento fatal. No me puedo creer que se me haya olvidado de que había quedado con él. Llevo todo el día deseando verlo, pero estaba tan concentrada en mi cuadro que se me ha pasado por completo. Me digo que es porque tengo el cerebro sobrecargado y lo último que quiero hacer es pasarme un montón de tiempo intentando averiguar

cómo enfrentarme a la Bestia Imbatible sin morir. Siendo justos, es un argumento válido, pero sigo sintiéndome como el culo por no haberme presentado allí.

—*Estoy seguro de que mi hermanito sobrevivirá al plantón* —me dice Hudson con un tonito que no estaba ahí hace unos minutos—. *Deberías seguir pintando. Estás en racha* .

—¿A pesar de que he usado el negro equivocado? —respondo sin apenas prestarle atención mientras le escribo a Jaxon para disculparme y decirle que voy para allá.

—*Siento ser tan quisquilloso, pero el negro Armani es un color muy concreto* . —Tiene pinta de haber chupado un limón, y me haría gracia si no tuviera tanta prisa.

Guardo el móvil en la mochila y empiezo a recoger lo más rápido que puedo, que no es mucho teniendo en cuenta el desastre que he montado mezclando la pintura.

—¿Quién dice que quería usar el negro Armani?

—*Perdona, yo solo* ...

Por primera vez desde que lo conozco parece totalmente descolocado, como si hubiese dicho demasiado y no lo suficiente al mismo tiempo. Estoy a punto de preguntarle qué le pasa, pero entonces me recuerdo a mí misma que no somos amigos. Que no es más que un tío que está ocupando mi cerebro durante un tiempo, y que ni siquiera es simpático. No le debo nada.

Me apresuro con la limpieza, decidida a llegar a la biblioteca antes de que Jaxon dé por hecho que no voy a aparecer. Espero que Hudson diga alguna bordería, ya que es su pasatiempo favorito, pero para mi sorpresa se queda totalmente callado después del comentario de Armani. Cosa que agradezco, la verdad, porque así puedo centrarme en guardar el material.

Casi he terminado cuando, de repente, la puerta del aula de arte se abre con una ráfaga de viento y el aire frío inunda la habitación. Me vuelvo, preguntándome a qué nueva amenaza me estaré enfrentando, pero veo que solo

es Jaxon, que me observa con una sonrisita y una mirada insondable.

—¡Lo siento! —le digo, y corro a saludarlo mientras él cierra la puerta de golpe—. Estaba tan concentrada pintando que he perdido la noción del tiempo. No pretendía...

—Oye, no te preocupes. —Me mira de arriba abajo y su sonrisa se intensifica al verme con mi bata de artista cubierta de pintura—. Me gusta este look.

Yo también lo miro de arriba abajo y admiro sus vaqueros desgastados y la camiseta de diseño negra.

—El sentimiento es mutuo.

—¿Ah, sí? —Me envuelve con sus brazos y siento una calidez en lo más profundo de mi ser, sexy, reconfortante y excitante al mismo tiempo—. Me alegra oír eso.

—Hueles muy bien —le digo, y entierro la nariz en el hueco entre su cuello y su hombro durante varios segundos. Y es que es verdad: su aroma es fresco e intenso, y absolutamente increíble.

—Ya, bueno, yo también puedo decir que el sentimiento es mutuo. —Desliza un colmillo por la piel sensible debajo de mi oreja—. Muy muy mutuo.

—*Dime que no es verdad* —interviene Hudson bostezando —. *¿En serio que estas son vuestras mejores conversaciones «animadas»?*

—*¿Por qué no te echas una siesta o algo?* —le propongo, apartándome de Jaxon.

—¿Estás lista? —me pregunta este.

—Sí, dame un minuto para que guarde el resto de los materiales.

Me quito el delantal, lo guardo en mi cubículo y termino de colocar los botes de pintura en el armario.

Cinco minutos después estamos en los túneles; unos túneles que no parecen ni la mitad de terroríficos cuando Jaxon está a mi lado, hablando sobre lo que ha descubierto

en su hora y media de investigación en las bases de datos mágicas de la biblioteca.

—Me he pasado la mayor parte de la noche intentando identificar qué es la Bestia Imbatible —me dice cuando llegamos a la sala circular de la enorme lámpara de huesos que pende del techo—. Ha habido muchísimas versiones diferentes a lo largo de los últimos cientos de años, parece más un villano de cuento que un monstruo real, y es difícil hacerse una idea de qué nos vamos a encontrar si vamos hasta allí. Lo único que he sacado en claro es el hecho de que casi nadie consigue volver con vida, y los que lo hacen no se ponen de acuerdo en qué es lo que han visto.

—¿Hay algo que coincida en las distintas fuentes? —pregunto centrándome en la conversación y no en el hecho de que estoy a punto de atravesar el túnel en el que la exnovia de Hudson intentó matarnos a Jaxon y a mí—. Aparte de que casi todo el mundo muere, quiero decir.

Pienso en preguntarle a Hudson qué recuerda de esa noche, si es que recuerda algo, pero decido que no importa. Además, ¿y si quiere hacer una excursión al escenario de su reencarnación? Las exposiciones orales no son lo mío, y mucho menos aquí abajo.

—*No recuerdo nada* —me contesta Hudson en voz baja mientras camina a nuestro lado acariciando distraídamente con la mano los muros repletos de piedras preciosas y de joyas. Va unos pasos por delante, de modo que no puedo verle la cara—. *Yo no la incité a que lo hiciera, si es lo que estás pensando* .

—*No estoy pensando nada* —respondo, aunque no es del todo cierto. Es difícil no temer a Hudson estando aquí abajo, y más todavía no estar enfadada con él. Puede que lo que sucediera no fuese culpa suya, pero cuesta imaginar que él y su poder de persuasión no tuviesen nada que ver, por muy pequeño que fuese su papel, en el hecho de que Lia estuviese obsesionada con traerlo de vuelta.

—Los testimonios tienen algunas cosas en común —responde Jaxon estrechándome con más fuerza al detectar mi inquietud, lo que hace que me sienta aún peor por ser tan tonta, así que me trago el miedo. Lo relego a lo más profundo de mi ser y me concentro en algo que sí puedo cambiar.

—¿Como qué? ¿Ya has averiguado cómo encontrarla? Recuerdo que en las cuevas nos dijeron que la bestia se encuentra en algún lugar cerca del Polo Norte, aunque no veo por qué no puede tener una bonita casa de verano en algún sitio de Grecia o Egipto, o en Los Ángeles o Miami. Cualquier lugar en el que haga calorcito y que tenga playa me vale, porque ya he tenido bastante nieve para una temporada después de la excursión para ver a la Sangradora.

—De hecho, en eso es en lo único que coinciden todos —me dice Jaxon—. La Bestia Imbatible vive en algún lugar cerca del Círculo Polar Ártico. Al parecer todo el mundo está dispuesto a compartir aproximadamente dónde se la puede encontrar, para que puedas planificar tu viaje evitando estos lugares a toda costa.

—Estoy con ellos —le digo, y hago una mueca—. Ir al Polo Norte ya suena lo bastante mal como para encima tener que ir a encontrarte con un monstruo al que no se le puede matar. ¿Estás seguro de que no pasa el mes de marzo en Tahití?

Jaxon me mira confundido al principio, pero entonces cae:

—Lo siento. Cuando todo esto termine y nos hayamos graduado, te llevaré a algún sitio cálido y soleado, te lo prometo.

—Te tomo la palabra —le digo—. No puedo pasarme todos los días del resto de mi vida en la puñetera Alaska.

—No tenemos por qué quedarnos en Alaska después de la graduación. Sé que querías ir a la universidad antes de que tus padres murieran y que acabaste aquí. Aún podemos hacer eso, si quieres.

—No sé lo que quiero, la verdad. —Suena mal al decirlo así, sobre todo teniendo en cuenta que faltan solo tres meses para la graduación, pero tengo la sensación de que mis planes de antes de la muerte de mis padres pertenecen a otra persona totalmente diferente—. ¿Qué quieres hacer tú? —le pregunto a Jaxon, porque supongo que cualquier plan de futuro va a incluir a mi compañero.

—No tengo ningún plan para después de la graduación, la verdad. Cuando eres inmortal dispones de mucho más tiempo para pensarte bien las cosas.

—Sobre todo si eres príncipe y ya has vivido un par de siglos.

Tomo nota mental de preguntarle después más que nada el tema del «envejecimiento de los vampiros». A ver, sé que tiene centenares de años, pero también sé que solo tiene unos dieciocho años humanos. Espero no estar saliendo con alguien que se pasó un siglo entero en pañales y chupándose el pulgar.

Hudson se echa a reír, así que sé que ha oído este último pensamiento, pero no se vuelve. No puedo evitar sonreír al imaginarme a un Hudson de veinte años en dichos pañales. Esto por fin capta su atención, y me mira con las cejas enarcadas por encima del hombro.

—*Es usted una viciosilla, señorita Foster* .

Me pongo roja como un tomate, pero Jaxon no parece darse cuenta.

—No sé cuáles son mis planes, pero tenemos el resto de nuestra vida para averiguarlo —responde por fin Jaxon, y me aprieta el hombro.

Salimos de los túneles, atravesamos la espeluznante zona de las mazmorras y siento que me relajo en cuanto la puerta de la celda se cierra sonoramente a nuestras espaldas.

—¿Qué más has averiguado sobre este monstruo? —pregunto mientras nos dirigimos hacia la escalera que lleva a la biblioteca. Atravesamos el salón de la planta principal y,

aunque algunas personas se vuelven para mirarnos, son muchas menos que hace un par de días.

A lo mejor se están acostumbrando ya a tener a una humana/gárgola aquí. Si yo también pudiera acostumbrarme a lo de la gárgola, seguro que todo sería mucho más fácil.

—Que es grande. En plan descomunal. Algunos dicen que mide como unos veinte o treinta pisos de alto. Y que es muy muy viejo.

—Vaya, eso suena alentador —digo con tono irónico—. En fin, ¿quién no querría enfrentarse a un monstruo que lleva toda la vida aquí y que tiene el tamaño de una montaña?

—¿Verdad? Aunque no creo que sea tan grande. Será más bien del tamaño de una ladera.

—Bueno, eso suena mucho mejor —bromeo, y por fin llegamos a la biblioteca. Pero cuando Jaxon coge la manilla de la puerta, veo que dentro está completamente a oscuras —. ¡Ay, no! ¿Ha cerrado Amka mientras venías a por mí? Lo siento muchísimo...

—Tranquila —dice con una sonrisa, y se inclina para darme un pico en los labios—. Está todo controlado.

Hudson se hace a un lado mientras Jaxon abre la puerta y me indica que pase primero. Pero nada más entrar en la sala principal me doy cuenta de que he fastidiado mucho más que una cita para estudiar. He fastidiado una cita-cita, porque, en medio de la estancia hay una mesita redonda cubierta con un mantel, con velas y con uno de los centros de flores más bonitos que he visto en mi vida.

—*Vaya, vaya, vaya* —dice Hudson paseándose por la biblioteca, con las manos metidas en los bolsillos delanteros de su pantalón—. *Qué cuqui, ¿no? Dile a Jaxon que estoy abrumado, pero que no tenía que haberse molestado* .

42

Ben y Jerry son los únicos tíos por los que quiero pelearme

—Ay, Jaxon, no tenías por qué hacer esto. —Me acerco a la mesa superemocionada y admiro las velas, el agua con gas con hielo y las flores. De verdad que son unas flores muy bonitas—. Son preciosas.

—Me alegro de que te gusten.

—Me encantan —le corrijo, y sumerjo la cara entre los pétalos blancos, lila y morados—. Huelen increíblemente bien. —Se las acerco.

—Las he olido cuando las he seleccionado —dice—. Y no es para tanto.

Me derrito al instante, porque sí que es para tanto, y por un montón de motivos.

Para empezar, se ha tomado la molestia de organizar una cena así para mí porque ha pensado que me gustaría.

En segundo lugar, se ha tomado la molestia de ir a buscar las flores en medio de Alaska y las ha seleccionado él mismo.

Y, para terminar, ha hecho esto a pesar de que la nuestra es la primera relación real que ha tenido jamás; la primera

vez que se ha permitido sentir en más de un siglo. ¿Cómo no voy a estar prendada de Jaxon si no hace más que recordarme una y otra vez lo mucho que me va a cuidar?

—*Son flores, no un viaje a París* —dice Hudson mientras coge un libro de la mesa de préstamos y hojea las páginas. Sus gestos son tan irritantes que decido hacer como que no está. La noche es joven. Tendrá tiempo más que suficiente de aguarme la fiesta antes de que deba regresar a mi cuarto.

—Sí que es para tanto —les digo a ambos, y me abrazo a la cintura de Jaxon con fuerza—. Siento haberme olvidado de que habíamos quedado. Me siento fatal.

—Tranquila. —Me sonríe levemente mientras me aparta un rizo de la cara—. Has tenido unos días muy duros. Y hay un microondas junto a la mesa de Amka. Podemos recalentarte la cena si es necesario.

—¿Qué es? —pregunto, y los repentinos rugidos de mi estómago me recuerdan que apenas he comido nada en todo el día.

Jaxon se ríe al oírlos.

—Venga, siéntate y lo verás.

Me escolta hasta la mesa y veo que hay mucho más que las velas y las flores. La cena consiste en tacos callejeros, en plena Alaska, y son idénticos a los de mi taquería favorita de San Diego.

—¿Cómo lo has hecho?

—No puedo revelarte todos mis secretos —responde con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bien, pero vas a tener que contarme este en concreto. —Cojo uno y le doy un bocado, deleitándome en el modo en que el familiar sabor estalla en mi boca—. Voy a tener que volver pronto para comerlos. —Doy otro bocado, tan emocionada al sentir este sabor a mi hogar que no me corto lo más mínimo.

—O puedes seguir conmigo, y yo te los conseguiría cada vez que los quisieras —sugiere Jaxon mientras se sienta a

mi lado.

—Sí, eso desde luego.

Nos sonreímos mirándonos a los ojos durante largos segundos. Siento que me falta el aliento, pero esta vez es por algo muy bueno, al menos hasta que Hudson se acerca e interrumpe el momento con una carcajada de incredulidad.

—*¿Carne? ¿Mi hermano te ha regalado carne?* —Suelta una risotada justo cuando Jaxon se levanta para poner algo de música.

Fulmino a Hudson con la mirada y le grito susurrando:

—*No es carne. Son tacos. Y* ...

—*Que están hechos de carne, si no me equivoco* .

Empieza a dar vueltas alrededor de la mesa como un abogado empecinado en llevar a cabo su contrainterrogatorio. Incluso lo parece así vestido con su camisa impecable y sus pantalones de vestir.

—*Pues sí. Pero eso no tiene nada de malo. Me encantan los tacos* .

Le giro deliberadamente la cara a Hudson y miro a Jaxon, que sigue centrado en el iPhone.

—*Y a mí me encanta la sangre humana, pero eso no significa que quiera que me la regalen* . —Hudson se acerca, apoya las manos en el respaldo de mi silla, se inclina y me susurra al oído—: *Pero es bueno saber que tienes unas expectativas tan bajas. Las vas a necesitar con el blandengue de mi hermano* .

—*¿Quieres dejar de llamarlo así?*

Me cuesta un mundo no volverme y soltarle un grito, pero al parecer es justo lo que está buscando, así que me niego a picar el anzuelo. En vez de eso, me trago todos los improperios que le quiero soltar y centro toda la atención posible en Jaxon.

Por fin decide poner *I Knew I Loved You* , de Savage Garden, y se me acelera el corazón, incluso antes de que se

vuelva y me lance una mirada que me hace sentir toda clase de cosas deliciosas.

Sus ojos me indican que sabe perfectamente lo que estoy sintiendo y que le gusta. Mucho.

—Vas a tener que decirme de dónde los has sacado —le pido cuando vuelve a la mesa. Doy otro bocado al taco que Hudson tanto se está esforzando por arruinarme y, después de tragar, continúo—: Voy a volver a necesitarlos. Mañana.

—Puedo organizarlo.

—¿En serio? —Enarco las cejas de manera inquisitiva.

Niega con la cabeza, claramente divertido.

—Grace, hay pocas cosas que no haría para hacerte feliz. No puedo darte Tahití hasta dentro de unos meses, pero sí que puedo concederte tacos todos los días, si es lo que quieres.

—No necesito tacos. —Extiendo la mano para coger la suya y se la aprieto con fuerza—. Solo te necesito a ti.

—Y yo a ti —responde antes de indicarme con un gesto que siga comiendo. Espera a que coja el segundo taco para cambiar de tema—. Háblame sobre ese proyecto de Arte en el que estás trabajando. Me muero por verlo.

—Sí, yo también —le digo, y suelto una risotada.

—¿Qué significa eso? —pregunta intrigado.

—Significa que no tengo ni idea de qué es lo que estoy pintando. Normalmente sé muy bien lo que voy a pintar, pero esta vez solo pinto como si me fuera la vida en ello, pero no sé lo que es. Raro, ¿verdad?

—La genialidad es rara —responde Jaxon, y se encoge de hombros—. Todo el mundo lo sabe. Yo que tú me dejaría llevar, a ver qué pasa.

—Eso es lo que pienso yo también. Lo peor que puede pasar es que sea una mierda, así que ¿dónde está el problema?

—No es ninguna mierda —me dice.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco.

Es una respuesta muy simple, pero me derrito por dentro de todos modos, porque es justo lo que necesitaba oír en estos momentos.

—Eres demasiado encantador —le digo con una suave sonrisa—. Lo sabes, ¿verdad?

Jaxon sonríe de oreja a oreja y se inclina para besarme antes de volver a sentarse, y Hudson finge tener arcadas. Otra vez. Y no puedo evitar volverme y fulminarlo con la mirada.

—Oye, ¿Hudson sigue hablando contigo? —pregunta Jaxon, y no parece nada contento.

—No para de hablarme. —Miro a Jaxon y pongo los ojos en blanco a modo de suplicio—. En serio, no se calla nunca.

—¿Sabes? Tu vena de maldad se está volviendo cada vez más grande últimamente —protesta Hudson.

—Eso es de tanto relacionarme contigo —le espeto. Pero en cuanto dejo escapar las palabras, me pongo roja como un tomate—. *No me refería a* ...

—Sé a qué te referías —me corta Hudson, pero ha dejado su actitud gruñona y en sus ojos azul oscuro se ha instalado una malicia que me pone bastante nerviosa, aunque no sé muy bien por qué.

—Está claro que mi hermano sabe cómo cortarnos el rollo —masculla Jaxon mientras se levanta para retirarme el plato vacío.

—Gracias —responde Hudson—. *Hago lo que puedo* .

—¿Quieres hacer el favor de callarte durante cinco minutos? —le exijo, y me levanto para seguir a Jaxon.

—¿Qué gracia tiene eso? —Hudson se pasea por la biblioteca y se sube a una de las estanterías más bajas, dejando los pies colgando por un lado mientras coge la minigárgola que Amka ha dejado en lo alto y la envuelve con los brazos de forma desenfadada—. *Además, si me callo, ¿quién va a señalar los errores en tu manera de actuar?*

—*Vaya, ¡qué condescendiente!* —Le saco la lengua, y finge atraparla como si le hubiese lanzado un beso. Después se lleva la mano al corazón antes de que pueda volverme para no verlo—. Lo siento —digo cuando alcanzo a Jaxon y me abrazo a su cintura por detrás—. Sé que querías que esta fuera una noche especial, y Hudson no para de fastidiárnosla.

—No te preocupes —responde, y se vuelve a su vez para poder abrazarme también—. No es culpa tuya.

—Pues tengo la sensación de que sí. —Lo abrazo aún más fuerte.

—Pues no lo es. —Se inclina ligeramente y me da un besito en la sien—. Pero ya que nuestra cita no está siendo como estaba planeado, ¿qué te parece si al menos aprovechamos el tiempo para hacer algo útil?

—¿Como qué?

—Averiguar algo más sobre las gárgolas. Sé que querías hacerlo antes de que Hudson lo arruinase todo el otro día.

—*Yo no arruiné nada* —protesta Hudson—. *Solo intentaba ayudarla* .

—Eso suena genial —le digo a Jaxon, que me indica que me siente a la mesa mientras él va a por los libros de la mesa del fondo, donde Amka los dejó para mí. Me vuelvo y fulmino a Hudson, una vez más, con la mirada—. *Claro, porque... ¿qué mejor manera de ayudar a una persona que robándole el cuerpo?*

—*¿Otra vez estás cabreada conmigo por eso?* —Suspira—. *¿Incluso ahora que sabes por qué tenía que coger el* Athame*?*

—*Nunca voy a dejar de estar cabreada contigo por eso* —le espeto.

—*Lo que hay que ver. Uno intenta ayudar, y esto es lo que recibe* .

—*¿Que intentabas ayudar?* —Emito un sonido de incredulidad desde el fondo de mi garganta—. *Querrás decir que intentabas ayudarte a ti mismo* .

—¿Nunca vas a cansarte de considerarme el malo de la película? —pregunta con voz suave.

—No lo sé. ¿Nunca vas a cansarte de ser el malo de la película? —respondo.

En medio de todo esto, Jaxon regresa a la mesa y deposita tres libros que recuerdo del montón que había seleccionado. Me muero por leerlos, y me apresuro a coger el que está arriba del todo: *Criaturas mágicas grandes y pequeñas* .

Jaxon no se sienta como había esperado, sino que se dirige a la estantería en la que Hudson está sentado y se agacha para coger un libro del estante inferior. Por un segundo parece que Hudson va a darle una patada en toda la cara, sin que Jaxon tenga ni idea, claro.

«Ni se te ocurra», vocalizo en silencio a Hudson, que me mira con una ceja enarcada. Pero, al final, deja a Jaxon estar.

—¿No te parece que eres demasiado protectora?

Lo miro con recelo.

—¿Teniendo en cuenta que eres un asesino? Me temo que no .

—Sabes que fue Jaxon quien me mató a mí, ¿no? —Niega con la cabeza y salta de la estantería, se da la vuelta y masculla—: *He llegado a mi límite de insultos por una noche. Tengo cosas más importantes que hacer* .

Y así, sin más, desaparece por una de las estrechas filas entre estanterías hacia el fondo de la biblioteca. Tardo un minuto en darme cuenta de que está siguiendo el mismo camino de las gárgolas que yo seguí la primera vez que pisé este lugar. La primera vez que conocí a Lia...

43

Hasta los maniacos homicidas tienen sus límites

«¿Cosas más importantes que hacer?», las palabras retumban en mi cabeza.

—¿Qué significa eso? —Hudson no responde—. En serio, Hudson. ¿Qué planeas hacer? —Sigue sin contestar, el muy capullo. Lo intento una vez más, gritando hacia el pasillo por el que ha desaparecido—: ¡No puedes ir por ahí diciendo esas cosas y esperar que yo...!

Jaxon se sienta y suspira.

—Tal vez deberíamos hacer esto en otro momento.

—¡¿Por qué?! —le grito descargando mi ira en él.

Enarca las cejas ante mi tono, pero me responde con dulzura:

—Me preguntaba si tal vez querrías investigar en otro momento, ya que pareces estar algo... ausente... gritándole a mi hermano.

Y así, sin más, mi ira se desvanece. Porque no es culpa de Jaxon que su hermano sea un capullo capaz de cualquier cosa para salirse con la suya.

—No, claro que no. Perdona. Creo que investigar sobre gárgolas es una idea estupenda. Llevo queriendo hacerlo desde que regresé.

—¿Estás segura? —Jaxon apoya la mano sobre la mía y me la aprieta suavemente—. Lo entenderé si necesitas...

—Necesito estar contigo —respondo, pasando por alto la tensión residual que se me ha quedado en el estómago después de las gilipolleces de Hudson—. E investigar sobre las gárgolas y sobre cómo sacar a tu hermano de mi cabeza de una vez por todas suena de maravilla en este momento.

—Para serte sincero, a mí averiguar cómo sacar a Hudson de tu cabeza me suena de maravilla en cualquier momento —responde Jaxon haciendo un gesto de negación con aire triste.

Me río y retiro mi mano de debajo de la suya.

—Ahí llevas razón.

Busco el índice al final del libro y empiezo a buscar cualquier tema que pueda ayudarnos.

—¿Tú sabes algo sobre las gárgolas? —pregunto mientras saco mi cuaderno de notas de la mochila antes de colocarlo junto a Jaxon—. Supongo que habrá cosas que todo el mundo sabe, ¿no? De la misma forma que todo el mundo, incluso quienes no creen en su existencia, sabe que los vampiros no pueden entrar en un sitio si no se los invita, o que los dragones guardan tesoros. —Me paro a pensar en lo que acabo de decir—. De hecho, no sé si eso de los dragones es verdad...

—Sí que lo es —me dice Jaxon con una sonrisa de oreja a oreja, pero esta se desvanece al instante y su expresión se torna pensativa mientras tamborilea con los dedos sobre la mesa, con la mirada perdida, durante varios segundos—. Existen muchas historias antiguas sobre las gárgolas —dice por fin—. Yo no soy lo bastante viejo como para haber conocido a ninguna. Mi padre las mató a todas antes de que yo naciera.

Su última frase cae sobre la mesa como una granada; una granada que tarda tres largos segundos en estallar, y que me lleva con ella.

—¿Tu padre las mató? —pregunto, y no puedo ocultar mi tono de sorpresa.

—Sí —responde, y jamás lo había visto tan avergonzado.

—¿Cómo? —susurro.

Me refería a cómo es posible que las matase a todas, pero Jaxon interpreta mi pregunta de forma literal.

—Las gárgolas pueden morir, Grace. No es fácil, pero pueden morir. Y, por supuesto, mi padre decidió matar personalmente al rey gárgola con una mordedura eterna.

¿Una mordedura eterna? Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué es eso?

—Es el don de mi padre. Su mordedura es letal. Nadie ha sobrevivido a ella, jamás. Ni siquiera el mismísimo rey gárgola —responde con un suspiro.

Tomo nota mental de no ponerme nunca a un mordisco de distancia del rey. Jamás.

—¿Y al resto las mató a la vieja usanza?

—Bueno, lo hicieron sus ejércitos, sí. —Se ríe, pero es una risa carente de humor—. Al parecer, mi familia tiene predilección por los genocidios.

La palabra *genocidio* me golpea con la fuerza de un puño de acero. No me puedo imaginar nada peor que pueda haber hecho Hudson; no me puedo ni imaginar lo depravado... lo maligno...

—*Oye, ¡ya vale!* —grita Hudson de repente regresando del pasillo oscuro al área principal.

La ira repentina en la voz de Hudson me hace abrir mucho los ojos y se me acelera el corazón. Es tan grande, tan sobrecogedora, que puedo sentir cómo amenaza la barricada que he levantado en mi cabeza. Puedo sentir las grietas que se forman mientras el muro se tambalea.

—*¿Hudson?* —consigo decir—. *¿Estás...?*

Pero no ha terminado. Su voz y sus insultos hacia Jaxon se vuelven más británicos a cada segundo que pasa.

—*No me vengas con esa puta basura, pedazo de gilipollas. Eres un cabrón estúpido, y estoy hasta la polla de ver cómo te pavoneas como el puto capullo que eres* .

Una vez más, el muro tiembla, formando más grietas, mientras yo me esfuerzo desesperadamente por enmendarlas y por tranquilizarlo.

—*Hudson. Eh, Hudson* .

No me escucha. Se pasea de aquí para allá delante de la mesa de préstamos mientras le lanza más insultos a Jaxon, que es completamente ajeno al hecho de que su hermano mayor acaba de llamarlo «rata de alcantarilla».

Jaxon se levanta (supongo que es difícil no darse cuenta de que algo va mal al verme perseguir a Hudson por la mitad delantera de la biblioteca) con los puños apretados y los ojos desorbitados de preocupación al verme. Está claro que está intentando encontrar la manera de enfrentarse a su hermano sin hacerme daño, pero no sabe cómo hacerlo... porque ahora mismo el único lugar en el que Hudson existe es dentro de mí.

Cuando parece que está a punto de hablar levanto la mano para impedírselo. Lo último que necesitamos es que diga algo que pueda hacerlo estallar de nuevo.

No le gusta, pero asiente y suelta los puños lentamente. Una vez convencida de que no va a decir nada más, me vuelvo y me acerco a Hudson.

—*Oye. Eh. Oye, mírame* . —Le pongo una mano en el hombro—. *Venga, Hudson. Inspira hondo y mírame, ¿vale?*

Entonces se vuelve, y la mirada que me lanza está tan cargada de una furia fulminante, de una traición tan abyecta y absoluta, que no puedo evitar retroceder un par de pasos tambaleándome.

No sé si es por el tambaleo o por mi expresión, pero, sea por lo que sea, Hudson se calma al instante. No se disculpa por su explosión, ni intenta explicarla, pero deja de decir

tacos y de parecer querer echar abajo la biblioteca, y a Jaxon con ella, y se aleja para sentarse en una de las sillas junto a la ventana, de espaldas a mí.

Me vuelvo y veo que Jaxon me está mirando: hay algo en sus ojos que me provoca escalofríos. No porque crea que vaya a hacerme daño, Jaxon jamás haría algo así, sino porque me da la impresión de que está muy lejos de mí, distante de un modo que no esperaba y que no sé cómo gestionar.

—Lo siento —susurro—. No pretendía hacerte daño. Es que es difícil ignorar a alguien que tiene una pataleta en mi cabeza. Ojalá pudiera —le digo—. Es más, ojalá no estuviera ahí. Pero está, y hago lo que puedo, Jaxon. De verdad.

El hielo de su mirada se derrite al escuchar mis palabras, y todo su cuerpo se relaja.

—Lo sé. —Me coge de la mano y tira de mí hacia él—. Siento que estés pasando por todo esto. Ojalá pudiera librarte de todo.

—No es responsabilidad tuya.

—Soy tu compañero. —Parece ligeramente ofendido—. Si no es responsabilidad mía, ¿de quién es?

—Mía —susurro, y me pongo de puntillas para pegar mis labios, muy suavemente, a los suyos—. Tú eres solo el apoyo moral.

Suelta una carcajada.

—Es la primera vez que alguien me otorga ese cargo.

—Apuesto a que sí. ¿Qué se siente?

Se lo piensa un momento antes de responder:

—No me gusta. —Lo miro con una falsa expresión de sorpresa, y se echa a reír. Entonces dice—: ¿Quieres saber lo de las gárgolas o no?

—Por supuesto que sí.

Jaxon me guía de nuevo hasta la mesa, volvemos a ocupar nuestros asientos y cogemos los libros que habíamos empezado a leer antes del arrebato de Hudson.

—Como iba diciendo, las gárgolas son antiguas, aunque no tanto como los vampiros. Nadie sabe cómo se crearon... —Se interrumpe para pensarlo—. O, al menos, yo no lo sé. Solo sé que no existían antes de la Primera Gran Guerra, pero sí durante los tiempos de la Segunda. Existen toda clase de historias acerca de sus orígenes, pero mis favoritas siempre giran en torno al hecho de que las brujas las crearon con la esperanza de librarse ellas mismas y a los humanos de otra gran guerra. Algunos dicen que usaron magia negra, pero yo nunca lo creí. Siempre pensé que pidieron ayuda a un poder superior, y por eso las gárgolas siempre han sido protectoras.

Protectoras . La palabra se posa sobre mí. Se hunde hasta mis huesos y fluye por mis venas. Me transmite una gran sensación. La siento como el hogar que no he tenido en cuatro largos meses y, al mismo tiempo, como el hogar que llevaba buscando toda mi vida sin ni siquiera saberlo.

—¿Qué se supone que debemos proteger? —pregunto nerviosa ante la promesa de lo que está por llegar.

—La propia magia —me dice Jaxon—. Y a todas las facciones que hacen uso de ella de todas las maneras posibles.

—Entonces, no es solo la magia de las brujas.

—No, no es solo la de las brujas. Las gárgolas mantienen el equilibrio entre todos los paranormales: vampiros, hombres lobo, brujas y dragones. —Hace una pausa—. Las sirenas, las *selkies* y todas las demás criaturas no humanas del planeta, y también a los humanos.

—Pero ¿por qué mató tu padre a las gárgolas, entonces? Si mantenían el equilibrio, ¿por qué quiso deshacerse de ellas?

—Por una cuestión de poder —responde Jaxon—. Mi madre y él querían más poder; un poder que no podían tomar sin más con las gárgolas vigilando. Y ahora lo tienen. Están sentados a la cabeza del Círculo...

—Amka me mencionó el Círculo. ¿Qué es? —pregunto.

—El Círculo es el organismo rector de los paranormales de todo el mundo. Mis padres ocupan las posiciones más altas del poder en el consejo, posiciones que heredaron cuando mi padre instigó la destrucción de todas las gárgolas —explica Jaxon.

—*Instigó el asesinato de todas las gárgolas* —dice Hudson desde donde sigue sentado cerca de la ventana— *porque convenció a sus aliados de que los humanos estaban planeando otra guerra; usó los juicios a las brujas de Salem para demostrar su afirmación. Y las gárgolas iban a ponerse de su parte* .

—¿Las mató por una guerra que nunca sucedió? —susurro horrorizada.

Jaxon pasa la página del libro que está hojeando.

—Bueno, eso es lo que creen algunas personas, sí.

—*Las mató a todas porque es un cabrón malvado, egoísta, sediento de poder y un cobarde* —lo corrige Hudson—. *Se bebió su propio Kool-Aid y de verdad cree que ha salvado a nuestra especie* .

Me quedo algo impactada, y horrorizada, al ver cómo precisamente Hudson describe a su padre. Él mismo quería eliminar a las demás especies, así que ¿por qué juzga tanto el hecho de que su padre hiciera lo mismo?

—*Yo no tengo nada que ver con mi padre* —me dice entre dientes, y parece más ofendido que nunca—. *¡Nada!*

No lo contradigo, aunque me creo que es absurdo que intente ignorar las similitudes entre sus actos y los de su padre. Que sí, que perseguían a facciones distintas en su búsqueda de la supremacía, pero eso no los hace diferentes. Son dos lados de la misma moneda.

Y haría bien en recordar esto antes de que consiga que nos mate a todos. Porque Hudson no estará en mi cabeza eternamente. Y todo el mundo se puede imaginar lo que hará cuando salga.

Jaxon debe de estar pensando lo mismo, porque se inclina hacia delante y dice:

—No importa lo que tengamos que hacer para conseguirlo, pero no podemos por nada del mundo liberar a mi hermano en este mundo con su poder. Mi padre mató a toda la raza de las gárgolas. Quién sabe lo que hará Hudson...

44

Dos cabezas no son mejor que una

Espero a que Hudson estalle, pero no dice ni una palabra. De hecho, está tan callado que, tras varios minutos de silencio, diría que se ha quedado dormido de no ser porque veo que golpetea el suelo con el pie mientras mira por la ventana.

No sé por qué no reacciona a las palabras de Jaxon, a lo mejor porque es consciente de que todo lo que ha dicho sobre él es verdad. O puede que se sienta avergonzado. O tal vez sea porque ya ha agotado toda su ira en el arrebato de antes. No lo sé. Solo sé que espero alguna respuesta por su parte.

Apenas conozco a Hudson de unos días, pero ya sé que no es típico de él quedarse callado. Y, desde luego, no es típico de él no responder con alguna bordería… o seis.

Y de repente me invaden una súbita tristeza y una sensación de agotamiento. Me esfuerzo por disimular un bostezo, pero Jaxon lo ve, como siempre, y dice:

—Venga, el resto de la investigación puede esperar hasta mañana. Vamos a llevarte a tu habitación.

Podría insistir en quedarme, pero cada vez estoy más cansada, así que asiento.

—¿Tenemos que recoger antes? —Señalo hacia la mesa donde las velas siguen encendidas.

—Te acompaño a tu habitación y después volveré y recogeré todo esto. —Jaxon empieza a guiarme hacia la puerta de la biblioteca.

—No seas tonto. Solo nos llevará diez minutos; luego podemos ir a mi cuarto.

Al final tardamos apenas cinco minutos en recoger y en salir. Cuando llegamos a mi dormitorio, sé que Jaxon espera poder besarme como ayer, pero hoy Hudson no está dormido. No me habla, pero es muy consciente de todo lo que pasa, y no puedo enrollarme con Jaxon mientras su hermano mira, y menos si encima lo hace desde dentro de mi cabeza.

Lo último que quiero es que él (o cualquiera) sepa lo que pienso cuando Jaxon me besa..., o aún peor, lo que siento. Es algo personal e íntimo que solo me concierne a mí.

De modo que, cuando Jaxon se dispone a dejar el inmenso florero en el suelo junto a mi puerta, le pongo una mano en el brazo para detenerlo.

—Tres son multitud —le digo.

Parece confundido, pero pronto cae en lo que le estoy diciendo, porque asiente y se aparta.

—¿Nos vemos mañana, entonces? Podemos quedar para desayunar a las diez, y después ir a investigar a la biblioteca, si te va bien.

—No se me ocurre mejor manera de pasar un sábado por la mañana que contigo —le digo.

—Perfecto. —Se dispone a entregarme las flores, pero antes le doy un abrazo enorme y acerco su rostro al mío para darle un piquito en los labios.

—Gracias por lo de esta noche. Ha sido increíble.

—¿Tú crees? —Parece algo avergonzado, pero también complacido. Y he de admitir que resulta adorable.

—Sí. Eres... —Dejo la frase a medias mientras busco la manera de expresar mis pensamientos con palabras.

Jaxon se apoya en el marco de la puerta, con una sonrisa de idiota en la cara y el inmenso florero en los brazos, y de alguna manera consigue seguir estando sexy de la hostia.

—¿Soy qué? —pregunta, y pone una cara estúpida.

—Un auténtico idiota —respondo después de echarme a reír.

Él también se ríe.

—No es precisamente lo que esperaba que dijeras, pero lo acepto. —Me pasa las flores y se inclina para besarme la mejilla—. Porque te acepto a ti.

Se me derrite el corazón al instante, no hay otra manera de describirlo.

—Me alegro —respondo—, porque yo también te acepto a ti.

Jaxon me abre la puerta y entro flotando, con el corazón y la cabeza repletos de este chico, de este chico poderoso y perfecto que me hace sentir cosas que jamás imaginé que pudiera sentir.

Macy no está; probablemente estará por ahí con algunas de las brujas haciendo brujerías, así que coloco las flores en la mesa y me dejo caer en la cama. Un par de minutos después, reproduzco mi lista de canciones favorita y cojo el libro que tengo en la mesita de noche. Pero es el mismo libro que estaba leyendo hace cuatro meses, cuando me transformé en una gárgola, por lo tanto no recuerdo el argumento.

Tres minutos y cinco páginas más tarde, dejo el libro y me planteo ver algo en Netflix, pero no hay nada que me llame la atención en este momento, y al final acabo paseándome por la habitación, tocándolo todo mientras busco algo que hacer.

No encuentro nada. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve sola en mi habitación, y todo se me hace tan raro que me cuesta creer que esté en el lugar correcto. No sé

qué me ocurre, teniendo en cuenta que cuando llegué al instituto Katmere lo único que quería era estar sola; y ahora, sin embargo, estoy de los nervios.

Al final decido darme una ducha para poder irme a la cama, pero de camino al cuarto de baño, pijama en mano, me doy cuenta de que no puedo hacer eso. Anoche, cuando me duché, Hudson estaba dormido. Hoy no lo está.

Está muy callado y no me ha dicho ni una palabra desde lo de la biblioteca, pero está tirado en la cama de Macy, leyendo... (alargo un poco el cuello para ver la portada del libro) *Crimen y castigo* , de Dostoyevski, y me pregunto si se sentirá identificado con Rodion, que acaba matando a la gente guiado por sus necesidades egoístas.

Vacilo. Quiero lavarme el pelo, pero no pienso desnudarme y ducharme con él ahí mirando, esté leyendo o no. ¿Cómo no va a verme desnuda si puedo verme yo misma? Está en mi cabeza.

—*Yo no haría algo así* .

Casi doy un brinco cuando, por fin, Hudson decide hablarme de repente. Sigue en la cama de Macy, con los tobillos cruzados y los brazos detrás de la cabeza, pero el libro descansa ahora sobre su pecho.

Tengo un millón de preguntas más que hacerle, como, por ejemplo, qué le ha cabreado tanto como para cerrarse de esa manera, pero me decido por la más inmediata:

—¿Qué quieres decir?

—*Que no me pondría a mirar cómo te duchas o cómo te desnudas. No tienes que preocuparte por eso* .

—Ya, pero ¿cómo no vas a verlo? Estás literalmente en mi cabeza; aunque parezca que estás en la cama de Macy —me toco la cabeza—, sigues estando aquí.

—*No lo sé. Lo mejor que puedo hacer es cerrar los ojos y meterme en lo más profundo de mi propia mente para no estar activo en la tuya todo el tiempo. Supongo que ya veremos si funciona. Pero dúchate tranquila. No tienes nada que temer de mí en ese sentido* .

—¿Es eso lo que has hecho al final en la biblioteca? ¿Meterte en tu propia mente?

No sé qué importancia tiene eso, no sé por qué no acepto la victoria y me alegro de que me haya dejado tranquila todo ese rato. Pero no me siento especialmente feliz, y quiero saber qué le ha pasado.

—*No* —responde al cabo de un segundo—. *He estado aquí todo el tiempo. Pero* ...

—¿Qué?

—*No sé* . —Niega con la cabeza—. *Supongo que solo quería pensar un rato* .

—Eso puedo entenderlo.

Sonríe y, por primera vez en toda la noche, no es una sonrisa burlona. Pero tampoco es una sonrisa alegre. Es un poco... triste.

—*¿Puedes?*

Es una buena pregunta, y no conozco la respuesta. Creo que tengo demasiadas cosas en la cabeza, nunca mejor dicho, pero, por primera vez, me pregunto cómo se debe de sentir Hudson, atrapado en la cabeza de una chica a la que apenas conoce y que ha dicho abiertamente que no le gusta; ahí encerrado hasta que averigüe la manera, no solo de sacarlo de ahí, sino también de convertirlo en humano, algo que no ha sido en toda su vida.

Sé lo extraña que me siento yo al saber que una parte de mí es gárgola y no humana. Debe de ser horrible ser un vampiro y saber que, cuando seas libre, habrás perdido aquello que te hace ser quien eres.

Me horroriza la idea de ser la responsable de despojar a Hudson de su identidad. Pero, al mismo tiempo, ¿qué alternativa tengo? ¿Liberarlo y esperar que no decida usar sus increíbles poderes para emprender una guerra contra el mundo entero?

No ha hecho absolutamente nada para ganarse la clase de confianza que eso requeriría.

—*Tienes razón* —me dice al cabo de un segundo.

—¿Sobre qué?

Da media vuelta sobre la cama, me da la espalda y añade:

—*No tienes ni idea de qué se siente siendo yo* .

Es una afirmación cierta pero también dolorosa y, durante largos segundos, me quedo ahí plantada pensando qué responder. Pero al final no hay respuesta, o al menos no hay respuesta buena, así que decido que este puede ser el momento perfecto para darme esa ducha. En el estado de ánimo en el que se encuentra, estoy segura de que Hudson no tendrá ningún interés en romper su promesa.

—*No rompería mi promesa de todos modos* .

El comentario se desliza de una forma tan insidiosa en mi mente, tan despacio y tan bajito, que tardo un momento en reconocerlo siquiera por lo que es.

Pero, cuando lo hago, no puedo evitar responderle: «Lo sé», porque es verdad, aunque no sé por qué lo sé.

No es hasta más tarde, después de enjuagarme el acondicionador del pelo, cuando me viene algo a la cabeza. No es que estuviese aburrida al entrar en mi cuarto. No es que no supiera qué hacer lo que me impedía sentirme cómoda. Era el hecho de que Hudson no estuviese ahí, en mi cabeza, diciendo sus tonterías, sus borderías y sus gracietas, lo que me descolocaba tanto.

No tiene ningún sentido, pero, de alguna manera, en tan solo un par de días, me he acostumbrado a que su voz esté en mi cabeza. Me he acostumbrado a sus comentarios y a sus opiniones constantes, e incluso al modo en que me obliga a admitir lo que realmente pienso y siento.

No sé cómo ha podido pasar, porque odio a este chico y todo lo que representa, todo lo que hizo en su día. Pero ha pasado, y ahora no tengo ni idea de qué hacer respecto a que tal vez, solo tal vez, esté empezando a considerar a Hudson algo más que un enemigo. No un amigo, no soy tan tonta como para bajar la guardia hasta ese punto, pero tampoco lo encuentro tan odioso ya.

No es la mejor descripción del mundo, y espero un comentario sarcástico en cuanto la hago, pero no recibo nada. Porque Hudson está haciendo lo que ha dicho que haría: dándome la privacidad que necesitaba. Y eso me confunde más todavía.

Salgo de la ducha y me seco tan rápido que el pijama se me pega en las zonas todavía húmedas cuando me cepillo los dientes y por fin me voy a la cama.

Cuando me deslizo bajo las sábanas, miro hacia el lado de Macy y veo que Hudson no está. Está tan callado que supongo que debe de dormir. Lo cual probablemente sea algo positivo teniendo en cuenta que he de pensar, pensar de verdad, y lo último que necesito ahora mismo es tenerlo a él cotilleando por encima del hombro mientras lo hago.

Porque lo cierto es que no puedo quedarme aquí sentada esperando a que haga algo espantoso. Ya noto las grietas en el escudo que levanté para mantenerlo a raya, y quién sabe lo que hará cuando este acabe debilitándose lo suficiente como para traspasarlo.

Ahora que ha llegado el fin de semana, tengo que avanzar en la búsqueda de los objetos que requiero para sacármelo de la cabeza. Jaxon me ha recordado lo peligroso y lo poco de fiar que es. Y si añadimos eso a las grietas... De repente, empiezo a sentir que van a ser días, y no semanas, lo que tardará en atravesar el muro.

Y entonces estaremos todos jodidos.

45

Déjate los *daddy issues* en la puerta

Me despierto con el horrible ruido del despertador y con la luz del sol entrando por la única ventana de nuestra habitación.

—¡Apágalo! —protesta Macy desde su cama cubriéndose la cabeza con la almohada—. Por el amor de Dios, apágalo.

Lo hago, pero salgo de la cama porque son las nueve y cuarto, y tengo que estar en la cafetería en cuarenta y cinco minutos. No debería costarme tanto, pero anoche tardé en dormirme y estoy cansada.

Me dirijo al baño lo más silenciosamente posible para lavarme la cara y cepillarme los dientes, pero Macy se da la vuelta en la cama al cabo de un minuto y me pregunta:

—¿Adónde vas?

—He quedado con Jaxon para desayunar; después iremos a la biblioteca a investigar. —Contemplo sus ojos adormilados—. Recuerdas que tengo un vampiro en el cerebro y que mi muro no lo contendrá eternamente, ¿verdad?

Macy gruñe y gimotea en su almohada durante un minuto, pero después aparta las sábanas y se incorpora, con los pies en el suelo.

Me echo a reír al verla, y ella me mira con cara de pena y pone morritos. Intento disculparme, pero soy incapaz. Cada vez que la miro me entra la risa porque tiene un aspecto ridículo.

Lleva el pelo rosa eléctrico levantado como si fuera la cresta de un gallo y los ojos tiznados de negro como un mapache. Un mapache adorable, pero un mapache al fin y al cabo.

—¿Por qué te levantas? —pregunto de camino al armario —. Vuelve a dormirte. Parece que lo necesitas.

—No te haces una idea. Uno de los lobos celebró una fiesta anoche, y la cosa se descontroló un poco. —Menea la mano en el aire arriba y abajo delante de su cara—. Por eso tengo esta pinta de vieja bruja.

—Yo no lo describiría así, pero bueno. —Le sonrío—. Reitero mi pregunta: ¿para qué te levantas si tienes todo el día para recuperarte?

—Porque voy a ir contigo, tonta.

—¿Qué? No, no hace falta. Nos vamos a pasar el día en la biblioteca leyendo libros polvorientos.

—Pues eso mismo voy a hacer yo. —Macy se levanta y se tambalea hasta el cuarto de baño—. Además, se me da genial investigar. Se me da de lujo, incluso sin hechizos. Así que te ayudaré hasta las dos, que he quedado con Gwen.

—¿Hay un hechizo que ayuda a investigar? —pregunto fascinada ante la idea.

Pone los ojos en blanco, o al menos creo que lo hace. Con todo ese maquillaje corrido no sabría decirlo.

—Hay un hechizo para todo si buscas bien.

—¿Para todo? —pregunto, pero ya ha cerrado la puerta del baño. Segundos después, oigo correr el agua.

—*Para todo* —responde Hudson—. *Las brujas son criaturas prácticas. ¿Por qué hacer algo de la manera difícil si puedes*

hacerlo más rápido?

Está sentado en el suelo, cerca de la puerta, rodeando sus rodillas recogidas con los brazos. Por primera vez desde que se mostró en mi cabeza, va vestido con un par de vaqueros desteñidos. Están rotos por las rodillas, con los extremos de las perneras deshilachados y la verdad es que le quedan de maravilla, al igual que la camiseta blanca que lleva.

—*¿Y qué me dices de los vampiros?* —pregunto con curiosidad. Y porque necesito distraerme del hecho de que Hudson no está nada mal, y de que me haya fijado en ello —. *¿Ellos también son prácticos?*

Suelta una risotada.

—*Solo en lo que respecta a quién van a comerse* .

—*¡Eso es horrible!* —le digo, pero también me río un poco.

—*Sí, bueno, horrible y cierto suelen ir de la mano* . —Se pasa las palmas por las rodillas en un gesto que denota nerviosismo—. *¿O acaso no has llegado ya a esa conclusión?*

El hecho de que piense esto dice mucho sobre Hudson. Pero no suele ser tan directo, y me gustaría saber qué ha pasado esta noche para que esté tan amargado. Considero el preguntárselo, pero las cosas están relativamente tranquilas ahora, y prefiero que sigan así. Sobre todo porque he quedado con Jaxon en menos de una hora.

—*Voy a cambiarme, ¿vale?* —le digo, y me acerco al armario para buscar algo que ponerme.

Agita la mano con aire despreocupado como diciendo «haz lo que quieras», pero también gira la cabeza hacia la pared y cierra los ojos.

—*Gracias* —le digo, y empiezo a rebuscar entre mis prendas.

No responde.

Me dispongo a ponerme uno de los conjuntos que Macy me había comprado cuando llegué aquí, pero al final me decido por una camiseta de tirantes turquesa y unos pantalones de yoga de mi antigua vida. Como ahora vivo en Alaska, en un viejo castillo en el que a veces hay corrientes

de aire y no quiero pasarme las próximas diez horas de mi vida congelándome, me pongo mi cárdigan favorito encima de la camiseta. Su suavidad sobre mi piel hace que me sienta más yo misma de lo que me he sentido desde que regresé de mi estado de piedra.

Es muy agradable.

—Ya estoy —digo en voz baja, y Hudson asiente, pero no abre los ojos.

Y aprovechando esta oportunidad única y sin precedentes de observarlo sin interrupciones (normalmente está despierto del todo e intercambiando dardos conmigo cada vez que lo veo), no puedo evitar percatarme de lo cansado que parece.

Lo entiendo. Yo he dormido dos noches enteras y sigo sintiéndome como si me hubiese pasado un camión por encima. Pero su cansancio parece más tenso, más duro, más profundo, y me pregunto qué le estará pasando por la cabeza. Me pregunto qué estará sintiendo, si es que siente algo.

Hace cuatro días me habría sido imposible imaginarme que acabaría preocupándome por Hudson. Aún me cuesta creerlo ahora, después de todo lo que ha hecho, a Jaxon y a todos los demás aquí en el Katmere; después de lo que quería hacerle al mundo.

Me pregunto si no será esto el síndrome de Estocolmo, en el que a pesar de todas las cosas horribles que ha hecho tu captor, te empiezas a sentir identificada con él. Joder, espero que no sea el caso.

—*Creo que debería preocuparte más si existe el síndrome de Estocolmo invertido; ¿no crees, teniendo en cuenta que has sido tú la que me ha tenido cautivo durante casi tres meses y medio?* —Ahí está de nuevo ese marcado acento británico y, cuando abre los ojos, veo que también ha regresado esa sonrisa de superioridad que convierte a Hudson en... Hudson.

Abro los ojos como platos.

—¿Yo? ¡Eres tú el que no se va de mi cabeza!

—*¿Que no me voy de tu cabeza?* —Suelta un bufido—. *¿Sabes lo ridículo que suena eso? Estoy desesperado por irme de tu cabeza. ¡Eres tú la que pierde el tiempo yendo a clase y pintando cuadritos, ah, y besando a mi hermano, cuando deberías estar buscando una piedra de sangre!*

—Perdóname si que viva mi vida te parece una pérdida de tiempo, pero no puedo dejarlo todo así sin más e irme a recorrer el mundo para que tú no tengas una pataleta —le suelto.

—*¿Una pataleta?* —Su voz suena peligrosamente grave—. *Es la segunda vez que me acusas de algo así cuando expreso mi preocupación justificada sobre tu actitud. La primera vez lo dejé correr, pero, te lo advierto, no lo vuelvas a hacer* .

No pienso consentir que me amenace, y mucho menos aguantar esa mirada que pone cuando lo hace.

—¿O qué? —digo, y todo mi cuerpo crepita de rabia.

De repente, se levanta, atraviesa la habitación y pone su rostro a varios centímetros del mío.

—*O dejaré de «portarme bien», y eso es algo que no creo que ni tú ni tu querido compañerito podáis gestionar* .

—¡¿Tú crees que hacerte con el control de mi cuerpo y dejarme cubierta de sangre es «portarse bien»?! —grito a media octava del tono que se necesita para llegar a romper los cristales—. ¿Tú crees que hacer comentarios bordes sobre tu hermano cada segundo que paso con él es «portarse bien»?

Sus ojos se tornan dos finas líneas.

—*¿Comparado con lo que tú me estás haciendo? Joder, sí, creo que me estoy «portando bien»* .

—¿Lo que yo te estoy haciendo? ¿¡Lo que yo te estoy haciendo!? —Hago un gesto con la mano como diciendo: «Acércate y dímelo a la cara»—. Por favor, no te cortes. Dime qué es exactamente eso tan horrible que te estoy

haciendo aparte de buscar el modo de que vivas fuera de mi cabeza.

—*Tú* ... —Se interrumpe, con los puños y la mandíbula apretados, mirándome amenazadoramente—. *Yo* ... —Con un gruñido, coge impulso y le propina un puñetazo a la pared más cercana.

Retrocedo, sorprendida ante la intensidad de su furia, y más todavía por el hecho de que hay un agujero real del tamaño de un puño en la pared, justo al lado de mi cabeza. Me miro las manos, preguntándome si se ha apoderado de mi mente el tiempo suficiente como para hacerme golpear la pared, pero mis manos están perfectamente, y ni siquiera tengo rojos los nudillos. Así que, no, yo no he golpeado la pared. Ha sido Hudson. La pregunta es: ¿cómo?

Se me ponen los pelos de punta al pensar que es capaz de tener tanto poder incluso sin un cuerpo. Incluso estando dentro de mí. Sé que su poder principal es el de la persuasión y, por primera vez, me pregunto si no lo estará usando conmigo sin que me dé cuenta.

Tal vez sea por eso por lo que a veces me siento mal por él. Tal vez sea esa la razón por la que anoche empecé a pensar que a lo mejor no es el enemigo que tanto temía que fuera. Tal vez por eso...

—*¿Quieres parar?* —susurra Hudson, y ahora parece más débil y más enfermo de lo que lo he visto jamás—. *No para siempre, unos segundos aunque sea. ¿Quieres hacer el favor de parar?*

46

Las gárgolas también necesitan un poco de glamur

—¿Parar de qué? —pregunto desconcertada cuando él se da la vuelta. Deja caer los hombros hacia delante—. ¿Hudson? —insisto al ver que no me responde, pero él se limita a negar con la cabeza mientras se dirige a la ventana para mirar la nieve—. ¿Parar de qué?

Se echa a reír, pero no con su sarcasmo habitual. Es una risa más bien... triste.

—*El que no lo sepas lo dice todo* .

No estoy segura de cómo responder a eso, así que no digo nada. El silencio surge entre nosotros como un trozo de aquel papel de seda brillante con el que mi madre envolvía siempre mis regalos: ligero y muy muy frágil; cuanto más se alarga, más miedo me da romperlo. Pero más miedo me da pensar que, si lo hago, también romperé la extraña tregua que Hudson y yo hemos mantenido durante los últimos dos días.

Y ¿qué pasará si lo hago?

Afortunadamente Macy llega al rescate, como siempre. A las nueve y cuarenta y cinco, quince minutos antes de mi

cita con Jaxon en la cafetería, sale bailoteando del cuarto de baño con un aspecto mil veces mejor que el que tenía cuando ha entrado.

—Dame cinco minutos para que me ponga los zapatos y me arregle un poco y podemos irnos —dice, y se acerca a su armario.

—¿Por qué tu siempre estás tan glamurosa y yo siempre tengo que tener este aspecto? —pregunto meneando la mano delante de mi cara.

—Porque tú tienes el pelo bonito. Y estás bien. En serio.

Menea los dedos delante de su cara, entona unas cuantas palabras por lo bajini y, de repente, tiene el pelo seco y su rostro parece más radiante, más suave y más bonito.

—Das asco —le digo.

—Vale, vale. —Pone los ojos en blanco—. Ven aquí, que te arregle también.

¡Qué emoción!

—¿En serio?

—En serio. Lo habría hecho antes, pero no parecías muy interesada. No me cuesta nada.

Normalmente no me interesa, ya me he resignado y estoy bastante conforme con mi aspecto de «mona en un día bueno», pero después de todo lo que ha pasado con Hudson y de lo que me temo que está por venir una vez que Hudson y Jaxon vuelvan a encontrarse en una misma habitación juntos, no me vendrá nada mal la artillería adicional.

Me acerco a Macy y levanto la cara hacia ella, ya que mide veinte centímetros más que yo (cosa que tampoco me da nada de envidia), y espero a que haga su magia.

—Cierra los ojos —me dice. Obedezco y espero a que termine. Y espero. Y espero. Y espero.

—¿Tanto trabajo necesito? —bromeo, y abro los ojos cuando oigo que Macy exhala un suspiro de impaciencia.

—No necesitas ningún trabajo —responde—, y menos mal, porque mi magia no funciona contigo.

—¿Cómo que no funciona conmigo?

—Pues que no funciona. —Parece desconcertada—. No lo entiendo. La tercera vez que lo he intentado he usado un hechizo más complicado, pero tampoco ha funcionado. Y siempre funciona. No lo comprendo.

—Está claro que es porque soy demasiado guapa —bromeo—. Solo hay que verme —digo, y muevo la mano arriba y abajo, señalándome a mí misma.

—¿Verdad? —replica Macy—. Será por eso.

Me echo a reír y le doy un golpecito con el hombro.

—Solo era una broma, tonta.

—Lo sé. —Me guiña el ojo—. Pero eres monísima, así que...

—Monísima a veces —digo, y suspiro—. Pero ¿glamurosa? Glamurosa nunca. Y hasta tu magia lo sabe.

Pone los ojos en blanco por segunda vez.

—Venga ya. Ojalá supiera qué está pasando.

—Yo también. Me pregunto si será alguna especie de cosa extraña de gárgolas que todavía no hemos averiguado. Alguna regla en plan «La piedra jamás deberá ser glamurosa» o algo así... Vaya suerte que tengo.

Extiende la mano en dirección a su armario y murmura algo. Segundos después, su par favorito de bailarinas Rothy flotan hacia su mano.

—Vale, entonces mi magia no se ha estropeado. —Se vuelve hacia mí y se encoge de hombros—. No lo entiendo.

—Ya, yo tampoco.

Espero a que Hudson diga algo, pues, habiendo vivido tantos cientos de años, sabe mucho más que cualquiera de nosotros sobre cosas mágicas y por lo general se muere por hacerme sentir tonta señalando cosas que él considera obvias. Pero sigue mirando por la ventana... y testarudamente callado.

—Le preguntaré a mi padre la próxima vez que lo vea. Mientras tanto, supongo que vas a tener que conformarte con estar mona en lugar de glamurosa. ¿Crees que podrás soportarlo?

Ahora es mi turno de poner los ojos en blanco.

—Medio mona, y lo soporto a diario, ¿no?

—Qué tonta estás. —Macy atraviesa la habitación para ir a por su móvil y ahoga un grito al ver el agujero que Hudson ha dejado en la pared—. ¿Qué ha pasado? —pregunta mirándonos intermitentemente al agujero y a mí—. ¡Mi padre se va a poner hecho una furia!

—Hudson y yo estábamos discutiendo y...

—¿Has sido tú? —Los ojos casi se le salen de las órbitas.

—¡Pues claro que no! ¡Ha sido él! —Levanto la mano para detener lo que probablemente van a ser un millón de preguntas—. Y antes de que me lo preguntes, no, no tengo ni idea de cómo lo ha hecho. Estábamos discutiendo, se ha enfadado y entonces lo he visto golpear la pared. Cuando ha apartado el puño, ¡pum! Ahí estaba el agujero.

—No entiendo cómo alguien sin cuerpo puede hacer algo así. ¿Es que aún tiene acceso a sus poderes? —Parece horrorizarle la idea.

—No creo. ¿No lo sabría yo si así fuera? —Pero que lo haya sugerido me preocupa aún más de lo que ya lo estaba. ¿Y si ha estado jugando con mi mente todo este tiempo y no me he dado cuenta?

—*Joder, no he estado jugando con tu mente* —dice Hudson —. *¿Quieres dejarlo estar? No soy Satán* .

—¡Yo no he dicho que lo seas! —le respondo esforzándome por hacer caso omiso del alivio que siento en el fondo del estómago por el hecho de que vuelva a hablarme otra vez —. Pero ¿te sorprende que me lo pregunte?

Macy se da cuenta de que estoy discutiendo con Hudson otra vez, pone cara de estar harta y empieza a guardar sus cosas de clase en la mochila.

—*¡Pues sí, la verdad!* —Su acento británico vuelve a estar presente, lo que me indica lo cabreado que está—. *¿No crees que las cosas serían muy diferentes si de verdad estuviese usando mi don contigo? Estarías haciendo lo que yo quisiera que hicieras en lugar de discutir conmigo hasta que me dan ganas de arrancarme el pelo de la cabeza* .

—Vaya, perdón por seguir existiendo y por tener mis propios pensamientos y mis propias ideas. Lamento incomodarle.

¿Estoy siendo borde? Sí. ¿Me importa? Ni lo más mínimo. Se lo merece con esa actitud de «ahora guardo silencio, ahora soy el amo del lugar».

—*Todo en ti me ha incomodado desde el momento en que te vi* —me responde—. *¿Por qué iba a ser hoy diferente?*

—¿Sabes qué? Vete a la mierda. Ay, perdona. Se me olvidaba. No puedes.

Los gruñidos de Hudson se vuelven más agresivos y, al final, se vuelve desde la ventana y empieza a caminar hacia mí. Pero se detiene a varios pasos de distancia, con las manos en los bolsillos traseros y mirándome con los ojos entrecerrados.

—*Un día vas a cruzar la raya. Lo sabes, ¿no?*

—Y ¿qué harás entonces? ¿Otro agujero en la pared? —Le devuelvo la mirada de odio—. A mí no me amenaces. No soy una niñita asustada dispuesta a obedecerte. Si eso es lo que quieres, deberías haberte escondido en el cerebro de alguna dulce humanita en lugar de en el mío.

—*¿Una dulce humanita?* —repite, y así, sin más, su ira desaparece, sustituida por un tono divertido casi palpable—. *Vaya, parece que lo de ser gárgola está empezando a gustarte, ¿eh?*

No sé qué decir a eso, ni siquiera sé cómo me siento respecto a lo que acabo de decir. Así que hago lo único que puedo en esta situación: ignorar completamente la pregunta.

—Venga, Macy, vámonos a la cafetería antes de que Jaxon empiece a pensar que me he olvidado de él... otra vez.

—Yo estoy lista —responde mi prima, y sonríe de oreja a oreja—. Solo esperaba a que Hudson y tú dejaseis de despellejaros. Tengo que decir que tu cara no tenía precio.

—¿Qué pinta tenía? —pregunto cuando cerramos la puerta al salir y empezamos a recorrer el pasillo.

—Como si quisieras asesinar a una aldea entera. O más bien a un área metropolitana importante.

—*Eso sí que sería divertido* —interviene Hudson—. *Dime dónde y cuándo, y allí estaré* .

—¿No estarías allí de todas formas, teniendo en cuenta que no podemos separarnos? —Enarco las cejas ante el hecho de que lo peor parece haber pasado, al menos por el momento.

—*Era una forma de hablar. Sabes lo que significa, ¿no?*

—¿Te refieres a unir verbos, sustantivos y adjetivos? —bromeo, porque claro que sé lo que significa «una forma de hablar». Y también sé lo que son las frases coloquiales, que es en realidad lo que ha pronunciado.

Hudson se frota los ojos.

—*A veces me das miedo, ¿sabes? En serio* .

Me echo a reír, y entonces le suelto mi propia frase coloquial:

—Nene, tú no has visto nada todavía.

Suspira.

—*No me digas* .

47

¿Es que no os llega la sangre a la cabeza?

—Tengo una pregunta —le digo a Macy de camino a la cafetería.

—Dime. —Me mira con curiosidad.

—¿Era muy evidente que estaba discutiendo con Hudson en el cuarto? Porque, si la gente se da cuenta, seguro que piensan que estoy mal de la cabeza.

—Eh... me temo que es demasiado tarde para eso —bromea. Pero, al ver que la miro exasperada, añade—: Creo que se te olvida dónde estás. El año pasado, una bruja se volvió invisible durante casi seis meses. La gente se pasó un semestre entero yendo por ahí como si estuviese hablando con las paredes. Aquí pasan cosas raras a diario. Nadie se sorprende casi nunca.

—Ya, bueno, a mí sí me miran raro. Todo el tiempo.

—Ya hemos hablado de esto. Al estar saliendo con Jaxon, la mitad del instituto te odia, y la otra mitad quiere estar contigo. Así son las cosas. Si encima le añades que eres una gárgola... Si la gente te mira no es por lo de Hudson. Así que, relájate, ¿vale?

Reflexiono sobre sus palabras un momento.

—Vale.

Jaxon llega a la cafetería al mismo tiempo que nosotras, acompañado de al menos la mitad de la Orden: Mekhi, a quien no he visto desde que me trajo la chaqueta de Jaxon, Luca y Rafael.

Los tres me sonríen como si fuera Navidad o Halloween.

—Ya era hora de que te decidieses a dar la cara por aquí —me dice Mekhi envolviéndome en un inmenso abrazo con esencia oceánica—. No parábamos de preguntarle a Jaxon cuándo íbamos a verte.

Los abrazos de Luca y Rafael son más comedidos: no tenemos tanta confianza, pero ambos me reciben entusiasmados también.

Jaxon les da un par de minutos y, después, se abre paso entre el grupo para apartarme de ellos y ponernos en marcha.

—¿Tienes hambre? —me pregunta de camino a la cola principal.

—Pues la verdad es que sí.

Me sorprende un poco el hecho de que vuelvo a tener un hambre atroz. No sé si es que pelear con Hudson quema una tonelada de calorías o si es que estoy compensando el haberme pasado quince semanas sin comer.

Cojo una bandeja y la lleno de huevos, tostadas y tortitas de patata. Jaxon añade un paquete de Pop-Tarts de cereza y me guiña el ojo. Luego se va a por su propio desayuno mientras yo me sirvo las dos tazas más grandes del mundo de café.

Macy, quien se ha autoproclamado adicta a la cafeína, me mira con los ojos abiertos como platos cuando me ve coger la segunda taza, pero no dice nada. Después de todo, una chica tiene que hacer lo que tiene que hacer.

No tardamos en sentarnos a la mesa. Jaxon y los demás vampiros se beben su desayuno en unos vasos de acero inoxidable, imagino que por deferencia a mí, ya que es la

primera vez que los veo bebiendo sangre, mientras que Macy y yo disfrutamos de nuestro café como si fuera un chute.

Mi extraña vida me está pasando factura, y ahora mismo tengo la impresión de que no hay suficiente cafeína en el mundo. Jaxon debe de sentir lo mismo, porque él también parece algo ojeroso.

—¿Estás bien? —susurro, y deslizo mi mano hasta la suya mientras los demás se ríen y bromean sobre nosotros.

—Sí. —Me sonríe—. Es la primera vez que como en un par de días, y creo que me hacía falta. Sobre todo después de la visita a la Sangradora.

—Jaxon, no puedes hacer eso. Sé que has estado preocupado por mí, pero tienes que cuidarte también.

Me acurruco junto a él y, al hacerlo, siento ese extraño calor ardiendo dentro de mí... y entre nosotros. «¿Será el vínculo que nos une como compañeros?», me pregunto. La mayor parte del tiempo apenas lo noto, tal vez porque todavía no sé tanto al respecto como debería, pero ahora mismo puedo sentir una conexión intensa y maravillosa entre nosotros. Me regodeo un poco en ella porque es muy agradable. Como lo es también sentir a Jaxon al otro lado, cálido, fuerte, estable.

No sé lo que estoy haciendo; ni siquiera sé cómo interactuar con el vínculo. Pero Jaxon parece tan tierno y adormilado, y tan distinto a como suele mostrarse, que no puedo evitar cerrar los ojos y levantar la mano hasta colocarla sobre su corazón, en este espacio en el que parece que algo existe entre nosotros, y le sonrío con calidez.

Sus mejillas empiezan a adquirir más color, y sus ojos comienzan a ponerse más alerta, así que me aparto, pero le aprieto la mano, que sigue en la mía.

Sus ojos de media noche se tornan cálidos al encontrarse con los míos, y enarca las cejas de un modo tan sexy que me acurruco aún más a su lado y le susurro al oído:

—Luego.

De repente, Hudson se deja caer en un sitio vacío en nuestra mesa y gruñe:

—Al menos avísame la próxima vez que vayas a hacer algo así de nauseabundo —dice—. *Para que me vaya a mirar por la ventana o algo* .

—Es mi compañero. Puedo acariciarlo entero si me apetece .

Su única respuesta es entrecerrar los ojos y soltar un gruñido tan intenso que me provoca escalofríos.

—¿En serio vais a pasaros toda la tarde saltando desde lo alto del castillo? —pregunta Macy al grupo de vampiros presentes.

—¿Saltando desde lo alto del castillo? —articulo mirando a Jaxon, que inclina la cabeza como diciendo: «¿Qué le vamos a hacer?».

—Habrá que empezar a practicar para el Ludares, ¿no? —responde Mekhi—. No falta nada para que empiece.

—¿Vais a competir? —pregunto mirando a Jaxon—. Tengo entendido que es peligroso.

Toda la mesa se vuelve hacia mí con las cejas enarcadas.

—¿Y qué, si es peligroso? —responde Rafael—. Es nuestro último año en el Katmere, llevamos toda la vida esperando la oportunidad de dominar el torneo. Por supuesto que vamos a competir.

—Además, hay peligros, Grace, y luego está «el peligro» —dice Mekhi, y me sonríe—. Nadie ha muerto nunca compitiendo en el Ludares.

—¿Que nadie ha muerto? ¿Estáis de coña? ¿Cómo podéis aprobar algo así solo porque nadie haya muerto todavía?

Miro a mi prima buscando algo de solidaridad, pero está claro que está con los demás, y me observa con condescendencia, como si fuera yo la que no lo entiende. Entonces caigo en la cuenta.

—Un momento. Macy, dime que no vas a participar en un juego en el que *peligroso* es el primer adjetivo que te viene

a la cabeza al mencionarlo.

—En realidad es el segundo adjetivo —me dice Luca con una sonrisa de oreja a oreja—. *Divertido* es el primero.

—Ah, bueno, en ese caso... claro, todos deberíamos competir —le digo—. No querría perderme pasar un buen rato.

—¡Exacto! —exclama Rafael, y me guiña el ojo—. Además, si alguno de nosotros tiene esperanzas de acabar en el Círculo..., en fin, tenemos que empezar a entrenar ya.

—Pero ¿eso aún existe? —pregunto. Tengo un vago recuerdo de que Amka me mencionó algo de que el Ludares antiguamente era una prueba para acabar en el Círculo, pero, la verdad, tampoco había pensado mucho en ello—. ¿Participáis en un juego para convertiros en miembros del Círculo? Y ¿si se os dan fatal los deportes?

Jaxon se echa a reír.

—El Ludares empezó como una competición para las parejas de compañeros más fuertes. Si sobrevivías a las pruebas, pasabas a formar parte del Círculo.

Mekhi sonríe.

—¿Te puedes imaginar lo bestial que era? Una pareja de compañeros contra ocho temibles oponentes. Me habría encantado ver a los padres de Jaxon o de Flint compitiendo por estar en el Círculo. Tuvo que ser una pasada.

Eh... ya. Esa no es precisamente mi idea de pasar un buen rato. Para nada.

—Entonces ¿solo pueden entrar en el Círculo las parejas de compañeros?

Eso no me lo esperaba, aunque probablemente debería, teniendo en cuenta que tanto los padres de Jaxon como los de Flint están ahí.

Jaxon asiente.

—Podría decirse que sí. Hacen falta al menos dos personas para sobrevivir a la prueba, o eso comentan. —Me aprieta la mano sosteniéndome la mirada—. No paro de pensar que

tenemos que hacerlo un día. El Círculo necesita a alguien que lo dirija que no permita que eso pase.

—¿Nosotros? ¿Por qué? Creía que odiabas todo eso de ser príncipe.

A ver, desde luego lo de ser reina no está en mi agenda. Me interesa más la facultad de Arte, incluso si tengo que tomarme un año sabático por lo de haber estado atrapada en forma de gárgola durante cuatro meses, que me ha fastidiado las solicitudes a las universidades y todo lo demás en mi vida, al parecer.

—Y lo odio —me asegura—, pero la Tercera Gran Guerra lleva gestándose mucho tiempo, y Hudson solo lo complicó todo con toda esa mierda antes de morir.

—*Claro que sí, ahora será culpa mía que nuestro padre y los lobos se hayan unido a los vampiros convertidos para aniquilar a todos los demás* . —Hudson pone los ojos en blanco—. *Menudo gilipollas* .

—Y ¿eso qué tiene que ver con que nosotros estemos a la cabeza del Círculo? —le pregunto a Jaxon, aunque pienso volver al comentario de Hudson después, porque sonaba muy distinto a todo lo que yo he oído.

—Las gárgolas son las encargadas de mantener la paz —interviene Mekhi—. Si Jaxon y tú ocupáis el lugar de sus padres, tenéis más posibilidades de mantenerlo todo bajo control. Entre el poder de Jaxon y tu capacidad para calmar las cosas...

—¿Puedo hacer eso? —interrumpo.

—Eso dicen las viejas historias —me informa Rafael—. Las gárgolas se crearon para mantener el equilibrio entre las facciones.

—Exacto. De modo que cuando mis padres abdiquen, podemos ocupar su lugar y volver a colocar las cosas en la dirección correcta —dice Jaxon muy serio—, lo que sin duda incluye evitar la guerra.

—*Ya, como si eso fuese a pasar* . —Hudson compone un gesto de irritación—. *Para empezar, nuestro padre solo*

abdicaría si le cortases la cabeza, la separases de su cuerpo y luego lo quemases, dos veces. Y no sé si, aun así, lo conseguirías. Y, en segundo lugar, ¿quién dice que estar en el Círculo sea algo bueno? Puede que Jaxon tenga ahora una idea romántica de lo fácil que será detener una guerra, pero lo cierto es que es difícil y terriblemente crudo —afirma con seguridad, como si supiera de lo que está hablando—. *Además, estar en el Círculo no es algo tan bueno* .

»Yo preferiría quedarme al margen de ese puto Consejo y mantener a mi compañera a salvo a participar en él y estar siempre preocupándome por si alguien trata de matarla o de ocupar nuestro lugar. Pero, claro, a Jaxon esa parte no debe de importarle una mierda .

—Y ¿si el compañero de alguien muere? —pregunto—. ¿Cómo funciona eso?

—Normalmente, eso solo sucede si alguien lo asesina —responde Macy—. Los vampiros son las únicas criaturas inmortales, pero el resto de nosotros tendemos a vivir mucho mucho tiempo.

—Eso no debería preocuparte —insiste Jaxon—. Nadie intentará tocarte una vez que dirijamos el Círculo. Nadie se atrevería.

No sé muy bien cómo me siento respecto a todo esto, incluido el hecho de que, al parecer, Jaxon ha estado haciendo planes sobre nuestro futuro sin consultarme en absoluto. Y el hecho de que parece pensar que va a ser su responsabilidad cuidarme durante el resto de nuestra vida. A ver, me gusta lo de cuidarnos el uno al otro, pero no pienso ser una especie de carga de la que tenga que responsabilizarse. De eso nada. Tendré que redoblar mis esfuerzos de investigación sobre las gárgolas. No quiero ser la carga de nadie. Quiero cuidarme solita.

Jaxon se vuelve para discutir alguna estrategia especialmente extraordinaria con Mekhi, y no puedo evitar buscar a Hudson con la mirada para ver si está de acuerdo con Jaxon *en que necesito protección.*

—*Tú nos podrías dar una paliza a todos, Grace* —dice sin apartar sus insondables ojos azules de los míos—. *Como poco.*

Me río. No puedo evitarlo. No le creo ni por un instante, pero la tensión que sentía en el pecho se relaja ligeramente. A ver, si Hudson piensa que soy una malota, eso ha de tener algún peso, ¿no?

—*Por supuesto que lo tiene* . —Me sonríe de oreja a oreja, y me doy cuenta de que echaba eso de menos durante el tiempo que ha permanecido tan callado.

Sin embargo, antes de que pueda pensar mucho en ello, Macy se queja de un lobo al que quiere darle una lección. Al ver que no proporciona más detalles, recuerdo que no ha llegado a responder a mi pregunta.

—Macy, no pensarás competir, ¿verdad?

Su rostro se ilumina.

—¡Pues claro que voy a competir! Este es el primer año que puedo hacerlo, ¡y me muero de ganas!

—Di que sí, chica —dice Flint mientras se deja caer en una silla a un extremo de la mesa, al lado de Hudson, que se levanta y se apoya contra una pared cercana—. El torneo de este año va a ser épico.

Flint levanta el puño para chocárselo, y Macy casi se traga su propia lengua justo antes de chocarle el puño con tanta fuerza como para hacerse una magulladura. Parece ser que hay cosas que nunca cambian...

—Totalmente épico —coincide Jaxon—. ¿Cuándo tenemos que inscribir al equipo?

—Este miércoles —dice Flint. Espera unos segundos, y después pregunta con fingida despreocupación—. ¿Ya tenéis el equipo montado, Jaxon?

Jaxon lo observa unos segundos. Al principio no entiendo lo que está pasando. Si Jaxon va a participar, ¿lo suyo no es que compita con la Orden? Pero entonces recuerdo lo que Hudson me dijo ayer respecto a que el juego fomenta las relaciones entre especies..., y las lesiones, al parecer.

—¿Quieres que compitamos juntos? —pregunta Jaxon con la misma despreocupación fingida.

—Lo estaba pensando. Eden y yo íbamos a participar con Xavier, pero todavía nos falta añadir algunos vampiros y brujas. —Me mira—. ¿Y tal vez una gárgola?

Cuando el infierno se congele.

48

Vencer, perder o morir

—¿Quién, yo? —pregunto con los ojos abiertos como platos —. Pues... no creo que... ¿Pueden competir las gárgolas?

Sé que Amka dijo que podía, pero pensaba que estaba de coña. Y, por favor, que la respuesta sea que no. Que la respuesta sea que no. Para empezar, no es que los deportes se me den muy bien que digamos; no me quiero ni imaginar cómo se me daría un deporte de paranormales cuyo objetivo es no morir, pero no hay ninguna garantía. Además de que todavía no conozco mis poderes. Solo el de convertirme en piedra, que no parece que vaya a servirme de mucho en una competición así.

—El Ludares está abierto para todos los alumnos de tercer y cuarto curso —me dice Flint—. Así que, joder, sí, claro que puedes competir. Además, me encantaría contar con una gárgola en mi equipo. ¿Quién sabe lo que puedes hacer?

—Nada —respondo—. No puedo hacer nada. Ese es el problema.

—*Eso no es verdad* —me dice Hudson desde donde está apoyado en la pared—. *Puedes hacer cosas, solo que aún no sabes cuáles* .

—¿Cómo lo sabes? —Me invaden el terror y la emoción a partes iguales mientras me inclino hacia delante—. ¿Es que me has visto haciendo algo cuando estábamos juntos?

Toda la mesa se me queda mirando. Paso de ellos porque, al parecer, esta es mi vida ahora. No pretendía hacer la pregunta en voz alta, pero a veces estoy tan metida en la conversación que no me doy cuenta de lo que hago.

Registro vagamente a Macy explicándoles a todos que puedo ver y hablar con Hudson, al menos eso es lo que creo que dice, porque de repente todos los miembros de la Orden se ponen tensos y miran a Jaxon, que se encoge de hombros. Pero me parece bien, porque ahora mismo estoy más interesada en escuchar lo que Hudson tiene que decir que preocupada porque los amigos de Jaxon estén pendientes de mí.

—¿Te refieres a aparte de mantenerme atrapado en piedra contigo durante casi tres meses y medio? —Enarca una ceja.

Suspiro y levanto las manos, porque eso ya lo sabía.

—Sí, a eso justo me refiero. No sé de qué voy a servirle a un equipo si lo único que puedo hacer es transformarme en piedra. Es bastante fácil alcanzarme de esa manera.

Hudson se echa a reír.

—Hay más cosas, ¿sabes? Las alas no están de decoración, solo tienes que aprender a usarlas .

Eso es cierto. Y Flint se ofreció a enseñarme. Tal vez debería tomarle la palabra y empezar con esas clases más pronto que tarde. A ver, si es que puedo volver a transformarme en gárgola, porque lo cierto es que no he sentido ni la más mínima señal en los últimos cuatro días.

—Creo que voy a pasar —digo a los de la mesa, que siguen mirándome boquiabiertos; bueno, todos excepto Flint y Macy, que continúan recordando torneos pasados—. Hacéis que suene muy divertido, pero...

—¡Venga ya! —Flint se detiene con el tenedor en el aire—. Tienes que participar. Además, tu tío mencionó que el

premio de este año es una pasada.

—¿En serio? —pregunta Macy superemocionada—. ¿Qué es? Si ni siquiera me lo ha dicho a mí todavía.

—Estaba en su despacho ayer cuando recibió una llamada, por eso lo sé —le dice Flint—. Parece ser que los padres de Byron han decidido donar el trofeo de este año.

—¿En serio? —Mekhi parece sorprendido.

De hecho, todos en la mesa lo están. Recuerdo que Jaxon me contó que Byron era el miembro de la Orden a cuya compañera asesinaron unos cuantos miembros de la manada de Cole. Aunque, al menos durante un tiempo, Byron parecía pensar que Hudson había influido en los lobos para que hicieran lo que hicieron.

Hudson enarca las cejas.

—¿Ahora resulta que soy el responsable de la muerte de todo el mundo? —Aprieta la mandíbula, y se da la vuelta para leer el menú de mañana, que está publicado en la pared.

—Deja de hacerte de rogar y dinos cuál es el premio, Flint. —La voz de Macy, con cierto tono de súplica pero también de cabreo, es lo que me hace que me centre de nuevo en la conversación de la mesa.

Bueno, eso y el hecho de que Jaxon se ha movido para pegarse a mi espalda, con la barbilla apoyada en mi hombro.

Me vuelvo hacia la derecha para poder sonreírle. Él me guiña el ojo y enarca una ceja con un gesto sexy que me hace pensar toda clase de cosas que no debería estar pensando en medio de la cafetería, y menos con su hermano en la cabeza viéndolo todo.

—¡No me estoy haciendo de rogar! —Flint parece indignado—. Sois vosotros los que no paráis de hablar y no dejáis que os lo cuente.

—Bueno, pues ahora hemos parado de hablar —dice Luca —. Escúpelo.

—Los padres de Byron han decidido donar... —Hace un pequeño redoble sobre la mesa—. ¡Una piedra de sangre! Y no una piedra cualquiera. Es una de las favoritas de la reina, de la colección real. Se la regaló a sus padres el día en que murió su compañera.

Todo dentro de mí se detiene al recordar que la Sangradora nos dijo que ella se encargaría de hacernos llegar la piedra de sangre. Debía de referirse a esto. Miro a Jaxon y veo que él parece estar pensando lo mismo, y también que no parece sorprenderle lo más mínimo. Está claro que se imaginaba lo que iba a hacer la Sangradora.

Y eso también hace que su interés por participar en el Ludares con todo lo que está pasando tenga mucho más sentido. Si la única manera de conseguir la piedra de sangre es ganando el torneo, me temo que el infierno se ha congelado.

Únicamente tengo que averiguar el modo de no suponer una carga y, ah, sí, de no convertirme en la primera persona en morir en el campo del Ludares de toda la historia del Katmere.

49

El trabajo en equipo ayuda a lograr los sueños (o te provoca pesadillas)

—¡Eh, Jaxon, espera!

Flint viene corriendo hacia Jaxon, Macy y yo mientras salimos de la cafetería. Jaxon se vuelve con las cejas enarcadas.

—¿Qué pasa?

—Me preguntaba... —Deja la frase a medias y, si no lo conociera, diría que está asustado, aunque no sé por qué. Lo que sí sé es que está bloqueado. Abre y cierra la boca buscando las palabras, pero parece haber olvidado cómo emitir sonidos.

—¿Te encuentras bien? —pregunto y me acerco para ponerle la mano en el brazo—. No lo parece.

—Ah, sí. Estoy bien. —Flint se centra en mí un instante, parece recuperar el aliento y entonces dice—: Lo siento. Tenía demasiados pensamientos en la cabeza al mismo tiempo. —Me dispara su sonrisa de diez mil kilovatios.

Se la devuelvo, porque es imposible no hacerlo, y le respondo:

—Ya, a mí también me pasa eso algunas veces. Bueno, ¿qué querías?

—Ah, sí. Solo me preguntaba si querríais practicar un rato para el Ludares hoy —le propone a Jaxon, y vuelve a mirarme a mí—. Incluso podríamos empezar con las clases de vuelo, chica nueva.

—¿Clases de vuelo? —repite Jaxon con cara de querer decir algo.

—Si no recibo ningún puñetazo esta vez, había pensado en empezar a trabajar con la chica nueva; enseñarle algunos movimientos —le explica Flint con una sonrisa de idiota—. Además, tenemos que terminar el proyecto para el señor Damasen.

—Con lo de «movimientos» te refieres a cómo no morir en el aire, ¿verdad? —Jaxon le lanza una mirada medio divertida medio nada divertida.

—Por supuesto. Y no voy a hacerle daño, Jaxon —le asegura mirándolo a los ojos; su sonrisa de siempre está completamente ausente.

—Eso ya lo he oído antes —le responde.

—Para. —Le doy un golpe con el hombro y pongo los ojos en blanco hacia Flint—. No le hagas caso. Estoy deseando aprender a volar. Pero hoy íbamos a hacer otra cosa.

—¿Ah, sí? —Flint parece interesado—. ¿Como qué?

—Nada que requiera de una carabina —interviene Jaxon.

—¿A quién estás llamando «carabina»? —pregunta Flint con una sonrisa de oreja a oreja—. A lo mejor Grace y tú sois las carabinas de Macy y de mí. ¿Verdad, Mace?

Por un momento creo que mi prima va a derretirse ahí mismo, en medio del pasillo.

—Sí, por supuesto —le responde, y juro que lo único más evidente que las estrellas en sus ojos es la baba que le cuelga por la barbilla—. Creo que Jaxon sería una carabina estupenda.

Flint se parte de risa al oír eso, y Jaxon me mira como diciendo: «Pero ¿qué cojones...?». Me encojo de hombros

porque, en serio, ¿qué puedo decir? Excepto:

—Vamos a la biblioteca a buscar libros que contengan información sobre los poderes de las gárgolas y sobre el Cementerio de Dragones. Después habíamos pensado ir al cuarto de Jaxon a pasar el rato mientras investigamos.

—*¡Venga ya!* —dice Hudson claramente cabreado—. *No necesitamos aliento de dragón para averiguar lo que necesitamos saber* .

—*Claro. Porque es imposible que un dragón sepa nada sobre el Cementerio de Dragones* .

—¿El Cementerio de Dragones? —Flint parece intrigado—. ¿Qué queréis saber sobre él?

—Todo —respondo enhebrando un brazo en el de Jaxon y el otro en el de Flint—. Así que, ¿por qué no vienes con nosotros? Así nos ayudas con lo que necesitamos saber.

—Claro. ¿Qué necesitáis?

—Te lo contaremos todo cuando lleguemos al cuarto de Jaxon —le prometo. Después me vuelvo para mirar a mi prima, que no sabe si seguirnos o no—. Venga, Mace. Necesitamos toda la ayuda posible.

—Genial. Dame un minuto, que le voy a escribir a Gwen para decirle que no puedo quedar más tarde.

—Ah, es verdad —le digo—. Había olvidado que tenías cosas que hacer. Jaxon, Flint y yo nos las apañaremos bien solos.

Macy me lanza una mirada como diciendo: «Cállate ya», y empieza a enviar varios mensajes rápidos.

—Demasiado tarde —dice, y sale disparada delante de nosotros para guiarnos de camino a la biblioteca.

No tardamos demasiado en reunir la información que necesitamos, en parte porque Amka ya tenía los libros preparados, por petición de Jaxon, y en parte porque está dispuesta a prestarnos dos de los portátiles de la biblioteca para que podamos acceder a las bases de datos mágicas desde cualquier lugar del castillo, y no solo desde la biblioteca.

Flint colabora seleccionando unos cuantos libros sobre dragones que cree que nos serán de ayuda, mientras que Macy vuelve corriendo a la cafetería a por unos refrigerios para nuestro «maratón de investigación», como no para de llamarlo. Mientras tanto, Hudson holgazanea por ahí, en la primera silla libre que encuentra, y va mencionando títulos de libros que cree que pueden ayudarnos.

—¿Dónde estaba toda esta información anoche? —le pregunto después de mi tercer viaje a los montones de libros que hay al fondo de la biblioteca.

—*Anoche estaba demasiado ocupado* ...

—Intentando no vomitar —termino la frase por él—. Ya, ya, me sé la frase de memoria.

—*Solo porque la haya usado unas cuantas veces no significa que sea menos cierta* —me dice con tono firme.

—Ya, pero ha perdido su impacto. Ahora mismo, lo que pienso es que tienes el estómago más débil del mundo, lo cual resulta especialmente interesante si consideramos que ni siquiera tienes estómago.

—*Claro que lo tengo* —responde y, para demostrarlo, se levanta la camiseta y me muestra, no voy a mentir, unos de los mejores abdominales que he visto en mi vida. En serio. Y la verdad es que no sé cómo sentirme al respecto. A ver, no debería importarme. Y no me importa. Pero... joder. ¡Joder! Tendría que estar ciega para no fijarme.

Hudson me mira con suficiencia, pero no dice nada y empieza a bajarse la camiseta. No hay nada que añadir. La discusión sobre si tiene o no estómago ha quedado más que zanjada. Y he perdido estrepitosamente.

—¿Estás lista? —pregunta Jaxon acercándose por detrás de mí con un montón gigante de libros en los brazos.

—Sí, claro. Trae, yo llevo algunos.

—Tranquila. Puedo solo —dice con una sonrisa; y claro que puede, porque sus abdominales no tienen nada que envidiar a los de Hudson.

—*Venga ya* —gruñe Hudson mientras salimos de la biblioteca. Va un poco por delante de nosotros, pero se ha dado la vuelta para mirarme mientras camina de espaldas. No voy a mentir, una parte de mí desea que tropiece y se caiga de culo.

¿Ruin? Sí. ¿Mezquina? Desde luego. Pero pagaría una buena cantidad de dinero por verlo. A lo mejor así se le bajaban un poco los humos, cosa que le hace bastante falta a este capullo arrogante.

—*No te cortes* —señala y, en un abrir y cerrar de ojos, de repente está detrás de mí, con su voz arrogante y zalamera justo en mi oreja—: *Dime qué sientes de verdad* .

—Siempre lo hago —le respondo mientras un escalofrío me recorre la espalda.

Para cuando llegamos a la torre de Jaxon, Macy ya está allí con una bolsa llena de la comida menos nutritiva que ofrece el Katmere: patatas fritas, palomitas de maíz e, incluso, un paquete de diez dólares de galletas Oreo.

—Se las he robado a mi padre —indica, y las deja sobre la mesa de la antecámara de la habitación de Jaxon, donde suele estudiar.

La última vez que estuve aquí, este sitio estaba hecho un auténtico desastre; Lia se aseguró de ello antes de arrastrar nuestros cuerpos drogados hasta los túneles para poder torturarnos a ambos. Pero en algún momento durante los tres meses y medio que he estado ausente, Jaxon no solo ha vuelto a ordenarlo, sino que además ha redecorado el lugar.

Me paseo por la habitación, prestando atención vagamente mientras Jaxon les explica a Flint y a Macy lo que la Sangradora dijo que necesitábamos para sacar a Hudson de mi cabeza. Flint expresa brevemente su opinión sobre la Bestia Imbatible, y sobre la Sangradora, ya puestos, pero está claro que se apunta. Escucha con interés cada palabra que Jaxon pronuncia, e incluso aporta un montón de sugerencias.

Por una vez, nadie me está prestando atención a mí, así que paseo la mano por las estanterías de Jaxon y admiro la nueva decoración. Y tengo que decir que me encanta. La falta de atención y sus decisiones decorativas...

Ahora, en lugar de los dos sillones grandes y cómodos que dominaban la sala de estar, hay un sillón grande y cómodo y un enorme sofá negro en el que caben perfectamente dos personas tendidas. Hay una mesita de café nueva, que parece mucho más resistente que la que hizo astillas cuando perdió el control de su telequinesis. Y, en el rincón, bajo la ventana que casi me mata al hacerse añicos, hay una mesa grande con cuatro sillas tapizadas en negro colocadas a su alrededor. Cómo no, todo en la torre de Jaxon es negro.

Excepto los libros, que los hay de todos los colores, y siguen estando por todas partes: en las estanterías, amontonados en el suelo aquí y allá, apilados en la mesita de café, debajo de la mesa grande... Y me encanta.

Y me encanta más todavía que haya libros que no conozco mezclados con algunos de mis favoritos de toda la vida y con clásicos que siempre he querido leer. Si a eso le añadimos el arte de las paredes (el Klimt que me dejó alucinada la primera vez que vine y otras cuantas pinturas increíbles más), esta habitación es prácticamente mi lugar favorito de la tierra.

Aunque, ¿cómo no iba a serlo, si Jaxon está aquí?

Espero que Hudson haga un millón de comentarios sarcásticos sobre la decoración, pero permanece extrañamente callado, mirando algo de una de las estanterías con atención. Parece la talla de un caballo. No es una talla superelaborada, pero está claro que es algo de gran valor para Jaxon, ya que tiene los bordes lisos y brillantes, como si hubiese pasado horas acariciando cada curva del cuello o del cuerpo del animal.

Justo cuando empiezo a preguntarme qué tiene de interesante la figura, Hudson se mete las manos en los

bolsillos, niega con la cabeza y se aleja. Creo que lo oigo murmurar: «Pringado», pero lo dice tan bajito que no estoy segura.

Hudson lleva raro desde el desayuno, y me niego a dejar que vuelva a interferir en mi concentración. Estoy decidida a no esperar a que Jaxon siga ocupándose de mí. Tengo que dar un paso al frente y averiguar cómo resolver mis propios problemas.

Jaxon apila los libros en la mesa principal, y cojo uno que lleva por título *El mito y el caos de las gárgolas* . No sé por qué lo he elegido, pero me gusta la idea de sembrar un poco de caos, yo, Grace Foster, básicamente la persona menos agresiva sobre la faz de la tierra. Cuando lo abro, no puedo evitar preguntarme durante un segundo (o varios, para ser sincera) cómo sería rendirme ante él. Decir lo que quisiera en lugar de andar siempre filtrando; hacer lo que quisiera en lugar de estar siempre pensando en lo que debería hacer.

Pero, bueno, ahora no es el momento para pensar en eso. Tenemos demasiado entre manos. Así que me tiendo en el comodísimo sofá de Jaxon y empiezo a leer mientras todos los demás van ocupando sus propios rincones en la habitación.

Flint opta por la mesa principal, abre uno de los portátiles y anuncia sus planes de empezar a investigar sobre el Cementerio de Dragones: cómo llegar allí, a qué hora es mejor ir y cómo salir de allí con vida porque, al parecer, es posible no hacerlo. Genial.

Macy escoge un libro sobre la naturaleza mágica de las gárgolas; se acurruca en el sillón cómodo delante de mí y se sumerge en la lectura mientras pica una cantidad ingente de galletas Oreo.

Y Jaxon... Jaxon coge el otro portátil y, después de ofrecérmelo, se acomoda en el otro extremo del sofá para seguir investigando sobre la Bestia Imbatible.

Me quedo observando a mis amigos. Todos han decidido pasar el sábado aquí encerrados buscando información para ayudarme, y se me hincha el corazón. Podrían estar haciendo cualquier otra cosa ahora mismo.

Hudson puede llamarme «sensiblera» si quiere, «ingenua» o «excesivamente sentimental» o lo que parezca, pero tengo que parpadear para contener las lágrimas de agradecimiento porque estas personas hayan encontrado el camino hasta mi vida. Llegué al instituto Katmere en mi momento más bajo, desesperada, deprimida, triste. Pensé que simplemente terminaría el curso y me largaría de aquí cagando leches.

Y, aunque nada es como había esperado (a ver, soy una gárgola, ¿hola?), no me puedo ni imaginar volver a una vida sin el entusiasmo de Macy, sin la intensidad de Jaxon o sin las bromas de Flint (aunque puedo prescindir perfectamente de sus intentos de asesinato).

A veces la vida te proporciona mucho más que una nueva mano de cartas con las que jugar; a veces te da una baraja nueva entera, y puede que incluso una nueva partida. Perder a mis padres del modo en que los perdí será siempre una de las experiencias más espantosas y traumáticas de mi vida, pero, estando aquí sentada, con esta gente, siento que tal vez, solo tal vez, tengo una oportunidad de salir del túnel. Y eso es mucho más de lo que podría haber imaginado hace apenas unos meses.

—¡Eh! ¡Mirad esto! —Macy se incorpora de repente—. Creo que acabo de averiguar por qué mi magia no ha funcionado contigo esta mañana. No era yo. ¡Eras tú!

—¿Por qué? ¿No se puede ejercer la magia con una piedra? —pregunto, porque tiene todo el sentido.

—No. —Me lanza una mirada como diciendo: «No seas mema», y entonces le da la vuelta al libro que está leyendo para que lo vea—: ¡No ha funcionado porque aquí dice que eres inmune a la magia!

50

Empieza a haber demasiada gente debajo de la cama

—¿Inmune a la magia? —pregunta Flint, que cierra el portátil y se acerca para comprobar lo que Macy ha descubierto—. ¿En serio?

—Y al fuego de dragón, y a las mordeduras de vampiros y de lobos, a los cantos de sirena... y la lista continúa. Básicamente, las gárgolas tienen una resistencia innata a casi todas las formas de magia paranormal. Eso es... —Se lleva la mano a la sien y hace un gesto como si le explotase el cerebro—. Por eso le costó tanto a Marise curarte —continúa—. Pensamos que era porque eras completamente humana, pero debió de ser porque eres una gárgola.

—¿Le costó curarme? —pregunto, porque no recuerdo nada de eso.

—Sí —responde Jaxon con una expresión contemplativa—. La primera vez, cuando intentó anular mi veneno, y posteriormente también, después de lo que pasó en los túneles. Con su ayuda, pensaba que te recuperarías rápido tras recibir la transfusión de sangre, pero sus poderes no

funcionaron contigo como ella esperaba. Todo se alargó más de lo que lo habría hecho con... —Deja la frase inacabada.

—Puedes decirlo —le indico—. Con un ser paranormal real.

—No iba a decir lo de *real* —me contesta con extrañeza—. Iba a decir con uno de los paranormales *corrientes* . Hay una gran diferencia.

—Una pequeña diferencia —respondo, pero lo acompaño de una sonrisa para que sepa que no estoy enfadada ni nada—. Pero, bueno, no importa. Porque sé que no soy... —Dejo la frase a medias y empiezo a ponerme colorada.

—No eres ¿qué? —pregunta Macy.

—Eh... bueno... —Miro a cualquier parte menos a mis amigos. A la pared. La pared parece interesante—. Nada, es solo que sé que no soy inmune a todas esas cosas.

—No estoy de acuerdo —afirma Macy inclinándose hacia delante—. ¿Cómo podemos saber que el hechizo de Lia habría funcionado si Jaxon no lo hubiese evitado? No puedes usarla como prueba de que no eres inmune.

—Bueno, pues pasó un calvario para nada —asegura Jaxon.

—Y que lo digas —coincide Flint—. Fue horrible.

—¿En serio? —le dice Jaxon, y el hecho de que lo haga con un tono tan tranquilo da más miedo todavía—. ¿*Tú* vas a venir ahora a quejarte a *nosotros* de que lo que sucedió en los túneles fue horrible cuando Grace todavía tiene las cicatrices de tus garras?

—*¿Por eso tienes esas cicatrices?* —pregunta Hudson con un repentino brillo en los ojos que no augura nada bueno para nadie—. *¿Te las hizo Flint?*

—Creía que estaba haciendo lo correcto, Jaxon —dice Flint con ojos suplicantes—. Creía que estaba ayudando a detener un nuevo apocalipsis evitando que Lia trajese a Hudson de vuelta.

—*¿El apocalipsis? ¿En serio?* —Hudson se apoya en la pared, cruzado de brazos y con cara de incredulidad. No ha dicho ni una palabra desde hace una eternidad para ser él,

pero sin duda este comentario lo ha despertado con ganas —. *¿Creéis que soy el puto heraldo del apocalipsis?*

—No querrás que entremos en eso ahora, ¿verdad? —le pregunto.

—Pues sí, claro que quiero entrar en eso. Estoy hasta las narices de que se me pinte como el malo de la historia .

—Pues, como te he dicho antes, si no quieres que se te considere el malo, no lo seas, Hudson —le suelto—. No puedes tener las dos cosas.

—Nos estamos desviando de lo importante —dice Macy agitando el libro en nuestra cara— ¿Quieres contarnos por qué estás tan segura de que lo que dice aquí no es cierto?

No quiero, es como dejar que todo el mundo sepa algo que no les concierne, pero a estas alturas tengo que hacerlo. Además, quiero saber la respuesta, y tal vez uno de ellos la tenga, aunque Jaxon ahora mismo parece tan confundido como todos los demás.

—No es nada importante —les aseguro—. Es solo que sé a ciencia cierta que no soy inmune a las mordeduras de vampiro.

—¿Cómo lo sabes? —quiere saber Macy—. ¿Ha intentado morderte alguien...? —Se queda callada y abre los ojos como platos al caer en la cuenta—. Aaaaaah. Es por eso. Vaaaaaale. —Le lanza a Jaxon una mirada de aprobación.

De repente, Flint mira a todas partes menos a nosotros dos.

—Sí, bueno. Esto... —Tose un poco, se aclara la garganta y parece tremendamente incómodo cuando continúa—. A lo mejor el libro está mal, entonces.

—¡El puto libro no está mal! —ruge Hudson—. *Hay distintas clases de mordeduras* .

—No está mal —dice Jaxon a la vez que su hermano sin ser consciente de ello—. Si intentase inyectarte mi veneno para matarte, o para transformarte, probablemente no funcionaría porque estaría usando mis poderes. Pero las veces que te he mordido... no es eso lo que hacía. En lo

último en que pensaba era en herirte o en transformarte. Lo único que quería...

Deja la frase a medias, como si no hubiese dicho demasiado ya. Pero ya es tarde. Los tres sabemos cómo iba a terminar esa frase: con alguna variante del hecho de que su mordedura no tenía nada que ver con el dolor y todo que ver con darme placer.

Y lo consiguió. Vaya si lo consiguió. Y de qué manera. Pero nadie más tiene por qué saber eso. Ni Flint, que parece extrañamente perturbado por la imagen, ni Macy, que se ha transformado en el emoji de los ojos de corazón. Y mucho menos Hudson, que se va volviendo más y más frío (y se va cabreando cada vez más) con cada palabra que decimos cualquiera de nosotros.

Macy me va a pedir detalles en cuanto nos quedemos a solas, lo veo en su cara. Y, ahora que pienso en lo que me va a preguntar, me preparo también lo que le voy a responder. Lo que significa que estoy pensando en cuando Jaxon me mordió y...

—*¡Ya vale!* —ruge Hudson—. *No hace falta que seas tan gráfica. Ya lo hemos pillado* .

—No estaba siendo nada gráfica —respondo—. ¿Qué narices te pasa hoy, por cierto?

—*¡A mí no me pasa nada! Es solo que creo que algunas cosas deben permanecer en la privacidad de cada uno* .

—Ya, bueno, yo también. Pero ahí estás.

Miro a Jaxon, que tiene las cejas enarcadas como si quisiera que compartiese con todos lo que Hudson está diciendo. Niego ligeramente con la cabeza. Solo quiero terminar con esta conversación.

Como si notase la vergüenza que siento tras esta revelación a medias, Jaxon vuelve al tema principal con gran fuerza de voluntad y una gran actitud regia. Es curioso, siempre se me olvida que es príncipe, ya que casi nunca actúa como tal, a diferencia de Hudson, cuya actitud parece

decir a gritos: «Soy de la realeza, y tú no eres digno ni de lamerme los zapatos».

La voz de Hudson es áspera y británica como las galletas de mantequilla favoritas de mi madre cuando responde:

—*Para ser justos, mucha gente no lo es* .

Pongo los ojos en blanco y le lanzo una mirada asesina.

—Ándate con ojo, o la gente va a empezar a pensar que dices en serio esas estupideces.

—*Bien* .

Vuelvo a poner los ojos en blanco y, después, me centro en Jaxon, que está preguntando por turnos qué hemos averiguado. No es la primera vez que agradezco que mi compañero sea alguien como Jaxon, que no solo no intenta entrometerse en mis conversaciones con Hudson, sino que desvía la atención de los demás del hecho de que un vampiro de cientos de años de edad me esté taladrando la cabeza siempre que lo necesito. Algunas de estas conversaciones son horribles y prefiero no tener que repetírselas a él. No hace falta que sepa todos los lugares que visita mi cerebro, y menos en lo que se refiere a las provocaciones de Hudson.

Con la sensación de que he esquivado la bala, vuelvo a sentarme en el sofá y continúo leyendo. Por desgracia, yo no he averiguado nada nuevo. Nada sobre el emocionante «caos» que se me había prometido. De hecho, lo más emocionante que menciona el libro hasta ahora es que las gárgolas pueden hacer guardia durante meses y meses sin necesidad de comer ni dormir mientras permanecen en su forma de piedra.

Tal como imaginaba, sería un gnomo de jardín perfecto. Si me pintas de rosa y me pones a la pata coja podría pasar perfectamente por uno de esos flamencos de exterior. Fantástico.

Me sentiría inútil de no ser porque Flint tampoco ha averiguado todavía nada sobre el Cementerio de Dragones que no supiera ya.

—Otra cosa que he descubierto —dice Macy cuando Flint ha terminado— es que se supone que las gárgolas tienen el poder de canalizar la magia. Es raro. La magia no funciona con ellas, pero, supuestamente, pueden tomarla prestada de otros paranormales y usarla ellas mismas.

—¿Qué significa eso? —pregunto intrigada ante la idea de tener algún poder, el que sea, que haga algo de verdad.

A ver, convertirse en piedra está muy bien y todo eso si tu objetivo en la vida es ser una atracción turística, pero no es muy emocionante que digamos. Como tampoco lo es ser inmune a los demás poderes. Sí, es un don defensivo fantástico, pero no me permite hacer nada. Y teniendo en cuenta la compañía que me rodea, me parece muy injusto.

—Creo que significa que si comparto mi poder contigo, tú también puedes usarlo —me dice Jaxon.

—¡En ese caso tenemos que probarlo! —dice Macy, y se levanta rápidamente del sillón—. ¡Yo primera!

51

Que empiece tu magia

Jaxon niega con la cabeza divertido, pero hace un gesto de «adelante» y se acomoda en el sofá para ver lo que pasa.

—Vale, a ver. —Macy me mira—. Voy a enviarte energía ígnea; veamos si puedes encender una de las velas de la estantería.

La miro como si se hubiese acercado demasiado a su propio fuego y se le hubiesen quemado unas cuantas neuronas.

—No pensarás de verdad que puedo encender una vela sin una cerilla, ¿verdad?

—¡Pues claro que puedes! Es fácil. —Extiende el brazo, con la palma de la mano hacia arriba, y se concentra en una vela negra que hay en el estante superior. Después contrae los dedos formando un puño y la mecha de la vela se enciende en una llama—. ¿Lo ves? Está chupado.

—Será para ti —le digo—. Si yo intento hacer eso, va a pasar una de estas dos cosas: o no pasa nada, o incendiaré la estantería entera, y ninguno de esos dos resultados parece ser el que estamos buscando.

—Ya, bueno, mejor practicar aquí que en el Cementerio de Dragones, ¿no crees? —dice Macy con cierto tono de

exasperación, mirándome con recelo y con los brazos en jarras—. Venga. Levanta la mano e inténtalo.

—Vale, está bien. —Me pongo de pie algo nerviosa—. Pero si te quemo el pelo, no quiero saber nada.

—Soy bruja, ¿sabes? Si me quemas el pelo, lo haré crecer otra vez. —Sonríe y se aparta a un metro de mí—. Venga, levanta el brazo.

—Vale. —Inspiro hondo y exhalo muy despacio mientras hago lo que me pide—. Y ahora ¿qué?

—Quiero que intentes abrirte para que pueda enviarte mi poder.

Niego con la cabeza.

—No sé cómo hacer eso.

—Tú respira, y tiende la mano. —Extiende su brazo hacia mí, pero yo con la palma de la mano hacia arriba, y ella hacia abajo—. Muy bien, Grace. Baja la guardia y cógela.

No tengo ni idea de qué significa eso, pero pienso: «¿Qué coño...?», lo peor que puede pasar es que quede como una auténtica gilipollas, y, en fin, todos los presentes me han visto hacer el ridículo ya al menos una vez.

Así que inspiro hondo de nuevo e intento hacer lo que Macy me ha pedido: extiendo la mano hacia ella y procuro absorber parte de su magia en mi interior.

—¿Notas algo? —pregunta, y sus ojos centellean ligeramente de un modo que nunca había visto antes.

—No, lo siento.

—No te preocupes. Inténtalo otra vez —responde con una sonrisa.

Lo hago, y de verdad que me esfuerzo, pero no sucede absolutamente nada.

—A la tercera va la vencida —dice Macy con una amplia sonrisa en la cara. Y pregunta—: ¿Lo notas?

Parece tan segura de todo esto que me pregunto si no me habré perdido algo.

—No sé si sí o si no —contesto después de varios segundos tratando de sentir algo, lo que sea.

—*No notas nada* —me dice Hudson sin molestarse siquiera en levantar la vista del libro que lleva leyendo toda la tarde.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—*Porque estoy en tu cabeza y yo no siento nada. Además, yo tengo poderes y sé lo que se supone que tienes que sentir, y te puedo asegurar que no está ocurriendo* .

—Pues claro que no —protesto—, estoy destinada a pasarme la vida al lado de un museo como el desagüe más inútil del mundo.

Una burbuja de pánico se me forma en el pecho al darme cuenta de que todo el mundo me está mirando con distintos grados de compasión en los ojos. Bueno, menos Hudson. Por una vez, mi total humillación no parece ser de su interés.

Probablemente sintiendo mi frustración, Jaxon intenta sacarme de mi creciente rabia.

—Oye, no te preocupes. Ya averiguaremos cómo hacerlo otro día. —Me sonríe esforzándose por animarme—. Roma no se hizo en un día.

Suspiro. Tal vez tenga razón. Todo este mundo paranormal es nuevo para mí. Debe de ser perfectamente normal que ni siquiera pueda hacer las cosas de gárgola más básicas.

Hudson suspira, cierra el libro con cuidado y lo deja sobre la mesita auxiliar que hay en el rincón cerca de su sillón.

—*Roma no se hizo en un día, pero esto sí se va a hacer* . —Se estira como un gato, y levanta tanto los brazos que la camiseta se le sube y exhibe de nuevo sus magníficos abdominales. Me pilla mirando y alza una ceja justo antes de decir—: *Puedes hacerlo; está claro que necesitas a alguien con algo más de... experiencia* .

A la mierda la vela. Siento que me arde la cara.

—Grace, ¿vamos a hacerlo o no? —pregunta Macy.

—No —respondo—. No sé cómo.

—*Nadie sabe cómo al principio* —dice Hudson mientras se acerca a un paso a mi lado—. *Puedes hacerlo. Te lo prometo* .

Me vuelvo hacia él del todo.

—No puedes prometerme eso. No sabes...

Me sonríe suavemente.

—*Sí lo sé* .

—¿Por qué lo sabes? —pregunto con la voz quebrada.

—*Porque no voy a dejar que fracases* . —Señala a Macy con la barbilla—. *Dile que lo intente de nuevo* .

Lo miro a los ojos e inspiro hondo. Me vuelvo hacia Macy.

—Hudson dice que debemos intentarlo una vez más, Mace —le explico a mi prima—. Después lo dejaremos estar.

—Vaaale —accede. Está claro que no sabe si alegrarse de que Hudson me anime a intentarlo de nuevo o no—. Una vez más. —Y entonces sus ojos hacen otra vez lo del centelleo raro mientras me envía otra ráfaga de poder.

—*¿Lista?* —pregunta Hudson, y en su rostro se dibuja una amplia sonrisa que hace revolotear un montón de mariposas en mi estómago.

—¿Para qué?

Chasquea los dedos.

—*Para esto* .

52

Come On, Baby, Light My Candle

Y así, sin más, noto una sensación extraña en mi interior. Una chispa de calor, de luz, de energía, que me resulta familiar y totalmente desconocida al mismo tiempo.

—*Adelante* —me dice Hudson un poco más alto que en un susurro—. *Cógela* .

Así que lo hago, con la mano estirada y todo mi ser abierto por completo. Y ahí está, justo dentro de mí. Clavándose en mi interior. Iluminándome desde dentro. Haciendo que todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo cobren vida como nunca antes había ocurrido.

—¿Lo sientes ahora? —pregunta Macy con la voz cargada de emoción.

—Sí —le digo, porque tiene que ser esto: esta sensación brillante, cálida, luminosa, etérea y ligera tiene la palabra *magia* escrita por todas partes.

—Bien —continúa Macy—. Ahora contenla un minuto, acostúmbrate a ella. Nota cómo se mueve por tu cuerpo.

Hago lo que me dice y dejo que el calor y la luz ardan en mí.

—¿Qué hago ahora? —pregunto, porque, aunque es una sensación increíble, también parece insostenible, como si se fuese a apagar y a desaparecer si no sé qué hacer con ella.

—Concéntrate —dice Macy— en encender la vela. Imagínatelo, y hazlo.

Me quedo mirando la vela con gran intensidad. Me la imagino encendida, con una llama ardiendo en su mecha. Y entonces intento encenderla, pero no sucede nada.

—No te preocupes —añade Macy—. Estás muy cerca, lo noto. Prueba otra vez.

Lo hago, y otra y otra, y sigue sin pasar nada.

Puedo sentir cómo la luz parpadea en mi interior, cómo empieza a disiparse, y tengo tanto miedo de que desaparezca que las manos me tiemblan y me empieza a doler el pecho.

Macy debe de notar mi angustia, porque dice:

—Tranquila. Podemos volver a intentarlo después.

—*No la escuches* —me pide Hudson, y se coloca detrás de mí, concentrándose también en la vela. Está tan cerca que puedo sentir su aliento en mi oreja—. *Puedes hacerlo* .

—No puedo hacerlo. Está desapareciendo. Lo noto...

—*Pues atráela de nuevo* —me ordena—. *No la expulses como te ha dicho Macy que hagas. Contenla, concéntrala en una bola de energía, de poder, y entonces déjala ir* .

—Pero Macy ha dicho...

—*A la mierda con lo que ha dicho Macy. Cada uno usa su poder a su manera. Puedo sentirlo en ti. Está ahí, listo para usarse. Así que úsalo* .

—No puedo...

—*Sí puedes* .

—Tranquila —me dice Jaxon—. Podemos practicar un poco cada día hasta que te salga.

—*No lo escuches* —me ordena Hudson—. *Ya lo tienes* .

—No lo tengo. No lo tengo.

Hudson se inclina hacia delante, coloca su brazo debajo del mío y me agarra de la mano.

—*Concéntrate* —me indica—. *Envía toda la magia que sientes en tu interior justo aquí, donde tengo la mano* . —Me aprieta la mía para recalcar dónde se está refiriendo—. *Redirígela desde donde la sientas y llévala toda justo aquí* .

Inspiro hondo y exhalo de forma temblorosa. Inspiro por segunda vez y exhalo. La tercera vez que inspiro, contengo el aire varios segundos mientras intento hacer lo que me dice. La luz ha trazado un sendero en mi interior, por lo tanto me aferro a uno de los extremos y empiezo a tirar y a tirar hasta que la noto en mi pecho, en mi hombro, en mi brazo. Hasta que, por fin, la siento en la palma de la mano.

—*¿Lo notas?* —pregunta Hudson.

Asiento, porque es verdad. Es tan intenso que parece que vaya a atravesarme la piel.

—*Ya lo tienes* —me dice.

—Sí. Ya lo tengo —susurro.

—*Muy bien. Ahora, afloja el puño* . —Suelta mi mano muy despacio, desentrelazando nuestros dedos con suavidad, aunque mantiene el brazo debajo del mío—. *Apunta* —añade, y su voz y su cuerpo son una presencia sólida detrás de mí. Manteniéndome firme. Impidiéndome retroceder ni un solo centímetro. Y, entonces, está justo ahí, con la barbilla en mi hombro, con la boca pegada a mi oreja, y susurra—: *Ahora déjala ir* .

Y lo hago. Y lanzo un gritito cuando todas las velas de la estantería de Jaxon cobran vida en ese mismo instante. No me lo puedo creer. Lo he conseguido. ¡Lo he conseguido!

—¡Joder, chica nueva! —exclama Flint—. ¿Qué diablos ha sido eso?

—No tengo ni idea. —Me vuelvo para mirar a Hudson y, por un segundo, solo un segundo, está justo ahí, con la cara a dos centímetros de la mía. Nuestras miradas se encuentran y el poder, un poder puro y sin adulterar, crepita entre nosotros. Al menos hasta que empieza a retroceder, poniendo varios pasos de distancia entre nosotros en un instante.

—¿Cuánto poder le has pasado, Macy? —pregunta Jaxon mirando la estantería, a mi prima, y de nuevo a la estantería.

—Eso no es cosa mía —responde Macy—. Yo apenas puedo hacer eso incluso con todo mi poder, y mucho menos ahora con el fragmento que he compartido con Grace.

—Entonces ¿de dónde ha salido? —pregunta Jaxon—. Un poder así no...

Deja la frase sin terminar al caer en la cuenta, casi a la misma vez que yo. No me extraña que ese poder me resultase extrañamente familiar. Ha estado ahí, oculto en mi interior, durante casi cuatro meses.

—Hudson. —Jaxon pronuncia el nombre de su hermano como si le dejase un mal sabor de boca. Arruga la nariz y tuerce el gesto mientras yo tan solo lo susurro.

Pero cuando me doy la vuelta para mirarlo, decidida a averiguar qué, cómo y por qué ha hecho lo que ha hecho, ha desaparecido. Y esta vez no es que se haya ido a un rincón enfurruñado. Se ha ido del todo, y no tengo ni la menor idea de qué hacer para traerlo de vuelta.

53

Todos quieren dominar el mundo

—No sé qué ha pasado —le digo a Jaxon por enésima vez—. Me ha ayudado a sentir el poder, a concentrarlo y a usarlo, y después ha desaparecido.

—¿Cómo puede desaparecer? —responde Jaxon hundiendo los dedos en su pelo ya revuelto—. ¿No estaba atrapado en tu cabeza?

—Está atrapado en mi cabeza —lo tranquilizo—. Pero a veces se va a un lugar al que no puedo acceder fácilmente.

—¿Cómo es eso posible? —pregunta Flint. Su voz sube una octava en la última palabra, y por primera vez me doy cuenta de que está casi tan estresado como Jaxon—. ¿Va por ahí campando a sus anchas por tu cabeza y esperas que no fastidie nada importante?

Empiezo a ofenderme. No es que tenga precisamente el control absoluto sobre Hudson, pero creo que la cosa ha ido bastante bien desde que cesaron los incidentes en los que me robaba el cuerpo. Pero entonces recuerdo que el hermano mayor de Flint murió por culpa de Hudson. Eso fue

lo que deterioró su amistad con Jaxon, y lo que provocó la relación tan extraña que tienen ahora.

—No funciona así, Flint. Hay momentos en los que nos concedemos algo de intimidad, como cuando estoy en la ducha. Momentos en los que no sabemos qué hace el otro. Sigue atrapado aquí conmigo; pero está fuera de mi alcance durante un rato. Volverá.

Jaxon parece estar poniéndose enfermo.

—Nunca había pensado en que tenías que ducharte o cambiarte con él por ahí. ¿Cómo no se me había ocurrido?

—Tampoco importa. Hemos ideado un sistema.

—¿Esto forma parte de vuestro sistema? —pregunta Flint exasperado—. ¿Que él dirija su poder a través de ti y luego desaparezca, y te deje a ti pagando las consecuencias?

—¿Qué consecuencias? —respondo—. No eres ni mi profesor ni mis padres. No hay consecuencias en tener una discusión, por poco que te guste. Además —lo miro con los ojos entrecerrados—, ni siquiera entiendo por qué estás tan cabreado. Queríais que canalizase la magia, y lo he hecho, así que relajaos un poco, ¿de acuerdo?

—No me refería a eso, y lo sabes —responde Flint—. Me refería a que eres tú la que va a tener que solucionar sus desastres, y no me parece muy justo que digamos.

Su explicación me quita un poco las ganas de pelear y me dejo caer de nuevo sobre el sofá.

—Entiendo que queráis respuestas, yo también. Pero, a veces, cuando algo me cabrea, prefiero estar sola. Y creo que le debo a Hudson la misma cortesía.

Además, después de todo lo que ha sucedido, yo necesito asimismo pasar algo de tiempo sola para procesarlo todo con tranquilidad. No tengo ninguna prisa por que regrese. Estoy segura de que, cuando lo haga, todo se va a volver aún más complicado.

Flint se relaja un poco al escuchar mis palabras, al igual que Jaxon, pero ambos siguen observándome. Como Macy, que ha estado demasiado callada para ser ella desde todo

el incidente mágico. Y, aunque agradezco el hecho de que los tres solo estén intentando cuidar de mí a su manera, he de admitir que tanta sobreprotección va a acabar con mi paciencia más pronto que tarde.

Macy debe de intuirlo porque de repente sugiere:

—Oye, ¿por qué no os vais a volar?

—¿A volar? —pregunto, porque la sola idea me pone nerviosa.

—Sí, a volar. Es otro de los poderes de las gárgolas —me dice—. Y el único que ya conocíamos antes de empezar a investigar. ¿Por qué no aceptas la oferta de Flint y os vais a que te enseñe?

—No sé, Macy —repone Jaxon de repente—. Grace ya ha pasado por mucho hoy y...

Así de fácil, tomo mi decisión. Tal vez sea por testarudez... Vale, es por testarudez, pero Jaxon no va a decidir lo que hago o lo que no. No sabe dónde está el límite, sobre todo en lo que respecta a la gente de la que se siente responsable. Como ceda lo más mínimo, ya no habrá marcha atrás...

—¡Me encantaría ir a volar, Flint! —digo con un entusiasmo parcialmente fingido—. Pero creo que deberíamos idear un plan antes de hacer nada más.

—Me parece una idea estupenda —coincide Macy—. Porque ¿cuántos días tenemos antes de que Hudson se canse de retirarse a otras partes de tu cerebro y decida volver a sus «aventurillas de vampiro ladrón de cuerpos»?

Es una pregunta legítima teniendo en cuenta que Hudson ya tiene la fuerza suficiente como para hacer un agujero en la pared. No se lo he contado a Jaxon, bastante preocupado está ya como para estresarlo más con esto, pero nos estamos quedando sin tiempo. Yo lo sé, y Hudson también.

Y, aunque una parte de mí quiere creer que jamás volvería a hacerme algo así ahora que nos conocemos un poco, otra parte es lo bastante inteligente como para saber que Hudson haría cualquier cosa con tal de salir de mi cabeza.

Ahora mismo solo está siguiéndome el hilo porque sabe que estoy trabajando activamente por conseguir lo mismo. No sé qué haría si yo llegase a cambiar de opinión.

—Creo que tenemos al menos unos pocos días más —decido decirle a todo el mundo—. Pero no sabría decir cuántos.

—Lo que significa que hemos de ponernos manos a la obra —concluye Flint—. Tengo una idea general de dónde está el cementerio y de cómo llegar. Solo necesito hacerme con un mapa para que no estemos dando vueltas toda la vida intentando buscar el punto correcto.

—Buen plan —responde Jaxon secamente.

Flint hace una pausa. Me mira, y luego a Jaxon, y pone esa sonrisa bobalicona.

—Ya le he escrito un mensaje a mi abuela para pedirle el mapa. Le he dicho que lo necesitaba para un proyecto del instituto, y me ha prometido que me enviará una foto en cuanto vuelva a su guarida esta noche. Así que eso lo tenemos cubierto.

—¡Genial! —digo—. El torneo Ludares es el miércoles, donde conseguiremos la piedra de sangre. Por lo tanto podemos ir al Cementerio de Dragones el jueves. ¿O es mejor que vayamos antes?

—No, antes no —responde Flint como diciendo: «Obviamente»—. El cementerio es peligroso. Si alguno de nosotros resulta herido, nos arriesgamos a perder el Ludares. Y no pienso permitir que eso suceda.

—Bien pensado —dice Macy—. Si perdemos, no conseguiremos la piedra de sangre.

—Estoy segura de que a Flint le preocupa más no poder fardar después que no conseguir la piedra —bromeo—, pero, bueno, estoy de acuerdo. No podemos arriesgarnos a hacernos daño antes del torneo.

—Pero ¿podemos arriesgarnos a hacernos daño en ese cementerio después? —pregunta Macy—. A ver, no quiero parecer una cobarde, pero ¿de qué tipo de daño estamos

hablando? ¿De un dedo roto o de una amputación? Porque no me importa romperme un par de huesos, pero necesito mis extremidades.

Jaxon se echa a reír.

—Creo que todos necesitamos nuestras extremidades, Macy.

—Ya, pero ahora que Grace es una gárgola, yo soy la que más probabilidades tiene de perder una en este grupo. Y solo quería que quedara constancia de que no me gusta la idea —explica.

—Vale —responde Flint—. Pues primero el Ludares, y luego el Cementerio de Dragones sin amputaciones. Creo que podremos hacerlo.

—Entonces, iremos al cementerio el jueves por la noche —dice Jaxon— y, si nadie pierde ninguna pierna, podemos planificar ir a por la Bestia Imbatible el viernes o el sábado, dependiendo de en qué estado nos encontremos.

—Pero ¿sabemos dónde vive esa bestia? —pregunta Macy —. Sé que dijisteis que estaba en alguna parte cerca del Polo Norte, pero el Ártico es muy grande. Y no es precisamente un lugar acogedor. No es buena idea ir dando vueltas con esas temperaturas.

—De hecho, he seguido investigando y he averiguado que está en una isla encantada en el Ártico, cerca de la costa de Siberia —añade Jaxon.

—¿En una isla encantada? —pregunto—. ¿En serio?

—Eso dicen las leyendas —coincide Flint.

—No es una leyenda si es verdad —añade Jaxon—. Me he pasado las últimas horas buscando información sobre la ubicación de la Bestia Imbatible, y creo que la he encontrado. Seguiré buscando esta noche y mañana, para asegurarme de que estoy en lo cierto. Pero, si lo estoy, sugiero que vayamos el sábado.

—Vale, entonces... Ludares el miércoles, cementerio el jueves, Bestia el sábado. —Flint recita el plan y pregunta—: ¿Todo el mundo de acuerdo?

—Yo sí —le digo, aunque la verdad es que me tiemblan un poco las manos al pensar en esa agenda.

—Yo también —responde Macy.

Jaxon asiente.

—Genial. Lo estoy deseando. —Flint se frota las manos y me mira meneando las cejas arriba y abajo—. Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos a volar?

54

¿Quién quiere una alfombra mágica cuando tu mejor amigo es un dragón?

—Tengo un gran problema con esto de las clases de vuelo —le digo diez minutos más tarde después de haberme pasado por mi cuarto para ponerme la ropa de abrigo que necesito para salir al exterior en marzo en Alaska (que es prácticamente la misma que necesitaba en noviembre, así que un hurra para mí por haberme perdido los meses más fríos). Al menos puedo anotar un tanto en mi marcador de gárgola—. No sé cómo transformarme, lo que significa que no tengo alas. Sin alas, no hay vuelo. —Miro a mi alrededor —. Aunque tal vez podríamos ir a hacer algunas de las fotos que nos pidió Damasen.

Intento ocultar el miedo que me da dejar que me lleve en el aire en algo aún menos seguro que el saltacharcos que me trajo hasta Denali.

Sonríe con tristeza.

—¿Sabes? No tenemos por qué hacerlo si no quieres. Pensaba sinceramente que sería divertido, que podría darte una perspectiva diferente a la de antes. Podemos hacer otra cosa, pero al final vas a tener que lanzarte al aire.

Tengo un millón de nudos en el estómago, y la mayoría de ellos oscila entre el miedo ligero y el auténtico terror. Y, sí, una parte de mí quiere recular. Pero Flint parece tan alicaído al percibir mi rechazo que soy incapaz de hacerlo.

—No, no pasa nada. Hagámoslo.

Me mira con recelo.

—¿Segura?

Inspiro hondo y suelto el aire lentamente mientras reúno todo el valor que hay en mí.

—Sí.

—¡Genial! No te arrepentirás. —Me muerdo la lengua para no decirle que ya lo estoy haciendo—. ¿Lista?

—Lista es mucho decir, pero sí. Claro. ¿Por qué no?

—No muestres tanto entusiasmo —dice, y suelta una carcajada.

Hago un gesto de hastío.

—Tío, vas a tener que conformarte con esto.

—Eso ya lo veremos.

Retrocede un par de pasos, lo que a mí me hace dar varios más en la otra dirección. Más que varios, de hecho, porque si algo he aprendido en el instituto Katmere es que uno nunca es lo bastante precavido en lo que respecta a la seguridad personal.

Y así, sin más, Flint lo hace.

Se pone a cuatro patas y, mientras observo pasmada, el aire a su alrededor forma una especie de remolino. No sé muy bien qué está pasando, pero sé que pasa algo porque el aire empieza a difuminarse.

Por precaución, retrocedo un par de pasos más y, menos mal, porque de repente estalla una luz brillante que casi me ciega. Segundos más tarde, un centelleo con los colores del arcoíris lo envuelve durante cinco, seis o siete segundos y, entonces, aparece ante mí un dragón verde gigante. Y cuando digo «gigante», quiero decir «descomunal». Y también tremendamente bonito.

No me fijé mucho en Flint como dragón cuando estaba intentando matarme, pero ahora que me mira con lo que estoy convencida de que es la versión dragontina de su estúpida sonrisa, no puedo evitar fijarme en que es realmente precioso.

Es alto, fuerte y musculoso, con unos cuernos largos y afilados que se curvan un poco en la parte superior, y con un montón de hermosas protuberancias de distintas longitudes alrededor del rostro. Sus ojos conservan el magnífico color ámbar de su forma humana, pero su iris es una fantástica línea serpentina en el centro, y sus alas son inmensas, tanto que varios humanos adultos podrían cobijarse debajo de una de ellas. Y sus escamas..., a ver, siempre he sabido que era verde, pero ahora veo que tiene todos los tonos de verde entremezclados; cada escama es de un color diferente, y se superponen formando un patrón que hace que parezca que rutila, incluso aquí quieto, delante de mí.

Flint espera paciente mientras yo lo miro de arriba abajo, pero al final debe de aburrirse porque agacha la cabeza y me muestra sus temibles dientes de un modo que significa a las claras que será mejor que nos pongamos en marcha. Cosa que, vale, lo entiendo. Pero estoy empezando a darme cuenta de que deberíamos haber hablado de algunos asuntos antes de que se transformara, porque es cada vez más obvio que tenemos, al menos, un problemón.

—Ambos sabemos que eres muy bonito, y no voy a perder el tiempo diciéndotelo —comento mientras reduzco lentamente la distancia que nos separa. Sus ojos siguen cada uno de mis movimientos, aunque el cumplido parece complacerle, porque al final esconde los dientes de nuevo—. Pero tengo que hacerte una pregunta —añado mientras me planteo extender la mano para acariciarlo.

—*Sabes que no puede hablar así, ¿verdad?* —pregunta Hudson desde donde está sentado en las escaleras

principales, y su repentina presencia me coge por sorpresa. Supongo que mi tiempo a solas se ha acabado.

Lo miro entrecerrando los ojos.

—Pues claro que lo sé.

—*Y ¿cómo esperas que te conteste?* —pregunta Hudson—. *¿Con lengua de signos? ¿Con una danza interpretativa? ¿Con señales de humo?*

—¿Quieres callarte y dejarme hablar un momento? —le gruño. Hudson levanta la mano como diciendo: «Tú misma». Me vuelvo hacia Flint—. No sé cómo vas a responder a mi pregunta, pero supongo que tendremos que averiguarlo.

Resopla un poco y, entonces, inclina la cabeza de un modo que solo podría describir como un gesto real. Como un decreto real que me invita a formularle la pregunta.

—Antes has dicho que podía montarme sobre tu lomo. Pero... —Lo miro de arriba abajo, lo que básicamente significa mirar muy muy arriba—. ¿Cómo se supone que voy a subirme? Eres gigante. Quiero decir, que no es como montar un caballo.

Resopla de nuevo, y esta vez parece sentirse insultado. Al parecer, los dragones, o al menos este, son bastante más expresivos de lo que pensaba.

Flint me observa durante un par de minutos, imagino que con el único fin de que sepa que se ha sentido insultado con mi comparación. Luego baja lentamente la cabeza y me acaricia el hombro con el puente de su nariz.

Y me derrito. Porque, cuando no está intentando matarme, en su forma de dragón Flint puede ser perfectamente la cosa más adorable que haya visto en mi vida.

—Ya, ya, ya —le digo, y levanto la mano para acariciarle el hocico y algunas de sus protuberancias. Hace un ruidito y se pega más a mí, y no puedo evitar echarme a reír—. Has dejado muy claro que no quieres que te compare con un caballo, pero ahora te estás comportando como un cachorrito de perro gigante.

Levanto la otra mano y le rasco la parte superior de la cabeza. Juro por Dios que Flint sonríe en respuesta, o hace lo más parecido que puede hacer un dragón, con sus enormes dientes afilados y demás.

Lo acaricio durante un par de minutos y lo disfruto tanto como él. Pero soy consciente de que el tiempo pasa rápido, así que al final aparto las manos y doy un paso atrás.

El dragón resopla y vuelve a darme con la nariz, una clara señal de que quiere más, pero esta vez solo le doy una palmadita rápida en la cabeza.

—Me pasaría el día acariciándote si pudiera, de verdad. Pero tenemos una tarea que hacer y todavía no me has explicado cómo se supone que voy a subirme a tu lomo.

Flint resopla de nuevo, exhala un ridículo suspiro y se agacha para arrodillarse en el suelo.

—Sí, eso está muy bien. Pero sigo sin poder subirme ahí.

Incluso arrodillado, con el vientre pegado al suelo, su lomo está a unos buenos tres metros de altura. Ni siquiera alcanzo de pie, no puedo cogerme para impulsarme.

Flint ladea la cabeza de nuevo, como si no pudiese creer que estemos teniendo esta discusión. Incluso diría que pone los ojos en blanco, algo que, no voy a mentir, no me da buena espina. A ver, una cosa es que Flint el humano me ponga los ojos en blanco, y otra diferente es que lo haga un dragón. No sé por qué, pero es así.

Esta vez, cuando se inclina y me da con el morro, ni siquiera me molesto en acariciarlo.

—En serio, Flint, tenemos que solucionar esto.

—*Siempre puedes lanzarle una silla de montar y unos estribos bien largos* —sugiere Hudson.

—Si no vas a ayudar, no quiero hablar contigo ahora mismo —le digo, y Flint vuelve a darme un toque, esta vez con un poco más de fuerza—. ¡Oye! ¡Eso ha dolido! —Lo hace otra vez. Y otra, esta última tan fuerte como para dejarme un moratón—. ¡Flint! —Lo miro con el ceño fruncido

y retrocedo un poco más—. ¿Quieres parar de hacer el tonto? Me estás haciendo daño.

Suspira, como si fuese el suspiro más sufrido que jamás le he oído hacer a un animal (y a un humano, en realidad). Esta vez, cuando agacha la cabeza, no me toca el hombro. Me toca los muslos.

—Vale, se acabó. Si sigues haciendo eso voy a volver... —Interrumpo mi frase lanzando un grito cuando Flint consigue meter la cabeza entre mis piernas.

—*Vaya, eso es algo que no se ve todos los días* —comenta Hudson con tono irónico.

—¡No empieces! —le grito, porque lo único peor que tener que lidiar con el hecho de que un tío que no es mi novio se haya colado entre mis piernas de una forma tan inesperada (aunque sea en forma de dragón) es tener que lidiar con ello mientras Hudson mira.

Me dispongo a decir algo más, pero acabo lanzando otro gritito cuando Flint me lanza suavemente hacia arriba y hacia atrás con una leve sacudida de la cabeza, de manera que aterrizo de culo sobre el centro de su cuello.

Segundos más tarde levanta la cabeza, e intento no gritar mientras me deslizo por su cuello sobre unas púas que resulta que no pinchan hasta que caigo, de cara, sobre su lomo.

55

Solo es una cuestión de alas

Me quedo ahí tumbada con un brazo a cada lado e intentando entender lo que me ha pasado. Sin embargo, al final Flint se impacienta y empieza a levantarse pese a que no estoy sentada adecuadamente.

—¡Espera, espera, espera! —grito mientras trato de darme la vuelta sobre un dragón en movimiento, cosa que, por cierto, es aún más difícil de lo que suena. Y más con Hudson partiéndose el culo al verme.

Esta vez el resoplido de Flint suena más como un gruñido.

—Vale, vale, perdona. —Le digo cuando por fin consigo situarme bien, mirando hacia delante y sentada a horcajadas sobre su lomo, con los brazos alrededor de su cuello.

Resopla otra vez: está claro que no le convence mi disculpa.

—Oye, he dicho que lo siento. Ahora parece bastante evidente lo que estabas intentando hacer, pero en ese momento no lo he entendido. Siento haber pensado... lo que sea que he pensado.

Flint gira la cabeza lo suficiente como para que vea el desdén en sus rasgos.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras. Si quieres enfadarte conmigo, muy bien. Pero ¿cómo se supone que tenía que saberlo? No he montado nunca en un dragón. Nunca había estado tan cerca de uno excepto, ya sabes, cuando me clavaste las garras en la espalda. Así que dejémoslo en un empate y prosigamos con la lección, ¿vale?

Esta vez no resopla, pero hace un movimiento regio con la cabeza que me indica que mi disculpa es totalmente insuficiente. Y también que va a dejarlo estar, y me alegro porque yo también voy a hacerlo.

Segundos más tarde Flint echa la cabeza atrás como una advertencia que no entiendo y sale disparado hacia el cielo.

Grito de nuevo, esta vez más alto, y entonces me agarro a la garganta de Flint como si me fuera la vida en ello. Si sigo cogiéndome así mucho más rato, probablemente la cosa acabe mal para ambos, pero, puesto que no para de ascender hasta lo alto del castillo, no hay nada que pueda hacer al respecto.

De modo que cierro los ojos, me aferro a él y rezo para no caerme.

—*Menuda mierda* —gruñe Hudson, y veo que ahora está sentado justo detrás de mí.

—¡¿Qué haces aquí?! —pregunto, aunque sale como un grito—. Creía que estabas muy cómodo en el escalón.

—*Eres consciente de que estoy en tu cabeza, ¿verdad? A donde tú vas, yo voy. Funciona más o menos así* .

—Ya lo sé. Pero no esperaba que decidieras montar a Flint conmigo. No parece muy de tu estilo.

—*Pues la verdad es* ... —responde con tono de estirado— *que nunca he montado un dragón. Pensaba que sería* ...

—¿Aterrador? —pregunto cuando Flint hace un giro vertical mientras continúa ascendiendo.

—*Divertido* —dice un poco sin aliento, cosa que entiendo perfectamente. Yo tampoco puedo hablar apenas.

Por suerte, Flint puede respirar pese a la fuerza con la que me agarro a su cuello y hace unos cuantos rizos en el aire alrededor del castillo. No es exactamente una clase de vuelo, pero ahora que mi cerebro vuelve a funcionar, veo que solo está intentando que me relaje un poco, que me acostumbre a volar, aunque sea sobre un dragón.

Estoy segura de que no va a funcionar (da muchísimo miedo volar alrededor de este castillo construido en la ladera de una montaña), pero al final consigo mantener los ojos abiertos durante un rato. Y cuando lo hago, casi grito de entusiasmo porque, por mucho miedo que dé, las vistas desde aquí arriba son impresionantes.

La montaña está cubierta de una nieve resplandeciente y el castillo parece sacado de una película... o de un sueño. Sus piedras, grises y negras, contrastan con el gélido manto blanco que lo rodea, y sus parapetos y torres se elevan hacia un intenso cielo azul.

Flint gira su cuello largo y majestuoso para comprobar cómo estoy. Sigo aferrada a él, esperando que pronto aterricemos en tierra firme.

Pero había subestimado a Flint totalmente (menuda sorpresa) porque, en lugar de dirigirse al suelo, hace un giro cerrado en el aire y asciende más y más hacia el cielo.

—Pero ¡Flint! ¡¿Qué estás haciendo?! —chillo, pero ni siquiera me mira. Solo aumenta la velocidad.

Espero que Hudson se queje; sin embargo, cuando lo miro, veo que tiene una sonrisa de oreja a oreja en la cara. Aunque, bueno, él no tiene el mismo miedo a morir que yo...

Ahora volvemos a volar en vertical, y contengo un grito mientras me aferro con todas mis fuerzas con los brazos y con las piernas. No voy a mentir, es absolutamente aterrador. Pero también emocionante y vivificante, y las vistas (cuando por fin consigo abrir los ojos) son absolutamente increíbles.

Hace unos años vi un documental llamado *El arte de volar* . Era sobre hacer *snowboard* en los lugares más difíciles e

impresionantes del mundo, y Denali era uno de ellos. Llegaban en helicóptero a algunas áreas inaccesibles para escaladores y esquiadores, y no paraban de flipar con el hecho de estar caminando por sitios en los que el ser humano nunca había puesto el pie.

En su día no entendía por qué alucinaban tanto. Pero ahora que puedo admirar esas mismas áreas a vista de dragón lo entiendo perfectamente.

Claro que querían ver este lugar que tan poca gente había visto.

Claro que querían grabarlo en vídeo para que otras personas sintieran lo que ellos sintieron.

Claro que merece la pena arriesgarse, arriesgarlo todo, para llegar hasta aquí. Justo aquí.

Y, de repente, algo salvaje dentro de mí se libera. Se abre paso a través de mi alma con las garras, anhelando alcanzar el cielo, la nieve, la libertad.

Sofoco un grito porque, durante ese segundo, he perdido el control de mi cuerpo. Le pertenecía a otra cosa, a otro ser, y no tenía ni idea de cómo encontrar el camino de vuelta.

Cómo no, Flint escoge justo ese momento para cambiar de dirección, y empieza a descender en picado. El viento me golpea la cara y siento el corazón en la boca. Estamos descendiendo aún más deprisa de lo que hemos ascendido, y entro en pánico. Sea lo que sea lo que ha levantado la cabeza dentro de mí, vuelve a relajarse.

Quiero seguirlo, quiero saber si se trata de la gárgola o de otra cosa, de algo peor, pero la escasa capacidad de concentración que tengo la centro en aferrarme a Flint y en rogar que no nos estrellemos.

No lo hacemos, pero, como estamos hablando de Flint, no puede evitar hacer unas cuantas acrobacias mientras caemos. Aun así, llevamos tal velocidad que ni siquiera tengo que preocuparme por caerme cuando estamos boca

arriba, porque la fuerza centrífuga me mantiene pegada a su espalda en todo momento.

De hecho, para cuando comienza la tercera serie de giros, ni siquiera tengo que cerrar los ojos. En lugar de eso, me río con Hudson y disfruto de la atracción.

Al final empieza a volar despacio cerca de varios de los elementos arquitectónicos incluidos en la lista de Damasen. Saco el móvil del bolsillo del abrigo y tomo unas cuantas instantáneas de cada característica mientras pasamos.

Cuando termino la última foto, vuelvo a meter el móvil en el bolsillo y cierro la cremallera. Flint se da la vuelta para mirarme, y juraría que, sorprendentemente para ser un dragón, me lanza una sonrisa maliciosa. Esa es la única pista que tengo para agarrarme a su cuello con fuerza antes de que empiece a ascender a toda velocidad de nuevo, girando un poco en el proceso.

Y entonces, cuando creo que ya no podemos subir más, deja de aletear por completo.

Permanecemos congelados en el cielo durante una milésima de segundo, sin que sus fuertes alas nos impulsen hacia arriba, y me quedo sin aliento. Sé lo que está a punto de hacer, y noto el grito generándose en mi pecho. Pero antes de que pueda abrir la boca y liberarlo, Flint gira noventa grados en el aire, pega sus alas al cuerpo y, de repente, caemos en picado hacia el suelo, cada vez a mayor velocidad.

Grito como si estuviera en la montaña rusa más aterradora del mundo. Incluso Hudson grita detrás de mí, me rodea la cintura, y me pega contra su pecho como intentando protegerme. Y así, sin más, el ser salvaje de mi interior se libera de nuevo, y me río tan fuerte que apenas puedo respirar.

Al menos hasta que nos acercamos al suelo, porque Flint no parece tener intenciones de decelerar pese a que los árboles se acercan a gran velocidad. Se me hace un nudo en el estómago. Me vuelvo ligeramente y veo que incluso

Hudson parece algo nervioso. Pero no me queda otra que inspirar hondo y esperar a ver qué hace Flint a continuación.

Y lo que hace es, básicamente, levantar el vuelo en el último segundo, enviándonos de nuevo a lo alto del castillo mientras gritamos y reímos sin parar. Ahora, Flint se gira y veo que sus ojos ríen también. Hacemos dos rizos rápidos más alrededor del instituto y, finalmente, aterriza con una suavidad absoluta.

Consigo bajarme de él prácticamente de la misma forma en la que me había subido, pero a la inversa, y segundos después vuelvo a estar en el suelo. Me tiemblan las piernas.

Se hace de nuevo ese extraño centelleo, ese remolino de aire, y unos segundos más tarde Flint está a mi lado, vestido con lo que queda de su uniforme, que es apenas un par de pantalones hechos pedazos y media camisa a la que le faltan todos los botones.

Me lo quedo mirando y empiezo a reírme, en parte por su ropa y en parte por la sonrisa bobalicona que tiene en la cara. No tarda mucho en echarse a reír también.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta.

—No ha sido la clase de vuelo que me esperaba —respondo con una sonrisa—. Pero ha sido divertidísimo. —Y es la verdad. Por primera vez desde que he vuelto a ser humana, me siento yo misma al cien por cien. Es una sensación muy agradable, una sensación que me lleva a tomar a Flint del brazo, porque no quiero que se vaya, no quiero que se la lleve con él—. ¿Tú lo has pasado bien?

—Mucho. Y has nacido para volar.

—Ya, claro. Si me has puesto los ojos en blanco.

Vuelve a ponerlos adrede.

—No veías la manera de subirte a mi lomo.

—¿Qué quieres? Los dragones no vienen con manual de instrucciones. Era difícil.

—Eso parece. —Le saco la lengua, pero se ríe—. ¿Quieres que repitamos?

—Por supuesto. —Repaso mentalmente mis horarios y sugiero—: ¿Qué te parece mañana por la mañana? Podemos reunir a todo el equipo para el Ludares y practicar para el torneo. Y me enseñas a volar y a usar mis propias alas.

—Me gusta cómo piensas, chica nueva. ¿Nos vemos en el campo de entrenamiento a las nueve?

—Mejor a las diez. Macy no es muy de madrugar.

Niega con la cabeza.

—Brujas y vampiros, tío. Nunca lo son. —Mira hacia el instituto—. ¿Te acompaño a tu habitación?

—No, tranquilo. Pero gracias, Flint. —Le doy un abrazo impulsivo—. Eres el mejor.

—No creas, chica nueva. —Esta vez en su sonrisa detecto cierta tristeza—. Pero estoy deseando verte volar mañana. A ver si eres una rival digna.

—Me temo que ni siquiera un F-35 sería un rival digno para ti, pero gracias por el cumplido.

Me despido de él con la mano y me dirijo hacia las escaleras que dan a la entrada principal. Mientras subo, no puedo evitar preguntarme qué es eso que hace que Flint parezca estar tan triste cuando cree que no miro.

56

Cállate y baila

Llego agotada a mi cuarto sobre las ocho. Macy intenta convencerme de que salga con ella y con algunas de sus amigas brujas. Van a reunirse para ver algo en Netflix y hacerse tratamientos faciales, pero la verdad es que estoy demasiado nerviosa con lo de mañana, y creo que con todo lo demás.

Mañana voy a conocer a todo el equipo para el Ludares; Flint y Macy han terminado de completarlo hoy y creen que por fin tienen el equipo que necesitamos para ganar. Y debemos ganar, al menos si queremos conseguir la piedra de sangre que necesitamos para expulsar a Hudson de mi cabeza y convertirlo en humano. De lo contrario, estamos totalmente jodidos.

Pero ¿cómo voy a competir en este torneo si apenas sé nada sobre él? A ver, sé que se celebra en el complejo deportivo del Katmere, un lugar en el que nunca he puesto un pie. Y también sé que es una mezcla extraña entre el balón prisionero y la patata caliente, y que todos los miembros del equipo deben controlar el balón durante al menos una parte del juego.

Eso significa que voy a tener que evitar que el otro equipo me quite el balón con mis nulas habilidades.

A ver, sí, puedo transformarme en piedra con el balón, pero así no llegará a la meta. Supuestamente puedo volar, pero para eso tendría que adoptar mi forma de gárgola, cosa que todavía no sé cómo hacer, como tampoco sé volar en sí. Y en cuanto al tema de canalizar la magia... No sé. ¿Hasta qué punto ha sido eso cosa mía esta tarde y hasta qué punto lo ha sido de Hudson? Es una pregunta a la que llevo dándole vueltas desde que me percaté de que había sido su poder, más que el de Macy, el que estaba dirigiendo.

Nerviosa, frustrada y bastante asustada, lo que necesito hacer ahora es enterrar la cabeza en un buen libro y fingir que el resto del mundo no existe, incluso si parte de ese mundo está compartiendo un espacio en mi cabeza.

Sin embargo, apenas diez minutos después veo que el plan no va a funcionar. Estoy demasiado alterada con una combinación de nervios y energía residual tras la que probablemente haya sido la clase de vuelo más increíble de la historia como para quedarme aquí sentada en la cama.

Tal vez debería haber ido a la noche de chicas con Macy después de todo. Al menos tendría otra cosa que hacer que estar viendo que mis temores se persiguen los unos a los otros por mi mente toda la noche. Pero, de haber ido, me habría visto obligada a entablar conversación con personas que no conozco, y eso me supone más estrés. Sobre todo porque nunca se me han dado bien las charlas triviales.

Al final decido darme una ducha rápida con la esperanza de que eso me relaje. Pero tampoco funciona. Sigo subiéndome por las paredes incluso después de secarme el pelo y de ordenar mi lado de la habitación.

Pienso en llamar a Jaxon, pero parecía muy cansado cuando nos hemos despedido. Ha dicho que se iba a dormir pronto y, si lo ha hecho, no quiero ser yo quien lo moleste.

Lo mejor que puedo hacer es irme a dormir también. Mi mente ha pasado por muchas cosas durante los últimos

meses. Es una lástima que ahora mismo dormir se me haga tan raro como un paseo por la luna.

Sin nada más que hacer, recojo la ropa sucia de Macy y mía, y me dirijo a la lavandería en la segunda planta. Nunca he hecho uso de ella, pero sé dónde está porque se encuentra junto a una de las salas de estudio por donde Macy me hizo un *tour* los dos primeros días que estuve aquí.

Normalmente haría solo mi colada; no sé cómo se suelen apañar las brujas con esto, y lo último que quiero es cambiar la forma de hacer las cosas. Pero como la he oído quejarse de que no tenía medias limpias tres días distintos esta semana, pues no me cuesta nada echarle una mano con eso. Es lo menos que puedo hacer después de todo lo que ella hace por mí.

Una hora más tarde, mientras paso la ropa de la lavadora a la secadora, Hudson decide aparecerse de nuevo con un «¡Bu!» tan fuerte que hace temblar el techo.

Lo estaba esperando, y aun así me doy tal susto que se me cae la ropa mojada al suelo y casi doy tal grito que seguro que me hubiesen oído hasta en el estudio de Arte. Consigo contenerlo en el último segundo, pero tardo un poco en recuperar el aliento.

—Sabes que eres un gilipollas, ¿verdad? —le espeto cuando consigo hablar de nuevo (y después de haber recogido toda la ropa que me ha hecho tirar).

—*Solo dices eso porque me echabas de menos* —me contesta desde donde está sentado sobre la tapa de una lavadora varias máquinas más allá.

—¿Te echaba de menos o quería asegurarme de que no estuvieras en alguna parte tramando dominar el mundo? Hay una sutil diferencia.

—*Pero bastante importante* —dice con una sonrisa que le ilumina la cara entera.

Recelo de inmediato de ella.

—¿Por qué estás tan sonriente las últimas horas?

—*¿Acaso no puede uno estar contento porque sí?* —pregunta con una ceja enarcada.

Meto la última de las prendas en la secadora y cierro la puerta de golpe.

—No, si la última vez que ese uno estuvo contento fue cuando planeaba hacerse de forma hostil con la mitad del mundo paranormal.

—*Me ofendes. Eran al menos tres cuartos* .

—¿Quieres recordarme qué tal te fue con eso? No me acuerdo.

—*Bastante bien, teniendo en cuenta que estoy aquí esta noche con las bragas de una gárgola supersexy sobre mi zapato* .

Levanta el pie izquierdo y, efectivamente, mis bragas negras de encaje cuelgan de la punta de sus mocasines de ante merlot de Armani.

—Pero ¿cómo es posible? —pregunto, y me agacho para cogerlas de un tirón. Y lo hago, pero, cuando me miro la mano, no tengo nada.

Claro que no. Que pueda verlo ahí sentado sobre la lavadora no significa que esté ahí. Por eso es imposible que mis bragas estuviesen colgando de su zapato. Pero las he visto.

—*Abracadabra* —responde haciendo el gesto como si agitara la varita y todo. Cosa que...

—Madre mía. ¿Estás colocado? —pregunto.

—*Estoy dentro de tu cabeza, Grace. Si estuviese colocado, ¿no lo estarías tú también?*

—Ya, bueno, pues igual lo estoy —mascullo mientras recojo el detergente y demás, porque no se me ocurre otra circunstancia en la que Hudson pudiera comportarse de una manera tan extraña. Y el hecho de que su actitud me resulte solo un poco, una pizquitita, encantadora también me preocupa sobremanera.

—*O a lo mejor solo estás recobrando la consciencia* —me suelta, y sus ojos azul índigo brillan bajo la intensa luz de la

lavandería.

—¿Recobrando la consciencia? Sí, estoy siendo consciente de que necesitas un tranquilizante... o tal vez siete.

—*No, me refería más bien a que estás empezando a darte cuenta de que esto no tiene por qué acabar tan mal como parece que crees* .

Lo miro perpleja.

—No... No tengo la menor idea de qué significa eso.

—*¿Ah, no?* —Me observa detenidamente.

—No. En absoluto.

Durante largos segundos no dice nada. Después, justo cuando pienso que va a volver a su talante sarcástico de costumbre, levanta la mano y traza un círculo en el aire con el dedo índice. Su gesto no tiene ningún sentido para mí, al menos hasta que, de la nada, empieza a sonar *Good Feeling* de Flo Rida.

—¿Qué está pasando aquí? —Miro a todas partes a mi alrededor, preguntándome si no será una broma de cámara oculta. Porque... ¿qué está pasando? En serio—. ¿Por qué pones a Flo Rida?

—*¿Por qué no?* —responde, y me coge de la mano justo cuando empieza el estribillo. Entonces, antes de que pueda ser consciente de la situación, tira de mí. Salgo disparada hacia su duro pecho, chillando como un pterodáctilo enfadado en todo el proceso.

—Pero ¿qué coño, Hudson? —le digo golpeándole el pecho hasta que por fin me permite poner algo de distancia entre los dos—. ¿Qué narices te pasa?

—*¿Por qué tiene que pasarme algo?* —responde.

—Porque nos odiamos. Y porque la música alegre no te pega nada. Y porque lo último que quiero hacer ahora mismo es abrazarte.

Esta vez enarca ambas cejas, adquiriendo de nuevo ese gesto de superioridad que tanto detesto y que tan bien conozco.

—*¿Quién ha dicho nada de abrazarnos?* —pregunta justo antes de darme una vuelta en lo que solo puede ser una especie de movimiento de baile.

—Hudson —digo, pero no me hace caso. Tira de mí de nuevo y me da otra vuelta en la dirección opuesta—. ¡Hudson! —repito esta vez más rápido—. ¿Qué haces?

Me mira como si no entendiera nada.

—*Estamos bailando* .

—No —lo corrijo—. Tú estás bailando. Yo estoy empezando a sentir que se me va a dislocar el hombro en cualquier momento.

—*Y ¿quién tiene la culpa de eso?* —pregunta—. *Baila conmigo, Grace* .

—¿Por qué?

—*Porque te lo estoy pidiendo* .

Me da otra vuelta, pero esta vez lo hace de una forma mucho más suave.

—Pero ¿por qué me lo estás pidiendo? —pregunto cuando vuelve a recogerme—. ¿Qué está pasando, Hudson?

—*¿Grace?* —dice mirándome a lo más profundo de mis ojos y, por un ínfimo instante, veo algo ahí que me deja sin aliento. Y también me pregunto si no me lo estaré imaginando.

—¿Qué?

Traza un círculo de nuevo en el aire y la música cambia de Flo Rida a *Shut Up and Dance* , de Walk the Moon.

Y es tan inteligente, tan ridículo, tan típico de Hudson... que no puedo evitar echarme a reír justo antes de decir: «¡A la mierda!», y dejar que me lleve de un extremo de la lavandería al otro.

Cuando la canción termina por fin, Hudson me suelta y ambos nos quedamos ahí parados, sonriéndonos el uno al otro. Y, mientras lo hacemos, no puedo evitar preguntarme qué pensaría cualquiera si hubiese entrado en la lavandería hace un par de segundos y me hubiese encontrado bailando alrededor de las lavadoras yo sola, cantando una canción

que solo yo oía. Probablemente no sería más que otra cosa rara de humana... o incluso de gárgola. Y supongo que lo es, ahora que lo pienso.

Aun así, tengo un poco de calor y me falta un poco el aire, pero estoy mucho más relajada que cuando he llegado para hacer la colada, y tal vez por eso le pregunto:

—¿Cómo sabías que me encanta esa canción?

Y de repente su sonrisa se desvanece, y no queda nada más que un vacío tan absoluto que lo siento en el fondo de mi pecho. Incluso antes de que me responda:

—Entonces ¿de verdad no recuerdas nada del tiempo que pasamos juntos?

57

Manejando los hilos (del corazón)

Me quedo totalmente desconcertada.

—Yo no... A ver... Te dije...

—*No importa* . —Niega con la cabeza y se lleva la mano al pelo—. *No sé en qué estaba pensando* .

—Yo tampoco sé en qué estabas pensando —le digo—. Ese es precisamente el fin de mantener una conversación.

—*Puede* . —Se encoge de hombros.

—¿Cómo que «puede»? ¿Qué significa eso?

Tengo la sensación de que se me escapa algo importante, pero no tengo ni idea de qué. Y, lo que es peor, esta puta amnesia me impide averiguarlo. Esta vez, cuando su mirada se encuentra con la mía, detecto tanta intensidad que la boca se me queda seca como el desierto.

—*Significa que supongo que he visto lo que quería ver esta tarde* .

No tengo respuesta para eso, así que me quedo ahí plantada, mirándolo, mientras un ligero escalofrío de... algo asciende por mi espalda. No logro identificarlo y, si soy sincera, tampoco quiero hacerlo, porque me da un poco de

miedo. Pero hace que esté aún más decidida que nunca a recuperar los recuerdos de lo que sucedió durante esos tres meses y medio en los que he estado ausente.

Porque, por un momento, durante todo eso de la canalización de la magia, me he dado cuenta de que no me inquietaba lo más mínimo tener a Hudson justo detrás de mí. De hecho, era hasta... agradable.

Intento olvidar esta sensación porque la idea es ridícula, pero ahora que lo tengo delante de mí, con esa expresión vulnerable en los ojos por primera vez, me pregunto si lo de esta tarde era una anomalía o un recuerdo de una amistad tan inimaginable que de alguna manera he llegado a olvidarla.

—Hudson...

—*No te preocupes* —me dice, y la suavidad que ha estado mostrando desde que se ha presentado esta mañana ha desaparecido. Al ver de nuevo al Hudson al que tanto he llegado a conocer y detestar durante los últimos días, no sé si me siento aliviada o triste. Puede que un poco de las dos cosas—. *Y ¿cómo es que te ha dado por hacer la colada esta noche? Creía que tú y tu querido novio estaríais acurrucados en su torre* .

—¿Por eso te habías ido? —pregunto mientras abro la secadora para ver cómo va la ropa. Por desgracia sigue estando muy húmeda, pero saco unas cuantas prendas que no quiero que se sequen en exceso y las echo a la cesta antes de cerrar la puerta y volver a poner el temporizador—. ¿Para darme un poco de privacidad?

—*Me he ido porque tenía cosas que hacer. Pero no has respondido a la pregunta, lo que hace que me cuestione si de verdad hay algún motivo para que estés aquí haciendo la colada* . —Me mira con recelo—. *Así que... escupe* .

—No es nada.

—*Odias hacer la colada, por eso no cuela que no sea nada* . —Saca mi sudadera favorita de la secadora y la sujeta

fuera de mi alcance—. *Habla o nunca volverás a verla con vida* .

—No es nada —repito, y entonces chillo un poco cuando forma una bola con la sudadera mojada y se prepara para marcar un triple en la papelera.

—*Última oportunidad, Grace* .

—Vale, está bien. Estoy nerviosa.

—*¿Nerviosa?* —Parece confundido mientras baja la sudadera—. *¿Por qué?*

—Se supone que hemos quedado todos mañana por la mañana en el campo de entrenamiento para empezar a prepararnos para el Ludares. Se supone que debo intentar volar por primera vez y no tengo ni idea de cómo va a ir la cosa. Ni si seré capaz de transformarme en gárgola.

»Todo el mundo estará ejerciendo sus poderes, y yo seré la humana inútil o la estatua aún más inútil. —Hudson se echa a reír. Se ríe con ganas, y de repente tengo la imperiosa necesidad de darle un puñetazo—. Gracias —le digo mirándolo lo peor que puedo—. Me has obligado a decírtelo y ahora te ríes de mí. Das asco.

—*No me río de ti, Grace* —consigue decir entre carcajadas —. *Solo... Sí, ni siquiera sé ponerme serio para mentir. Efectivamente, me estoy riendo de ti* .

—¿Sabes qué? Puede que todo esto te haga mucha gracia, pero si no ganamos el torneo, no conseguiremos la piedra de sangre. Y si no conseguimos la piedra de sangre, no encontraremos la manera de liberarte y te quedarás encerrado en mi cabeza para siempre hasta que... en fin, hasta que ambos muramos. Así que no sé de qué te ríes tanto.

—*Me río* —responde negando con la cabeza— *porque todo va a ir bien* .

—Eso no lo sabes...

—*Sí que lo sé, y tú también lo sabrías si desconectases un poco tu mente y te permitieras respirar* .

—¡Eso intento! —le grito—. Perdona si me cuesta, pero ¡es bastante difícil hacerlo contigo ahí dentro exigiendo atención todo el tiempo! Y más cuando no recuerdo nada. No sé qué soy capaz de hacer, por ello ¿cómo voy a confiar en mí misma? ¿Cómo voy a «respirar»?

—*Ya, bueno, yo sí sé de lo que eres capaz. Fui yo el que estuvo atrapado con Grace la Gárgola durante más de cien días, y soy yo el que recuerda cada puto minuto. O sea, que escúchame: deja de preocuparte y confía en tu instinto. Lo vas a hacer genial* .

Sus palabras me dan que pensar, precisamente porque no esperaba que él, ni nadie, las dijera.

—¿Qué significa eso? —pregunto al cabo de varios segundos—. Cuando dices que estuviste ahí, ¿qué significa?

—*Significa que cuatro meses es mucho tiempo como para estar haraganeando* . —Hace un gesto incómodo—. *No estuvimos congelados en el tiempo, Grace. Tú eras una gárgola, y una de las cosas que estuviste haciendo durante esos meses fue averiguar qué implica eso* .

Sus palabras hacen que me tiemblen las manos y el corazón me late a triple velocidad al ver que sabe más sobre mí de lo que jamás hubiera imaginado. Supongo que pensaba que habíamos sido enemigos durante el tiempo que pasamos juntos, pero, por lo que dice, no fue el caso. O, al menos, no del todo. ¿Hablábamos? ¿Nos reíamos? ¿Peleábamos? Lo último debería ser lo más probable, pero su mirada no parece indicar que detestase cada segundo de aquello.

—¿Recuerdas lo que estuve haciendo durante esos meses? —susurro.

Por primera vez parece receloso, como si temiera haber dicho demasiado. Y lo entiendo, de verdad. Sé que todo el mundo dice que ya iré recuperando mis recuerdos en su momento, pero quiero saberlo todo ahora.

No responde a mi pregunta, pero hace algo aún más interesante:

—*Te encanta ser una gárgola* .

Sus palabras consiguen que se me humedezcan las palmas de las manos y, de repente, me invade una gran emoción.

—¿Qué aprendí? —pregunto. La necesidad de saber es como un dolor físico dentro de mí—. ¿Qué puedo hacer? —insisto.

—*Prácticamente lo que quieras* —responde por fin—. *Y si quieres averiguarlo, podrías transformarte aquí mismo. Hay mucho espacio* .

—¿Qué? ¿Aquí aquí? —pregunto, y miro a mi alrededor—. Podría entrar cualquiera.

—*Te garantizo, Grace, que no va a entrar nadie. Eres la única persona en todo el instituto capaz de hacer la colada un sábado por la noche. En serio, no sé si estar impresionado o avergonzado por ti* .

—Vaya. —Lo fulmino con la mirada—. Menuda manera de motivar a alguien.

—*No es mi deber motivarte* —me espeta—. *Es el tuyo. Yo soy el enemigo, ¿recuerdas?*

—Lo recuerdo perfectamente —le suelto—. Y, si no lo hiciera, solo tardaría un minuto en darme cuenta.

—*Exacto* . —Me mira con esa sonrisa fría que no llega a alcanzarle los ojos—. *Bueno, ¿vas a hacer algo o vamos a estar aquí toda la noche viendo cómo te compadeces de ti misma?*

Esas palabras me cabrean más que cualquier otra que pudiera haber usado, y tengo que contenerme para no gritar cuando respondo:

—¡No me estoy compadeciendo de mí misma!

Me mira de arriba abajo y suelta:

—*Vale* .

Y ya está. Con un simple «vale» desata toda mi ira.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunto a regañadientes por tener que preguntarle. Pero una cosa es el orgullo, y otra, la estupidez—. ¿Qué hago para cambiar?

—*Ya tienes la respuesta a esa pregunta* .

—Ya, pero ¡no la recuerdo! Así que, por favor, ¿quieres ayudarme en lugar de quedarte ahí plantado soltándome clichés en la cabeza? —Agito las manos abiertas en el aire.

Durante varios segundos parece indeciso, como si no supiera cuánto debe revelar. Pero al final su necesidad por salir de mi cabeza debe de pesar más que todo lo demás, porque al final dice:

—*Una vez me contaste que ser una gárgola era lo más natural del mundo para ti. Que no podías entender cómo habías pasado diecisiete años de tu vida no sintiéndolo, porque era como estar en casa* .

Analizo sus palabras en mi mente, las comparo con todo lo que estoy sintiendo ahora mismo, y no tienen ningún sentido.

—¿De verdad dije eso?

—*De verdad* .

¿Cómo he podido pasar de decir eso a sentir que ser una gárgola es la cosa más extraña del mundo para mí? ¿De verdad he podido olvidar algo así? Me lo pregunto mientras me quedo aquí en medio de la lavandería con los ojos cerrados, intentando mirar en mi interior. Pero no hay nada que ver. Nada más que el profundo vacío que ya conocía.

—Esto no va a servir de nada.

Hudson niega con la cabeza y extiende la mano para coger las mías.

—*Te estás esforzando demasiado* . —Nuestras miradas se encuentran, y me pierdo en las turbulentas olas azules de sus ojos—. *No tienes que aprender a ser una gárgola. Eres una gárgola. Forma parte de ti, de tu identidad. Y, pase lo que pase, nadie puede arrebatarte eso* .

Tengo la impresión de que se está refiriendo a algo más que al simple hecho de que sea una gárgola.

—¿Qué sig...?

Me interrumpe.

—*Ahora no* —dice—. *De momento, cierra los ojos* . —Espera hasta que lo hago para continuar—: *Inspira hondo... y espira. Intenta alcanzar esa parte de ti que está escondida. Esa parte que mantienes en secreto ante todos los demás* .

Cuando lo hago, no puedo evitar ver todos los hilos diferentes que hay dentro de mí. Cada uno de ellos conecta con una parte distinta de mi ser, con una persona o cosa diferente que me hace ser quien soy.

Además, solo tengo que tocarlos para saber de qué parte se trata. El naranja chillón es el de mi pasión por la lectura. El azul claro, el de mi amor por el océano. El turquesa, el de la risa de mi madre. El rosa eléctrico, el de Macy. El negro, el de Jaxon, junto con otro hilo de dos tonos que empieza como un verde no muy claro que se va oscureciendo y oscureciendo hasta que termina en negro. Únicamente mirándolo estoy casi segura de que se trata de nuestro vínculo como compañeros, aunque no sé por qué lo sé. El rojo es el de mi pasión por el arte. El marrón, el de los paseos de los sábados por la mañana con mi padre. Incluso hay un hilo verde esmeralda brillante, casi rutilante, iridiscente. Me dispongo a tocarlo, pero una voz me advierte de que no lo haga. Antes de que pueda pararme a pensar en ello, me distraigo con un precioso hilo azul cerúleo, que sé de forma instintiva que es el de mi madre. El marrón rojizo es el de mi padre. Incluso hay uno de color aguamarina que representa a La Jolla.

La lista es interminable, como los hilos de colores, y los voy revisando todos, incluso los que todavía no reconozco, hasta que por fin encuentro uno de color platino brillante, bien escondido, en medio de todos los demás.

Sé qué es este. Este hilo es el de mi gárgola.

No voy a mentir. Me da un poco de miedo, el hilo y lo que puede hacer. Pero tener miedo nunca me ha llevado a ninguna parte, y desde luego no va a solucionar este

problema, así que lo cojo conteniendo la respiración y con el corazón a mil por hora.

En cuanto lo toco, siento que algo resuena en mi interior, como lo que ha sucedido esta tarde con la magia de Hudson. Pero esto es más profundo, más fuerte, un maremoto, cuando lo de antes ha sido únicamente una gota, y puedo notar cómo me arrolla, cómo se agita a mi alrededor, cómo me entierra en su poder y en su presencia.

Una parte de mí quiere dar marcha atrás, quiere protegerme más que nada en el mundo. Pero es demasiado tarde. Todo me golpea ahora, y lo único que puedo hacer es aguantar y esperar a ver qué sucede.

No tarda mucho, tal vez un segundo o dos, aunque parece una eternidad. Empieza en las manos y los brazos, una pesadez que me resulta completamente ajena y completamente normal al mismo tiempo. Cuando llega a los hombros, se extiende como la pólvora por el torso hasta las caderas, las piernas y los pies, y asciende al cuello, la mandíbula, las mejillas y la coronilla.

Al mismo tiempo siento una quemazón en la espalda, y me asusto un poco hasta que lo recuerdo: son mis alas. Claro.

Entonces todo termina, y me encuentro en medio de la lavandería del Katmere transformada en gárgola, sintiéndome más rara que en toda mi vida. Es una sensación muy muy extraña.

Ahora que he cambiado, sigo aferrándome al hilo en mi interior, pero lo suelto cuando Hudson me dice que lo haga.

—¿Qué pasa? —pregunto al ver que me sonríe.

Y, por cierto, ¿puedo decir que me parece superinjusto seguir siendo bajita, incluso como gárgola? A ver, acabo de convertirme en piedra, joder. ¿No puedo al menos crecer unos centímetros con la transformación?

—*Nunca vas a parar de quejarte, ¿verdad?* —pregunta Hudson.

—¡Jamás! —respondo inmediatamente. Pero tengo cosas más importantes por las que preocuparme que la altura en estos momentos—. ¿Por qué no puedo sostener el hilo?

A ver, no pasa nada, no es que me estuviese quemando las manos de piedra ni nada, pero tengo curiosidad.

—*Porque estoy bastante seguro de que cuanto más tiempo te aferres a él, más estatua te vuelves. Pero si cambias solo hasta este punto, puedes moverte, caminar y volar* —me dice.

—¡Anda! Pues eso es bastante importante saberlo, ¿eh? —bromeo justo antes de decidirme a comprobar si Hudson está en lo cierto.

Y resulta que sí. Puedo andar. Y también puedo bailar y dar vueltas y saltar, con tanta fuerza que casi tiembla el suelo de toda la planta. ¡Y es absolutamente increíble!

Una parte de mí quiere ver si puedo volar: ya he meneado las alas y funcionan, pero tengo un par de problemas. Uno, que estamos en interior y, si no puedo parar, no quiero tener que explicarle al tío Finn por qué me he estampado o he atravesado una de las paredes del castillo.

Y, dos, que en realidad es un subapartado del uno: no tengo ni idea de cómo hacerlas funcionar. Estoy segura de que un día en clase de Física del Vuelo no me capacita para manejarlas, por mucho que estén en mi espalda.

De repente, recuerdo la foto que Macy me enseñó y me llevo la mano a la cabeza... Efectivamente, ahí están los cuernos. Suspiro. Al menos no son muy grandes.

No sé cuánto tiempo transcurre mientras me paseo y giro como gárgola, pero sé que es el suficiente como para que mi colada se enfríe y se arrugue.

El tiempo suficiente como para que Hudson deje de intentar seguirme y se siente en un rincón a mirar, con una sonrisa no sarcástica en la cara.

Más que suficiente como para que mis músculos se agoten y empiecen a temblar. Resulta que se requiere un enorme esfuerzo para moverse siendo una roca.

Pero no quiero volver a transformarme todavía. No sé cómo ni por qué, pero hay algo tremendamente liberador en estar en esta forma. Pensaba que me sentiría atrapada, que no podría moverme o que tendría claustrofobia, pero solo siento... contento. Como si hubiese encontrado una parte gigante de mí que ni siquiera sabía que me faltaba.

Sin embargo, al final sé que tengo que regresar a mi forma humana. Es tarde; seguramente Macy volverá pronto de su noche de chicas y no quiero que piense que la he abandonado para quedar con otra persona. Además, mañana hay que levantarse pronto: hemos quedado en el campo de entrenamiento a las nueve, y quiero dormir un poco, a ver si descansando hago menos el ridículo. Además, Jaxon se preocupará si cree que he vuelto a desaparecer.

—*Mi patético hermanito te tiene bien atada, ¿eh?* —dice Hudson, y compruebo que el sarcasmo ha vuelto en plena forma ahora que ha agotado su cupo de amabilidad de todo el año, o incluso de toda la década.

No le respondo hasta que vuelvo a mi forma habitual, un proceso tan sencillo como tocar un hilo dorado brillante y desear volver a recuperar mi cuerpo humano. Mi vestimenta, que se había transformado en piedra, vuelve a ser ropa corriente.

—Jaxon solo se preocupa porque la mitad del instituto y su hermano han intentado matarme.

Hudson bosteza.

—*Para ser justos, intentaba matarlo a él. Tú solo te pusiste en medio* .

—Vaya, seguro que eso nos hace sentir mucho mejor a ambos.

Se encoge de hombros.

—*No sabía que fuera cosa mía hacerte sentir mejor* .

Y así, sin más, me exaspera de nuevo. Estoy muy confundida. ¿Qué se le pasaba por la cabeza antes, cuando ha entrado aquí de repente y ha empezado a darme vueltas por la lavandería como si fuéramos mejores amigos o algo

así? Y ¿qué ha cambiado para que adopte otra vez esa actitud tan despreciable?

No es que me esté quejando. Sé cómo manejar a este Hudson. El otro me daba miedo.

—*Vaya* . —Hudson resopla desde donde está apoyado contra la pared—. *Eso es lo que recibe uno por ser amable* .

—Sí, probablemente no deberías hacer eso —coincido—. No te pega. Es como que no te queda bien.

—*Por favor. Todo me queda bien, y lo sabes* —dice, y me lanza una mirada que solo puede describirse como «de modelo de pasarela».

Me echo a reír sin remedio. Y, aunque Hudson finge estar completamente disgustado conmigo, he llegado a conocerlo lo bastante bien como para detectar ese brillo de humor en la profundidad de sus ojos.

—Me voy a la cama —le digo cuando por fin paro de reírme.

—*¿Es una invitación?* —pregunta.

De repente, me arden las mejillas y siento mucho calor.

—¿A que no seas un auténtico capullo durante las próximas seis horas para que pueda dormir? Sí. ¿A otra cosa? Ni en un millón de años.

Y tras esto, recojo la cesta de la colada y me dispongo a regresar a mi cuarto.

—*Mejor. No quería romperte el corazón* —responde.

Pero se pone a silbar mientras subimos por las escaleras, y hasta que no llego a mi habitación no caigo en que es la melodía de *Good Feeling* , de Flo Rida. No sé por qué, pero eso me hace sonreír. Y es probablemente por eso por lo que, cuando me meto en la cama unos minutos después, susurro:

—Gracias, Hudson. Te agradezco mucho toda la ayuda de hoy.

Se hace un largo silencio, tanto que pensaría que se había quedado dormido si no pudiera verle los ojos. Pero al final suspira y dice:

—*No me des las gracias, Grace* .

—¿Por qué?

Me vuelvo para poder verle bien la cara cuando se inclina hacia el lateral de mi cama.

—*Porque* —me dice, y sus ojos color índigo arden con una miríada de emociones que no puedo ni empezar a descifrar *— si lo haces voy a tener que hacer algo de lo que te vas a arrepentir* .

58

Always Look on the Bite Side

—¿Qué obtienes si besas a un dragón en los labios? —pregunto en cuanto Jaxon abre la puerta. Me llevo la mano al cuello y jugueteo ociosamente con el colgante que me regaló. Lo he llevado casi todos los días desde que regresé, pero esta es la primera vez que no lo llevo metido debajo de una tonelada de ropa.

Me mira adormilado y responde:

—¿Náuseas?

—Casi. Una calentura. —Le paso un vaso lleno de sangre que he cogido para él en la cafetería—. Toma. Bébetelo.

Lo acepta y una sonrisilla se dibuja en sus labios.

—Gracias. —Entonces se inclina y toma mi boca en un beso corto pero intenso—. Creo que paso de la calentura y prefiero besar a una gárgola.

—Me gusta tu plan.

Dejo mi vaso de chocolate caliente en la mesa que hay junto a la puerta, rodeo su cuello con los brazos y tiro de él para darle un beso más largo y más satisfactorio.

Jaxon emite un sonido gutural y se acerca a mí. Me besa las comisuras de la boca y desliza la lengua por la línea de

mi labio inferior antes de rodear mi cintura con los brazos y estrecharme contra él.

—¿Qué hay de Hudson? —susurra, y siento su aliento caliente en la oreja.

—Sigue dormido. Por eso he decidido encontrarme aquí contigo en lugar de en el vestíbulo.

—Me gusta cómo piensas —me dice Jaxon, y me da la vuelta de manera que quedo atrapada entre él y la pared. Luego recorre mi mandíbula con los labios y desciende por mi cuello hasta que llega al hueco de la garganta.

—Y a mí me gusta cómo haces eso —respondo enredando los dedos en su pelo sedoso, y me arqueo contra él.

—Me alegro. —Desciende un poco más, y aparta ligeramente el cuello de mi camisa con la nariz para poder besarme la clavícula—. Porque pienso hacerlo durante muuucho tiempo. Compañera.

—*Joder. Qué cursi* —suelta Hudson de repente. Parece tan dormido como Jaxon, con la mitad del pelo levantado. Pero su sarcasmo nunca le abandona—. *En serio. Seguro que a mi hermano se le puede ocurrir algo mejor que eso. ¿O es que acaso solo pretende marcarte su nombre en el culo y ya está?*

Me aparto de Jaxon gruñendo de frustración y me vuelvo hacia Hudson, que ahora está apoyado contra el marco de la puerta.

—*¿Sabes qué? Chúpame esto* —le digo haciéndole una peineta.

—*Me encantaría* —me contesta, y me mira profundamente a los ojos con los suyos azul noche mientras se inclina y me muestra un colmillo.

De repente, un escalofrío no del todo negativo me recorre la espalda, y eso me asusta tanto que me aparto tan rápido de ambos que casi me caigo de culo.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta Jaxon extendiendo la mano para estabilizarme.

—Sí, claro. Es solo que...

—Creo que lo sé. —Enarca una ceja—. ¿Se ha despertado?

—Algo así, sí. —Me inclino hacia delante, apoyo la coronilla en su pecho y susurro—: Lo siento.

—No te disculpes nunca —responde—; por eso no. —Se adentra en su habitación y me indica que me siente en el sofá mientras él va a su dormitorio—. Dame un par de minutos para que me lave los dientes y me vista, y nos vamos.

—No hay prisa. Tenemos tiempo —le digo mientras cierra la puerta. Sobre todo porque había planeado pasar unos cuantos minutos más a solas con él antes de reunirnos con los demás... y antes de que Hudson se despertase. Al parecer, debería haberme saltado el pasarme por la cafetería. Pero Jaxon parecía tan hecho polvo ayer que quería asegurarme de que comiera algo.

—*Bebiera* . —Hudson se deja caer en el sillón que está delante del sofá. Se repantinga, estira las piernas y se cruza de brazos. Tiene la mandíbula apretada. Y suena más irritado que nunca, que ya es decir.

Pero me da igual, porque yo también estoy bastante irritada por mi parte.

—¿De qué hablas? —pregunto con tono de hastío, ya que no tengo ningún interés en mostrarme cordial en estos momentos.

—*Digo que bebe, no come* .

—Lo que sea. —Lo fulmino con la mirada—. Y ¿quieres hacer el favor de dejar de escuchar a escondidas mis pensamientos?

—*No es escuchar a escondidas cuando los proyectas en toda tu cabeza como si los anunciase un puto feriante de la tómbola* —me suelta—. *No te ofendas, pero es bastante difícil no escucharlos. Y también nauseabundo de la hostia* .

—¿Sabes qué? Estás siendo un gilipollas, y ni siquiera sé por qué. ¿O es que agotaste ayer tu cupo de amabilidad del mes?

—*¿No querrás decir del año?* —pregunta con una sonrisa de suficiencia.

—Más bien de la década, al parecer.

Me levanto y me dirijo a la mesa para coger el chocolate caliente y un libro, porque no pienso pasarme los próximos minutos oyendo refunfuñar a Hudson.

—*Asegúrate de echar un vistazo a la estantería del fondo. Seguro que hay algún cuento de hadas en alguna parte. Lo digo porque, como no paras de contarte a ti misma un montón de mentiras* ...

—¡Joder! —Me vuelvo hacia él con los puños apretados y un grito formándose en mi garganta—. Pero ¿a ti qué te pasa? ¡Estás siendo un auténtico capullo!

Al principio creo que va a contestarme (parece que tiene mucho que decir cuando se planta delante de mi cara), pero solo se me queda mirando, con los ojos cargados de ira y la boca tan apretada que tiene que dolerle.

Pasan largos segundos y la tensión aumenta entre nosotros cada vez más, hasta que llega un momento en que siento que me va a explotar la cabeza. Justo cuando estoy a punto de perder los estribos y empezar a chillarle, e imagino que él también, Jaxon sale de su cuarto con la chaqueta negra en la mano.

—No sé si te has acordado de coger un abrigo —dice tendiéndomela—. El campo de juego está climatizado, pero tardaremos algunos minutos en llegar allí.

Hudson se vuelve y masculla algo desagradable entre dientes. Una parte de mí quiere agarrarlo del brazo y exigirle que terminemos esta discusión que no tiene ningún puto sentido.

Pero Jaxon me está esperando, y está muy mono y arrebatadoramente sexy con ese par de pantalones deportivos negros *slim-fit* y esa camiseta negra de compresión que le marca todos los músculos que tiene, que son muchos.

—Sí que lo he cogido —le digo, y señalo con la barbilla el respaldo del sofá donde he dejado el abrigo al llegar—. Pero muchas gracias de todas formas.

—De nada. —Sonríe, coge una mochila vacía y mete en ella un montón de botellas de agua; después se acerca al armario cerrado de una de las estanterías y saca una caja de unas de mis barritas de muesli favoritas y también añade un par a la mochila.

—¿De dónde las has sacado? —pregunto algo sorprendida y muy emocionada.

—Las pedí cuando empezamos a salir, junto con algunas Pop-Tarts, por si te entraba hambre estando por aquí. Llegaron mientras tú... —Hace un gesto con la mano que abarca todo lo que ha pasado—. Así que las guardé para cuando regresaras, y aquí estás.

—Aquí estoy —repito derritiéndome al ver lo mucho que cuida de mí, incluso cuando no sé que lo está haciendo—. Gracias —digo de nuevo.

Jaxon pone los ojos en blanco.

—Deja de decir eso —me pide mientras cierra la cremallera antes de coger mi abrigo y ayudarme a ponérmelo—. No tiene ninguna importancia.

—Eso no es verdad —aseguro, y atrapo su mano cuando se dispone a dirigirse a la puerta. Espero a que se dé la vuelta hacia mí para continuar—: Para mí tiene mucha importancia, y te lo agradezco.

Encoge ligeramente un hombro, pero intuyo que mis palabras le complacen. Aun así, ahora que lo veo a plena luz me doy cuenta de que el cansancio que le he visto hace un momento no era solo que estuviese medio dormido todavía. Está agotado, aunque no lo admita. Noto, por los libros abiertos que hay por toda la mesa junto a la ventana, que ha estado investigando toda la noche sobre la Bestia Imbatible. Sabemos que se encuentra en una isla encantada del Ártico, pero él querría saber más para que podamos

prepararnos. Además, también mencionó algo de intentar encontrarle un punto débil.

Se me encoge el pecho. Seguro que le pesa pensar lo que Hudson podría hacer si lo traemos de vuelta con sus plenas capacidades.

—¿Preparada? —pregunta retrocediendo un paso—. Son casi las nueve.

—Casi —respondo, y le rodeo la cintura con los brazos. Cuando lo hago, busco nuestro vínculo, cosa que me resulta sencilla después de lo de anoche, cuando descubrí todos los hilos distintos que hay dentro de mí.

—¿Qué haces? —quiere saber.

En lugar de responder, cojo el hilo negro y verde y empiezo a canalizar un montón de energía hasta él a través del vínculo.

—¡Para! —Jaxon se aparta—. No tienes por qué hacer eso.

—No tengo por qué hacer nada —respondo—. Pero lo hago porque quiero.

Y ahora que puedo tocar nuestro vínculo con las manos, no importa si estoy tocando a Jaxon o no. No pienso soltarlo hasta que vea que Jaxon tiene toda la fuerza y la energía que necesita.

—*¿Qué haces?* —pregunta Hudson—. *¡No puedes enviarle todo tu poder a él! ¿Qué vas a hacer cuando lo necesites?*

Sonrío a Jaxon, pero les respondo a los dos:

—Puedo hacer lo que quiera, y lo que quiero es cuidar de Jaxon.

Hudson alza las manos en el aire.

—*Puede que cambies de opinión cuando te machaquen en el campo de entrenamiento* .

De repente, se me corta la respiración. Sé que solo pretendía devolvérmela, pero me sigue sorprendiendo cuando noto una especie de puñetazo en el pecho, un recordatorio de que había empezado a bajar la guardia con respecto a Hudson; había empezado a pensar que de verdad pensaba que yo era más fuerte de lo que todos

creen. Y no sé por qué me pone tan triste darme cuenta de que no es así.

Además, está equivocado. Tenemos un plan y, ahora que puedo transformarme en gárgola, sé que va a funcionar.

Ganaremos el torneo Ludares y conseguiremos la piedra de sangre.

Nos haremos con un hueso en el cementerio.

Y, en fin, sí, robarle a la Bestia Imbatible la piedra corazón parece bastante complicado, pero Jaxon cree que podemos hacerlo.

Y cuando tengamos todo eso, extraeremos a Hudson de mi cabeza de una vez por todas, y no podrá volver a herir a nadie. Jaxon podrá por fin descansar y, tal vez, solo tal vez, podamos terminar el último curso con normalidad.

Bueno, con terminarlo a secas me conformo.

Por primera vez desde que descubrí que Hudson estaba en mi cabeza, no puedo evitar sonreír de oreja a oreja. Tenemos un plan: ganar el torneo. Conseguir el hueso. Matar a la bestia. Como Macy suele decir: está chupado. Podremos con esto.

Jaxon y yo salimos de su habitación cogidos de la mano, y avanzo con energía y decisión hasta que me parece oír a Hudson decir por lo bajini:

—*Estamos todos condenados* .

59

Dos vampiros son multitud

Jaxon y yo somos los primeros en llegar al campo de entrenamiento. Como voy envuelta en cuatro capas de ropa, insiste en que me quite las dos exteriores, pero no me apetece mucho, ya que aún estoy helada de la caminata por el bosque; me dice que si empiezo a sudar, el camino de regreso será mil veces peor.

A ver, la temperatura no es horrible, al menos no para lo que es normal en Alaska, pero algo me dice que seguiré teniendo frío en el exterior en pleno julio.

—Bueno, ¿en qué vamos a trabajar hoy? —pregunto cuando me quito el abrigo, la capucha y los pantalones de esquí. Es flipante pensar que sigo llevando puestos unos pantalones de lanilla, *leggings* , una camiseta de tirantes interior y una camiseta térmica de manga larga, y estoy segura de que nunca me voy a acostumbrar. Supongo que es cierto eso que dicen de que puedes sacar a una chica de San Diego, pero no puedes sacar a San Diego de la chica...

—He pensado que podríamos ver qué puedes hacer —señala Jaxon—. Y sé que Flint quiere que diseñemos una estrategia.

—Se está tomando esto muy en serio —afirmo mientras empiezo a estirar—. Lo cual es bueno, si tenemos en cuenta que solo tenemos dos días para entrenar y que hay mucho en juego.

—Bueno, creo que tiene muchos motivos para querer ganar —me dice Jaxon con una mirada que no alcanzo a descifrar—. Además, no creo que entiendas lo importante que es el Ludares aquí. El instituto entero ansía que llegue marzo para el torneo, y los ganadores tienen derecho a alardear de ello durante el resto del año. Y luego también está el hecho de que el equipo de Flint quedó segundo el año pasado, y estoy convencido de que quiere asegurarse de que este año sea diferente.

Me inclino hacia delante, pego las manos abiertas en el suelo y estiro las piernas.

—Afortunadamente, ya que es nuestra mejor opción para conseguir la piedra de sangre.

Jaxon hace un sonido gutural de asentimiento, pero cuando lo miro alrededor de mi muslo, veo un brillo en sus ojos que me indica que está centrado en otra cosa completamente distinta, es decir, en mi culo, mientras estoy inclinada.

—¡Oye! Se supone que tenemos que hablar de la competición —le digo mientras me abro más de piernas para poder estirar de lado a lado.

—Quedar primeros, ganar la piedra, echar a Hudson. Lo tengo —indica, pero todavía no ha apartado los ojos de mi trasero.

—¡Jaxon!

Me pongo colorada, pero me alegro de que le guste tanto mirarme como a mí mirarlo a él; después de todo, yo he estado disfrutando al verlo con esa camiseta de compresión desde que ha salido de su cuarto con ella puesta.

—Perdona —dice, y se acerca y me frota la espalda con la mano—. A veces soy consciente de repente de lo afortunado que soy de tenerte.

Su sinceridad hace que me tiemblen las rodillas. Pero, cuando me incorporo, estoy decidida a no dejar que note hasta qué punto, al menos no hasta que se inclina hacia delante y me da un beso, primero en una mejilla y después en la otra.

—Eres preciosa, Grace. Por dentro y por fuera. Y me alegro mucho de que me hayas encontrado.

Esta vez no merece la pena ni intentar disimularlo, porque me derrito por completo.

—Yo también me alegro de haberte encontrado —aseguro, y rodeo su cintura y lo abrazo con fuerza—. Y de no haberte hecho ningún caso cuando me dijiste que me largara del instituto Katmere.

Me estrecha aún más.

—No sé en qué estaba pensando.

—Ya, yo tampoco. —Le beso la clavícula y me aparto—. Aunque, bueno, quizá tenías parte de razón, teniendo en cuenta todo el tema de Lia y ahora lo de Hudson... Quiero decir que me alegro de no haber sabido que esto iba a pasar porque, de haberlo hecho, habría corrido lo más rápido y lo más lejos posible. Aunque entonces me habría perdido estar contigo. Me habría perdido lo que tenemos. Pero tu advertencia tiene ahora mucho más sentido, echando la vista atrás.

Espero que se ría conmigo, pero no lo hace. En lugar de eso, pone esa mirada atormentada que tanto detesto, la que dice que se está machacando por cosas que están totalmente fuera de su control.

Me planteo intentar sacarlo de ese estado mental, hacer lo que suelo hacer y tratar de hacerle entrar en razón. Aun así, ahora que lo conozco más sé que eso no siempre funciona. De modo que, en lugar de llevármelo a un rincón para hablar seriamente, hago lo único que se me ocurre; me aparto y digo:

—Atrápame si puedes.

Enarca una ceja con incredulidad.

—¿Qué acabas de decir?

Doy varias zancadas hacia atrás.

—He dicho que me atrapes si puedes.

—Eres consciente de que soy un vampiro, ¿verdad? —Ahora tiene las dos cejas subidas, casi hasta el nacimiento del pelo—. Quiero decir que me basta con... —Se desvanece y recorre la distancia que nos separa— para atraparte.

Se dispone a rodearme con sus brazos, pero lo aparto.

—Así no.

—¿Acaso hay otra manera?

Meneo las cejas arriba y abajo, y sigo retrocediendo.

—Siempre hay otra manera.

—Vale. Voy a mordert...

—No, si yo puedo evitarlo.

Y entonces hago lo que Hudson me enseñó anoche en la lavandería. Busco dentro de mi ser entre todos los hilos de colores y agarro el de tono platino brillante. Cuando mis dedos lo rodean, siento que me invade esa extraña pesadez.

—Grace, ¿estás bien...? —Deja la pregunta a medias y abre los ojos como platos cuando empiezo a transformarme en piedra delante de sus narices. Pero a diferencia de aquella vez en el pasillo, no me aferro al hilo hasta convertirme en estatua. Lo suelto cuando siento que la transformación se ha completado.

¡Y funciona! Igual que anoche, soy una gárgola, pero puedo moverme, puedo hablar..., puedo seguir siendo Grace, pero con forma de gárgola.

—¡Qué fuerte! —exclama Jaxon y se acerca de nuevo—. ¡Mírate!

—Mola, ¿eh? —Le tiendo la mano para que examine—. Bueno, menos por lo de los cuernos. —Me paso la mano por encima de ellos avergonzada.

—A mí me gustan —dice Jaxon con una sonrisa—. Te dan personalidad.

—Sí, ya. Muuucha personalidad.

—En serio. Están muy bien. Toda tú estás muy bien.

—¿Tú crees?

Detesto lo vulnerable que me siento cuando formulo esa pregunta; detesto esa necesidad que siento de saber que Jaxon ama esta parte de mí también. Y eso me hace pensar en cómo debió de sentirse Jaxon mientras esperaba a ver cómo reaccionaría yo al saber que era un vampiro.

—Sí —afirma, y alarga el brazo y me pasa un dedo por el dorso de la mano desde la muñeca hasta la punta del índice. Es muy agradable—. Entonces ¿has estado practicando cómo transformarte? —pregunta mientras caminamos juntos un poco—. Parece que te ha resultado muy fácil.

—Es que, anoche, Hudson me ayudó... —Dejo la frase a medias al ver que el rostro de Jaxon se torna inexpresivo.

—¿Hudson te ayudó? —repite.

—Sí, solo unos minutos, mientras hacía la colada —le digo, y de repente noto la necesidad de parlotear para sacar las palabras lo más rápido posible—. A ver, no fue nada. Es que estaba nerviosa por lo de hoy, así que me explicó cómo lo hacen los metamorfos. Y resulta que también funciona con las gárgolas.

—Espera un momento. ¿Estabas nerviosa por cómo lo ibas a hacer aquí, delante de todos? —Jaxon aprieta la mandíbula y percibo remordimiento y autorrechazo en la profundidad de sus ojos—. ¿Por qué no me lo dijiste? Te habría traído aquí a solas primero para practicar todo lo que hubieses querido. O les habría dicho que no podíamos venir. Yo jamás te obligaría a hacer algo con lo que no te sintieses cómoda.

—Ya lo sé. Pero... —Me interrumpo y me encojo de hombros, sin saber muy bien lo que quiero decir o cómo decirlo.

—Pero ¿qué? —insiste.

—Me da vergüenza, ¿vale? Todo el mundo aquí hace que parezca lo más fácil del mundo ser paranormal, y me da

corte admitir el miedo que me daba transformarme de forma consciente por primera vez. No quería hacer el ridículo delante de todos.

—Para empezar, no tienes nada de lo que avergonzarte. Casi todo el mundo está nervioso respecto a sus poderes mientras aprenden a usarlos. Es totalmente normal, y te lo habría dicho si me hubieras preguntado. Y, en segundo lugar, ¿te daba corte admitir eso ante mí, pero no ante Hudson? ¿Estás de puta coña?

—Venga ya, Jaxon, sabes que no es eso lo que quería decir. Solo quiero que me veas como alguien fuerte, ¿sabes?

Me paso la mano por el pelo al olvidarme por completo de que también es de piedra, así que acabo dándome unas palmaditas en la cabeza, si bien me siento un poco ridícula haciéndolo.

—No hace falta que yo te vea de esa manera, Grace. Tú eres así. Eres fuerte y poderosa e increíble, y nadie sabe eso mejor que yo. Me has salvado la vida dos veces.

—No me refería a eso.

—Lo sé, pero eso es lo que veo cada vez que te miro. Por lo tanto, si eres tú la que necesita ayuda para variar, o si te sientes insegura por un momento, ¿por qué no acudes a mí? ¿Por qué acudes precisamente a Hudson?

—Joder, Jaxon. Yo no acudí a Hudson, pero tampoco es que tuviera elección. No puedo apartarme de él, ¿qué querías que hiciera?

Jaxon se me queda observando detenidamente.

—¿Qué quieres decir con eso de que no tenías elección? ¿Sobre qué no tienes elección?

Casi puedo ver los engranajes girando en su cabeza mientras intenta darle sentido a todo esto, y de repente pienso que decirle que Hudson sabe todo lo que pienso sería como caminar por un campo de minas sin un detector de metales. Aterrador, peligroso y potencialmente desastroso.

Pero está claro por su expresión (y por sus preguntas) que es demasiado tarde para recular, y tampoco sé cómo hacerlo, porque mentirle a mi compañero me parece muy mala idea. Aunque, bueno, tampoco es buena idea saltarle a tu compañera a la garganta por un único comentario sobre una simple decisión que tomó sobre su vida por su propia cuenta...

Y es justo por esto por lo que ni reculo ni pienso disculparme ni andarme con rodeos. En vez de eso, inspiro hondo en un intento por tragarme el enfado y la ansiedad que se están generando en mi interior, y le cuento a Jaxon toda la verdad, tal y como yo la conozco:

—Pues que sabe todo lo que estoy pensando, no solo lo que hago. Sabe si tengo hambre o qué par de bragas pienso ponerme o si no entiendo nada en absoluto de física aeronáutica.

»O sea que sí, él sabía que yo estaba nerviosa por lo de volver a transformarme; ¿quién no lo estaría, teniendo en cuenta que ni siquiera recuerdo cómo lo hice la primera vez? Como tampoco recuerdo cómo volví a recuperar mi forma humana. Me preocupaba no ser capaz de convertirme en gárgola. Me preocupaba no ser capaz de regresar. Me preocupaba todo al respecto. Absolutamente todo. Y me fui a hacer la colada tarde anoche para intentar no pensar en ello y poder dormir.

Estoy muy nerviosa ahora, por lo que empiezo a pasearme, cosa que se me hace raro y diferente a cuando lo hago en mi forma humana; y, al mismo tiempo, es curiosamente igual. Es algo sobre lo que tendré que reflexionar, pero en otro momento, cuando Jaxon no me esté mirando como si le fuera a explotar la cabeza en cualquier momento.

—Así que, sí, Jaxon —continúo—. Hudson me ayudó. No porque yo tuviera nada contra ti, sino porque tan solo estaba ahí.

Jaxon me sostiene la mirada y detecto un tic en uno de los músculos de su barbilla; sin embargo, no dice nada.

No puedo evitar que la tristeza me invada y rellene el vacío que había dejado mi enfado. Esto no es culpa de Jaxon, ni mía. Suspiro.

—Puto Hudson.

—*¡Ay! No te cortes, Grace. Dime cómo te sientes* —dice Hudson tumbado en el césped artificial justo detrás de Jaxon con una copia de *A puerta cerrada* , de Sartre, abierta en las manos.

60

Las telenovelas paranormales son un estilo de vida

—¡¿Estás de coña?! —Me vuelvo y le grito a Hudson. La tristeza desaparece bajo las reservas de cabreo que con tanta facilidad aviva en mí—. ¿Decides aparecer ahora?

—*Llevo aquí un rato, pero estaba empezando a incomodarme escuchar cómo os peleabais* . —Bosteza y se estira un poco, cosa que me cabrea más todavía, que es justo lo que pretende—: *Y por* incomodarme *quiero decir «aburrirme de la hostia»* .

—Vaya, lamento mucho oír eso. Porque, en fin, ya sabes que vivo para satisfacer todos tus caprichos.

—*Lo sé* —me suelta—. *Y debo decir que te lo agradezco, por eso te estaba informando de que toda esta discusión con Jaxon no es de mi agrado. Pero no te apures. Sé que intentarás hacerlo mejor la próxima vez* .

Soy perfectamente consciente de que está intentando sacarme de quicio, que está intentando cabrearme; aun así, caigo en la trampa, porque ¿cómo no hacerlo?

—Eres asqueroso, lo sabes, ¿verdad? Eres como tener un montón de babosas reptándote por la piel.

Bosteza de nuevo.

—*Menuda novedad, Grace. A ver si te actualizas* .

—¿En serio está pasando esto ahora? —La voz de Jaxon atraviesa el aire entre nosotros—. Yo estoy hablando contigo, ¿y tú estás hablando con él?

—No tengo elección... —empiezo a decir.

—No —repone con una mirada oscura y gélida—. No me mientas y me digas que no quieres hacerlo. Te has vuelto hacia él. Siento que te resulte mucho más interesante que yo...

—Eso no es verdad, Jaxon.

—*Venga, Grace. Mi hermano te ha pedido que no le mientas* —me reprende Hudson—. *No seas tan dura con él, ¿quieres? No es culpa suya que sea tan jodidamente aburrido* .

Lo fulmino con la mirada.

—¡Para! ¡No es aburrido!

—*Pues nadie lo diría* —afirma, y bosteza otra vez—. *Y yo que pensaba que ibais a practicar tus habilidades de gárgola esta mañana. Aunque, he de admitir que me gusta lo que has hecho con los cuernos* .

—¿Qué les pasa? —De forma instintiva, me llevo la mano al cuerno izquierdo y lo palpo—. Dios mío, es más grande. ¿Cómo puede haber crecido?

—*Esa es una pregunta que seguro que Jaxon no ha oído jamás* —responde Hudson con sequedad.

—Sigo aquí, por si no te habías dado cuenta —señala Jaxon irritado—. Joder, estoy aquí.

—Lo sé. Lo siento, Jaxon. Lo siento mucho. Pero la persona más insufrible del planeta se niega a cerrar la boca.

—*Cuidado, Grace. Como sigas hablando así vas a herir mis sentimientos* —se burla Hudson.

—¡No caerá esa breva! —le grito antes de volverme de nuevo hacia Jaxon, que tiene una expresión medio de enfado medio de alucine en la cara.

—¿Esto es lo que hace durante todo el día? —pregunta por fin—. ¿Te molesta hasta que parece que estás a punto de estallar?

—Lo hace hasta que estallo, pero sí. Esto es lo que hace. Todo el tiempo.

—*Vaya, cielo. Me haces parecer tan poderoso* … —Hudson me mira y pestañea, pero detecto un brillo de remordimiento en sus ojos, como si pensara que ha ido demasiado lejos. Aun así, tampoco sé si es real o fingido. No puedo fiarme de nada que venga de él. Probablemente solo le dé rabia que Jaxon y yo no nos sigamos peleando—: *Repito: me hieres* .

—Repito: chúpame esto —digo, y le hago una peineta.

No sonríe, pero puedo ver dos brillantes colmillos.

—*No paras de ofrecerte, y algún día alguien te va a tomar la palabra* .

—Ya, bueno, alguien lo ha hecho ya —le respondo.

—*No me lo recuerdes* .

Su humor habitual desaparece de su voz. Todo desaparece, y lo único que queda es inexpresividad: voz inexpresiva, cara inexpresiva… Diría que incluso un lenguaje corporal inexpresivo, pero se tumba en el suelo, pone el tobillo sobre la rodilla de la otra pierna, se sostiene *A puerta cerrada* delante de la cara y empieza a leer.

Es un gesto insolente que lleva implícito el «no me importa nada en el mundo» y el «que os den mucho», y no sé qué decir ni cómo sentirme al respecto.

Antes de que pueda averiguarlo, Jaxon dice:

—Lo siento. —Se acerca, se coloca detrás de mí y me envuelve la cintura con los brazos.

Me pongo rígida por acto reflejo, y entonces me obligo a relajarme, mientras cambio de nuevo a mi forma humana. Porque no tiene sentido estar enfadada con él por estar disgustado por esta situación. ¿Es una mierda? Sí. ¿Me cabrearía yo como una mona si él tuviese a una chica metida en la cabeza que me robase su atención y que lo

supiera todo sobre él antes que yo y que encima se esforzase al máximo por hacerme sentir completamente al margen? Joder, sí, muchísimo.

Así que entierro el enojo, lo abrazo y me inclino hacia él.

—No, lo siento yo. Sé que esto no es fácil para ti.

—No lo es para ninguno de los dos —responde, y se inclina para besarme suavemente en la mejilla—. Creo que tengo que recordarme eso más a menudo.

—Ambos tenemos que hacerlo —respondo—. Lo siento si a veces me enzarzo en discusiones con Hudson y me olvido de todo lo demás.

—No lo sientas. Ser irritante es el mayor talento de mi hermano.

—*Lo que tú digas* —gruñe Hudson, y suena más cabreado aún que antes—. *Yo diría que entra justito en uno de los diez primeros* .

Me cuesta un mundo, pero esta vez hago como que no he oído nada y centro la atención completamente en Jaxon, o al menos todo lo posible teniendo en cuenta que Hudson está protestando sin parar de fondo.

—Gracias por entender lo difícil que es esto para mí. Sé que para ti también lo es, y agradezco que estés intentando ponérmelo lo más fácil posible.

Jaxon suspira, y me abraza un poquito más fuerte mientras responde:

—Gracias por entender mi parte en este lío también. Te prometo que vamos a sacarlo de tu cabeza tan pronto como sea posible.

—Antes que eso sería estupendo —bromeo, y funciona. Jaxon se echa a reír.

Me abraza durante varios segundos más, hasta que vemos a Flint y a Macy entrar en el campo de entrenamiento con dos personas que no conozco.

Jaxon me da otro beso en el cuello antes de separarse de mí a regañadientes. Pero aún no me ha soltado cuando se inclina y me susurra:

—¿En serio sabe qué ropa interior llevas?

—*Negra con lunares blancos* —responde Hudson sin apartar la vista del libro.

Suspiro.

—Sí, lo sabe.

Jaxon parece disgustado, pero afortunadamente no dice nada. Hudson, en cambio, no tiene ningún reparo en hacerlo:

—*Aunque mañana deberías ponerte las rojas con flores blancas. Son mis favoritas* .

Antes de que pueda responder a eso, Flint aparece detrás de mí y me levanta con un enorme abrazo de oso. Mientras me da la vuelta, no puedo evitar fijarme en que Jaxon enseña más los dientes que de costumbre.

Y Hudson también...

Dejémonos de novelas para jóvenes adultos. Estoy viviendo una telenovela paranormal, y todo el mundo se imagina lo que está a punto de pasar...

Joder.

61

Popurrí de monstruos

—¿Estás lista para enseñarles a todos cómo se hacen las cosas, Grace? —pregunta Flint cuando por fin me devuelve al suelo.

—¿Cómo que cómo se hacen las cosas? —digo comprobando con disimulo que toda mi ropa está en su sitio: Flint da abrazos con excesivo entusiasmo.

—¡Cómo se vuela, nena! —Extiende los brazos a los lados y finge patéticamente que son alas y que vuela mientras corretea a mi alrededor como un niño de tres años que juega a que es un avión: mono, dulce y totalmente ridículo.

—Estoy lista para que tú les enseñes cómo se hace —le digo.

—¡De eso nada! Estamos juntos en esto. Bueno, tú, yo y Eden.

Se da la vuelta hacia la chica que está detrás de él con una sonrisa y le hace un gesto para que se acerque.

Ella lo mira mal, con una expresión que indica con mucha claridad que no piensa darle la satisfacción de responder a un método de comunicación tan plebeyo. Pero, después de hacerle esperar el tiempo suficiente como para que todos sepamos que se mueve solo porque quiere hacerlo, se

contonea hacia nosotros, con un pelo glorioso y una actitud rollo «cuidadito conmigo».

—Esta es Eden Seong —me dice Flint cuando por fin llega hasta nosotros—. Es una de mis mejores amigas y resulta que también es un as con la pelota del Ludares.

—Y con todo lo demás —añade ella, y, de alguna manera, hasta su voz mola.

No entiendo cómo es posible que no la haya visto por el instituto hasta ahora, porque no es que digamos la clase de chica que pasa desapercibida. Es alta como Macy, con una melena negra, lisa y larga hasta el culo, y un flequillo denso y perfectamente recto por debajo de las cejas y justo por encima de sus ojos violeta. La miro con más detenimiento, convencida de que en realidad solo son azules, pero no. Son del todo violeta: los ojos más increíbles que he visto en mi vida. Va vestida completamente de blanco: unos pantalones deportivos blancos, unas zapatillas blancas y una camiseta de tirantes blanca que revela el tatuaje de un dragón coreano salvaje que empieza en sus hombros y desciende por sus brazos. Así que deduzco que es una dragona, como Flint. Una tía dura.

Luce numerosos *piercings* (varios en las orejas, además de en la nariz y en la ceja), y cada uno de ellos está adornado con una reluciente piedra preciosa de distintos colores. También lleva como una docena de ostentosos anillos enjoyados en los dedos, pero, en lugar de resultar excesivo, todo pega entre sí y la hace destacar todavía más.

No voy a mentir, me encanta, incluso antes de que me ofrezca la mano y me diga:

—Ser una gárgola es lo más genial que he oído en mi vida. Buen trabajo.

—No es que tuviera mucha elección —contesto riéndome.

Se encoge de hombros.

—Nadie elige ser quien es a nivel molecular, Grace. Lo que importa es lo que hace con ello y, hasta ahora, todo lo que tú has hecho mola mucho.

—No lo tengo yo tan claro.

—Yo sí. Y deberías escucharme. Todo el mundo lo hace.

De nuevo su actitud podría pasar por arrogante, pero en realidad tiene un aire encantador, como de auténtica estrella del rock. No me extraña que Flint la adore.

—Es verdad —me dice Flint mientras rodea sus hombros con el brazo para darle un apretón lo bastante fuerte como para que ella lo fulmine con la mirada—. Siempre da los mejores consejos.

Eden lo mira como diciendo «¿Qué haces tocándome?», y él la estrecha con más fuerza. Pero cuando levanta la mano para acariciarle el pelo, ella se escabulle por debajo de su brazo, y se lo retuerce detrás de su espalda con tanta fuerza que Flint empieza a gritar y a toser un par de patéticas bocanadas de hielo. Jaxon, Macy, el chico que ha venido con Eden, a quien aún no tengo el placer de conocer, y yo nos echamos a reír.

—¿Has terminado? —pregunta ella con los ojos entrecerrados.

—Por ahora. —Flint le dedica su sonrisa más encantadora. Ella pone los ojos en blanco, pero lo suelta—. Bueno, como decía, esta es Eden. Y este... —se vuelve hacia el chico blanco vestido con unos pantalones deportivos azul marino, una camiseta de compresión gris y una gorra de béisbol azul marino— es Xavier. Es un lobo, pero intenta no tenérselo en cuenta.

Xavier le hace una peineta de broma y me saluda con un gesto de la cabeza.

—Me alegro de conocerte, Grace. He oído hablar mucho sobre ti.

No me dice dónde, y no le pregunto. Tratándose de un lobo, no sé si quiero saberlo.

—Un placer —respondo con una sonrisa. Tiene unos ojos verdes alegres y una sonrisa amplia que hace que sea imposible no devolverle el gesto. Eden es estupenda, pero este tío es ¡divertidísimo! Se nota a la legua.

Por otro lado, veo que mi prima no para de mirarlo con el rabillo del ojo, lo que despierta mi interés por conocerlo todavía más.

—¿Ya estamos todos? —pregunto, porque creía que Flint había mencionado que seríamos ocho personas en el equipo.

—Mekhi llegará en cualquier momento —indica Jaxon al grupo.

—Y Gwen tenía un examen de recuperación esta mañana —dice Macy—, pero vendrá en cuanto termine.

Estoy superemocionada de que Mekhi vaya estar en nuestro equipo, y lo mismo de que Macy haya escogido a Gwen para competir con nosotros en lugar de a cualquiera de sus otras amigas. Ella fue, sin duda, la más maja conmigo cuando conocí a todo el grupo hace unos meses. No me imagino a Simone accediendo como Gwen y todos los demás ante la explicación de Jaxon de por qué necesitamos la piedra de sangre.

Se me sigue haciendo raro pensar en que aquello pasó hace meses, ya que para mí apenas han transcurrido unas pocas semanas. Pero estoy intentando hacerme a la idea, de la misma manera en que estoy asumiendo el hecho de que nunca voy a recuperar la memoria. Odio pensar que jamás sabré lo que pasó durante esos meses, pero estoy cansada de preocuparme por ello, cansada de machacarme al respecto.

—*Yo también detesto que no lo recuerdes* —dice Hudson, pero su tono es suave, ya no es sarcástico. Se acerca para observar al lobo, y ya no finge estar sumido en la lectura.

Quiero preguntarle qué pasó; quiero rogarle que se olvide de lo que todo el mundo dice que es lo mejor para mí y que me lo explique. Pero este no es el momento. Además, ¿cómo sé que puedo fiarme de lo que me cuente?

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —pregunta Xavier, que comienza a dar saltitos de puntillas como si estuviera listo

para despegar en cualquier momento. Hacia dónde, no lo sé, pero apuesto a que tiene que ser algo digno de ver.

—Creo que tal vez deberíamos dividirnos por equipos para ver qué podemos hacer primero —dice Flint, y coge una pelota de tamaño mediano de la bolsa de deporte que había dejado en el suelo—. Macy, ¿encantas esto?

Le lanza la bola a mi prima, que saca la varita y apunta con ella a la pelota mientras murmura algo que, imagino, será un hechizo.

—¿Qué hace? —le pregunto a Jaxon totalmente perdida.

—El Ludares es una mezcla de balón prisionero y el juego de la patata caliente, pero con un montón de giros mágicos. El primero es que el balón va aumentando de temperatura cuanto más tiempo lo tienes en la mano, de modo que debes deshacerte de él en treinta segundos como mucho, o te quemarás pero bien. Y te electrocutarás, porque también vibra.

—¿Vibra y quema?

—Sí, por eso, para vencer, hay que trabajar en equipo —añade Flint—. La pelota se reinicia cada vez que un jugador distinto la toca, de modo que hay que estar pasándola constantemente. La mejor manera de perder el juego es intentando hacer las cosas por tu cuenta. No se puede, al menos no sin hacerte un daño considerable.

—Pero ¿qué clase de juego es este? —pregunto perpleja —.Y ¿cómo es posible que permitan que lo jueguen alumnos de instituto?

—Es el mejor juego del mundo —dice Xavier—. Sobre todo cuando caes en un portal.

—¿Un portal? —Me vuelvo hacia Jaxon—. ¿Qué es un portal?

—Es un pasadizo mágico o una puerta a otro lugar —me explica.

—Sé lo que es un portal —le digo, y mi expresión lo dice todo—. Me refiero a qué es un portal en el Ludares.

—Exactamente lo mismo —me indica Eden—. Aquí arriba, tan cerca del Polo Norte, hay varios portales en la naturaleza. Digamos que el Ludares los aprovecha. Parte del instituto se abastece de la misma clase de energía que abre portales entre los polos y el Sol, y la canaliza hacia portales que hay por todo el campo de juego en los que puedes caer.

—Pero los nuestros no te llevan al Sol —termina Macy—. Únicamente te transportan a otros puntos del campo. Pero cada uno es diferente, y no sabes dónde vas a salir cuando caes en uno. Puede que acabes en la línea de meta, o puede que salgas justo al otro lado del campo y que tengas que empezar de nuevo.

—Entonces ¿puedo caer en un portal que está ahí —señalo una zona dentro de los límites del campo— y es posible que acabe saliendo por allí? —Señalo el poste de una portería.

—¡Exacto! —me dice Eden con una sonrisa que le ilumina toda la cara—. O puede que salgas ahí —señala en la dirección opuesta—, con todo el equipo contrario yendo a por ti.

—Vaya, menuda diversión —replico con tono irónico, pero todos se ríen.

—Cuando empieces a jugar comprobarás cómo mola —me asegura Xavier—. Sobre todo porque todo el mundo puede usar su magia cuando quiera, así que la cosa se pone a veces muy interesante.

—¡Sí! —coincide Eden—. ¿Te acuerdas de cuando estábamos en segundo, que Alejandro transformó a todos los miembros del equipo contrario en tortugas y, después, él y sus compañeros salieron corriendo con la pelota hasta el final del campo?

—Bueno, hasta que la bruja gastó toda su energía y no pudo evitar que los lobos rivales se liberaran y fuesen a por ellos —añade Xavier con un brillo en los ojos.

—Yo me acuerdo de cuando Sancha se transformó en una tortuga mordedora y casi le arranca a Felicity la mano de un bocado. Eso fue algo digno de ver —dice Flint.

—¡Ah! ¿Y cuando Drew provocó una tormenta eléctrica en el campo y un rayo casi alcanza a Foster? —recuerda Jaxon.

—Mi padre se cabreó muchísimo. Estuvo yendo por ahí con el pelo de punta durante tres días seguidos. —Macy se echa a reír.

—Así que, sí —me dice Jaxon—, la cosa puede desmadrarse un poco en el Ludares.

Un pensamiento horrible se me pasa por la cabeza.

—¿No pueden los dragones calcinar a todos los miembros del equipo contrario? —Y esto me lleva a otro pensamiento —. Y ¿no pueden los vampiros desvanecerse hasta la meta y ganar en treinta segundos?

La sonrisa de Xavier se intensifica.

—Me gusta cómo piensa esta chica.

Pero Jaxon niega con la cabeza y me aclara:

—Existen salvaguardas que impiden que cualquier magia dure más de diez segundos. Es como si todo el mundo llevase un dispositivo de desventaja personal. Nuestras habilidades se ven atenuadas. —Me guiña el ojo—. De lo contrario, ganaría en diez segundos, por supuesto.

Todo el mundo le ríe la broma.

Todos menos Hudson, que deja de estudiar a Xavier y mira a Jaxon con las cejas enarcadas.

—*Y yo que pensaba que mi ego era grande* .

—Y ¿quién gana? —pregunto con tono irónico—. ¿El que no esté muerto o convertido en tortuga al final?

—No somos tan sádicos —explica Eden con una carcajada —, pero me gusta tu estilo.

Xavier continúa por donde Macy y Eden lo habían dejado, y sus ojos verdes brillan de emoción.

—El primero que logre atravesar la línea de meta del equipo contrario con la bola. Sin excusas. Sin segundas oportunidades.

—¿Así de fácil? ¿Vas corriendo con una pelota ardiente por el campo y cruzas la línea de meta con ella? —pregunto.

—No te olvides de la parte de «intentar no morir» en el intento — me dice Jaxon.

—Eso —constata Eden—. Y, créeme, es más fácil decirlo que hacerlo, al menos la mitad del tiempo. Sobre todo teniendo en cuenta que estamos hablando del mayor espectáculo de magia del año: todo el mundo usa sus poderes de la manera más espectacular posible para intentar sorprender y bloquear al otro equipo.

—Y a todos los presentes en el campo —añade Xavier.

—Correcto —dice Flint con la sonrisa más amplia que le he visto poner hasta la fecha, que ya es decir.

—Entonces, para que me quede claro: hay un montón de portales en los que puedes entrar por todo el estadio.

—Así es. —Flint sonríe—. Bueno, ahora no. Los abren el día del evento, pero sí. Es superdivertido.

Asiento.

—E incluso si estás casi en la línea de meta, si caes en uno de esos portales sorpresa en el último par de segundos, puedes estar totalmente jodido. —Niego con la cabeza—. Qué locura.

—Sí, lo es —coincide Jaxon.

—Es también la mayor diversión imaginable con una pelota caliente —afirma Xavier.

—Ni siquiera quiero saber lo que significa eso —bromeo.

Xavier me guiña el ojo en respuesta, y eso me hace reír y poner los ojos en blanco al mismo tiempo. El guiño no me afecta en absoluto, tengo a Jaxon, pero mentiría si dijera que no me fijo en lo atractivo que es cuando lo hace. No me extraña que Macy no pare de mirarlo. Es ridículo cómo hasta los chicos más bobos del instituto tienen su aquel.

—¿Hay alguna otra regla que deba conocer? —pregunto justo cuando Mekhi se une a nosotros. Me sonríe, y yo lo saludo con la mano, encantada de verlo. He estado tan liada desde que regresé de mi estado que no hemos tenido ocasión de charlar.

—La bola tiene que estar en movimiento todo el tiempo. Si está en tu mano y te paras durante más de cinco segundos, incluso aunque acabes de salir de un portal y no tengas ni idea de dónde estás, pierdes el balón automáticamente —me explica Xavier.

—Y todos los jugadores tienen que tocar la pelota al menos una vez —añade Eden—. Si no...

—Gana el otro equipo. Al parecer, si respiras mal, gana el otro equipo —digo totalmente disgustada.

—Ya, pero míralo de esta manera —me dice Mekhi mientras empieza a estirar—. El otro equipo juega con las mismas normas.

Asiento.

—También es verdad.

—Bueno, ¡basta de cháchara! —Flint da una palmada y capta la atención de todos—. Nos dividiremos en dos equipos, así que, por ahora, seremos Jaxon, Grace y yo contra el resto de vosotros. Cuando llegue Gwen, puede unirse a nuestro equipo.

Se vuelve y menea las cejas arriba y abajo mirándome.

—¿Lista para volar, Grace?

—Ni un poquito. —Aun así, busco el hilo platino y, segundos después, vuelvo a ser gárgola, con mis magníficas alas incluidas.

Todo el mundo se queda admirándolas con la boca abierta durante cinco minutos. Y no me extraña. Son absolutamente fantásticas. Xavier me pregunta cómo se vuela con alas de piedra, y Flint le da un coscorrón.

—Con magia, evidentemente —dice.

Mi sonrisa se intensifica. Tengo alas mágicas.

—Salimos nosotros —señala Eden.

—¿Por qué deberíais salir vosotros? —quiere saber Flint indignado—. ¡Nosotros solo somos tres!

—Sí, y uno de vosotros es Jaxon Vega, y la otra una gárgola hecha de piedra, a la que, como todos sabemos, no

le afecta el calor. Yo diría que ya contáis con un par de ventajas importantes.

—Pero habéis dicho que vibra —digo—, y no soy inmune a eso.

Todo el mundo se echa a reír, incluso Jaxon. Tardo un segundo en caer en la cuenta de qué les hace tanta gracia, y entonces me pongo como un auténtico tomate.

—¿Y yo qué soy? ¿Un cero a la izquierda? —suelta Flint para desviar la atención de mí, fingiendo pasar de estar indignado a muy indignado en cuestión de segundos.

Eden lo mira con una enorme sonrisa de suficiencia en la cara.

—Lo has dicho tú, no yo.

—Vale, se acabó. Muy bien. Salís vosotros. —Le quita la pelota a Macy y se la lanza—. Voy a hacer que os la traguéis en cinco minutos como mucho.

—¿Ah, sí? Eso habrá que verlo. —Abre la boca y le dispara un rayo gigante. No le da, pero le quema la mitad inferior de su camiseta deportiva.

Flint grita y salta, mientras el resto de nosotros nos partimos de risa. Aunque al contingente femenino del grupo no le pasan desapercibidos sus abdominales, ni siquiera a Eden.

Y puede que no solo al contingente femenino. Cuando me vuelvo hacia Jaxon, veo que él también se está fijando en cómo su antiguo mejor amigo se despoja de lo que le queda de camiseta y la tira al suelo. Después, todo el mundo adopta posiciones en el campo.

—No está mal, ¿eh? —bromeo.

—¿Qué? —pregunta Jaxon algo confundido.

—He visto cómo lo mirabas. —Señalo a Flint con la barbilla —. Pero, tranquilo. Créeme, lo entiendo.

—No estaba… Yo no…

Me echo a reír e, imitando a Flint, meneo las cejas arriba y abajo mirando a Jaxon.

Pero cuando las cosas se relajan de nuevo y todos empezamos a ocupar nuestros puestos, me inclino hacia Flint y le pregunto:

—¿No debería, al menos, practicar cómo se vuela antes de empezar a jugar?

62

Bocados de gravedad

—No te preocupes por eso, Grace —dice Flint con una sonrisa de oreja a oreja—. Lo tienes chupado.

—Pero ¿qué dices? —exclamo—. ¡Si no he volado en mi vida!

—No, pero me has visto a mí. Es fácil.

Da unas zancadas tan largas que me cuesta seguirle el ritmo, pero si va a lanzar estas declaraciones tan absurdas, al menos va a tener que hacerlo mirándome a los ojos.

Corro para no quedarme atrás, algo que no es nada fácil siendo una gárgola, al parecer, y por fin consigo llegar frente a él mientras Jaxon (y Hudson) nos miran divertidos. Los muy capullos.

—¿Te has fumado algo? —Le planto una mano en el pecho para asegurarme de llamar su atención—. En serio, ¿estás colocado ahora mismo? No sé volar, Flint. No he usado las alas en mi vida. No puedes lanzarme una pelota caliente y decirme que vuele y creer que voy a despegar así sin más.

»Así que, aparca tu ego en la puerta durante diez minutos y dame algunas pautas de vuelo y unos minutos para practicar, y después haremos que muerdan el polvo. De lo contrario pienso largarme para no volver.

Flint va abriendo los ojos cada vez más conforme voy hablando y, para cuando he terminado, parece genuinamente avergonzado, una expresión que no hace sino empeorar cuando se da cuenta de que Jaxon lo ha presenciado todo.

—Claro, por supuesto. Lo siento, Grace. Eden y yo tenemos esta relación tan competitiva y siempre saca lo peor de mí.

—No te preocupes. —Sonrío para suavizar mi frustración anterior—. Solo diles que necesitamos quince minutos y enséñame a volar, ¿vale?

Jaxon se echa a reír.

—Ya les digo yo que tienen que intentar vencerme solo a mí por el momento —responde, y me guiña el ojo con disimulo— mientras vosotros dos averiguáis cómo desafiar a la gravedad.

Flint observa cómo se va con expresión pensativa. Pero, cuando se vuelve hacia mí, es todo sonrisas.

—A ver, volar es fácil. Solo tienes que pensar...

—¿En cosas alegres? —pregunto cortante.

Se parte de risa.

—Eres una gárgola, no Peter Pan.

Pongo los ojos en blanco, pero creo que no llega a verlo, mientras nos dirigimos a paso ligero hacia el otro lado del campo.

—A eso es justo a lo que me refería.

—Lo que iba a decir es que tienes que pensar en volar.

—¿En plan... pensar que aleteo? —Para mi sorpresa, las alas se mueven atrás y adelante al tiempo que pronuncio las palabras—. ¡Qué fuerte, Flint! —Lo agarro para detenerlo y empiezo a dar saltos de emoción—. ¿Has visto eso?

Ahora su sonrisa es enorme.

—¡Claro que lo he visto!

Vuelvo el cuello para ver si puedo verlo yo, y lo hago otra vez. Y otra. Y otra. ¡Qué fuerte! ¡Funcionan! ¡Funcionan de verdad!

Flint se está partiendo el culo ahora, pero me da igual. Me hace tanta ilusión que mis alas funcionen que no paro de dar saltitos y de hacerlas aletear con todas mis fuerzas.

Incluso Hudson ríe ahora, pero se ríe conmigo, no de mí.

—*Estás muy guapa cuando bates las alas así* .

—¿Verdad que sí? —Aleteo de nuevo, solo porque puedo—. ¡Tengo alas, Hudson! ¡Y funcionan!

—*Y tanto que funcionan* . —Niega con la cabeza con una gran sonrisa.

Me vuelvo hacia Flint.

—Vale, y ahora ¿qué hago?

—Pues aletea muy fuerte hasta que te levantes del suelo.

—¿En serio? —pregunto, y abro mucho los ojos mientras lo intento.

Empieza a reírse con tantas ganas que no puede ni hablar. No entiendo dónde está la gracia hasta que por fin se recupera lo suficiente como para ponerme una mano en el hombro.

—No. Para —dice—. Era broma, Grace.

—Ah. —Me ruborizo un poco, pero me lo estoy pasando demasiado bien como para sentir vergüenza durante mucho tiempo. Además, ¡quiero volar!—. Vale, pues dime qué tengo que hacer. Pero ¡dime la verdad esta vez!

—Vale. Lo que tienes que hacer es pensar en que vuelas. No en que te vas a caer, ni en que puedes mover las alas, ni en despegarte del suelo. Solo piensa en volar. En surcar el viento.

Echa un vistazo a su alrededor y parece que se le ocurre una idea, porque extiende la mano y coge la mía.

—Vamos a las gradas.

—¿Estás de coña? ¡No pienso saltar desde las gradas el primer día que intento volar! De eso nada.

—No vamos a saltar desde las gradas, joder. No eres un pajarito.

Hudson suelta una carcajada con ronquido y todo al oír esto último y, acto seguido, se desvanece y vuelve a

aparecer ya en la primera fila de las gradas.

—Aunque, para ser justos, si saltases de las gradas y empezases a descender, Jaxon y yo no permitiríamos que cayeses al suelo. Así que no tienes de qué preocuparte, ¿vale? Es muy sencillo. Es como pasear por el parque... solo que por el cielo —bromea.

Abro los ojos como platos.

—Lo dice el chico que hace cinco minutos me ha dicho que ya averiguaría cómo volar durante el juego.

Menea las cejas.

—Para ser justos, sigo pensando que es lo mejor. Pero vamos a probar con esto si lo prefieres.

Entonces, sin previo aviso, me coge y me coloca sobre la barandilla que hay delante de la primera grada. A diferencia de lo que sucede con mi forma humana, levantarme así supone un esfuerzo para sus bíceps, y oigo que gruñe un poco.

Y todo empeora cuando me suelta; una cosa es mantener el equilibrio sobre una barandilla, y otra muy distinta hacerlo siendo de piedra. Y lo único que evita que lance un grito cuando me suelta es la pura fuerza de voluntad. Pero lo consigo, porque no pienso actuar como una humanita histérica atrapada en medio de un puñado de seres paranormales grandes y malignos. Jaxon merece una compañera mejor, pero, lo que es más importante, yo también me merezco algo mejor. De modo que, en lugar de lanzar el grito que se me forma en la garganta en cuanto consigo mantenerme en pie sola, me lo trago. Y después pregunto:

—Y ahora ¿qué?

Flint parece algo dudoso cuando dice:

—¿Saltas?

—¿Es una pregunta o una orden? —quiero saber.

—Eh... ¿Las dos cosas?

—¡Creía que ibas a enseñarme a volar! Esto... —Señalo con las manos abiertas a mi alrededor—. ¡Esto no es una

clase de vuelo!

—Me refería a una vez que estuvieras en el aire. Hago los mejores rizos triples del instituto. —Sonríe.

Niego con la cabeza.

—Claro, porque eso es justo lo que necesito ahora mismo, Flint.

—Oye, hago lo que puedo, ¿vale? —Se ríe y retrocede unos cuantos pasos—. Venga, ¿quieres al menos intentarlo a mi manera?

Me pongo con los brazos en jarras y enarco una ceja.

—Y ¿qué manera es esa exactamente?

—Tú salta, y luego... —Hace unos gestos con los brazos.

—¿Bato las alas?

—Sí. Pero no pienses en las alas. Piensa en...

—Volar. —Suspiro—. Ya, eso ya lo he pillado antes.

Miro hacia el campo y hacia los demás, que están practicando, pero sobre todo mirándome. Vale, ¿qué diablos? Prefiero caerme de culo que no intentarlo siquiera. Inspiro hondo y cierro los ojos.

—Recuerda, piensa en volar —me dice Flint, y lo oigo un poco más lejos que hace un minuto. No sé si es porque cree que voy a volar, o porque cree que voy a estamparme y quiere alejarse del radio de alcance.

«Da igual», me digo a mí misma intentando concentrarme. Solo tengo que pensar en volar. El hecho de que no tenga ni idea de cómo hacerlo no importa en absoluto.

«Estoy volando. Estoy volando. Estoy volando. Flint me ha dicho que piense en volar, así que estoy pensando en volar. Estoy volando. Como un pájaro. Como un avión. Como... vale, mala analogía. Estoy volando. Estoy vol...»

Salto y... aterrizo sobre mi culo de piedra, aunque no me duele tanto como cuando me caigo siendo humana. Menos mal. Aunque la sacudida es definitivamente más fuerte.

—*Y definitivamente eso no es volar* —bromea Hudson desde donde sigue relajadamente sentado a unos metros de altura en las gradas.

—¿Estás bien? —pregunta Jaxon cuando se acerca corriendo para ayudarme a levantarme—. Lo siento, estaba demasiado lejos como para alcanzarte.

Cómo no, cree que debería haberme cogido en el aire. Niego con la cabeza y sonrío.

—Tranquilo. La piedra es un buen amortiguador.

Se ríe.

—No es verdad.

—No, no es verdad —admito, y me sacudo el césped de los pantalones—. Pero no me ha dolido, en serio. Estoy bien.

—Me alegro. —Señala la barandilla de nuevo—. ¿Quieres probar otra vez?

—Para nada.

Enarca una ceja.

—¿Vas a hacerlo de todos modos?

Levanto la barbilla.

—Por supuestísimo que sí.

63

No hay suficientes pensamientos alegres en el mundo

Jaxon levanta una mano.

—Deja que te ayude.

Me planteo negarme, pero entonces pienso: «¿Para qué?». No tengo ninguna necesidad de intentar subir mi pesado cuerpo de piedra sobre una barandilla de un metro de altura yo sola. Para ser sincera, dudo que pudiera hacerlo con mi forma humana habitual.

Dos minutos más tarde, vuelvo a estar en el suelo, y esta vez sí que me duele el culo.

Tres minutos después de eso, me duelen el culo y el orgullo.

—¿Estás seguro de que no necesito pensamientos felices? —le pregunto a Flint.

—Bueno, puedes intentarlo, pero no creo que eso te vaya a ayudar tampoco —contesta echándose a reír.

—Ya, bueno, la irritación desde luego no está funcionando.

—*No jodas* . —Hudson niega con la cabeza y se recuesta más todavía hacia atrás, con las manos detrás de la cabeza

—. *Aunque he de admitir que el valor como espectáculo no tiene precio* .

Esta vez es Flint quien me ayuda a levantarme.

—¿A la cuarta va la vencida?

—A la cuarta va la de probar con otra cosa —dice Jaxon, y me coge de la mano y tira de mí hacia el centro del campo.

—¿Cómo voy a echar a volar aquí? —pregunto—. ¿No necesito empezar desde algún lugar más alto?

Me sonríe.

—Es que vas a empezar desde un lugar más alto.

Y entonces se eleva y se eleva hasta que casi alcanzamos el techo del campo de entrenamiento.

—Eh..., aunque agradezco la experiencia, no es volar si eres tú el que me sostiene.

Tengo que obligarme a contener una risita cuando nos imagino a los dos flotando por ahí como un par de zepelines. Hudson me lo estaría recordando toda la vida.

—*Entonces será mejor que empieces a volar, ¿no?* —dice Hudson—. *De lo contrario, voy a estar recordándotelo días* ...

—Créeme, no voy a estar sosteniéndote mucho rato. —Jaxon se aparta un poco, flotando hacia atrás, hasta que dejamos de tocarnos—. Venga, prueba.

Miro hacia el suelo, que está a unos quince metros de distancia, y me pregunto si realmente quiero probar desde esta altura. Pero probar en el suelo no ha funcionado, y si algo sé es que Jaxon no dejaría que me estrellase, así que no tengo nada que perder.

Con eso en mente, cierro los ojos y pienso en «cosas felices» sobre volar. No diré que funciona, pero sí que, por primera vez, mis alas empiezan a moverse, y lo hacen sin que yo decida conscientemente moverlas.

Es una sensación extraña. No es desagradable, pero sí extraña. En el suelo no sentía prácticamente nada al mover las alas, pero ahora que estoy aquí arriba, la cosa cambia.

Hay una presión debajo de ellas que no esperaba y, cada vez que baten, me muevo con una pequeña sacudida.

—Sigues sosteniéndome, ¿verdad? —le pregunto a Jaxon mientras empiezo a moverme hacia delante.

—Claro —responde con una sonrisa que se esfuerza sobremanera por ocultar.

Sé que es porque tengo una pinta ridícula: no paro de sorprenderme moviendo los brazos delante de mí como si estuviera nadando a braza en el aire, como si eso fuese a llevarme a alguna parte o algo.

Esta situación tan absurda empeora con el hecho de que, cuanto más deprisa se mueven mis alas, más probabilidades hay de que acabe balanceándome arriba y abajo. Lo que significa que, como no averigüe pronto cómo desplazarme, voy a acabar nadando en el aire como si estuviese llevando a cabo una maniobra de evasión mal cronometrada cada vez que quiera volar.

Y eso es algo que no puedo permitir, y menos teniendo en cuenta que mi compañero es incapaz de ponerse serio. No me quiero ni imaginar lo que Flint, Macy y los demás estarán pensando ahí abajo.

—Creo que deberíamos dejarlo estar —le digo a Jaxon después de varios minutos intentando mantenerme en una postura semivertical además de volar—. Nunca lo voy a conseguir.

—Eso no es verdad. Ya lo estás haciendo mucho mejor que hace un momento.

—Hombre, nada va a superar lo de caerme de una barandilla, pero no vamos a ningún lado así.

Me sonríe y, aunque está a cierta distancia de mí, juro que siento que me acaricia la cara.

—Una vez más —dice—. Hazlo por mí. Tengo una idea.

—¿Qué idea?

—Luego te lo digo. Venga, prueba.

—Vale —accedo—. Pero, después, se acabó dar el espectáculo por hoy. Tengo que encontrar otra manera de

contribuir al equipo..., como ser la chica del agua/la sangre o algo así.

Se echa a reír.

—Dudo que tengamos que llegar a ese extremo.

—Pues yo no.

Pero he dicho que lo iba a volver a intentar, así que lo hago. Empiezo a mover las alas a gran velocidad y me concentro en desplazarme hacia delante, sin las brazadas.

Durante un minuto parece que estoy a punto de ir hacia atrás, pero de repente salgo despedida hacia delante, como si me hubieran dado un empujón.

—¡Dios mío! —grito, superemocionada... hasta que, segundos después, caigo en picado unos cinco metros.

Jaxon me atrapa, como me había prometido que haría, y de pronto estoy volando. Hacia delante. En línea recta.

—¡Lo estoy haciendo! —le grito a Jaxon, que sonríe de oreja a oreja a seis metros por detrás de mí, flotando todavía donde habíamos empezado.

—Ya lo veo —responde.

—¡Estoy volando, Flint! —grito hacia el suelo.

Flint me sonríe y me enseña los dos pulgares hacia arriba.

—¡Hudson! ¡Lo he conseguido! ¡Estoy volando! —susurro emocionadísima sabiendo que puede oírme a cualquier distancia.

—*Ya veo, ya* . —De repente, está flotando boca arriba, a mi lado—. *¿Una carrera hasta el final del campo?*

—Solo si no me «dejas» ganar.

Enarca una ceja.

—*Parece que no me conoces* .

—Venga.

Bato las alas con todas mis fuerzas para ver qué pasa. Entonces grito de emoción al ver que me muevo hacia delante. Hudson se ríe y se pone a mi altura segundos después.

—*¿Preparada?* —pregunta.

Asiento.

—Preparados.

Da media vuelta.

—*Listos* .

Me coloco en posición y grito:

—¡Ya!

Salimos disparados y, aunque una parte de mí sabe que en realidad no está volando a mi lado, durante estos segundos parece que sí lo está haciendo, y es una sensación increíble, emocionante y embriagadora.

Atravesamos el aire, cada vez más y más rápido, hasta que llegamos a la línea de meta al mismo tiempo. Me detengo, doy un par de giros verticales completos que me dejan sin respiración y me echo a reír; Hudson, por su parte, hace una voltereta hacia delante.

En el suelo, Macy, Flint, Mekhi y el resto aplauden y vitorean. Los saludo. Me vuelvo de nuevo hacia Hudson para compartir mi alegría, pero ha desaparecido. O, mejor dicho, nunca ha estado ahí.

De repente, la carrera ya no me parece tan emocionante. Ni todo lo demás, aunque no tengo ni idea de por qué.

—¿Hudson? —digo preguntándome si ha vuelto a donde sea que se mete cuando no quiere hablar conmigo.

—*Estoy aquí* —responde en mi interior—. *Has estado genial* .

—*Hemos estado genial* .

—*Puede* .

Noto que quiere decir algo más, pero, antes de que pueda hacerlo, Jaxon aparece delante de mí y me da un fuerte abrazo de celebración.

—¡Ha sido increíble!

Me quedo mirando su cara de alegría.

—¿A que sí? No me puedo creer que haya hecho eso. ¿Y tú?

—Pues claro que sí. Estoy empezando a pensar que eres capaz de hacer cualquier cosa, Grace.

—Eh... no. Pero dime la verdad. ¿Qué parte de lo que acabo de hacer ha sido cosa mía y qué parte ha sido cosa tuya?

Jaxon sonríe.

—Ha sido cosa tuya al cien por cien.

—¿Y lo del final? —pregunto con los ojos muy abiertos al pensar en los dos giros.

—También. Lo has hecho todo tú. Esa era mi idea en última instancia: soltarte para ver qué pasaba si no te retenía.

64

Discúlpame por tener una crisis existencial

Me llama la atención que justo haya decidido utilizar ese verbo y no *sostenerme* o *sujetarme* , y el tono en el que lo ha hecho me pone nerviosa. No sé de qué va esto, teniendo en cuenta que siempre está ahí para ayudarme, pero no paro de pensar en ello durante el resto de la tarde mientras Flint y los demás me enseñan las reglas y tácticas del Ludares.

O, mejor dicho, mientras intentan enseñármelas, ya que cada uno de los presentes tiene su propia idea de cómo se juega de verdad, cosa que, supongo, debería contribuir a diseñar una estrategia de equipo muy interesante.

—Lo importante son los portales —me dice Xavier en un momento dado—. Es verdad que a veces te van a joder, pero tienes que usarlos. Si das en el correcto, ganas el juego, así de simple. —Chasquea los dedos para ilustrar su comentario—. Además, ¡al público le encanta!

—Al público también le encanta cuando acabas solo, rodeado por el enemigo, y te quemas con la pelota —le dice Eden, y pone los ojos en blanco—. Se trata de llevar el balón

al otro lado del campo, Grace. Si lo consigues, te adorarán, da igual cómo lo hagas. Y lo de los portales puede ser muy llamativo, pero un tiro directo también causa una grandísima impresión.

—Por ahora —me dice mi prima cuando nos colocamos en nuestras posiciones un rato más tarde—, lo más importante es que nos coordinemos como equipo. Si lo conseguimos, el resto vendrá solo.

—¡Sin piedad! —nos grita Flint a Jaxon, a Gwen y a mí cuando hacemos nuestro último corrillo del día. Gwen se ha reunido con nosotros después de hacer el examen, y he de admitir que agradezco tener una bruja de nuestro lado ahora. Llevaba horas dándole vueltas en la cabeza a la idea de que Macy podía convertirnos a todos en tortugas—. En lo que respecta al Ludares, la piedad es para los débiles. Vamos a darlo todo y vamos a aplastarlos como gusanos.

—Y ¿qué pasa si no quiero aplastarlos como gusanos? —pregunto, y le guiño el ojo a Jaxon, que pone los ojos en blanco a espaldas de Flint.

—Pues lo haces igualmente —me ordena—. Los pisas con esos bonitos pies de gárgola que tienes hasta hacerlos papilla.

En fin. No me molesto en decirle que eso no va a pasar, pero estoy segura de que puede leerlo en mi rostro. Y en el hecho de que, cuando acaba la ronda, Eden le da un fuerte pisotón con sus Nike.

Nos pasamos el día entero jugando. Resulta que Flint había convencido a unas cuantas brujas de la cocina para que nos preparasen una especie de pícnic y, cuando empieza a oscurecer, estoy agotada y cojeando, y no poco. Pero también me siento superbién por el hecho de ser capaz de salir volando con el balón por el campo, así que lo considero una victoria.

Jaxon nos acompaña a Macy y a mí de regreso a nuestra habitación sobre las nueve, y me dispongo a invitarle a quedarse a ver una peli o algo, pero parece muy cansado.

Es evidente que la energía que le he transferido esta mañana se ha agotado.

Como lo conozco y sé lo orgulloso que es, no me ofrezco a pasarle un poco más. En su lugar, espero a que Macy entre en la habitación para abrazarlo muy fuerte, besarlo en el cuello y enviarle una chispa de energía a través de nuestro vínculo antes de que se dé cuenta de lo que estoy haciendo.

Se aparta inmediatamente.

—Tienes que dejar de hacer eso.

—No pienso dejar de hacerlo. No, cuando salta a la vista que lo necesitas.

—Estaré bien —me dice, y apoya la frente en la mía—. No es la primera vez en mi vida que estoy cansado y que he tenido muchas cosas en la cabeza.

Sé que está pensando en cuando Hudson y él se enfrentaron y se me encoge el pecho.

—Esta vez las cosas acabarán de otra manera, te lo prometo.

Jaxon suelta una carcajada no del todo agradable y dice:

—Ya, bueno, esperemos que así sea, por su bien.

—Además, te necesito en plena forma —le digo, y deslizo las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros mientras me acurruco en él.

—¿Ah, sí? —Sonríe—. Yo también.

Y entonces se inclina para besarme, pero justo antes de que nuestros labios lleguen a tocarse, Hudson gruñe dramáticamente.

—*No paro de intentar cambiar el canal, pero siempre me sale el mismo programa* .

Aunque sé que es un ardid, muerdo el anzuelo. Ese es el mayor poder de Hudson, para mi desgracia.

—*Cambiar ¿qué canal?* —pregunto.

—*Este* . —Finge que pulsa un botón en un mando a distancia—. *No paran de morrearse, cuando lo que a mí me apetece ver de verdad es una buena carrera de coches. O un intento de asesinato. O, yo qué sé, «que caiga la peste*

sobre vuestras dos casas». Algo, lo que sea menos esto —agita la mano en dirección a nosotros mientras seguimos acurrucados juntos— *todo el día, todos los días* .

—*¿En serio? ¿Piensas salir con estas después de la gilipollez esa de* A puerta cerrada *que te has marcado en el campo?*

—*No veo cuál es el problema* —dice con aire altivo—. *Es una gran obra de la literatura* .

—*Ya, como si lo estuvieras leyendo por eso* . —Me aparto de Jaxon con una sonrisa pesarosa—: Al parecer, Hudson ha decidido volver a unirse a la fiesta.

Solo durante un segundo, Jaxon parece cabreado. Muy muy cabreado, pero entonces me derrito cuando me pone una sonrisa de arrepentimiento.

—Estoy deseando que llegue el día en que desaparezca para siempre.

—Sí, yo también —respondo.

Y lo digo de verdad, en serio. Estoy deseando que mi cuerpo y mi mente vuelvan a ser de mi uso exclusivo. Sin embargo, hay algo en la frase de Jaxon, en su voz, que no me acaba de cuadrar. Aunque no sé qué es exactamente.

Tal vez sea por eso por lo que, cuando se inclina para darme un pico en los labios, lo esquivo y, en vez de besarlo, le doy un abrazo. O puede que solo sea cosa de mi imaginación hiperactiva, porque, cuando me devuelve el abrazo y me estrecha con fuerza durante un minuto, solo un minuto, me siento segura, entera y bien, como hacía demasiado tiempo que no me sentía.

Miro a Hudson y veo la furia en su mirada antes de que tenga tiempo de ocultarla. Está más enfadado de lo que lo he visto nunca. Enfadado y algo más... Herido. Mira a Jaxon con recelo, justo cuando Jaxon parece que casi va a caerse y apoya una mano en la pared que tiene al lado.

—Vaya. —Me ofrece una media sonrisa—. Creo que estoy más cansado de lo que pensaba.

Algo no va bien. Lo noto. Pero, antes de que pueda preguntarle el qué, se recompone y me sonríe con seguridad.

—¿Nos vemos por la mañana? —me pregunta cuando se aparta.

—Sí. Os veo en la cafetería para desayunar antes de clase.

—Suena bien. —Se dispone a darse la vuelta, pero se detiene en el último segundo y dice—: Dale esto a Hudson por mí, ¿quieres? —Y hace una peineta.

—*Muy maduro* —responde Hudson, que sigue apoyado en la puerta.

—Acabas de hacerlo tú —le digo a Jaxon.

—¿Ah, sí? —La noticia parece alegrarle—. Pues aquí tiene un par más.

Esta vez usa ambas manos para sacarle el dedo a su hermano antes de darse la vuelta y marcharse. Observo cómo se aleja y Hudson hace como que toca con un violín imaginario una música triste de fondo.

—*Y el villano desaparece en la oscuridad, y jamás se le volvió a ver ni a saber de él* ...

—Él no es el villano de la historia. —Frunzo el ceño—. El villano eres tú. Y Jaxon no va a irse a ninguna parte.

—*Ya* . —Hudson exhala un suspiro exagerado y se aparta de la puerta—. *No paras de repetírmelo* .

—¿No estás cansado? —le pregunto mientras entro en el cuarto—. Vete a echarte una siesta o algo.

—*No estoy cansado en absoluto. Me he pasado el día durmiendo para que pudiéramos pasar la noche juntos* . —Me sonríe con petulancia—. *Me encuentro genial* .

Y así, sin más, todas las piezas del puzle encajan por fin y descubro la horrible verdad de lo que le acaba de pasar a mi novio.

—Estás drenando la energía de Jaxon, ¿verdad? ¿Cómo lo haces? —quiero saber, pero entonces caigo en la cuenta—. Dios mío. ¿Estás usando nuestro vínculo para drenar a mi compañero? ¿En serio?

Levanta las manos en el aire.

—*No es así exactamente* .

Se me revuelve el estómago. ¿Cómo es posible que no lo haya supuesto antes? No me puedo creer que no me haya dado cuenta. Había empezado a confiar en Hudson. Estoy mareada y tengo náuseas.

—*No tengo elección. Todo esto de «estar vivo pero no vivo todavía» implica que tengo que obtener energía de alguna parte. Y, por algún motivo, el universo me ha ligado a vuestro vínculo. Probablemente para que pueda obtener energía de vosotros dos en vez de solo de ti, para que no colapse tu sistema* .

—Espera un momento. —Su explicación provoca otra conmoción en mi sistema—. Entonces ¿te estás alimentando también de mí?

Me mira directamente a los ojos y responde:

—*Sí* .

Al menos no me está mintiendo.

—¿Todo el tiempo? —pregunto sin dar crédito—. ¿Te has estado alimentando de Jaxon y de mí desde que llegamos aquí?

—*Pues... sí. Pero más de él que de ti* .

—Lo dices como si eso fuera algo bueno... y no algo absolutamente espantoso. —Sacudo la cabeza de lado a lado para intentar despejármela—. ¿Por qué ibas a hacer algo así? ¿Por qué ibas a arriesgarte a hacerle daño de esa manera?

—*Porque él tiene más energía. Y no le estoy haciendo daño* . —Suspira—. *Solo estoy tomando prestada parte de su fuerza vital para poder seguir vivo* .

—¿Qué significa eso de que estás tomando prestada su fuerza vital...? ¿Quién eres, Darth Vader? —le espeto—. Dios mío. Le estás haciendo daño a propósito y es todo culpa mía.

—*No es culpa de nadie* —responde—. *Jaxon tiene más poder que tú, así que obtengo automáticamente más poder*

de él .

—Y ¿lo que acaba de pasar? —pregunto mirándolo con recelo—. ¿Cuando casi se cae? Sé que le has hecho algo. ¿Qué ha sido?

Suspira.

—*Le he quitado una dosis de energía extra. Pero ha sido pequeña* .

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—A mí me ha parecido bastante grande. Pensaba que iba a caerse redondo en el pasillo.

Tarda en responder y, cuando lo hace, suena del todo despreocupado:

—*Normalmente procuro no absorber demasiada de ninguno de los dos. Puede que esta vez no haya tenido tanto cuidado* .

—¡Lo sabía! —La ira me invade—. ¿Por qué le has hecho eso?

—*Está bien* —me dice con una voz y unos ojos totalmente inexpresivos.

—¿Cómo lo sabes?

—*Porque él tiene más poder. Puede soportarlo* .

—¿Porque tú lo dices?

Estoy furiosa y asustada al mismo tiempo. ¿Y si le pasa algo a Jaxon y es por culpa de esto? ¿Por culpa mía? No soporto pensarlo.

—*¿Preferirías que me alimentase de toda tu energía?* —pregunta Hudson con una ceja enarcada—. *¿O preferirías que no me alimentase y que muriese?* —No le respondo, pero, al no hacerlo, saca sus propias conclusiones. Sus ojos se vuelven tristes durante un breve segundo, pero pronto recupera su mirada burlona—. *Supongo que eso es justo lo que preferirías. Es una lástima que estemos ligados, entonces, ¿no? Todos tus problemas se solucionarían si pudieras simplemente dejarme morir* .

65

A puerta cerrada : una biografía

Es la primera vez que se hace referencia a la muerte de Hudson de una manera tan clara, y no sé qué decirle ni qué sentir. A ver, los argumentos de Jaxon para matarlo eran reales, válidos e importantes, y entiendo por qué lo hizo. También entiendo que fue lo más difícil que ha tenido que hacer en su vida, lo admita o no.

—*Ya, claro. Compadezcámonos de Jaxon en esta ecuación. Lamento que* matarme *hiriese sus sentimientos* .

Ese comentario me encabrona, porque... no. Simplemente no. No tiene ningún derecho a hacerse la víctima en este caso.

—Deberías dejar de intentar reescribir la historia —le digo —. Jaxon no se levantó una mañana y decidió matarte. Tú hiciste que cientos de paranormales se atacasen entre sí. Por diversión. Por algún ridículo plan de supremacía de los vampiros de nacimiento.

—*No* . —Hudson me fulmina con la mirada—. *No, no, no. He hecho un montón de mierdas en mi vida, y asumo la responsabilidad de cada una de ellas. Pero no voy a asumir*

la responsabilidad de esa . —Empieza a pasearse por la habitación.

No tengo la energía suficiente como para procesar lo que acaba de decir. No paro de darles vueltas a todas las veces que Jaxon parecía estar cansado durante las últimas semanas. Y todo porque Hudson se estaba alimentando de él, aprovechándose del vínculo que nos une como compañeros. Sé que no pretende hacernos daño ni a Jaxon ni a mí, pero sigue siendo difícil escuchar algo así. Sobre todo cuando yo soy la responsable de que algo, alguien, esté perjudicando a mi compañero delante de mis narices. De repente, siento náuseas y me dirijo a la cama para sentarme en el borde. Tengo que solucionar esto.

La cabeza me va a estallar. Y el corazón también. Cierro los ojos y busco en mi interior el hilo de dos tonos que representa nuestro vínculo y con el que tanto me he familiarizado los últimos días. Lo cojo, lo aprieto y le envío a Jaxon una oleada de energía, recordando cada vez que lo he visto con ojeras y he pensado que solo le hacía falta dormir. La tensión en su sonrisa que he estado pasando por alto. El negro descolorido de sus ojos sin fondo.

Todo esto ha sido por mi culpa. Estaba tan centrada en mis propios problemas que no me he dado cuenta de que mi compañero sufría e intentaba ocultarlo, justo delante de mí. Y entonces me doy cuenta de otra cosa: Jaxon sabía que Hudson se estaba alimentando a través del vínculo. Y no me ha dicho nada.

Se me abre el pecho en canal. «No quería que me sintiera culpable. Y no quería obligarme a tener que elegir.»

—*Tienes que parar* . —No creo que pueda. Porque esto es malo. Es muy muy malo—. *¡Grace!* —La voz de Hudson me retumba en la cabeza con una urgencia que no puedo ignorar—. *¡Para!*

—Eres tú el que me ha llevado a pensar en todo esto, ¿y ahora quieres que pare? —pregunto con incredulidad—. Vete a la mierda.

—*¡Me refiero a la energía!* —me dice mientras coloca una mano insistente encima de la mía—. *Si se la das toda te vas a quedar sin nada. Tienes que parar* . —Tiene razón. Podría dormir durante un año entero. Así que suelto el hilo negro y verde, aunque al hacerlo me siento todavía más vacía—. *¡Joder!* —ruge Hudson—. *Si no vas con cuidado conseguirás matarte. No puedes andar jugando con estas cosas* .

Antes de que pueda responder, me transfiere un poco de su propia energía para compensar la que yo le he pasado a Jaxon.

—No tenías por qué hacer eso —le digo, aunque noto cómo su poder avanza por mis venas, espabilándome, haciendo que me sienta despierta otra vez.

—*Alguien tenía que hacerlo* —responde airado—, *ya que tú no pareces ser capaz de pensar en ti en determinadas situaciones* .

—¡Eso no es verdad! —protesto.

—*Pues lo parece. Y está muy feo que mi hermano permita que sigas haciéndolo. El vínculo no está para eso* .

—¿No me digas? —Me quedo mirándolo alucinada—. ¿El vínculo no está para que cuidemos el uno del otro?

—*El uno del otro, no solo uno al otro* —me espeta Hudson.

Mi móvil suena. Me lo saco del bolsillo y leo el mensaje de Jaxon:

Por favor, no vuelvas a hacer eso nunca.

Los tres puntos que indican que sigue escribiendo parpadean, desaparecen y vuelven a parpadear, como si estuviese reconsiderando lo que va a decir a continuación. Al final, el móvil suena otra vez.

Gracias.

Le contesto:

Te quiero. Buenas noches.

Y guardo el teléfono.

—¡¿Te ha dado las gracias por haberle dado tu fuerza?! —Hudson levanta las manos en el aire—. *Menudo compañero te has ido a buscar, Grace* .

Me vuelvo hacia él.

—¿Sabes qué? Hay que tener muy poca vergüenza para hablarme sobre el vínculo cuando tú estabas dispuesto a dejar morir a tu compañera para que te trajera de vuelta.

La ira estalla dentro de mí; una ira pura y descomunal que amenaza con derretir cada parte de mi ser. Me nubla la mente y me acelera el corazón casi al borde del infarto. Es absolutamente catastrófica y, durante un breve instante, en lo único en lo que puedo pensar es en arrasar el mundo entero.

Segundos después, desaparece. Sin más. Y es entonces cuando me doy cuenta de que no era mi ira la que estaba sintiendo. Era la de Hudson, y era incandescente.

Tarda unos segundos en querer, o en ser capaz, de hablar y, cuando lo hace, su tono es bastante razonable, lo que lo hace el doble de aterrador.

—En primer lugar, yo no le pedí a Lia que hiciera nada. ¿Acaso crees que yo quería acabar aquí, así? ¿Preso en tu cabeza? ¿Presenciando en primera fila lo que cojones sea que hay entre Jaxon y tú? ¿Vivo pero sin estarlo?

»En segundo lugar, Lia no era mi compañera. Y, en tercer lugar, tú sí que tienes muy poca vergüenza para acusarme de nada cuando no tienes ni puta idea de lo que estás hablando .

Y así, sin más, mi cerebro se derrite otra vez. Aunque, en esta ocasión, no es a causa de la ira. Ahora es porque el dolor que subyace bajo toda esa rabia es inmenso, y es imposible mirarlo sin encogerse.

Borra mi propia ira y me deja vacía y ansiosa, y con la sensación de que hay algo que simplemente no entiendo.

El hecho de querer entenderlo me sorprende. Pero el hecho de querer ayudar me deja alucinada. Y, al mismo tiempo, no.

—¿Hudson? —pregunto en voz baja, esperando encontrar el modo de atravesar el dolor.

Pronuncio su nombre pese a que sé que no va a responder. Y sé que, atrapado en mi cabeza o no, ya se ha ido.

66

Los *eneamigos* son para toda la vida

Una vez que Hudson desaparece, me siento totalmente perdida. Tengo tantas cosas en la cabeza, tantos pensamientos, tantos sentimientos, que no puedo procesarlos todos, así que acabo paseándome por mi habitación durante unos diez minutos. Al final llego a la conclusión de que no piensa regresar en breve, por ello hago lo único que se me ocurre que puede ayudarme a dormir. Me doy una ducha caliente con la esperanza de que, al menos, pueda ahogar todas esas sensaciones extrañas que asolan mi interior.

Después de una larga ducha que no me ayuda nada a calmar mis nervios ni a asentar mi estómago, me pongo una camiseta de tirantes y unos pantalones de pijama cortos y vuelvo al dormitorio. Macy ya ha llegado, y está sentada cruzada de piernas sobre la cama con los auriculares puestos y un cuaderno de notas abierto sobre su regazo. Me saluda con la mano, pero no intenta entablar conversación, lo que significa que debe de estar estudiando.

Por mí, genial, porque no tengo mucho que decir en estos momentos. Siento tantas cosas distintas dentro de mí que es un milagro que pueda pensar siquiera, así que lo de hablar... ni lo intento.

Pero entonces me doy cuenta de que Hudson debe de haber vuelto también mientras estaba en la ducha y, por alguna razón, eso mejora mis emociones y las empeora al mismo tiempo. Aunque no me pregunto por qué. Ahora no.

Está tirado vagamente sobre la silla de mi escritorio, con el libro que estaba leyendo antes sobre el regazo, pero con la mirada fija en cada uno de mis movimientos. Parece estar hecho polvo, y con solo mirarlo sé que está igual que yo: demasiado sensible como para querer discutir lo dicho antes.

—Entonces ¿*A puerta cerrada* no es el gran *bestseller* que pintabas? —pregunto arteramente.

Hudson me lanza una mirada de alivio.

—*Ya lo he leído. Varias veces. El existencialismo es tan* ...

—¿Del siglo pasado?

—*Venga, ¿has visto las noticias internacionales últimamente?* —pregunta con sequedad.

—Tienes razón —coincido mientras me acerco a la pila del lavabo y vierto un poco de pasta de dientes en el cepillo.

Cuando termino de lavármelos y de meter la ropa sucia en la cesta, me dejo caer sobre la cama, agradecida. Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto como hoy, entrenando para el Ludares con los demás. Pero, ahora, después de haberle transmitido a Jaxon mi energía, estoy completamente agotada.

Y estoy bastante segura de que tengo un par de grupos musculares importantes que mañana me van a doler un montón. Volar requiere usar músculos que ni siquiera sabía que tenía.

—¿Lo has pasado bien? —pregunta Macy quitándose los auriculares en cuanto me acomodo.

—Mucho. ¿Y tú?

—¡Madre mía, sí! ¡No me puedo creer que esté en un equipo con Jaxon, Flint, Gwen y Mekhi! Jamás imaginé que tendría un equipo tan guay el primer año que puedo participar. Vamos a ganar el torneo.

—Tenemos que ganar el torneo —le recuerdo—. Necesitamos la piedra de sangre.

—Lo haremos. Ni te preocupes. —Hace una pausa y se aclara la garganta—. Entonces, has... —Finge que tose—. Me pregunto si tú... —Tose de nuevo y por fin consigue decir—: ¿Qué te ha parecido Xavier?

Y como se me ha pegado parte de la naturaleza diabólica de Hudson, respondo:

—¿Qué Xavier?

Hudson se echa a reír, pero debe de darse cuenta de que quiero algo de intimidad para hablar con mi prima porque enarca una ceja y, de repente, *A puerta cerrada* aparece de nuevo en sus manos por arte de magia y lo abre por alguna parte por la mitad.

Macy me mira boquiabierta. En plan que se le cae la mandíbula, y se queda así unos diez segundos, mirándome.

—¡Xavier! —dice por fin—. Ya sabes, el chico de la camiseta gris. El de los ojos verdes que hacía tantas bromas.

—No. —Niego con la cabeza y la miro como si no tuviera ni idea de a quién se está refiriendo—. No me suena.

—¿Cómo puede no sonarte? —Se incorpora muy agitada—. ¡Nos hemos pasado unas diez horas con él! Xavier.

—*Eres mala persona* —afirma Hudson con un acento británico muy marcado mientras sigue leyendo—. *Muy muy mala* .

—Xavier... —digo como pensativa—. Xavier, Xavier, Xavier...

—¡Sí! —grita—. ¡Xavier! Ya sabes...

—¿Te refieres al chico ese tan guapísimo al que no has parado de hacerle ojitos todo el día? —pregunto como si tal

cosa—. ¿El que se ha pasado gran parte del tiempo luciendo músculo delante de ti? Sí, creo que sé quién es Xavier.

—¡Joder! —Me tira un cojín y, como ve que lo esquivo, continúa con un peluche, otro cojín y, finalmente, una de sus zapatillas de osos de estar por casa favoritas—. ¿Por qué me haces eso? Pensaba que ni siquiera te habías fijado en él.

—Es imposible no fijarse en él. —Me río—. Se ha pasado todo el día haciendo reír a todo el mundo e intentando impresionarte desesperadamente.

—No intentaba impresionarme —asegura, y se pone tímida por primera vez desde que llegué al Katmere—. ¿Tú crees?

—¡Pues claro que sí! En un momento dado, Hudson y yo estábamos convencidos de que iba a quitarse la camiseta y a ponerse a marcar abdominales delante de ti.

—*Abdominales y todo lo demás* —añade Hudson como si tal cosa, y levanta la vista lo justo como para guiñarme el ojo.

—¿En serio? —Macy se inclina hacia delante emocionada y coloca otro cojín sobre su regazo—. ¿De verdad lo crees?

—Y tanto. Estaba claro que lo hacía para lucirse delante de ti. Y ya te he dicho que yo no he sido la única que se ha dado cuenta. Hudson me ha preguntado varias veces si estábamos seguros de que era un lobo y no un pavo real.

Mi prima se parte de risa y corrige:

—Querrás decir Jaxon.

—¿Qué? —pregunto confundida.

—Que ha sido Jaxon el que ha dicho esas cosas, ¿no? No Hudson.

—No —le digo aún más confundida por la pregunta—. Era Hudson, no Jaxon, el que estaba pendiente de lo que pasaba entre vosotros dos, el que hacía los comentarios.

—Ah. —Me mira raro—. No sabía que Hudson y tú...

—¿Qué? —pregunto cuando deja la frase a medias con aire incómodo.

Se aclara la garganta como suele hacer cuando está nerviosa, y dice:

—Pues que no sabía que Hudson y tú os habíais hecho tan... íntimos.

67

Háblame en Darcy

—¿Íntimos? —Repito sus palabras mientras sus palabras provocan... algo en mí—. No somos íntimos —grazno.

—¿No? —pregunta, y ahora es ella la que parece confundida.

—Pues ¡por supuesto que no!

—*¡Au!* —exclama Hudson al tiempo que pasa de página en el libro.

—¡Chisss! —le respondo, y vuelvo a centrarme en Macy—. A ver, hablamos y eso, pero es porque nunca se calla.

—*Ehhh... doble ¡au!* —dice Hudson; cierra el libro de golpe y se acerca a la ventana. De repente, me preocupa que nuestra mutua tregua pueda romperse de nuevo y, la verdad, no tengo fuerzas para soportar otro asalto con Su Real Mordacidad. Al menos no ahora mismo.

—Bueno, a ver, sí, a veces me hace reír —continúo balbuceando—. Y a veces es extrañamente encantador. Y es consciente de todo lo que me pasa y lo que sucede a nuestro alrededor. Y, sí, a veces me ayuda cuando menos me lo espero, como cuando estaba nerviosa por lo de tener que transformarme en gárgola, o cuando no sabía cómo encender las velas de la estantería o cuando estaba...

Dejo la frase a medias cuando me doy cuenta de lo que estoy diciendo. De cómo sueno. Y de que Macy me observa atentamente de nuevo, y la sorpresa y la incomodidad han dado paso a un pasmo abyecto y de incredulidad. Tampoco ayuda el que Hudson haya decidido de repente quedarse callado. De hecho, puedo sentirlo dentro de mí, quieto, en silencio, escuchándolo todo.

—No es lo que crees —añado por fin.

—Vale —responde, y asiente, cosa que no esperaba en absoluto. Entonces se levanta y se acerca al cajón de sus pijamas—. Creo que voy a ir a darme una ducha, a ver si me quito la mugre de hoy de encima.

—¿No quieres que sigamos hablando de Xavier un poco más? —pregunto mientras se dirige al baño.

Sonríe al oír eso, una sonrisa rápida que le ilumina toda la cara y que logra por fin atravesar la seriedad que se había instalado en ella el último par de minutos.

—No hay mucho que decir aún —me dice—. Pero... te cae bien, ¿verdad?

—Mucho. Parece majo. Y es perfecto para ti.

—Sí. —Asiente, pero su sonrisa empieza a desaparecer de su cara—. Yo también lo creo.

Cuando la puerta del cuarto de baño se cierra, repaso mentalmente nuestra conversación y me pregunto qué es lo que he podido hacer para que Macy se haya puesto tan rara. Aun así, no encuentro nada, aparte de su extraña reacción al hecho de que Hudson y yo hablemos.

Pero, en serio, ¿qué se supone que tengo que hacer? El tío vive en mi cabeza. ¿Debería ignorarlo cuando me hable?

—*Por favor, no hagas eso* —me dice Hudson desde su lugar favorito junto a la ventana. Creo que le gusta ponerse ahí porque le hace parecer un taciturno héroe brontiano—. *¡Venga ya!* —responde con toda su flema británica—. *Los héroes de Brontë son débiles, patéticos y raros. Yo soy un héroe de Austen* . —Me mira con la ceja enarcada, levanta la

barbilla y saca pecho—. *¿Acaso no soy igualito que el señor Darcy?*

Me parto de risa, que es justo lo que pretende, porque ¿cómo no voy a hacerlo? Está tan ridículo posando de esa manera que no puedo evitar reírme sin parar. Sobre todo cuando finge ofenderse por mis carcajadas.

—No se lo digas a nadie —le pido cuando por fin dejo de reírme—. Pero nunca he sido muy fan de Darcy.

—*¿Qué? ¡Eso es una blasfemia! En serio, ¡una blasfemia!* — exclama, y empieza a reírse conmigo, con la cara iluminada y los ojos azules y brillantes. Y no lo entiendo. De verdad que no lo entiendo—. *¿Qué es lo que no entiendes?* —pregunta, y su risa desaparece para dar paso a una expresión seria que no acabo de interpretar. Aunque, bueno, igual a él le pasa lo mismo conmigo.

—Pues que puedas ser así conmigo y tan perverso al mismo tiempo. No tiene sentido.

—*Eso es porque tú no quieres que lo tenga* —me dice y, esta vez, cuando registra el final de mi frase, su cara de ofensa no es fingida—. *¿Perverso? Joder, ¿crees que soy perverso?*

Y así, sin más, nuestra decisión mutua de no tener esta conversación se va al garete.

—Bueno, ¿cómo describirías tú lo que hiciste?

—*Como algo necesario* —responde, y niega con la cabeza como diciendo que no se puede creer que estemos teniendo esta conversación. Aunque, bueno, yo tampoco.

—¿Algo necesario? —repito alucinada—. ¿En serio crees que matar a todas esas personas era necesario?

—*No hagas eso* —dice—. *No me juzgues cuando no sabes de qué estás hablando. Tú no estabas allí. ¿Estoy orgulloso de lo que hice? Ni lo más mínimo. ¿Volvería hacerlo? Por supuestísimo que sí. A veces hay que hacer cosas horribles, cosas espantosas, para evitar que suceda algo peor* .

—¿Eso es lo que crees que estabas haciendo? —pregunto.

—Sé que eso es lo que estaba haciendo. Que tú no lo creas no hace que sea menos cierto. Solo significa que no tienes ni puta idea . —Se lleva una mano al pelo y se vuelve para mirar por la ventana—. *Aunque no sé de qué me sorprendo. Mi hermanito tampoco sabe nada, y tú siempre confías en él más que en mí* .

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que confío en ti más que en Jaxon? ¿Que te creo a ti antes que a mi compañero?

—*Tu compañero* . —Suelta una carcajada amarga que me pone los pelos de punta, aunque no sé por qué—. *Sí. ¿Por qué ibas a creerme a mí antes que a «tu compañero»?*

—¿Sabes qué? Eso no es justo. Quieres fingir que es solo una cuestión de tu palabra contra la suya, pero todo el instituto te tenía miedo, y querían matarme solo de pensar que Lia pudiera traerte de vuelta de entre los muertos. La gente no hace eso solo porque alguien no les caiga bien, da igual lo que quieras que crea.

—La gente teme lo que no entiende. Siempre ha sido así y siempre lo será .

—¿Qué significa eso? —susurro invitándole a darse la vuelta y mirarme a la cara—. Dímelo, Hudson.

Y se vuelve, pero, cuando nuestras miradas se encuentran, hay algo terrible en la suya. Algo oscuro, desesperado y tan tan doloroso que casi me parte en dos.

—¿Crees que Jaxon tiene poder? —me susurra con una voz que, de alguna manera, inunda toda la habitación—. *Tú no sabes lo que es el verdadero poder, Grace. Si tuvieras una mínima idea, sabrías lo que soy capaz de hacer y no me estarías haciendo estas preguntas, porque ya conocerías las respuestas* .

68

La verdad duele

Siento el corazón en la garganta ante la certeza de su voz, ante la oscuridad y el horror que ni siquiera se molesta en intentar ocultar. Una parte de mí quiere pedirle que se explique; pero a la otra, la más grande, le aterra la respuesta.

De modo que no digo nada. En lugar de eso, me tumbo en la cama, abrazada al cojín que me ha lanzado antes Macy, y escucho el sonido del agua corriendo en la ducha.

Hudson tampoco dice nada durante un buen rato. Se queda ahí, junto a la ventana, mirando hacia el paisaje tenuemente iluminado.

El silencio se alarga entre nosotros, tan frío, tan gélido como la tundra en invierno. Tan vacío que resuena en mi interior, que reverbera en cada parte de mi ser hasta que no queda nada que no duela. Nada que no queme.

Estoy a punto de venirme abajo, desesperada por decir algo, lo que sea, de romper el desierto de hielo que se ha formado entre ambos, pero es Hudson el que habla primero.

—*¿Sabes? Eras muy mona cuando tenías cinco años* .

Es lo último que esperaba que dijera, y me incorporo de inmediato cuando la sorpresa reemplaza ese extraño dolor

en el que me estaba regodeando.

—¿Qué quieres decir?

—*Pues que eras muy mona cuando sonreías y te faltaban las dos paletas. Me encanta que la primera se te cayera sola, pero que perdieras la segunda al darte de bruces contra el manillar de la bici dos semanas después* .

—¿Cómo lo sabes? —susurro.

—*Me lo contaste tú* .

—No. —Niego con la cabeza—. Nunca le he contado esa historia a nadie.

Porque, de haberlo hecho, tendría que explicar que ese diente acabó creciéndome torcido porque el de leche se me había caído demasiado pronto, y que tuvieron que ponerme aparato, y que todo el mundo se reía de mí por ello, y que por eso los castores son los animales que menos me gustan todavía hoy.

—*Pues a mí sí* —responde, y suena increíblemente complacido—. *Y ahora estoy viendo los vídeos caseros, en vivo y en color* .

—¿Qué clase de vídeos caseros? —pregunto con recelo.

—*Unos en los que estás muy mona con ese vestidito azul marino con lunares con el que te encantaba dar vueltas por el salón. Me gusta especialmente el lazo a juego* .

Qué fuerte.

—¿Estás en mis recuerdos?

—*Sí, por supuesto* . —Niega con la cabeza, pero su mirada es suave, y su sonrisa, más todavía—. *Eras una niñita increíblemente preciosa* .

—¡No puedes hacer eso! —le digo—. No puedes entrar en mis recuerdos y mirar lo que te dé la gana.

—*Claro que puedo. Están por todas partes* .

—No están «por todas partes». ¡Están en mi cabeza!

—*Sí, como yo* . —Levanta las manos como diciendo «obviamente»—. *Así que entenderás a lo que me refiero cuando digo que están por todas partes* .

—¿En serio?

—Eh... Sí. El disfraz de conejito de cuando tenías seis también es uno de mis favoritos .

—Joder. —Me cubro la cara con el cojín de Macy y me pregunto si es posible asfixiarse a uno mismo con una funda peluda de arcoíris. No me parece mala idea en absoluto en estos momentos—. ¿Por qué me estás haciendo esto? —protesto, y reviso mi cerebro intentando imaginar qué recuerdos horribles y humillantes podrá encontrar de un momento a otro. Sé que no hay tantos, pero ahora mismo tengo la impresión de que los suministros son ilimitados.

—No lo sé, hasta yo tengo que admitir que tienes unas cuantas maravillas —me dice—. *Lo del pollo cuando estabas en tercero es bastante vergonzoso* .

—Para empezar, era un gallo. Y, en segundo lugar, tenía la rabia.

—Los pollos no cogen la rabia —me explica Hudson con una divertida sonrisa burlona.

—¿Qué dices? Claro que la cogen.

—No es verdad . —Se ríe—. *La rabia solo afecta a los mamíferos. Los pollos son aves, por lo tanto no tienen la rabia* .

—Tú qué sabrás —suelto, y me dejo caer sobre mi costado —. ¿Qué eres ahora? ¿El hombre que susurraba a los pollos?

—Sí —responde totalmente serio—. *Ese soy yo: Hudson Vega, mundialmente conocido como el hombre que susurraba a los pollos. ¿Cómo lo has sabido?*

—¡Anda, cállate! —grito, y le tiro el cojín, pero no le doy, claro, porque no está ahí. Está en mi cabeza, viendo mis «vídeos caseros». Tomo otro cojín, me cubro la cara con él y gruño—: Eres un incordio, ¿lo sabías? Un incordio grande, enorme, monumental...

—Vaya. ¿Cómo se me ha podido pasar el recuerdo en el que te tragas el diccionario de sinónimos? Debería buscarlo. Puede que esté junto a ese en el que perdiste la parte de arriba del bikini en la cala de La Jolla. Te acuerdas, ¿verdad? Tenías trece años y tuviste que pedirle a tu madre que te

acercase una toalla mientras esperabas metida hasta el cuello en el agua .

—Te odio.

—*No es verdad* —dice sonriendo.

—Sí lo es —insisto, aunque sé que sueno como una niña de dos años enfadada.

Su risa se desvanece.

—*Ya, puede que sí lo sea después de todo* . —Suspira y selecciona bien sus palabras antes de continuar—: *Sabes que solo estoy mirando los recuerdos que ya has compartido conmigo, ¿verdad?*

—Eso no puede ser verdad —respondo—. Es imposible que le haya contado a nadie lo de mi diente. Ni lo del bikini. Ni... —Me detengo antes de revelar cualquier otra cosa.

— *¿Ni cuando le vomitaste en los zapatos a la maestra de jardín de infancia?* —pregunta tranquilamente.

—¿Por qué iba a contarte esas cosas? No se las cuento a nadie. Ni siquiera Heather ni Macy saben la mayoría de ellas.

—*Me temo que eso es algo que vas a tener que preguntarte a ti misma, ¿no? Si me odias tanto, ¿por qué ibas a contármelas?*

No tengo una respuesta. No lo entiendo. Tal vez por eso doy media vuelta y me quedo cara a la pared. Porque, de repente, tengo la sensación de que hay muchas cosas que no sé.

La oscuridad ha vuelto, el profundo abismo del que llevo intentando salir desde que volví a ser humana. Solo que esta vez no solo veo el vacío. También veo los escombros, la destrucción, el terreno baldío de lo que es... y, es más, de lo que podría (y tal vez incluso de lo que debería) haber sido.

Duele mucho más de lo que esperaba.

Hudson deja de molestarme. Pero por fin se aparta de la ventana y se sienta en el suelo a mi lado, con la espalda apoyada en el borde de mi cama.

Mantengo los ojos cerrados y, de repente, justo detrás de mis párpados, un recuerdo distinto empieza a reproducirse. En este aparecen dos niños pequeños de pelo oscuro. El mayor no tendrá más de diez años, y ambos están vestidos con lo que parece ser ropa de época en medio de una habitación oscura repleta de tapices. Una mesa gigante domina el centro del espacio, con unas inmensas sillas minuciosamente talladas, ordenadas a la perfección alrededor de esta.

Junto a la mesa está uno de los pequeños. Sus ojos azules están llenos de lágrimas mientras ruega:

—¡No, mamá, no! ¡Por favor, no te lo lleves! ¡No te lo lleves! ¡No te lo lleves! —No para de repetirlo una y otra vez, y el pecho se me encoge cada vez más al oírlo.

—Tengo que hacerlo —responde ella con voz fría y entrecortada—. Venga, deja de llorar y despídete o nos marcharemos sin que lo hagas.

El pequeño no para de llorar, pero deja de suplicar y se acerca al otro niño, el de los ojos oscuros y confundidos. El de los ojos azules lo abraza y, acto seguido, se desvanece por la habitación para coger algo de la mesa y regresa junto al menor con un caballito de madera en sus pequeñas manos. Le da al otro niño el juguete y susurra:

—Lo he hecho para ti y lo he llamado Jax, para que no se te olvide su nombre. Te quiero. —Levanta la vista hacia su madre antes de añadir con una voz tan desgarrada que se me rompe el corazón—: No me olvides, Jax.

—Venga, ya es suficiente —le dice su madre—. Ve a estudiar. Volveré para la hora de cenar y te preguntaré la lección.

Su madre y el niño de los ojos oscuros dan media vuelta y dejan al otro niño solo en la habitación. Cuando la puerta se cierra tras ellos, se cae de rodillas llorando como solo un pequeño es capaz. Con todo el cuerpo, el corazón y el alma. La devastación y la pena me invaden como una avalancha.

Justo en ese momento, un hombre vestido con traje entra en la habitación y se planta delante del niño. Entonces sonríe.

—Usa el dolor, Hudson. Te hará más fuerte.

El niño se vuelve para mirar al hombre, y un escalofrío me recorre la espalda. El odio en su mirada debería pertenecer a alguien de mucha mayor edad, y sofoco un grito. El niño mira a su padre con los ojos entrecerrados y todo se detiene: el hombre, el niño e incluso el aire que respiran. Y, a continuación, todo estalla en partículas. La mesa, las sillas. La alfombra. Todo menos el hombre, cuya sonrisa se intensifica.

—Fantástico. Le diré a tu madre que te compre un cachorrito mañana.

Y luego se vuelve y sale de la habitación, dejando al niño sobre el suelo de madera maciza, con la moqueta desintegrada y las astillas clavándosele en las rodillas.

Podría haber destruido a su padre con la misma facilidad con la que ha destruido las sillas, pero no ha sido capaz de hacerlo. No quería convertirse en lo que su padre quería que fuera: un asesino.

Y, entonces, el recuerdo se desvanece de la misma manera con la que ha aparecido.

Dios mío.

—Hudson...

—*Para* —me dice, con un tono tan despreocupado que empiezo a dudar de lo que acabo de ver. Al menos hasta que añade—: *No tengo muchos recuerdos de mi infancia, al menos no que un humano pudiera entender, de modo que mis selecciones son bastante escasas. Pero he creído justo mostrarte algo después de todo lo que tú has compartido conmigo. Ya lo habías visto, pero no te acuerdas, así que* ...

—¿Ya me lo habías enseñado? —pregunto mientras me seco con disimulo las lágrimas de las mejillas.

Se ríe, pero es un sonido desprovisto de humor.

—*Te lo he enseñado todo* .

El vacío implícito en esas palabras resuena en mi interior, y cierro los ojos, sin saber qué decirle. Sin saber siquiera si puedo creerlo, aunque quiero hacerlo. Mucho.

—Hudson...

—*Estás agotada, Grace* —afirma mientras se levanta, y juraría que noto que me acaricia el pelo con la mano—. *Duerme* .

Hay muchas cosas que quiero decirle; tengo las palabras en la punta de la lengua, pero de repente no sé cómo expresarlas. Por ello hago lo que me pide. Cierro los ojos y me rindo ante el sueño.

Pero antes de que este me reclame, encuentro el modo de expresar al menos una de las cosas que quería.

—Sabes que no deseo que mueras, ¿verdad?

Hudson se queda parado, y entonces suspira con agotamiento.

—*Lo sé, Grace* .

—Pero tampoco puedo decirle eso a Jaxon —le explico—. No puedo.

—*Eso también lo sé* .

—Por favor, no me hagas elegir.

Se me cierran los ojos y empiezo a dormirme. Pero aún oigo cómo murmura:

—*Yo nunca te haría elegir, Grace. ¿Cómo podría hacerlo sabiendo que jamás me elegirías a mí?*

69

Morder o no morder

—¡Dios mío, Grace! ¡Despierta! —Los gritos de Macy reverberan en nuestro dormitorio antes de que la luz haya empezado siquiera a filtrarse por la ventana.

—Aún no —refunfuño, y doy media vuelta y escondo la cabeza debajo de la almohada por segunda vez en ocho horas—. Todavía es de noche.

Me acurruco entre las sábanas y sigo soñando con un niño de ojos azules y su caballo, hasta que Macy me sacude.

—¡En serio! ¡Tienes que levantarte!

—*Haz que se vaya* —refunfuña Hudson desde lo que suena como el suelo junto a mi cama.

El móvil de Macy empieza a sonar, y deja de intentar despertarme mientras responde a la llamada.

Me asomo por el borde de la cama y, cómo no, veo a Hudson tirado en el suelo. Él también esconde la cabeza debajo de la almohada, o, para ser exactos, debajo de uno de mis cojines rosa eléctrico.

—*No me juzgues* —protesta—. *No hay mucho donde escoger en esta habitación* .

—Ya, pero he de decir que el rosa eléctrico podría ser tu color —señalo con una sonrisa.

—*Sabes que muerdo, ¿verdad?* —gruñe, y se pega el cojín a la cabeza.

—Uy, sí, qué miedo. —Pongo los ojos en blanco—. Me vas a morder desde dentro de mi cabeza.

No responde, y estoy a punto de felicitarme a mí misma por esta victoria cuando de repente siento unos colmillos que se deslizan suavemente por mi cuello. No se detienen hasta que llegan a donde me late el pulso y, entonces, permanecen ahí durante un segundo o dos.

La familiaridad de su tacto me provoca un calor inesperado, seguido de una repentina sensación de frío y de pánico, porque no es Jaxon.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo? —Me dispongo a apartarlo, pero ya no está.

—*Demostrarte que, aunque esté en tu cabeza, puedo morderte cuando quiera* .

—Pero ¡no quieres! —chillo, aunque mi cuerpo todavía vibra tras el roce—. ¡A eso me refería!

—*Claro* —responde tranquilamente—. *Por eso no lo he hecho* .

Me llevo la mano al cuello y me doy cuenta de que dice la verdad. No tengo ni un rasguño. Menos mal.

—No vuelvas a hacerlo —le ordeno, solo para asegurarme de que capta el mensaje—. No quiero que me muerda nadie que no sea Jaxon. Jamás.

Su sonrisa se vuelve burlona y también algo seria, pero no me lo discute. Únicamente asiente y dice:

—*Mensaje recibido. Te prometo que no lo volveré a hacer* .

—Bien. —Pese a todo, me paso los dedos por el cuello una vez más, extrañamente perturbada por el calor que he sentido bajo la piel a pesar de que Hudson no me ha hecho nada en absoluto—. Gracias.

—*De nada* . —Sonríe secamente—. *Al menos no hasta que tú me lo pidas* .

—Uf. —Le doy con la almohada—. Das asco, ¿lo sabías?

—*¿Porque te he dicho que no voy a tocarte sin tu permiso?* —Su cara de inocencia con los ojos muy abiertos no es tan buena como él cree—. *Solo intentaba ser caballeroso* .

—Chúpame esto... —En cuanto las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de lo que he dicho. Incluso antes de que Hudson se incline hacia delante con un brillo malévolo en sus ojos azules. Levanto la mano y bloqueo su boca—. ¡No! No me refería a eso. No seas malo.

—*¿Por qué, Grace?* —Me lanza una mirada que sé que haría que se me cayeran las bragas si no tuviera un vínculo con su hermano—. *No me importa ser malo* .

—Eso tengo entendido.

Aparto las sábanas, decidida a acabar con esta conversación, incluso si para ello tengo que levantarme e irme corriendo a la ducha, y entonces me doy cuenta de que Macy ha terminado ya de hablar por teléfono y me está hablando.

—Perdona —le digo intentando averiguar por qué tiene los ojos tan abiertos y la cara tan pálida—. Aún estaba dormida, así que no he oído lo que me decías. ¿Qué pasa?

—¡El Círculo! —exclama—. Están aquí.

—¿El Círculo? —Al principio sus palabras no tienen ningún sentido para mí, pero cuando Hudson maldice entre dientes largo y tendido en un rincón de mi mente, sé de quién está hablando—. ¿Los padres de Jaxon y Hudson están aquí? —susurro horrorizada ante la idea.

—¡Sí! El rey y la reina, y las otras tres parejas de compañeros, se han presentado aquí a las cinco de la mañana. Sin una llamada previa, sin avisar. Se han plantado los ocho en la puerta exigiendo entrar. Mi padre está supercabreado.

—Y ¿qué hacen aquí? —pregunto apartándome los rizos rebeldes de la cara.

—¿La versión oficial? —responde Macy—. Han venido para realizar una inspección que llevan a cabo cada veinticinco años, que se ha programado ahora para apoyar el torneo

Ludares, y fomentar la cooperación y la amistad entre especies.

—Y ¿la versión no oficial? —pregunto temerosa de oír la respuesta.

—Quieren verte —contestan Hudson y Macy a la vez.

—¿A mí? —Vale, esto no me lo esperaba—. ¿A mí por qué?

A ver, entiendo por qué pueden querer conocerme los padres de Jaxon, teniendo en cuenta que soy la compañera de su único hijo vivo (al menos que ellos sepan). Pero ¿qué pintan en un asunto familiar el resto de los miembros del Círculo?

Cuando les expreso este pensamiento a Macy y a Hudson, ambos se ríen (de mí, esta vez, no conmigo).

—*Esto no es por tu vínculo con Jaxon* —me dice Hudson—. *No creo que eso les importe, a menos que piensen que supone una amenaza para su poder. Lo que les importa, a mis padres y al resto del Círculo, incluso a los menos ávidos de poder, es que eres la primera gárgola que nace en más de mil años* .

—Y ¿qué importancia tiene eso? ¿Qué va a hacerles una sola gárgola a todos ellos? Y encima estamos hablando de una gárgola que tampoco es que sea muy poderosa que digamos —replico.

—En primer lugar —responde Macy enérgicamente—, que seas una gárgola nueva no significa que no seas poderosa. Significa que aún necesitas tiempo para averiguar lo que hay. Ni siquiera sabes todavía todas las cosas que pueden hacer las gárgolas, y mucho menos lo que puedes hacer tú concretamente.

»Así que, sí, pues claro que están nerviosos. Os temen, si no el rey no habría ordenado matar a todas las gárgolas en su último arrebato, y el Círculo no habría permitido que se saliera con la suya. Puede que sean unos cobardes en su mayoría, pero normalmente no estarían dispuestos a llevar a cabo un genocidio a menos que les conviniese de verdad.

—*Joder, Macy, tú no te cortes, ¿eh?* —exclama Hudson y, después, me dice a mí—. *Pues eso que ha dicho* .

Me río un poco, y Macy me mira con cara interrogante.

—Hudson aprueba tu resumen —le explico.

—Porque es exacto. Y su padre es un capullo. —Me lanza una mirada que lo dice todo—. De tal palo, tal astilla, al parecer.

Hudson pone los ojos en blanco, pero, sorprendentemente, no tiene nada que responder. Debe de ser la primera vez, ahora que lo pienso. Sin embargo, se incorpora, se apoya en el lateral de mi cama y se pasa la mano por el pelo, corto y alborotado. Sé que no es real del todo, así que, ¿por qué se pone para dormir unos pantalones de pijama de franela sin camiseta? ¿Se ha quitado él la camiseta o he sido yo, inexplicablemente, la que ha decidido imaginárselo sin ella?

Y, cómo no, oye lo que estoy pensando y me guiña un ojo por encima de su hombro desnudo.

—*Decide tú* .

Paso por alto el calor que me asciende hasta las mejillas y me centro en Macy.

—Bueno, y ¿por qué exactamente que el Círculo haya decidido rendirnos una visita no muy favorable implica que yo tenga que levantarme a las...? —Miro la hora en el móvil —. ¡Joder! ¿Las cinco y cuarto de la mañana?

—Pues porque, al parecer, han convocado una asamblea antes de las clases, lo que significa que tenemos que estar todos en el auditorio a las seis y media vestidos con el uniforme formal.

—¿El uniforme formal? ¿Te refieres a la falda, la corbata y la chaqueta?

Creo que he llevado el uniforme formal solo una vez en todo el tiempo que he estado aquí.

—No, la chaqueta no —repone Macy con un suspiro exagerado—. La toga.

—¿La toga? —Miro hacia mi armario vacío—. Ahí no hay ninguna toga.

—No, pero yo tengo dos, una de cuando era más bajita, afortunadamente. De lo contrario te caerías de bruces.

—Entonces ¿falda, corbata y toga? —pregunto para asegurarme de que lo he entendido bien.

—Sí.

—¿Como las togas de las graduaciones? —pregunto, para que quede claro. Porque ahora mismo me estoy imaginando una sala llena de alumnos vestidos con togas como los romanos, aunque tampoco estaría mal...

—Es más bien una toga ceremonial —dice Macy.

Y su comentario pone todos mis sentidos en alerta roja:

—No será una toga para sacrificios humanos, ¿no?

Macy me mira con los ojos entrecerrados.

—Nadie va a sacrificarte, Grace.

Para ella es fácil decirlo. Me aguanto el cabreo y decido tomármelo con sentido del humor:

—Le dijo la araña a la mosca... —Macy se echa a reír, que es justo lo que pretendía. Y continúo—: Solo digo que nadie tiene derecho a criticarme por estar algo inquieta hasta que haya tenido que enfrentarse a una zorra homicida y le hayan atravesado los brazos con unas garras, le hayan dislocado el hombro, haya sufrido una conmoción cerebral, tenga heridas abiertas en las muñecas y en los tobillos por haber intentado librarse de unos grilletes. En un altar. Rodeada de sangre. En la oscuridad. Estando drogada.

Macy me mira, completamente seria y dice:

—Bueno, y ¿quién no ha pasado por eso? En serio.

Empiezo a reírme a carcajadas porque su respuesta ha sido demasiado perfecta.

—¿Es esa tu manera de decirme que estoy siendo demasiado dramática con toda esta experiencia en la que casi pierdo la vida?

—¿Estás de coña? Es mi manera de decirte que nada me gustaría más que poder lanzar a esa zorra directa al infierno de una patada por segunda vez.

Se acerca a su armario y saca dos togas negras y moradas. Tira una sobre su cama y me da la otra.

—Es morada —le digo.

—Sí —responde.

—La toga es morada.

—Sí, es morada —contesta asintiendo.

—Voy a parecer Barney con eso puesto.

Sonríe.

—Bienvenida al instituto Katmere.

Y entonces, mientras sigo admirando la gran monstruosidad morada a la que llaman «toga ceremonial», se me adelanta y me roba el baño.

70

Cuando el diablo se planta en Denali

He estado antes en algunos auditorios. A ver, soy una estudiante estadounidense que va al instituto. Pero nada podía prepararme para el auditorio del Katmere.

Es enorme, con unos techos que tendrán entre nueve y doce metros de altura, y con chapiteles tallados que dan mucho miedo por todas partes. Parece más una iglesia gótica que una sala de reuniones escolar.

En las vidrieras se representan varias escenas paranormales; hay arcos ojivales negros tallados por todos los pasillos que llevan a él y unos grabados repletos de detalles más o menos espeluznantes cubren prácticamente todas las superficies.

En serio, lo único que falta es un altar.

En su lugar hay una especie de estrado redondo en el centro de la sala, rodeado de cientos de sillas del mismo color morado que nuestras togas. De modo que, conforme los alumnos van entrando y ocupando sus asientos, la parte frontal del espacio tiene el aspecto de que hubiese estallado una berenjena, o mil, para ser exactos. La Casa Usher no es

nada comparado con este lugar. Edgar Allan Poe, ¡muérete de envidia!

Me vuelvo hacia la izquierda para compartir mi broma con Hudson, pero veo que no ha entrado conmigo.

El tío Finn está ya en el estrado, pero no hay nadie más, a pesar de que hay ocho sillas minuciosamente talladas (menuda sorpresa) dispuestas en fila justo detrás del micrófono y el sistema de sonido que mi tío está probando.

Tengo que reírme al verlo, porque aquí, en medio de este auditorio que parece estar esperando a que suceda algo digno de una película de terror, mi tío hace lo mismo que cualquier director o subdirector de instituto de la historia haría antes de cualquier asamblea de estudiantes. La deplorable normalidad del asunto me divierte, pero también hace que añore un poco mi casa.

No necesariamente por la vida que tenía, sino por la chica que era. Normal. Humana. Del montón.

A ver, en mi cabeza sigo siendo la misma Grace aburrida que siempre he sido, pero en el instituto Katmere soy extraña. Una anomalía. Alguien a quien mirar y sobre la que cuchichear. La mayor parte del tiempo lo paso por alto, entiendo que soy la compañera de Jaxon Vega y la chica que tiene a Hudson Vega en la cabeza. Ah, y sí: tengo la mala costumbre de transformarme en piedra cuando quiero.

En serio, ¿cómo no van a mirarme?

—Sentémonos ahí —dice Macy señalando un par de asientos vacíos cerca de la primera fila—. Quiero tener buenas vistas de este lío.

Normalmente no soy mucho de sentarme delante, pero no voy a discutir sobre dónde hacerlo. Me temo que voy a tener cosas más importantes de las que preocuparme hoy. Además, así al menos podré ver bien a los padres de Jaxon y Hudson.

—*¡No!* —El grito de Hudson reverbera en mi cabeza tan fuerte y con tanta vehemencia que me paro en seco, con los ojos abiertos como platos, observando a mi alrededor y

preguntándome para qué clase de ataque tengo que prepararme.

Pero todo parece normal, o todo lo normal que puede ser en este instituto teniendo en cuenta que hay un grupo de brujas haciendo botar una pelota por todo el auditorio chasqueando los dedos.

—*¿Qué pasa?* —pregunto con el corazón desbocado.

—*No te sientes delante. No te acerques a ellos* .

—*¿A quiénes?* —pregunto de nuevo mirando a mi alrededor en busca de una amenaza que aún no he detectado.

— *A mis padres. Les encantaría que te sentaras delante para poder verte bien* .

—*Me parece de lo más normal, teniendo en cuenta las circunstancias* —le digo encogiéndome de hombros—. *Y yo también quiero verlos bien* .

Macy se ha adelantado un poco, ya que el grito de Hudson me ha detenido, así que tengo que sortear a un par de grupos de alumnos para intentar alcanzarla.

—*¡Maldita sea, Grace! ¡He dicho que no!*

—*¿Disculpa?* —pregunto más sorprendida que enfadada—. *¿Acabas de ordenarme que no haga algo?*

—*No puedes confiar en ellos* —me dice—. *No puedes plantarte ahí delante de los reyes y pensar que no va a pasar nada* .

—*¡Estamos en un lugar repleto de gente!* —Niego con la cabeza, alucinada—. *¿Qué van a hacerme aquí?*

Saludo a Gwen con la mano, que se dirige hacia Macy, ya sentada en la primera fila. Yo sigo siete u ocho filas por detrás, por lo tanto esquivo a unos cuantos alumnos más para reunirme con ellas.

—*¡Lo que quieran! Eso es lo que estoy intentando decirte. Mi padre es el jefe del Círculo porque ha matado, literalmente, a cualquiera que pudiera suponer una amenaza para él. Y lo ha estado haciendo sin parar durante*

dos mil años. ¿En serio crees que le temblará la mano para matarte a ti también?

—¿En medio de un acto escolar? Sí, claro, va a intentar matarme con mi tío, el claustro de profesores y todo el cuerpo estudiantil mirando. No lo creo. Así que, ¿quieres hacer el favor de relajarte y dejar que me siente tranquila de una vez?

Desciendo un par de escalones más y me detengo al instante, no porque quiera, sino porque mis pies no se mueven. En absoluto. Empiezo a entrar en pánico, preguntándome qué narices puede estar pasando, pero entonces caigo.

—¡No te atrevas, Hudson! ¡Deja que me mueva ahora mismo!

—Grace, para un momento —dice Hudson con una voz deliberadamente tranquilizadora, que no hace sino cabrearme más todavía—. *Escúchame* .

—¡No! ¡No, no, no! No pienso escucharte mientras estés controlando mi cuerpo. Pero ¿qué cojones te pasa?

—Solo necesito que pienses por un momento .

—Y yo necesito que me dejes ir. Si no me sueltas ahora mismo, te juro por Dios, Hudson, que cuando por fin logre sacarte de mi cabeza, te mataré. Literalmente. ¡Te haré humano y te apuñalaré en ese puto corazón negro que tienes hasta que mueras justo delante de mí! Y después seguiré apuñalándote .

Hudson «nos» aparta a un lado, sorteando a unos cuantos alumnos que corren para coger sitio, y nos cuela entre dos paneles en un hueco oculto. Y, no voy a mentir, que otra persona controle mi cuerpo conmigo sentada en el asiento del copiloto podría ser una de las peores experiencias de mi vida. La violación, el miedo, la ira que ruge en mi interior ahora mismo se están transformando en una tormenta de proporciones épicas.

Una vez escondidos, veo que le cuesta cederme el control de mi mente. Es como intentar caminar por barro mojado,

pero, al final, la resistencia cede con un pequeño «pop», y soy libre. Siento cómo me cuelo para llenar el vacío, y no puedo evitar el estremecimiento de pánico que se apodera de mi cuerpo.

Cuando se vuelve para mirarme, el pánico se transforma en una ira incandescente. Levanta las manos.

—*Vale, vale. Lo siento* .

Inspiro hondo, obligándome a tranquilizarme. Y entonces digo: «A tomar por culo», y me aferro a esa parte de mí que tanto tiempo llevo conteniendo:

—Vete a la puta mierda.

—*¿Te sientes mejor?* —pregunta Hudson—. *Y ahora, ¿me escuchas un momento?*

¿En serio? Estoy cabreadísima, a punto de estallar de la rabia.

—No pienso escucharte nunca. ¡Jamás!

El corazón me bombea a toda velocidad, como si hubiese subido veinte tramos de escaleras superrápido, y sé que Hudson debe de haber atravesado ya el muro que la Sangradora me ayudó a levantar. ¿Cómo es posible que sea tan fuerte? ¿Cómo puede haberlo derribado si no ha pasado ni una semana siquiera? ¿Tan débil soy? ¿O es que él es demasiado fuerte?

Está ahí, totalmente quieto, rogándome que le escuche.

—*Solo intento ayudarte, Grace. Solo quiero* ...

—¿Ayudarme? —Cargo contra él como un berserker. Mi ira es tan inmensa que si no le arranco la cara es porque sé que no está delante de mí de verdad—. ¿Traicionando mi confianza y privándome de mi libre albedrío? ¿Cómo puedes pensar siquiera que así me estás ayudando?

—*No es eso* ...

—¡Pues lo parece!

Estoy más que furiosa, y sé que se me nota, porque Hudson abre los ojos como platos en un gesto de desesperación. Casi me siento mal. Casi. Pero ya que me ha dejado bien claro que no solo no va a respetar mi derecho a

hacer lo que me plazca con mi cuerpo, sino que tampoco va a respetar mi derecho a disfrutar de al menos cinco minutos sin tenerlo dando por saco en mi cabeza, en lugar de acudir a donde Macy me está esperando, cojo el móvil y le envío un mensaje para decirle que ahora mismo voy. Después pongo los brazos en jarras y me dispongo a zanjar este asunto con Hudson de una vez por todas.

71

La revancha de la del cuerpo robado

—*Grace, lo siento* . —Hudson debe de haberse dado cuenta por fin de lo tremendamente furiosa que estoy, porque se apresura a intentar calmarme—. *No pretendía arrebatarte tu libertad de elección* ...

—Ya, bueno... pues eso es justo lo que has hecho, y no pienso permitirlo ni un minuto más. Ni a ti ni a nadie.

La ira por todo lo sucedido en los últimos meses se ha acumulado en mi interior, y la descargo toda sobre Hudson; en parte porque se lo merece, y en parte porque no puedo contenerla ni un segundo más.

—Desde el día en que escuché el nombre de este estúpido instituto mi derecho a elegir cómo gestionar mi propia vida ha sido prácticamente inexistente.

—*Grace, por favor* ...

—¡No! Ahora te toca callar. —Le pongo un dedo silenciador en los labios—. No puedes hacerme lo que acabas de hacerme y creer que vamos a volver al punto en el que estábamos. Te he tenido taladrándome la cabeza durante casi una semana, pero ahora tú me vas a escuchar a mí.

»Retiro lo que he dicho. Mi control sobre mi vida no terminó cuando llegué aquí. Terminó incluso antes de llegar a este instituto, por tu culpa. Porque la puta loca retorcida de tu exnovia estaba tan enamorada de ti que asesinó a mis padres. Los asesinó solo para que yo acabase aquí. Solo para que Jaxon encontrase a su compañera. Para poder usar su poder para traerte de vuelta.

»Sé que todo el mundo se ríe; sé que ahora no es más que un gran chiste entre mi grupo de amigos el hecho de que estuviese a punto de convertirme en un puto sacrificio humano, pero, párate a pensarlo, ¿quieres? Piénsalo. Una chica humana normal y corriente de San Diego acaba en la puta Alaska, amarrada a un altar, para que una zorra despiadada pueda traer de vuelta al hijo de puta genocida de su novio.

Hudson abre los ojos cada vez más a cada palabra que le grito, y parece absolutamente devastado. Pero ahora mismo me da igual. Yo llevo meses destrozada. Podrá soportarlo durante cinco putos minutos.

—E incluso antes que eso, las cosas tampoco es que fueran de maravilla, ¿verdad? La gente intentaba matarme allá adonde iba, ¡y todo porque tenían miedo de ti! Así que aquí estoy ahora. Soy la compañera de un vampiro, ¡de un vampiro!, cuando dos semanas antes ni siquiera sabía que existían. Y eso es estupendo, en realidad. Porque él es maravilloso, y bueno, y lo quiero, o sea que bien por nosotros.

»Pero ni siquiera puedo disfrutar de eso, ¿verdad? No, claro que no, porque apenas nos habíamos recuperado del ataque de Lia cuando de repente apareciste de ninguna parte e intentaste matarlo. Por ello me interpuse para salvarle y me quedé encerrada contigo en alguna parte durante tres meses y medio. Tres meses y medio que, no te lo pierdas, ni siquiera puedo recordar.

El pelo me ha caído sobre la cara, por lo tanto pauso mi diatriba lo justo como para apartar mis rizos totalmente

descontrolados e intento no pensar en esta otra cosa que no puedo dominar.

—Y, después, hiciste lo que hiciste. Me robaste el cuerpo y me convertiste en una ladrona y casi en una asesina. Dejaste que me despertase cubierta de la sangre de otra persona. —Le golpeo con un dedo en el pecho con cada una de estas últimas palabras para enfatizarlas. Nunca superaré esa experiencia, y tiene que saberlo—. Vives en mi cabeza durante días sin mi permiso, ¿y crees que yo estoy traspasando los límites por cabrearme cuando tomas el control de mi cuerpo solo porque no te gusta dónde voy a sentarme? ¿Quién coño te crees que eres? Piensas que estás intentando protegerme, pero tengo que decirte que el rastro de todas las cosas malas que me han pasado durante los últimos cinco meses lleva directamente hacia ti.

»Así que, en lugar de pedirme que me pare a pensar un momento, ¿por qué no piensas tú? ¿Por qué no me escuchas tú a mí un minuto y te paras a pensar por qué debería importarme nada de lo que me digas?

Cuando termino, Hudson está totalmente pálido. Y ahora que he exteriorizado toda mi amargura, mi rabia y mi dolor, sé que yo también lo estoy. Odio perder los estribos, odio gritarle a la gente, porque jamás sale nada bueno de eso. Y nunca en mi vida había perdido los papeles de esta manera, por tanto no me extraña que me duela la cabeza como si hubiese estado llorando durante una semana entera.

Pero, al mismo tiempo, ser amable no estaba funcionando con él. Iba a seguir pasando por encima de mis objeciones como la apisonadora que es, y no pienso permitírselo. No permitiré que vuelva a hacerse con el control de mi cuerpo nunca más, y tiene que saberlo.

—Yo no... No pretendía... Lo siento. Sé que no significa nada para ti, y que probablemente no tenga por qué significarlo, pero lo siento, Grace .

—No te disculpes —respondo con un suspiro—. Ni lo sientas. Ya da igual. Pero no vuelvas a hacerlo. Nunca.

Se dispone a decir algo más, pero ya me he cansado de escuchar. La asamblea está a punto de empezar, y no tengo ni tiempo ni ganas de escuchar cómo se disculpa otra vez ni de oír sus justificaciones de por qué hizo lo que hizo... o, peor aún, de empezar a discutir otra vez sobre dónde me siento o a quién tengo que temer.

No soy tonta, aunque Hudson parece pensar que sí. Así que doy media vuelta y regreso al auditorio. Pero, una vez en el pasillo central, en lugar de girar a la izquierda, giro a la derecha... y me dirijo a la antepenúltima fila y me siento detrás de dos dragones macho enormes. Desde aquí puedo ver un poco el estrado, y puedo oírlo todo, pero estoy segura de que será difícil que alguien me vea a mí.

Con ese pensamiento en mente, saco el móvil y le mando un mensaje a Jaxon para comentarle que estoy sentada sola casi al fondo porque me duele la cabeza y es posible que tenga que marcharme antes.

No es del todo mentira: la cabeza me está matando, pero no quiero entrar en detalles en el mensaje. Además, prefiero que no venga a buscarme. Supongo que pasaré más inadvertida si no me siento justo al lado de su hijo.

—*Gracias* —me dice Hudson mientras ocupa el asiento de al lado, pero no le respondo. No porque siga enfadada con él, sino porque no tengo nada más que decirle. Ahora no, y puede que nunca, como no empiece a comportarse como es debido.

Espero a que diga algo ofensivo o que intente discutir conmigo, pero no abre el pico. Puede que esté aprendiendo, después de todo. Supongo que el tiempo lo dirá.

Jaxon me contesta y me pregunta si necesito algo. Cuando le digo que no, me explica que está «entre bastidores» en estos momentos, en una audiencia con los reyes a petición real.

Quizá debería estar decepcionada, pero no lo estoy. Que él no esté conmigo contribuye al anonimato que buscaba.

Cuando los reyes y el resto del Círculo hacen su aparición en el estrado, me empiezan a sudar las manos. No estoy preparada para perdonar a Hudson todavía, pero tengo que admitir que una parte de mí agradece muchísimo estar lejos de sus padres cuando veo que ambos examinan al público mientras ocupan sus asientos.

Está claro que están buscando a alguien... y ese alguien no es su hijo, ya que acaba de estar con ellos. Y, cuanto más buscan, más convencida estoy de que me están buscando a mí. Pero, después de haber visto ese recuerdo de sus padres en la memoria de Hudson anoche, pienso asegurarme de que no me encuentren. Al menos no hasta que me sienta preparada para ellos.

72

Bienvenidos a la jungla paranormal

Me dispongo a escribirle a Jaxon de nuevo, pero antes de decidir qué decirle, el tío Finn activa el micrófono. Habla durante unos minutos del torneo Ludares, explica las reglas, habla sobre cuántos equipos se han inscrito (doce) y sobre cómo se va a organizar el cuadro de eliminatorias.

Cuando llega a la parte del premio para el equipo vencedor, se vuelve hacia los dignatarios sentados tras él en sus floridas sillas (suelto un bufido; ¿a quién quiero engañar? Eso son tronos, y desean que todo el mundo lo sepa) y anuncia:

—Para hablar sobre el trofeo de este Ludares tan especial, tenemos la gran suerte de contar nada más y nada menos que con la presencia del rey Cyrus y la reina Delilah, de la Corte Vampírica. Por favor, démosles la bienvenida tanto a ellos como a varios miembros más del Círculo. —Empieza solo, pero pronto el auditorio se llena con el sonido de unos aplausos respetuosos, cosa que me divierte, porque, en mi experiencia, pocas cosas en este instituto han engendrado una respuesta tan poco entusiasta.

Al parecer, hay muy pocos miembros de mi generación interesados realmente en el Círculo, y menos todavía en el rey y la reina. Y no se lo reprocho, pero es algo interesante de ver. Y es aún más interesante ver que Cyrus se percata con estupefacción de ello. Intenta ocultarlo, pero lo estoy observando detenidamente desde mi sitio entre mis dos escudos y parece bastante cabreado.

No obstante, no dice nada; solo observa a la multitud. Sonríe y saluda mientras la reina se acerca al micrófono, pero no se le pasa ni un solo rostro. Me hundo en mi asiento y casi siento el alivio de Hudson.

La reina se presenta con un melódico acento británico y con una sonrisa que parece sorprendentemente sincera mientras agradece a los presentes una bienvenida tan cálida. Mientras que, al igual que su marido, va deslizando la mirada rostro a rostro por la multitud, noto que la gente se abre, relaja los hombros e inclina el cuerpo hacia delante, como si de repente temieran perderse una sola de las palabras que salen de sus labios pintados de rojo sangre.

Sus ojos son del mismo color casi negro que los de Jaxon, y su piel posee el mismo tono oliváceo y alabastrino tan exclusivo y ligeramente extraño. Sus rasgos son afilados, angulosos y de repente veo con claridad de dónde han sacado los Vega esos pómulos y esa línea mandibular que tanto me gusta. El pelo largo, negro y de aspecto flexible también, aunque la reina lo lleva recogido en una larga trenza enroscada en la coronilla, sobre la que equilibra su corona de oro y piedras preciosas, por si alguien del Katmere no supiera quién es.

Es una mujer impresionante; y sus hijos son su viva imagen, aunque Hudson tiene los ojos de un color diferente. Y, como ellos, posee ese aire regio (esa expectativa de cómo deben ser las cosas) que no se aprende.

Se nota que nació para gobernar... y para hacerlo de un modo cálido, de tal manera que casi todo el que la mira siente que tiene una conexión con ella, que le está hablando

directamente a él. Y ese es, sin duda, un talento espectacular.

Pero conmigo no sé si funciona, porque no puedo olvidar que estamos hablando de la mujer que le rajó a Jaxon la cara de tal manera que le hizo una cicatriz ¡a un vampiro! De la mujer que lo apartó de Hudson sin ni siquiera mirar atrás mientras Hudson lloraba por su hermanito, al que amaba.

Y, sin embargo, ahí está, guiñando el ojo a la multitud. Sonriendo y dando las gracias a la gente por su nombre, e incluso haciendo un par de chistes solo para que el público la adore aún un poco más.

Es una dicotomía tan extraña que me recuerda a un cuadro de Andy Warhol. El artista usaba la misma imagen en cuatro colores diferentes, por lo general terciarios, porque la manera en que cada persona percibe el color depende directamente de su cerebro, y la función del cerebro es hacer que la percepción del color sea un hecho consciente. Cuando miro a esta mujer después de lo que vi ayer en el recuerdo de Hudson, me pregunto cuáles de sus tonos está percibiendo realmente mi cerebro... y cuál de todos ellos debería convertir en mi realidad.

Hasta que no encuentre la respuesta, creo que es mejor que permanezca lo más alejada posible de la reina. Supongo que no se llama Delilah (Dalila en inglés) por casualidad.

Al final termina de dar las gracias a todo el mundo habido y por haber, pero no me inclino (conteniendo el aliento y con los ojos bien alerta) hacia delante hasta que no empieza a hablar sobre el trofeo. «Que sea la piedra de sangre —le ruego al universo—. Por favor, por favor, que sea la piedra de sangre. No dejes que los padres hayan cambiado de idea.»

—Sé que el premio habitual para el torneo anual del Ludares del instituto Katmere es un trofeo y una pequeña cantidad monetaria a dividir entre los miembros del equipo vencedor. —Sonríe al público y parece disfrutar del

repentino entusiasmo que se forma en el auditorio—. Pero este año hemos pensado en hacer algo un poco diferente, algo más grande —espera a que cese el aplauso espontáneo—, ya que nosotros también tenemos un gran acontecimiento que celebrar. —Hace una pausa y se inclina hacia delante, como si estuviera a punto de revelar un secreto a sus súbditos leales favoritos. Se me hace un nudo en el estómago, en parte porque soy consciente de que yo debo de ser el «acontecimiento» al que se está refiriendo, y en parte porque me aterra ver lo ansioso que está todo el mundo por saber lo que tiene que decir—. Vosotros, claro está —prosigue con una amplísima sonrisa—, ya sabréis a qué acontecimiento me estoy refiriendo: ¡el descubrimiento de la primera gárgola en mil años! —Una vez más, mira a la multitud, y vuelvo a hundirme un poco más hacia abajo en mi asiento—. El Círculo y yo estamos encantados de dar la bienvenida a Grace Foster a nuestro mundo.

»Bienvenida, Grace. Quiero que sepas lo tremendamente emocionados que estamos en el Círculo de poder conocerte. —Levanta las manos pidiendo un aplauso, y el auditorio se lo concede, aunque mucho más carente de efusividad que antes. Cosa que me da igual, la verdad.

Una vez más, aguarda a que el ruido cese antes de continuar.

—Y ahora, hablemos del trofeo: la parte favorita de todo el mundo, incluida yo.

Abre la caja y saca una geoda grande de un color rojo oscuro tan intenso como la sangre que la formó. Reluce, no sé si por la luz que refleja en sus ángulos o desde el interior, pero es absolutamente increíble.

—Para el equipo que gane esta edición tan especial del torneo Ludares, ofrecemos esta hermosa y exclusiva piedra de sangre, donada por la distinguida familia Lord, que la recibió originalmente como un regalo de nuestra propia colección real personal.

El auditorio se vuelve loco, alumnos y profesorado aplauden y vitorean, celebrando su generosidad. A ella le encanta, claro, y al rey, que se acerca y le arrebata el micrófono.

Viéndolo desde aquí, percibo que es casi tan alto como Jaxon y Hudson, y supongo que igual de musculoso, aunque con el traje de tres piezas azul vivo que lleva es difícil de decir. Pero ahí es donde acaba toda similitud. Sí, Hudson ha heredado también sus ojos azules, pero, aunque son del mismo tono cobalto, no podrían ser más diferentes. Los de Hudson son cálidos y vivos, rebosan humor e inteligencia, incluso cuando está enfadado conmigo. Los de Cyrus son vivos también, pero están constantemente moviéndose, constantemente observando, constantemente ayudándole a calcular y ajustar.

Todo en él indica que es un *showman* , como su mujer. Pero a diferencia de Delilah, que se trabaja al público, él parece contentarse con empaparse de su adoración. Y, a diferencia de lo que me sucede con ella, no necesito pensar en quién es este hombre o en lo que quiere. Incluso sin recordar las imágenes que compartió Hudson conmigo anoche, sé que Cyrus es un narcisista de manual, alguien a quien no le importa nada más que su propio poder y prestigio. Alguien dispuesto a convertir a su propio hijo en el arma más poderosa que el mundo jamás haya visto si eso significa que puede usarlo para aumentar esa adoración.

Delilah me fascina, pese a que me niego a confiar en ella. Cyrus me repugna.

Me vuelvo hacia Hudson, preocupada por lo que pueda estar pensando o sintiendo. Pero, a juzgar por la emoción que muestra, cualquiera diría que está viendo la Teletienda y que están anunciando cacerolas o algo de la misma nula utilidad para un vampiro.

Vuelvo a mirar a Cyrus (que es como una cobra, porque es mejor no apartar la vista de él durante más de un segundo o dos) justo cuando se dispone a hablar. Pero, cuando lo hago,

acerco la mano al reposabrazos que separa nuestros asientos y la coloco al lado de la de Hudson, de manera que nuestros meñiques se rozan, tocándose pero sin tocarse.

—¡Qué premio tan maravilloso os tenemos preparado! — Se desplaza por el estrado como si fuera suyo, como si hubiese nacido para esto, y su acento británico dota de una sofisticación a sus palabras que sé que no merece. De repente, hace una pausa y pasa una mano delante de él como abarcando a todo el auditorio—. Como bien sabéis, una piedra de sangre es un objeto mágico muy poderoso e increíblemente raro. Pero quiero compartir con vosotros un secretillo. ¡Esta no es una piedra de sangre cualquiera! — Tiene el aliento colectivo contenido en la palma de su mano, y lo sabe. Incluso se atreve a guiñarle el ojo a Delilah antes de continuar—: Como ha comentado mi preciosa mujer, la reina Delilah, esta piedra de sangre en particular fue un regalo para los Lord de nuestra colección real personal. Y se trata realmente de un premio de un valor inconmensurable para nuestro equipo vencedor porque... —hace una pausa mientras todo el auditorio se arranca a aplaudir y vitorear de nuevo, con una amplia sonrisa que nunca flaquea en su atractivo rostro— porque esta piedra de sangre es, de hecho, la piedra de sangre más poderosa que jamás haya existido.

Se inclina hacia delante, y todo su gesto cambia cuando coge el micrófono con ambas manos, y su tono se torna sombrío:

—Como bien sabéis, perdimos a nuestro primogénito hace dieciséis meses. Hudson era muchas cosas; un joven desorientado, eso sin duda, pero también la alegría de su madre y mi vida. Y también era el vampiro más poderoso que jamás haya nacido.

Sonríe suavemente, como si estuviese recordando a Hudson con ternura. Pero yo he visto al auténtico Cyrus. Y ese Cyrus no está orgulloso de su hijo. Está orgulloso de haberlo creado.

—Todavía recuerdo la primera vez que usó su don para persuadir al personal de cocina de que me sirviesen Kool-Aid en lugar de mi sangre de la cena. —Suelta una carcajada y niega con la cabeza, como un padre amante que recuerda las travesuras de su hijo, y el auditorio ríe con él, tal y como esperaba.

Hudson, mientras tanto, está escalofriantemente quieto durante el discurso, y tengo la clara sensación de que Cyrus no está compartiendo la historia completa con su público.

—En su día no le hizo tanta gracia como quiere aparentar, ¿verdad? —me aventuro a adivinar.

Hudson suelta una risotada.

—*Desde luego. Prohibió que me alimentara durante un mes* .

Sofoco un grito y me quedo boquiabierta.

—¿Dejó que te murieras de hambre durante un mes?

No aparta ni por un instante la vista de su padre.

—*No es para tanto. Somos inmortales, así que no es que me fuese a morir ni nada por el estilo. Pero no es algo muy cómodo* .

Sin pensarlo, coloco mi mano sobre la suya, pero esta vez se encoge y la aparta. Lo veo cruzarse de brazos, como si lo de abrirse fuese demasiado ahora mismo.

Y no me sorprende. Su padre es lo más parecido a un monstruo que puedo imaginar.

Cyrus, mientras tanto, lo está pasando en grande y continúa:

—Cuando Hudson nació, todos supimos que era especial. De modo que hicimos guardar su sangre en una piedra de sangre para toda la eternidad. ¡Y es justo esa piedra la que los Lord han donado para el torneo de este año!

Hace una pausa, levanta las manos y espera a que el público estalle. Una parte lo hace, aclama y silba tras escuchar sus palabras. Otros, en cambio, se hunden en sus asientos e intentan parecer invisibles, como si les aterrase atraer su atención o la de su hijo muerto. Espero que eso lo

cabree, pero Cyrus se detiene, se incorpora de nuevo para mostrar toda su estatura y se deleita tanto en la adoración como en el terror que provoca. No parece importarle cuál sea la atención que reciba, siempre y cuando sea mucha.

Creo que es lo más extraño y horrible que he visto jamás.

—¿Qué mejor manera de celebrar este magnífico torneo? —continúa Cyrus—. Y también, por supuesto, de dar la bienvenida al nuevo miembro de nuestra comunidad paranormal: la primera gárgola nacida en más de un milenio. Compañera de mi hijo, sobrina de nuestro fantástico director. ¡Qué afortunados somos de poder estar aquí para ser testigos de semejante milagro! Estoy deseando conocer a la joven Grace.

Si antes Hudson estaba totalmente quieto, ahora las palabras de su padre han provocado una reacción violenta en él, y todo en su ser se eriza para rechazar lo dicho, sobre todo cuando la gente empieza a volverse buscándome.

—*Agáchate, Grace* —me silba entre dientes—. *Cúbrete la cara con la toga. No quiero que te vea* .

—Si hago eso, voy a llamar más la atención aún que ahora —le digo—. Relájate. La asamblea está a punto de acabar.

En el estrado, Cyrus presenta a Nuri y a Aiden Montgomery, una pareja interracial que, para mi sorpresa, resultan ser los padres de Flint. A continuación viene el turno de la bruja Imogen y el brujo Linden Choi, seguidos de las lobas Angela y Willow Martinez.

Me quedo observando a las ocho personas y caigo en la cuenta por primera vez de que todas están con su compañero o compañera.

—Había olvidado lo de que solo las parejas de compañeros podían entrar en el Círculo —le susurro a Hudson—. ¿Es una ley? No me acuerdo.

—Más o menos —responde completamente disgustado—. No hace falta tener un compañero para pertenecer al Consejo, pero hay que pasar una prueba que es imposible

pasar estando solo. Y puesto que la única persona que puede ayudarte a pasarla es tu compañero...

—Al final el Círculo se compone de parejas unidas por el vínculo.

—Exacto. Y si entras como pareja y tu compañero muere, permaneces en él un año más hasta que una nueva pareja de compañeros pueda competir por ocupar vuestro lugar.

Tengo más preguntas que hacerle, pero Cyrus está despidiendo la asamblea ya, y Hudson me insta a que nos larguemos de aquí. Sigo pensando que exagera, al menos hasta que añade:

—Gracias a todos por haber venido. Que tengáis un buen día. Y, Grace Foster, si no te importa, ¿puedes acercarte unos minutos al estrado? ¡Estamos realmente ansiosos por conocerte!

Hudson maldice y yo me quedo helada, y ninguna de las dos cosas ayuda mucho a lidiar con el hecho de que el rey acaba de ordenarme básicamente que acuda al estrado.

—¿Qué hago? —le pregunto a Hudson cuando reacciono por fin.

—*Levántate, sal de aquí y no mires atrás* —me dice.

—¿Estás seguro? —pregunto, pero sigo sus instrucciones y me fundo entre las filas de alumnos que se dirigen a la salida.

—*Y tan seguro* —responde—. *Un auditorio vacío cuando todos los demás están en clase no es el mejor lugar para enfrentarse a mi padre. Venga, vete, vete, vete* .

Hago lo que me pide y me dirijo en línea recta hacia una de las puertas del auditorio. Justo antes de llegar a ella, me doy la vuelta para ver qué está haciendo Cyrus y qué piensa hacer si no me presento.

Es un mal movimiento por mi parte porque, en el instante en que me vuelvo, nuestras miradas colisionan y por su gesto sé que sabe que soy yo y que le estoy desobedeciendo deliberadamente.

Espero que monte en cólera, que me ordene que baje. Pero tan solo inclina la cabeza como diciendo: «Bien, como quieras», un gesto que me hiela la sangre. Porque no es aceptación lo que veo en sus ojos. Es artería, combinada con enormes cantidades de estrategia.

Por primera vez creo que puede que Hudson tenga razón. Tal vez no tenga ni idea de a quién o a qué me estoy enfrentando.

73

Vive y deja amar

Me paso los siguientes dos días yendo a clase, evitando a los reyes vampiros, entrenando con el equipo para el torneo e intentando sacar pequeños momentos para estar con Jaxon, que está tan asustado de que conozca a sus padres como Hudson, sobre todo porque no quiere que tenga absolutamente ningún contacto con su madre.

He de admitir que el hecho de que ambos hermanos estén tan traumatizados cada uno con uno de sus progenitores también me asusta un poco. ¿Qué clase de monstruos son esta gente (aparte de la respuesta evidente) que sus dos hijos, que supuestamente son los más malotes del lugar, los consideran, si no el diablo, sí sus subalternos más próximos?

Hasta ahora Jaxon ha estado evitando a sus padres alegando que tenía que entrenar muchísimas horas para el Ludares (cosa que no se aleja demasiado de la realidad), pero esa excusa es finita, y no sé qué va a pasar cuando termine el torneo.

Cuando el miércoles, el día en que se celebra, amanece claro y hermoso, no puedo evitar sentir un frío polar en el aire. Esto no importará en el estadio, ya que se trata de bóveda climatizada, pero aun así tengo la sensación de que

el mundo me está advirtiendo de que es mejor que hoy no me levante de la cama.

Me despierto temprano, demasiado nerviosa por ganar el juego y la piedra como para dormir demasiado, aunque Macy y Jaxon no parecen tener ningún problema. No tenemos que estar en el estadio hasta las diez, pero sé que si me quedo en esta habitación durante las próximas tres horas viendo a mi prima dormir mientras yo me obsesiono con el torneo, acabaré subiéndome por las paredes.

Ni siquiera Hudson está por aquí para distraerme. Antes me ha dicho que tenía algo que hacer y que estaría ausente un par de horas, pero que volvería a tiempo para el torneo. Le he preguntado cómo era posible que se fuera a ninguna parte si estaba encerrado en mi cabeza, pero no he obtenido respuesta porque ya no estaba. Cosa que no me preocupa nada, qué va...

De modo que, después de ponerme varias capas de ropa encima y de dejarle una nota a Macy (no quería mandarle un mensaje por si la despertaba), cojo un yogur y un par de barritas de muesli y me dirijo al estadio.

No sé qué pretendo hacer allí, aparte de entrenar un poco más mi vuelo y darme una vuelta por el campo para ver lo que se siente. Supongo que estaré sola durante al menos una hora o así, pero, en cuanto atravieso una de las ornamentadas entradas (y los sinuosos pasadizos que llevan a las gradas), veo que no era más que una quimera. Hay jugadores por toda la inmensidad del campo. No cientos ni nada por el estilo, pero habrá al menos diez o quince, y uno de ellos es Flint.

Supongo que no soy la única de mi equipo «emocionada-barra-de los nervios» por lo de hoy.

Está de espaldas a mí, pero reconocería ese pelo afro y esos hombros anchos en cualquier parte. Además, ya lleva puesta la camiseta multicolor que Macy pidió para que pudiéramos ir todos uniformados. No sé mucho sobre los equipos contra los que vamos a competir, pero estoy segura

de que ninguno llevará una camiseta como la nuestra, con sus llamativos colores caleidoscópicos, como una de mis obras favoritas de Kandinski.

Me adentro en el estadio, maravillada con lo alucinante que está todo ya. Como todo en el Katmere, tiene un aire claramente gótico: piedra negra, arcos ojivales, detallados relieves tallados en piedra…, pero el diseño del estadio en sí es como el Coliseo romano. Tres alturas, con gradas de anfiteatro en forma de abanico, con tribunas Vip en la parte superior y un montón de fantásticos e imponentes pasadizos. Es el estadio de instituto más intimidante e impresionante que jamás haya visto.

Y ya está decorado para el juego. Intercalados entre las habituales banderas del instituto Katmere se encuentran los banderines de los distintos equipos que van a competir.

Cuando Macy comentó lo de la bandera de nuestro equipo, pensaba que eran cosas de mi prima, con su espíritu fanático y entusiasta. Pero ahora que veo nuestras banderas en toda su colorida gloria entre las de los demás equipos, más oscuras y aburridas, por todo el estadio, no puedo evitar sentirme impresionada por su capacidad para estar en todo.

Si hubiese dependido del resto de nosotros, mucho me temo que ni siquiera tendríamos bandera, y Macy se ha asegurado de que haya cientos de ellas. Y, aunque probablemente sea una estupidez, verlas por todas partes consigue justo aquello para lo que están diseñadas: me emociona y hace que me siente aún más orgullosa de jugar con mi equipo.

Y también hace que piense que tal vez, solo tal vez, es posible que ganemos de verdad.

Decidida a bajar hasta el campo ovalado para calentar y practicar un poco, avanzo por los pasillos hasta que llego a la entrada que está más cerca de Flint, que sigue estirando, así que quizá podamos calentar juntos.

Pienso en darle un susto, pero cuando estoy a apenas tres metros de él, se vuelve con una amplia sonrisa y me dice:

—¡Hombre, hola!

—Es imposible sorprender a un dragón, ¿eh?

—De ahí el dicho de «orejas de dragón» —me explica.

—Eso no es ningún dicho —respondo confundida.

—¿No? Pues debería. —Sonríe levemente y coge un vaso de acero inoxidable del banco más cercano y se lo bebe de un trago—. ¿Qué haces aquí tan pronto? —pregunta.

—Probablemente lo mismo que tú.

—¿Exorcizar demonios? —pregunta enarcando una ceja.

—No, tonto. Practicar un poco más —contesto riéndome.

Espero que se ría conmigo, pero no lo hace, y entonces me doy cuenta de que su último comentario no iba en broma.

—Oye. —Le pongo la mano en el hombro—. ¿Estás bien?

—Sí, genial. —Pero esta vez su característica sonrisa no le alcanza los ojos. Al notar que sigo mirándolo preocupada, se encoge de hombros.

—¿Qué pasa? —Dejo la bolsa de deporte en el suelo, me siento en el campo y le indico que haga lo mismo—. ¿Estás nervioso por el juego? —Ni siquiera sé cómo procesar que Flint pueda estar preocupado; es el optimismo personificado. «Ay, no.» Si Flint está teniendo dudas... Casi me atraganto con mis siguientes palabras—: Si tú estás nervioso... tiene que ser porque piensas que todos vamos a morir de alguna muerte espantosa hoy, ¿verdad? —Noto las burbujas del pánico empezando a elevarse en mi estómago —. ¿Cómo se me ocurrió pensar que conmigo podríamos ganar? Llevo... ¿cuánto? ¿Seis segundos siendo gárgola? Soy como una carga que pende del cuello de los miembros del equipo. —El pánico me obliga a dispararle preguntas a Flint sin parar como una metralleta—. ¿Puedo dejar el equipo? ¿Os penalizarán si me tiro por las escaleras y me rompo una pierna? ¿Hay alguien que pueda sustituirme con tan poca antelación?

Me agarra de los hombros, pero ni siquiera me doy cuenta.

—Grace...

—Si el equipo tiene solo siete jugadores, ¿ajustarán las restricciones mágicas? ¿Puede Jaxon usar un poco más su fuerza si yo no juego?

—Grace...

—¿Y si me entra una alergia repentina al marisc...?

—¡Grace! —La voz de Flint por fin capta mi atención, y dejo de hablar y lo miro perpleja—. He conocido a alguien.

De todas las cosas que pensaba que iba a decir, esta no entraba ni en las veinte primeras de la lista. Trago saliva.

—Entonces ¿no te preocupa que yo sea un ancla destinada a hundir al equipo conmigo?

Se ríe.

—Ni por asomo.

Vale. Entonces ¿a qué viene esta actitud tan taciturna?

—Eh..., pero es genial que hayas conocido a alguien, ¿no?

—Sí. —Aparta la vista y vuelve a colocar las manos sobre su regazo.

—Y ¿cómo se llama la chica? —pregunto intentando animarlo a hablar. Está claro que necesita sacarse algo del pecho, pero no sé el qué—. Bueno, no tienes por qué decírmelo si no quieres...

Me quedo callada cuando, de repente, suelta una carcajada, porque es un sonido grave y doloroso.

—Soy gay, Grace. Pensaba que a estas alturas ya te habrías dado cuenta.

—¡Ah!

Ahora que lo dice en voz alta, me siento como una amiga horrible. Pienso en todas esas veces en las que una chica se ha acercado a él (incluida Macy, la pobre) y él nunca ha mostrado ningún interés. ¿En serio estaba tan centrada en mi propia vida que nunca me he parado a hablar con Flint sobre él?

Por no hablar de que, sí, Jaxon se pone celoso a veces cuando estoy con Flint, pero siempre me ha parecido

absurdo. No hay ninguna química entre nosotros en absoluto, ni siquiera cuando me tiró los trastos en la biblioteca aquel día. Había algo raro en ello. Como si algo no encajase. Como si se estuviese esforzando demasiado.

No me di cuenta porque solo veía lo que quería ver y, al parecer, eso es lo que hace todo el mundo por aquí. Sí, soy lo peor.

Pero eso ya no importa. Ahora lo único que importa es que Flint me está mirando, esperando alguna especie de reacción por mi parte, y no puedo cagarla.

—¡Eso es estupendo! —exclamo, y me abalanzo sobre él y lo envuelvo en un inmenso abrazo.

Me rodea la cintura, pero en realidad no me devuelve el abrazo.

—¿Estupendo? —repite confuso.

—Pues ¡claro! ¿Por qué no iba a serlo? —Me aparto y lo miro de arriba abajo—. Pero ¿tú te has visto? ¿Cómo no va a haber algún chico interesado en estar contigo? Eres listo, guapo, divertido... Lo tienes todo.

Se echa a reír, pero tiene los ojos llenos de lágrimas, y se me parte el alma.

—Ay, Flint. No llores. No tienes por qué. Ser gay no tiene nada de malo. Lo sabes, ¿verdad? Tú eres quien eres, y quieres a quien quieres. Además, al Círculo no le vendría nada mal contar con una pareja de dragones gais, ¿no te parece? Para hacerle la competencia a ese par de lobas.

—Joder, Grace. —Se seca las lágrimas y me abraza también, esta vez de verdad. Cuando ambos estamos saciados de abrazos, se aparta de nuevo—. Supongo que cuando empecemos a salir todo el mundo se va a enterar. Pero eres a la primera persona a la que se lo cuento, y no esperaba esta reacción.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Qué tiene de raro que espere que pongas en evidencia a cualquier lobo en cualquier sentido? Todos los que he conocido hasta ahora, a

excepción de Xavier, son unos gilipollas. ¡Machácalas con tu genialidad!

Ahora se está riendo con ganas, que es justo lo que esperaba.

—Te quiero, Grace. —Se ríe de nuevo al ver que enarco una ceja—. No de esa manera.

—Es una noticia estupenda. Y has conocido a alguien. —Niego con la cabeza—. Tengo que admitir que no veo cuál es el problema. ¡Estoy deseando conocer a tu compañero!

Suspira, como si estuviese intentando quitarse el peso del mundo de encima.

—Durante casi toda mi vida he estado enamorado del mismo chico. Pero él no estaba disponible a nivel emocional. Y, en fin. —Se ríe, pero sus palabras carecen de humor—. Ahora no está disponible de ninguna de las maneras definitivamente.

Empiezo a ver por dónde va esto.

—Así que has renunciado a él, ¿no?

—Sí —dice—. Ya va siendo hora. Siempre pensé que si en algún momento llegaba a bajar la guardia, la magia podría colarse por alguna grieta y tal vez vería que estábamos destinados a ser compañeros. Es que sentía en los huesos que él era mi compañero. —Flint niega con la cabeza—. Qué equivocado estaba.

Me siento fatal por él, pero también tengo curiosidad por cómo funciona esto del vínculo mágico, ya que yo misma soy una feliz víctima.

—No lo entiendo. ¿El vínculo no siempre empareja a almas gemelas?

Se encoge de hombros.

—Nadie sabe cómo funciona exactamente, pero sabemos que es «consciente», a falta de otra palabra mejor. No empareja a gente que aún es demasiado pequeña, por ejemplo, ni a parejas del mismo sexo antes de que sean conscientes de su propia sexualidad. O si nunca llegas a conocer a la otra persona. De hecho, el vínculo solo se

activa, por decirlo de alguna manera, cuando tocas a tu compañero. —Me pone una sonrisa picarona—. Pero, bueno, la buena noticia es que la magia también te permite tener a más de un compañero a lo largo de toda tu vida. Y a veces incluso se forma entre más de dos personas.

Menea las cejas arriba y abajo tras decir esto último y me echo a reír.

—Eso le da un nuevo sentido a la expresión *cuantos más mejor* , ¿eh?

Por fin consigo que la sonrisa de Flint le alcance los ojos.

—Desde luego.

—Entonces... ¿vas a abrirte a que la magia te encuentre otro compañero? —Apoyo la mano en su brazo—. Creo que es una idea excelente, Flint.

—Bueno, como te decía, he conocido a un chico estupendo al que parece que le gusto también, y se merece algo mejor que un dragón enamorado de alguien que nunca lo va a ver de esa manera. Pero, en fin, es difícil. Tengo la sensación de que siempre voy a estar dividido en dos. El chico que quiso a esta persona durante la mayor parte de su vida, y esta nueva persona. Incluso aunque no me correspondía, era una constante, ¿entiendes? Era mi constante.

La voz de Flint se quiebra y sus bonitos ojos se inundan de lágrimas de nuevo. Su corazón roto es como una herida abierta y desgarrada, y quiero ir a buscar a ese capullo que no ha querido ver lo maravilloso que es Flint y partirle la cara. Dos veces. Pero en vez de eso hago lo único que puedo hacer: deslizo de nuevo los brazos por su cintura y le doy otro abrazo.

—Ese no te merece.

Él me abraza también.

—Probablemente no.

—Yo que tú me centraba en la persona que sí es capaz de apreciar lo mucho que vales, y si tú lo quieres con todo tu corazón, nada puede salir mal. —Lo estrecho con fuerza de nuevo.

—Perdona —dice secándose los ojos como diciendo: «No estoy llorando, es que se me ha metido algo en el ojo»—. No pretendía hablar de esto ahora. Tenemos el torneo... Pero es que me ha preguntado si podía venir a vernos y a animarnos, a animarme, y, bueno, eso. Necesitaba quitarme algo de peso de encima.

Se calla, y su mirada se centra en algo que está al otro lado del campo. Y antes de darme la vuelta, ya sé lo que voy a ver.

Es Jaxon, claro. Que se aproxima con el resto del equipo, todos vestidos con las alegres camisetas de colores que ahora me parecen algo fuera de lugar.

Supongo que será mejor que me aparte del dragón sexy antes de que Jaxon se ponga celoso, y miro a Flint para compartir la broma, pero no me está mirando a mí.

Y, de repente, me percato de todo lo que estaba empeñada en no ver antes.

Segundos después, cuando Flint se pone de nuevo su sonrisa bobalicona, me pregunto cómo es posible que haya tardado tanto tiempo en darme cuenta de tres hechos muy importantes: uno, que Flint utiliza esa sonrisa a modo de escudo; dos, que solo deja que sus auténticos sentimientos atraviesen ese escudo cuando ya no puede contenerlos más, como, por ejemplo, cuando cierta persona anda cerca, y tres... (me trago el nudo que se me forma en la garganta y siento un repentino dolor en el pecho)... y tres, el chico que ya no está disponible de ninguna de las maneras y al que va a renunciar, el chico al que tanto tiempo lleva esperando, es Jaxon.

74

Un March Madness totalmente diferente

Mi reciente descubrimiento reverbera en mi cerebro como un gong al que han golpeado con demasiada fuerza cuando me acerco a Jaxon con una sonrisa falsa en la cara. Estoy centrada en él y en todo lo que acabo de averiguar, pero el creciente jaleo en el estadio me hace darme cuenta de que, mientras hablaba con Flint, la arena se ha llenado. Aún no es hora de que comience el torneo, pero los equipos están calentando y preparándose.

—Funciona igual que el torneo de baloncesto March Madness humano —me dice Jaxon mientras hacemos cola para registrar nuestra llegada—. Pero a una escala menor. Empezamos con dieciséis equipos que se organizan aleatoriamente para competir, y los ganadores de esos partidos pasan a jugar con otro equipo ganador, y vamos haciéndolo así hasta que ganamos o nos eliminan. Lo que significa...

—Que si queremos conseguir la piedra de sangre, tenemos que ganar cuatro partidos hoy.

Termino la frase por él, aunque solo lo escucho a medias. La mayor parte de mi cerebro sigue centrado en Flint y en cómo mi existencia le está rompiendo el corazón en mil pedazos. Y eso me mata. Hace que me sienta impotente de un modo que me desgarra por dentro. Y tener que ocultarle lo que sé a Jaxon, de alguna manera me hace sentir peor todavía. Sobre todo cuando me sonríe.

—Exacto. Fácil, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco e intento centrarme en él con el único motivo de proporcionarle a Flint una capa extra de protección para sus sentimientos.

—Facilísimo.

—Sí, claro...

—Para nada —respondo con el estómago revuelto de los nervios. Por el juego, por Flint, por todo lo que he descubierto y por todo aquello que todavía desconozco.

Jaxon se ríe y me abraza, pero eso no calma mis nervios. De hecho, solo los aviva, porque veo a Flint mirarme con el rabillo del ojo. Pero cuando intento captar su atención o sonreírle, agacha la cabeza o finge estar mirando hacia otra parte.

Al final dejo de intentarlo, pero cuando Jaxon se pone a hablar con Mekhi y Luca, que está en el equipo de detrás de nosotros, le choco el hombro a Flint. Al principio parece sobresaltado, pero al final sonríe y me devuelve el gesto con la misma suavidad.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Muy bien —responde y, puesto que no lleva puesta la sonrisa, sino que tiene el aspecto más sincero que le he visto jamás, decido creerlo. O al menos no seguir metiendo el dedo en lo que supongo que es un tema que le resulta tremendamente doloroso.

Cuando por fin llega nuestro turno, veo que es el tío Finn el que lleva los registros. Nos recibe con una gran sonrisa y nos entrega a cada uno de nosotros una pulsera de plástico que nos colocamos en la muñeca de inmediato. Macy me

explicó anoche que estas pulseras están encantadas para evitar lesiones graves durante el partido, ya que la cosa suele ponerse bastante violenta, así que tiro de la mía un par de veces para asegurarme de que no voy a perderla durante el torneo.

El tío Finn nos desea mucha suerte. Es lo mismo que les dice a todos los equipos, pero creo que es bastante evidente que somos sus favoritos, sobre todo cuando Macy le planta unas pegatinas de estrellas de colorines en el centro de ambas mejillas.

Después de registrarnos, Jaxon le entrega una caja negra a Flint y dice:

—Tienen que sacar el número los capitanes de los equipos.

—En nuestro equipo no hay ningún capitán —empieza Flint, pero Jaxon lo mira como si le hubiesen salido dos cabezas.

—Tío, eres tú —dice, y le da una palmada en la espalda—. Tú eres el capitán del equipo. Venga, saca el número.

Flint traga saliva ante las palabras (o las acciones, no lo tengo claro) de Jaxon. Después, asiente y mete la mano en la caja. Saca una pelotita redonda con el número once escrito en ella.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

Jaxon señala una enorme pizarra blanca que flota libremente en la banda, justo en el centro del campo.

—Significa que jugamos primero contra el equipo cuatro —responde con una enorme sonrisa mientras señala un equipo en el que todos sus miembros van uniformados con una camiseta negra.

—Es el equipo de Liam y Rafael —dice Mekhi por detrás de nosotros—. Va a ser divertido patearles el culo.

Liam y Rafael nos devuelven la mirada y niegan con la cabeza.

—¡Vas a morder el polvo, Vega! —grita Liam.

—Uy, qué miedo —responde Jaxon—. ¿Ves cómo tiemblo?

—*Niñatos* —dice Hudson—. *Son todos unos críos* . —Pero está sonriendo casi tanto como su hermano.

—Necesitas una pegatina de estrella —le digo—. Para animar.

—*¿Te refieres a una de estas?* —Gira la cabeza y veo que ya tiene una en la mejilla derecha, cosa que no me esperaba para nada.

—Te queda bien —le digo.

—*A mí todo me queda bien* —responde, pero el brillo en sus ojos convierte el comentario en una broma.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —pregunto al grupo en general.

—Pues buscar un sitio con sombra en la tribuna, ponernos cómodos y disfrutar de la acción —responde Eden—. Jugaremos los cuartos, y estoy deseando ver cómo les patean el culo a unos cuantos participantes en el campo.

—Y con eso quiere decir que está deseando patearles el culo ella misma —traduce Xavier mientras la seguimos.

—Ya. —Me río—. Lo he pillado.

Sonríe y hace como que intercambia golpes de puño conmigo antes de correr delante del grupo para ir al lado de Flint... y de Macy.

Una vez sentados, saco de la bolsa una barrita de muesli; necesito energía, pese a que tengo mil nudos en el estómago en estos momentos, pero Macy me detiene.

—Pasarán ofreciendo cosas mejores en unos minutos.

No sé a qué se refiere, hasta que veo a varias de las brujas de la cocina que van por todo el campo con unos enormes cestos delante, como los que llevan los vendedores en los partidos de fútbol, pero mucho más pequeños.

—¿Perritos calientes? —pregunto algo sorprendida, porque me extrañaría mucho ver algo así en medio de Alaska.

Macy se ríe.

—No, mujer.

Tarda algunos minutos, pero al final una de las brujas llega hasta nosotros. Resulta que está vendiendo *funnel cakes* , una especie de masa frita, con la forma del escudo del instituto Katmere. Están repletos de fresas y nata montada, y tienen un aspecto absolutamente delicioso.

Flint pide unos quince para el grupo. Pienso que solo va a entregarnos nuestro pedido, pero la mujer empieza a sacar y a sacar montones de ellos, calentitos, recién hechos y hasta arriba de fresas.

La siguiente persona que pasa vende limonada fresca, y Xavier pide varios litros mientras nos preparamos para ver el primer partido.

Cyrus, ataviado con un traje confeccionado a medida de tres piezas de raya diplomática, con el pelo recogido en una coletita baja y con un anillo con una piedra de sangre engarzada que reluce bajo las luces del estadio, se dirige con paso tranquilo al centro del campo con un micrófono en la mano. Una vez allí, extiende los brazos a los lados y nos da a todos la bienvenida al torneo anual Ludares. Acto seguido, procede a enumerar las reglas «para todo aquel que necesite un recordatorio».

Todo jugador debe estar en posesión del cometa (una pelota de unos quince centímetros de diámetro que vibra dolorosamente y que se va calentando cuanto más tiempo la posee el jugador) al menos una vez en cada partido.

Se han aplicado «obstáculos» mágicos de manera que, sí, un jugador puede ser más rápido que otro, o puede transformarlo incluso en una tortuga (todo el mundo se ríe ante este chiste), pero ningún hechizo ni estallido de velocidad o fuerza sobrenatural durará más de diez segundos.

La única excepción es el vuelo, que puede durar hasta veinte segundos. De modo que está claro que un equipo que cuente con buenos voladores tiene una ligera ventaja. Miro a Flint y chocamos el puño.

Una vez agotadas, todas las habilidades volverán a recargarse cada treinta segundos. De esto deduzco que calcular bien cuándo debes usar la velocidad, la fuerza, el vuelo o la que quiera que sea tu habilidad para poder disponer de ella cuando la necesitas requiere mucha estrategia, y suerte.

Todo el mundo ha recibido una pulsera mágica para evitar sufrir lesiones graves. El fuego o el hielo de dragón, las mordeduras de vampiros, las mordeduras y los arañazos de los lobos e incluso los hechizos de las brujas seguirán siendo muy dolorosos, pero no provocarán daños reales.

Y, por supuesto, si un jugador se encuentra en peligro de muerte deberá ser transportado mágicamente a la banda y ya no podrá seguir participando en ese partido.

Pese a las reglas, el juego en sí es bastante sencillo. Atravesar la línea de meta con el cometa antes de que lo haga el equipo oponente, sin romper las reglas.

Cyrus termina de enumerar las normas y se pone a hablar un rato sobre la cooperación entre especies, como si él mismo hubiese inventado el juego. Su perorata resulta más interesante con los comentarios sarcásticos de Hudson sobre que al hombre le gusta el sonido de su propia voz más que a nadie en todo el estadio. Está sentado justo detrás de mí. Se encuentra solo en toda la fila, y sé que eso le gusta. Incluso antes de que se estire en el banco, con las gafas de sol puestas, y se ponga a criticar a su padre.

Sus insultos son tan ocurrentes que me da un poco de pena ser la única que puede disfrutar de ellos. Aunque, bueno, estoy segura de que expulsarían a nuestro equipo del torneo si alguien se enterase de que ha llamado al rey «bobo insensible», así que...

Al final, Cyrus llama a los dos primeros equipos y tiene problemas con las presentaciones conforme los jugadores van entrando en el campo, porque no se ha molestado en averiguar cómo se pronuncian sus nombres. Es la cosa académica más arrogante y también la más normal que he

visto en todo el tiempo que llevo aquí. Bueno, aparte de lo de mi tío toqueteando el sistema de sonido para intentar hacerlo funcionar.

Una vez hechas las presentaciones (decido que voy con el equipo dos, porque Luca y Byron están en él), Cyrus abre una urna transparente que lleva en el centro del campo desde que he llegado esta mañana.

Después anuncia por el micrófono que Nuri, la madre de Flint, será la encargada del salto entre dos, y todos tenemos que esperar a que la mujer acuda desde la banda. Sonrío al ver que va vestida de un modo mucho más informal que el rey, con un par de vaqueros y un jersey negro de cuello alto, cosa que hace parecer a Cyrus aún más gilipollas, aunque tampoco es que necesite mucha ayuda en ese sentido.

Cyrus se acerca a la caja con un ademán ostentoso, pero no intenta coger el cometa. Es Nuri quien se inclina y saca el objeto negro y morado, y he de decir que parece mucho más interesante de lo que había anticipado. Se trata de una brillante bola negra dentro de una especie de malla de metal morado. La mujer la sostiene delante de ella y todo el estadio grita y vitorea hasta que todo el lugar parece estar vibrando de emoción.

El campo de juego está desprovisto de marcas, a excepción de una pequeña caja colocada directamente en el centro del césped y dos líneas moradas, una a cada lado de la caja, a unos tres metros de ella, que se extienden por toda la longitud vertical del campo.

Cuanto más tiempo sostiene el cometa, más fuerte aclama el personal. Esto dura al menos dos minutos. Después, se acerca a la caja que está en el centro del campo y se sube a la plataforma elevada con el cometa aún en la mano. Creo sinceramente que la multitud no puede gritar más.

Pero, cuando levanta el balón, que ahora ha pasado a ser de un rojo intenso, hacia los espectadores como si se lo estuviese ofreciendo, mirando a un lado y otro de la arena, desafiando a cada uno de los presentes, los gritos se

vuelven ensordecedores. Los alumnos golpean el suelo con los pies además de chillar, y tengo el convencimiento de que el estadio se va a colapsar a nuestro alrededor. Es algo impresionante y emocionante, y me duele la cara de tanto sonreír. No tardo mucho en unirme al jaleo, pero he de admitir que no tengo ni idea de por qué están tan entusiasmados. ¿Tal vez sea una tradición? Hudson se ríe en mi cabeza, donde puedo oírlo por encima de la multitud.

—¿Se te ha olvidado que el cometa aumenta de temperatura y vibra a velocidades insoportables cuanto más tiempo lo sostienes?

Abro los ojos como platos.

—Aaaaaah .

Lo tiene en las manos desde hace ya cinco minutos. Jaxon me ha dicho que el tiempo máximo que él ha podido sostenerlo han sido dos minutos antes de que el dolor se volviera insoportable.

«Cinco minutos...»

—La madre de Flint da un miedo de la hostia . —Hudson parece estar tan fascinado como yo.

Miro un momento a Flint y veo que está henchido de orgullo.

Cuando por fin Nuri parece satisfecha, levanta el cometa por encima de su cabeza. Entonces todo se queda en un absoluto silencio.

Los equipos están alineados a lo largo de ambas líneas, y veo que Rafael está directamente en el centro de la suya, al lado de una chica negra bajita llamada Kali a la que nunca he conocido pero que estoy bastante segura de que es una bruja. Al otro lado hay dos brujos: Cam, el ex de Macy, y James, el amigo al que se le iban los ojos (otro motivo por el que no voy con este equipo).

—Los dos que están en el centro de cada equipo son los que van a por el balón —me explica Hudson en voz baja. Ahora que su padre ha acabado de hablar, está inclinado

hacia delante, con los codos en las rodillas, para poder hablar conmigo.

—*¿Corren a por él?* —pregunto, porque esto es algo que no hemos practicado, y de lo que ni siquiera hemos hablado.

—*No exactamente* —responde Hudson, y me señala el campo con la barbilla—. *Mira y verás.*

Y eso hago, con los ojos bien abiertos. Cuando suena el silbato, Nuri lanza el balón hacia arriba con todas sus fuerzas de dragona. Este sale despedido y se eleva y se eleva casi hasta el techo de la bóveda, y nadie va a por él. Nadie intenta tocarlo en absoluto. Pero en cuanto empieza a descender... comienza la acción.

Rafael emplea toda su fuerza vampírica para saltar directo a por el esférico, mientras que Kali lanza llamas con las puntas de los dedos hacia donde da por hecho que estarán James y Cam. Pero estos también tienen su propio truco bajo la manga, y ya se encuentran por debajo del radio de su ataque. Mientras tanto, James envía un fuerte ciclón de agua en dirección a Kali y Rafael, mientras Cam usa un hechizo de viento para hacer que la pelota caiga a varios metros de donde tendría que haber caído.

Es lo más increíble que he visto en mi vida, el resultado del uso de los distintos poderes aquí y allá mientras los cuatro jugadores luchan por controlar el balón. Es como un millón de veces más emocionante que el salto entre dos que da comienzo a los partidos de baloncesto. No me puedo ni imaginar cómo se pondrían los estadios de la NBA si en esos partidos se diese esta clase de acción. Probablemente igual que este, donde los alumnos gritan y golpean el suelo con el pie llenos de emoción.

Rafael falla a causa del viento de Cam y pierde el balón, que cae directamente hacia James. Este último salta, preparado para alcanzarlo, pero Kali interviene con su propio hechizo de viento y se lo arrebata en el último segundo. Después se lo lanza a una de las otras chicas del equipo, que lo recibe.

Y empieza el juego.

La chica corre durante unos diez segundos y después desaparece.

—¿Adónde ha ido? —pregunto, y me inclino hacia delante, buscándola por el campo, como el resto de los presentes en la arena.

—*Mira y verás* —repite Hudson, cosa que no ayuda nada.

Me vuelvo hacia Jaxon, pero está gritando para animar a sus amigos.

Segundos más tarde, la chica vuelve a aparecer, justo en el extremo opuesto al que tendría que estar para ganar.

—Lo de los portales es una auténtica putada —dice Xavier negando con la cabeza—. Encima no tiene a ningún miembro de su equipo cerc...

Deja la frase a medias cuando ve que Luca se desvanece y aparece junto a ella en un abrir y cerrar de ojos. La chica le lanza el cometa, y él vuelve a desvanecerse hasta el otro extremo del campo. Pero uno de los dragones del equipo de Cam lo está esperando y, en cuanto se acerca, le lanza una bocanada de fuego que lo obliga a hacerse a un lado para sortearla..., con la mala suerte de que cae en otro portal.

Esta vez aparece varios segundos después en el centro del campo, con el balón al rojo vivo. Se lo lanza a toda prisa a Rafael, que salta para cogerlo, pero falla cuando uno de los lobos lo intercepta y sale disparado hacia el otro extremo del campo.

—¡Esto es increíble! —chillo para que me oigan por encima del griterío, y todos los miembros de mi equipo me sonríen.

—*Pues todavía no has visto nada* —dice Hudson—. *Esto es solo el principio* .

—¿Qué significa eso? —pregunto, justo antes de que Rafael y un vampiro del otro equipo se desvanezcan directamente hacia el otro.

Chocan con un estruendoso golpe que resuena por todo el estadio, y se enredan en una maraña de extremidades y

colmillos. Rafael aparece segundos después con el balón y desaparece por otro portal.

El partido continúa durante los siguientes veinte minutos, hasta que Kali por fin cruza la línea de meta con el balón al rojo vivo en la mano.

La multitud se vuelve loca, y yo me desplomo en mi asiento, agotada de tanta adrenalina.

—Ha sido la cosa más intensa que he visto en mi vida —le digo a Jaxon, que me sonríe.

—Espera y verás —contesta, y se inclina hacia delante para darme un beso en los labios que hace que me sienta muy muy incómoda, ya que todo el mundo nos está mirando.

—¿El qué? —pregunto—. Creía que el partido había terminado.

—A nuestro turno —responde Eden por él—. Si crees que verlo es intenso, espera a estar en el campo.

Sé que tiene razón, y no puedo evitar querer saber qué se sentirá, aunque no quiero preguntar.

Pero Hudson me responde de todas formas.

—Es como si estuvieses atrapado en medio de un tornado . Todo va muy despacio y muy deprisa al mismo tiempo . Y tú simplemente te dejas llevar, esperando para ver qué parte de la tormenta va a azotarte .

Me invade un nuevo subidón de adrenalina.

—¿Qué parte suele ser la más interesante?

—¿En mi experiencia? —pregunta, con las cejas enarcadas.

—Sí. Me refiero a ¿de quién tengo que cuidarme más?

—De los dragones —contesta negando con la cabeza con cara de asco—. *Son siempre los putos dragones los que se guardan más trucos bajo la manga* .

75

Ahora me ves, ahora no me ves

Cuando llega nuestro turno una hora más tarde, estoy de los nervios.

—*¡Que te rompas un ala!* —me dice Hudson cuando nos dirigimos a la zona de espera mientras los árbitros y los profesores restablecen el campo y cambian los portales de sitio para que nadie que haya estado fijándose en el lugar al que lleva cada uno pueda tener ventaja.

—*¿Perdona?* —le suelto superofendida—. *¿Por qué me deseas algo así justo antes de salir a jugar el partido más importante de mi vida? ¿Y sabiendo encima que tengo que volar?*

Se echa a reír.

—*Es como lo de desear mucha mierda* —me explica sacudiendo la cabeza de lado a lado.

—*Ah, pues la próxima vez sé más específico, porque ha sonado más bien como si me estuvieras deseando que me rompiera la cadera* .

—*¿Cuántos años tienes? ¿Noventa?*

—*¿Y tú? ¿Trescientos?* —le contesto.

—*La edad es solo un número* —responde con aire de superioridad.

—*Ya, eso pensaba* . —Pongo los ojos en blanco.

—No estés nerviosa —me dice Jaxon, y me coge la mano y me la aprieta tan fuerte que no sé si me ha roto algo.

—Creo que no soy la única que está nerviosa aquí —bromeo.

—Solo estoy emocionado. —Sonríe—. No me puedo creer que vaya a participar en el Ludares. Va a ser una pasada.

Se me encoge el corazón al recordar al Jaxon que todo el mundo conocía antes de que yo llegase al Katmere, tan convencido de que no podía mostrar ni una pizca de alegría ni de debilidad por temor a que estallase una guerra entre especies. Había olvidado que esta es la primera vez que se permite competir.

—Ya, ¿no?

Me dispongo a decir algo más, pero Flint está en modo capitán-barra-animador del equipo, va de uno en uno dándonos una palmadita en la espalda y unas palabras de aliento y, al parecer, ahora es nuestro turno.

—Vosotros podéis, ¿vale? —nos dice—. Jaxon, no tengas miedo de hacer que tiemble este lugar, literalmente, y tú... —Me mira con una seriedad fingida y me cuesta ponerme seria también—. Tú elévate y vuela como si te fuera la vida en ello. Eres nuestra arma secreta. En los demás equipos solo hay dos voladores, pero nosotros tenemos tres, cuatro si contamos a Jaxon.

—*Claro, por favor, contad con el zepelín* —suelta Hudson.

—*Para* —le advierto, pero la verdad es que no puedo evitar echarme a reír. Cosa que no hace sino alentarle a continuar.

—*Es una pena que sea un estadio cerrado. Con un poco de suerte podría salir volando* .

—*Para* —repito cuando estamos a punto de entrar en el campo—. *Ahora tengo que estar atenta* .

—*Vale, vale* . —Se detiene en la banda y nos observa mientras nos marchamos hacia el centro del campo en fila

india. Casi hemos llegado a la raya morada cuando dice—: *¡Eh, Grace!* —Me vuelvo y me saluda levantando la barbilla —. *¡Que te rompas la cadera!*

Empiezo a partirme de risa otra vez y, mientras lo hago, los nudos de mi estómago se deshacen y mis nervios se desvanecen.

Esta vez es Aiden quien nos acompaña al campo y se coloca junto a la urna. Él es mucho más serio que los demás miembros del Círculo, pero no tanto como Cyrus, de modo que el dragón no nos ofrece sonrisas de aliento ni nos desea suerte.

Solo se queda ahí, esperando mientras el equipo cuatro se alinea frente a nosotros. Liam está en el centro, junto a un dragón que no conozco. Flint lo llama Caden, y ambos intercambian bravuconadas, pero está claro que hay buen rollo. Eso, combinado con el hecho de que Rafael y Liam están en su equipo, me convence de que, aunque la competición pueda ser feroz, probablemente también sea justa.

Una de las cosas buenas de mis amigos es que tienden a no juntarse con gilipollas, lo cual, a mi parecer, es algo muy positivo. Flint y Gwen ocupan el centro de nuestro grupo. Jaxon está al lado de Gwen; yo, junto a Jaxon; y a mi otro lado tengo a Xavier.

—¿Estás lista? —pregunta Jaxon cuando Aiden saca un nuevo cometa de la urna central.

—Todo lo lista que puedo estar —le respondo, y de repente soy incómodamente consciente de lo húmedas que tengo las palmas de las manos.

Me las seco con disimulo en los pantalones, ya que es difícil coger una pelota con las manos sudadas, y espero que nadie se dé cuenta. Pero Xavier me sonríe y afirma:

—No te preocupes, gárgola. Jaxon y yo te cubriremos las espaldas. —Lo dice con postura de lobo orgulloso, con la cabeza erguida, sacando pecho y el cuerpo relajado y listo para la lucha.

Y, aunque sé que debería agradecer el apoyo, no puedo evitar espetarle:

—Tranquilo, lobo. Yo te cubriré las espaldas.

Y le doy una fuerte palmada entre los omóplatos, solo porque puedo hacerlo. Mi reacción lo coge por sorpresa, pero no se enfada. Entonces, echa la cabeza atrás y lanza un sonoro aullido que hace que todo el estadio se ponga en pie. No hablo lobo, pero no hace falta. Sé que era un desafío y una declaración de intenciones al mismo tiempo.

Lo sé sobre todo cuando uno de los lobos que tenemos delante le responde, aunque su aullido no es ni la mitad de impresionante que el de Xavier.

Aiden niega con la cabeza, pero por primera vez percibo un atisbo de emoción en sus ojos, justo antes de lanzar el cometa al aire.

Por un segundo parece que todo se congela cuando inclinamos la cabeza hacia atrás y vemos cómo el esférico sube y sube y sube. Cuando por fin alcanza su altura máxima, se queda suspendido ahí un instante antes de empezar a descender por fin.

Y es entonces cuando todas las puertas del infierno se abren a mi alrededor.

Flint sale disparado hacia el aire, transformándose parcialmente para impulsarse con las alas hacia arriba. Pero el otro dragón está haciendo exactamente lo mismo, mientras Rafael salta y se agarra a Flint, usando su superfuerza vampírica para retenerlo.

Flint ruge con desaprobación y le dispara un chorro de fuego al otro dragón con la intención de ralentizarlo mientras le da patadas a Rafael en la cara. La fuerza de Rafael se agota diez segundos antes que la capacidad para volar de Flint, así que nuestro capitán por fin se lo quita de encima y emplea sus potentes alas para lanzarlo lejos del otro equipo antes de tener que permanecer en el suelo durante treinta segundos.

—Madre mía —les digo a Jaxon y Xavier—. Esto es aterrador.

—¡Qué va! ¡Es increíble! —me responde el lobo en plena melé mientras Gwen lanza un hechizo y atrapa con una red mágica el balón, arrebatándoselo en la cara al dragón rival. Tira de ella y, una vez que tiene la pelota en sus brazos, echa a correr hacia el portal más cercano.

—¡Vamos, Grace! —me grita Jaxon, y empezamos a correr junto a Gwen. No tengo ni idea de qué se supone que tengo que hacer cuando Gwen se lanza de cabeza hacia el portal, pero empiezo a dilucidar que forma parte del desafío y de la estrategia del juego.

Sobre todo teniendo en cuenta que, en lo que se refiere a los portales, nadie sabe exactamente qué va a pasar después, y los jugadores capaces de pensar más rápido son los que tienen más posibilidades de conseguir hacer algo.

Con eso en mente, dejo de correr tan rápido y me concentro en observar el campo, esperando a que Gwen salga por algún portal.

Por fin lo hace, más o menos a media distancia de a donde todos hemos llegado corriendo. Pero el balón está empezando a ponerse al rojo vivo, y sé que va a necesitar deshacerse pronto de él.

Eden también llega a la misma conclusión, porque desciende a toda prisa y lo atrapa con las garras. Pero sus treinta segundos como dragona casi han terminado, de modo que se lo arroja a Flint, que sale disparado por el campo con él.

Sin embargo, una de las brujas del equipo contrario le lanza un hechizo que le ata las alas al cuerpo, y empieza a caer en picado hacia el suelo. Macy contrarresta el hechizo con un toque de su varita y pronunciando unas palabras que no alcanzo a oír. Después le quita el balón y sale corriendo hacia la línea de meta.

Rafael se desvanece directo hacia ella, y contengo la respiración, porque sé que no tiene nada que hacer contra

él.

Jaxon debe de saberlo también, porque llega hasta ella en un abrir y cerrar de ojos. Mi prima le lanza el balón, y Jaxon se desvanece la corta distancia que queda hasta la línea de meta. Está tan cerca que creo que va a lograrlo. Pero entonces Rafael sale de ninguna parte e impacta contra él con tanta fuerza que ambos salen volando... al igual que la pelota.

Flint, Eden y los dos dragones del otro equipo salen corriendo para alcanzarla, pero parece que se avecina una colisión tan grande como la que acaban de sufrir los vampiros. Lo que me da la oportunidad de intervenir y robarla.

Me transformo en gárgola antes de terminar de pensarlo siquiera y echo a volar. Oigo que Hudson me grita desde la línea de banda, pero no tengo tiempo para prestarle atención. No cuando los cuatro dragones se aproximan al balón como si sus vidas dependieran de ello. Solo dispongo de medio minuto de vuelo, y estoy decidida a alcanzar el cometa con algunos segundos de sobra.

De repente, Flint y Eden desaparecen por dos túneles aéreos camuflados, de modo que soy la única del equipo con posibilidades de recuperar el balón. Aumento la velocidad y, puesto que los dragones del equipo rival cometen el error de pensar que la amenaza ha terminado ahora que Flint y Eden han desaparecido, aparezco por detrás y por debajo de ellos y les robo la pelota en las narices... y las garras.

Me llevo un golpe en el ala por el atrevimiento, pero estar hecha de piedra tiene sus ventajas, de modo que, aunque me desequilibra un poco, consigo recuperarme.

Una parte de mí quiere salir corriendo hacia la línea de meta, pero sé que, en lo que respecta a la velocidad, no soy rival para dos dragones. De modo que me lanzo en picado hacia el suelo y le arrojo la pelota a Xavier.

Sale disparado con ella, pero los vampiros salen tras él, de modo que avanza hacia Jaxon, que ya se ha recuperado, y le lanza el esférico.

Rafael se tira contra él, pero Jaxon lo esquiva y se desvanece directamente hacia la línea de meta.

El partido termina en menos de dos minutos, y nadie está más sorprendido que yo de haber contribuido de forma considerable a nuestra victoria.

Cuando aterrizo en el suelo, Macy me rodea con los brazos y grita:

—¡Uno menos! ¡A por los otros tres!

—¡A por los otros tres! —repito sonriendo de oreja a oreja.

Puede que este torneo no sea tan malo después de todo...

76

De jugador agresivo a quiquiriquí

El resto del día transcurre en un borrón de agitación y ansiedad, de agotamiento y de subidones de adrenalina.

Nuestro segundo partido dura más de veinticinco minutos y casi acaba con nosotros. El tercero es peor todavía. Pero lo conseguimos. Después, vemos disgustados cómo el equipo doce vence al tres en un partido que se alarga cuarenta y cinco minutos y que deja al equipo dirigido por el lobo alfa Cole como el único otro finalista.

—Mierda —maldice Xavier con rabia, y se desploma de nuevo sobre su asiento en la grada mientras Cole atraviesa la línea de meta con el balón, para gran emoción de la mitad del estadio.

La otra mitad gruñe de consternación, yo incluida. Teniendo en cuenta nuestros antecedentes con Cole, el lobo va a querer sangre.

En una situación normal sería raro que Xavier sintiera lo mismo que yo, ya que Cole es técnicamente su alfa. Pero Xavier también es bastante nuevo en el Katmere, solo lleva

aquí un año y, por lo que tengo entendido, no es muy fan del alfa del instituto.

No se lo reprocho. Cole es un gilipollas absoluto, y me quedo corta. Pero bueno, hasta la mejor persona del mundo se cabrearía si alguien llegase y le robase un colmillo, y Cole desde luego no es esa persona.

—*Es un auténtico capullo* —asegura Hudson—. *Personalmente, creo que alguien debería haberlo retado hace tiempo* .

—*No creo que Xavier tarde mucho en hacerlo* —respondo —. *Estoy segura de que será antes de que acabe el curso* .

—*Sabía que había una razón para que me gustase ese lobo* —responde con una sonrisa.

—Míralo de esta manera —le digo a Xavier cogiéndolo de la mano por solidaridad—. A partir de hoy se va a sentir tan humillado que ni siquiera se acordará de todo lo que ha pasado hasta ahora.

—¿Te refieres a cuando Jaxon lo dejó seco delante de todo el instituto? —pregunta Xavier con un brillo malicioso en el ojo—. ¿O a cuando otra persona lo dejó seco en mitad de la noche el otro día? ¿O...?

—Sí —le contesto—. A eso es a lo que me refiero.

—Ay, sí, por favor. —Sonríe—. Por favor, universo, deja que sea yo quien le hunda el codo en la garganta en medio de una colisión.

—Yo estaba pensando más bien en el pie, pero si prefieres hacerlo a lo pequeño en vez de a lo grande... —bromeo.

Empieza a reírse a carcajadas y me choca los cinco.

—Tía, me gusta tu estilo.

—Me alegro —le digo, y le choco la mano—, porque eres prácticamente el único al que le gusta en todo el instituto.

—Eso no es verdad —señala Eden poniéndome una mano en el hombro—. Cualquier chica que pueda mantener a raya a Jaxon y a Hudson Vega a la vez tendrá siempre mi apoyo y mi admiración.

Niego con la cabeza.

—Tienes una noción muy amplia de lo que significa *mantener a raya* .

—¡Eh! —protesta Jaxon—. ¿Qué se supone que significa eso?

Pongo los ojos en blanco, en broma.

—Significa que no sé cuál de los dos es peor. Tú o tu hermano.

—Mi hermano —afirman ambos justo al mismo tiempo.

—Lo dicho.

—Oye —le dice Flint a Xavier en voz baja cuando comienzan los quince minutos de descanso obligatorio para el otro equipo—, si prefieres «relajarte» en este partido para no cabrear a tu alfa, lo entenderemos.

—Eh... no, no lo entenderemos —salta Macy—. Cole tiene un equipo bastante bueno. Vamos a necesitar a todos nuestros miembros.

—Yo tampoco lo entiendo —replica Xavier, y parece totalmente ofendido—. ¿Qué clase de gilipollas crees que soy?

—Pues uno que tiene que responder ante su alfa al menos durante un año más —le contesta Flint—. Los venceremos igualmente, incluso si no puedes participar de una forma demasiado activa.

—¡No pienso hacer eso! —Xavier parece bastante cabreado y activa el modo pavo real. Saca pecho, extiende la cola y mira a Flint con furia—. Dame la oportunidad y seré el primero en patearle el culo a ese tío, me da igual si es el alfa o no.

—Vale, vale. —Flint levanta una mano conciliadora—. Solo quería que supieras que no tienes ninguna obligación.

—Ya, pues no necesito que me hagas ningún favor —le suelta Xavier, y está claro que sigue cabreado.

Espero unos minutos antes de cambiarme de sitio y sentarme a su lado.

—Sabes que Flint no pretendía ofenderte, ¿verdad? —digo en voz baja.

—No soy ningún gallina —me responde—. No he llegado tan lejos con vosotros como para venderos para que las cosas sean más fáciles para mí. Yo no soy así.

—Lo sé —le aseguro mientras Macy ocupa el asiento libre al otro lado.

—A mí me parece que eres supervaliente queriendo enfrentarte a Cole —opina, y juraría que lo veo hincharse un poco más todavía justo delante de nosotras.

Y, puesto que está en buenas manos con Macy, vuelvo con Jaxon, justo en el momento en que suena la campana que indica que ha llegado la hora de volver al campo.

—Puedes hacerlo —me dice Jaxon, y me da un abrazo para desearme suerte de camino a la arena—. Eres una campeona, Grace, así que a por ello.

Una vez allí, vemos que es el mismísimo Cyrus quien nos acompaña al campo esta vez. Era de esperar. ¿Cómo no iba a ser el encargado de dar comienzo al último partido?

He conseguido evitarlo desde que llegó, de modo que esta será la primera vez que lo tenga cara a cara, y he de decir que no me hace ninguna ilusión. #PreferiríaQueMeArrancaranUnaMuela

Sonríe al ver a Jaxon, pero es un gesto totalmente carente de calidez. Y la mirada fría que me lanza tendrá el mismo tono azul que la de Hudson, pero me pone todos los pelos de punta.

Intento hacer como que no está (y olvidarme también de todo lo que nos jugamos con este último partido), pero cuando me coloco entre Xavier y Macy sobre la pintura morada, el estómago me empieza a dar volteretas hacia atrás.

Porque puede que esto no sea más que un juego para todos los aquí presentes, pero para mí significa muchísimo más. Me inclino hacia delante para mirar a Jaxon, e incluso intento captar su atención, pero Flint y él están desafiando intensamente con la mirada a los miembros del equipo contrario que tienen justo delante. En cualquier otro

momento me reiría de ellos, pero ahora mismo trato de no vomitar todos los *funnel cakes* que me he comido para no quedar en evidencia delante de mi compañero.

—*Tú puedes* —me dice Hudson—. *Vuela con todas tus fuerzas y lo harás genial* .

—*Yo no lo tengo tan claro* . —Observo al equipo de Cole, cuyos componentes son algunos de los chicos más capullos del instituto. Menuda sorpresa. Miro a Jaxon, que ha estado bastante bien durante todo el día, pero que ya empieza a mostrar signos de fatiga, aunque mucho menos de lo que me había esperado con Hudson alimentándose de él a través del vínculo—. *Tengo la impresión de que me van a servir mi propio culo en bandeja* .

—*Bueno* —me dice con una sonrisa maliciosa—. *Piensa que hay culos peores* .

—*Vaya. Eres un dechado de sabiduría* .

—*No soy lo bastante viejo como para ser sabio, pero me defiendo* . —Noto que su sonrisa se desvanece—. *De todas formas, esta no es la única piedra de sangre del mundo. Es la más fácil de conseguir, pero no es la única. Así que, suceda lo que suceda, todo irá bien, ¿vale?*

La tensión en mi pecho desaparece.

—*Gracias* .

—*Bueno, ahora ve a patearle el culo a ese lobo engreído, ¿quieres?*

—*Haré lo que pueda* —contesto apretando los dientes.

Inspiro hondo y observo la línea de equipo de Cole. Siguen pareciéndome los peores capullos del instituto, eso no ha cambiado. Pero el nudo en mi estómago está mucho más suelto, y no paro de reproducir las palabras de Hudson en mi mente: «Suceda lo que suceda, todo irá bien».

—¿Listos? —pregunta Flint, situado en el centro de nuestro equipo, junto a Jaxon. Todos asentimos, así que sonríe y dice —: Bien. Pues pateémosles el culo a esos lobos.

Dos segundos después, suena el silbato.

No cabe duda de que Cyrus tiene la misma fuerza que sus hijos, ya que el balón asciende y asciende hasta que casi toca el techo del estadio. Aun así, en el instante en que empieza a descender, se desata el caos.

O al menos esa es la sensación que se tiene cuando se está en medio de un vampiro, un lobo, un dragón y una bruja que corren a por la misma pelota.

Flint le lanza una columna de hielo a Cole y a su compañera de equipo, una bruja llamada Jacqueline. El hielo la alcanza a ella, que se queda congelada durante diez segundos, pero Cole consigue sortearlo y se tira a por el balón. Sin embargo, Jaxon se le adelanta y aleja el esférico de su alcance golpeándolo telequinésicamente. Pero lo golpea con tanta fuerza que sale disparado de nuevo hacia el techo.

El público gruñe lamentando el error, y yo también, aunque le envío vibraciones de «tú puedes con esto» a través del vínculo. Él me envía una risa en respuesta, y es entonces cuando caigo en la cuenta de que no era ningún error. Porque Flint está ya ahí, esperando para coger el balón.

Cole ruge de rabia cuando Flint atrapa la pelota, se transforma completamente en el aire y vuela directo hacia la línea de meta a toda velocidad. Solo lleva diez segundos volando, y puede alcanzar la meta en los veinte segundos que le quedan, pero la pelota empieza a ponerse roja en sus manos y, a medio camino de la meta, no puede disimular el intenso dolor que siente. Se ve obligado a pasarle el balón a Eden, que se ha lanzado al aire tras él. Esta lo recibe con una enorme sonrisa en la cara al darse cuenta de lo cerca que están de la línea de meta. Incluso yo contengo el aliento, preguntándome si de verdad va a terminar tan rápido este partido. Pero de repente uno de los vampiros del equipo de Cole salta e intercepta la pelota.

Ahora es Flint quien grita cuando el vampiro aterriza en el suelo haciendo un fuerte sonido sordo y empieza a

desvanecerse hacia la línea de meta contraria. Está casi allí, y he pasado de estar superemocionada a totalmente acojonada pensando que es imposible que podamos alcanzarlo. Pero de pronto Mekhi sale de un portal a pocos metros de la meta y va directo a por él. ¡Sí!

Me pongo tan contenta que empiezo a aplaudir, pese a que el consiguiente impacto forma un profundo cráter en el campo. La multitud sofoca un grito, pensando que uno de ellos podría estar herido, pero Mekhi se sobrepone, coge el balón de debajo del otro vampiro y desaparece por otro portal.

Este lo deja en el centro del campo, pero el balón ya empieza a estar al rojo vivo. Mira a su alrededor, supongo que buscando a Jaxon o a Flint, pero ambos han caído en algún portal mientras corrían para alcanzar al vampiro rival.

No obstante, Xavier aparece corriendo detrás de él, con Cole pisándole los talones, y coge la pelota antes de dar una voltereta en el aire y zambullirse en el portal más cercano con la pelota bien pegada a su costado.

—¡¿Dónde está? ¿Dónde está?! —grita Macy buscándolo como una loca por todo el campo, pero ninguno de nosotros puede darle una respuesta puesto que no ha salido todavía. Los segundos pasan, y empiezo a entrar en pánico porque, como no haya nadie cerca de él cuando por fin aparezca por algún portal, estamos totalmente jodidos.

Miro el reloj a un lado del campo. Indica veintisiete segundos cuando Xavier por fin emerge por un portal. Eso significa que tiene tres segundos para pasar el balón antes de que empiece a quemarle. Y yo estoy justo a un metro de él.

Joder.

Me lo lanza y, con los nervios, se me escurre y casi se me cae. El público se vuelve loco, pero apenas los escucho, concentrada en impedir que se me escape mientras Cole viene directo hacia mí a toda velocidad.

Joder. Joder. Joder.

Después de varias horas de juego, no me avergüenza admitir que empiezo a sentirme agotada. Necesito coger el balón y transformarme a toda prisa, pero vacilo. Me preocupa que esto agote las pocas fuerzas que me quedan y que Cole consiga su venganza. Pero aprieto la mandíbula y enfoco la vista en la pelota. Puedo con esto.

La agarro en el momento justo en que Cole se abalanza sobre mí, pero me transformo en el acto y alzo el vuelo en cuanto me salen las alas. Sin embargo, el lobo alfa logra agarrarme de un pie, y tiene tanta fuerza que por más que lo sacudo no consigo zafarme de él, lo que significa que acabo atravesando el estado con Cole colgando de mí. Y no me importa, pero la pelota está empezando a vibrar, y voy a tener que aterrizar pronto, algo que no voy a poder hacer con un lobo amarrado a mi puto pie.

Afortunadamente, Eden viene hacia mí batiendo sus alas moradas a toda velocidad, pero el esférico está empezando a vibrar con tanta fuerza que no creo que pueda aguantar mucho más. Además, me da un poco de miedo perder un dedo. Pero todo esto es por la piedra de sangre; todo esto es para sacar a Hudson de mi cabeza. Así que hago lo único que se me ocurre, lo único con lo que conseguiré librarme de Cole: levanto el otro pie y le propino una patada en la cara con todas mis fuerzas.

Grita, pero se suelta, precipitándose unos cinco metros hacia el suelo. Entonces me vuelvo y le lanzo la pelota a Eden, que la atrapa con un rugido dragontino y un gesto de aprobación y sale despedida hacia la línea de meta. Está a punto de alcanzarla. La multitud se pone en pie animándola como nosotros. Pero de repente una de las brujas del equipo de Cole la golpea con un hechizo que la hace precipitarse girando violentamente hacia el suelo.

¡Mierda!

Me invade un miedo terrible al pensar que pudiera hacerse daño. Dragona o no, es una caída considerable y, si resulta ser casi mortal, la descalificarán y la eliminarán

mágicamente del juego, pero Jaxon hace uso de su telequinesis y evita que impacte contra el suelo. Sin embargo, antes de que alguno de nosotros pueda recibir el balón, el otro lobo del equipo de Cole interviene y se lo arrebata.

Macy y yo corremos hacia él, pero se zambulle en un portal justo antes de que lo alcancemos. Para mi sorpresa, Macy se lanza detrás de él. Veinticinco segundos después por fin emergen, pero él está aturdido en el suelo y ella tiene el balón. Está al rojo vivo, así que se lo lanza a Xavier, que lo atrapa al vuelo.

¿Cuál es el problema? Que están justo al otro extremo del campo de nuevo, y el equipo de Cole al completo se encuentra entre ellos y nuestra línea de meta. Aunque, bueno, nosotros también.

Xavier corre durante treinta segundos, esquivando hechizos, fuego de dragón e incluso una mordedura de vampiro en el hombro mientras Mekhi y Jaxon intentan bloquear a una bruja y un dragón para que al menos uno de ellos pueda correr hacia él.

Gwen y yo corremos hacia delante, felices de que todos los demás estén ocupados; pero, antes de que podamos llegar hasta Xavier, Cole nos derriba con su cuerpo en mitad del campo. No obstante, Xavier no piensa renunciar al balón tan fácilmente, así que se lo lleva al pecho y se aferra a él pese a que quema y vibra de tal manera que puedo oírlo desde el centro del campo.

Justo entonces Cole le propina un arañazo en el brazo. Me encojo solo de pensar en lo mucho que le va a doler, aunque la protección mágica impida que le atraviese la piel. Pero en el último segundo Cole tuerce la muñeca y la garra no llega a tocarle el brazo.

Sin embargo, resulta que Cole no estaba apuntando al brazo: todo el mundo en el estadio sofoca un grito al ver que, en vez de eso, lo que ha hecho ha sido partirle el brazalete mágico. Observamos cómo cae al suelo como si

fuera a cámara lenta. Xavier abre los ojos como platos cuando por fin se da cuenta de lo que el resto hemos visto ya. Cole se prepara para lanzar su segundo golpe, y su garra desciende ya sobre la garganta desprotegida de Xavier.

El corazón me late a mil por hora. Gwen está bastante cerca, pero no lo suficiente como para ayudar a nuestro lobo. Yo tampoco lo estoy. Nadie lo está.

El estadio entero se ha puesto en pie, atentos a cómo las afiladas garras de Cole reducen la distancia con el cuello de Xavier en un abrir y cerrar de ojos. Todo el mundo contiene el aliento. Es un golpe mortal. Es imposible que...

De repente, se oye el inmenso clamor de la multitud porque... Parpadeo... Parpadeo otra vez... ¡Qué fuerte! Al final no hay golpe mortal porque resulta que Cole es ahora un bonito pollo blanco. Sus suaves plumas acarician con suavidad el cuello de Xavier, y su pequeño cuerpo de pollo cae desde una altura de un metro al suelo y empieza a piar furiosamente.

Inspecciono la arena hasta que veo a Macy, que sin duda ha salido de otro portal a unos diez metros de Xavier en medio de todo el drama. Está blanca como la pared, y también muy cabreada. Y profundamente satisfecha de haber humillado a Cole por su movimiento cobarde y casi letal.

Pero no tenemos tiempo para deleitarnos con la imagen de Cole cloqueando, porque el hechizo no durará mucho más tiempo, y Xavier se pone de pie al instante, con el cometa aún incandescente en las manos. El estadio estalla en aplausos y golpea el suelo con el pie.

Mira a su alrededor, ve a Eden y le lanza el cometa mientras aparece corriendo por detrás. Echa a volar, y sus potentes alas la elevan quince metros en cuestión de segundos. Pero el equipo de Cole no piensa rendirse, y una de las brujas golpea a Eden con un rayo que la hace perder el cometa y caer en picado.

Me lanzo al aire a por él. El único problema es que uno de los dragones contrarios ha hecho lo mismo, así que corremos el uno contra el otro a por el esférico. Mi ritmo cardiaco aumenta conforme nos aproximamos y estoy decidida a ganar la carrera cuando, de repente, Jaxon me envía otro chute de energía a través de nuestro vínculo.

Vuelo más rápido que nunca, pero, pese a todo, él llega primero.

En fin, ¿qué sentido tiene ser una gárgola si no puedes transformar a nadie en piedra de vez en cuando? Rezando para que esto funcione, me agarro a una de sus alas con una mano y tiro del hilo platino de mi interior con la otra. Se transforma al instante... y, sin unas alas diseñadas para transportar a un dragón grande hecho de piedra maciza, empieza a caer en picado.

Le arrebato el balón de sus manos de piedra y suelto el hilo platino cuando estamos a unos seis metros del suelo.

Regresa a su forma de dragón al instante, y está furioso. Me ataca con todo su fuego, pero ¿hola? Soy una gárgola, nene. No siento nada. Así que me despido con la mano, hago una voltereta hacia atrás y... caigo directa en un portal que no había visto.

Y ¡joder! Siento como si me estuviera desarmando. Todo mi cuerpo se estira de extremo a extremo como si fuese uno de esos muñecos elásticos con los que jugábamos de pequeños. No duele, pero es una sensación muy extraña, y lo único que puedo hacer es aferrarme al balón cuando mis manos empiezan a estirarse también.

Pase lo que pase, no pienso salir de este portal sin el balón. De eso ni hablar. Así que me aferro con más fuerza si cabe. Es entonces cuando empieza el dolor, cuando me resisto a estirarme, pero me da igual. No pienso cagarla, no cuando estamos tan cerca.

Y entonces, de repente, el dolor desaparece y el portal me vomita de nuevo en el campo. A diferencia de los demás, no consigo caer de pie, y acabo rodando y quedándome boca

arriba como una tortuga. Pero tengo el balón. Eso es lo único que importa. Aunque vibra tanto que siento que los dedos se me empiezan a agrietar.

Doy media vuelta en el suelo y busco a quién lanzársela. Entonces Jaxon aterriza justo delante de mí con una enorme sonrisa y me guiña el ojo. Le paso la pelota y sale a toda máquina hacia la meta… que está justo al otro extremo del campo. Otra vez.

En serio, estos portales son una mierda.

Corro tras él, siguiéndolo muy de cerca, pues no sé qué otra cosa hacer ahora mismo. No podré volver a volar hasta dentro de treinta segundos. Pero entonces Cole y el otro lobo empiezan a pasarme transformados en lobo y van directos a por Jaxon. No puedo con los dos, pero seguro que puedo con uno, así que embisto a Cole de lado.

Este gruñe como un perro rabioso y me muerde la mano. Pero, una vez más, soy de piedra, así que no me duele. Aunque, por segunda vez hoy, no piensa soltarme, así que ahora me arrastra de un brazo por el campo como si fuera una muñeca de trapo.

Mi heroica salvación no ha salido precisamente como pensaba. Sin saber qué otra cosa hacer, levanto la otra mano y le tiro de la cola con todas mis fuerzas.

Grita como un niño enfadado, lo que significa que me libera la mano el tiempo suficiente como para que la saque de su boca. Ahora está furioso, y se centra exclusivamente en mí, y no en el balón. Y tengo la impresión de que esto podría ser un problema.

Al menos hasta que Xavier aparece rugiendo, también en su forma de lobo, y lo aparta de mí.

Cole se vuelve y corre directo hacia Jaxon como si se hubiese acordado de repente del balón, pero yo sé la verdad, y Xavier también. Le hemos visto la cara cuando ha echado a correr. Tenía miedo de Xavier, y mucho me temo que esto va a tener repercusiones más allá del torneo.

Aun así, por el momento Jaxon está a punto de llegar a la meta. ¡Menos mal! No creo que mis nervios puedan soportar esto mucho más tiempo.

Sin embargo, antes de que consiga llegar, uno de los vampiros se abalanza sobre él justo cuando su pie está a punto de atravesar la línea. Jaxon sale volando, el otro vampiro también, y ambos giran sin control en el aire.

Jaxon aterriza de pie, pero maldice: la pelota se halla tan caliente que está prácticamente incandescente. No tiene más opción que soltarla. Afortunadamente Gwen está cerca. La recoge y sale corriendo hacia la meta. Uno de los dragones le pisa los talones, de modo que levanta una mano por encima de su cabeza e invoca a los elementos.

Una poderosa ráfaga de viento azota el campo, derribando al dragón del aire y lanzándolo despedido contra la bruja que planeaba enviarle un hechizo a Gwen y que ya estaba con la varita levantada.

Pero entonces aparece de la nada otro vampiro e impacta contra Gwen. Los dos salen volando de lado hacia un portal y desaparecen durante unos diez segundos, aunque parece una eternidad, ya que el marcador en el lateral del partido marca veintisiete segundos. Por fin Gwen aparece a unos metros de mí con el cometa al rojo vivo en sus manos. Pero está muy malherida, agarrándose las costillas.

Estoy preocupada por ella, pero el árbitro ya la está atendiendo, así que, agradecida de que mi tiempo sin poder volar haya acabado, corro hacia delante, agarro el cometa y salgo volando directa hacia la meta con todas mis fuerzas y a toda velocidad. Cole corre tras de mí, aullando de rabia, pero ni siquiera lo miro. No miro a nadie ni a nada más que la línea de meta. Esta es nuestra última oportunidad de ganar este torneo, y no pienso cagarla.

Con el rabillo del ojo veo que los dos dragones del otro equipo también vienen directos a por mí. No puedo detenerlos, así que no me preocupo por ellos. Solo vuelo. Y justo cuando están a punto de alcanzarme, busco en mi

interior y tiro del hilo platino de nuevo para obligar a mi cuerpo a transformarse un poco más en piedra, y desciendo al instante cinco metros por el peso extra, de modo que los dragones se estrellan de cabeza el uno contra el otro como si fuese una explosión.

Pero eso no importa, porque estoy en la línea de meta. Suelto el hilo platino y tiro del dorado, el que me transforma en humana, para librarme del peso adicional. Entonces atravieso volando la meta y desciendo hasta el suelo justo antes de que mis treinta segundos de vuelo se agoten.

77

Cuenta conmigo, nena

—¡Lo hemos conseguido! —exclama Flint por enésima vez desde que hemos ganado el torneo esta tarde. Me lanza una enorme sonrisa de emoción mientras deja unos cuantos packs de refrescos sobre la mesa en la antecámara de la torre de Jaxon.

—¡Y tanto que sí! —exclama también Xavier, que se acerca a él para poder intercambiar las típicas palmadas en la espalda y los choques de pecho con los que se suelen celebrar las victorias deportivas—. ¿Cole? ¿Qué Cole?

—Eso digo yo —dice Eden desde su sitio en el sofá, con sus botas militares moradas todas rayadas encima de la mesa de café de Jaxon—. Os juro que la mejor parte ha sido verle la cara al final. No se podía creer que hubiesen perdido pese a haber usado todos sus trucos sucios.

—Venga. ¿En qué universo va a ganar un lobo a un dragón? —fanfarronea Flint.

—¿Perdona? —pregunta Xavier—. ¿Y yo qué soy?

—La verdad es que aún no lo sé —responde Flint mirándolo de arriba abajo—. Puede que seas un híbrido. ¿Un dragolobo?

—Mejor un lobodragón —le contesta con una sonrisa.

—Apoyo el término —afirma Eden haciendo como que coge algo con las manos al ver que Macy aparece por las escaleras con un montón de cajas de pizza de la cafetería.

—¿Cómo está Gwen? —le pregunto.

—Me ha escrito su novia. Dice que le han dado un montón de analgésicos y que ahora mismo está durmiendo en la enfermería. Pero estará bien dentro de unos días. —Deja las cajas sobre la mesita de café de Jaxon—. ¿Sobre qué estabais debatiendo?

—Es más dragón que lobo, así que lo de *dragón* debería ir primero —continúa Flint, y coge una caja de lo alto de la pila... y se la queda para él—. Además, Xavier no es un gilipollas, ¿verdad?

—Eso es verdad —digo. Y puesto que, gárgola o no, mi metabolismo no me permite engullir una pizza entera, o tres, cojo un par de porciones de la caja de la de *pepperoni* para compartir antes de sentarme en el suelo junto a la mesita de café.

—No todos los lobos son unos gilipollas —responde Xavier justo antes de coger su propia pizza—. Solo los del Katmere.

—En eso tengo que darte la razón —le señala Mekhi desde su sitio, a mi lado.

—De tal alfa, tales lobos —coincide Jaxon—. Por eso creo que deberías desafiarlo, Xavier. Cuando él desaparezca, el resto de los lobos se dejarán de gilipolleces.

—Yo diría que nuestro chico ya ha desafiado a ese capullo hoy en el campo —responde Flint—. Lo has acojonado bien. Ya estaba cacareando antes de que Macy lo transformase en gallina.

—Les hemos dado una buena paliza a todos —indica Eden antes de meterse medio trozo de pizza en la boca—. A todos.

—Pero, en serio. La mejor jugada tenemos que concedérsela a Macy. No solo le ha salvado la vida a Xavier, sino que además ha hecho que todo el mundo viera a Cole cayendo al suelo convertido en un pollo minúsculo y

cloqueando por ahí durante los diez segundos más felices de mi vida. —Mekhi se ríe con tantas ganas que se le saltan las lágrimas—. Y el segundo mejor es cuando Grace iba volando por el campo con Cole colgando de su pie. —Hace como que se muerde el pulgar con los dedos imitando el momento en que Cole me ha mordido.

—Sí, claro —le digo totalmente seria mientras el resto se parte de risa—. Ha sido desternillante.

—Puede que para ti no —me replica Jaxon con esa sonrisa que siempre me provoca mariposas en el estómago—. Pero ha sido algo fantástico para todos los demás.

—A mí me ha encantado cuando has transformado a Serafina en piedra —opina Eden—. Ese ha sido para mí el mejor momento que he visto jamás en un Ludares.

—Sí, ha sido genial —coincide Flint—. ¿Y habéis visto cuando...?

Sigue hablando, y yo me vuelvo hacia Jaxon, a mi lado.

—¿Son todos los dragones igual de fanfarrones? —susurro.

—No has visto nada. —Ni siquiera se molesta en susurrar y pone los ojos en blanco—. Cuando Flint empieza así tiene cuerda para rato.

—No soy un reloj de cuco, ¿sabes? —le dice Flint y, aunque lleva puesta esa sonrisa bobalicona suya, detecto en ella mucho dolor también—. No se me puede dar cuerda.

—Ni falta que hace —responde Jaxon, y de repente me siento fatal, ya que no puedo evitar pensar en lo que Flint me ha contado en el campo esta mañana.

—¿Alguien quiere otra bebida? —pregunto, y me levanto y me dirijo a la mesa que está junto a la ventana. Eden y Flint piden un refresco, y Macy un agua con gas.

Me tomo mi tiempo para cogerlo todo, principalmente porque necesito tomarme un minuto antes de volver con los demás.

Soy consciente de que Flint no sabe que he unido los puntos y que sé que la persona de la que está enamorado es Jaxon, pero una parte de mí desearía que no me hubiese

escogido precisamente a mí para ser su paño de lágrimas. Jaxon es mi compañero. ¿Cómo se supone que tengo que sentirme sabiendo que sufre y que es por culpa mía? Y más sabiendo que ellos se conocen desde hace mucho más tiempo.

Yo soy la intrusa. Seguramente para Flint soy la que ha llegado y lo ha fastidiado todo. Pero ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Renunciar a mi compañero? No podría ni aunque quisiera y, desde luego, no quiero hacerlo. Así que ¿qué opciones tengo? ¿Romperle el corazón a uno de mis mejores amigos solo por el hecho de existir? ¿O ser testigo de cómo se lo rompe él mismo intentando conquistar a Jaxon una y otra vez?

Es horrible solo de pensarlo, y lo siento tanto por Flint que me duele hasta el alma. Ojalá hubiese algo, lo que fuera, que pudiera hacer para mejorar las cosas.

—*No hay nada* —dice Hudson con una voz sorprendentemente seria mientras se acerca y se sienta apoyando la espalda en la pared que hay junto al dormitorio de Jaxon, lo más alejado posible del grupo, pero en la misma habitación.

Llevo un rato preguntándome dónde se habría metido durante el partido. Pensaba que tal vez se había mantenido alejado para que pudiera concentrarme. Pero entonces veo sus ojeras oscuras y lo fatigado que parece, con los hombros encorvados y las mejillas hundidas que hacen que sus pómulos se muestren aún más afilados.

Se me encoge el pecho y apenas puedo respirar. Me vuelvo hacia Jaxon, que está ahí, riéndose de algo que acaba de decir Mekhi, y es la viva imagen de la salud y la energía, y en ese momento miro de nuevo a Hudson, demacrado y exhausto. Y entonces sé que no era Jaxon el que me estaba transfiriendo su energía en el campo. Era Hudson.

Estoy a punto de mencionarlo cuando veo que su expresión cambia. No quiere que le dé importancia, así que

no lo hago.

En lugar de eso, me olvido de las bebidas, me acerco hasta él y me siento a su lado. Quiero enviarle parte de mi energía, pero sé que no la aceptará. Así que retomo la conversación.

—Pero quiero hacer algo... —Busco las palabras adecuadas —. Tengo la sensación de que debería hacer algo para arreglar esto.

—*Flint sabe que es demasiado tarde, Grace. Ahora solo está intentando encontrar la manera de gestionar la decepción. Deja que lo haga* .

Sus palabras tienen un trasfondo que ahora mismo no acabo de pillar. Me pregunto si lo dirá por Lia. Debe de ser raro saber que tu compañera te amaba tanto que dio su vida para traerte de vuelta. Pero también espantoso.

—*Ya te he dicho que Lia no era mi compañera* —dice Hudson con una voz cortante como una navaja. Espero a que diga algo más, pero no lo hace. Al menos no sobre Lia —: *Pero tienes razón: Flint no debería haberte metido en sus líos* .

—No son líos. Es como se siente —digo, y miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie me oye. Ya se han acostumbrado a verme hablarle al aire, así que no me prestan atención. Aun así, continúo hablando más bajito todavía—: No puede evitar sentirse de esa manera.

Sigo preguntándome por las extrañas vibraciones que recibo de Hudson sobre Lia. Pero no pienso insistirle. Con una confesión dolorosa al día ya he tenido suficiente.

—*No son términos incompatibles* —replica con ese acento de británico estirado que solo emplea cuando quiere hacerme sentir infantil... o cabrearme—. *Las emociones son tremendamente liosas todo el tiempo* .

—¿Por eso no te permites tener ninguna? —le espeto en respuesta—. ¿Son demasiado liosas para ti?

Se hace otro largo silencio. Entonces dice:

—A ver si espabilas, Grace. Tengo muchas emociones. Odio, principalmente, en estos momentos, pero es una emoción al fin y al cabo .

Pongo los ojos en blanco.

—Nunca cambiarás.

—*Ojalá fuera verdad* . —Enarca una ceja—. *Será mejor que te apresures con esas bebidas. El dragón se está impacientando* .

Antes de que pueda responder, Flint interviene:

—¡Eh! ¿Necesitas ayuda? O, en otras palabras: ¿dónde está mi bebida?

—No. Ya voy —le respondo, y cojo un Dr Pepper para mí y apilo todas las bebidas para llevarlas a la mesita de café.

—La asamblea para la entrega de la piedra de sangre se celebrará mañana por la tarde —indica Macy cuando me siento entre Jaxon y ella—. El siguiente artículo es el hueso de dragón. Deberíamos conseguirlo antes de que empiece la asamblea.

—Si vamos mañana, Gwen no podrá acompañarnos —explica Mekhi—. Me he pasado por la enfermería para ver cómo estaba antes de venir y está mejor, pero Marise dice que estará fuera de juego durante un par de días.

—Pobre Gwen. Su brazo tenía un aspecto horrible —digo con lástima.

—Lo tenía hecho polvo —confirma Mekhi.

—No le va a gustar perderse lo del cementerio —comenta Macy—, pero tenemos que hacerlo para poder pasar al siguiente artículo.

—Un momento, retrocede. —Eden mira a Flint—. ¿Por eso me estabas preguntando por el cementerio? —Cuando Flint asiente, ella añade—: ¿Para qué necesitáis un hueso de dragón?

Me planteo eludir su pregunta, pero la verdad es que los ocho hemos ganado la piedra de sangre. Si solo la reclamamos como premio unos cuantos, vamos a quedar

como unos auténticos capullos. Jaxon debe de pensar lo mismo, porque responde:

—Participamos en el torneo porque necesitamos la piedra de sangre para un conjuro muy importante. Pero necesitamos algunas cosas más también, incluido un hueso de dragón.

—Un hueso de dragón. —Eden medita antes de volverse hacia Flint con los ojos abiertos como platos—. ¿Del cementerio? ¿En serio vas a llevarlos al cementerio?

—Tienen que ir —le informa—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que los deje vagar por ahí y rece para que no mueran?

—¿Que vaguemos por dónde? —pregunta Macy, y ahora es ella la que tiene los ojos abiertos como platos—. ¿A qué clase de lugar vas a llevarnos?

—Al mágico lugar que no admite visitas que no sean de dragones —responde Eden—. Bueno, y de dragones tampoco.

—Ya, bueno, pues por desgracia no tenemos elección —le contesta Jaxon con tono adusto, y entonces revela a todo el grupo los detalles de mi situación.

—Entonces —dice Xavier inclinándose hacia delante para mirarme a los ojos—. ¿Él está aquí en estos momentos? —Me da unos golpecitos en el lado de la cabeza con cuidado.

—*¿Qué se cree este? ¿Que puede sacarme a la fuerza?* —pregunta Hudson secamente—. *¿O solo quiere mirarme a los ojos con deseo?*

—*Un poco de ambas cosas, tal vez* —respondo, porque, en serio, ¿quién hace eso?

—Sí —dice Jaxon, y extiende la mano para detener a Xavier antes de que me provoque un traumatismo craneoencefálico—. Está aquí. Y el único modo de sacarlo de su cabeza es con estos cinco objetos.

—Pero ¿en serio queremos que salga? —pregunta Mekhi—. A ver, la última vez que estuvo libre no le fue muy bien a nadie...

—Y no le va a ir muy bien a mi compañera si no lo sacamos —le espeta Jaxon, y Mekhi, junto con todos los demás, relaja un poco el tono. Ahora que Jaxon es más accesible, la gente tiende a olvidar que sigue siendo Jaxon, sigue siendo el príncipe oscuro, y creo que acaba de recordárselo—. Ha tomado el control de su cuerpo en más de una ocasión —continúa Jaxon—. Conoce cada uno de sus pensamientos y tiene acceso a nuestro vínculo. Así que, sí, tiene que irse. Y lo antes posible.

—Tienes razón —afirma Xavier, que parece horrorizado tras la enumeración de Jaxon. Además, ya ha dejado de darme golpes en la sien.

—Vale, en tal caso, me apunto —indica Eden.

—¿A qué? —pregunto algo desconcertada.

—A lo del cementerio, y a cualquier otra cosa que necesitéis.

—Sí, yo también —añade Xavier—. Secuestrar el cuerpo de una chica así no mola nada. Menudo malnacido.

Me vuelvo hacia Hudson, que ahora tiene la cabeza inclinada hacia atrás, apoyada en la pared, y está con los ojos cerrados. Noto su agotamiento desde aquí.

—*Todo el mundo tiene derecho a tener una opinión* —masculla.

—Contad también conmigo —afirma Mekhi—. Sabes que siempre tendrás mi apoyo, Jaxon. Y ahora tú también, Grace.

—Mi padre va a flipar cuando descubra que hemos metido a tres alumnos más en esto —señala Macy—. He hablado con él y ha accedido a mantener ocupado al Círculo para que nos dejen tranquilos mañana por la mañana mientras nos colamos en el cementerio, pero no le hace ninguna gracia que vayamos solos. Y no le va a gustar nada que os lo hayamos contado.

—Además es peligroso —les digo—. Muy peligroso.

—Eh… creo que he sido yo la que acaba de decir eso —responde Eden, y se encoge de hombros—. Pero, en fin, a

veces una chica tiene que hacer lo que tiene que hacer. Y, al parecer, lo que tiene que hacer una chica en esta ocasión es expulsar de una patada a un maniaco homicida de su cabeza.

—Brindo por ello —señala Flint levantando su refresco—. Además, a veces...

—... con la prudencia no se consigue nada. —Jaxon termina la frase con una enorme sonrisa en la cara.

—¡Eso es! —Flint asiente con satisfacción ante lo que debe de ser una broma interna suya, y ambos chocan las manos —. Entonces, para que quede claro, ¿lo haremos mañana por la mañana?

—Por supuesto —contesta Eden, y todo el mundo asiente.

—Un momento... ¿No nos estamos precipitando un poco? —pregunto—. A ver, ni siquiera sabemos dónde está el cementerio. ¿O sí?

—Sí lo sabemos —repone Flint intercambiando una mirada con Eden—. Hablé con mi abuela al respecto, pero también le pedí a Eden que le preguntase a la suya el otro día, y tiene todos los detalles.

—La buena noticia es que no tendremos que desplazarnos muy lejos —dice Eden—. Y la mala es que mi *grand-mère* dice que a ese lugar solo iría alguien con deseos de morir, ya que casi nadie sale de allí con vida.

78

Hablando de asuntos pendientes

—¿Nadie sale con vida? —pregunta Macy ojiplática—. Vaya, suena divertido.

—Tranquila, Mace —responde Xavier—. Podremos con un puñado de huesos viejos.

—Es un poco más complicado que eso —le explica Flint.

—Pero podemos conseguirlo —afirma Eden—. Lo sé.

—Además, no puede ser peor que ir a por una bestia a la que es imposible matar —intervengo—. Digo yo.

—Me encanta tu optimismo —me dice Mekhi. Luego mira al grupo—. Yo digo que adelante.

—Mañana, a las cinco de la mañana —indica Jaxon antes de preguntarles a Flint y a Eden—: ¿Dónde quedamos?

—En los túneles —responde Flint, y se me cae el alma a los pies. Pero las cosas son como son. A veces no te queda más remedio que agachar la cabeza y hacer lo que tienes que hacer, aunque no quieras.

—Me parece bien —dice Xavier, y coge la caja de su pizza y la lata de su refresco, y las tira al contenedor del reciclaje

que está en lo alto de las escaleras. El resto hacemos lo mismo y el grupo se despide poco después.

El torneo nos ha dejado agotados, y nadie quiere alargar la noche. Excepto yo... Hudson está profundamente dormido ahora, así que pasar un poco de tiempo con mi compañero sin que su hermano se entrometa cada diez segundos suena de maravilla.

Espero a que Flint se marche (no hay necesidad de restregarle las cosas) y, entonces, me relajo en el sofá junto a Jaxon y me llevo su mano a la boca. Él me observa con los ojos encendidos durante varios segundos. Después me rodea con los brazos y me estrecha contra su cuerpo.

Ambos suspiramos al sentir el contacto del otro.

—Me encanta abrazarte —me dice.

—Y a mí. —Levanto la cabeza y espero que me bese, pero solo me da un piquito. Es agradable, pero no es ni mucho menos lo que estaba esperando.

Me estiro y lo beso, pero se aparta al cabo de un segundo.

No sé si lo hace adrede intentando hacerse el gracioso o si hay algún problema que yo no sepa. Pero cuando lo miro a la cara, me sonríe con ternura, como si se lo estuviera pasando de maravilla.

Y es entonces cuando decido tomar las riendas del asunto. Me levanto, le ofrezco la mano y le digo:

—Venga, vamos. —Añado unas comillas en el aire para lo que creo que a partir de ahora debería ser siempre nuestro código para «enrollarnos»—. A «ver la aurora boreal».

Parece confundido.

—¿Quieres ver la aurora boreal? ¿Ahora?

—¡Sí, ahora! —Daría una patada en el suelo como una niña malcriada, pero tengo miedo de despertar a Hudson, y es lo último que quiero hacer.

—Vale... —Jaxon me mira raro mientras avanzamos hacia su dormitorio y hacia el parapeto que hay al otro lado de la ventana—. ¿Hay algún motivo en particular? A ver, que no me importa, pero...

Lo agarro de la camiseta y tiro de él hacia mí para poder pegar mis labios a los suyos.

—Ah —murmura con sorpresa, seguido de otro «ah» más grave mientras me envuelve con los brazos, me levanta y me lleva hasta la cama sin que nuestras bocas se separen ni por un instante.

Se da la vuelta para ser el primero en caer sobre la cama, y aterrizo encima de él. Me pongo a horcajadas y de rodillas sobre su cadera y empiezo a darle pequeños besitos hasta el cuello, deleitándome en la sensación de su cuerpo contra el mío. Duro. Fuerte. Perfecto.

Jaxon gruñe, echa la cabeza atrás para facilitarme el acceso y me agarra de las caderas.

—Espera —susurra mientras beso el borde afilado de su mandíbula—. ¿Qué pasa con Hudson?

—Está dormido —respondo, y deslizo las manos por debajo de su camiseta para acariciar la cálida piel de su estómago.

Gruñe de placer y nos da la vuelta en la cama de manera que quedo tendida debajo de él.

—¿Por qué no me lo has dicho? —pregunta apoyado sobre los hombros encima de mí.

—Lo he intentado. ¿A qué crees que venía lo de la «aurora boreal»?

Parece confundido.

—¿Qué quieres decir con...? —Deja la frase a medias cuando cae en la cuenta—. Un momento. ¿Eso era una insinuación?

—Yo no lo llamaría exactamente una «insinuación»... —le digo, pero ya está negando con la cabeza y riéndose.

—Jamás lo habría adivinado. ¿Cómo iba a saber que con lo de «ver la aurora boreal» te referías a eso? —Aunque inclina la cabeza con respeto—. Pero es muy inteligente. Me gusta.

—Obviamente no es tan inteligente —le digo—, ya que estamos hablando de ello en lugar de besarnos bajo sus luces.

—Bien, pues volvamos a ello. No querría decepcionarte. —Mueve una mano y las cortinas se abren, mostrando la luminosa aurora boreal al otro lado de la ventana.

Y entonces empieza a besarme de nuevo y es una sensación tan agradable... Todo parece tener sentido. Su boca moviéndose contra la mía. Su pelo haciéndome cosquillas en la mejilla. Sus manos colándose bajo mi ropa y deslizándose por mi piel.

Me arqueo hacia él, entrelazando nuestras piernas mientras él me acaricia el cuello y la clavícula con los labios. Ladeo la cabeza y le ofrezco mi garganta, mi yugular, y arrastra los colmillos suavemente por mi piel.

Tiemblo al pensar en el placer que está por llegar. Echaba tanto de menos esto... Me pego a él, entierro las manos en su pelo y... el despertador de mi móvil empieza a sonar estridentemente.

Jaxon se aparta y gruñe en protesta.

—¿Para qué la has puesto?

—Había quedado esta noche con Heather para realizar un FaceTime. —Me incorporo y saco el móvil para apagar la alarma—. Voy a mandarle un mensaje y a decirle que la llamo dentro de un ra...

—*No puede ser ya de día* —gruñe Hudson medio dormido.

—¡Mierda! ¡Joder! Hudson se ha despertado.

Me desplomo de nuevo sobre la cama y me quedo mirando al techo. Jaxon me mira a la cara y hace lo mismo.

—Siempre tuvo el sueño ligero, incluso cuando éramos niños.

—*Sí, bueno, es lo que tiene no saber cuándo va a entrar tu padre en tu habitación para intentar mataros a ti o a tu hermano pequeño* —responde Hudson con voz algo tensa, pues debe de haberse imaginado lo que estaba pasando mientras él dormía.

—Eso es horrible —susurro, y mi opinión sobre Cyrus (y sobre Delilah) es aún peor que antes, que ya es difícil.

Siento que Hudson se encoge de hombros en mi mente.

—¿Qué pasa? —pregunta Jaxon poniéndose de lado para poder verme mejor la cara—. ¿Estás nerviosa por lo de mañana?

Me aferro a la salida que me ofrece, porque no quiero traicionar la confianza de Hudson.

—Pues la verdad es que sí. ¿Y si de verdad es tan malo como dice la abuela de Eden?

—No te preocupes —responde Jaxon con una sonrisa de seguridad—. Yo te protegeré.

—Esa no es la cuestión. —Me incorporo molesta por su repentina actitud de «soy el chico; lo tengo controlado»—. La cuestión es que les estamos pidiendo a muchas personas que nos importan que arriesguen la vida para ayudarme. No quiero que nadie resulte herido.

—Y yo te digo que yo me encargo —asegura Jaxon—. Puedo protegeros a todos. Es mi trabajo.

—Y yo no paro de repetirte que no quiero que nadie me proteja. Quiero valerme por mí misma, y luchar junto a mi compañero, no detrás de él...

Dejo la frase a medias cuando la llamada de FaceTime empieza a sonar en mi móvil.

—¿Qué? —pregunta Jaxon confundido.

No le respondo. En vez de eso, le muestro la pantalla del teléfono y le explico:

—Tengo que contestar. Hace un siglo que no hablo con Heather. —Le doy un beso distraído en la coronilla antes salir y dirigirme a las escaleras—. Nos vemos mañana.

—*He de decir, Grace, que nunca dejas de sorprenderme* —me dice Hudson cuando deslizo el dedo para responder la llamada de mi amiga.

79

Dinámica de confianza: dejarse caer

A la mañana siguiente le envío un par de mensajes a Heather mientras Macy y yo corremos por el último pasillo en dirección a los túneles.

Me alegro de haber podido
hablar contigo anoche POR FIN.
¡¡¡No me puedo creer que tus padres te hayan
regalado un billete a Alaska para
tu cumple!!! Me muero por verte, bss

Fue tan genial hablar con ella que no quería colgar. La echo muchísimo de menos, y no me puedo creer que me haya perdonado tan fácilmente después de haber estado cuatro meses sin dar señales de vida. Ya me había preparado para humillarme.

En vez de eso, resulta que va a venir a verme durante las vacaciones de primavera... si es que sobrevivo a los próximos días, claro está. Y si consigo encontrar la manera de decirle que los seres paranormales existen y que yo soy una gárgola. Podría intentar ocultárselo, pero no pienso dejar que venga aquí y que la traten como me trataron a mí cuando llegué al Katmere. Ni de coña.

¡¡¡Yo también!!! Por cierto,
el cálculo es un coñazo.

—Ya hemos llegado —dice Macy justo cuando entramos en la mazmorra donde hemos quedado con Eden y los demás.

Eden nos mandó anoche un mensaje para reunirnos allí, y he de admitir que se me aceleró el corazón al darme cuenta de que eso significa que el Cementerio de Dragones debe de estar debajo del instituto, cerca de las mazmorras.

Aunque, la verdad, después de pensarlo me di cuenta de que tampoco era algo tan inesperado. Me refiero a que ya me había dado cuenta de que el Katmere está más vinculado a los dragones que a ninguna otra facción, con todas esas piedras preciosas incrustadas en las paredes de los túneles y los pasillos de huesos. En una de mis horas de investigación en la biblioteca, me topé con una historia completa del instituto.

Resulta que el Katmere no siempre fue un centro de enseñanza: empezó siendo la guarida de un dragón. Y no de cualquier dragón: era la guarida de la familia gobernante original. Pero lucharon del lado de Cyrus en la Segunda Gran Guerra y, como concesión tras su pérdida, se reclamó la guarida y se fundó el Katmere para fomentar las relaciones entre especies haciendo que todas las facciones estudiasen juntas.

Una vez le pregunté a Flint qué fue de la familia original, ya que sabía que no eran sus padres, pero este se encogió de hombros y me dijo que la mayoría murió en la guerra, y que nadie sabía exactamente qué le sucedió al resto.

Cuánta pérdida y cuánta tragedia ha tenido que soportar este mundo sobrenatural. Y ¿para qué? ¿Para que un grupo esté al mando y otro no? ¿Es realmente todo una cuestión de poder?

—*Casi nunca lo es* —responde Hudson, y me acerco a donde se encuentra pasando ociosamente las puntas de los dedos por las paredes enjoyadas. Lleva tristón toda la mañana, y voy a tener que pedirle que deje esa actitud en

la puerta si quiero estar alerta en el cementerio. Hudson puede hacer que me olvide de todo lo demás en un santiamén cuando me cabrea. Puedo pasar de cero a cien en 2,8 segundos.

—*¿Qué eres? ¿Un Bugatti?* —pregunta—. *Es el único coche que puede hacer eso* .

—*Cuando empiezas a tocarme el... claxon, sí* —respondo, y resopla.

—*Menudo símil más malo* .

—*Lo intento* —le digo con una sonrisa antes de volverme hacia el grupo.

Jaxon y Flint están discutiendo posibles problemas que puedan surgir antes de entrar en el cementerio. Macy está comprobando su varita e intercambiando unas botellitas con pociones entre su mochila y una especie de bolsito que lleva atado a la cintura. Y Eden y Xavier están apostando a ver cuál de los dos puede cargar con el hueso más pesado. El corazón se me llena de orgullo al ver a mi nueva familia.

Al menos hasta que Xavier le pregunta a Macy:

—¿Vas a llevar riñonera?

Macy ni siquiera lo mira cuando responde:

—Es mi kit de pociones.

—No sé si nos van a dejar entrar con eso —le suelta con una pícara sonrisa lobuna.

Todos nos reímos, incluso yo. Después me vuelvo hacia Hudson y le digo en voz baja:

—Sabes que vamos a arriesgar la vida por ti, ¿verdad?

—*Ya, claro, como si lo estuvierais haciendo por mí* . —Suelta un bufido—. *Lo hacéis más bien para que deje de alimentarme de tu queridísimo Jaxon* .

Niego con la cabeza.

—Bueno, al menos yo lo hago por ti.

Se queda parado. Me mira durante largos segundos y sus ojos azul índigo reflejan decenas de emociones que no sabría explicar. Espero a que exprese alguna de ellas, a que

diga algo, lo que sea, que me ayude a entender por qué está siendo tan difícil justo ahora.

Y, por un momento, parece que va a hacerlo, que va a abrir la boca y a decir algo con cierta profundidad emocional.

Pero al final niega con la cabeza y aparta la mirada. Se lleva la mano al pelo y hace de todo menos hablarme sobre algo que realmente importa. Sin embargo, sí que dice:

—*Entonces, por favor, deja que vaya a por mis pompones* .

Y ya estamos. De cero a doscientos cincuenta.

—Vale. Y para sacarte de mi puta cabeza para no tener que aguantar que me jodas el ánimo nunca más.

Resoplo y le doy la espalda. Es muy probable que estemos a punto de morir. ¿De verdad le cuesta tanto decir «gracias»?

Jaxon dice que será mejor que nos pongamos en marcha. Entra en la primera celda y empieza a pulsar el código en la puerta para que podamos acceder a los túneles. Pero Flint lo detiene con una mano en el hombro.

—No es así como se accede a los túneles que llevan al cementerio.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Macy—. Creía que habíais dicho que la única manera de encontrarlo era a través de los túneles.

—Así es. —Eden sonríe—. Pero no por esos.

Flint nos indica a todos que lo acompañemos hasta el final de la celda, donde una de las paredes parece tener varias piedras preciosas distintas incrustadas formando un círculo: una esmeralda, un rubí, un zafiro, una obsidiana, una amatista, una turmalina, un topacio y un cuarzo. Pulsa cada piedra como si estuviese introduciendo un código de seguridad y da un paso atrás.

Un par de segundos después, el suelo ruge bajo mis pies de forma ominosa y, entonces, las inmensas piedras que hay dentro del círculo de gemas empiezan a desplazarse

una a una hasta que se abre un pequeño túnel redondo en medio de la pared.

—¿Quién quiere ser el primero en colarse por el agujero del terror? —bromea Macy, y todo el mundo se ríe, pero nadie levanta la mano.

—Bueno, estáis de suerte, porque supongo que tiene que ser un dragón. —Los ojos de Flint centellean de emoción. Se vuelve hacia Eden y pregunta—: ¿Deberíamos contarles lo que hay al otro lado? ¿O, mejor dicho, lo que no hay?

Eden pone los ojos en blanco.

—Sí, prefiero no arriesgarme a que un lobo o un vampiro me muerdan en el cuello presas del pánico. —Se vuelve para dirigirse a nosotros—. Como sabéis, estos túneles se construyeron para dragones... que pueden volar. Así que al otro lado del túnel hay un tramo sin suelo. Tú, Grace, que puedes volar, y Jaxon... Cuando el túnel os lance al aire, usad vuestros poderes y todo irá bien. El resto, contad hasta treinta antes de entrar después de otra persona, y Flint o yo os cogeremos al otro lado.

Asiente como si eso fuera todo, se agarra a la pequeña repisa que hay sobre el agujero y se cuela por este en un rápido movimiento, con los pies por delante. Acto seguido desaparece.

—Me encanta esta parte —bromea Flint antes de colarse también por el agujero y desaparecer.

El resto de nosotros nos quedamos ahí, mirándonos los unos a los otros, preguntándonos si nos estarán tomando el pelo o si de verdad esperan que saltemos y que dejemos que la gravedad haga su trabajo. Sea como sea, a ninguno nos emociona demasiado ser el primero en saltar.

Jaxon me coge de la mano y dice:

—Oye, no te preocupes. Yo te atraparé.

Antes de que pueda puntualizar que tengo alas y que puedo «atraparme» a mí misma, gracias, Xavier le suelta:

—Tío, ella tiene alas. Preferiría que me atraparas a mí en su lugar. No me apetece nada que un dragón me atraviese

el corazón con sus garras.

Todo el mundo se ríe con nerviosismo, y decidimos de mutuo acuerdo que, efectivamente, Jaxon debería ser el que «atrape» a todos los que no tengan alas, de modo que es él quien salta el siguiente. Espero oír un grito o un impacto o algo, pero estamos hablando de Jaxon, así que no hay nada.

Puesto que yo soy la única que queda que puede volar, inspiro hondo, me acerco al agujero y me asomo. La caída es bastante pronunciada ya nada más empezar... Siento que el corazón se me acelera a consecuencia del pánico.

—*Tranquila* —me dice Hudson con una sonrisa deliberadamente maliciosa desde la pared donde ha estado apoyado todo el tiempo—. *Jaxon te atrapará* .

Ya está. Lo fulmino con la mirada, levanto la barbilla, doy media vuelta y me cuelo por el agujero.

80

Guía de antigravedad para gárgolas

Intento mantener la calma, pero es una caída muy muy muy larga, y acabo gritando antes de llegar a la primera curva. Bajo mi cuerpo, la piedra es suave y lisa, y eso solo contribuye a aumentar la velocidad mientras zigzagueo de aquí para allá en un descenso totalmente empinado. En serio, me recuerda a uno de esos toboganes de los parques acuáticos de San Diego y, al final, acabo sonriendo como una loca... Al menos hasta que el «viaje» termina y el túnel me expulsa a un vacío oscuro y profundo.

Parece un agujero negro.

El pánico me invade. Me cuesta respirar y todo el cuerpo se me pone en tensión. Pero, de alguna manera, consigo transformarme en el aire y las alas me sostienen cuando apenas he descendido menos de un metro. Pese a la oscuridad, sé que la caverna es pequeña porque oigo el eco de nuestros aleteos, pero poco más. Además, debe de haber agua cerca, porque la humedad me cubre la piel en cuestión de segundos.

Siento que Flint y Eden están volando junto a mí, pero apenas puedo verlos. De repente, siento un escalofrío. Este lugar no me quiere aquí; lo siento en mis huesos. Mi voz interior me suplica que me largue de aquí y jamás había querido hacerle tanto caso.

Estoy casi convencida de que veo a Jaxon de pie en un camino a un lado, de modo que me dirijo hacia él, aterrizo y vuelvo a transformarme en humana. Me estrecha en un abrazo sin apartar la vista ni un momento del agujero del infierno. Cuando Mekhi, Xavier y Macy aparecen de uno en uno, los traslada flotando sin problemas hasta el suelo.

Mekhi está bromeando con Xavier y diciéndole que grita como la mejor amiga de su hermana, un hada *banshee* , cuando Eden y Flint se transforman en el aire a un metro sobre el suelo y aterrizan de pie junto a nosotros, ambos negando con la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Es que nadie se fía de que lo atrape un dragón? —bromea Flint, pero no parece importarle cuando se vuelve hacia Eden y le dice—: Joder, uno nunca se cansa de esa atracción, ¿eh?

—Un momento..., creía que nunca habías estado en el cementerio. ¿Es que no vamos ahí? —pregunto confundida de verdad.

—Pues es que resulta que el cementerio no está muy lejos del depósito, y ahí sí que he estado. —Menea las cejas arriba y abajo cómicamente y me echo a reír.

—Vale, voy a picar. ¿Qué es el depósito?

El tono de Flint se vuelve casi reverencial cuando responde simplemente:

—El tesoro.

—¿Necesitas una servilleta para limpiarte esas babas, tío? —pregunta Xavier.

Jaxon sonríe y niega con la cabeza:

—Dragones... —dice, como si eso lo explicara todo.

—Bueno —continúa Flint—, como decía, el cementerio no está lejos de aquí. Se llega por un pasillo secundario.

Seguidnos.

Eden sale corriendo detrás de Flint hacia un espacio prácticamente a oscuras y todos los seguimos. No veo gran cosa; al parecer, los ojos de las gárgolas no tienen nada de especial pese a lo que decía aquella vieja serie de televisión, así que saco el móvil y activo la linterna. No pienso ir por unos túneles tenebrosos a oscuras.

Hudson se ríe a mi lado.

—*Gallina* .

—Chisss —le pido, y me concentro en comprobar que hay suelo delante de mí a cada paso que doy—. Estoy procurando no caerme.

Se ríe otra vez, pero afortunadamente no hace ningún comentario.

Caminamos durante otros quince minutos más por un laberinto de túneles, deteniéndonos de vez en cuando para que Eden y Flint se pongan de acuerdo sobre qué dirección tomar a continuación. Casi he decidido que nos hemos perdido cuando Flint da media vuelta y nos dice por encima del hombro:

—¡Hemos llegado!

Y entonces Eden y él giran bruscamente a la izquierda... y desaparecen.

81

Cien por cien
esa clase de bruja

Jaxon y yo corremos hacia el último sitio en el que hemos visto a los dragones, pero ahí solo hay un muro sólido. Empezamos a empujar con las manos la irregular superficie de piedra, pensando que tal vez haya algún resbalón secreto o algo así.

De repente, mi mano toca carne. Lanzo un grito y doy un brinco hacia atrás. Es Flint.

—¿Cómo...? —empiezo a preguntar.

—¿Qué hacéis, chicos? —quiere saber él atravesando sin problemas la pared—. Venga, dejaos de tonterías. ¿A qué estáis esperando?

—Verás, es que al parecer no podemos atravesar muros de piedra.

Subo una ceja mientras Xavier toquetea el muro para mostrárselo a Flint.

—Ay, mierda. No habíamos pensado en eso —le dice a Eden por encima del hombro—. Al parecer, solo los dragones pueden atravesarlo.

Ahora es Eden quien reaparece a través del muro y, sí, resulta igual de escalofriante que cuando lo ha hecho Flint.

—Eh... mi *grand-mère* no me dijo que fuese a suponer un problema. Quizá no lo sabía. ¿Alguna idea?

Jaxon da un paso adelante y pide:

—Apartaos un poco. Voy a probar una cosa.

Entonces separa las piernas y coloca las manos hacia delante, como si fuese a mover físicamente una cama o algo así, pero se concentra en la pared que tiene a metro y medio de distancia.

—*Uy, esto no me lo pierdo* —asegura Hudson, y se coloca al lado de su hermano—. *Mi hermanito se dispone a mover rocas... ¡en un túnel!*

No caigo en lo que quiere decir hasta que el suelo empieza a temblar y unas piedrecitas y polvo caen del techo que nos rodea.

—¡Para! —grita Macy y, afortunadamente, Jaxon obedece —. No creo que sea seguro intentar derribar el muro, Jaxon. Puede que sea solo una ilusión para los dragones, pero es muy real para el resto de nosotros. Puedes provocar un derrumbamiento.

—Entonces ¿cómo vamos a atravesarlo? —pregunta Xavier.

—*Solo es una idea, ¿eh?* —sugiere Hudson con tono sarcástico acercándose a la pared y apoyando un hombro en ella—. *Pero yo diría que la mejor manera de eliminar un muro mágico es con... magia* . —Enarca una ceja—. *Ojalá tuviésemos una bruja a mano* .

Le saco la lengua porque, en serio, lo que menos necesitamos ahora mismo son sus sarcasmos. Doy media vuelta hacia mi prima y le pregunto:

—Macy, ¿crees que puedes desbloquear la magia del muro?

Entrecierra los ojos mientras lo medita, pero entonces se pone derecha, cuadra los hombros y contesta:

—Desde luego que sí.

Se quita la mochila del hombro y empieza a hurgar en ella.

—Grace, ¿me ayudas? —añade mientras saca ocho velas y las coloca de forma equidistante formando un amplio círculo —. Vale, ahora meteos todos en el círculo.

Una vez que estamos todos dentro de la protección del círculo, hace un encantamiento y las velas empiezan a arder. Cuando está satisfecha con las llamas, apunta con la varita hacia el muro e invoca a los elementos. El viento entra poco a poco, soplando suavemente por el túnel. Macy empieza a entonar su hechizo. El volumen de su voz aumenta con cada frase que pronuncia. El viento se acelera y, en un momento dado, incluso siento una fina llovizna en mi piel.

El viento se acelera de nuevo, las llamas de las velas ascienden y ascienden, y el suelo bajo nuestros pies comienza a temblar de nuevo.

Entonces Macy levanta la varita, con los brazos abiertos y la cara alzada hacia el techo y dice:

—Ilusiones grandes. Ilusiones pequeñas. En este muro encuentra una puerta.

El viento se aviva más todavía, aullando por los pasadizos con tanta fuerza que estoy convencida de que nos va a tirar al suelo. Las llamas de las velas ascienden hasta el techo.

—*Buen trabajo, Macy* .

Detecto un reticente respeto en el tono de Hudson que no suele estar presente cuando se refiere a mi prima (o a cualquiera, mejor dicho), antes incluso de que levante la varita por encima de su cabeza y señale hacia arriba mientras entona tan bajo y tan rápido que las únicas palabras que consigo entender son *calor* , *limpieza* y *arder* .

De repente, se forma un rayo y grito cuando conecta con la varita de Macy. Pero mi prima ni se inmuta. Sigue a lo suyo, dejando pasar los segundos mientras la varita absorbe cada molécula de energía que el rayo pueda contener.

Solo cuando este se ha disipado y el viento, la lluvia y el fuego se desvanecen, Macy señala con la varita hacia la

parte del muro por la que Eden y Flint han dicho que debía estar el Cementerio de Dragones. Y, con un movimiento de la muñeca, descarga toda la energía que acaba de absorber sobre ese punto.

El viejo muro tiembla y se agrieta bajo el increíble poder que Macy está dirigiendo hacia él. Durante varios segundos creo que la vieja magia dragontina va a aguantar, pero entonces cae la primera roca. Pronto el muro entero empieza a desmoronarse, e inmensos trozos de roca y piedra llueven a nuestro alrededor.

Cuando la primera piedra amenaza con golpearnos, Eden y Flint levantan los brazos para protegerse la cabeza. Pero la magia de Macy es demasiado fuerte; su poder hace resonar todo el pasadizo y, al mismo tiempo, protege al círculo y a los que están en él de cualquier posible daño.

Caen más piedras y rocas, llenando de escombros el suelo a nuestro alrededor, pero ni una mota de polvo logra atravesar la barrera de Macy; ni una roca suelta consigue tocar el fuego que nos cerca. Y cuando el rayo por fin se disipa, cuando el hechizo de mi prima concluye por fin y el polvo de las rocas desprendidas se asienta, el muro desaparece.

Y en su lugar queda la entrada a una gigantesca caverna luminiscente.

82

Vuela o muere

Macy cierra rápidamente el círculo dando las gracias a los elementos, y entonces atravesamos la irregular abertura en la pared que acaba de crear.

—¿Qué diablos es este lugar? —pregunta Xavier mientras todos miramos a nuestro alrededor con una mezcla de fascinación y espanto.

—El sueño húmedo de Salvador Dalí, al parecer —responde Jaxon rodeando mi cintura y estrechándome contra él.

—Y tanto —coincido—. Yo solo digo que como vea uno de esos relojes deformados, me largo de aquí.

Estamos en un pequeño hueco al borde de un precipicio que da a una inmensa caverna. La caverna en sí mide unos cien metros de ancho, y parece no tener fondo. Y, por si eso no diera ya bastante terror, está también superoscura. Pero hay la luz suficiente, aunque no sé de dónde narices procede, como para ver unas formaciones rocosas afiladas y escarpadas que sobresalen de ambos laterales.

—Será mejor no caerse ahí —comenta Mekhi cuando se asoma por el borde.

—Y que lo digas —responde Macy.

Yo también me acerco y, al cambiar de perspectiva, me doy cuenta de que la zona luminiscente de la caverna es en realidad una isla, y que la caverna es una especie de extraño foso que la rodea.

Es más, la isla en sí está repleta de enormes (y cuando digo «enormes» quiero decir «descomunales») huesos blancos. Y da miedo, sí, pero ¿qué otra cosa esperabas cuando te apuntas a ir a un Cementerio de Dragones? Pero lo más fascinante, lo que nos obliga a todos a quedarnos mirando como si no nos pudiéramos creer lo que estamos viendo, es que los huesos son tan inmensos que ofrecen una enorme superficie reflectante cuando la tenue luz los alcanza. Y es ese reflejo lo que dota a la isla de ese aspecto de reactor nuclear paranormal.

Es precioso y aterrador al mismo tiempo.

—El cementerio está justo ahí —señala Flint, como si los esqueletos gigantes no fueran pista suficiente.

—Yo mientras no haya ratas... —dice Macy acercándose un poco más al borde del profundo abismo que tenemos por delante mientras intenta ver lo que hay al otro lado—. Decidme que no hay ratas.

—Yo creo que si había ratas, ya se habrán caído por aquí. Y se habrán..., ya sabes... —Xavier hace un gesto como indicando que las ratas se habrán quedado empaladas e incluso deja la lengua colgando por un lado de la boca.

—*Vaya, eso es algo que no se ve todos los días* —comenta Hudson con tono borde.

—Creo que no nos hacía falta la ayuda visual —le indica Eden a Xavier.

—No sé, yo creo que le aporta cierto *je ne sais quoi* —bromea Mekhi justo antes de coger una piedra grande del suelo y lanzarla con todas sus fuerzas de vampiro. Apenas llega a un tercio del diámetro de la división cuando empieza a caer y a caer...

Esperamos en silencio para oír cuándo aterriza, pero sigue cayendo. Y eso nos pone los pelos de punta.

Aunque, en fin, supongo que eso no es más preocupante que las largas y afiladas puntas de roca que sobresalen de las paredes y, probablemente, del suelo.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —dice Xavier dándole una palmada a Flint en la espalda.

—¿Que no quieres caerte ahí por nada del mundo?

—Evidentemente. Pero también estoy pensando que por fin ha llegado el momento de que los dragones salven la situación.

—¿Cómo que «por fin»? —le suelta Eden—. Querrás decir «como siempre».

Flint levanta el puño y ella se lo choca… justo antes de transformarse con un colorido centelleo de luz. Flint hace lo propio segundos más tarde.

Montar en dragón resuelve el problema de cruzar la división, pero el espacio en la zona donde estamos se reduce drásticamente. Estoy demasiado cerca del borde para mi gusto, y cada vez más nerviosa, ya que el peso añadido de los dragones está empezando a agrietar el suelo bajo nuestros pies, haciendo que los bordes se desmenucen hacia el abismo.

—¿Quién va a montar? —pregunto mientras me acerco hacia Eden. No es que me importe montar con Flint, pero una caída desde esta altura sobre un suelo escarpado es sinónimo de una muerte segura, y él es demasiado temerario para mi gusto en estos momentos.

Antes de que nadie más elija con quién ir, todos nos volvemos a la vez hacia la derecha de la isla cuando oímos un aullido agudo que hiela la sangre. El ruido solo se intensifica hasta que una inmensa ráfaga de viento atraviesa la caverna y me obliga a retroceder unos cuantos pasos. Macy también se tambalea y está a punto de caerse por el borde.

Me abalanzo para cogerla con el corazón en la boca, pero Xavier llega primero, la agarra de la cintura y tira de ella hacia delante, alejándola del precipicio, todo en un veloz

movimiento digno de los libros de los récords. Lo único que falta es el beso, pero a juzgar por sus miradas no falta mucho para que llegue.

—¿Qué diablos ha sido eso? —pregunta Mekhi mirando hacia el barranco como si de repente estuviera poseído.

—Viento de guiverno —responden Jaxon y Hudson justo al mismo tiempo.

Me dispongo a preguntar qué significa eso, pero lo cierto es que no sé si quiero saberlo. Sobre todo teniendo en cuenta que regresa cuarenta segundos después, y que claramente rodea la isla justo cuando Jaxon me está ayudando a subirme al lomo de Eden. Me golpea con fuerza, y tengo que aferrarme al cuello de Eden en un intento desesperado por no caerme.

—No lo conseguiremos antes de la próxima ráfaga —dice Xavier mirando al otro lado del desfiladero. Flint resopla como si se hubiese tomado el comentario de Xavier como un insulto personal—. Tío, solo digo que es mucha distancia.

Flint vuelve a resoplar, esta vez claramente ofendido.

—Creo que lo tienen controlado —indico agarrándome fuertemente al cuello de Eden mientas Jaxon monta detrás de mí, seguido de Mekhi—. Solo tenemos que cronometrarlo bien.

—Exacto —afirma Macy mientras se sienta detrás de Xavier sobre el lomo de Flint—. Podemos despegar en cuanto golpee la siguiente ráfaga.

—Lo haremos —asegura Jaxon—, pero yo tengo un plan B, por si acaso.

—¡Vaya! —dice Xavier—. Y ¿te importaría compartirlo con el resto de nosotros?

Antes de que pueda contestar, otra ráfaga de viento de guiverno aúlla alrededor de la isla y viene directa hacia nosotros.

—¡Demasiado tarde! —grita Macy mientras se agarra con fuerza a Flint.

Yo hago lo propio también, porque en cuanto el viento nos azota, Flint y Eden se lanzan al aire.

Es un movimiento abrupto y rápido, y da un miedo de la hostia. Tanto es así que Macy grita durante los primeros diez segundos seguidos. Y la entiendo perfectamente. Si no tuviera las cuerdas vocales paralizadas, yo también gritaría.

De todas las cosas horribles y extrañas que me han pasado desde que llegué al instituto Katmere, esta es la más aterradora de todas. Sobre todo cuando ascendemos durante treinta segundos y la caverna continúa extendiéndose infinitamente delante de nosotros. Es imposible que lleguemos a la isla en menos de diez.

Flint y Eden deben de haber llegado a la misma conclusión, porque noto que se preparan mientras avanzan cada vez más rápido.

Mis cuerdas vocales se desbloquean lo justo para dejarme lanzar un chillido frenético y, entonces, el viento llega aullando de nuevo hacia nosotros. Flint y Eden entran en barrena y esquivan el viento manteniendo una velocidad de unos ciento sesenta kilómetros por hora.

Macy vuelve a gritar, y Xavier también, pero el viento no llega a alcanzarnos. Lo que significa que tenemos cuarenta segundos más para llegar al otro lado. Eden agacha la cabeza y avanza a toda velocidad. Yo, por mi parte, cierro los ojos con todas mis fuerzas y cuento hasta cuarenta. No quiero ver lo que pasa después.

Como era de esperar, oigo el viento de guiverno silbar conforme viene hacia nosotros. Pero, esta vez, cuando Eden intenta esquivarlo con otro giro lateral, no funciona. El primer extremo del viento se agarra a su ala izquierda y empieza a deslizarse hacia el resto de nosotros, y solo tengo un segundo para pensar que estamos totalmente jodidos. Es imposible que salgamos de esto con vida.

Pero Jaxon extiende la mano y le da una manotada al viento antes de que este pueda tocarnos. Y, entonces, haciendo uso de todo su poder, lo empuja hacia atrás y lo

retiene ahí el tiempo suficiente como para que Eden recupere la estabilidad y vuele a toda velocidad hacia lo que parece ser una especie de plataforma de aterrizaje.

Y mientras ella derrapa para hacer una parada rápida sobre el suelo de roca, yo consigo respirar por primera vez desde que me he subido a su espalda.

Flint aterriza justo a nuestro lado y, cuando descendemos de sus lomos, todos nos dejamos caer sobre el suelo.

83

Familia y hogar

Tardamos unos cuantos segundos en movernos. Sinceramente, creo que estamos reuniendo el valor necesario para continuar, al menos yo. No me cuesta admitir que tengo un poco de miedo de lo que nos pueda estar aguardando. La abuela de Eden le ha dicho que nadie sobrevive al cementerio; pero ella, como dragona, habría sobrevivido a ese camino azotado por el viento, de modo que el verdadero peligro aún debe de estar por llegar.

Jaxon me coge de la mano y tira de mí suavemente para ayudarme a levantarme y guiarme por el camino que se aleja del borde del precipicio. Los demás nos siguen también hacia el cementerio.

Sofoco un grito cuando por fin llegamos a la entrada porque... MADRE. MÍA.

—*¡La Virgen!* —exclama Hudson, y su voz resuena en mis pensamientos mientras miro de un lado de la caverna de quince metros de altura al otro.

—¿Todo esto son dragones? —susurro admirando las pilas y pilas de huesos. Costillas que se elevan seis metros en el aire cual descomunales monumentos, testimonio de la existencia de unas majestuosas bestias que el resto del

mundo solo recuerda ahora en los cuentos de hadas. Tibias largas como camiones destrozadas. Calaveras grandes como coches rotas. Huesos y más huesos, mires donde mires.

—Sí. —Flint suena más triste que nunca y, cuando lo miro con el rabillo del ojo, veo que está llorando. No solloza ni nada de eso, pero le caen unas cuantas lágrimas por las mejillas.

Miro un momento a Eden y veo que está teniendo exactamente la misma reacción.

—No esperaba que hubiese tantos —digo, y le cojo a Flint la mano con la mía libre—. Es... —Horrible, y hermoso e impresionante al mismo tiempo.

—Nuestra casa —susurra Eden cuando da el último paso y atraviesa el umbral—. Es nuestro hogar.

—¿Todos los dragones acaban viniendo aquí cuando mueren? —pregunta Mekhi—. ¿Todos los dragones del mundo?

—Todos —responde Flint—. Mis abuelos, mis bisabuelos, mi hermano... Todos están aquí.

Y, de repente, me siento profundamente avergonzada. Cuando decidimos venir al Cementerio de Dragones en busca de un hueso para sacar a Hudson de mi cabeza, ni por un segundo se me ocurrió que íbamos a estar profanando una tumba. Que ese hueso pertenece a la hermana de alguien. Al padre de alguien. Al hijo de alguien.

—Mi madre también está aquí —dice Eden con reverencia —. Murió hace un par de años, cuando yo estaba lejos, en el colegio. Nunca pensé que tendría la ocasión de venir aquí. Nunca pensé que tendría la ocasión de decirle adiós. —Pronuncia las dos palabras con un dolor tan intenso que las siento en el fondo de mi ser.

Yo me quedé destrozada cuando mis padres murieron. Una parte de mí sigue estándolo, y seguirá estándolo durante mucho tiempo. Pero al menos yo pude despedirme de ellos en un funeral formal. Al menos tengo un sitio al que acudir

si quiero notarlos cerca. No me puedo ni imaginar cómo me sentiría si simplemente hubiesen desaparecido un día y nunca supiera siquiera dónde han terminado.

—*Lo siento, Grace* —dice Hudson a mi lado y, al menos esta vez, sus palabras parecen sinceras. Sin sarcasmos, sin capas de protección ni segundas intenciones. Nada más que la verdad más sincera; y luego continúa—: *Siento que Lia hiciera lo que hizo para traerme de vuelta. Y siento que lo que hizo fuese tan doloroso para ti. Ojalá pudiera volver atrás y deshacerlo todo* .

Y, joder, ahora yo también estoy llorando. Porque, ¿qué se supone que tengo que decir a eso? ¿Cómo se supone que tengo que sentirme?

—*Se supone que tienes que odiarme* —responde—. *Yo me odio a mí mismo* .

—No fue culpa tuya —susurro y, aunque me duele decirlo, por primera vez lo creo de verdad.

Hiciera lo que hiciese y fueran cuales fuesen sus razones, sé que Hudson no pretendía que las cosas acabasen de esta manera. Él jamás habría querido que mis padres murieran para salvarse. No sé cómo lo sé, pero lo sé. A veces tan solo tienes que confiar a ciegas en alguien. Y saltar.

Así que, no es culpa suya.

Las cosas son como son.

Nuestras miradas se encuentran, y es como si el muro que separa nuestras mentes y nuestras almas se hubiese levantado. De repente, siento todo lo que él siente. La angustia. La culpa. El odio hacia sí mismo. Todo.

Me ahogo en una desesperación tan abrumadora que no puedo respirar. Y, de repente, todo desaparece. El muro vuelve a estar en su sitio, y tomo aire. Y vuelvo a respirar. Pero la bola de rabia que ni siquiera sabía que cargaba conmigo por la injusticia de lo que Lia les hizo a mis padres también ha desaparecido.

—*Gracias* .

No responde. No hay nada más que decir. Ya lo ha dicho todo en un único acto vulnerable.

—¿Podemos entrar? —pregunta Xavier en voz baja, y es la primera vez que lo veo sin su gorra puesta. Al principio pienso que la ha perdido, pero entonces veo que se la ha guardado en el bolsillo trasero del pantalón.

Por respeto, deduzco, cuando se pasa nervioso la mano por el pelo desgreñado. Se la ha quitado como señal de respeto antes de entrar en el cementerio.

—Sí —dice Flint dándose una palmada a sí mismo en la mejilla—. Acabemos con esto y larguémonos de aquí. Es hora de ir a casa.

84

Dos vampiros, una bruja y un lobo entran en un cementerio...

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Mekhi mientras avanzamos con cuidado por el camino de la entrada.

A diferencia de los cementerios humanos, aquí no parece haber ningún orden en concreto. Hay fragmentos de huesos por todas partes, incluido el sendero en el que estamos, y ninguno parece pertenecer al mismo esqueleto.

—Solo necesitamos encontrar un hueso completo —nos dice Jaxon—. Cosa que no parece tan fácil como pensábamos.

Él también mira a su alrededor, a los trozos de hueso tirados por todas partes.

Mekhi suspira.

—No pretendo ser aguafiestas, pero no se trata solo de encontrar un hueso completo, tiene que ser uno que podamos llevarnos al Katmere. Lo digo porque son enormes y, aunque sé que no tendremos problemas para transportarlo, o que Jaxon puede incluso usar su telequinesis para moverlo, ¿qué vamos a hacer con él

cuando lleguemos al instituto? La mayoría de estos fragmentos ni siquiera cabrían en nuestras habitaciones.

Tiene razón. Solo los cráneos ya miden metro y medio de alto. Y las costillas y los huesos de las patas son mucho más grandes aún.

—Bueno —añade Macy—, yo desde luego no quiero tener que repetir ese viaje en dragón remolcando encima un hueso gigante. ¿Qué os parece si trabajo en un hechizo para abrir un portal que nos lleve de vuelta al instituto mientras vosotros buscáis el hueso? Lo he preparado todo antes de venir, solo tengo que comprobar si soy capaz de hacer que funcione.

Enarco las cejas.

—¿Puedes crear un portal? Y ¿por qué no lo has hecho para traernos aquí?

Macy niega con la cabeza.

—Solo puedo crear un portal a un lugar en el que tenga un punto de anclaje. Nunca había estado aquí antes, así que... Pero ahora sí que puedo hacerlo. Así que id vosotros a buscar un hueso antes de que algo horrible intente echarnos de aquí.

—Qué va, mujer. —Xavier sonríe—. Yo creo que lo peor ya ha pasado. De hecho, parece que esto va a ser más fácil de lo que pensábamos. ¿Qué van a hacernos un puñado de huesos?

Incluso la sonrisa característica de Flint se borra de su rostro cuando todos nos quedamos mirando a Xavier sorprendidos.

—Tío, fijo que acabas de gafarnos —le dice Flint.

Xavier niega con la cabeza.

—Os preocupáis demasiado. Confiad en mí. El lobo que hay en mí está supertranquilo, así que seguro que no hay ninguna trampa escondida ni nada por el estilo. Todo irá bien. Venga, ¿dónde podemos encontrar un hueso entero para llevarnos?

—Bueno, algunos de los huesos de la cola son bastante pequeños —sugiere Flint—, al menos los de la parte del final.

—¡Qué buena idea! —exclama Macy—. Entonces solo tenemos que buscar una cola.

Nos ponemos a buscar de nuevo y, una vez más, me siento abrumada ante la magnitud de la tarea que tenemos por delante porque, a diferencia de lo que sucede con los restos humanos, estos dragones no están agrupados por esqueletos individuales. Hay huesos por todas partes y pertenecen a cuerpos distintos. Muy pocos de los fragmentos que veo parecen ser del mismo hueso, por no hablar del mismo dragón.

—Creo que deberemos separarnos si queremos tener alguna posibilidad de encontrar algo —dice Jaxon, y estoy de acuerdo con él. Este lugar es enorme, tendrá unos doscientos metros de ancho, y algunas de las pilas de huesos miden como dos plantas de alto.

—Macy y yo iremos por esta sección —propone Xavier señalando hacia la mitad delantera derecha de la caverna, que también permitirá a Macy terminar de crear el portal de regreso al campus.

—Flint y yo cubriremos la parte delantera izquierda.

—Entonces, vosotros, Jaxon y Grace, vais por la trasera derecha —sugiere Mekhi a Jaxon—, y yo voy por la izquierda.

—En realidad, ¿por qué no vamos mejor Hudson y yo por la trasera derecha, y Jaxon y tú por la trasera izquierda? —pregunto, y todo el mundo se vuelve para mirarme—. A ver, está presente nos guste o no, y tiene tanto interés en que consigamos el hueso como nosotros. Aprovechémonos de ello.

Jaxon tensa y destensa la mandíbula durante unos segundos, y veo que quiere protestar. Pero parece que nuestras conversaciones de los últimos días han funcionado por fin, porque al final simplemente asiente.

—Tienes razón —dice antes de volverse hacia Mekhi—. Vamos. —Y ambos se desvanecen.

Todo el mundo se pone manos a la obra, pero Hudson se queda ahí parado, mirándome.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—¿A qué ha venido esto? Sabes que yo solo veo lo que tú ves, ¿verdad? No estoy aquí en realidad, Grace .

Lo cierto es que lo había olvidado. El momento que hemos compartido hace un rato parecía tan real, tan tangible, que de verdad he llegado a olvidarme de que no está ahí. Miro a Jaxon en la distancia, preguntándome qué habrá pensado cuando he sugerido esto. Estoy a punto de decirle que he cometido un error cuando Hudson indica:

—¡Eh! ¡He encontrado uno!

Me vuelvo de inmediato y veo que está señalando la costilla bajo la que nos encontramos. Es del tamaño de una casa, y no es algo que pueda mover, y mucho menos levantar.

—Excelente elección —digo, y pongo los ojos en blanco, pero no intento contener la media sonrisa que se dibuja en mi boca—. A ver si puedes con él.

Sonríe de oreja a oreja.

—Yo es que soy más de dar las órdenes, ¿sabes?

—Ya, eso pensaba. Venga, vamos a buscar un hueso con el que Flint o Jaxon puedan cargar.

Cuando empezamos a buscar, me planteo acercarme a Jaxon para contarle lo que ha pasado entre Hudson y yo. Pero él y Mekhi están rebuscando en una pila gigante de huesos, y no me parece el mejor momento. Además, tampoco es para tanto. Puede esperar a volver al instituto. A Jaxon le alegrará saber que estoy en paz con lo que les sucedió a mis padres.

Me vuelvo hacia Hudson sintiéndome más animada que en mucho tiempo.

—Bueno, listillo —le digo—, a ver quién encuentra el hueso antes. Y date prisa, ¿vale? Quiero largarme de aquí antes de que una plaga de langostas decida atacarnos.

Porque por muy tranquilos que estén los sentidos lobunos de Xavier, sé que la *grand-mère* de Eden tenía razón. Mi voz interior no para de rogarme que me vaya lo antes posible de este lugar.

85

Polvo y huesos de dragón

Ahora que estoy centrada, empiezo a buscar en las pilas de huesos como una mujer con una misión. Estoy decidida a terminar con esto de una vez. Aunque hemos conseguido escabullirnos del campus con bastante facilidad, no estoy segura de que podamos regresar de la misma manera. No con el Círculo husmeando.

—¿Qué aspecto tienen los huesos de la cola de un dragón? —pregunto a Hudson cuando por fin llegamos al cuadrante derecho trasero del espacio en el que nos encontramos.

—*No tengo ni la menor idea* —responde—. *Mi plan es encontrar cualquier hueso que esté intacto y llevarlo a la entrada de este lugar. Si es pequeño, genial, nos largamos. Si no, al menos tendremos ese, por si las cosas se ponen feas* .

—Sí, bien pensado.

Hay un montón de huesos más desperdigados bajo nuestros pies, así que me agacho para comprobarlos. Hudson hace lo mismo, y no tardamos mucho en desarrollar un sistema de búsqueda.

Seleccionamos un área de tres por tres metros y yo la recorro entera lo más rápidamente posible; después,

empezamos a peinarla desde extremos opuestos hasta que nos encontramos en el medio. Si no hallamos nada, pasamos a otra área. Como me explica Hudson, en realidad él lo que hace es rebuscar entre mis recuerdos en lugar de en las pilas de huesos reales, pero, en fin, funciona.

—Antes has mencionado algo en los túneles, cuando estaba pensando en los dragones originales. He dicho que eran muchas muertes solo para que alguien obtuviese más poder, y has dicho que casi nunca es solo una cuestión de poder. —Frunzo el ceño—. Pero he conocido a tu padre, a tu padre de verdad, en tus recuerdos. Y está claro que a ese hombre sí que lo mueve el poder.

Hudson suspira.

—No me puedo creer que vaya a defender a ese gilipollas..., pero su poderosa búsqueda de poder tenía un fin más allá del simple hecho de alimentar su propio ego. La gente no lo sigue solo porque tenga cantidades ingentes de carisma, Grace. Sus actos tienen una base real .

No tengo ni idea de qué está intentando decirme. Sé a qué suena, pero no voy a aceptar que el Hudson al que he llegado a conocer esté de acuerdo con Cyrus en ese sentido, pensara lo que pensase Jaxon hace dieciséis meses.

—¿Estás de acuerdo con que los vampiros de nacimiento son una raza superior y merecen gobernar?

—¡Joder, no! —exclama Hudson dándose la vuelta para rebuscar en otra pila de huesos—. *Pero es verdad que no es justo que las criaturas paranormales tengan que vivir en las sombras, siempre temerosas de que los humanos nos descubran e intenten destruirnos* .

Me quedo mirándolo totalmente sorprendida.

—Pero los de tu especie se alimentan de los humanos, Hudson. ¿No deberíamos tener todos derecho a protegernos?

—¿Disfrutaste anoche de tu cena, Grace? —pregunta de repente—. *¿Del* pepperoni *de tu pizza?*

Y entonces entiendo lo que me quiere decir.

—Ah, no. Sé adónde quieres ir a parar con eso y... no. Aunque no llego a estar del todo de acuerdo con que tengamos derecho a matar animales para alimentarnos, eso no es en absoluto comparable con que los vampiros cacen humanos para comer.

Enarca una ceja con aire arrogante.

—*Pero tu especie no tiene ningún problema con la caza del ciervo para reducir una población, por el bien de todo el rebaño, ¿verdad?*

—¡Eso es diferente!

Una sonrisa de suficiencia se le dibuja en la boca al verme tan indignada.

—*Sí, claro. Porque los humanos no tienen problemas de superpoblación ni de recursos limitados* .

—Pero... Pero... —balbuceo, porque, vale, puede que lleve cierta razón en eso.

—*Es una cuestión de equilibrio, Grace* . —Se mete las manos en el fondo de los bolsillos—. *¿Te has parado alguna vez a pensar que tal vez el Creador tuviese planes para nosotros también? ¿Que se nos creó por un motivo? ¿Que somos algo más que una simple broma del destino?*

Me mira con sus interminables ojos azules, y veo tantas emociones arremolinándose en su profundidad que tengo la sensación de que podrían arrastrarme. Porque, aunque estábamos hablando de Cyrus, sé que con lo de la última parte estaba hablando de él. ¿De verdad piensa de esa manera? ¿Que es un terrible error del destino? Es un sentimiento devastador. Pero entonces parpadea y desaparece tan deprisa que me pregunto si no lo habré imaginado.

—*Estemos de acuerdo o no, Grace, así es como Cyrus ha conseguido que tanta gente lo siga. Basándose en miles de años de persecuciones, de miedo y de ira; diciéndoles que los humanos son los responsables de lo que les ha tocado vivir y que las gárgolas se interponen en su camino, que incluso sus vecinos podrían ser el enemigo* .

»Sí, yo odio a mi padre. Pero ¿se puede culpar a alguien por seguir al mismísimo diablo si este les ha prometido un mundo mejor para sus hijos? ¿Incluso si para ello tienen que caminar sobre un río de sangre ajena? —Se ríe, pero no hay humor en ese timbre grave—. *Que a mi padre no le importe dejar un mundo mejor a sus propios hijos no significa que no crea en la causa. Y, desde luego, no significa que no disfrute en su papel de salvador. Porque si hay algo que le guste más que el poder, es la adoración* .

—¿Por eso hiciste lo que hiciste? —le pregunto—. ¿Porque tu padre te enredó con sus palabras hasta que no supiste discernir el bien del mal? ¿Hasta que creíste lo que decía?

—¿Eso piensas de mí? —me responde—. *¿Tan débil me crees?*

—No puedes reescribir la historia, Hudson —le digo—. Jaxon no se levantó una mañana y decidió matarte. Estabas planeando exterminar a los vampiros convertidos solo porque no te gustaban. Eso es genocidio, por si no conoces la definición.

Hudson me fulmina con la mirada.

— Ya te dije que he hecho muchas cosas horribles en mi vida, y que asumo la responsabilidad de cada una de ellas. Pero no asumiré la responsabilidad de aquello. Quise acabar con los vampiros convertidos porque se habían aliado con mi padre. Estaba construyendo un ejército. No fue solo porque fuesen vampiros convertidos. Le habían jurado lealtad y estaban planeando acabar con todo aquel que se interpusiera en su camino con tal de sacar por fin a los paranormales de entre las sombras. No tienes ni idea de lo cerca que estuvimos de la Tercera Gran Guerra. Y no podía permitir que eso sucediera .

»Así que, si quieres acusarme de asesinato, adelante. Tomé una terrible decisión con el fin de evitar algo aún peor. Pero lo del genocidio es pecado de otro, y no pienso asumir la culpa por aquello. No seas como mi hermano. No me juzgues sin conocer los dos lados de la historia .

Sus palabras resuenan en mi interior, no solo la verdad que podía intuir en ellas mientras estaba hablando, sino también la vehemencia y la indignación y la rabia que ni siquiera es capaz de ocultar.

Lo que me deja... en no sé qué lugar. A ver, no me creo ni por un segundo que Jaxon fuese capaz de matar a su hermano sin asegurarse antes de que era la única opción que tenía. Pero, al mismo tiempo, Hudson lleva muchos días alojado en mi cabeza, y estoy empezando a reconocer cuándo lo que dice no son más que gilipolleces y cuándo está diciendo la verdad.

Y su última diatriba huele a verdad.

¿Qué se supone que debo hacer con esta versión de la verdad? No lo sé. Y no tengo ni idea de cómo reconciliarla con la versión de Jaxon. De todos modos, no estoy segura de que esto cambie mis sentimientos respecto a si se puede confiar en que Hudson regrese con sus poderes.

De repente, se queda parado, niega con la cabeza y suelta una carcajada airada.

—*¿Por qué será que no me sorprende?* —Se pone completamente de pie, con las manos en las caderas y mirándome con su castigadora profundidad—. *Sé lo mucho que te gusta agruparlo todo y a todos en solo dos grupos, Grace. Para ti todo es bueno o malo. Pero ¿no crees que va siendo hora de que crezcas ya?*

Niega de nuevo con la cabeza y se inclina sobre otra pila en la que ya he mirado yo antes. Estoy a punto de soltarle que ya he crecido y que soy bastante madura, gracias, y también que estaba empezando a pensar que tal vez Hudson solo pretendía proteger a los humanos con su matanza, cosa que nadie se ha planteado, cuando de pronto exclama entusiasmado:

—*¡Tengo uno!* —Y señala un hueso del tamaño de su brazo.

—¡Eso es fantástico! —Me acerco corriendo para ver el hueso y comprobar que es lo bastante pequeño como para

que nos lo podamos llevar—. Vamos a avisar a los demás.

Cojo el hueso y apenas he dado un par de pasos hacia Jaxon y Mekhi cuando la pila de huesos que tenemos debajo empieza a crujir.

—¿Qué es eso? —pregunto volviéndome asustada con mi imaginación al poder. En serio, a estas alturas no me sorprendería nada que un ejército de hadas furiosas saliese volando de una pila de huesos e intentase prendernos fuego.

—*No lo sé* —responde Hudson—. *No te alejes de mí* .

No me molesto en señalar lo absurda que resulta esa frase. Le lanzo una mirada y veo que lo pilla de inmediato, y también lo mucho que le frustra la situación.

Conforme avanzamos hacia la parte delantera, una segunda pila empieza a temblar, y los huesos chocan y claquetean casi como si fuera el ritmo de una canción. Una canción tenebrosa de la leche, pero una canción al fin y al cabo.

Hudson y yo nos miramos, con las cejas levantadas, y empezamos a avanzar más deprisa hacia la entrada de la caverna. Y, cuando una tercera pila de huesos comienza a temblar, me apremia:

—*¡Tenemos que alejarnos de aquí!*

Pero antes de que podamos dar un par de pasos más, una tibia gigante cae desde el techo y se estrella justo a nuestro lado formando un gran estruendo, y miles de fragmentos salen disparados como proyectiles de mortero en todas las direcciones. Uno me hace un corte justo debajo del ojo izquierdo, y la sangre empieza a derramarse por mi cara.

—¡Mierda! —grita Flint desde el otro lado de la caverna—. ¡Debe de acabar de morir un dragón! Creo que el cementerio está reclamando los huesos.

—¡¿«Crees» que eso es lo que está pasando?! —grita Xavier mientras coge a Macy de la mano y ambos salen corriendo hacia el área en la que hemos aterrizado, donde mi prima ha estado trabajando para crear el portal.

Unos momentos después cae la otra tibia, a unos quince centímetros de donde Xavier y Macy estaban buscando.

—¡Tenemos que irnos! —grita Flint—. Pero ¡ya!

—No podemos —le dice Eden—. Aún no tenemos el hueso.

—Hudson y yo hemos encontrado uno —explico, y levanto nuestro hallazgo justo cuando un hueso de costilla cae al fondo de la caverna.

—Pues ¡larguémonos cagando leches! —chilla Xavier, y Macy y él corren directos hacia la entrada de la caverna.

—Estoy con ellos —afirma Mekhi, y se desvanece hacia el mismo lugar sin detenerse hasta que está en el lado seguro de la entrada.

—Yo también —dice Jaxon justo cuando lo que creo que es un hueso de la cola cae directamente hacia nosotros.

Jaxon levanta un brazo en el último segundo y usa su telequinesis para lanzar el hueso rodando al fondo de la cámara. Y repite el gesto una y otra vez conforme van cayendo más y más huesos, cada vez más y más rápido. Flint y Eden ya están casi en la entrada, donde Macy y Xavier esperan justo fuera del cementerio. Macy se retuerce las manos de los nervios mientras observa cómo se desarrollan los acontecimientos.

De repente, un hueso cervical llega volando hacia Flint, y Jaxon se vuelve y lo aleja de él.

Pero el breve instante que le lleva ayudar a Flint deja a Jaxon vulnerable y, cuando cae el siguiente hueso (una costilla descomunal), no es lo bastante rápido, o lo bastante fuerte, como para detenerlo.

En el último momento me da un empujón con todas sus fuerzas y acabo cayéndome de culo sobre un montón de huesos justo cuando la costilla impacta contra Jaxon y lo tira contra el suelo con tanta fuerza que lo deja inconsciente.

86

Grace al rojo vivo

—¡Jaxon! —grito mientras intento levantarme del montón de fragmentos de hueso sobre el que me ha tirado para salvarme. Tengo cortes por todas las manos y los brazos, pero apenas los noto cuando recorro la distancia que nos separa—. ¡Dios mío, Jaxon!

—*¡Cuidado!* —exclama Hudson, y me aparto justo cuando un hueso gigante (estoy demasiado cerca como para saber qué es exactamente) cae delante de mí y estalla en miles de fragmentos que hacen que suelte el hueso para cubrirme la cara con los brazos—. *Vale, ve* —dice cuando vuelve a ser seguro, y termino la carrera hasta su hermano justo cuando otro hueso viene disparado hacia mí. Es más pequeño, y me preparo para el golpe, pero estalla momentos antes de impactar contra mí.

Los fragmentos caen por todas partes.

Segundos después sucede lo mismo con un hueso que está a punto de caer sobre Jaxon.

No sé qué está pasando, y me da igual. Mientras los huesos sigan explotando, no nos dan a ninguno de nosotros, así que no voy a quejarme.

Me arrodillo junto a Jaxon y empiezo a tirar del hueso que lo aprisiona, pero no cede. Es demasiado grande, y yo no soy lo bastante fuerte, ni siquiera cuando apoyo la espalda contra él para usar las piernas de palanca.

—¡Jaxon! —grita Flint, y viene corriendo hacia donde estamos.

Mekhi llega antes, aunque solo un par de segundos, y juntos levantan el hueso como si tal cosa y lo lanzan lejos.

Pero Jaxon sigue inconsciente y, cuando le palpo la nuca, veo que tiene un chichón enorme. Vaya. No sabía que los vampiros pudieran sufrir conmociones cerebrales.

A nuestro alrededor, los huesos siguen cayendo y forman atronadoras explosiones. Recuerdo que una vez vi un documental sobre la Segunda Guerra Mundial y sobre cómo los soldados sufrían síndrome de estrés postraumático durante el resto de su vida a causa de la experiencia de haber sobrevivido al fuego de mortero, y ahora lo entiendo. De verdad que lo entiendo.

Empieza con el sonido de algo que cae del cielo. Después miras hacia arriba, desesperado, solo para ver que el cielo es inmenso y que el sonido podría proceder de cualquier dirección. De modo que te vuelves para intentar identificar la fuente del sonido, que cada vez es más intenso, para acabar dándote cuenta de que podría estar viniendo justo de la dirección opuesta a la que tú estás mirando y que es posible que jamás llegues a verlo antes de que te alcance.

El puro pánico de no saber de dónde procede el peligro te arrebata por completo la capacidad de intentar salvarte siquiera. Y en ese momento te sientes absolutamente impotente. Absolutamente vulnerable. Absolutamente solo.

Los soldados supervivientes dicen que se limitaban a correr a ciegas hacia lo que esperaban que fuese un lugar seguro, sin saber si su próximo paso sería el último.

Y ahora puedo hacerme una idea de lo que tuvieron que pasar, y es la experiencia más aterradora de mi vida a

causa de la incapacidad total de saber de dónde vendrá el próximo golpe.

Lo que sucedió con Lia fue espantoso, pero esto es devastador. Te destroza el alma.

Uno tras otro, los huesos van cayendo desde lo alto de la caverna, sin ritmo ni concierto, sin seguir ningún patrón, nada. Es un caos absoluto. Conforme impactan contra las pilas, los fragmentos salen disparados en todas las direcciones y pronto Mekhi y Flint también presentan cortes por todas partes.

Por suerte, ninguno ha caído sobre nosotros todavía, pero sé que es solo cuestión de tiempo. Tenemos que largarnos de aquí ya.

—¿Puedes con él? —le pregunto a Mekhi—. ¿Puedes cargarlo a hombros hasta la entrada del cementerio?

—Sí, por supuesto.

Mekhi coge a Jaxon y se desvanece mientras Flint y yo nos transformamos. Acto seguido, despegamos y volamos a toda prisa hacia la entrada.

—*¡Date prisa, Grace!* —ruge Hudson cuando otro hueso viene hacia mí.

—*Eso intento* —digo batiendo las alas con todas mis fuerzas.

—*Pues esfuérzate más* —me espeta—. *O morirás aquí* .

—*Como si yo no lo supiera ya* .

Flint se coloca deliberadamente sobre mí, supongo que para protegerme de los huesos, cosa que detesto, porque eso lo deja a él en una posición más vulnerable. De modo que me esfuerzo por volar más rápido y nos abrimos paso a través del aire, desesperados por llegar a la salida.

Pero ahora los huesos caen con ganas, desde todas las direcciones, y las esquirlas salen despedidas hacia arriba cada vez que un hueso impacta contra el suelo. El ruido es ensordecedor, y noto el sabor metálico del miedo en la boca. Siento la visceral necesidad de sobrevivir en mi interior, una desesperación que me araña por dentro.

El no ser capaz de hacer nada al respecto hace que me sienta peor. No hay ninguna decisión que pueda tomar para mejorar la situación; nada que pueda probar que consiguiera disminuir la gravedad del peligro. Solo me queda rezar para salir de aquí con vida.

De modo que al final hago lo único que puedo hacer. Inspiro hondo y me rindo ante la falta de control. Dejo que me golpee el corazón como un ser salvaje. Y me limito a volar.

Flint desciende y se coloca detrás de mí justo al final, y ambos atravesamos a toda velocidad la estrecha entrada del cementerio, uno detrás del otro. Nos dejamos caer en el suelo, cerca de la plataforma de aterrizaje, donde todos los demás nos están esperando, también tirados en el suelo.

Apenas puedo respirar. El corazón se me va a salir del pecho. No había estado tan cansada en mi vida. Miro a Flint y a todos los demás, y no están mucho mejor que yo.

Jaxon empieza a moverse en el suelo, menos mal, y tan pronto como puedo respirar sin toser, gateo hasta él.

—¿Estás bien? —pregunto apartándole el pelo oscuro de la cara.

Sacude la cabeza lentamente de lado a lado, como intentando despejársela.

—Sí, creo que sí. —Entonces debe de recordar todo lo sucedido, porque se incorpora agitado—. ¿Estás bien? —Mira a su alrededor y pregunta—. ¿Estáis bien todos? ¿Qué ha pasado?

—Un hueso como una casa te ha golpeado la cabeza y has perdido el conocimiento —bromea Mekhi.

Jaxon parece anonadado… y mortificado, y furioso consigo mismo.

—¿He perdido el conocimiento? ¿En medio de todo eso? ¿Cómo he podido haceros algo así?

—Eh… tú no has hecho nada. Has resultado herido —le respondo—. Le puede pasar a cualquiera.

—A mí no. Mi trabajo es protegeros.

—Es el trabajo de todos protegernos los unos a los otros —le indico, y hago un gesto con el brazo para incluir a todos los presentes.

Parece querer decir algo más, pero al final niega con la cabeza y se rinde. Lo cual es probablemente el movimiento más inteligente, ya que está tratando con otros seis paranormales que están acostumbrados a defenderse solitos en cualquier situación.

—Eso no significa que no seas superpoderoso —le aseguro lo más seria que puedo—. Solo significa que todos somos superpoderosos.

—Bien dicho —afirma Eden desde su sitio en el suelo, junto a Mekhi.

—Y eso es algo muy bueno —añade Xavier—, porque vamos a tener que repetir esto mañana.

—¿Qué? ¿En serio? —Macy apoya la cabeza en sus rodillas flexionadas.

—¿No hemos conseguido el hueso? —gruñe Jaxon.

—No —confirma Xavier—, pero es que estar bajo el fuego del esqueleto de un dragón lo ha cambiado todo muy rápido.

—Mierda, yo tenía uno. Lo habré perdido al caerme.

O a lo mejor ha sido cuando casi me da ese primer hueso. No me acuerdo. Lo único que sé es que había conseguido un hueso, y ahora no tengo nada.

Jaxon parece totalmente avergonzado cuando dice:

—Lo siento, chicos. Os hemos arrastrado a esta expedición del infierno para nada.

—Para empezar, no nos habéis arrastrado —señala Flint—. Hemos venido porque hemos querido. Así que deja de torturarte tanto. Y, en segundo lugar... —Se lleva la mano al bolsillo con una sonrisa malévola y saca un hueso de aspecto delicado de la longitud de un lápiz—. Los huesos de los dedos de los pies también cuentan como huesos, ¿verdad?

—¡Claro que sí! ¡Joder! —le dice Eden encantada de la vida —. ¡Lo has conseguido!

—Eh... habrás querido decir que lo «hemos» conseguido. —Flint se mete de nuevo el hueso en el bolsillo, a buen recaudo. Entonces se agacha y ayuda a Jaxon a levantarse —. Y no me gustaría quedar como el cagueta del grupo, pero sugiero que nos larguemos de aquí antes de que lo de «todos vamos a gritar y a morir» comience de nuevo.

A Macy le entra la risa y dice:

—Estoy contigo en eso. Afortunadamente, yo ya tengo preparado un portal de regreso al instituto. —Saca su libro de hechizos—. Antes de venir, me he asegurado de hacer el hechizo para abrir el portal al otro lado en nuestro dormitorio, ¿recordáis? Porque la verdad es que no creo que pudiera repetir ese viaje en dragón, chicos.

—Me dan ganas de besarte, literalmente, Macy —dice Xavier, y veo que mi prima no sabe ni qué responder..., aunque de repente es toda sonrisas.

87

Los movimientos correctos

Me despierto y me encuentro a Macy bailoteando por la habitación con los auriculares puestos. Aún lleva puesto el pijama, y veo que tiene un montón de cortes y magulladuras en los brazos y en la parte alta de la espalda (gracias, Cementerio de Dragones), pero parece feliz. Muy feliz, y no me sorprende.

Lo de anoche fue aterrador, y yo misma estoy contentísima de estar viva, aunque ambas estamos aún con las pilas descargadas después de (miro el reloj) solo unas cuatro horas de sueño. Puede que sea eso lo que me lleva a pedirle que desconecte los auriculares y a bailar con ella por la habitación en lugar de dar media vuelta y seguir durmiendo.

Ambas nos reímos la una de la otra mientras nos contoneamos y chocamos las caderas, pero no importa porque estamos vivas... y porque tenemos el hueso de dragón.

Tenemos. El. Hueso. De. Dragón.

Eso significa que tenemos las cuatro cosas que necesitamos para sacar a Hudson de mi cabeza. A ver, sí,

aún nos falta enfrentarnos a la Bestia Imbatible, pero casi lo tenemos. ¿Por qué no íbamos a celebrarlo?

—*Uy, no sé* —interrumpe Hudson por detrás de mí, incorporándose y apoyándose en la pared sobre mi cama—. *¿Tal vez porque la Bestia Imbatible va a mataros?*

—*¡Chisss!* —le digo cuando me dejo caer a su lado sin aliento al terminar la canción. Macy se deja caer también sobre su propia cama—. *No me agües la fiesta ya de buena mañana* .

—*¿Es eso lo que estoy haciendo?* —pregunta muy serio, pero detecto cierto tonillo en su voz que me lleva a mirarlo con recelo.

—*Estás contento* —le acuso.

—*¿Perdona?* —Inmediatamente, el tonillo desaparece, sustituido por su sarcasmo habitual.

—*Lo estás* —le digo supersorprendida—. *Por fin estás contento de verdad* .

Resopla, pero no dice nada más, lo que significa que tengo razón. Y saberlo no hace sino intensificar mi sonrisa. Un Hudson contento solo puede ser algo positivo.

—Xavier me cogió la mano anoche —explica Macy, que ahora sonríe mirando al techo que no ha parado de contemplar durante el último par de minutos.

—¿Qué? —Me incorporo de inmediato en la cama—. ¿Cuándo?

—Cuando volvíamos del cementerio.

—¿Cómo es posible que no lo viera? —pregunto—. Yo estaba ahí, ¿no?

—Tú fuiste una de las primeras en atravesar el portal, con Flint y Jaxon. Xavier y yo estábamos caminando juntos al final y... —Hace una pausa, y una sonrisa soñadora se dibuja en su cara—. Cuando estábamos más o menos a medio camino de vuelta al instituto, me dijo «¡Cuidado!» por algo que había en los túneles y tiró de mi mano para apartarme. Y ya no me la soltó.

—¿En serio? Eso es estupendo. Porque te gusta ¿verdad?

—Pues sí, mucho. —Da la vuelta sobre su cama, se lleva la almohada al pecho y la abraza—. Me hace sentir mariposas en el estómago. No en plan: «¡Qué fuerte! ¡El chico más popular del instituto está en mi habitación!», sino mariposas de verdad. Por quién es, no por lo que es.

—Ay, Macy, cuánto me alegro. Eso es justo lo que yo siento por Jaxon.

—¿Sí?

—Sí. Es como que me da igual que sea un vampiro poderoso y todo lo demás. Lo único que importa es que es Jaxon.

—*Sabes perfectamente cómo cortar el rollo, ¿eh?* —suelta Hudson, que ahora está sentado encima de mi cómoda—. *Creo que necesito una dosis de insulina después de tanto azúcar* .

—¡Chúpame esto! —contesto haciéndole una peineta y poniendo los ojos en blanco, y Macy sonríe.

—*Si sigues ofreciéndote, al final voy a aceptar tu oferta* —me dice.

—Ya me preocuparé por eso cuando tengas dientes de verdad —le respondo.

—*Vaya. Por lo visto tú no tienes ese problema* —añade con dolor fingido. Pero detecto cierta diversión en sus ojos que ni siquiera se molesta en ocultar—. *A lo mejor te tomo prestados los tuyos. Parece que tienes muchos.*

—Sí, eso parece —afirmo, y le muestro dichos dientes fingiendo dar un par de dentelladas—. Puede que mis colmillos de gárgola no molen tanto como los tuyos, pero cumplen su función. Deberías recordarlo.

—*Lo recuerdo todo sobre ti* —me dice, y hay algo en su voz, en su cara, que hace que me vuelva hacia él y que quiera preguntarle... no sé qué exactamente. Pero algo, seguro.

—Vale —afirma Macy con un gruñido que interrumpe la repentina tensión que se ha formado entre Hudson y yo—.

La clase empieza dentro de media hora, así que hoy sin duda toca hechizo.

Le sonrío, relajada y contenta por primera vez en semanas.

Al menos hasta que Macy asoma la cabeza por la pared que separa el lavabo del resto de la habitación y añade:

—No te olvides de que hoy hay asamblea.

—¿Qué asamblea? —pregunto mientras cojo la falda del uniforme y un chaleco morado.

—La asamblea para entregarnos la piedra de sangre, tontita. —Vuelve a asomarse por la pared que separa el baño del dormitorio—. El rey vampiro quiere hacerlo con toda la pompa y circunstancia.

Y así, sin más, mi buen humor se va al garete. Y el de Hudson, a juzgar por todos los tacos británicos que salen por su boca...

88

Subconscientemente tuya

Varias horas después, por fin toca clase de Arte, y no puedo evitar ir dando saltitos. Llevo tiempo deseando terminar la pintura que empecé cuando regresé. Aún no tengo ni idea de hacia dónde va, pero me está llamando. Al igual que el hecho de que necesito un producto acabado para mi nota del trimestre.

Antes de empezar, hago lo que hago siempre. Coloco el material tal y como a mí me gusta: los pinceles finos delante y los grandes detrás, y dispongo todos los colores del arcoíris delante de mí. Entonces empiezo a trabajar.

Al menos hoy tengo una idea en la cabeza de lo que quiero pintar. Antes no era más que un impulso desesperado de conseguir los colores del fondo adecuados. Pero hoy... hoy tengo una imagen. No sé de dónde ha salido ni si la he visto antes (o si es algo de los tres meses y medio que no recuerdo), pero, provenga de donde provenga, la veo tan clara como el agua. No necesito las respuestas a las otras preguntas todavía. No, cuando simplemente puedo pintar lo que veo.

Y eso hago: mezclo color tras color, tono tras tono, y todas las variantes de azul, gris, negro y blanco acaban

combinándose en el lienzo delante de mí. Voy añadiendo los distintos pequeños matices de color con sumo cuidado, uno tras otro, hasta que forman una imagen tan uniforme que apenas pueden distinguirse. Hasta que intentar entender el cuadro implica desarmar cada tonalidad de cada color.

Trabajo durante horas, hasta bien pasada la hora de la clase, y al final me duelen las manos y los hombros, y me arden los bíceps. Pero continúo trabajando, continúo pintando, capa tras capa tras capa, hasta que la imagen que tengo en la cabeza empieza a cobrar vida lentamente sobre el lienzo.

Hudson despierta de su siesta mientras pinto, y espero que empiece a discutir de nuevo sobre el tono de negro.

Pero no lo hace. Solo me observa con una mirada inescrutable... y con un gesto extrañamente amable en la cara.

Cuando por fin está completa, cuando por fin estoy convencida de que le he hecho justicia a la imagen que tengo en la mente, dejo los pinceles. Y casi lloro del alivio que siento al bajar los brazos.

Estiro el cuello y los hombros, y cierro los ojos para darle un respiro a mi cerebro cansado. Pero, cuando por fin los abro de nuevo, es para encontrarme con Hudson mirándome directamente.

—*Entonces, ¿te acuerdas?* —pregunta con un tono tan vacilante que me cuesta creer que provenga de él.

—No. —Miro el cuadro, algo nerviosa ante la idea de que tal vez por fin haya recordado algo, aunque no pueda identificarlo todavía. Incluso si es solo cosa de mi subconsciente, que intenta decirme algo, que intenta ayudarme a hacer lo que busco con tanta desesperación: recordar—. ¿Sabes lo que es?

—*Eso es imposible* . —Hudson sacude de lado a lado la cabeza, como tratando de despejársela—. *Es imposible que hayas pintado esto si no lo recuerdas. No de un modo tan preciso, tan perfecto* .

—Lo he sentido —le digo procurando buscar una descripción que tenga sentido para los dos—. No sé de qué otra manera explicarlo. Desde el momento en que regresamos, este lugar se ha estado construyendo en mi cabeza hasta que no he podido dejar de pintarlo. Desde el momento en que he tomado el pincel, era lo único que me hacía sentir bien.

No digo nada más. No hay nada más que decir. Y, durante largos segundos, Hudson tampoco lo hace. Sin embargo, al final inclina la cabeza y afirma:

—*Es perfecto* .

—Tú sabes dónde está —indico, y no es una pregunta, aunque mi voz es más queda que la suya.

—*Sí* —responde.

El aliento se me queda atrapado en el pecho, en la garganta. Por fin voy a saber algo. Por fin tendré un recuerdo al que aferrarme. No es mucho, pero es más de lo que tenía cuando me he despertado esta mañana. Más de lo que tenía cuando me he cepillado los dientes, cuando me he duchado o cuando he cogido una de mis Pop-Tarts favoritas en la cafetería.

Pero los segundos pasan y Hudson sigue sin decir nada, hasta que llega un momento en que siento que ya no puedo aguantarlo más. Hasta que siento que no me cabe ni mi propia piel.

—¿Me lo vas a contar? —pregunto.

Más silencio. Este es aún más largo que el anterior.

—*Es mi guarida* —responde, y hay toda una eternidad en esas tres palabras.

89

Bend Till You Break

—No estés nerviosa —me dice Jaxon varias horas después cuando me ve juguetear con la corbata del uniforme por enésima vez. Pero no puedo evitarlo. Tengo el estómago revuelto desde que Macy me ha recordado lo de la asamblea esta mañana. Y esa sensación no ha hecho sino empeorar cuando Hudson me ha revelado que lo que he pintado de memoria ha sido su guarida, y ahora siento que estoy a punto de estallar.

—*Ponte muy nerviosa* —me dice Hudson, que está apoyado en la puerta—. *De hecho, deberías llamar y decir que estás enferma* .

El teléfono de Jaxon empieza a sonar (es su madre), y se mete en su dormitorio para responder.

—Creo que eres tú el que está nervioso —respondo en cuanto Jaxon no puede oírme.

—*Eh... sí. Porque, en fin, en esa sala hay al menos dos personas que quieren matarte. Probablemente más* . —Hudson hace una pausa para pensar—. *Sí, definitivamente más* .

—Pues lo siento por ellos, pero no tengo ninguna intención de morir hoy. Ni en un plazo de tiempo relativamente corto.

—*Bueno, eso ya lo veremos* —masculla.

—Tienes que ser un poco más positivo, ¿sabes? —Estoy tan enfadada que digo esto más alto de lo que pretendía justo cuando Jaxon sale de nuevo y, al escucharme, viene corriendo a mi lado.

—¿Qué he hecho? —pregunta totalmente confundido.

—No me refería a ti —le explico—. Estaba hablando con tu hermano.

—Ah —dice, y se echa hacia atrás, como si se hubiese olvidado de que Hudson existe. O como si no pudiera creer que esté hablando con los dos a la vez. Como si no lo hubiese estado haciendo desde el día en que recuperé mi forma humana.

—Y ¿qué dice?

—Que es mala idea ir a la asamblea. Pero dijo lo mismo respecto a la anterior, así que tampoco me fío mucho de su opinión. Además, ¿cómo, si no, vamos a recoger la piedra de sangre?

—*Sois ocho* —me dice Hudson malhumorado—. *Puede recogerla cualquiera de los otros siete* .

—¿Y dejar que Cyrus sepa que le tengo miedo? —Niego con la cabeza—. De eso nada.

—*Es que debes tenerle miedo. Y, si no se lo tienes, deberías actuar como si se lo tuvieras. De lo contrario, se cabreará* .

—Al parecer se va a cabrear de todas formas. —Pongo los brazos en jarras—. Así que, ¿qué más da lo que haga?

—*Tienes razón, probablemente dé igual. ¡Lo cual es un motivo más por el que no deberías ir!* —Hudson está prácticamente gritando ahora.

—¿Por qué no te vas a visitar a otro un rato y te llevas tu pesimismo allí? —Pongo cara de suficiencia—. Ay, espera, que no puedes. Por eso necesitamos conseguir la piedra.

Enarca una ceja.

—*Sabes que esa broma ya estaba pasada la primera vez que la hiciste, ¿verdad?*

—Ya, bueno, tú...

—No quisiera interrumpir esta animada conversación —dice Jaxon con un tono tan frío que se me hielan los huesos —, pero opino que tal vez estaría bien que hablases conmigo en lugar de con mi hermano, teniendo en cuenta que estás en mi habitación.

Claro. Lo que más necesito en estos momentos es que los dos Vega se cabreen conmigo, aunque sea por distintos motivos.

—*Sí, bueno, no tendría que preocuparme tanto si tú te tomases tu propia seguridad más en serio* —me dice Hudson —. *No puedo ayudarte si tú no te ayudas a ti misma* .

—*¡Yo no te he pedido ayuda!* —respondo mentalmente para que Jaxon no se enfade más todavía.

—*Pues tal vez deberías* —me espeta.

—¿En serio? —dice Jaxon—. ¿No puedes dejar de hablar con él ni dos segundos? Estoy intentando mantener una conversación contigo.

—Pues claro que puedo. Perdona. —Inspiro hondo y expulso el aire lentamente—. ¿De qué quieres que hablemos, Jaxon?

—*¿Siempre ha sido tan quejica?* —pregunta Hudson—. *En serio, no sé cómo lo soportas* .

—Para —le digo, y le doy la espalda intencionadamente, decidida a no seguir hablando con él.

Pero no va a permitirlo. Se acerca a Jaxon, de manera que ahora tengo a los dos hermanos delante.

—*Solo estoy intentando ayudar, Grace. Sé mejor que nadie lo caprichoso que puede ser Jaxon* .

—*Él no es caprichoso.* —Salto a defender a Jaxon y al instante me doy cuenta de que he mordido el anzuelo. Hudson solo estaba intentando provocarme—. *Eres un capullo. Lo sabes, ¿verdad?*

—*¿Que si lo sé?* —Me mira por encima del hombro con aire altivo y medio en broma—. *Me enorgullezco de ello* .

—*Ya, pero* ...

—¿Y bien? —Jaxon parece muy nervioso—. ¿Qué opinas?

—¿Sobre qué? —pregunto sin haberlo pensado bien.

—¿No me estabas escuchando? —Parece querer matar a alguien—. ¿No has oído nada de lo que he dicho?

—Sí. Pero...

Suspira disgustado.

—Lo que he dicho es que hay otra manera de sacar a Hudson de tu cabeza. Aparte del conjuro con los cinco artefactos.

—¿En serio? ¿Y me lo dices ahora? —Le agarro la mano—. ¿Cómo?

—Es algo bastante drástico...

—Claro, porque enfrentarse a algo llamado «la Bestia Imbatible» no es nada drástico —respondo totalmente seria —. ¿Por qué no me lo has dicho antes? Ya tenemos los cuatro objetos necesarios...

—Cinco —ruge Jaxon—. Necesitamos cinco objetos. Traerlo de vuelta con sus poderes está fuera de toda discusión. No podemos hacerlo.

Pienso en lo que dijo la Sangradora, en lo que ha dicho todo el mundo sobre Hudson, excepto Hudson. Cada vez que empiezo a creer que tal vez no sea tan malo, tengo que obligarme a recordar lo que sentí el otro día en la asamblea cuando no podía moverme.

—Vale, vale, tienes razón. Dime, ¿cuál es la otra manera? —Jaxon tiene aspecto enfermizo, y esta vez es él el que inspira hondo, e intuyo que no me va a gustar—. ¡Dime! —insisto, de repente más asustada que hace solo un minuto.

—Podríamos romper nuestro vínculo.

Las palabras caen como bombas nucleares entre nosotros y me provocan un dolor como jamás había sentido, ni siquiera cuando murieron mis padres.

—Yo no... No puedo...

—*Joder. ¿Cuánto me odia mi hermano exactamente?* —susurra Hudson.

Tardo un momento en responderle a Hudson... y también en recordar cómo se respira.

—¿En serio me estás preguntando esto ahora? Yo diría que mucho, teniendo en cuenta que, en fin, te mató y tal.

—Matar es algo bastante normal en nuestro mundo. Pero ¿intentar romper un vínculo? Eso es algo inaudito. Sobre todo porque es literalmente imposible. Créeme, si fuera posible, mi madre se había divorciado ya del capullo de su compañero . —Hudson empieza a pasearse por la habitación —. *Debe de estar hablando de una magia siniestra y poderosa de cojones para cortar el vínculo* .

Vaya.

Me llevo la mano al estómago e intento absorber el golpe de las palabras de Jaxon. Y, peor aún, el hecho de que las haya mencionado siquiera.

—Entonces... —Tengo un millón de preguntas, pero ni idea de cómo formularlas, así que empiezo por la más básica—. ¿Ya no quieres seguir siendo mi compañero?

—¡Por supuesto que quiero! —exclama, y esta vez es él quien me agarra las manos—. Lo quiero más que nada en el mundo.

—Entonces ¿por qué sugieres siquiera algo así? —Hay un zumbido extraño en mis oídos, y sacudo la cabeza para intentar que desaparezca—. Creía que los vínculos de compañeros eran inquebrantables.

—Yo también. Pero le pregunté a la Sangradora...

—¿Se lo preguntaste? ¿Cuando estuvimos allí? —El dolor que siento en mi interior se intensifica—. ¿Cuándo? ¿Cuando me durmió? ¿Cuando me encerró en esa jaula?

—No, entonces no. Claro que no. —Me mira con ojos suplicantes—. Fue mucho antes.

De alguna manera, eso suena todavía peor.

—¿Cómo pudo ser «mucho antes» si estuve aquí una semana, desaparecí durante casi cuatro meses y luego he estado aquí unos pocos días? ¿Cuándo exactamente se lo preguntaste? Y ¿por qué?

—Se lo pregunté cuando llegaste aquí y me di cuenta de que éramos compañeros. Casi te mato con esa ventana... Me parecía una muy mala idea estar vinculado con una humana que podía morir por mi culpa. Así que fui a hablar con ella y le pedí un conjuro para romper el vínculo.

Hay tantas cosas que interpretar ahí que no sé ni por dónde empezar. Y, por una vez, Hudson está completamente callado, lo cual no ayuda en absoluto, el muy traidor.

Aún no me puedo creer que Jaxon no me dijera de inmediato que éramos compañeros. A ver, entiendo por qué no me lo contó el primer día, pero ¿por qué no después de la guerra de bolas de nieve o cuando empezamos a quedar?

Pero tampoco me puedo creer que fuera a romper el vínculo... sin consultármelo siquiera. Iba a hacer algo irrevocable, tremendamente doloroso y horrible, y ni siquiera iba a pedirme mi opinión. Es algo que también me habría afectado a mí, estoy convencida de ello, ¿y ni siquiera me iba a preguntar?

Y ahora, después de todo por lo que hemos pasado, ¿saca lo de romper el vínculo de nuevo porque que Hudson esté en mi cabeza es un inconveniente para él? ¿Pese a que estamos tan cerca de conseguir sacarlo de otra manera? ¿De una manera que deja nuestro vínculo completamente intacto?

—¿Te dio el conjuro? —susurro por fin, porque tengo tanto que decir que no sé por dónde empezar.

—Sí —me responde.

Me quedo sin aliento.

—¿En serio? —Me siento de nuevo como si me acabase de golpear—. Y ¿lo aceptaste?

—Tenía miedo. Estuve a punto de matarte, Grace. No quería hacerte daño.

—Claro, porque esto para mí está siendo un pícnic. —Miro como una loca por toda su habitación—. ¿Dónde está? ¿Dónde lo guardas?

No sé qué importancia pueda tener eso, pero la tiene. Si él sabe dónde está, si lo tiene a mano...

—Lo tiré.

—¿Qué? —Esa no es la respuesta que esperaba.

—Lo tiré el mismo día que me lo dio. No fui capaz de hacerlo, Grace. No sin haber intentado siquiera que funcionara. No sin tu permiso.

Exhalo despacio y el dolor disminuye por fin. No desaparece por completo, pero empieza a disiparse lentamente. Porque no pudo hacerlo. No pudo romper lo que había entre nosotros antes de que hubiese empezado siquiera, y especialmente sin decírmelo. Eso marca una gran diferencia. De haber podido, de haberlo conservado..., no sé si habría sido capaz de superarlo algún día.

—No vamos a romper el vínculo, Jaxon.

—Eso podría acabar con él. Si no puede alimentarse de la energía de nuestro vínculo, moriría rápidamente, ¿no? No creo que a ti te pasase nada en ese caso. Es ese agotamiento lo que nos está matando a todos poco a poco.

Sus palabras tocan todos mis puntos aún sensibles.

—Y yo tendría que verlo morir, traumatizada también por haber perdido a mi compañero.

—No me perderías. Yo seguiría estando aquí...

—Pero ya no serías mi compañero. —Lo miro con el corazón en los ojos y susurro—. ¿De verdad es eso lo que quieres?

—¡Pues claro que no es lo que quiero! —grita.

—Bien. Pues no vuelvas a mencionarlo.

—Grace...

—No. —Quiero lanzarme contra él y abrazarme a su cintura, pero todavía me duele todo esto.

—Lo siento. —Tira de mí y me abraza con fuerza—. Solo intentaba hacer que las cosas fueran más fáciles para ti.

—No necesito esa clase de ayuda —respondo, aunque me pregunto si será verdad. Si hacerme las cosas más fáciles es realmente el único motivo por el que ha sacado este asunto.

—Lo siento —repite—. Lo siento muchísimo.

No sé si es suficiente. En serio, no creo que nada pueda serlo en estos momentos, pero es un comienzo. Y eso tiene que contar para algo.

—Está bien —le digo, aunque no está bien del todo.

Sin embargo, ya es tarde. Tenemos que ir a la asamblea. Tal vez si respiro un poco el dolor desaparezca, junto con la sensación de traición que me asola.

De camino a la puerta, temo tener que enfrentarme a las borderías de Hudson en medio de todo esto. Pero, por una vez, no dice ni mu.

90

Fuego y piedra de sangre

Aún estoy afectada diez minutos después, de camino a la ceremonia. Me digo a mí misma que no es para tanto, que todo irá bien: con Jaxon, con la ceremonia, con la Bestia Imbatible. Pero ¿cómo voy a autoconvencerme de estas cosas cuando Jaxon estaba dispuesto a cortar nuestro vínculo?

Ahora mismo siento que todo está mal, que todo está torcido. Y el hecho de que Hudson haya vuelto a sermonearme tampoco ayuda.

—¿Qué parte de «mi padre aniquiló a todas las gárgolas» no has entendido? —pregunta mientras nos dirigimos al auditorio—. *¿Crees que las mató en secreto? Todo el mundo sabía lo que estaba haciendo, y nadie se atrevió a cuestionarlo. Y, si alguien hubiera osado hacerlo, lo habría matado también. O al menos lo habría desacreditado. ¿Crees que no puede hacer que una niñita tonta desaparezca?*

»Son sus palabras, no las mías —se apresura a añadir cuando me vuelvo furiosa hacia él—. *Solo estoy reproduciendo lo que él debe de estar pensando. No es la verdad, pero es como él lo estará viendo* .

—Ya, bueno, pues eso es absurdo —murmuro, y levanto la vista hacia Jaxon, que está hablando con Mekhi.

—Por supuesto que sí, pero estamos hablando de un hombre absurdo. Malvado y monstruoso, sí, pero absurdo. Harías bien en recordarlo.

Nadie dice nada más, ni Hudson, ni Jaxon, ni Mekhi ni yo, mientras bajamos el último tramo de escalones de dos en dos. El resto nos espera al final de la escalera, un millón de veces más contentos de lo que yo me siento. Aunque, en fin, el rey probablemente no quiere matarlos a ellos.

—Estás muy guapa, Grace —me dice Flint, y levanta la mano para chocarme el puño.

—Lo mismo digo —respondo, porque es verdad. Todos están increíbles vestidos con sus uniformes, y más teniendo en cuenta que hoy podemos llevar el *blazer* en lugar de esas estúpidas togas moradas.

—¿Estáis todos listos para este paripé? —pregunta Mekhi al tiempo que le ofrece el brazo a Eden. Ella parece algo sorprendida ante el gesto, supongo que las botas militares y su actitud de tía dura tienden a limitar los gestos galantes con ella, pero entonces veo que se dibuja una amplia sonrisa en su rostro.

—¡Por supuesto! —le dice, y acepta su brazo.

Xavier hace lo propio con Macy, y ella se ríe como una colegiala antes de aceptarlo. No puedo evitar sonreír al verlos lanzarse miradas el uno al otro con el rabillo del ojo cuando creen que el otro no mira.

—Supongo que solo quedamos tú y yo —le dice Flint a Gwen moviendo las cejas arriba y abajo.

Ella lo mira como si fuese un poco rarito, pero al final acepta su brazo a regañadientes. Ya está mucho mejor, pero sigue con el brazo muy magullado y lleno de cortes.

Jaxon levanta la mano y me aparta los rizos de la cara.

—Todo va a ir bien —me dice—. Te prometo que no dejaré que te pase nada.

—Ya lo sé —respondo mientras me coge de la mano. Pero sus palabras de hace un rato siguen reproduciéndose en mi mente.

A veces tengo la impresión de que Jaxon intenta protegerme de todo el mundo menos de sí mismo.

Pero, cuando las palmas de nuestras manos se unen, no puedo evitar darme cuenta de lo agotado que está. Le he transmitido algo de energía a través del vínculo tras regresar del cementerio, y parecía que estaba mejor, pero ahora ya no lo tengo tan claro.

Tenemos que conseguir el último artículo. No tenemos tiempo que perder.

—*Estás ansiosa por perderme de vista, ¿eh?* —dice Hudson.

—*Estoy ansiosa por que tu hermano vuelva a la normalidad, que no es lo mismo* —respondo.

Espero que me conteste alguna bordería, y no tarda mucho en hacerlo:

—*Jaxon nunca ha sido normal, por si no te habías dado cuenta* .

—*Y eso lo dice precisamente el chico que vive en mi cabeza* —le suelto, harta de todos en estos momentos—. *Lamento ser yo quien te lo diga, pero él no es el anormal aquí* .

Hudson empieza a decir algo más, pero se detiene cuando entramos en el auditorio, que ya está medio lleno de alumnos, muchos de los cuales se dan la vuelta para mirarnos al dirigirnos hacia la última fila de asientos.

Una alfombra morada (¡una alfombra morada!) cubre el acceso al estrado. Está claro que es para nosotros, y me da una vergüenza horrible tener que caminar sobre ella, aunque todo el mundo parece pensar que es algo de lo más normal.

El tío Finn se encuentra ya en el estrado, comprobando de nuevo el sistema de sonido. Nos sonríe a todos, y a Macy y a mí nos guiña también el ojo para infundirnos ánimos. Sin

embargo, hay algo en su mirada... una seriedad, pese a la sonrisa y el guiño, que hace que se me encoja el estómago.

—¿Es demasiado tarde para salir corriendo? —pregunto, y no es del todo broma. Algo no va bien. Jaxon me aprieta la mano.

—*Te dije que no vinieras* —me silba Hudson—. *Te advertí de que iba a pasar algo malo* .

—*No ha pasado nada malo todavía* —digo intentando tranquilizarme, pero el corazón me va a mil por hora.

Incluso Jaxon parece pensar que huir podría ser una buena opción, sobre todo cuando las puertas del salón de actos se abren de par en par y los miembros del Círculo desfilan por la pasarela que se encuentra en el lado opuesto del auditorio de aquel por el que el resto de nosotros hemos entrado.

Cyrus se dirige al podio con toda la pompa y la actitud de Mick Jagger en un concierto de los Stones. Hoy viste un traje negro de raya diplomática con una corbata negra y morada. No voy a mentir, le sienta de maravilla. Evidentemente, sus ojos brillan con fanatismo, y eso me tranquiliza un poco.

En cuanto los demás miembros del Círculo ocupan sus asientos, comienza la asamblea.

—Gracias, instituto Katmere, por ofrecernos el torneo Ludares más emocionante que jamás hayamos disfrutado. Ha sido un auténtico placer presidir un evento tan increíble.

El salón se queda en un absoluto silencio mientras él repasa a los asistentes con la mirada, y no sé qué da más miedo, si las expresiones serias en sus rostros o el sonido de las puertas al cerrarse.

Me trago el pánico que me asciende por las garganta mientras miro al público con una sonrisa temblorosa. Lo que realmente quiero hacer es salir corriendo por el pasillo como una fan del K-pop tras su ídolo favorito; y, sin embargo, me quedo aquí sentada mientras el rey se vuelve de nuevo hacia el auditorio y continúa con lo que ahora sé (lo que los ocho sabemos) que es una auténtica puta farsa.

—En primer lugar, vamos a celebrar la victoria de este magnífico equipo de aquí. Estuvieron increíbles en el Ludares, ¿verdad? Ese momento en el que Grace esquivó a los dos dragones fue impresionante. Y ¿qué me decís de cuando transformó a uno de los dragones en piedra? —Niega con la cabeza—. Fue absolutamente fascinante.

El público aplaude con más entusiasmo del que esperaba.

—Así que, sin más preámbulos, quiero invitarlos a acercarse para aceptar el premio especial donado este año: una piedra de sangre de la colección real.

Delilah también está al frente del estrado, aunque está claro que piensa dejar que sea solo su marido el que hable hoy. Va vestida de blanco de los pies a la cabeza, y está escalofriantemente hermosa. Sus labios carmesí se curvan hacia arriba formando una sonrisa perfecta (que parece auténtica siempre y cuando no te detengas a estudiarla mucho).

Cyrus se dirige hacia nuestro equipo, al fondo del auditorio:

—¿Querría el equipo vencedor del Ludares al completo venir aquí y saludar al público?

Intercambiamos miradas incómodas entre nosotros, pero Jaxon cuadra los hombros y toma la delantera. El resto lo seguimos de mala gana y en fila india.

—Saludad —nos ordena Cyrus cuando nos detenemos en el estrado.

Lo hacemos, y el público aplaude.

Cyrus camina detrás de nosotros y le da a todo el mundo una palmadita en la espalda mientras pronuncia su nombre. Yo estoy al final, y se detiene cuando llega hasta mí.

—Grace. —Cyrus me entrega el estuche que contiene la piedra de sangre, mirándome de arriba abajo, cosa que me repugna completamente. No porque su mirada sea lasciva, que no lo es, sino porque es avariciosa. Como si quisiera poseerme, pero solo porque ya ha dado con la mejor forma de usarme para servir a sus intereses—. Cuánto me alegro

de conocerte —me dice, y se pone a mi lado abriendo los brazos en una especie de extraña reproducción de un abrazo manteniendo la distancia social—. La compañera de mi hijo, una gárgola. —Niega con la cabeza—. Es algo incomprensible, pero muy emocionante.

—Muy emocionante —repite Delilah, sin perder ni un momento su perfecta sonrisa carmesí.

Cyrus prosigue:

—No tengo palabras para expresar lo mucho que nos impresionaste en el torneo.

—Todo mi equipo lo hizo muy bien —le digo.

Delilah enarca una ceja en un gesto idéntico al de sus dos hijos, pero no dice nada.

—Cierto. Pero tú eras su arma secreta. Todos vimos la actuación de Grace Foster en el torneo de ayer, ¿verdad? —La voz de Cyrus retumba por el auditorio y provoca una aclamación—. Todos vimos las cosas increíbles que es capaz de hacer, ¿no? —Más vítores—. Pero también vimos lo vulnerable que puede ser la pobre —añade Cyrus negando con la cabeza—. La vimos sufrir. Vimos que un lobo la arrastraba por el campo. Vimos que estuvo a punto de morir entre dos dragones. Grace, nuestra única gárgola en más de mil años.

—*¿Qué pretende con esto?* —le pregunto a Hudson mientras su padre continúa enumerando la infinidad de cosas que me han sucedido desde que mis padres murieron.

—*Nada bueno* .

Cyrus hace una pausa, y es como si a todos los presentes se les hubiese olvidado respirar. Se vuelve hacia su mujer y la invita a acercarse.

—¿Quieres ser tú la que dé la buena noticia, Delilah?

La reina continúa sonriendo mientras avanza, pero no es una sonrisa alegre. Es rígida, frágil, y me pregunto cuánto tiempo podrá mantenerla antes de que se quiebre en mil pedazos. Me pregunto cuánto tiempo más puede mantener esta fachada antes de romperse por completo.

Bastante, supongo, pues no se rompe cuando se acerca para coger el micrófono. Cuando se dirige al auditorio y dice:

—Tengo el enorme placer de compartir una noticia fantástica. —Me mira, y no sé quién está más nervioso por lo que está a punto de decir, si Hudson o yo. Probablemente yo. Cuando su sonrisa se intensifica, el corazón me empieza a martillear con tanta fuerza en los oídos que no sé si seré capaz de oír las palabras—. El Círculo ha votado y ha tomado una decisión: el rey Cyrus y yo vamos a llevarnos a Grace a casa con nosotros, a la Corte Vampírica.

Eh..., pues al final sí que lo he oído..., aunque ojalá no lo hubiera hecho.

91

Las disputas familiares no tienen nada que ver con nosotros

—*¡Y una puta mierda!* —Todo en Hudson repudia al instante las palabras de su madre. Aunque, en fin, todo en mí también.

—Tranquila, Grace. No permitiré que eso suceda —me susurra Jaxon mientras me aprieta la mano, pero apenas registro vagamente sus palabras.

Creo que estoy en shock. Me sudan las palmas de las manos, pero ya no oigo mis latidos. Mi corazón bombea a tal velocidad que se ha convertido en un zumbido continuo en mi cabeza.

—Nos ha costado mucho tomar esta decisión. —Cyrus ha recuperado el micrófono—. Pero, finalmente, con cuatro votos a favor y cuatro en contra, con el mío rompiendo el empate, el Círculo ha decidido que debemos llevarnos a Grace a Londres con nosotros, donde podremos enseñarle a defenderse y protegerla hasta que ella sepa hacerlo sola. —El cuerpo estudiantil empieza a aplaudir sus palabras; no con tanto entusiasmo como antes, pero él no parece notarlo, o simplemente le da igual—. Sé que Grace os

importa tanto como a nosotros, y me alegro de que estéis de acuerdo en que esta criatura única, esta nueva esperanza para nuestro maltrecho mundo, deba protegerse a toda costa.

—¡No podéis hacer eso! —le ruge Jaxon a su padre.

Cyrus se aparta del micrófono y le dice a su hijo con voz grave y desdeñosa:

—Calla, chico. No te gustará lo que sucederá si no lo haces.

—Me da igual... —empieza Jaxon, pero deja la frase a medias cuando le aprieto la mano con tanta fuerza como para rompérsela. Porque Hudson no para de gritarme en mi mente que pare a Jaxon, que él tiene otro plan.

Cyrus interpreta la pausa de Jaxon como aceptación, se vuelve de nuevo hacia el público y prosigue con su discurso, aunque no presto atención a lo que dice.

—Espera —le susurro a mi compañero—. Dale un momento a Hudson para que me hable.

—¿Hudson? —pregunta con gesto desencajado y escéptico —. ¿Vas a creerle a él? ¿Al esbirro perfecto de mis padres?

—No es eso —le digo, pero, cuando veo que se dispone a protestar, levanto la mano para detenerlo.

—*Solicita inclusión* —me dice Hudson—. *Hazlo bien alto y asegúrate de que quede registrado* .

—*¿Inclusión? ¿Qué es eso?*

—*Tú hazlo antes de que clausuren la asamblea. No tienes mucho tiempo* .

—¡Un momento! —grito, y Cyrus se vuelve con un gesto furioso en su rostro por lo general plácido al sentirse desafiado abiertamente.

Inspiro hondo. ¿De verdad voy a confiar en Hudson?

—*¿Acaso tienes elección?* —me suelta.

No la tengo. De modo que grito lo más alto y claro que puedo:

—¡Solicito inclusión!

Y se hace un silencio sepulcral en el salón de actos.

«¡Mierda! ¿Qué he hecho?»

—*Lo único que podías hacer* —responde Hudson, pero no me está mirando. Mira directamente a su padre, y con una sonrisa artera en los labios, como si acabase de hacerle un jaque mate antes de que el hombre supiera siquiera que estaba jugando.

—¿Inclusión? —me silba Cyrus con ojos homicidas.

Su reacción me anima a insistir:

—Sí. Solicito inclusión.

—Y ¿en qué te basas? —pregunta mientras los demás miembros del Círculo empiezan a intercambiar miradas.

—*Eso, Hudson, ¿en qué me baso?*

— *En que las gárgolas tienen derecho a ocupar un asiento en el Círculo y en que, de hecho, así lo hacían, hasta que las exterminaron. Pero no uses esa palabra porque solo cabrearás más a mi padre* .

—*¿Qué? ¿Eso es la inclusión? ¿Estoy reclamando un lugar en el Círculo? ¡Yo no quiero eso!*

—*Es eso o pasar toda tu vida en la mazmorra de mis padres. Yo mismo pasé mucho tiempo en ella, y he de decir que no es un sitio que pueda denominarse* hogar.

—¿En qué te basas? —repite Cyrus y, al ver que no respondo de inmediato, esboza una sonrisa de suficiencia y se vuelve de nuevo hacia el público—. Inclusión den...

—Las gárgolas son una facción gobernante con los mismos derechos en el Círculo por ley —le espeto—. Y ahora que existe de nuevo una gárgola, tengo derecho a representación. Y, puesto que soy la única gárgola que hay, solicito inclusión.

Los demás miembros del Círculo intercambian otra mirada, y algunos de ellos, incluidos los padres de Flint, asienten. Incluso Delilah parece algo afligida.

—¿Conoces siquiera el proceso de inclusión? —pregunta.

—Es un...

—*Una prueba* —me ayuda Hudson.

—Es una prueba —digo—. Un desafío que tengo que superar.

Mierda. Esto es de lo que me ha hablado todo el mundo. El motivo por el que se creó originalmente el Ludares.

—*¿En qué lío me has metido?* —le pregunto a Hudson.

—Es una prueba a la que nadie se enfrenta solo; una prueba que solo puede hacerse con un compañero —me dice Cyrus—. Por lo tanto...

—Afortunadamente, ella tiene un compañero —indica Jaxon dando un paso adelante—. Y solicitamos inclusión. Juntos.

Cyrus parece estar a punto de estallar y matarnos a ambos aquí mismo, sin importarle las consecuencias, pero entonces Imogen, una de las brujas del Círculo, se levanta:

—Tienen derecho a la prueba —afirma.

Su compañera se levanta con ella.

—Estoy de acuerdo.

—Nosotros también —añaden Nuri y su compañero, poniéndose también de pie.

—*No será suficiente* —le digo a Hudson—. *No tendremos suficientes votos sin el de los lobos* .

—*Tienes derecho a ocupar un asiento por ley* —me contesta Hudson—. *No es una cuestión de votos* .

—Por ley, las gárgolas tienen derecho a ocupar un asiento en el Círculo. No es una cuestión abierta a discusión ni a votación. —Miro a Cyrus a los ojos y sé que está pensando muy bien cuál debe ser su próximo movimiento.

—Está bien —acepta por fin con una rabia y una indignación palpables—. Se acepta la solicitud. La prueba tendrá lugar dentro de dos días, al alba, en el estadio.

—*Dile que necesitas más tiempo* —dice Hudson—. *Es imposible que estéis preparados en dos días* ...

—¡Necesito más tiempo! —exclamo.

Cyrus me lanza una mirada maliciosa y responde:

—No hay más tiempo. El Círculo no puede permitirse permanecer aquí el tiempo que a ti te plazca. O es dentro

de dos días, o no es. Tú eliges.

—Supongo que nos vemos en el estadio, entonces —le digo.

Asiente, y su rostro se vuelve de nuevo cuidadosamente inexpresivo.

—Como desees.

Cuando abandonamos el estrado, el auditorio parece estar tan contrariado como yo. Algunos alumnos aplauden y silban, mientras otros se cubren la boca y susurran o pasan de nosotros activamente, lo cual es toda una novedad para mí, pero me parece estupendo. Cuanta menos gente me mire, mejor. Y más ahora.

—*Bueno, ha ido mejor de lo que esperaba* —comenta Hudson.

—Estamos jodidos, ¿verdad? —pregunto.

—Sin duda —responden Hudson y Jaxon al unísono.

92

¿Es realmente un desafío si te dan ganas de vomitar?

—¿Qué es lo que acabo de hacer? —pregunto en cuanto salimos de la ceremonia y nos dirigimos a la torre de Jaxon. El pánico se apodera de mí y hace que me tiemblen las manos. Y siento que me va a estallar el cerebro—. ¿Qué es lo que acabo de hacer?

—*Tranquila* —dice Hudson rápidamente—. *Todo está bien* .

—Has accedido a competir en la prueba —me dice Jaxon —. Todo el mundo que quiera acceder al Círculo tiene que competir, y ganar. Por eso siempre es mejor hacerlo con tu compañero, porque es peligroso. —Hace una pausa—. Es muy peligroso, Grace. Y generalmente mortal. Hace mil años que nadie consigue un asiento. ¿O es que crees que nadie ha intentado destituir a Cyrus en todo este tiempo?

—Pues claro que es peligroso —respondo—. ¿Acaso hay algo en vuestro mundo que no lo sea?

—*También es tu mundo* —me recuerda Hudson y, por una vez, no suena desdeñoso. De hecho, parece preocupado, y no de un modo sarcástico.

Lo cual, ahora que lo pienso, puede que sea lo que me tiene tan acojonada. Bueno, eso y el hecho de que acabo de acceder a participar en una versión paranormal y retorcida de un *reality* televisivo, edición «muerte súbita».

—*Y te aconsejo que empieces a dominarlo en lugar de dejar que te aplaste* —añade.

—¡Cállate! —le grito, y estoy tan cabreada que prácticamente le chillo, en voz alta—: ¡Has sido tú el que me ha metido en este lío!

—¿Yo? —Jaxon parece sentirse insultado—. Pero si solo estoy intentando ayudarte a salir de él.

Ni siquiera me molesto en decirle que se lo decía a Hudson. Con que uno de nosotros esté iracundo es suficiente.

—¿Cómo? ¿Apuntándote a morir conmigo? Me alegro de que te parezca que eso es ayudar.

Ahora parece cabreado.

—Y ¿qué querías? ¿Que te dejase sola? Somos compañeros, ¿sabes? Y no solo de palabra.

—A menos que tú decidas lo contrario —le suelto, y sé que es un golpe bajo, pero aún estoy muy dolida por lo de antes.

Si a eso le añadimos lo de la prueba, y que el único que me puede ayudar es mi compañero..., el chico que acaba de revelarme que, durante un tiempo, ni siquiera quería ser mi compañero... Es como echarle sal a la herida, seguida de un chupito de zumo de limón y vinagre.

—Vale, oye —interviene Macy—. Esto es malo, no cabe duda. Pero tenemos demasiado que hacer en el próximo par de días como para que os pongáis a discutir. Así que ¿podemos relajarnos y elaborar un plan?

—Estoy segura de que Cyrus ya tiene uno. —Suspiro y me paso la mano por el pelo—. Y acaba conmigo encadenada o muerta.

—Ya, pues eso no va a pasar —me dice Xavier con las manos en las caderas como si estuviese listo para pelear ahora mismo—. No, si nosotros podemos impedirlo.

—¿Puede alguien explicarme en qué consiste exactamente la prueba en la que acabo de registrarme? Sé que el Ludares se basa en ella, pero ¿qué significa eso?

—Es básicamente como el Ludares, pero sin las reglas. O sin las pulseras de seguridad. Sin restricciones. Una batalla campal hasta la muerte —me dice Jaxon—. Y en lugar de ser equipos de ocho contra ocho, son los dos aspirantes contra ocho campeones escogidos por el Círculo.

—¿Como un Ludares con esteroides? —pregunto presa de un nuevo pánico—. ¿Y se supone que tengo que jugar sola?

—Con tu compañero —me recuerda Jaxon—. Yo estaré contigo, Grace.

Suspiro porque, por muy furiosa que esté con él, que lo estoy, sé que lo dice de verdad. Jaxon jamás me dejaría colgada cuando lo necesito. Y menos si puede ayudarme. Cuando recuerdo esto, los últimos restos de mi ira se disipan. Porque Jaxon siempre ha tratado de hacer lo mejor para mí, aunque se equivocara, y eso pesa más que todo lo demás.

—Entonces —digo cuando por fin soy capaz de pensar de nuevo—, tenemos dos días para ponernos en forma para la prueba. Fantástico. ¿Alguna idea?

Es una pregunta sarcástica, pero, a juzgar por las miradas contemplativas de todos, están intentando responderla. Tengo muchísimos motivos para adorar a mis amigos.

—Bueno, yo creo que deberíamos hablar del hecho de que tenemos que sacar a Hudson de tu cabeza antes de que pises el campo —señala Flint—. De lo contrario os va a agotar a los dos, y perderéis. Puede que incluso acabéis muertos.

—Tiene razón —afirma Macy—. Tenemos que sacarlo de ahí lo antes posible.

—Lo que significa que tenemos que ir a por la Bestia Imbatible lo antes posible —dice Jaxon—. No podemos liberarlo hasta que no consigamos la piedra corazón que guarda la bestia.

—¿Por qué está mi hermano tan empeñado en morir? — gruñe Hudson—. *No necesitáis ninguna piedra corazón. Solo tenéis que sacarme de aquí para que no tenga que seguir alimentándome a través de vuestro vínculo, y ya tenéis todo lo que necesitáis para eso* .

—Ya, bueno, pero es que tu voto no cuenta —le contesto mientras Jaxon y Flint empiezan a discutir sobre cuál es la mejor manera de matar a la bestia.

*—Claro, ¿por qué iba a contar, teniendo en cuenta que es a mí a quien más le concierne todo este asunto? —*Pone los ojos en blanco.

Uf. Estoy frustrada, y asustada, y lo último que necesito ahora mismo es a Hudson con su complejo de mártir.

*—¿Complejo de mártir? —*dice casi rugiendo—. *¿Estás de coña? Si no estás ahora mismo encadenada en la mazmorra de mis padres es gracias a mí, ¿y soy yo el que tiene complejo de mártir? ¿En serio?*

Suspiro.

—No tenías que haber oído eso .

—Estoy en tu cabeza, por si no te habías dado cuenta — me suelta, y empieza a pasearse por delante de la estantería de Jaxon—. *Lo oigo todo. Conozco cada uno de tus mordaces pensamientos. Veo cada temor. Así que entiendo que tienes miedo. Y entiendo que no quieres confiar en mí a raíz de lo que te ha contado todo el mundo. Pero ¿quieres hacer el favor de escucharme aunque sea un minuto? Piénsatelo bien. Te juro que solo estoy intentando ayudarte. Te juro que es lo único que hago, Grace. Lo único que he hecho desde que regresé ha sido intentar ayudarte* .

Quiero creerle, de verdad. Tanto que estoy hasta sorprendida. Pero estoy asustada. He cometido errores otras veces, he confiado en personas en las que no debería haber confiado. Solo hay que ver lo que sucedió con Lia.

*—Yo no soy Lia —*me dice—. *Yo jamás habría pedido esto. Jamás se me habría pasado por la cabeza hacerte pasar por lo que ella te hizo pasar. Lo que ocurrió con ella es una de*

las cosas que más lamento en mi vida y, si pudiera volver atrás y retirarlo, lo haría .

—*¿Retirar qué?* —pregunto asombrada de lo mortificado y arrepentido que parece, unos adjetivos que jamás pensé que usaría para definir a Hudson.

—*Cometí un error* —me explica—. *Un día, de broma, le dije que me amaría por siempre. Solo era una tontería, pero* ... —niega con la cabeza—, *yo no puedo hacer eso, porque mi poder es real. Y lo sabía, pero lo olvidé por un segundo, y este es el resultado* . —Levanta las manos en un gesto de impotencia.

Sus palabras me dejan descolocada. Tal vez Lia no fuese tan mala como yo pensaba. Quizá solo fue una víctima más de un poder que alguien no supo controlar. Me cuesta digerirlo después de todo lo que ha pasado, así que lo archivo en mi carpeta de «Mierdas para las que no tengo tiempo hoy» y me prometo a mí misma recuperarlo cuando tenga un rato.

—*Estoy tratando de arreglar lo que pueda* —me asegura—. *Grace, te juro que lo último que quiero es hacerte daño, ni a ti ni a nadie. Tienes que confiar en mí. Y si intentáis matar a la Bestia Imbatible antes de la prueba, moriréis. Si no os mata ella, llegaréis arrastrándoos al estadio* .

Siento su desesperación, su agitación, y a pesar de todo y de todos, le creo. Es más, me doy cuenta de que ya hace tiempo que le creo.

—Eso no es verdad —digo al grupo—. Tenemos los cuatro artículos. Podríamos dejar salir a Hudson de inmediato. Así tendríamos dos días para recuperarnos del todo y para entrenar y, de ese modo, tal vez tengamos una oportunidad de no morir. —Asiento—. Es la mejor opción.

—Por encima de mi puto cadáver —responde Jaxon, y cada palabra que expulsa es puro hielo.

93

Traición es una palabrota

—¿La mejor opción para quién exactamente? —dice Flint con la mandíbula tensa y los ojos encendidos—. No para el resto de nosotros, eso seguro.

—Estoy con Flint —indica Eden—. No podemos hacer eso. No podemos dejar que Hudson campe a sus anchas por el mundo de nuevo conservando su poder de persuasión. Simplemente no podemos.

—Entiendo que tengáis miedo… —empiezo.

—No tenemos miedo —dice Macy—. Somos prácticos. Ya sufrimos a Hudson una vez, hasta que Jaxon y el resto de la Orden hallaron por fin la manera de acabar con él. No podemos arriesgarnos a vivir eso otra vez. No podemos arriesgar la vida de tantas personas solo porque nos resulte conveniente.

—Y ¿qué hay del riesgo que corremos nosotros? —quiero saber—. Enfrentarnos a la Bestia Imbatible no será fácil. Uno de nosotros podría morir.

—Merece la pena —afirma Xavier tranquilamente, con una voz y una mirada más serias que nunca.

—¿Morir merece la pena? —repito alucinada—. ¿En serio?

—¿Sabes a cuántas personas mató? —pregunta Mekhi—. ¿Cuántos lobos y vampiros convertidos murieron por culpa de Hudson, solo porque él consideraba que los vampiros de nacimiento eran la especie más importante del planeta? Su don de persuasión es demasiado poderoso.

—*Eso no es lo que sucedió* —me dice Hudson, y detecto cierta urgencia subyacente en su voz—. *Ya te lo dije, Grace* .

Un recuerdo de la escena con su padre me viene a la mente.

—¿Por qué no para de mencionar todo el mundo tu don para persuadir pero no el hecho de que puedas destruir literalmente materia con la mente? Lo sé por el recuerdo de tu padre y, no te ofendas, pero a mí el hecho de que seas capaz de desintegrar cosas solo con pensarlo me da bastante más miedo que lo de la persuasión .

—Porque no lo saben. Nadie lo sabe . —Suspira—. *Bueno, mis padres sí. Pero mi padre cree que es un don inútil. Que sus intentos de obligarlo a desarrollarse libremente no lo fortalecían, sino que más bien lo volvían inactivo* .

—¿Por qué?

Me mira con sus impenetrables ojos azules, sin una pizca de emoción en ellos.

—Porque se quedó sin cosas que yo amaba con las que amenazarme .

El hecho de que lo diga así, sin emoción alguna, hace que sus palabras me duelan aún más. Me golpean como una bala, y me hundo en el sofá, desangrándome lentamente. Por fin, tras unir todos los puntos, susurro:

—Entonces ¿él cree que cuando ya no pudo obligarte a usarlo más, el poder simplemente se fue atrofiando?

Hudson asiente.

—¿Por qué crees que al final dejó que me marchase de la Corte Vampírica y viniese al Katmere? Ya no le servía para nada .

El corazón se me abre en canal por el pobre niñito de mi recuerdo. Y por el chico que está delante de mí también.

Pero no tengo tiempo de pararme a analizar mis sentimientos ahora. Necesito convencer a todo el mundo de que el diablo al que temen no existe.

No me molesto en responderle a Mekhi. En lugar de eso, me dirijo a todo el grupo.

—¿Estáis seguros de que conocéis toda la historia? Sé lo que creéis, pero ¿os habéis parado a preguntaros por qué hizo lo que hizo? ¿Os habéis parado a preguntaros si tenía una razón justificable?

—¿Para matar? —Jaxon me mira sin dar crédito—. Estás empezando a tragarte sus mentiras. Grace, sabes que no se puede confiar en él.

—Yo eso no lo sé —le respondo, y niego con la cabeza.

—¿Y si lo traemos de vuelta y resulta que ha estado planeando empezar su horrible cruzada de nuevo? —pregunta Gwen—. ¿Cómo podremos vivir sabiendo que somos los responsables de todo lo que suceda?

—Claro. Eso es lo que he estado haciendo. Llevo meses urdiendo un plan para destruir el mundo . —Niega con la cabeza*—. ¿Quién se creen que soy? ¿El doctor Maligno?*

No le respondo porque sé que apenas tengo un par de minutos para defender mi argumento o decidirán seguir adelante con el plan original, quiera yo o no. De modo que los miro a todos a la cara e intento explicarme:

—Cyrus estaba organizando un ejército compuesto de vampiros convertidos y otros seres para iniciar una guerra. Hudson solo intentaba evitar una catástrofe mayor. No estoy diciendo que apruebe sus métodos, pero le creo cuando dice que estaba haciendo lo correcto. Solo enfrentó entre sí a los aliados de Cyrus.

Flint parece como si le acabase de atropellar un camión.

—¿Estás culpando a mi hermano de lo que hizo Hudson? —Nunca había visto a Flint enfadado de verdad y, cuando se yergue con toda su altura de dragón, he de decir que espero no tener que volver a verlo. No me está amenazando ni

nada de eso, pero sí está cabreado—. ¿Te está contando que mi familia se alió con ese puto monstruo sediento de poder?

—*Tu hermano desde luego que sí* —responde Hudson, pero no le hago caso—. *Tenía un carácter horrible y odiaba tener que ocultar quién era a causa de los humanos* .

—No estoy diciendo eso, Flint. —Intento calmarlo—. Lo que digo es que en el fondo podría haber más de lo que vosotros sabéis en esta historia. Yo le creo. ¿Es que eso no cuenta para nada?

—No sabes lo que dices —replica Jaxon.

—¿Perdona? —Me lo quedo mirando—. ¿Qué significa eso exactamente?

—Tienes a Hudson comiéndote el tarro, intentando engañarte...

—¿De verdad me crees tan tonta? ¿Crees que no tengo mi propio criterio? —pregunto.

—Creo que eres human...

—Pero no soy solo humana —le espeto—, ¿verdad? Al menos no más que el resto de vosotros. Así que ¿por qué cuenta menos mi opinión?

—Porque tú no estabas ahí —me replica Jaxon, y parece exasperado. Cosa de la que me alegro, porque yo lo estoy aún más a estas alturas de la película. Aunque eso no parece importarle, bien porque no sabe que me ha ofendido, bien porque le da igual, y ninguna de las dos opciones me gustan demasiado—. Tú no viste lo que vimos nosotros.

—Puede, pero ninguno de vosotros tampoco ha visto lo que yo he visto. Hudson lleva en mi cabeza semana y media, las veinticuatro horas del día. ¿Crees que no sé quién es ahora? ¿Crees que no soy capaz de reconocer a un psicópata cuando lo tengo delante?

—No importa que creas que es inocente —indica Flint—. El riesgo es demasiado grande. No podemos permitir que disponga de sus poderes. A saber lo que piensa hacer con ellos.

—Entonces ¿creéis que tenemos derecho a ser jueces y jurado? —pregunto—. Yo creo que merece una oportunidad.

—Lo cierto es, Grace, que da igual lo que creas —me dice Jaxon—, porque te superamos en votos, siete a uno.

Me lo quedo mirando con incredulidad durante largos segundos. Luego miro al resto para ver si alguien más considera que está siendo un déspota, pero todos me devuelven la mirada con solemnidad, lo cual me cabrea todavía más.

Inspiro hondo intentando calmarme lo suficiente como para comportarme de un modo racional. Cosa que no es nada fácil cuando todos mis amigos me están mirando como si fuera una idiota. O, peor aún, como si no fuera paranormal.

Aunque, en realidad, tampoco me sorprende. Si yo hubiese vivido lo que vivieron ellos, probablemente pensaría lo mismo de una chica nueva que quiera liberar al psicópata que les provoca pesadillas. Pero eso no significa que no me duela que Macy y Jaxon (¡Jaxon!) se posicionen en mi contra en un asunto tan importante.

Se me parte le corazón, y me esfuerzo por contener las lágrimas cuando por fin digo:

—¿En serio ni siquiera vas a pararte a considerar lo que te estoy diciendo, Jaxon? ¿De verdad que ni siquiera vas a intentar ver el punto de vista de tu compañera?

Jaxon parece sentirse tan mal como yo cuando me coge las manos y las coloca sobre su pecho.

—Te quiero, Grace. Y lo sabes. —Su tono es serio y grave, como si le estuvieran arrancando las palabras desde lo más profundo de su ser—. Pero no puedo concederte esto. Pídeme cualquier cosa, lo que sea, y te lo concederé. Pero esto no. —Me mira a los ojos y detecto una humedad en los suyos que se parece mucho a las lágrimas cuando continúa —: No puedo permitirme ponerme a mí primero. O a mi compañera. Es mi responsabilidad mantener la seguridad de

todos. Sus vidas están en mis manos. Así que, ¿cómo puedes pedirme que elija?

—Porque tengo razón, Jaxon. —Me vuelvo hacia el resto de mis amigos—. Sé que no me creéis, pero la tengo. Sé que Hudson no va a volver a hacer daño a nadie.

—Y ¿si te equivocas? —pregunta Xavier—. ¿Qué hacemos?

—No me equivoco —le digo, y me vuelvo hacia Jaxon y juego mi última carta—. Y ¿si me niego a montarme a lomos de Flint para ir a esa mítica isla ártica con vosotros? —pregunto en voz baja.

—Iremos sin ti. —Jaxon traga saliva, pero me mantiene la mirada—. Esto es más importante que un único individuo. Aunque ese individuo seas tú, Grace.

El dolor me golpea como un tsunami y amenaza con arrastrarme. No sé qué más decir. Porque es imposible resolver este dilema. Es imposible que nos pongamos de acuerdo, aunque nos estemos jugando la vida.

O tal vez sea por eso. Ya no lo sé.

Ya no sé si sé nada. Lo único que sí sé es que Jaxon no va a cambiar de opinión.

No en esto.

Las lágrimas me caen sin remedio por las mejillas.

Pobre príncipe reticente.

Pobre niño precioso.

Miro a mi alrededor y veo la cara de decisión de todos mis amigos, y me doy cuenta de que, definitivamente, son siete contra uno. No puedo hacerles cambiar de opinión. Y si me largo, si me niego a ir porque sé que se equivocan, estaré reduciendo sus probabilidades de salir exitosos de su misión..., estaré reduciendo sus probabilidades de sobrevivir al enfrentarse a la Bestia Imbatible. Saberlo me hiere como pocas cosas lo han hecho antes, y lo único que quiero es gritar.

Y es entonces cuando oigo la voz de Hudson en los recovecos de mi mente.

—*Tranquila, Grace. Decidan lo que decidan, bien está* .

—*No lo dices de verdad* —le digo.

—*Si así dejas de llorar, pues sí, lo digo de verdad* —responde—. *Esto no es algo que puedas arreglar. Solo es algo que vas a tener que soportar. Pase lo que pase, te prometo que no te culparé por ello* .

—*No es justo* —le contesto—. *Lo que te van a hacer no es justo* .

Se ríe, y su carcajada parece sacada directamente de una tragedia.

—*La vida no es justa, Grace. Creía que tú lo sabías mejor que nadie* .

—*Lo siento* —le digo mientras las lágrimas descienden por mis mejillas.

—*No lo sientas* —repone—. *Nada de esto es culpa tuya* .

Que tenga razón no hace que me sienta mejor. De hecho, solo hace que me sienta peor, aunque levanto las manos y acuno la cara de Jaxon para que sepa que lo entiendo. Para que sepa que sé que carga con el peso del mundo sobre sus hombros y que no seré yo quien le añada más. No ahora. No por esto.

—Está bien —susurro, aunque en el fondo de mi alma sé que no es lo correcto—. Iré con vosotros. Pero tienes que prometerme algo a cambio.

—Lo que sea —responde apretándome las manos.

—Si conseguimos la piedra corazón y sobrevivimos, tienes que prometerme que volveremos a tener esta conversación antes de usarla. Tienes que prometerme que me darás otra oportunidad para hacerte cambiar de idea.

—Puedes tener todas las oportunidades que quieras —me responde Jaxon mientras coloca mi mano sobre sus labios—. No cambiaré de idea, pero escucharé lo que me tengas que decir. Siempre te escucharé, Grace.

No es suficiente, ni siquiera se le acerca, pero es todo lo que puede darme, así que lo acepto por ahora con la esperanza de que se obre un milagro.

94

Algunos días el vaso está realmente medio vacío

—Tengo una mala noticia y otra peor. ¿Cuál queréis primero? —dice Xavier la noche siguiente nada más entrar en la torre de Jaxon donde nos hemos reunido. Lamentablemente, su gesto no transmite nada de ligereza.

—¿Nos lo estás preguntando en serio? —Macy pone los ojos en blanco—. Si las cosas están tan mal, suéltalo sin más.

—Vale, pues empiezo por la mala noticia. —Se pasa la mano por la cara, como si se estuviera preparando para decirnos algo terrible—. He estado haciendo la ronda y echando un vistazo y es absolutamente imposible que podamos largarnos del campus esta noche.

—¡¿Qué dices?! —exclama Jaxon—.Tenemos que largarnos del campus. Tenemos que ir a buscar la piedra corazón esta noche o no podremos liberar a Hudson antes de la prueba.

—¿Sí? No jodas —responde Xavier—. Por eso he dicho que era una mala noticia.

—Tiene que haber una forma —observa Flint—. Los túneles...

—He estado ahí abajo —indica Xavier—. Los han bloqueado, y han colocado guardias armados en todas las putas salidas.

—¿Armados? —pregunto alarmada ante la idea de que pueda haber armas en el Katmere—. ¿Armados con qué?

—Con magia —contesta Jaxon rápidamente—. Es todo lo que necesitan.

—¿Y las almenas? —quiere saber Macy—. Los dragones y Grace pueden despegar desde las torres...

—Sí, tienen gente arriba también. Mucha. —Xavier se deja caer contra la pared y añade—: Estamos jodidos.

—Pues no podemos estar jodidos —dice Flint—. Tenemos que hacer esto, así que vamos a averiguar cómo y a hacerlo.

—Eso es lo que estamos intentando, dragón. ¿Tienes alguna sugerencia o solo vas a decir obviedades? —pregunta Mekhi.

—No veo que tú estés sugiriendo nada tampoco, «vampiro». Solo pretendía hacer hincapié en ello. —Flint se lleva la mano a la oreja y finge esforzarse por oír algo—. ¿Cuál decías que era tu plan?

—¿Nos dices cuál es la otra mala noticia? —Intervengo con la esperanza de cortar el intercambio de insultos antes de que se líe una gorda en el cuarto de Jaxon.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Eden, que está tirada en un extremo del sofá.

—Xavier ha dicho que tenía una mala noticia y otra peor. —Todo el mundo se calla, y nos quedamos mirándolo—. ¿Y bien? ¿Cuál es la otra? —pregunto por segunda vez.

—Ah, he oído que el Círculo quería convocar a los campeones que jugarían en su lugar, y eran algunos de los guerreros más feroces del mundo, pero tu tío intervino y dijo que si Cyrus tenía los huevos de aceptar un desafío, lo mínimo que podía hacer era luchar él mismo.

El nudo del estómago se multiplica por diez, y gruño.

—Pero eso no es «una noticia peor». Eso es una noticia espantosa, horrible. Una noticia de «vamos a morir todos».

Xavier sonríe.

—Ah, no, perdona. Esa no era la mala noticia. Al parecer, al rey le acojona de la hostia tener que enfrentarse a Jaxon en el campo, y con razón, así que ha insistido en lo de los campeones. Y tu tío ha accedido..., pero tienen que ser alumnos del Katmere.

Vale, sí, eso en sí es «una noticia peor». No quiero tener que luchar por mi vida contra otros adolescentes, pero al menos no tendremos que enfrentarnos a los padres de Jaxon. O a la madre de Flint, que ya nos demostró de lo que era capaz en el Ludares.

—Y ¿a quién ha elegido? —quiere saber Jaxon, y suena tan angustiado como yo.

—Cole ha sido el primero en aceptar —responde Xavier—. Está sediento de sangre, claro.

Se me cae el alma a los pies. ¿Por qué siempre Cole? Yo no le he hecho nunca nada a ese gilipollas, al menos no a propósito, y él la tiene tomada conmigo desde el día que llegué. Nunca le he deseado mal a nadie (excepto a Lia cuando estaba intentando asesinarme), pero lamento de verdad haber impedido que Jaxon acabase con Cole cuando tuvo ocasión.

Jaxon niega con la cabeza enfurecido, y estoy un noventa y nueve por ciento segura de que está pensando justo lo mismo que yo. Pero lo único que pregunta es:

—¿Quién más?

—Él ha escogido a Marc y a Quinn como sus lobos adicionales. Y...

—Eso son tres lobos —le interrumpe Mekhi—. ¿Por qué mete a tres lobos en el equipo?

Xavier lo mira como si no estuviera prestando atención.

—¿Conoces a algún vampiro de este instituto que crea que es buena idea estar en un equipo cuyo único propósito sea

dejar que el rey se lleve a Grace a su mazmorra, separando así a Jaxon Vega de su compañera?

—Ah, claro —dice Mekhi.

—¿Y las brujas? —señala Macy retorciendo nerviosa la parte inferior de su jersey.

—Por lo que tengo entendido, Simone y Cam estarán seguro. Nadie sabe si serán las brujas o los dragones los que tengan un tercer jugador también, así que los rumores corren.

—¡Lo sabía! —Macy hace un gesto con la mano y toda una fila de libros cae de la estantería más cercana—. ¡Menudo traidor! ¡Cuando termine con él, va a tener ladillas y acné y un caso grave de peste bubónica! Menudo gilipollas. Sabía que no se había tomado bien nuestra ruptura, pero este comportamiento es totalmente inaceptable.

—En cuanto a los dragones —continúa Xavier—, los dos seguros son Joaquin y Delphina.

—¿Delphina? ¿En serio? —A Flint parece enfermarle la idea, lo que termina por revolverme del todo el estómago. Un disgusto más y juro que vomito aquí mismo. No sé quién es Delphina, pero si enterarse de que ella va a competir provoca esa reacción en Flint, prefiero no conocerla nunca.

—Vengaaa, otro golpe —exclama Eden—. Pero ¿podemos volver a centrarnos en el asunto más apremiante ahora? ¿Cómo narices vamos a salir del Katmere si tienen todas las salidas bloqueadas?

—Tiene que haber alguna que no hayan cubierto —digo—. Tiene que haberla.

—Si la hay, yo no sé cuál es —responde Xavier.

—¿Qué sentido tiene entonces estudiar en un castillo mágico? —protesto elevando las manos en el aire.

—El castillo en sí no tiene nada de «mágico» —expone Jaxon intentando tranquilizarme—. Solo las personas que hay en él.

—¿Sabéis qué? Eso no es del todo cierto ahora mismo —dice Macy, y se incorpora como si de repente estuviera en

llamas—. ¡Madre mía! ¡Creo que ya sé qué hacer!

95

La segunda estrella a la derecha y, después, todo recto hasta Siberia

—Ya casi hemos llegado —dice Macy mientras avanzamos en fila india por el pasillo de los dormitorios.

Flint, Jaxon, Xavier y yo hablamos en voz alta y bromeamos, como si fuera algo totalmente normal para nosotros el deambular por ahí juntos a las once de la noche, la mitad con mochilas sobre los hombros.

No lo hacemos mal, pero lo cierto es que creo que cualquiera del Círculo que nos viera a los ocho juntos pensaría que algo pasa. Y probablemente esa sea la razón por la que el resto de nosotros camina como si tuviese miedo de su propia sombra.

Bueno, Eden no. Ella parece estar lista para golpear a cualquiera que se atreva a mirarnos dos veces. Aunque cuanto más tiempo paso con ella, más empiezo a darme cuenta de que ese es su *modus operandi* habitual.

Tengo el corazón en un puño, en parte por temor a que nos pillen, por nervios por lo de la Bestia Imbatible, y en parte también porque Hudson ha entrado en silencio de radio. Nunca está tan callado, y sé que debe de estar el

triple de nervioso que yo, porque o morimos, o la mitad de su esencia dejará de existir después de hoy. Me niego a centrarme en ninguno de los dos resultados.

Aun así, intento que no se me note lo nerviosa que estoy, y debo de estar haciéndolo muy bien porque Jaxon no parece estar más preocupado que de costumbre, y Macy tampoco.

—Vale, ya hemos llegado —dice mi prima cuando nos detenemos ante la puerta amarilla que da a su pasadizo secreto. Hace unos movimientos con la mano frente a esta mientras susurra el mismo hechizo de la otra vez, y entramos.

Todo está tal y como lo recordaba, repleto de pegatinas, piedras preciosas y velas perfumadas. Todo el mundo parece quedarse fascinado también, porque, pese a las circunstancias, se oyen muchos «uau» y «aaah».

—No me puedo creer que mantuvieses este sitio en secreto —le dice Eden cuando se para a leer una pegatina en la que pone: SI LA VIDA TE DA UN PALO, HAZ UNA ESCOBA Y A VOLAR —. Es increíble.

Macy se encoge de hombros.

—No sé. Lo descubrí cuando era pequeña y siempre ha sido mi refugio. Lo usaba para esconderme de mi padre cuando era la hora de irse a dormir.

—Bueno, pues yo al menos pienso visitarlo con frecuencia cuando por fin logremos echar al puto Círculo del Katmere —dice Xavier, y le guiña el ojo a Macy—. Mola mucho.

—Le hacen falta un par de pegatinas de dragones y tal — dice Eden mientras continuamos avanzando por el serpenteante pasadizo.

De repente, Xavier se inclina y le lame a Macy la mejilla. Ella grita y lo empuja. Echo un vistazo rápido a todos los demás y veo que están igual que yo: sin saber si creer del todo lo que acabamos de ver con nuestros propios ojos.

Pero Xavier simplemente se encoge de hombros y señala una pegatina que tiene mi prima sobre la cabeza.

—Solo obedecía órdenes.

Me acerco y veo que pone: ¿QUIERES PROBAR LA MAGIA? LAME A UNA BRUJA , y no puedo evitarlo, me echo a reír a carcajadas. Macy y Eden me siguen, y pronto lo hacen también todos los demás. Xavier, el muy bobo, con todo lo grande que es, parece especialmente satisfecho consigo mismo, aunque no sé si es porque ha conseguido que todos nos relajemos un poco o porque le ha lamido la cara a mi prima y no se ha llevado un puñetazo.

Los últimos vestigios de tensión desaparecen por completo mientras recorremos el pasadizo hasta que termina en una escalera corta, justo delante de una trampilla en lo alto de la pared.

—Próxima parada: planetario —anuncia Macy, que se adelanta al grupo y sube por la escalera.

Segundos después empuja la trampilla y gatea unos centímetros hasta que desaparece con un fuerte chillido.

Xavier va tras ella.

—¿Macy? ¿Estás bien?

De repente, él también desaparece por el agujero, aunque el ruido que hace es más un gañido que un chillido.

El resto nos quedamos mirándonos los unos a los otros como diciendo: «¿Quién quiere ser el siguiente?», pero ninguno se acerca a la escalera. Enfrentarse a la Bestia Imbatible, sí, pero caerse por una trampilla…, tal vez no.

No obstante, al final Eden pone los ojos en blanco y masculla:

—¡Qué diablos! —Y sube a toda prisa los escalones de dos en dos.

Algo más cauta que Macy y Xavier, se sienta en lo alto de la escalera y se cuela con los pies por delante. Segundos después su cabeza desaparece y oímos un suave impacto al

otro lado de la pared, seguido de otro gañido, más fuerte aún que el de antes.

—¿Habrá aterrizado sobre Xavier? —pregunta Mekhi con las cejas levantadas.

—Sí —responde Jaxon—, sin duda.

Jaxon parece decidido a no pasar antes que yo, así que soy la siguiente. Meto primero los pies, como ha hecho Eden, y cierro los ojos.

—¡Voy! —grito justo antes de dejarme caer en la oscuridad.

Mis pies aterrizan sobre madera maciza y no sobre carne de lobo (menos mal), pero está tan oscuro que apenas puedo ver lo que hay a más de cinco centímetros de mi cara. Tengo la precaución de alejarme arrastrando los pies varios metros del agujero por el que he caído, pero después de eso saco mi móvil mientras llamo a mi prima.

—¡Estoy aquí! —responde un poco sin aliento y, cuando por fin consigo encender la linterna y le miro la cara, no me pasa desapercibido que tiene manchas de pintalabios por todas partes. Al parecer, Xavier ha encontrado algo más que lamerle, aparte de la mejilla...

Le hago un gesto para que se limpie la boca justo cuando Jaxon desciende por el agujero y aterriza como un gato a mi lado sin hacer ningún ruido. Flint llega tras él, gritando como si estuviera en una atracción de Disneylandia. Aunque, en fin, ¿cuándo no grita como si estuviera en una atracción de Disneylandia?

Mekhi es el último en llegar y, entonces, cada uno con su linterna encendida, buscamos algún interruptor.

Xavier le da al que activa la cúpula estelar gigante que tenemos encima. De repente, todas las constelaciones rotan sobre nuestras cabezas y es extrañamente genial estar en esta sala, con esta gente, con todas las estrellas flotando sobre nosotros.

Me recuerda a la noche en que Jaxon me besó por primera vez, cuando me llevó fuera, a las almenas, para ver la lluvia

de meteoritos. Lo miro, embelesada por dentro, y me lo encuentro contemplándome, y una suave sonrisa suaviza las líneas de su rostro. Al parecer, no soy la única que recuerda aquella noche.

—¿Te importaría explicarnos qué hacemos en el planetario, Macy? —pregunta Flint.

Ella nos mira sonriente.

—Veréis... estuve practicando cómo abrir portales con el señor Badar, el profesor de Astronomía Lunar, porque me imaginé que podríamos necesitar uno para regresar al campus después de lo del cementerio. Pero, bueno, el caso es que el señor Badar me estuvo enseñando cómo crear un portal para salir del campus en lugar de solo para volver, así que creó este... —Separa las manos a los lados todo lo posible como si estuviese revelando un truco de magia—. ¡Y lo dejó abierto para que pudiera venir a estudiarlo!

—¡Bien hecho, Macy! —Flint le choca los cinco y ahora todos sonreímos.

—Lo que pasa es que los portales tienden a desplazarse unos centímetros con la rotación de la tierra, por lo tanto este podría haberse movido. —Señala hacia un rincón de la habitación—. La última vez que lo vi, estaba por ahí.

Me vuelvo y retrocedo unos pasos porque un telescopio me impide ver el punto que está señalando. Entonces, grito al notar que caigo y caigo sin parar por segunda vez en menos de una semana.

96

¡Que te muerdan!

Por más que me esfuerzo en intentar estabilizarme mientras ruedo por el vórtice, decidida a no cometer los mismos errores esta vez, acabo cayendo del cielo y aterrizando de bruces. El impacto duele mucho más que el anterior en el planetario y me deja sin respiración.

A pesar de esto, me aparto gateando por el suelo antes de que alguien más salga despedido por el portal. Aún no he conseguido respirar bien del todo cuando Jaxon aterriza limpiamente de pie no muy lejos. Ya le vale.

—¿Estás bien? —pregunta agachándose a mi lado.

Asiento mientras los pulmones por fin me empiezan a funcionar de nuevo.

—Uno de estos días vas a tener que enseñarme cómo hacer eso sin casi morir en el intento —jadeo.

—Veré lo que puedo hacer —contesta con una sonrisa.

Segundos después, el portal expulsa a Macy, que también cae de pie. Su llegada es algo menos limpia que la de Jaxon, pero eso tampoco significa gran cosa, ya que estoy segura de que incluso la llegada del hombre a la Luna fue también menos limpia que la suya.

Miro a mi alrededor y veo que estamos en el bosque de detrás de las casitas.

Ojalá pudiera ver algo más mientras espero a que lleguen los demás, pero está oscuro y no se distingue gran cosa.

Cuando ya estamos todos, Flint y Eden se transforman en dragón. Flint agacha la cabeza y estoy a punto de montarme como él me enseñó yo solita (para disgusto de Jaxon) cuando, de repente, un grupo de unos veinte guardias del Círculo vestidos de uniforme negro nos rodean. Varios de ellos están parcialmente transformados en sus formas de lobo y de dragón.

Los otros, vampiros y brujos, están codo con codo con ellos. Y todos tienen cara de pocos amigos.

—Tenéis que venir con nosotros —dice uno con pinta de vampiro, que es el que más galones luce en el hombro.

Jaxon da un paso adelante y le lanza una mirada sarcástica.

—Sabes que eso no va a pasar, Simone.

Me sorprende que Jaxon conozca su nombre, hasta que caigo en la cuenta de que son los guardias de su padre.

—El rey ha dado órdenes de detener a cualquiera que intente salir del campus y de llevarlo ante él inmediatamente —responde el guardia.

—Mi padre no es quien toma las decisiones en el Katmere, y lo sabes, Simone. El Círculo no dirige este instituto.

Jaxon avanza otro paso y se coloca estratégicamente delante de nosotros para bloquearnos a todos los que pueda de los guardias, sin dejar de mantenerme firmemente detrás de él.

—Ya, pero yo respondo ante tu padre, y pienso seguir sus órdenes. Estaba seguro de que a tu compañera y a ti os daría demasiado miedo presentaros mañana, así que llevamos toda la noche buscándoos. Y aquí estáis. —No termina la frase con un «como los cobardes que sois», pero su voz lo dice todo.

—No estamos huyendo —le responde Jaxon con el tono más razonable que jamás le haya oído poner—. Hemos salido para practicar para la prueba. Mi compañera estaba nerviosa y quería entrenar un poco más.

—En tal caso, seguro que el rey lo entenderá perfectamente cuando se lo expliquéis. —Simone sonríe fríamente—. Pero se lo vais a explicar a él. Esta noche.

Su voz es dura como el acero y decidida. Pero lo que hace que se me corte la respiración y que se me hiele la sangre no es su voz, sino la malicia que percibo en sus ojos. Resulta evidente que llevaba mucho tiempo esperando este momento, y no piensa ceder. Lo que significa que, o nos presentarnos ante el rey antes de conseguir la piedra de corazón, o peleamos. Ninguna de las dos opciones es demasiado buena en estos momentos, y menos estando tan cerca del instituto y del centenar de guardias que el Círculo ha traído consigo.

—*Tienes que transformarte* —dice Hudson en voz alta y urgente, desde mi interior—. *Va a haber pelea, y eres demasiado vulnerable como humana* .

—*Si me transformo ahora, le arrebataré el factor sorpresa a Jaxon* .

—*Jaxon se las apañará, como los demás. Si tú no te transformas ahora, será demasiado tarde* .

Mis amigos y yo estuvimos hablando de esto la otra noche: de qué hacer si nos pillaban fuera del instituto. Jaxon insistió en que huyésemos y lo dejásemos a él atrás, pero ahora que tenemos que hacer frente a esa decisión, soy incapaz de hacerlo. Miro a los demás, sobre todo a Mekhi, y veo que piensan lo mismo. Nadie va a irse a ninguna parte sin Jaxon.

Así que hago casi lo que Hudson sugiere. Cojo el hilo platino y lo sostengo suavemente en la mano. No cierro el puño a su alrededor todavía, pero me preparo para poder transformarme en cualquier momento.

—*¡Cambia ya, maldita sea!* —Hudson está frenético ahora —. *No conoces a mi padre. No sabes de lo que es capaz de* ...

—*¿Quieres callarte?* —le digo—. *No puedo oír nada con tus gritos. Dame un minuto para pensar, ¿quieres?*

—Simone, ambos sabemos que esto no va a acabar bien para ti y tu pandilla de inadaptados —dice Jaxon con tono mordaz—. Por lo tanto tenéis dos opciones: dar media vuelta y fingir que nunca nos habéis visto aquí fuera practicando —levanta su mochila como prueba de nuestra práctica de entrenamiento nocturna—, o recibir una paliza. A mí me da igual cuál elijáis, pero tiene que ser una de esas dos opciones. O sea que tomaos un minuto para pensarlo, y me dices qué habéis decidido.

Varios guardias se echan a reír, un sonido que se corta de inmediato cuando Jaxon les dirige su gélida mirada. Aunque, para ser sincera, me sorprende que sean capaces de mantenérsela. Yo soy su compañera y, si alguna vez me mirara de esa manera, me moriría.

Al principio parece que van a marcharse. Da la impresión de que un par de guardias quieren darse la vuelta; otros dos miran a todas partes menos a Jaxon. Y los brujos apartan las manos de sus portavaritas, claro signo de que no tienen intenciones de entrar en combate esta noche.

Pero entonces algo sucede: el crujido de una ramita en el bosque, un movimiento brusco de Flint detrás de mí en su forma de dragón, un ligero cambio en la posición del pie de Jaxon para poder cubrirme un poco mejor..., no lo sé, probablemente nunca lo sabré, pero de repente uno de los guardias que se encuentra en el extremo opuesto del círculo salta hacia Mekhi, transformándose en el aire.

Jaxon me empuja hacia Flint, supongo que para que me proteja, y salta para interceptar al guardia, pero Mekhi está al otro lado del grupo, y la décima de segundo que ha tardado en empujarme contra Flint le pasa factura. O, peor aún, le pasa factura a Mekhi, ya que Jaxon llega medio

segundo demasiado tarde y el guardia clava sus dientes de lobo en la garganta de Mekhi, buscando la yugular.

97

Another One Bites the Dust

Macy grita mientras Jaxon le arranca a Mekhi el lobo de la garganta y, por un segundo o dos, el tiempo parece detenerse. Entonces se desata el caos.

Mekhi cae de rodillas, agarrándose la garganta mientras el suelo a su alrededor se llena de sangre.

Estoy desesperada por llegar hasta él pero, cada vez que intento volar, Flint me rodea con su cola, como si fuera mi propia armadura de dragón personal, y me impide moverme mientras lanza bocanadas de fuego al contingente de guardias que corren hacia él.

Pero ya no soy Grace, la humana débil, y aprovechando que está ocupado asando a uno de los lobos, me agarro con todas mis fuerzas al hilo platino.

—*Ve con Mekhi* —me apremia Hudson, que aparece detrás de mí mientras me transformo—. *Aún podemos salvarlo, pero tiene que ser ya* .

No lo cuestiono, no sobre esto y cuando el tiempo corre en nuestra contra, así que salgo disparada hacia el aire para librarme de la cola de Flint.

O está demasiado ocupado como para darse cuenta, o confía en Grace, la gárgola, mucho más que en mi forma

humana. El caso es que no intenta retenerme mientras asciendo y me elevo muy por encima de la melé.

Hay sangre y destrucción por todas partes, ramas rotas por el suelo, varios árboles arrancados de raíz o en llamas, y personas y animales están enzarzados en un combate mano a mano o tirados por el suelo, aturdidos y heridos.

Tras echar un vistazo rápido, compruebo que Mekhi es el único de mi grupo que está herido, afortunadamente. Vuelvo a toda prisa hacia él y, cuando desciendo, me agacho a su lado y lo protejo con mis alas a modo de escudo mientras la lucha continúa a nuestro alrededor.

Con el rabillo del ojo veo que Jaxon intenta llegar hasta nosotros, pero los guardias no dejan de atacarlo y de intentar despedazarlo. No están teniendo mucha suerte, mi compañero es demasiado poderoso para eso, pero lo retienen, y cada segundo que pasa podría costarle la vida a Mekhi.

—*Eso no es verdad* —me dice Hudson—. *Nosotros nos ocupamos* .

—¿Cómo? —pregunto mientras presiono con la mano la garganta de Mekhi en un vano intento de contener la hemorragia. Estoy dispuesta a hacer lo que sea, pero no sé qué. Mekhi ya ha perdido demasiada sangre. Sé que no es humano, pero dudo que le quede mucho tiempo.

—*Rómpete un trozo de piedra* —me dice Hudson.

—¿Un trozo de piedra? —repito mirándome a mí misma, a las gruesas y pesadas piezas de piedra que componen ahora todo mi cuerpo—. ¿Cómo lo hago?

Mekhi jadea, me agarra el brazo con la mano y me lo aprieta con fuerza. Al principio creo que está intentando romperme un trozo él mismo, pero entonces veo que niega con la cabeza y articula «no, no, no», cada vez con peor aspecto.

—Tengo que hacerlo, Mekhi —le digo—. Si no lo hago, morirás.

Vuelve a negar con la cabeza y continúa diciendo que no, aunque se queda sin aire y empieza a ahogarse con su propia sangre.

—No lo entiendo —le digo a Hudson a punto de llorar mientras intento encontrar el equilibrio entre lo que Mekhi quiere y lo que sé que es lo correcto.

—*Es porque eres la compañera de Jaxon* —me explica Hudson con tono adusto—. *Sabe que serás reina algún día y, por muy amigos que seáis, no puede permitir que sacrifiques una parte de ti por él. Es una cuestión de etiqueta, normas antiguas que no importan hasta que se nos presenta una situación como esta* .

—Que les den a las viejas normas —silbo, y levanto la mano y me rompo un trozo de cuerno. Todo el mundo sabe que los odio.

Mekhi abre sorprendido los ojos, pero me inclino y susurro:

—Será nuestro secreto. Ahora cierra la boca y deja que haga lo que pueda antes de que sea demasiado tarde. —Me vuelvo hacia Hudson—. Dime qué tengo que hacer, por favor.

—*Sostén la piedra entre las dos manos ahuecadas* —me pide— *y deja que yo haga el resto* .

No sé qué quiere decir, pero este no es momento para discutir, así que le obedezco. Segundos después, siento un extraño calor que desciende por mis brazos y a través de mis dedos.

Momentos más tarde, Hudson indica:

—*Vale, ya es suficiente* .

Levanto la mano de arriba y veo que el trozo de piedra se ha convertido en un polvo fino. Quiero preguntarle cómo lo ha hecho, porque sé que ha sido Hudson, y no yo, pero no hay tiempo.

—¿Y ahora qué? —suplico.

—*Viérteselo sobre la garganta, cubriendo la herida. Después pon la mano encima hasta que sientas que fragua* .

Si alguien me hubiese dicho hace una hora que estaría vertiendo polvo de piedra en una herida abierta para curar a alguien, le habría respondido que estaba como una cabra. Pero en este mundo, a cada hora que pasa descubro algo nuevo, emocionante y terrible y, al parecer, eso es lo que está ocurriendo ahora.

Así que hago lo que Hudson me dice y rezo para no estar haciendo que Mekhi sufra mil veces más.

—*Apriétale la garganta* —me ordena Hudson en cuanto el último grano de piedra cae sobre la herida—. *No la sueltes hasta que yo te lo diga* .

—Vale —contesto asintiendo.

A mi alrededor oigo ruidos horribles, ruidos de combate. Gente gritando, el desagradable sonido húmedo de la carne de cuerpos que luchan entre sí, el rugido de los dragones y los aullidos de los lobos encolerizados. Quiero mirar, quiero asegurarme de que Jaxon, Macy, Flint, Eden y Xavier están bien. Quiero saber que mi gente está bien.

Pero Mekhi tiene los ojos muy abiertos y me mira tan aterrorizado que no puedo apartar la vista de él ni por un instante. No pienso dejarlo solo ni un momento.

Por lo tanto me inclino y le susurro toda clase de cosas. Cosas que para mí no tienen ningún sentido, y para él mucho menos, pero que nos unen con su extrema falta de importancia y su absoluta humanidad al mismo tiempo.

Cosas como lo mucho que me gustan sus rastas, que creo que Eden y él harían una buena pareja y lo mucho que agradecí poder contar con su amistad durante mis primeras semanas en el Katmere. También le digo cuál es mi película favorita de vampiros (que es *Jóvenes ocultos* , evidentemente) y por qué ser gárgola es la sensación más rara del mundo.

Al final, después de lo que se me antojan horas, aunque probablemente no sean más de tres o cuatro minutos, siento que el calor bajo mis manos empieza a disiparse. Mekhi abre mucho los ojos y, de repente, inspira larga y

profundamente por primera vez desde que he aterrizado junto a él.

—*Lo has conseguido* —me dice Hudson con una voz cargada de orgullo y algo que se parece muchísimo al asombro.

—¿Lo he conseguido? —repito a modo de pregunta, incapaz de creer que esta acción tan extraña pueda haber funcionado.

—*Aparta la mano* —pide, y lo hago, sorprendida al ver que donde hace apenas unos minutos había una herida abierta, ahora hay solo una superficie de piedra suave y lisa.

—*Según los libros que he leído sobre gárgolas, el parche de piedra no durará eternamente* —continúa Hudson mientras ayudo a Mekhi a incorporarse—. *Pero debería aguantar lo suficiente como para poder llevarlo a la enfermería para que le echen un vistazo* .

Sonrío y le transmito a Mekhi la información que Hudson acaba de darme, y por fin me permito abrazarlo, ahora que sé que mi trabajo no va a irse al traste de un momento a otro y a llevarse a Mekhi con él.

Pero Mekhi niega con la cabeza en cuanto le menciono lo de ir a la enfermería.

—¡Ni hablar! —dice con una voz más grave y herrumbrosa que su tono habitual—. Tengo que ir con vosotros. El plan...

—Que le den al plan —le contesto cuando Jaxon por fin aparece detrás de nosotros. Está un poco ensangrentado y muy magullado, pero vivo y de una pieza, y con eso me basta—. Vas a ir a la enfermería.

—Y tanto que va a ir —coincide Jaxon, al igual que todos los demás, cuando empiezan a congregarse a nuestro alrededor.

Y es entonces cuando levanto la vista y veo que, contra todo pronóstico, hemos ganado este asalto. El contingente del Círculo al completo yace en el suelo en distintos grados de inconsciencia o de daños, y todos mis amigos siguen en

pie. Excepto Mekhi, claro, pero está vivo, que es lo que importa.

—Tenemos que movernos —nos apremia Eden—. No tardarán mucho en recuperarse, y seguramente ya hayan solicitado ayuda. Si tenemos alguna probabilidad de salir de aquí, este es el momento, antes de que lleguen los refuerzos.

Empieza a sangrarle la nariz mientras habla, pero se la limpia con el dorso de la mano.

—Pero tenemos que llevar a Mekhi a la enfermería —protesto—. No podemos dejarlo aquí fuera solo.

—No hay tiempo —me dice—. Los oigo venir.

—Todos los oímos —afirma Xavier—. Tenemos que irnos, Grace.

Miro a Jaxon. Seguro que él está de acuerdo en que no podemos dejar a su mejor amigo aquí solo en medio de este desastre. Pero él también niega con la cabeza.

—No hay tiempo, Grace. Es ahora o nunca.

Quiero decir «nunca», pero sé que no puedo. No ahora que estamos tan cerca.

—Estoy lo bastante fuerte como para desvanecerme gracias a ti, Grace. Venga, idos. —Y así, sin más, Mekhi desaparece en el bosque.

—Vamos —dice Flint con tono adusto, y vuelve a adoptar su forma de dragón. Yo me transformo en humana al mismo tiempo y, esta vez, Jaxon no espera a que monte por mi cuenta, sino que me lanza sobre Flint y monta justo detrás de mí.

A nuestro lado, Xavier y Macy montan sobre Eden.

Y partimos, heridos, ensangrentados, magullados, pero no rotos (todavía), en busca de un monstruo que nadie ha logrado matar jamás.

Pan. Comido.

98

Con nocturnidad y alevosía

—Tenemos un problema —le informo a Jaxon cuando llevamos unos diez minutos de vuelo.

—Lo sé —responde, pero no dice nada más. Nada en absoluto, aunque espero varios minutos a que lo haga.

—¿Vamos a hablar sobre el problema? —pregunto por fin, no porque pretenda ser pesada, sino porque de verdad creo que necesitamos tiempo para elaborar un plan. Y, sí, tenemos un par de horas de vuelo por delante, pero quién sabe cuánto tiempo nos va a llevar decidir qué vamos a hacer ahora que nos falta una persona. Y no estamos hablando de cualquier persona, sino de una de las más importantes, teniendo en cuenta que el poder de Mekhi es el hipnotismo.

—*Aún estás a tiempo de dar media vuelta, ¿sabes?* —dice Hudson en voz baja desde un rincón de mi mente.

—*Sabes que no me hará caso. Así que, si no piensas ayudar, vuelve a tu enfurruñamiento y déjame pensar qué hacer* .

—No estaba enfurruñado antes —me dice, aunque luego parece pensárselo mejor—. *Bueno, vale, estaba enfurruñado, pero ya se me ha pasado* .

—Me alegra oír eso, pero, en serio, ¿tienes alguna sugerencia de cómo podemos hacer esto ahora que somos solo seis personas?

—¿Aparte de dar media vuelta?

Frunzo los labios cabreada.

—Sí, aparte de eso .

—En ese caso, vuelvo a mi idea del otro día, que es decirte que no intentéis matar a la bestia .

—Ya te he dicho que no vamos a irnos a casa .

—No estoy diciendo que volváis a casa. Estoy diciendo que vayáis y que intentéis dialogar con la Bestia Imbatible antes de intentar matarla... y perder .

—No sabes si vamos a perder o no —le digo.

—Claro que vais a perder. Vais a morir todos de una muerte horrible. ¿De verdad crees que seis adolescentes, por muy poderosos que sean, van a entrar en una cueva tranquilamente y a vencer a una bestia a la que, según dicen las leyendas, la gente lleva dos mil años intentando matar? —Se ríe en mi cabeza, pero es un sonido carente de humor.

—Bueno, y ¿qué otra cosa podemos hacer? Necesitamos la piedra corazón que supuestamente protege. ¿Cómo vamos a conseguirla si no la matamos?

—¿Sinceramente? No lo sé . —Niega con la cabeza—. *Pero sé que ir a por ella blandiendo todos vuestros poderes no le va a gustar. Al contrario, la va a cabrear, y no me gustaría que eso sucediera, por vuestro bien* .

—¿Y acaso si nos presentamos con las manos en alto no nos va a matar? —Niego con la cabeza.

—Pues no lo sé. Lo que sí sé es que no todos los monstruos son lo que parecen .

Sus palabras dan en la diana, probablemente porque sé que no está hablando solo de la Bestia Imbatible.

No sé. No sé qué pensar. No sé qué creer. No tengo ni idea de si tiene razón. Ni siquiera sabemos si este monstruo es capaz de comunicarse. Y ¿qué pasa si el tiempo que dedicamos a intentar razonar con ella es justo lo que necesita para matar a mis amigos?

Mi teléfono suena en pleno debate mental. Macy me está escribiendo, porque obviamente Xavier y ella están teniendo la misma conversación que Hudson y yo, la misma que Jaxon está evitando.

¿Alguna idea?

No.

Ya. Nosotros tampoco.

—*Eres consciente de que tengo decenas de ideas más, ¿verdad? Básicamente, cualquier idea que a mí se me pueda ocurrir será mil veces mejor que el plan de mi hermano de llegar ahí atacando y matar a un monstruo que lleva la palabra* imbatible *como apellido* .

Termina la frase poniendo los ojos en blanco de una forma tan exagerada que no puedo evitar chincharlo un poco.

—*Ten cuidado: si sigues haciendo eso, se te van a quedar los ojos así* .

Resopla.

—*Ojalá, así todo el mundo sabrá cómo me siento en todo momento* .

Me río, muy a mi pesar.

—*Eres lo que mi madre llamaba «todo un personaje»* .

—*¿Sí? Pues tú eres lo que mi madre llama «peligrosa»* .

Me pongo a recordar mi encuentro con la reina vampiro y respondo:

—*Estoy segura de que tu madre no piensa que pueda haber nada peligroso en mí* .

—*En eso te equivocas* —me dice—. *Los dos te tienen un miedo atroz. De lo contrario, ya habrían vuelto felizmente a Londres* .

Antes de que pueda preguntar qué quiere decir con eso, Macy me manda otro mensaje:

X dice que necesitamos un nuevo plan.

No jodas.

¿Cómo vamos a entrar en la cueva? Sin Mekhi para hipnotizarla, ¿cómo la distraemos?

¿Tocando el banjo y bailando el hula?

No sois Timón y Pumba, y esto no es *El rey león.*

Añade el emoji de los ojos en blanco.

Ya lo sé. Me refería a VOSOTROS.

Yo tampoco soy Timón. Y desde luego no soy Pumbaaa.

A esto le siguen un montón de emojis con los ojos en blanco, y me echo a reír. Debo de estar que me salgo esta noche, teniendo en cuenta que Macy y Hudson no paran de ponerme los ojos en blanco.

Me dispongo a decirle esto a Hudson, pero Jaxon por fin empieza a reaccionar detrás de mí.

—Tenemos que tenderle una trampa —dice.

—¿Una trampa? ¿Como una trampa para osos?

—Algo menos desagradable, espero —responde—. Pero ¿no te parece la mejor opción? Ella juega en casa, juega con ventaja. No se ataca a un oponente en su casa si se puede evitar, porque está familiarizado con el territorio y, por lo tanto, está más preparado para defenderse.

—Y también porque están más dispuestos a morir para defender su territorio —añado recordando todo lo que he aprendido en clase de historia a lo largo de los años.

—Exacto. No tenemos ni el tiempo ni los recursos como para sacar al monstruo de su isla, así que eso queda descartado. Pero podemos sacarla de su zona de confort,

alejarla de la cueva o de donde sea que viva. —Hace una pausa y prácticamente puedo oír los engranajes girando en su cerebro mientras continúa urdiendo su plan.

De repente, me siento mal por haber recurrido a Hudson antes cuando pensaba que Jaxon no quería ni hablar de la situación. A estas alturas ya debería saber que, diga lo que diga y haga lo que haga, Jaxon siempre ha puesto mi seguridad y la de todos los demás por encima de todo, desde el primer día. Y eso incluye asegurarse de que tengamos las máximas probabilidades de vencer contra un monstruo imbatible.

—Cuando contábamos con Mekhi —continúa—, podíamos atacarla en su morada porque podíamos manipularla con su don de la hipnosis, pero ahora que no está... es demasiado arriesgado.

Niega con la cabeza y entonces se centra en mí en lugar de en el horizonte.

—¿Tú qué opinas?

—*Parece que mi hermanito está empezando a usar el cerebro, para variar* —comenta Hudson—. *Estoy impresionado* .

Paso por alto el sarcasmo de ese último comentario y me centro en el hecho de que tengo a los dos vampiros más poderosos de mi generación centrados en resolver el mismo problema al mismo tiempo. Sin duda eso tiene que jugar a nuestro favor.

—Creo que suena como el principio de un plan —digo, y le escribo a Macy para ponerla al tanto, para que ella y Xavier también puedan participar en el debate—. ¿Qué crees que deberíamos hacer para empezar?

—*Con suerte, no morir* —responde Hudson, y he de admitir que lo ha resumido perfectamente.

99

Con el corazón en un cebo

Por fin llegamos a nuestro destino y veo que más que de una isla se trata más bien de un volcán que emerge parcialmente del mar. Hay un enorme cráter en la cima, pero sus escarpadas laderas se hunden directamente en el agua. Lo que significa que el monstruo debe de estar dentro del cráter... y no hay ningún lugar en el que aterrizar que no sea el espacio cerrado que la bestia llama hogar. No puedo dejar de pensar en que esto es tan absurdo como enfrentarse a un tigre en un zoo... dentro de su jaula.

Flint y Eden sobrevuelan en círculos la boca del volcán, pero lo único que podemos ver desde esta altura, con el fondo del cráter a cientos de metros por debajo, son unas densas áreas boscosas y enormes pilas de roca. Pero no hay ni rastro de la Bestia Imbatible.

De repente, me viene algo a la cabeza.

—¿Ponía en algún libro o en alguna base de datos qué tamaño se supone que tiene la bestia? ¿Es posible verla desde el aire?

Jaxon se inclina hacia delante para que pueda oírlo bien por encima del viento.

—El dato varía en función de la historia, pero todas coinciden en que es enorme, que tiene una altura de varias plantas.

—Entonces ¿por qué no la vemos?

La inquietud me invade cuando volvemos a mirar hacia el cráter y seguimos sin ver nada más que árboles y rocas. Todo dentro de mí me dice que es una muy mala idea aterrizar dentro del cráter, que tenemos que darnos la vuelta. Ahora.

—¡Aterricemos! —le grita Jaxon a Flint, y se me revuelve el estómago cuando Flint inicia el rápido descenso.

Empiezo a rogarle a Jaxon que nos demos la vuelta y que regresemos a casa, pero me aprieta la cintura y dice:

—Todo saldrá bien.

Nunca he querido creer algo tanto en toda mi vida.

Para cuando llegamos a un claro del interior del cráter son al menos las tres en punto de la madrugada y todo está tranquilo y en completo silencio. De normal me gusta ser la única persona despierta en mitad de la noche, hay algo en ese silencio que alimenta mi alma.

Pero aquí, en la isla de la Bestia Imbatible, en la costa septentrional de Siberia, la quietud me resulta perturbadora, aterradora. Sé que puede que solo esté proyectando mis propios miedos en una isla inocente y prácticamente deshabitada, pero lo cierto es que, desde el momento en que Flint aterriza en el suave terreno cubierto de musgo, sé que algo no va nada bien. Es como si la isla me hablara.

Casi me río de mí misma por ser tan tonta. Evidentemente, la isla no está «intentando decirme nada». De modo que decido obviar a mi voz interior que me advierte o, mejor dicho, que me suplica que me marche.

En vez de eso, me recuerdo a mí misma que a esa voz tampoco le gustaba mucho la idea del cementerio, y al final

todo salió bien. Además, tampoco es que mis amigos vayan a cambiar de idea, así que dejo de lado mis inquietudes y me aparto de Flint y de Jaxon para que Flint pueda recuperar su forma humana.

Hudson está recorriendo el extremo del bosque, a unos seiscientos metros de distancia, intentando sin éxito ver algo en la oscuridad. Me planteo recordarle que, si yo no veo nada, él tampoco, pero sé que solo está tratando de mantenerse ocupado haciendo algo. Está tan inquieto como yo.

Xavier, Macy y Eden se reúnen con nosotros segundos después y, bajo la tenue luz de la varita de Macy, empezamos a recorrer el cráter en busca de la guarida de la Bestia Imbatible. De momento no tenemos intenciones de entrar en ella, pero es difícil hacer salir a alguien o algo de un lugar si no sabes ni dónde se encuentra.

Pero conforme exploramos más el interior del cráter, más evidente resulta que el lugar está encantado. Estamos en marzo, lo que significa que la temperatura en una de estas islas debería oscilar entre los nueve grados bajo cero y los siete grados de temperatura, dependiendo del día y de la clase de invierno/primavera que se espera (gracias, Google). Y, aunque en la boca parecía que, sin duda, hacía unos dos grados, el área en el interior del cráter tiene casi un clima tropical que me hace sudar bajo mis numerosas capas de ropa.

Así que, sí, deducimos que es cuestión de magia, y eso es antes de descubrir una cascada y unos manantiales de agua cálida que aparecen de la nada y que proyectan una escalofriante luz en el cráter. Es como si hasta el agua estuviera encantada; su radiante profundidad azul claro brilla con intensidad, y toda la zona está iluminada como si fueran las primeras horas de la mañana, revelando árboles altos y verdes con enormes hojas de formas extrañas que parecen pertenecer más bien a una isla tropical que a este lugar cercano al Círculo Polar Ártico. Los hibiscos y las

bromelias envuelven el bosque con su dulce fragancia. Alrededor de un claro cercano, unas rocas gigantes cubren el suelo aquí y allá.

—Vive aquí —señala Jaxon cuando nos acercamos al agua, aunque mantiene los ojos muy abiertos por si aparece el monstruo.

—¿Cómo lo sabes? —quiero saber.

—¿Tú dónde elegirías vivir? —me dice—. ¿En la oscuridad del bosque al otro lado o cerca de este luminoso baño caliente y del agua fresca? —Después señala con la barbilla hacia un punto detrás de nosotros y sonríe—. Además, hay una cueva al otro lado de la cascada.

—¿Qué hacemos? —pregunto ahora con la mirada fija en la cascada.

—Nos alejamos muy despacio —susurra Xavier—, y pensamos en qué trampa podemos ponerle.

—Está claro que necesitamos un cebo —le explica Eden mientras retrocedemos hacia la oscuridad del bosque, para escondernos entre las sombras y urdir un plan—. Un cebo muy apetecible.

—¿Qué clase de cebo? —añado mientras la voz en mi interior me susurra una y otra vez: «Vete».

—Yo seré el cebo —dice Xavier ofreciéndose voluntario—. Cuando hayamos decidido dónde colocar la trampa, entraré ahí y la haré salir. Seguro que no permitirá que un intruso entre en su cueva.

—Pero ni siquiera sabemos qué aspecto tiene todavía —protesta Macy—. ¿Y si es pequeña y más rápida que un lobo? O ¿y si mide seis metros de alto por dos y medio de ancho y tiene ocho patas largas como un pulpo y te atrapa?

Sé que solo está aportando algunos supuestos extremos, pero me veo asintiendo a cada uno de ellos. Ahora mismo todos me parecen plausibles.

—Tenemos que conseguir que salga de ahí y mantenerla atrapada o distraída —nos recuerda Xavier cuando empezamos a buscar un buen sitio donde colocar la trampa

—. Probablemente guarde la piedra corazón en algún lugar en las profundidades de su cueva, donde pueda protegerla.

Hudson me mira y murmura:

—¿Este es vuestro magnífico plan? ¿Atrapar a la bestia sin saber ni qué aspecto ni qué poderes tiene? ¿Y sin tener ni idea de si vuestra trampa tiene el tamaño o la fuerza suficiente como para retenerla? Y pensabas que mi idea era absurda ...

Pongo los ojos en blanco, pero me vuelvo hacia el grupo y pregunto:

—¿Tenemos alguna idea de qué clase de bestia es? ¿Cómo es de grande? ¿Cuánta fuerza tiene? ¿Si es mágica? Lo digo porque, ¿cómo vamos a saber qué clase de trampa poner para conseguir retenerla?

—Está claro que tiene que ser una trampa mágica —dice Macy—. No hay otro modo de estar preparados para lo que sea que salga corriendo de esas cuevas a por nosotros.

Todo el mundo asiente. Supongo que tiene sentido.

—Sí, pero ¿de qué clase de trampa estamos hablando? —señala Eden—. ¿De un hechizo? Y, en tal caso, ¿cuál?

—Yo podría intentar freírla —sugiere Flint con una sonrisa —. Seguro que no vuelve a por más después de eso.

—Ya, pero ¿y si lleva encima la piedra de corazón y la fríes también? —pregunta Macy—. No puede ser una trampa tan violenta.

—¿Qué quieres? ¿Darle a la Bestia la oportunidad de recuperar energías? —suelta Flint con aire incrédulo.

—No. Creo que deberíamos dormirla —propone Macy—. Tengo un hechizo para eso, y creo que funcionará.

—¿«Crees» que funcionará? —repite Eden con las cejas enarcadas.

—Bueno, no puedo garantizarlo, ya que no tengo ni idea de qué es la Bestia Imbatible, pero, sí. Debería funcionar. Lo he estado mirando de camino aquí, para estar segura.

—Y ¿si no funciona? —pregunto vacilante. No quiero cabrear a Macy, pero tampoco quiero que nos pille sin un

plan B.

—Entonces Flint puede congelarla. Xavier y yo hemos estado hablándolo de camino aquí, y creemos que es la mejor opción —dice Jaxon—. Así no fríe ninguna piedra que la bestia pueda portar, pero nos dará unos minutos para pensar qué hacer una vez que sepamos de qué clase de bestia se trata y de lo que es capaz. Actuar siempre es mejor que reaccionar.

Hudson suelta una risotada.

—*El día en que mi hermano piense antes de actuar me comeré mis propios calzoncillos* .

—*No llevas calzoncillos* —le recuerdo.

Se da la vuelta y me guiña el ojo.

—*¿Cómo lo sabes, señorita Foster? ¿Has estado mirando?*

Sé que solo intenta distraerme; debe de notar que mis nervios están a punto de romperse como las cuerdas de un piano, pero me pongo colorada igualmente.

—*Eres insufrible* .

No responde, solo inclina la cabeza y vuelve a centrarse en el plan a medio cocinar que tenemos entre manos.

—Bueno, y ¿dónde nos colocamos? —pregunta Xavier mirando a su alrededor—. La bestia vendrá por este camino, ¿no? —Señala hacia el camino de piedras rotas que bordea el agua y que cruza el lago con unas rocas grandes y lisas hasta la cascada—. ¿A qué distancia de ellas queremos que esté antes de usar la trampa?

—No mucha —sugiere Eden—. Tenemos que estar a cubierto, y el único sitio donde podemos escondernos es este bosque una vez que te alejas del claro.

—Estoy de acuerdo —digo recordando cuando jugaba a *paintball* con mi padre de niña y todo lo que me enseñó acerca de las emboscadas. Ahora que lo pienso, no puedo evitar pensar si sabría que algún día necesitaría esa información. Tal vez no para enfrentarme a la Bestia Imbatible, pero, al provenir de este mundo paranormal, sabía lo peligroso que podía llegar a ser.

—Flint debería esconderse ahí. —Señalo hacia una especie de saliente pequeño a cierta altura en el interior de la pared del cráter—. Desde ahí podrás alcanzar a la bestia con el hielo, ¿no?

Mide la distancia con los ojos.

—Sí, debería poder alcanzarla.

—Bien. Y Macy tiene que estar más cerca…

—¿Cuánto más? —pregunta Xavier, y no parece nada contento.

—Lo más cerca posible —responde mirándolo mal antes de echar un vistazo a su alrededor—. Si viene por ahí, puedo intentar hechizarla subida a ese árbol. —Apunta a una enorme conífera que hay a unos nueve metros de la cascada.

Xavier parece totalmente cabreado solo de pensarlo, y he de admitir que a mí tampoco me hace ninguna gracia que esté tan cerca del sendero. A ver, si la bestia puede saltar, podría alcanzarla en cuestión de segundos, y no podríamos hacer absolutamente nada para detenerla.

—Estaré bien —asegura Macy, como si me estuviera leyendo la mente.

—Igual deberíamos replantearnos…

—Pienso hacerlo —me dice, y corre hacia el árbol—. Además, quien no arriesga no gana, ¿no?

—El dicho también debería decir «quien no arriesga no muere» —le contesto.

Se vuelve solo un momento para ponerme los ojos en blanco.

—Puedo hacerlo, Grace. Confía en mí.

Tiene razón. Sé que la tiene, pero me sigue costando verla subirse a ese árbol y escoger la rama con mayor densidad de follaje para esconderse.

—Creo que Eden debería ser también nuestro refuerzo —dice Jaxon mientras Flint me guiña el ojo rápidamente antes de salir volando hasta el saliente del que habíamos hablado antes.

—No sé hasta qué punto puedo ser de ayuda —responde ella—. Yo solo disparo rayos. Y si le doy a la bestia, la electrocutaré.

—Por eso serás el refuerzo de Flint —le explica Jaxon—. Solo por si acaso.

—Muy bien. —Mira a su alrededor—. ¿Dónde me pongo?

—Lo más cerca de la montaña posible —le indico—, pero a nivel del suelo. Así si Macy y Flint fallan, puedes salir y hacer lo que tengas que hacer.

—¿Qué os parece ahí? —Señala un pequeño hueco horadado en la montaña que tiene unos sesenta centímetros de profundidad.

—Eso está demasiado cerca. —Miro a mi alrededor buscando un lugar mejor—. ¿Qué tal algo un poco más alejado?

Me sonríe.

—Tranquila, Grace. Lo tengo controlado.

—Ya, pero...

—Tranquila —repite—. Tú solo asegúrate de que no te coma, ¿vale?

—Vale. —Sonrío débilmente—. Me parece un buen plan.

Cuando los tres están en posición, Jaxon nos mira a Xavier y a mí.

—¿Preparados? —pregunta.

Ni por asomo. Pero no lo digo. No puedo. Así que simplemente asiento antes de transformarme en gárgola. Ya va siendo hora de que empiece la función.

100

Carpe Slay-em

Xavier, Jaxon y yo atravesamos la irregular entrada de roca del oasis de la bestia como si fuésemos los amos del lugar; en parte, creo, para controlar los nervios que conlleva convertirse en cebo y, en parte, porque nunca está de más mostrarse un poco más seguro de lo que uno se siente.

—¿Qué creéis que será? —pregunta Xavier cuando pasamos las fuentes termales.

—Ahora mismo no me preocupa tanto qué es, sino dónde está —responde Jaxon sin dejar de mover la cabeza hacia todas partes, comprobando cada posible escondite que encontramos.

Menos mal que el agua resplandece con intensidad; de lo contrario tendríamos que enfrentarnos a este monstruo en la más absoluta oscuridad. Y probablemente moriríamos en el intento.

«¡Detente!» Mi voz interior se vuelve cada vez más y más insistente a cada paso que avanzo hacia la Bestia Imbatible.

Me asusta, no lo voy a negar, y no puedo evitar preguntarme si mi gárgola sabe algo que yo no sé. Si sus sentidos intuyen el peligro que sé que existe, pero que aún no logro localizar.

A diferencia de mi gárgola, Hudson está extrañamente callado. Ha dejado de pedirme que lo reconsiderase todo más o menos cuando todo el mundo se ha colocado en su posición, y al principio pensaba que se había ido a que se le pasara el enfado, como suele hacer a veces.

Pero puedo sentirlo dentro de mi mente, con los sentidos alerta mientras observa el mundo a través de mis ojos, intentando divisar a la bestia también. Intentando (y esto lo sé, aunque él no lo admita) ayudarnos a Jaxon y a mí como sea.

Y esta es y siempre ha sido la dicotomía de Hudson. Es capaz de hacer cosas tan terribles que hasta su propio hermano lo quería muerto (o humano), y, sin embargo, aquí está ahora, haciendo todo lo posible para defender a Jaxon frente a una amenaza a la que ni siquiera cree que debamos enfrentarnos.

—*No deberíais enfrentaros a ella* —me dice. Pero no lo hace con su tono sarcástico habitual. No busca discutir. Al contrario, está tranquilo. Triste, casi, como si supiera lo que está por venir y hubiese renunciado a cualquier posibilidad de impedirlo.

De repente, un ruido atraviesa la noche, un sonido metálico que hace que nos paremos en seco.

—¿Qué narices ha sido eso? —pregunto volviéndome hacia un sonido que creo que procede de detrás de la cascada.

—A mí me han parecido unas cadenas —responde Xavier con su oído de lobo trabajando a toda máquina.

El ruido de las cadenas se oye de nuevo, mucho más fuerte, y esta vez está muy claro de dónde procede.

—¿Cadenas? —le murmuro a Jaxon—. ¿Y eso?

Niega con la cabeza.

—Ni idea.

La voz en mi interior me está gritando: «¡Retrocede! ¡Retrocede! ¡Retrocede!», y tengo tanto miedo que me quedo parada durante varios segundos, intentando respirar,

presa del pánico. Pero es demasiado tarde. Ya estamos aquí, y no tenemos tiempo que perder. Debemos acabar con esto.

De modo que intercambiamos miradas entre los tres, cuadramos los hombros y avanzamos hacia la caverna, donde el sonido metálico se oye cada vez más fuerte.

No voy a mentir, estoy aterrorizada. Me aterra lo que pueda estar esperándonos en esa cueva (¿qué clase de monstruo utiliza cadenas para luchar?) y me aterra lo que tenemos que hacer. Nunca he matado a nadie ni nada a propósito en toda mi vida (incluso cojo los bichos y los echo fuera de casa cuando los veo), y no me siento bien ante la idea de venir hasta aquí para matar a este monstruo y llevarnos una piedra que claramente no quiere que le quitemos, cuando encima no nos ha hecho nada ni a mis amigos ni a mí.

Pero ¿qué alternativa tengo? ¿Dejar a mis amigos y seguir sola? No hay una respuesta correcta en este caso, lo único que puedo hacer es continuar avanzando y esperar que, de alguna manera, todo salga bien, aunque no veo la manera en estos momentos.

Jaxon me observa con curiosidad, pero me limito a asentir. Y, entonces, los tres caminamos hacia la caverna y hacia la Bestia Imbatible, sea lo que quiera que sea. Siento que el corazón se me va a salir del pecho. Me sudan las manos. Y tengo la desagradable sensación de que algo verdaderamente espantoso está a punto de suceder.

La cueva está muy oscura, y todos nos ponemos en alerta máxima esperando a que algo nos ataque. Pero, cuanto más nos acercamos, más difícil se nos hace pasar por alto el ruido metálico, no centrarnos en él y mantener los cinco sentidos puestos en todo lo demás.

Y a esto tenemos que añadirle los gruñidos graves y roncos que han empezado a emanar de las profundidades del interior, que me roban todo el valor que había logrado reunir. Y eso es antes de que mire al suelo y vea la plétora de huesos que hay por todas partes. Algunos son largos y

están en perfecto estado; otros están partidos justo por la mitad, pero está claro que se trata de huesos humanos, imagino que de gente que llegó aquí antes que nosotros y que fracasó en su intento de hacer lo que nosotros hemos venido a hacer.

Cuando llegamos a la entrada, Jaxon levanta una mano para detenernos a Xavier y a mí, y entra él primero. Las cadenas se agitan, pero no sucede nada más. Incluso los gruñidos parecen haber cesado.

Jaxon da otro paso más, y yo lo sigo, con Xavier a la zaga.

Ilumino la cueva con la linterna del móvil, pero no veo nada y, al parecer, Xavier y Jaxon tampoco porque, segundos más tarde, encienden sus propias linternas.

Echamos un vistazo, pero no hay mucho que ver. No sé qué estaba esperando, pero desde luego no era esta caverna vacía. Aquí no hay absolutamente nada, solo paredes rocosas y huesos tirados por todas partes: cráneos, tibias y cajas torácicas todavía intactas.

—¿Dónde está? —susurro, porque aquí no hay piedras ni nada tras lo que un monstruo pueda esconderse.

Al principio temo que haya más salas, que la caverna se extienda, como la de la Sangradora. Pero, tras un nuevo vistazo con las linternas, vemos que esto es todo: este único espacio con paredes rocosas manchadas de sangre y un suelo bastante sucio.

Y con unas enormes y gruesas cadenas ancladas al techo y a la pared trasera.

—No lo entiendo —dice Xavier—. Sé que el ruido provenía de aquí. Lo sé. ¿Dónde diablos está esa cosa?

De repente, se oyen de nuevo unos graves rugidos y buscamos su procedencia formando un círculo protector, con las espaldas pegadas y apuntando con la linterna hacia todas partes.

Mi voz interior me lanza una advertencia: «Vete, vete, vete».

«¡No puedo! —le digo—. Es demasiado tarde.»

Segundos después oímos otros rugidos más fuertes, al tiempo que las cadenas que tenemos delante empiezan a chocar entre sí. Entonces, la propia pared comienza a moverse.

101

Heaven on My Mind

—Pero ¿qué cojones...? —exclama Xavier retrocediendo al ver que la pared parece cobrar vida.

Se oye un rugido, largo, grave y fuerte, y las cadenas chillan cuando se lanza directa hacia nosotros.

Jaxon me agarra y me empuja tras de sí al tiempo que hace acopio de todo su poder telequinésico. Consigue detener a la cosa, lo que quiera que sea, en el aire, durante un momento, puede que dos. Pero al final termina aterrizando a cuatro patas delante de nosotros.

Cuando por fin consigo ver bien a la bestia, no puedo evitar pensar que parece algo infernal, algo sacado de una novela de fantasía. Es inmensa, la criatura más gigante que he visto en toda mi vida, y hecha completamente de roca irregular, afilada y rota por un montón de sitios, y cubierta de musgo aquí y allá.

Jaxon carga de nuevo y usa todo su poder contra el monstruo, pero solo consigue cabrearlo, y este responde atacando con una mano (¿o zarpa?) gigantesca y lanzando a Jaxon despedido contra un muro de piedra con tanta fuerza que tiembla toda la caverna.

—¡Jaxon! —grito, y agarro a Xavier y salgo disparada hacia el aire cuando la cosa se vuelve e intenta atacarnos a nosotros también.

Consigo esquivar el golpe, pero el cielo no es lo bastante alto como para salir de su alcance, de modo que, en un segundo golpe, nos lanza a Xavier y a mí disparados contra la pared opuesta.

La golpeamos con tanta fuerza que me castañetean los dientes y tengo la impresión de que el cerebro me va a estallar dentro de mi cráneo de piedra. Estoy algo aturdida, algo confusa, pero Hudson está en mi cabeza gritándome que me levante. Gritándome que me mueva.

Y lo hago, justo un segundo antes de que el descomunal puño de la bestia impacte justo contra el sitio en el que yo había caído.

—¡Xavier! —grito, pero él ya está en pie y en forma de lobo, saltando directamente por encima del hombro de la bestia y aterrizando justo al lado de Jaxon, que también se ha levantado.

La bestia ruge y carga contra ellos. Cuando lo hace, me fijo por primera vez en que las cadenas no son sus armas. Son grilletes que la mantienen amarrada a la pared.

—¡Corre! —le grito a Jaxon—. Si salimos de la cueva tal vez no pueda alcanzarte.

Pero es de Jaxon Vega de quien estamos hablando, y no piensa largarse y dejar a su compañera atrás con este monstruo, algo que me alegra y me cabrea a partes iguales en este momento en que lo que necesito es que se salve a sí mismo.

Sin embargo, en lugar de atacar e intentar atacar a la bestia por detrás como ha hecho la primera vez, Jaxon centra su energía directamente hacia el suelo. Un intenso terremoto sacude la cueva, provocando que rocas y huesos caigan de las paredes y que el propio suelo bajo nuestros pies se doble y se levante.

La criatura chilla; es un sonido tan grave y tan estruendoso que duele oírlo. Entonces alarga el brazo y atrapa a Jaxon. Estoy segura de que este es el final, de que va a aplastar a Jaxon delante de mí.

Pero no lo hace. En lugar de eso, lo lanza directamente hacia la entrada de la cueva, con tanta fuerza que Jaxon sale disparado y sigue volando hasta que lo pierdo de vista.

—*¡Vete, Grace!* —me grita Hudson—. *Sal de aquí aprovechando que está distraída* .

Pero no puedo salir porque lo que está distrayendo a la bestia es Xavier, y va directa hacia él.

—¡Eh! —grito con todas mis fuerzas—. ¡Por aquí! ¡Ven a por mí!

La bestia pasa de mí. Está completamente centrada en Xavier, que se ha subido a una de las formaciones rocosas de la pared y espera, creo, la mejor oportunidad de saltar y escapar de ella.

Pero, lamentablemente, él no tiene mi perspectiva, no ve lo que yo veo, que es que no hay sitio suficiente como para que huya. Vaya a donde vaya, el monstruo lo alcanzará, si no en el momento en que salte, sí en el siguiente.

«No puedes morir, no puedes morir, no puedes morir», empieza a entonar la gárgola en mi mente y, en este instante, me dan ganas de gritar. Porque ahora mismo mi cabeza es un lugar demasiado concurrido, con Hudson gritándome que huya, mis propios pensamientos alborotados, Jaxon enviándome energía a través del vínculo y ahora mi maldita gárgola diciéndome que no puedo morir. Cosa que, joder, no tengo ninguna intención de hacer.

Pero no puedo largarme y dejar a Xavier a su suerte. Así que hago lo único que puedo hacer: alzo el vuelo y voy directa hacia la cabeza de la Bestia Imbatible. Si consigo distraerla un poco, tal vez Xavier tenga una oportunidad para escapar.

«¡Vete, vete, vete!» Mi gárgola entona su nuevo mantra mientras desciendo en picado hacia la cabeza del monstruo.

Al principio pasa de mí, está todavía tan centrada en Xavier que ni siquiera es consciente de que existo. Pero cuando estoy lo bastante cerca como para darle una patada en uno de sus ojos inyectados en sangre, se vuelve hacia mí con un rugido que resuena en las paredes y me hace temblar de la cabeza a los pies.

—¡Corre, Xavier! ¡Sal de aquí! ¡Ahora! —grito cuando la bestia se vuelve.

El plan era conseguir que la bestia saliera de la cueva y, si Xavier logra escapar, creo que puedo sobrevolarla y, con suerte, las cadenas serán lo bastante largas como para que nos siga hasta el exterior, donde Macy aguarda para dormirla.

Vuelo lo más rápido que puedo, decidida a mantenerme fuera de su alcance el tiempo suficiente como para que Xavier tenga una posibilidad. Pero apenas he alcanzado la mitad de la cueva cuando la bestia me atrapa en su puño de piedra y me envía dando vueltas contra la pared en la que hace un momento estaba Xavier. Reboto contra ella y caigo desplomada al suelo.

Al menos Xavier ha conseguido bajar de ahí en medio de todo este caos, pero no se ha ido. En vez de hacerlo, ha recuperado su forma humana y ha aterrizado en la pared en la que están instaladas las cadenas.

Cuando la bestia se dispone a atacarme por segunda vez, Xavier agarra la cadena que retiene su brazo y tira de ella con toda su fuerza de lobo.

No consigue gran cosa, pero la resistencia sorprende al monstruo lo suficiente como para que se vuelva para fulminar a Xavier con la mirada durante una milésima de segundo. Y es todo lo que necesito para salir rodando de ahí.

La bestia sacude el brazo hacia delante con la fuerza suficiente como para hacer caer a Xavier de la pared, pero entonces grita al ver que ya no estoy donde me había dejado. Cuando se da la vuelta lanzando un escalofriante

bramido, veo que Eden, Flint, Macy y Jaxon deben de haber renunciado a la idea de que Xavier y yo logremos hacerla salir, porque, de repente, entran todos en la cueva.

Eden y Flint han adoptado su inmensa forma de dragón y, cuando rodean a la bestia como si fuese una torre de aviación, me doy cuenta realmente de lo grande que es. Porque Eden y Flint como dragones son enormes, y parecen unos colibríes planeando alrededor de su cabeza. Debe de medir como un edificio de ocho plantas. Y parece estar creciendo, si la vista no me engaña.

Eden le lanza a la bestia un rayo que la hace bramar de furia, pero su ataque apenas la detiene. Flint, por su parte, le arroja un chorro de hielo tan potente que la cueva entera se congela a nuestro alrededor y se forman carámbanos por todas partes.

Pero el monstruo ni siquiera parece notarlo. Sigue luchando, sigue rugiendo y atacando y lanzándonos por los aires hasta que las rocas empiezan a desprenderse de las paredes que nos rodean y hay trozos de piedra volando por todas partes y llenándonos de cortes y magulladuras.

«¡Vete, vete, vete! ¡No mueras, no mueras, no mueras!» La gárgola en mi cabeza me grita ahora tan fuerte que apenas logro concentrarme en nada más. Hasta que un tirón en el vínculo me hace sofocar un grito y casi hace que me caiga del aire.

—¡Jaxon! —grito, y me vuelvo justo a tiempo para ver a mi compañero cayendo de rodillas. Está muy pálido y tiene los ojos apagados, y aunque evita derrumbarse apoyándose en una mano, sé que ha faltado poco.

Lo veo. Es más, lo siento.

Desciendo hacia él todo lo rápido que puedo, intentando llegar a su lado antes de que la bestia vea lo débil y vulnerable que está.

De repente, caigo en la cuenta de qué es lo que pasa. Ha abusado tanto de su energía finita, entre los guardias en el instituto, los ataques telequinésicos contra la bestia, el

golpe de energía que me ha enviado hace un rato cuando ha ido a avisar al resto... Y entre eso y la parte que Hudson le chupa, ya no le quedan fuerzas para luchar.

Consigo llegar hasta Jaxon justo en el instante en que la bestia derriba a Eden, que impacta con fuerza contra el suelo y grita. Cuando intenta levantarse, no puede. Tropieza y cae, y veo con horror que tiene un ala rota.

Me coloco delante de Jaxon y, al hacerlo, consigo echarles un vistazo a mis amigos, que luchan valientemente, y me doy cuenta de que es imposible que puedan vencer. La bestia ni siquiera jadea, y nosotros estamos hechos polvo.

Eden, con un ala rota.

Jaxon, con su impresionante poder casi agotado por completo.

Flint, lanzando llamaradas mientras el monstruo lo arrincona, pero cojeando en su forma humana a causa de lo que parece ser una herida abierta en la pierna.

Macy está bien, afortunadamente, pero no hace más que lanzarle hechizo tras hechizo a la bestia, varita en mano. Hechizos que la alcanzan, pero que no tienen efecto alguno en ella.

Y Xavier... Xavier también cojea, aunque no tanto como Flint. Ahora mismo está rodeando a la bestia, preparado para atacarle en la parte trasera de la rodilla en un último intento por ralentizar al monstruo, pero sé de antemano que no va a funcionar. Nada que podamos hacer va a funcionar.

—*¡Tienes que detener esto!* —me ruega Hudson, que se acerca a la pared de piedra en la que me he apoyado para intentar recobrar el aliento. Por primera vez, parece asustado, muy muy asustado—. *Tienes que decirles que lo dejen, Grace. Nadie más va a hacerlo, así que tienes que ser tú* .

—¡No sé cómo! —le grito—. Aunque lo intente, e incluso si me hacen caso, la bestia no nos dejará marchar. ¿Cómo los saco de aquí sin que acabemos todos muertos?

—*Habla con él* —me dice Hudson.

—¡¿Que hable con él? ¿Con quién?! —grito.

—*Con la Bestia Imbatible. ¿No lo oyes? Lleva hablándote todo este tiempo. Tienes que responderle. Eres la única que puede hacerlo* .

—¿Hablándome? ¡A mí no me ha hablado nadie!

—*Yo lo oigo, Grace. Y sé que tú lo oyes también. Esa voz que te dice que te vayas y que no mueras, es él* .

—No. Te equivocas. Es la voz de mi gárgola.

—*No me equivoco. Tienes que confiar en mí, Grace* .

—No creo...

—*¡Maldita sea!* —grita, y se postra de rodillas, con lágrimas en los ojos y el rostro contraído en un gesto de dolor—. *La he cagado, ¿vale? Mucho. Lo sé. Y tú también lo sabes. Pero ahora no. Sé que es su voz. Sé que puedes hablar con él. Sé que puedes parar esto. Eres la única que puede hacerlo. Joder, escúchame por una vez en tu puta vida como lo hacías cuando estábamos juntos* .

Me está gritando, rogándome, y quiero creerle, de verdad, pero, si me equivoco...

—¡No! —grito cuando la bestia se vuelve hacia Macy con un rugido.

Salgo disparada en el aire para llegar hasta ella antes de que el monstruo la alcance, pero, pese a que vuelo más rápido que nunca, sé que no voy a llegar a tiempo.

Xavier llega una milésima de segundo antes que yo, se coloca delante de Macy, la tira al suelo, y se lleva el golpe que iba a recibir ella.

Desde donde me encuentro, oigo que sus huesos se parten y su cráneo se rompe y se hunde incluso antes de que impacte contra la pared. Cae al suelo con un espantoso ruido sordo, pero a la bestia le da igual. Se dispone a agarrarlo de la pierna para levantarlo, pero ahora es mi turno de colocarme delante de Xavier.

Aterrizo entre ellos y hago lo que Hudson me ha suplicado que hiciera. Levanto los brazos haciendo el gesto universal de detención.

—¡No! —grito desde lo más profundo de mi alma.

102

Nosotros somos los monstruos

La Bestia Imbatible retrocede como si le hubiese golpeado con tanta fuerza que acaba tambaleándose y cayendo al suelo con un bramido tan atronador que hace temblar todos los huesos de mi cuerpo y hasta las propias paredes de la caverna.

Pero, mientras grita, la voz dentro de mí me dice: «No daño, no daño», y me doy cuenta de que Hudson tiene razón. De que la voz que llevo oyendo desde que llegué al Katmere, esa voz que me advertía cada vez que se avecinaba algún peligro, la voz que tan segura estaba de que era la de mi gárgola... era en realidad la de la Bestia Imbatible.

No tengo ni idea de cómo es posible. No tengo ni idea de por qué. Pero, ahora mismo, lo único que me importa es salvar a mis amigos.

Me froto los ojos para secarme las lágrimas y me quedo mirándola. Por primera vez desde que he entrado aquí, observo detenidamente al gigante de piedra.

Observo las rocas irregulares y rotas de su exterior.

Observo la piedra alisada bajo los grilletes de hierro.

Observo la parte superior de su cabeza y lo que parecen ser los restos de un cuerno roto, y veo lo que debería haber sabido todo este tiempo.

El motivo por el que la magia de Macy no surtía efecto en él.

El motivo por el que la telequinesis de Jaxon tampoco funcionaba.

El motivo por el que los rayos de Eden y el hielo de Flint ni siquiera lo inmutaban no era porque fuese una bestia todopoderosa. Es porque, al igual que yo, es totalmente inmune a la magia.

Porque es una gárgola.

No es imbatible en absoluto. Solo es una gárgola, la última que queda aparte de mí, encadenada durante miles de años, si las historias que se cuentan sobre ella son ciertas.

Me quedo mirándolo. Miro a esta pobre gárgola, a este pobre monstruo gigante, y me llevo la mano a mi propia cabeza, a los cuernos que me han ido aumentando de tamaño conforme he ido ganando poder, y lo veo con otros ojos. ¿A cuántas batallas debe de haber sobrevivido? ¿A cuántos oponentes debe de haber derrotado para volverse tan grande como es ahora?

Es imposible contarlos.

Y nosotros no hemos hecho más que contribuir a su angustia.

Madre mía. ¿Qué hemos hecho?

—*¿Qué hemos hecho? Lo siento. Lo siento. Lo siento muchísimo* —digo.

No sé si se lo estoy diciendo a él, a Xavier, a Hudson, o a los tres. Solo sé que si estamos aquí es a causa de mi obstinación, que mi negativa a escuchar a Hudson cuando me lo suplicó es lo que nos ha llevado a este preciso momento. Mi incapacidad de ver más allá del blanco o el negro, el bien o el mal. Héroe o monstruo.

Y ahora se extiende ante mí un momento que no puedo cambiar, que no puedo rebobinar, por más que desee hacerlo.

Tras de mí, Macy grita de angustia, y sé lo que me voy a encontrar antes siquiera de darme la vuelta. Pese a ello, me vuelvo, manteniendo un brazo extendido hacia la bestia para demostrarle que no pretendo hacerle más daño, y entonces veo que mi prima se postra de rodillas, llorando, junto a Xavier.

Veo que lo recoge en sus brazos y lo mece una y otra vez.

—¡No! —grita Flint mientras intenta acercarse cojeando hasta nosotros—. ¡No! No, no me digas eso, por favor, no me digas eso. ¡No!

Eden ha recuperado su forma humana y tiene el rostro empapado de lágrimas, y Jaxon... Jaxon está más destrozado que nunca.

«Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento —dice la voz en mi interior—. Los lobos son malos. Debo protegerla. Debo salvarla.»

No sé a quién se refiere y, ahora mismo, tampoco creo que importe. Lo único que importa es que Xavier está muerto. Está muerto, y esta pobre alma rota lo ha matado, no porque quisiera hacerlo, sino porque yo no la escuchaba. Porque me negaba a ver.

El espanto y el dolor me debilitan las rodillas, y el resto de mi ser. Las piernas me ceden y caigo al suelo con fuerza. Me araño la espinilla con una roca afilada que ha caído de las paredes, pero apenas lo noto. ¿Cómo hacerlo, cuando Xavier está ahí, con la mirada apagada perdida en la distancia?

Estaba vivo. Hace dos minutos estaba vivo, y ahora no lo está. Ahora se ha ido, y yo podría haberlo detenido todo si hubiese escuchado lo que Hudson estaba intentando decirme tan desesperadamente.

Esto es culpa mía. Todo esto es culpa mía.

Eden se postra de rodillas detrás de Macy, la rodea con los brazos y la consuela mientras llora. Soy yo la que debería

estar haciendo eso. Debería estar haciendo algo, lo que sea, para reparar el desastre que he provocado. Pero no puedo moverme. No puedo pensar.

Ni siquiera puedo respirar.

—*Tienes que acabar con esto* —me dice Hudson—. *Tienes que llevarte a todo el mundo de vuelta a casa. Tienes que dejar ir a Xavier y salvar a las personas que aún puedes salvar* .

—Ni siquiera sé cómo volver a casa —susurro, y es verdad. Ni Flint ni Eden están en condiciones de llevarnos de vuelta al Katmere.

Y la prueba es dentro de menos de cuatro horas. Tengo que estar allí, o todos sufriremos más de lo que lo hemos hecho ya. El rey y la reina son capaces de castigar a todos mis amigos y a Jaxon por mi falta de prudencia.

Es irónico que, teniendo en cuenta los muchos errores que he cometido esta noche aquí, vayan a castigarme por faltar a un juego para ver si soy válida. Por ser una gárgola. Por salir con su hijo.

Los golpes no paran de venir.

—Lo siento, Macy —digo mientras me arrastro hasta mi prima y la abrazo y le beso la cabeza.

—Lo siento —le susurro a Hudson mientras me levanto lentamente. «Lo siento. Lo siento muchísimo», le digo a esta gárgola antigua cuando recorro la distancia que nos separa y pongo una mano sobre su pie gigante.

Al principio, ruge e intenta apartarse, pero no intenta hacerme daño. No hace nada más que observarme con esos ojos seculares y esperar a ver qué hago a continuación.

«¿Quién te hizo esto? —pregunto pasando la mano por el grillete de su tobillo—. ¿Quién te encerró aquí y te convirtió en la Bestia Imbatible?»

Chilla un poco al escuchar el nombre, y no lo culpo. Durante siglos y siglos ha permanecido en este cráter, recibiendo los ataques de toda clase de criaturas mágicas

que intentaban robarle el precioso objeto que solo quiere proteger.

No me puedo ni imaginar cómo alguien puede ser tan depravado como para hacer algo así.

«Tengo que salvarla —me dice—. No puedo morir. Tengo que salvarla. Tengo que liberarla.»

«¿A quién? —pregunto—. ¿A quién tienes que salvar? Quizá podamos ayudar.»

No sé por qué iba a creerme, teniendo en cuenta que mis amigos acaban de hacer lo posible por matarlo, pero tengo que intentarlo. Se lo debo. El mundo que le hizo esto y que lo perpetuó durante un milenio le debe eso y mucho más.

Me vuelvo hacia mis amigos, y todos tienen aspecto de acabar de regresar del infierno. Están conmocionados, sangrando y tan devastados como yo. A ellos también se lo debo.

Al principio, la bestia..., no, la gárgola, no responde a mi ofrecimiento. Y no se lo reprocho, yo tampoco lo haría. Pero después, muy lentamente, tanto que no sé si me lo estoy imaginando, levanta la muñeca y observa los grilletes.

Ah, por supuesto.

«Por supuesto que te vamos a liberar.»

Me vuelvo hacia mis amigos, hacia mis maltrechos amigos, y, aunque me mata hacerlo, tengo que pedirles una cosa más.

—Lo siento. Lo siento muchísimo, pero necesito vuestra ayuda.

Flint me mira y después mira a la gárgola, y veo lo que está pensando. ¿Por qué ayudar al monstruo que acaba de matar a su amigo?

—Porque no es culpa suya —susurro antes de que pueda siquiera formular la pregunta—. Hemos venido aquí y lo hemos atacado. Hemos intentado hacerle daño como tantas otras personas que llegaron antes que nosotros. Nada de esto es culpa suya. Y porque es una gárgola, como yo.

Todo el mundo se me queda mirando; están perplejos, incapaces de procesar esta revelación.

Macy es la primera en moverse. Se levanta temblorosa, con la cara manchada de rímel a causa de las lágrimas, y apunta a la gárgola con la varita. Al principio creo que va a volver a atacarla y alzo la mano para intentar protegerla de su magia y de la posible reacción que esto pudiera provocar en este pobre ser. Pero entonces mi prima me sorprende con su amable corazón, tan grande y feroz como el de cualquier dragón.

Susurra un hechizo y lanza un rayo directo a la cadena que mantiene a la gárgola amarrada a la pared.

103

Hacer las cosas por mágica inercia

La cadena no se rompe, así que lo intenta otra vez. Y otra. Y otra.

La cadena tiembla y protesta, pero, le lance lo que le lance, no cede.

Pronto, Flint se une y dispara hielo a la cadena para hacerla más quebradiza. Cojo una piedra gigante y la arrojo contra la cadena congelada con la intención de hacerla añicos, pero de nuevo, por más que nos esforcemos y por más que protesten las cadenas, siguen exactamente donde están.

Finalmente Jaxon se levanta tambaleándose. Está muy demacrado y en unas condiciones tan pésimas como aquel día en los túneles con Lia. Y, pese a todo, él también intenta ayudar, destinando las escasas fuerzas que le quedan a arrancar las cadenas de la pared. Esta chirría y se agrieta, pero las cadenas continúan aguantando.

Jaxon se dispone a intentarlo de nuevo, pero se está tambaleando y me aterra que usar más poder le pueda causar lesiones permanentes.

Por ello me doy la vuelta hacia la Bestia Imbatible, hacia esta gárgola que no merece lo que mis amigos y yo hemos intentado hacerle, y se me parte el corazón un poco más todavía al ver que agacha la cabeza y encorva los hombros como si hubiese sabido desde el principio que esto iba a suceder.

«*Lo siento* —le digo de nuevo—. Siento no poder llevarte con nosotros ahora. Pero te prometo que volveré a por ti. Encontraremos la manera de liberarte y volveremos.»

Me observa durante largos segundos, y sus ojos inyectados en sangre se vuelven más humanos y menos bestiales a cada segundo que pasa. Entonces pregunta muy simplemente:

«¿Para qué?»

«¿Para qué vamos a volver? Para liberarte…»

«No. Para qué habéis venido en un principio.»

«Ah.»

Bajo la mirada, avergonzada por lo que he hecho. Avergonzada por la soberbia que me hizo pensar que estaba bien robarle algo a esta criatura que tanto ha sufrido ya y avergonzada por todos los demás errores que he cometido y que nos han llevado hasta aquí, hasta este momento.

«Necesitábamos un tesoro que tú proteges. Una piedra de corazón —le digo—. Lo siento. Pensamos que podíamos arrebatártelo. Estuvo mal. Y lo sentimos mucho.»

«*¿Piedra de corazón?*»

Inclina la cabeza a un lado, como si intentase entender de qué estoy hablando.

«Sí, una piedra de corazón», repito.

Muy muy lentamente, tanto que, una vez más, creo que me lo estoy imaginando, el pecho de la gárgola empieza a iluminarse en un intenso rojo oscuro. Mira hacia abajo, hacia el color, y nosotros también, impresionados ante lo que estamos viendo.

«¿Necesitáis una piedra de corazón?», pregunta, y se da unas palmaditas en el pecho.

Dios mío. La piedra de corazón no era una joya que estuviera protegiendo. Es su corazón de piedra. Y, después de todo lo que le hemos hecho, está dispuesta a entregárnoslo imagino que solo por el hecho de que hemos dejado de intentar matarla.

Caigo al suelo de rodillas una vez más, sollozando. ¿Quién le ha hecho esto? ¿Quién pudo ser tan cruel?

La gárgola se golpea el pecho de nuevo.

«¿Necesitas una piedra de corazón?»

«No —respondo—. No la necesito. Pero gracias.»

Hemos cruzado demasiadas líneas para llegar hasta aquí. Hemos sacrificado demasiadas cosas. Hemos perdido a Xavier. No voy a coronarme matando a esta criatura inocente también.

Lo he fastidiado todo porque no luché más por defender aquello en lo que creía. Sabía que estaba mal arrebatarle a Hudson su naturaleza vampírica. Sabía que estaba mal que lo juzgásemos. Y sabía que estaba mal que nos jugásemos todos la vida solo por no ser lo bastante fuerte como para convencer a los demás de que se equivocaban.

He cometido tantos errores que no sé cómo repararlos. No sé cómo encontrar el camino de vuelta.

—Grace. —Jaxon se apoya en la pared para no caerse—. Sé que lo estás pasando mal, pero tienes que aceptarlo.

—No pienso hacerlo —le digo inclinando la cabeza en un gesto de silencioso agradecimiento a mi semejante—. No voy a matar a esta gárgola, Jaxon.

—Cuando te calmes, te arrepentirás de esto.

—Me arrepiento de muchas cosas, pero esta decisión jamás será una de ellas —respondo sin volverme hacia él. En lugar de eso, agacho la cabeza y la apoyo sobre el lateral del pie de la gárgola mientras adopto mi forma humana.

«Gracias, amiga mía. Por todo. Te prometo que volveré», le digo.

Cuando me aparto, me encuentro con que Jaxon ha cogido el cuerpo de Xavier y lo está sacando a hombros de la

cueva. Macy ayuda a Flint, que cojea por el suelo irregular, y Eden camina tras ellos, con el hombro derecho inclinado hacia delante de un modo que parece tremendamente doloroso.

Corro hacia ellos. Aún tenemos que encontrar la manera de regresar, pero me detengo en la boca de la cueva para despedirme de la gárgola con la mano una vez más, y sonrío al ver que me devuelve el gesto.

El tiempo vuela mientras atravesamos de nuevo las fuentes termales y regresamos al claro, donde la temperatura ha descendido varios grados y la aurora boreal danza en el cielo con tonalidades verdes. Se supone que la prueba comienza en poco más de tres horas, y ni Jaxon y yo estamos en condiciones para afrontarla. Por no hablar de que ni siquiera sé cómo vamos a volver. Ambos dragones aseguran que pueden volar, pero a Flint se le ve el hueso a través de la pierna, y antes me he fijado en el ala de Eden. Es imposible que pueda aguantar el peso de un dragón, y menos del resto de nosotros.

Macy no se detiene hasta que se encuentra a tan solo medio metro del agua, y todos la seguimos, perdidos, confundidos y bastante asustados. Entonces deja a Flint en la arena, se arrodilla y empieza a hurgar en su mochila. No para hasta que saca un puñado de piedras preciosas y un libro de hechizos.

Mientras tanto, Jaxon deposita el cuerpo de Xavier en el suelo a pocos metros de Flint antes de dejarse caer él mismo, y Eden hace lo propio entre ambos. Aunque se esfuerza en disimularlo, sus ojos revelan su dolor al mirar a Xavier, y sé que solo la mitad de su angustia es física.

Yo también la siento, y me cuesta respirar al observar a mis amigos, al observarlos de verdad por primera vez desde que Xavier ha muerto.

Me siento tan culpable que apenas puedo mirarlos a los ojos, pero se merecen eso y mucho más. Así que los miro a todos a los ojos de uno en uno y les digo:

—Lo siento. No debería haberos arrastrado a ninguno de vosotros a mis problemas.

Miro el cuerpo destrozado de Xavier y casi me ahogo con mi propio dolor.

—No puedo hacer nada para traer a Xavier de vuelta. Me cambiaría por él, o por cualquiera de vosotros, sin pensármelo dos veces si pudiera. Lo siento. Lo siento muchísimo.

—Esto no es culpa tuya —dice Jaxon con voz ronca y con los ojos amoratados de dolor y de agotamiento—. Fui yo quien insistió en hacer esto. Yo insistí en venir. No escuché tus dudas. Esto es culpa mía. Ojalá...

—Parad. Los dos —interviene Macy pese a que ella misma se está pasando las manos por la cara para secarse las lágrimas—. No tenéis que disculparos ninguno de los dos. Todos tomamos la decisión de venir. Todos sabíamos que era arriesgado, probablemente más que Grace, ya que hemos crecido oyendo historias sobre la Bestia Imbatible.

»Y decidimos venir igualmente. —No para de llorar, así que se aclara la garganta mientras, una vez más, se las limpia—. Hemos volado hasta aquí y hemos atacado a esa pobre criatura porque nos hemos autoconvencido de que estábamos evitando una atrocidad mayor. Nos hemos dicho a nosotros mismos que estábamos haciendo lo correcto, aunque no era verdad. Estaba mal. Y en eso también somos culpables todos.

»Hemos jugado con la magia desde siempre. Hacemos hechizos, cambiamos de forma e incluso sacudimos el suelo —mira a Jaxon— cuando queremos. Pero el mundo en el que vivimos, los privilegios de los que disfrutamos, conllevan ciertas responsabilidades y consecuencias que se nos enseñan en el colegio, aunque nunca pensamos en ello hasta que no nos vemos obligados. —Mira a Xavier, y parece que va a desmoronarse por completo, pero entonces cuadra los hombros y nos mira a todos a los ojos excepto a mí—. Nosotros, todos, hemos hecho caso omiso de esas

lecciones y hemos decidido venir aquí y jugar a ser Dios con Hudson y con la bestia, e incluso con nuestras propias vidas, pese a que mi prima nos rogó que no lo hiciésemos.

»Y eso pesará sobre nuestra conciencia. Es algo con lo que vamos a tener que aprender a vivir, una lección que nos va a pesar durante muchísimo tiempo. —Se aclara la garganta —. Pero se lo debemos a Xavier y a esa pobre gárgola de ahí dentro y a todas las personas del instituto, a todos los paranormales del mundo que no saben en qué se ha convertido el Círculo y a qué se dedica. Les debemos el aprender de este error y hacer todo lo que esté en nuestra mano para detenerlos.

»No arreglará esto, no reparará este error, pero tal vez evite que otros cometan otros peores. —Me señala—. Y eso significa que hemos de llevaros a esa prueba, hemos de conseguir que entréis en el Círculo para hacer lo que sea necesario para mejorar las cosas. Así que tenéis que dejar de culparos. Tenéis que dejar de regodearos en la culpa y en la tristeza y en la rabia, y ayudarme a conseguir que regresemos al Katmere antes de que sea demasiado tarde para detener lo que el Círculo pretende poner en marcha tan desesperadamente.

Durante largos segundos ninguno de nosotros se mueve. Nos quedamos paralizados ante la carga y la responsabilidad de sus palabras. Al menos hasta que enarca una ceja y dice:

—¿O voy a tener que hacerlo sola?

104

Como no pudimos detenernos para morir...

—Nosotros nos apuntamos —dice Flint intentando desesperadamente volver a ponerse de pie. Duele verlo, al menos hasta que Jaxon le pone una mano en el hombro, se inclina sobre él y le habla en voz baja. No sé qué le dice, pero Flint se queda sentado y deja de intentar levantarse.

—¿Qué necesitas? —pregunto gateando hasta donde Macy ha vuelto a arrodillarse sobre la arena.

—Dales a cada uno una piedra preciosa y diles que la encaren hacia el norte, el sur, el este y el oeste respectivamente —responde señalando hacia las direcciones correctas mientras lee una página del libro de hechizos varias veces antes de cerrarlo de golpe y volver a colarlo en su mochila—. Después coloca la quinta piedra sobre el pecho de Xavier.

Hago lo que me dice, y se me forma un pequeño nudo en la garganta cuando deposito la piedra en el centro de la camiseta de Guns N’ Roses de Xavier. Susurro una breve oración por él y vuelvo junto a Macy para ver qué más puedo hacer para ayudar.

Jaxon debe de pensar lo mismo porque, mientras se tambalea hacia donde nosotras estamos, pregunta:

—¿Qué necesitas que hagamos?

Le agarro la mano y le envío un poco de energía a través del vínculo.

—Para —me dice apartándola—. No puedes permitirte hacer eso ahora mismo.

—Ya, pues tampoco puedo permitirme tener a mi compañero enfermo, así que deja que lo haga ahora y ya resolveremos lo que tengamos que resolver cuando volvamos al instituto.

No está de acuerdo, pero no me lo discute, por ello le paso un poco más de energía. No tanta como para quedarme yo demasiado débil, pero sí la suficiente como para que deje de estar tan pálido.

—Quédate allí, donde te ha dicho Grace —contesta Macy mientras se coloca la mochila a la espalda.

—Y ahora ¿qué? —le pregunto cuando se vuelve para mirar el mar.

—Ahora voy a probar un hechizo del que me ha hablado Gwen cuando me estaba preparando para lo de esta noche. Nunca lo he hecho, o sea que, o funciona y volvemos al instituto, o falla y acabamos convertidos en miles de rayos de luz. —Me mira a la cara—. Esperemos que funcione.

—Eh... vale —respondo con los ojos muy abiertos y el corazón en un puño—. Esperemos.

Me entrega una de las piedras preciosas y ordena:

—Sujétala por mí, ¿quieres? Y comprueba que todo el mundo esté donde tiene que estar.

—Claro. —Hago lo que me pide y les echo un vistazo a los demás antes de envolver la piedra con los dedos mientras ella se saca el *Athame* del bolsillo en lugar de la varita y lo sostiene con el filo hacia arriba—. ¿Preparados? —pregunta cogiéndome de la mano.

—¿Para convertirnos en mil rayos de luz? —indica Flint—. Claro. ¿Por qué no?

—Esperaba que dijeras eso —repone, y levanta el rostro hacia el cielo—. Allá vamos.

Contengo la respiración cuando Macy levanta los brazos al cielo en una postura circular digna de una bailarina de ballet. El *Athame* , en su mano derecha, señala directamente al centro de la aurora boreal que danza sobre nosotros mientras dibuja con la otra mano movimientos circulares una y otra vez.

Al principio no sucede nada, pero después, tan despacio que tardo unos segundos en ver lo que está pasando, la piedra que tengo en la mano empieza a latir en mi palma. Echo un vistazo a mi alrededor y veo que las demás están haciendo lo mismo, y que brillan más y más conforme empiezan a vibrar en sus manos.

Observo a Macy, pero ella está tan concentrada fijándose en el cielo que ni siquiera me mira de reojo. Imagino que eso significa que no puede hacerlo, así que empiezo a levantar la mano hacia arriba para mostrarle lo que está haciendo la piedra, pero un tirón casi imperceptible de su mano me detiene.

La piedra continúa vibrando y su brillo sigue aumentando. Los movimientos de mi prima se vuelven cada vez más amplios hasta que parece estar abarcándonos a todos en su círculo, envolviéndonos y protegiéndonos con su magia mientras sigue canalizando la energía celeste.

De repente, Macy sofoca un grito al tiempo que la piedra que tengo en la mano empieza a quemar muchísimo. Grito e intento aferrarme a ella, pero el calor se vuelve tan intenso que no me queda más remedio que abrir los dedos. Durante un par de segundos la piedra permanece pegada a mi palma y, entonces, empieza a flotar, elevándose cada vez más hasta que entra en la trayectoria del *Athame* .

Las demás piedras hacen lo mismo hasta que se alinean entre el *Athame* y el cielo en el orden de los colores del arcoíris. En el instante en que la última piedra se coloca en su sitio, un rayo cae disparado desde el cielo e impacta

directamente en las piedras y, a través de ellas, en el *Athame* de Macy.

Grito ante el repentino destello y el calor que desprende, pero Macy ni siquiera se inmuta. Continúa sujetando firmemente el *Athame* conectado al rayo cuando, de repente, este se expande formando un círculo gigante que nos envuelve a todos.

La arena y el agua comienzan a levantarse a nuestro alrededor y un súbito viento gira hasta formar un tornado de arena, agua, viento y energía a nuestro alrededor, los cuatro elementos combinados a través de Macy.

Mi prima empieza a temblar, y todo su cuerpo se ilumina con la fuerza de los elementos, que la atraviesa. Pronto, se le pega la ropa al cuerpo, el pelo se le pone de punta y hasta parece que la piel le brilla desde el interior. Entonces alarga el brazo hacia mí, me coge de la mano y la siento. Siento que la energía de los elementos, del mundo natural que nos rodea, fluye de ella hacia mí.

Es poderosa, dolorosa y tan abrumadora que casi me suelto de su mano, hasta que me doy cuenta de que me necesita. De que es demasiada energía para contenerla ella sola, de modo que me la está traspasando a mí, a mi gárgola, porque yo puedo absorberla. Puedo absorber el poder de la magia sin que me haga ningún daño.

De modo que me agarro con fuerza a su mano y dejo que vierta toda la que necesite en mí. Y cuando un segundo rayo atraviesa el cielo, ni me inmuto, ni siquiera cuando se suma al primero.

Pasan los segundos, cargados de un poder increíble, y entonces se hace otro fogonazo gigante, uno que ilumina todo el cielo y que se expande sobre el agua, sobre el claro, sobre nosotros... hasta que ya no queda cráter.

Hasta que ya no queda roca.

Hasta que ya no quedamos nosotros, solo la luz, la energía y el aire en que nos hemos convertido.

105

Caer en des-Grace

Caemos al suelo gritando, todos, cuando las moléculas de luz en las que hemos viajado se unen para volver a formar nuestros cuerpos. Es doloroso, raro y un poco aterrador, pero solo dura unos segundos, y después me quedo asimilando el dolor e intentando recuperar el aliento.

—¿Qué hora es? —pregunto mientras me pongo de pie a duras penas y miro a mis amigos, que siguen acurrucados y gimoteando en la nieve. Saco el móvil, pero está apagado. Lo tiro al suelo y grito—: ¡¿Qué hora es, maldita sea?!

El cielo empieza a teñirse de un rosado amanecer y me invade el pánico. No he llegado hasta aquí para fracasar por haber llegado demasiado tarde. No puede ser demasiado tarde. Por favor, Señor, que no sea demasiado tarde.

—Son las seis y cincuenta —gruñe Flint mientras da media vuelta en el suelo con el móvil en la mano.

—Las seis cincuenta —susurro. Había comprobado la hora en que sale el sol antes de marcharnos, y todavía tenemos tiempo—. El sol no sale hasta las ocho y veinte. Tenemos una hora y media.

Miro a Jaxon y a los demás, que siguen tirados en la nieve pese a mi anuncio. Ninguno parece entender la súbita

urgencia a la que nos enfrentamos.

—¡Tenemos noventa minutos! —grito mirando a mi alrededor, intentando ver en qué lugar del Katmere estamos exactamente.

Macy se levanta y parece estar hecha una pena.

—Vale, vale, vale. —Mira a su alrededor también y se frota la cara con la mano—. El anfiteatro está por ahí. Solo tenemos que salir de estos árboles.

—Vamos —pido, y tiro de Jaxon, que no parece encontrarse nada bien en estos momentos, aunque imagino que lo mismo podría decirse de mí.

Flint se pone en pie y me ayuda a levantar a Jaxon, pero ahora que no estamos tan a oscuras como en la cueva, veo lo mal que tiene la pierna de verdad.

—No puedes andar así —le digo—. Quédate aquí e iremos a buscar ayuda.

—Yo me quedo con él —anuncia Eden—. Con él y con Xavier.

Pero, en cuanto dice eso, busco el cuerpo de Xavier y veo que no está.

—Nos lo hemos dejado allí —susurro horrorizada—. Nos lo hemos dejado en la playa.

—No —repone Macy—. No nos lo hemos dejado.

—No está aquí —indica Eden corriendo hacia los árboles más cercanos—. ¿Dónde está? Joder, ¿dónde está?

—Es luz —explica Macy con la voz entrecortada y los ojos llenos de lágrimas levantando la vista hacia el cielo cada vez más iluminado—. Nosotros seguimos vivos, por eso nuestros cuerpos han podido volver a formarse. Él no lo estaba, así que mi magia de fuerza vital no ha funcionado con él. Se ha ido. —Empieza a llorar—. Se ha ido de verdad.

Quiero llorar con ella, quiero más que nada sentar mi cuerpo agotado y dolorido sobre esta nieve y llorar como una niña atormentada por la culpa. Pero no puedo hacerlo. No podemos hacer eso todavía. No, cuando tengo que estar en el estadio en noventa minutos.

—Lo siento, pero tenemos que irnos —le digo a Macy—. No puedo hacer esto sola. Necesito que vengas conmigo.

—Lo sé. Lo siento. —Se pasa las manos por las mejillas para secarse las lágrimas—. Vamos, vamos.

—Lo siento, Macy —declara Jaxon con voz grave y cargada de color.

Mi prima solo asiente. ¿Qué más puede decir?

Eden y Flint nos desean suerte y partimos a través de la nieve, tambaleándonos un poco a causa del agotamiento y de las heridas. Pero al menos Macy estaba en lo cierto. Nada más atravesar la arboleda vemos el inmenso estadio alzándose sobre el paisaje.

Miro el móvil de Jaxon. Tenemos ochenta y cinco minutos para entrar. Eso no nos deja demasiado tiempo para descansar, pero será suficiente. Eso es lo único que importa.

—Id directos allí —nos señala Macy señalando la entrada más cercana—. Yo voy a buscar ayuda, a ver si Marise o alguien puede venir a ayudar a Flint. También cogeré algo de sangre para Jaxon y acudiré al estadio lo antes posible.

No tengo fuerzas para responderle, así que solo asiento y continúo avanzando a duras penas por la nieve, con el brazo de Jaxon sobre mis hombros para poder aguantar parte de su peso. Estoy cansada, agotada, y me duelen todos los huesos del cuerpo.

Solo quiero sentarme. Solo quiero irme a casa. Solo quiero estar en cualquier parte menos aquí.

—*Oye* —dice Hudson, y su voz es casi tan ronca como la de Jaxon y la mía. Aunque, bueno, lo cierto es que ha gritado mucho en la cueva—. *Puedes con esto. Solo tienes que avanzar un poco más, y después podrás sentarte unos minutos y respirar, ¿vale? Jaxon y tú podréis recuperar energías* .

—Yo no lo tengo tan claro —respondo, pero inspiro hondo y me digo a mí misma que tiene razón. Que podemos con esto. Que solo será un rato y después todo habrá terminado. Puedo hacer lo que sea durante un rato. Incluso fingir que

no me siento terriblemente culpable por la muerte de Xavier.

Pero cuando empezamos a descender la última colina que nos separa de la arena, Jaxon me dice:

—Tenemos que idear un plan mejor para lo que vamos a hacer ahí dentro.

Me lo quedo mirando.

—No sé si podemos hacerlo. Sí, sé que decidimos usar mucho los portales, pero tú no pareces estar en muy buenas condiciones para ello. Y aquel en el que entré yo en el Ludares me dejó hecha polvo.

Asiente.

—¿Sabes? No te había contado lo que pretendía hacer realmente en la prueba, pero iba a intentar atravesar el campo con el cometa de una sentada. Nuri lo sostuvo durante casi cinco minutos, y había pensado que yo también podría hacerlo más o menos ese tiempo, y así no tendrías que...

—¿Romperme una uña? —digo alucinada.

—¿Qué? —pregunta confundido.

—¿No querías que me preocupara de romperme una uña con algo tan arduo como participar en una prueba que yo misma he solicitado?

—*Oh, oh* —susurra Hudson en algún lugar de mi cabeza, pero ahora mismo no le presto atención.

—Yo no he dicho eso. —Jaxon me mira con cautela.

—No, pero es lo que querías decir, ¿no? ¿Qué creías que iba a pasar en ese estadio, Jaxon? ¿Creías que me iba a quedar sentada y a dejar que tú lo hicieras todo mientras yo te animaba? Es decir, ¿debería haber traído unos pompones?

—*¡Eh! ¡Esa frase es mía!* —protesta Hudson, pero detecto cierta satisfacción en su voz.

—No lo decía de la manera en que tú lo estás interpretando —responde Jaxon, y ahora parece cabreado.

—¿Ah, no? —Dejo de cojear hacia delante y me quedo esperando—. Y ¿a qué te referías entonces?

—¿En serio? —pregunta, y ahora su recelo es más pronunciado.

—Pues claro —le replico—. Si lo he interpretado mal, lo siento. Pero me gustaría saber qué es lo que querías decir.

Suspira y se pasa una mano temblorosa por el pelo.

—Solo quería decir que intento cuidar de ti, Grace. Yo soy más fuerte que tú y puedo hacer más que tú, así que... déjame hacer más. No tiene nada de malo que cuide de mi novia.

—Te refieres a tu novia humana, ¿no? —pregunto con una ceja enarcada.

—Quizá sí. ¿Qué tiene eso de malo? —Agita la mano libre en el aire—. ¿Qué tiene de malo que quiera cuidar de ti?

—Nada —respondo—. Solo que en tu caso es algo enfermizo. Y creo que es síntoma de algo mucho más problemático en nuestra relación.

—¿Problemático? —Ahora parece estar bastante cabreado —. Y ¿eso qué significa?

—Pues que crees que yo soy más débil que tú, y que eso significa que tienes que...

—¡Es que eres más débil que yo! —ruge interrumpiéndome—. Es un hecho.

—¿En serio? —Me quito su brazo de encima y me aparto, y él casi se cae de culo al suelo—. Porque ahora mismo tengo la impresión de que tú me necesitas a mí bastante más que yo a ti.

Sus ojos se vuelven de un negro muy oscuro.

—¿Te estás burlando de mí por estar exhausto después de todo lo que acabo de hacer en esa cueva?

Inspiro hondo y me obligo a mí misma a no gritarle aunque tengo muchísimas ganas de hacerlo. Porque Jaxon no lo pilla. Por primera vez tengo un poco de miedo, porque a lo mejor simplemente es incapaz de pillarlo. A lo mejor no lo pilla nunca. Y entonces ¿qué haremos?

—No. Me estoy burlando de ti porque no pareces entender que tenemos que cuidarnos el uno al otro —le digo retrocediendo unos pasos porque no soporto estar cerca de él ahora mismo—. Que a veces soy yo la que necesita ayuda...

—Ya sé que...

—Ah, ¿lo sabes? Porque se te da de maravilla recordarme todas las cosas que no puedo hacer, todas las cosas en las que soy más débil que tú... —hago una pausa porque se me quiebra la voz—, y lo poco que te importa mi opinión.

—Yo nunca he dicho eso. —Jaxon se tambalea un poco mientras intenta reducir la distancia que nos separa—. Sabes que te pregunto tu opinión todo el tiempo.

—Ese es el tema —le explico—, que no lo haces. Me dices lo que tú piensas. Yo te digo lo que yo pienso. Y entonces haces lo que quieres de todas formas. A lo mejor no siempre, pero sí el ochenta por ciento de las veces.

»Me ocultas cosas por miedo a preocuparme o hacerme daño. No me escuchas, porque no me crees capaz de entender las cosas. Siempre quieres resolver los problemas por mí, porque la frágil humana no es capaz de sobrevivir si tiene que hacer las cosas ella misma.

—¡¿Qué tiene de malo que quiera cuidar de mi novia?! —ruge de nuevo—. Te perdí cuatro meses. ¿Qué tiene de malo que quiera asegurarme de que no te vuelve a pasar nada...?

—Es que no me perdiste. Yo te salvé a ti, por si lo has olvidado.

—Y casi mueres —me espeta, pero acto seguido parece angustiado, su rostro se contrae y cierra las manos en puños—. ¿Tú sabes cómo me sentí, ahí plantado en el pasillo, contigo convertida en piedra, totalmente fuera de mi alcance, y sabiendo que todo era culpa mía por no haberte protegido lo bastante bien? ¿Sabiendo que casi mueres en los túneles porque fui lo bastante ingenuo como para beberme la puta infusión de Lia? ¿Sabiendo que estuviste

atrapada con mi hermano durante tres meses y medio porque no pude...?

—¿Salvarme? —Termino la frase por él—. Ahí voy. Esto no va de que tú me salvas a mí. Tenemos que salvarnos el uno al otro. Pero tú nunca me das a mí esa oportunidad. Porque, en tu cabeza, sigo siendo la frágil humana que llegó al Katmere en noviembre.

—Eres humana. Eres...

—¡No! —le grito, y esta vez me acerco a su cara para decirle—: No soy humana. O, al menos, no soy solo humana. Soy una gárgola. Y puedo hacer un montón de cosas increíbles. Quizá no pueda hacer temblar la tierra como tú, pero podría convertirte en piedra ahora mismo si quisiera. Puedo volar tan alto como tú. Y puedo recibir un montón de golpes y seguir como si nada.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿De verdad que lo sabes? Porque dices que me quieres, y yo te creo. Pero creo que no me respetas. No como a una igual. No como necesito que me respetes. Si lo hicieras, no habrías pasado de mí cuando te dije que creía que era mala idea ir a por la Bestia Imbatible.

—Eso no es justo, Grace. Sigo pensando que liberar a Hudson con sus poderes sería un desastre.

—Xavier está muerto, Jaxon. ¡Ha muerto por nuestra culpa! ¿Cómo vamos a vivir con eso? ¿Cómo voy a perdonarme a mí misma por no haber insistido más? ¿Por no haberte exigido que me escuchases? ¿Por no haberte abierto los ojos?

—Aprendiendo a entender lo que el resto de nosotros ya sabemos: que es una puta tragedia... —Su voz se quiebra, pero se aclara la garganta y traga saliva un par de veces y continúa—: Es una tragedia que Xavier haya muerto, pero él mismo dijo la otra noche que hay cosas por las que merece la pena morir. Porque si liberamos a Hudson con sus poderes, sufrirá mucha más gente, morirá mucha más gente, no solo Xavier. Eso es lo que tú no entiendes.

Sus palabras me llegan, de verdad que sí, porque yo no estaba aquí hace dieciocho meses. No vi de primera mano lo que Hudson hizo, no vi lo que llevó a Jaxon a sentir que tenía que matar a su hermano. Y entonces caigo en la cuenta.

Tal vez sea ese el problema. Tal vez el motivo por el que no puede creerme es que, si lo hace, tendrá que admitir que no tenía por qué matar a su hermano. Tendrá que admitir que quizá cometió el peor error de su vida.

Pero no podemos seguir haciendo esto. No podemos seguir buscando maneras de mantener el mundo a salvo de Hudson, no si para ello hay gente que tiene que morir o sufrir graves heridas.

—Vas a tener que confiar en mí —le digo—. Vas a tener que creerme en esto. Porque si no lo haces, no sé cómo vamos a poder seguir adelante. Eres mi compañero y te quiero. Pero no puedo pasarme el resto de nuestra vida juntos luchando por que me creas. Luchando por que creas en mí.

Hudson está muy muy callado. Y entiendo por qué. Una parte de mí no puede creer que esté diciendo esto, o que lo esté pensando siquiera. Pero no puedo vivir así. No voy a vivir así, con un compañero que no es un compañero de verdad. Me merezco algo mejor... y Jaxon también.

—¿Qué significa eso? —pregunta y, por primera vez en la vida, Jaxon parece muerto de miedo, fuera de sí, desesperado—. ¿Qué me estás queriendo decir?

Una parte de mí desea admitir la realidad. Decirle que no lo sé, que no sé lo que quiero decir. Que no sé lo que estoy pensando. Pero eso sería solo una forma de escaquearme. O peor, estaría siendo débil. Y si hay algo que no pienso volver a ser es eso: débil. Ni para Jaxon ni para nadie.

—Lo que te estoy diciendo es que tenemos que llegar a un acuerdo —le digo—. Necesito que intentes tratarme como una igual. Necesito que me escuches y que confíes en mí, aunque sea lo que más te cueste en este mundo, porque

eso es lo que yo estoy dispuesta a hacer por ti. Pero, si no puedes, si ni siquiera puedes intentarlo, entonces no sé adónde vamos a ir a parar.

Durante unos segundos no dice absolutamente nada, no me jura su amor eterno, no me promete que hará cualquier cosa que yo le pida. Y, de hecho, lo agradezco. Agradezco que dedique un tiempo a recapacitar, porque eso significa que es real. Que de verdad está intentando escucharme.

Por fin, cuando ya estoy al borde de un ataque de nervios y ya hemos agotado todo el tiempo que podíamos permitirnos, Jaxon dice:

—Lo intentaré, Grace. Por supuesto que lo intentaré. Pero llevo mucho tiempo siendo así, así que vas a tener que tener paciencia conmigo. La voy a cagar. Voy a intentar protegerte incluso cuando no quieras que te proteja, y algunas veces tendrás que dejar que lo haga. Porque yo soy así. Siempre he sido así.

—Lo sé —respondo, y mis ojos cansados se llenan de lágrimas cuando por fin me inclino hacia él—. Lo intentaremos los dos, ¿vale? Y ya veremos adónde nos lleva eso.

Pega su frente a la mía.

—Por el momento nos va a llevar a ese estadio en el que probablemente nos van a dar una buena paliza.

—Sí —le digo—. Probablemente. Pero al menos nos la darán juntos. Algo es algo, supongo.

—Algo no. —Me mira con unos ojos que arden como el más negro de los soles—. Lo es todo.

106

Los corazones de piedra se rompen

Tardamos un par de minutos en llegar renqueando a la entrada trasera del estadio, pero justo cuando estamos a punto de alcanzar el portal elaboradamente tallado, Cole aparece por detrás del árbol más cercano y empieza a aplaudir interponiéndose en nuestro camino.

—¡¿Qué quieres, Cole?! —ruge Jaxon, pero apenas tiene fuerzas y, a juzgar por el modo en que Cole abre los ojos, él también se ha dado cuenta.

—Solo quería ver si de verdad te ibas a presentar, Vega. Y parece que así es, aunque no sé si eso te hace valiente o el capullo más engreído del planeta. En fin, mírate. —Se ríe—. Casi me siento mal y todo.

Sé que no debería preguntar, se lo tiene demasiado creído y no quiero darle la satisfacción, pero estoy cansada y especialmente sensible, así que las palabras salen de mi boca antes de saber siquiera que iba a pronunciarlas:

—¿Por...?

Me mira directamente a los ojos mientras se saca del bolsillo un trozo de papel que claramente alguien hizo

pedazos hace un tiempo y que ahora está pegado con celo y dice:

—Por esto.

Jaxon abre los ojos como platos y grita:

—¡No! —E intenta agarrar a Cole. Pero de repente todos los acólitos de Cole están ahí. Dos lobos me agarran, otros dos agarran a Jaxon y los últimos tres se posicionan entre él y Cole.

—Mira que eres arrogante, ¿eh, Jaxon? Ni siquiera te lo pensaste dos veces al romper algo tan poderoso como esto, algo que podría usarse en tu contra, y tirarlo a la papelera delante de todo el mundo. —Su sonrisa refleja pura maldad y algo peor..., envidia—. ¿Estás tan seguro de que todo el mundo te teme que pensaste que nadie jamás osaría heriros a ti o a tu compañera? Pues recuerda: esto te lo has buscado tú.

Y entonces Cole empieza a leer una serie de palabras que no tienen mucho sentido en mi confundido cerebro; palabras que suenan como un conjuro o un poema. No lo sé. Estoy muy cansada y me cuesta seguirlo... Pero, cuando termina, siento que algo se retuerce violentamente dentro de mí, algo me desgarra el alma y me provoca el dolor más intenso que he sentido en toda mi vida.

Grito de sorpresa y de dolor, y me flaquean las piernas. Caigo al suelo redonda y la cabeza me rebota sobre la densa nieve mientras el resto de mi ser aúlla de sufrimiento.

«¡Haz que pare, por favor, haz que pare! Sea lo que sea lo que haya hecho, ¡por favor, por favor, haz que pare!»

Pero no para. Continúa y continúa hasta que apenas puedo respirar. Hasta que apenas puedo pensar. Hasta que apenas puedo ser.

En un momento dado intento apoyar las manos y las rodillas en el suelo para levantarme, pero estoy demasiado débil. Duele demasiado.

Oigo a Jaxon gritar, y reúno las últimas fuerzas que me quedan para volverme hacia él. Está retorciéndose en el

suelo, con las piernas dobladas y el cuerpo arqueado de dolor.

—Jax... —Extiendo la mano hacia él, intento pronunciar su nombre, pero no logro alcanzarlo. No me queda nada. La oscuridad se expande en mi interior. Caigo de nuevo de bruces y hago lo único que puedo hacer para llegar a Jaxon.

Busco el hilo del vínculo... y grito de nuevo al ver que no está.

107

Al fin y al cabo,
yo nunca pedí esto

El tiempo pasa. No sé cuánto, pero pasa.

El suficiente como para que Cole y su panda de lobos sádicos desaparezcan. El suficiente como para que el día termine de nacer.

El tiempo más que suficiente como para que asimile el hecho de que nuestro vínculo ya no está.

El dolor por fin ha cesado y, en otro mundo, en otro momento, supongo que eso sería algo bueno. Pero ahí y ahora, en este tiempo, en este lugar, lo echo de menos más de lo que soy capaz de expresar.

Echo de menos su calor abrasador.

Echo de menos su frío insoportable.

Echo de menos su abrumadora omnipotencia al inundar cada rincón y cada grieta de mi corazón y de mi alma.

Porque sin él, sin la angustia del dolor, solo queda vacío.

Un vacío inmenso y eterno.

Nunca me había sentido así. No tenía ni idea de que pudiera sentirme así. Cuando mis padres murieron, estaba

como anestesiada. Estaba enfadada. Estaba perdida. Estaba triste.

Pero nunca vacía. Nunca destruida.

Ahora estoy las dos cosas, y ni siquiera tengo ánimos para hacer que me importe.

El tiempo pasa; los segundos se convierten en minutos que no puedo perder.

Debería estar caminando hacia el estadio con Jaxon en estos momentos.

Deberíamos estar ocupando nuestro lugar en el campo en este preciso instante.

Deberíamos estar librando esta atrocidad, enfrentándonos a Cyrus y al mal que se ha extendido por el Círculo como un cáncer, devorando todo lo bueno que en algún momento pudiera haber habido en él.

Y sin embargo no puedo ni levantarme del suelo.

Miro a Jaxon y veo que él también sigue en el suelo. Pero él, a diferencia de mí, que estoy completamente tendida boca abajo, está hecho un ovillo, con las manos sobre la cabeza como si estuviese desesperado por protegerse del siguiente golpe.

Pero ya no van a venir más golpes, porque no nos quedan más golpes que recibir. Cole, en su odio infinito, nos ha dado el golpe mortal, y ni siquiera lo he visto venir.

Al menos lo peor ya ha pasado. Da igual en qué mazmorra quieran encerrarme, da igual las cosas terribles que Cyrus tenga preparadas para mí: nada será tan horrible como esto.

Al menos ya no volveré a sentir algo así nunca más.

Inspiro hondo y empiezo a toser al inhalar nieve por la nariz. Me doy la vuelta por puro instinto de supervivencia y me quedo tumbada porque no tengo ningún motivo para no hacerlo.

Está saliendo el sol, tiñendo el horizonte de una miríada de colores, por lo menos durante un minuto o dos. Después un relámpago atraviesa el cielo, se oye un inmenso trueno y

las nubes más oscuras que he visto en mi vida se desplazan directamente hacia nosotros.

—Grace —dice Jaxon con la voz ronca a causa de demasiado dolor, demasiada pérdida.

—¿Qué?

—No puedes entrar ahí —añade con voz entrecortada.

—¿Qué?

—En el estadio. No puedes entrar ahí sin mí.

—Ya lo sé.

Se pone de lado y me tiende la mano. Pienso en aceptarla. Quiero hacerlo. Pero está demasiado lejos y, además, da igual. Rozarnos las puntas de los dedos no nos va a devolver lo que hemos perdido.

—Lo digo en serio, Grace. Si entras, te matarán. O, peor aún, te llevarán a Londres y te destruirán poco a poco.

Qué inocente. ¿Acaso no ve que ya estoy destruida? ¿No ve que ya estoy rota en tantos pedazos que ni siquiera me planteo la idea de intentar reconstruirlos?

He perdido a mis padres.

He perdido la memoria.

He perdido a mi vínculo.

¿Por qué narices iba a querer luchar ahí dentro?

No me queda nada por lo que luchar.

Las nubes se aproximan, bloqueando los últimos restos de luz, y empieza a caer aguanieve. La lluvia y el hielo me salpican la piel, arrebatándome también el poco calor que me quedaba dentro.

De repente, me invade una fuerte lasitud que me obliga a cerrar los ojos. Mi mente empieza a divagar y mi respiración se ralentiza hasta casi detenerse. Una voz en mi cabeza me dice que no pasa nada, que puedo seguir aquí tirada. Que puedo cerrarme como una concha marina y dejar que la piedra se apodere de mí.

No recuerdo nada de los últimos tres meses. Tal vez, si permanezco encerrada en piedra el tiempo suficiente, tampoco recuerde nada de esto.

Inspiro hondo por última vez y me dejo llevar.

108

Pompones y pompa

—¡Grace! ¡Grace! ¿Me oyes?

»Maldita sea, Grace. ¿Puedes oírme?

»No hagas esto. No te atrevas a hacer esto otra vez. Joder, no te atrevas .

»¡Levántate! Maldita sea, Grace. ¡He dicho que te levantes!

—Para. —Ni siquiera sé con quién estoy hablando; solo sé que hay una voz en mi cabeza que no se calla. No me deja en paz. Yo solo quiero dormir, y ella sigue hablando y hablando sin parar.

—Dios mío, ¡estás ahí! Grace, por favor. Por favor, vuelve. Por favor, no te conviertas en piedra .

»¿Grace? ¿Grace? Joder, Grace, como no te despiertes ahora mismo pienso ...

—¿Qué? —pregunto malhumorada y dispuesta a arrancarle la cabeza a quien sea que no para de molestarme.

—¡Levántate! En serio. Tienes que levantarte de esta nieve. ¡Tienes que entrar en ese estadio ahora mismo!

Abro un ojo y lo veo mirándome con esos ojos tan azules que tiene.

—Uf, Hudson. Debería haber imaginado que eras tú. Lárgate.

—*Ni por asomo* —dice, y su voz vuelve a sonar superbritánica otra vez, marcando perfectamente las sílabas y cargada de indignación—. *Te estoy salvando* .

—¿Y si no quiero que me salven?

— *¿Desde cuándo tus deseos han sido de suma importancia para mí?* —pregunta.

—Eso también es verdad.

—*Como todo lo que yo digo* —suelta—. *Lo que pasa es que sueles estar demasiado ocupada como para escucharme* .

—Pues sigo estándolo —afirmo, pero me incorporo y me siento.

—*Vale. Ódiame todo lo que quieras, pero levanta el culo y entra ahí antes de que lo pierdas todo* .

—Ya no tengo un compañero —le explico.

Exhala un largo suspiro.

—*Sé que el vínculo con Jaxon se ha roto* .

—Si por «roto» quieres decir «hecho pedazos gracias al hijo de puta de Cole», entonces, sí. Se ha roto.

Me observa durante largos segundos; entonces, suspira y se sienta en la nieve a mi lado con sus pantalones negros de Armani y su camisa rojo oscuro.

—¿Por qué tienes tan buen aspecto? —pregunto bastante irritada por su cara ridículamente bonita.

—*¿Perdona?* —Enarca una ceja.

Levanto las manos.

—Está lloviznando. ¿Por qué no tienes la cara mojada? ¿Por qué pareces recién salido de una pasarela?

—*¿Porque no estoy arrastrándome por la nieve mientras me compadezco de mí mismo?*

—Eres un gilipollas. —Le hago una cara fea—. Lo sabes, ¿verdad?

—*Es un don* .

—Más bien una maldición, diría yo.

—*Todos los dones son maldiciones de un modo u otro, ¿no te parece? De lo contrario, ¿por qué íbamos a estar aquí?* —responde.

Vuelvo la cabeza para poder verle bien la cara mientras intento entender lo que quiere decir. Pero después de sesenta segundos exactos mirándolo sigo sin tener ni la menor idea. Lo que sí sé es que sus ojos azules tienen un montón de motitas verdes.

—*Me estás mirando de una forma muy rara* —dice ladeando la cabeza.

—Estoy intentando averiguar si estabas hablando filosóficamente o...

—*No, ¡no hablaba filosóficamente!* —me ladra—. *Lo que decía es que por qué íbamos a estar aquí fuera sentados en la puta nieve cuando deberías estar en ese estadio ahora mismo* .

—Ya te lo he dicho. No. Tengo. Compañero.

—*Da. Igual* .

—¿Cómo que da igual? —pregunto—. No puedo competir sin un compañero.

—*Claro que sí. No hay ninguna norma escrita que exija jugar en pareja* —me dice.

—Ya, pero yo no puedo sostener el balón más de treinta segundos seguidos. ¿Qué hago si no tengo a nadie a quien pasárselo?

—*Eres una chica lista* —responde—. *Seguro que lo averiguas* .

—Ese es el comentario más típico de Hudson que te he oído decir jamás.

Suspira. Entonces me alisa la chaqueta, me levanta el cuello y me estira las mangas. Luego espero que diga algo, pero no lo hace. Se queda ahí sentado, como esperando a que yo diga algo.

Normalmente tengo más paciencia que él, pero ahora tengo frío, estoy mojada y me siento vacía y un montón de cosas más que no acabo de identificar, y no quiero jugar a

este juego con él. Y menos cuando me está mirando con su estúpida cara bonita.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? —Estallo al fin—. ¿Entrar ahí dentro y lanzar el balón hasta que Cole me saque las tripas?

—Eres Grace Foster, la única gárgola nacida en los últimos mil años. Yo digo que entres ahí dentro y que hagas lo que te dé la puta gana, siempre y cuando eso incluya darle una paliza de órdago a ese lobo pulgoso de Cole .

—Y ¿qué hago? ¿Lo convierto en piedra? —pregunto sarcásticamente.

—Claro, ¿por qué no? —responde—. *Y después lo haces añicos con una almádena. El mundo estará mejor sin él* .

—No puedo hacer eso.

—No paro de decírtelo, Grace. Puedes hacer lo que quieras. ¿Quién salvó a Jaxon de Lia? ¿Quién ganó el torneo Ludares por su equipo? ¿Quién descubrió lo que estaba pasando con la Bestia Imbatible? ¿Quién canalizó la magia suficiente de la aurora boreal como para iluminar Nueva York entera y trajo a sus amigos de vuelta a casa? Fuiste tú, Grace. Fuiste tú .

»No necesitas ser un dragón. No necesitas ser un vampiro. Y, desde luego, no necesitas ser un lobo. Solo tienes que mover el culo, entrar en ese estadio y ser la gárgola a la que todos conocemos y queremos .

—Pero es muy duro. —Me concedo permiso para lamentarme un segundo más.

—Sí —admite mientras vuelve a ponerse de pie—. *Lo es. Pero la vida es dura. Así que, o entras ahí dentro y haces lo que tienes que hacer, o te bajas del puto carro* .

—Es lo que intentaba hacer, por si no lo recuerdas. —Me levanto también—. Pero no me has dejado.

—Claro que no te he dejado. No quiero que se eche a perder la chica gárgola más sexy en pisar la tierra en un millar de años .

—Soy la única gárgola en pisar la tierra en un millar de años.

Me mira como diciendo: «Pues eso».

—*Efectivamente. Así que dime, ¿qué piensas hacer al respecto?*

Suspiro.

—Entrar en ese estadio y hacerme mucho daño; pero al final voy a ganar y a meterle el balón ardiendo por el hocico a ese asqueroso de Cole.

—*Tenemos un plan* —me dice mientras caminamos hacia la arena.

—Gracias —le digo, porque, de no ser por él, aún seguiría tirada en la nieve queriendo convertirme en estatua para siempre.

—*De nada* . —Sonríe arteramente—. *Chica gárgola* .

—Llámame eso otra vez y te saco las tripas.

—*Antes tendrás que alcanzarme* —me dice.

—Vives en mi cabeza. No será tan difícil. Además, te alcanzaría igual si no fuera así.

—*¿No me digas?* —Alza las cejas—. *Y eso ¿por qué?*

—Porque soy una gárgola, nene. Y puede que hayan pasado mil años desde la última vez que tuvieron que lidiar con una de mi especie, pero eso se acaba hoy.

109

¿Adónde van a parar los vínculos rotos?

Me inclino para ver cómo está Jaxon antes de irme. No tiene buen aspecto, aunque seguro que se podría decir lo mismo de mí.

Pero como él no tiene a un británico mandón viviendo en su mente, sigue tirado en la nieve, hecho un ovillo como para protegerse de los golpes que decida lanzarle el destino.

Conozco la sensación.

—¿Jaxon? —lo llamo suavemente, pero no me responde. Es más, ni siquiera abre los ojos para mirarme, y esto es tan poco propio de él que me preocupa más aún que el hecho de que todavía no se haya movido. Estoy segura de que está agotado; yo lo estoy, y no he hecho ni la mitad de lo que ha hecho él esta noche, incluso después de quedarse sin energías gracias a Hudson.

Decidida a asegurarme de que está bien antes de irme a ninguna parte ni de hacer nada más, le sacudo el hombro y pronuncio su nombre varias veces. Al final abre los ojos y

me devuelve una mirada vacía, tan vacía como está mi alma ahora mismo.

Pese a todo, me sonríe y le cojo la mano.

—¿Estás bien? —pregunto.

No dice nada, así que vuelvo a preguntárselo mientras deslizo la mano por debajo de sus brazos y lo ayudo a incorporarse.

—Sí, ¿y tú?

Cuando me devuelve la pregunta, entiendo su vacilación a la hora de responder. Porque no hay ninguna respuesta verdadera a esa pregunta que no empiece con un «no creo que vuelva a estar bien nunca más».

Y, como no puedo decir eso, al menos no ahora que todavía tenemos tanto que hacer antes de poder descansar, hago lo mismo que ha hecho él y respondo:

—Sí.

Su sonrisa triste me indica que sabe perfectamente lo que estoy haciendo y me aprieta la mano.

—Lo siento —susurra—. Lo siento muchísimo. Todo esto es culpa mía.

—No. No lo es.

—Grace, yo me deshice del conjuro sin pensar siquiera que alguien podía encontrarlo...

—Aun así, no es culpa tuya —le interrumpo—. En todo caso, la culpa es de Cole. O puede que de tu padre. No lo sé, pero buscar un culpable no va a solucionar nada ahora mismo. Tengo que...

—No entres ahí —me dice otra vez agarrándome del brazo —. No puedes jugar sola. Perderás.

—Probablemente —admito—. Pero he de entrar. No tengo elección.

—Sí que la tienes. Siempre hay elección. Puedes renunciar...

—Y luego ¿qué? ¿Me paso la vida encerrada en la mazmorra de tus padres?

—Mejor presa que muerta —me responde—. No podré ir a buscarte si estás muerta.

—Tampoco podrías venir a buscarme encerrada. Apuesto a que tus padres se encargarían de ello.

Me inclino hacia delante, coloco la mano sobre su mejilla y me tomo mi tiempo para acariciar con los dedos la cicatriz que tanto detestaba, la cicatriz que ha terminado aceptando después de más de un año.

—Eso no lo sabes —dice con desesperación—. No sabes lo que nos depara el futuro.

—Tú tampoco. —Esta vez es mi turno de apartarle el pelo de la cara—. No te preocupes —añado intentando infundirle seguridad—. Lo tengo controlado.

—Grace...

Trata de levantarse, pero está demasiado débil. Después de haber estado alimentando a Hudson todo este tiempo, de haberse encargado de los guardias del Círculo y de haber luchado contra la Bestia Imbatible, no le queda ni una gota de energía.

—Tranquilo —le pido y lo apoyo contra el muro de piedra que rodea el estadio para que pueda ver el bosque mientras espera—. Ahora descansa, Jaxon. Macy llegará pronto y te traerá algo de sangre. Ha ido a ayudar a Flint y a Eden, pero vendrá lo antes que pueda.

—No necesito que Macy se ocupe de mí —protesta e intenta levantarse una vez más y, una vez más, fracasa.

Y eso no hace sino cabrearlo más todavía.

Maldice con frustración, da una patada en el suelo y sufre lo más parecido a una pataleta que le he visto a este novio fuerte y orgulloso que tengo desde que lo conozco. Pero al final se deja caer de nuevo contra la pared y cierra los ojos varios segundos mientras el dolor y la fatiga se reflejan en su rostro normalmente perfecto.

Cuando por fin los abre de nuevo, está claro que estaba conteniendo las lágrimas y así, sin más, mis propias emociones vuelven a arder en el fondo de mi garganta.

—Desearía poder entrar ahí contigo —susurra.

—Lo sé —le digo, porque es verdad. Sea o no mi compañero, sé que si Jaxon pudiera luchar a mi lado en estos momentos, lo haría.

Pero también sé que se agota el tiempo y, aunque estoy segura de que está intentando ser respetuoso, siento la impaciencia de Hudson apremiándome en mi mente. Instándome a que me olvide de Jaxon y me centre en la tarea que tengo por delante.

Pero no puedo hacer eso. No puedo dejarlo así, no cuando esta puede ser la última vez que lo vea. De modo que le cojo la cara entre las manos y enredo las puntas de mis dedos en las puntas de su pelo más largo de la cuenta como he hecho tantas otras veces. Entonces beso sus ojos, su cicatriz, su boca, que sigue tensa a causa del dolor.

—Te quiero —le digo y, por costumbre, intento conectar con él a través del vínculo. Pero no está. No hay nada.

Joder, y vuelve a dolerme de forma insoportable otra vez.

—Yo también te quiero —contesta y, a juzgar por su expresión de dolor, sé que él también siente esa ausencia—. Incluso sin el vínculo.

Entonces levanta los brazos y me estrecha en un abrazo tan doloroso como reconfortante. Entierro el rostro en el hueco donde se juntan su hombro y su cuello, e inspiro su aroma. Pase lo que pase en esta prueba, salgan como salgan las cosas, quiero recordar su olor y este momento toda la eternidad.

De repente, suenan los cuernos desde el interior, el aviso con siete minutos de antelación que recuerdo del torneo.

—Tengo que irme —le digo a Jaxon. A mi Jaxon.

—Lo sé. —Me deja ir lenta y dolorosamente—. Ten cuidado, Grace. Por favor, ten mucho cuidado.

—Lo intentaré —le respondo con una amplia sonrisa, porque toda esta tristeza me está destrozando otra vez—. Pero, a veces, con la prudencia no se consigue nada —

añado recordando las palabras que Flint y él pronunciaron en una de nuestras sesiones de estudio no hace mucho.

Me levanto y me tambaleo un poco. Jaxon intenta estabilizarme, pero le sonrío y me aparto de su alcance. No puede hacer nada por mí ahora. Esto tengo que hacerlo yo sola.

—Te veo pronto —le digo.

—Más te vale —responde, y noto claramente el miedo en su rostro.

Me gustaría decirle más cosas, con Jaxon siempre es así, pero se me acaba el tiempo. De modo que le sonrío por última vez y doy media vuelta.

110

Y aquí tenemos a... ¡Hudson!

No estoy demasiado lejos de la puerta del estadio pero, una vez dentro, tengo que recorrer un largo camino hasta llegar al campo. Hudson no para de agobiarme diciéndome que me dé prisa, aunque hago todo lo que puedo. No es precisamente fácil cuando me duele todo al correr. Es más, me duele hasta respirar.

Tal vez por eso no lo recuerdo hasta que estoy a medio camino descendiendo la rampa.

—Un momento —le digo mientras salgo corriendo para detenerme a un lado.

—*¡No tenemos tiempo, Grace!* —Me mira con impaciencia —. *Tienes que presentarte en el campo ya* .

—Ya, bueno, pues no creo que pueda permitirme presentarme en el campo sin haber hecho esto antes, así que van a tener que esperar un poco más, quieran o no.

Abro la cremallera del bolsillo delantero de mi mochila y saco una bolsita que tengo escondida en el compartimento secreto. Sé que fue arriesgado llevar esto conmigo a la cueva de la Bestia Imbatible, pero tenía miedo de acabar

herida estando allí, o algo peor. Y, si eso sucedía, quería que los demás tuviesen la manera de sacar a Hudson de mi cabeza.

No quería que tuviera que morir conmigo.

Al final no fui yo la que murió en esa cueva, y recordaré a Xavier y lamentaré su pérdida durante el resto de mi vida, independientemente de lo larga o lo corta que sea. Pero no pienso volver a meterme en una situación peligrosa, una situación que puede resultar mortal en cualquier momento, sin haberme ocupado antes de todo y de todos. Lo que significa que no hay otro momento. Tengo que hacerlo ahora.

Abro la bolsa y, poco a poco y con sumo cuidado, voy sacando los cuatro artículos uno por uno.

Hudson abre los ojos como platos al darse cuenta de lo que estoy haciendo.

—*No puedes hacer esto ahora* —me dice apartándose de mí tan rápido que casi se tropieza, y probablemente lo habría hecho si estuviera realmente en su propio cuerpo—. *Tienes cosas más importantes que...*

—Es posible que muera. —Son solo cuatro palabras, pero le cierran la boca de inmediato, aunque sus ojos me imploran que no siga hablando. Que no diga lo que ambos sabemos que voy a decir.

Pero no puedo concederle eso, no cuando hay tantísimo en juego.

—Dejando a un lado las bromas de meterle el balón a Cole por el hocico —continúo—, ambos sabemos que las cosas pueden ir muy mal ahí dentro hoy. De modo que es posible que no haya otro momento para hacer esto. Jamás. Sé lo que se supone que tengo que hacer, me lo explicó la Sangradora, pero ¿puedes ayudarme? ¿Puedes asegurarte de que no meto la pata?

—*No deberías estar preocupándote por esto ahora, Grace. Tienes que centrarte. Además, si sigo en tu cabeza, a lo mejor puedo ayudarte. A lo mejor puedo* ...

—Morir conmigo. —Termino la frase negando firmemente con la cabeza—. Sé que te gusta hacer las cosas a tu manera, pero me temo que en este caso no va a poder ser. De un modo u otro, voy a sacarte de mi cabeza, así que, o me ayudas o te arriesgas a convertirte en el primer fantasma en vagar por los pasillos del instituto Katmere. —Levanto las manos y me encojo de hombros como diciendo: «¿Y bien? ¿Qué piensas hacer?»—. Tú decides.

—*Uno, no sería el primer fantasma del instituto Katmere. Y, dos, lo de convertirse en fantasma no funciona así* .

—¿Y lo sabes por...? —pregunto con las cejas enarcadas.

—*¿Porque estaba muerto?* —Hace una pausa—. *Bueno, más o menos* .

—¿Más o menos? —Esto es nuevo para mí—. ¿Qué significa eso?

—*Te lo diré cuando entres ahí y le des una paliza a ese lobito de Cole* —responde con su característica sonrisa—. *Así que no lo fastidies* .

—No es mi intención —digo—, pero, ya sabes, son cosas que pasan.

—*Ya* —dice con aire pensativo y los ojos tristes.

Estoy segura de que esta es la versión de Hudson de una cara de cachorrito triste, y no pienso picar. Hay demasiadas cosas en riesgo.

De modo que, en lugar de mirarlo, me agacho y coloco los cuatro artículos como me indicó la Sangradora: la piedra de sangre al norte, el hueso de dragón al sur, el colmillo de un lobo al oeste y el *Athame* de la bruja al este, formando un círculo lo bastante amplio como para que quepan dos personas dentro.

Cuando se da cuenta de que no voy a cambiar de idea, siento que me mira con un gesto sombrío. Pero cada vez que levanto la vista, la expresión de sus ojos es completamente ilegible.

Una vez colocados todos los objetos, enciendo una vela especial que Macy me dio solo para esta ocasión y la pongo

al otro lado del cuadrado, siguiendo las instrucciones al pie de la letra.

No soy bruja. No hay nada de la magia de Macy en mí, pero se supone que para eso son los cuatro artículos. Su magia es tan potente que no es necesario que yo la tenga para que esto funcione.

No sé si me lo termino de creer, pero supongo que pronto lo averiguaremos.

Cierro los ojos, inspiro hondo y entro en el círculo... y, al instante, sé perfectamente a qué se refería la Sangradora. Siento que algo empieza a suceder. No sé qué es, pero es algo importante.

El aire se agita formando de repente unas corrientes de aire cargadas de electricidad que me pone de punta todo el vello de mi cuerpo y empiezo a sentir un cosquilleo en la piel. Siento presión en el pecho y me cuesta respirar, como si estuviese a punto de desmayarme.

—*¡Sal de ahí!* —me grita Hudson presa del pánico—. *¡Sal del círculo!*

Pero es demasiado tarde. No voy a ir a ninguna parte. No puedo. La corriente eléctrica que me rodea se vuelve más caliente, más intensa, y el suelo bajo mis pies empieza a vibrar.

Oigo los gritos de la multitud y entonces me doy cuenta de que no soy la única que lo siente. El suelo bajo el estadio empieza a temblar.

Esto me hace vacilar y casi me salgo del círculo como Hudson me ha pedido, pero la corriente eléctrica me atrapa y se niega a dejarme escapar. Tira de mí y vuelve a arrastrarme dentro.

No voy a mentir, me da un poco de miedo. Nunca había sentido nada parecido en mi vida, ni siquiera en los túneles con Lia, cuando invocó a esa horrible negrura que casi nos mata a Jaxon y a mí.

Pero ahora no tengo tiempo de preocuparme por eso, no cuando siento que el universo entero está a punto de

volverse loco desde este lugar. Las piernas se me vuelven de gelatina cuando el suelo pasa de temblar a sacudirse violentamente, y levanto los brazos para ayudarme a mantener el equilibrio.

—¿Jaxon? —pregunto, pero no obtengo respuesta. Pese a todo, me vuelvo para mirar tras de mí, convencida de que de alguna manera habrá conseguido llegar hasta aquí después de todo, porque no sé de nadie más que sea capaz de hacer temblar la tierra de esta manera.

Pero el acceso está vacío.

Aquí solo estoy yo.

Suena el aviso de que faltan solo cinco minutos para que comience la prueba, y sé que no tengo más tiempo que perder. Es ahora o nunca. Me vuelvo hacia el círculo y sofoco un grito al ver que los artículos ya no están en el suelo. Están flotando a un metro del suelo. Y no solo eso, sino que también brillan y vibran con tanta intensidad que puedo sentirlo en el aire que me rodea.

El suelo se sacude violentamente una vez más y espero a que algo suceda. Espero a que Hudson aparezca de repente delante de mí. Pero todavía lo siento en mi mente, oigo que me regaña y me dice que deje esta locura antes de que sea demasiado tarde.

Está claro que no se está enterando de nada, porque yo ya sabía hace dos minutos que ya era demasiado tarde.

La Sangradora me dijo que sabría qué hacer llegado el momento, pero todavía estoy esperando a que me llegue la inspiración. Ahora mismo solo sé que más vale que me llegue pronto o el estadio entero se vendrá abajo, arrastrándonos a Hudson y a mí con él.

Los artículos giran ahora a mi alrededor, rodeándome como una especie de aro sobrenatural que no necesita que yo haga nada para seguir dando vueltas. Una vez más, me exprimo el cerebro intentando averiguar qué hacer, pero sigue sin ocurrírseme nada.

No hasta que los objetos dejan de girar y la piedra de sangre se detiene justo delante de mí, brillando cada vez con más intensidad. Su luz rojo rubí estalla en todas las direcciones en un millón de afilados fragmentos que lo rebanan todo a mi alrededor formando unos lazos escarlata tan hermosos como aterradores.

La piedra está ahora tan cerca que puedo tocarla, puedo envolverla con la mano y sostenerla con firmeza. Mantenerla a salvo.

Y de repente me doy cuenta de que la Sangradora tenía razón. Sé exactamente lo que tengo que hacer.

Agarro la piedra, envolviéndola por completo con la mano. Pero está mucho más afilada de lo que parece, y en cuanto la toco con los dedos se me abre un corte gigante en el centro de la palma.

Grito de dolor y de miedo al ver la sangre que gotea de mi mano. Debo de haberme equivocado. No tenía ni idea de qué hacer y ahora lo he fastidiado todo. Y, desgraciadamente, no sé cómo arreglarlo.

Imaginando que lo mejor que podía hacer era devolver la piedra de nuevo al círculo, empiezo a abrir la mano. Pero, antes de soltarla, los otros tres objetos empiezan a girar a mi alrededor, moviéndose cada vez más rápido hasta que no son más que un borrón.

—*¡Grace!* —grita Hudson, e intenta tocarme aunque sigue dentro de mi cabeza—. *¡Aguanta, Grace! ¡Aguanta!*

Lo intento, de verdad que sí, pero no sé a qué aferrarme en un mundo que gira violentamente fuera de control. El suelo no para de moverse, el viento me azota el pelo y se me enreda en la ropa mientras la electricidad crepita por todas mis terminaciones nerviosas. Estoy en medio de una vorágine que yo misma he provocado, y no sé qué hacer para detenerla.

Y pese a todo, continúo sosteniendo la piedra de sangre en la mano, con sus bordes extrañamente afilados clavándose en mi piel. Las gotas de mi sangre se unen

ahora al tumulto, y creo que eso es lo más aterrador de toda la experiencia.

Quiero soltar la piedra, necesito soltarla, pero la voz de mi interior (la Bestia Imbatible o algo aún más antiguo, no lo sé) no para de repetirme que me aferre a la piedra solo un poco más. Y eso hago, aunque sienta que el mundo se está volviendo loco a mi alrededor.

Y de repente, tan súbitamente como ha comenzado, la piedra de sangre se parte por la mitad y todo se detiene. El viento, el temblor, la electricidad y el giro de los artículos mágicos: todo cesa en un abrir y cerrar de ojos.

Entonces siento algo que me retuerce por dentro de nuevo. Pero es diferente a lo vivido hace un rato con Jaxon. En lugar de notar que me desgarran el alma entera, esto es más como si algo por fin volviese a encajar en su sitio.

Me quedo parada durante varios segundos, incapaz de moverme o de respirar o de pensar siquiera. Pero entonces veo que todo ha terminado. Todo ha terminado de verdad, y cierro los ojos. Dejo que la piedra de sangre caiga al suelo, a mis pies. Y respiro. Solo respiro.

Hasta que de repente me doy cuenta de que lo que siento es un vacío... porque Hudson se ha ido.

111

Menudo subidón de poder

Su voz sarcástica ya no está en mi cabeza. Ya no detecto su presencia escrutándome. En mi mente solo están mis propios pensamientos y mis recuerdos.

Él se ha ido de verdad.

Me doy la vuelta y grito:

—¡Hudson...!

Entonces me quedo parada, porque ahí está, justo delante de mí.

Con los mismos pantalones de Armani y la misma camisa de seda color bermellón.

Con el mismo pelo de chico británico.

Con los mismos ojos azul brillante.

Lo único que ha cambiado es su sonrisa, que ha dejado de ser sarcástica y se ha transformado en una leve y tímida torcedura de labios.

Ah, y su olor. Su olor también es nuevo. Pero tengo que decir que ¡joder! ¿Cómo es posible que haya estado viviendo en mi cabeza tantos meses y que no tuviera ni idea de que olía de esta manera? Es una mezcla de jengibre y sándalo, con un cálido toque de ámbar... y de confianza en sí mismo. Huele a seguridad en sí mismo.

—Hola, Grace. —Me saluda mostrándome los dos dedos como hacía todo el tiempo en mi cabeza, un gesto que me exasperaba. En cambio, en persona, por alguna razón no me molesta tanto.

—Hudson. Estás... —Dejo la frase a medias, pues no sé qué decirle ahora que lo tengo delante. Ahora que es real.

—Escúchame, Grace. Se nos ha acabado el tiempo. —Mira tras de sí, hacia el estadio, donde los gritos por fin han cesado. Podemos oír al rey por los altavoces, intentando tranquilizar al personal; les dice que la prueba empezará al cabo de dos minutos... si Grace Foster se molesta en presentarse.

—Tengo que ir —le digo, y su anterior urgencia late de repente en mi sangre.

—Lo sé —responde—. Por eso tienes que escucharme. He dejado mis poderes dentro de ti para que...

—¿Has dejado tus poderes dentro de mí? ¿Por qué? ¿Cómo puedo sacarlos?

—Aceptaré que me los devuelvas en otro momento. Solo te los estoy prestando un rato. Eres un conducto, ¿recuerdas? Canalizas la magia, y te he dado la mía para que la canalices por el momento.

—¿Que me los has prestado? —Lo miro como si estuviera loco—. ¿Qué significa eso?

Su sonrisa de suficiencia ha vuelto, pero viene acompañada de una ternura en sus ojos que no alcanzo a comprender.

—Significa que ahora soy mortal.

—¿Qué? —Me quedo horrorizada—. Dijiste que no podíamos hacerte eso. Dijiste que lo fastidiaría todo. Decidimos...

—No te preocupes por lo que decidimos. Conozco a mis padres y sé que se habrán encargado de que sea imposible que pases la prueba tú sola. Recuerda que contaban con Jaxon y contigo, de modo que la prueba ya habría sido prácticamente imposible para los dos. Tú sola... —Niega con

la cabeza—. Así que no tienes elección. Tienes que aceptar mis poderes.

—Ya, pero ahora tú eres vulnerable, ¿no? Siendo mortal pueden hacerte daño a ti también.

Se encoge de hombros.

—No te preocupes por mí. Ya me han hecho todo lo que pueden hacerme, sobre todo mi padre.

No se extiende, y yo no pregunto, no es el momento, aunque se me encoge un poco el corazón al pensar en lo horrible que ha tenido que ser su vida, y la de Jaxon.

—Recupéralos —le pido—. Si descubren que estás aquí y que no tienes tus poderes...

—No lo descubrirán —me dice con su marcado acento británico y una mezcla de impaciencia y apremio—. Además, tú corres más peligro. Sin un compañero que luche ahí contigo, necesitarás la máxima ayuda posible. Por eso he escondido muy bien mis poderes en tu interior, para que el Consejo no sepa que están ahí a menos que rebusquen en todos tus recuerdos.

Tal vez sea por el torbellino que acabo de experimentar, pero nada de lo que explica tiene ningún sentido para mí en estos momentos.

—Pero ¿cómo? No se pueden dejar cosas sin más en los recuerdos de la gente.

La mirada que me lanza me dice que tal vez yo no pueda, pero él desde luego sí. Pero solo indica:

—Cuando la magia que acabas de crear me recompuso, elegí dejarlos atrás por ti, en mi recuerdo tuyo favorito. Es ese de cuando eras pequeña en el que tus padres te enseñaban a montar en bici. ¿Te acuerdas? Te caíste y te pelaste la rodilla, y tu padre te dijo que no pasaba nada, que ya volveríais a intentarlo al día siguiente.

Asiento, porque me acuerdo de ese recuerdo. También es uno de mis favoritos, y pienso en él siempre que tengo que enfrentarme a algo difícil... siempre que echo de menos a mis padres.

—Mi madre le dijo que podía hacerlo. Nos dijo a los dos que podía hacerlo.

—Sí, y entonces te sonrió y su gesto estaba tan cargado de amor y de seguridad...

—Que cogí la bici, me limpié la gravilla de las rodillas y volví a casa pedaleando yo sola.

—Sí, y ella fue corriendo a tu lado todo el camino, por si acaso. —Sus ojos están cargados de ternura cuando continúa—: Pero solo necesitaste su ayuda una vez.

—Sí, cuando topé con un surco en la acera y perdí el equilibrio. Ella agarró el asiento por detrás y me estabilizó durante unos segundos hasta que recuperé el control.

—Por eso he escondido mis poderes en su sonrisa. Para que sepas que yo también creo en ti, que sé que puedes hacerlo y que, aunque no pueda estar en ese campo para cogerte si te caes, cuentas con todo mi apoyo.

No sé qué se supone que tengo que responder a eso. No sé qué decirle. Es la cosa más altruista que nadie ha hecho jamás por mí, y no sé cómo sentirme.

—Hudson...

—Ahora no —me ruega—. Tienes que irte. Recuerda que están ahí por si los necesitas. Pero ten cuidado, porque tú no te curas como yo, y no tienes la misma fuerza física para soportar la presión que ejercen. Solo puedes usarlos una vez o consumirán toda tu energía. Sabrás discernir cuándo los necesitas. Pero, recuerda, solo una vez. —Me lanza una mirada inquisitiva—. ¿Entendido?

Ni por asomo. Estoy tan confundida ahora mismo que mi cerebro parece una bolsa de confeti: un montón de fragmentos individuales en un espacio reducido, sin que nada acabe de tener ningún sentido. Pero no puedo decir eso, así que simplemente asiento:

—Sí, entendido.

—Bien. Y ahora, sal ahí y enséñale a mi padre de lo que es capaz una gárgola.

112

Ya es mediodía y la justicia no se administra sola

Hurgo en mi interior y empiezo a separar los hilos de colores mientras recorro los últimos pasos hasta el campo con el corazón en la garganta. Cuando los demás estaban en la arena conmigo, no me resultó tan violento transformarme delante de todo el mundo. Pero ahora que estoy sola y que todos me miran, me siento superincómoda.

Pero no me queda más remedio que aguantarme. Así que lo hago y cambio sin más, delante de todo aquel que quiera mirar. Que resultan ser todos los presentes. Y no me sorprende: ¿quién no querría ver a la nueva criatura mágica?

Es solo una humillación más en la larga lista de humillaciones que he tenido que sufrir a manos de los paranormales durante los últimos cinco meses, y me niego a dejar que me afecte. Sobre todo porque que la gente observe cómo me transformo en gárgola como si tuvieran derecho a hacerlo es el menor de mis problemas ahora mismo. ¿Que cuál es el mayor? Averiguar cómo hacer esto sin Jaxon y sin Hudson en mi cabeza.

Conforme me dirijo a la entrada que lleva al campo, noto que todo el mundo me mira. Me siento terriblemente incómoda, y entonces me doy cuenta de lo mucho que he terminado dependiendo de Jaxon (y de Hudson) durante el tiempo que llevo en el Katmere.

Jaxon actuaba como si fuera el amo del lugar, así que en cierto modo era fácil aceptar que era normal que la gente mirase. Hudson, por su parte, tenía esa actitud de «lamedme todos el culo» que hacía que me importase más bien poco si la gente miraba o no, hacía que fuese casi imposible que me importase lo que pudieran pensar.

Pero ahora estoy sola. Sin Jaxon para cogerme de la mano y sin Hudson para decir irreverencias que me dejen de piedra y me hagan reír al mismo tiempo. Estoy sola en un campo repleto de gente que desea verme fracasar. Lástima que no piense darles esa satisfacción.

Cierro los ojos, inspiro hondo y finjo por un solo instante que todo va a salir bien. Que, de alguna manera, voy a salir de este campo sana y de una pieza. Es una imagen agradable, así que decido mostrársela al universo.

Cuadro los hombros y voy directa al centro del campo, donde el rey está esperando y el equipo de Cole ya está alineado en una de las líneas ahora de color rojo sangre. Típico del rey cambiar un detalle como ese... junto con algunas cosas más que hacen que se me acelere el corazón y se me venga el mundo encima.

El otro día el ambiente era alegre y colorido, con los banderines ondeando y la gente animando y todos esos *snacks* deliciosos. Hoy es todo lo contrario. El tiempo se ha vuelto oscuro y ominoso... o puede que solo sea la presencia maliciosa del rey. Sea como fuere, es absolutamente aterrador ver las oscuras sombras que se aproximan desde todas partes. Aunque estoy convencida de que eso es justo lo que Cyrus quiere.

Unos escalofríos me recorren la espalda, y el frío viento que azota la arena con la cúpula abierta consigue que el

miedo se me asiente en el estómago como un peso de veinte kilos que me arrastra y hace que me dé cuenta de la tarea tan imposible que tengo por delante. Y de lo tremendamente agotada que estoy ya.

Quiero dar media vuelta y salir corriendo; quiero estar en cualquier parte menos aquí, haciendo cualquier cosa menos esto.

Es una sensación tan abrumadora que me asfixia mientras intento controlarla desesperadamente. Pero solo se intensifica y se intensifica hasta que apenas puedo respirar, apenas puedo pensar.

Cuando por fin encuentro las fuerzas para iniciar el formidable trabajo de luchar contra esta sensación, no puedo evitar preguntarme si todo este gris procede de mi interior o si Cyrus no habrá hecho algo en la arena para que me sienta así.

La sola idea de que él (o cualquier otro miembro del Círculo) esté jugando con mis emociones me cabrea sobremanera. Y aviva mi determinación de no derrumbarme ante esta gente. Se creen que pueden hacer lo que quieran, que pueden arrollar a cualquiera que se interponga en su camino.

Pero a mí no me van a arrollar. Eso se acabó.

Además, puede que ahora estén haciendo esto conmigo, pero, si les sale bien, no seré la única. Si no me planto, si no les demuestro que no pueden hacer lo que les dé la gana a quien les dé la gana, ¿quién me dice que no volverán a hacerlo? Dudo que yo sea la única persona por la que se sienten amenazados. No es posible que sea la única paranormal a la que el rey odia por ser quien soy. Si no detengo esto de inmediato, encerrará a mucha más gente en esa mazmorra antes de lograr sus objetivos.

Así que no doy media vuelta. No salgo corriendo. Mis pasos ni siquiera flaquean cuando camino hacia el centro del campo. Sigo avanzando mientras hago caso omiso a las aciagas sensaciones que me oprimen desde todas partes.

Puede que muera hoy en esta absurda cruzada, pero si lo hago será luchando. Por el momento es todo lo que puedo prometerme a mí misma.

Pero es suficiente, pues me lleva directa ante el rey.

Ante el Círculo, que está de pie detrás de Cyrus, formando un semicírculo de apoyo mientras él sume a la multitud en un frenesí.

Ante la línea roja sobre la que tengo que colocarme yo sola.

No voy a mentir: estoy muerta de miedo.

Aunque, bien pensado, desde que llegué a este centro todo ha sido de pesadilla, así que no me queda más remedio que aceptarlo sin más.

—Gracias por presentarte, Grace —dice Cyrus con un tono tan lacerante que siento como si me estuviera arrancando los músculos de los huesos—. Ya pensábamos que no ibas a venir.

—Lo siento, me ha sido imposible llegar antes —respondo mirando directamente a Cole, al otro lado del campo, alineado justo delante de mí.

Nuestras miradas se encuentran y el malévolo deleite que detecto en la suya me provoca ganas de gritar. Pero también me infunde la fuerza que necesito para no mirar hacia otro lado. Porque no pienso concederle a este gilipollas la satisfacción de demostrarle el profundo daño que me ha causado, lo mucho que me ha destrozado.

Cyrus me mira con fingida preocupación, representando su papel ante el público.

—¿Te encuentras bien, Grace? No pareces haber empezado muy bien el día.

—Estoy bien.

Mi respuesta es desdeñosa y, por un breve instante, algo se refleja en sus ojos: ¿sorpresa?, ¿rabia?, ¿irritación? No lo sé y, sinceramente, me da igual. Las cosas van a ser como van a ser, y todo lo demás no es más que un teatro que no

pienso analizar y en el que no pienso participar ahora mismo. No tengo energía para ello.

—Bienvenidos, alumnos y profesores del instituto Katmere, a este acontecimiento tan inusual: uno de los vuestros ha solicitado luchar por un puesto en el Círculo. Y no cualquier alumno, no, sino la primera gárgola en estudiar en este centro. Es un día verdaderamente emocionante y alegre.

Todo el mundo aplaude en respuesta, pero detecto una malicia que no esperaba, teniendo en cuenta que toda esta gente es la que nos aplaudió a mí y al resto de mi equipo hace apenas unos días. Aunque, bueno, puede que solo sean cosas mías; puede que esté viendo cosas que no hay a causa del miedo.

Me siento sola plantada en este estadio sin mi equipo, cuando la última vez que estuve contaba con todo el apoyo del mundo. Pero ahora mismo tengo la impresión de que nadie está de mi lado, del lado de la gárgola solitaria.

Jaxon, Flint y Eden están malheridos, esperando ayuda.

Macy está intentando proporcionarles esa ayuda.

Mekhi y Gwen están en la enfermería.

Incluso mi tío Finn no ha podido hacer mucho más que aplaudirme cuando he entrado en el campo.

Y Hudson probablemente esté fuera, intentando pasar desapercibido ahora que es mortal. Y no se lo reprocho. Yo tengo mis poderes y los suyos, e igualmente desearía estar fuera... o en cualquier lugar menos aquí.

Pese a todo, lo último que quiero es pasarme el resto de mi vida encerrada en una mazmorra rogando para que Cyrus no me mate. No hay nadie más que pueda hacer esto, nadie más que vaya a desafiar el poder de Cyrus y Delilah. Nadie más para hacer lo que hay que hacer.

De modo que lo que yo quiera no importa. Solo importa ganar, porque es la única manera de evitar un desastre.

Cyrus se vuelve hacia la multitud, con los brazos muy abiertos como un animador de feria, y empieza a contarles una historia con su perfecto acento británico.

—Los ocho de nosotros aquí presentes —se vuelve para mirar a los miembros del Círculo tras él— estamos muy emocionados de ver si está a la altura, si tiene lo que hay que tener para pertenecer a nuestro organismo rector. Y sé que probablemente algunos de vosotros os estéis preguntando cómo es posible que esto haya sucedido; cómo es posible que a una chica recién llegada a vuestro instituto y recién llegada a nuestro mundo se le conceda una oportunidad como esta. ¿De dónde saca Grace Foster la osadía de creer que merece gobernar?

En el estadio se hace un incómodo (y oscuro) silencio cuando alumnos y profesores centran sus miradas en mí. De nuevo tengo la impresión de que algo no va bien. De que aquí hay algo más que el súbito entusiasmo de esta gente ante la idea de verme caer.

A ver, sé que Jaxon ya no es mi compañero. Y, aparentemente, también lo saben el Círculo y el equipo de Cole al completo. Después de todo, Cyrus aún no me ha preguntado dónde está mi compañero. Pero dudo que lo hayan anunciado ante todo el estadio durante el tiempo que he tardado en llegar hasta aquí.

Así que ¿a cuento de qué me odian todos tanto de repente? ¿Qué ha pasado para que todo se vuelva tan oscuro? Y ¿cómo sabe Cyrus aprovecharse de la situación de esa manera a no ser que sea él quien la esté provocando?

—Es normal —continúa Cyrus mientras la gente susurra incómoda entre sí—. Es normal que os hagáis estas preguntas. Todos los miembros del Círculo se las han planteado también.

Pone todo su empeño en intentar que su risa suene sincera, pero solo da miedo. Aunque, bueno, todo en este hombre da miedo. No entiendo cómo es posible que sea el padre de dos de las personas más heroicas que jamás he conocido.

—Pero, por muy raro que parezca, las reglas son las reglas. Una solicitud es una solicitud, y en el Círculo nos gusta hacer bien las cosas. Las reglas de inclusión dicen que cualquiera que pertenezca a una facción con un asiento vacío en el Círculo puede solicitar inclusión. De modo que aquí estamos, en este día oscuro y gris, esperando a una Grace que llega con mucho retraso, para que demuestre su valía. —Se ríe de nuevo—. Pero no importa, no importa.

»No podemos esperar que los extraños conozcan todas las reglas, ¿verdad? Normalmente son los propios miembros del Círculo quienes compiten, o escogen campeones de sus ejércitos, pero vuestro director, Finn Foster, ha señalado acertadamente que nos encontramos en terreno académico y que, por lo tanto, debemos adherirnos a las normas del centro. En consecuencia, en lugar de convocar a generales de nuestro ejército o de ver caer a Grace tristemente ante uno de los miembros del Círculo, hemos accedido a escoger a nuestros campeones de entre el cuerpo estudiantil. —La arena estalla en aplausos cuando mis oponentes saludan—. Y, puesto que estamos hablando de meros alumnos, las salvaguardas mágicas contra lesiones mortales también se han instaurado, para todos menos para Grace, claro. —Su sonrisa se intensifica y me recuerda a un caimán cuando termina de compartir sus buenas noticias.

Se cree que, al no poder matar a un oponente, me hace más débil, porque así es como piensa la gente de su calaña. Pero lo cierto es que me ha hecho un grandísimo favor. Ahora que no tengo que preocuparme de quitarle la vida a alguien, puedo atacar con todas mis fuerzas sin preocuparme de que pueda hacer algo horrible. Le devuelvo una sonrisa aún más astuta que la suya, sin ni siquiera molestarme en ocultar la satisfacción que brilla en mis ojos cuando Cyrus vacila ante mi reacción.

Pero pronto se recupera y continúa:

—Con el fin de ser lo más justos posible —suelto una carcajada de incredulidad que habría hecho que Hudson

estuviera orgulloso de mí— y para asegurarnos de que no haya ninguna interferencia externa en ninguno de los bandos, Imogen y Linden han protegido el campo.

»Los jugadores oirán vuestros gritos y aplausos, pero vuestros poderes no podrán llegar a ellos, lo que garantiza una prueba totalmente justa para ambas partes. Tened por seguro que nadie entrará en el Círculo haciendo trampas.

Hace una pausa para que la gente asimile sus palabras y me mira a los ojos para ver mi reacción. Pero, una vez más, cree que está limitando mis posibilidades cuando solo me ha envalentonado más ahora que no tengo que preocuparme de que su equipo haga trampas. El tío Finn es el único de los presentes que está de mi lado, y sin duda él no iba a ayudarme a hacer trampas, así que esto no me supone ningún contratiempo.

Le dedico a él y a todo el estadio una amplia sonrisa que hace que entrecierre los ojos con recelo y que apriete la mandíbula. Pero el espectáculo debe continuar, así que fuerza una sonrisa condescendiente y añade:

—Y nadie del equipo contrario tampoco podrá obtener ayuda adicional para derrotar a nuestra pequeña gárgola.

Ahora que escucho cómo parlotea sin parar sobre lo magnánimo que ha sido organizando la competición de hoy, como si eso no entrase en los putos estatutos del Círculo, entiendo por primera vez por qué Hudson quería que los desafiara. No es porque no crea en mí, sino porque sabe que es imposible que su padre me conceda, ni a mí ni a nadie, una oportunidad justa, pese a que sus palabras aseguren todo lo contrario.

Me late el corazón de rabia al pensarlo. A ver, al entrar aquí sabía que existía la posibilidad de no volver a salir. Pero ser consciente de cómo todo esto está amañado en mi contra me enfurece sobremanera. Y solo alimenta mi determinación de sobrevivir. Solo espero poseer la astucia y la fuerza física suficientes como para respaldar esa determinación.

—Y, por último —dice Cyrus, y sus palabras captan mi atención porque suena como si estuviese harto de oír su propia voz—, para demostrar que el Círculo es totalmente imparcial en cuanto al resultado de esta competición, Grace será la primera en disponer del balón, lo que le proporciona una considerable ventaja desde el comienzo de la prueba.

Espera a que Nuri sostenga el cometa, cosa que hace lanzándome un guiño de aprobación, un gesto que me resulta dulce y fuera de lugar a partes iguales en este estadio cada vez más oscuro. Después se vuelve hacia la multitud.

Cyrus levanta los brazos formando un gran arco en el aire y exclama:

—¡Que comience la prueba!

113

Un partido en el infierno

No esperaba tener el balón primero (no pensé que Cyrus fuese a concederme nada que se asemejase siquiera a una ventaja) y, cuando Nuri se acerca al cuadrado central con él, me entra un poco de pánico porque no sé qué hacer. Jaxon y yo habíamos planeado pasárnoslo continuamente (bueno, a menos que hubiese conseguido desvanecerse hasta el final y ganar enseguida, tal y como pretendía hacer), pero ahora que estoy yo sola, esa estrategia no vale para nada.

Además, había imaginado que con dos de ellos saltando para coger el balón al principio no tendría ninguna posibilidad, así que en cierto modo esperaba dejarlos hacer parte del trabajo inicial mientras observaba cómo se comportaban los portales en esta ocasión.

Ahora, sin embargo... ahora solo tengo quince segundos antes de que el balón esté en mis manos y, después de eso, treinta segundos más para deshacerme de él antes de empezar a perder trozos de piedra a causa de la vibración descontrolada. Ahora que lo pienso, quizá eso era justo lo que pretendía Cyrus, así que tal vez no me estuviese dando ninguna ventaja, después de todo.

Conforme van transcurriendo los quince segundos entre una larga respiración y la siguiente, se me ocurren una docena de estrategias, pero las descarto todas. Me planteo brevemente usar el don de la persuasión de Hudson de inmediato, para acabar con esta prueba pronto y atravesar la meta con el balón. Pero, lamentablemente, el otro equipo se ha dispersado demasiado. No sé cuánto tiempo tendré una vez que acceda a su poder, pero seguro que no el suficiente como para perseguirlos a todos y convencerlos de que se echen una siesta en lugar de intentar matarme. Ni siquiera se me ocurre convertirlos a todos en polvo, pese a saber que la magia contra lesiones mortales los salvaría. Además, Hudson se esforzó mucho en mantener ese don en particular en secreto, en convencer a Cyrus de que permanecía dormido, y no soy quién para exponerlo ahora.

También se me ocurren otras estrategias. Todas igual de malas. Y de repente ya es demasiado tarde, porque se oye el silbato y Nuri me lanza el cometa directamente.

Lo atrapo y empiezo a correr (no puedo hacer mucho más en estos momentos), y entonces me doy cuenta, aunque no por primera vez, de que aunque mi forma de gárgola me ayuda en muchas cosas, no contribuye a mi velocidad y capacidad de maniobra. De modo que me transformo en humana por el camino y, justo cuando Cole y Marc me pisan los talones enseñando sus dientes de lobo, me zambullo en un portal.

Estoy preparada para esa horrible sensación de que estiran de todo mi cuerpo. Me digo a mí misma que solo tengo que respirar. Pero este portal no tiene nada que ver con eso. En lugar de tirones, siento como si me clavasen cientos de miles de agujas por todo el cuerpo al mismo tiempo. Cada pinchazo por separado no duele demasiado, pero todos juntos me provocan un dolor insoportable.

Y, para colmo de males, el balón aumenta cada vez más de temperatura, y este portal no parece acabarse nunca.

Me digo a mí misma que no es más largo que todos los demás, que no superaré los treinta segundos, que es el tiempo máximo que he conseguido sostener el cometa, pero me cuesta pensar con los millones de aguijonazos.

Aunque en realidad este dolor no es nada comparado con haber perdido a Jaxon y a mis padres; no es nada comparado con la culpa que siento por la muerte de Xavier o por no haber creído a Hudson antes respecto a lo de su padre.

«Esto no es nada», me repito a mí misma, aunque me escuece cada centímetro de la piel. Nada que importe y nada que no pueda soportar. Solo necesito aguantar y respirar.

Por fin (¡por fin!) empiezo a notar esa extraña sensación de salir a la superficie que se siente al principio del final de un portal, y me preparo para ser vertida al campo.

Esta vez consigo aterrizar de pie, pero sigo desorientada porque en el poco tiempo que he pasado en el portal la arena se ha oscurecido muchísimo. Las gradas están tan oscuras que apenas puedo ver a la gente, y da la sensación de que sus gritos proceden de ninguna parte. Incluso las luces a ambos extremos del campo parecen más oscuras que hace tan solo unos minutos.

Me digo a mí misma que me estoy imaginando cosas, pero, cuando me doy la vuelta ni siquiera alcanzo a ver el campo al completo. Solo puedo distinguir la parte que me rodea, al menos en mi forma humana, lo que significa que Cyrus ha hecho esto a propósito.

Por supuesto que sí.

Es una enorme ventaja para mis oponentes, porque los lobos, los dragones y los vampiros pueden ver perfectamente en la oscuridad, mientras que yo estoy aquí entornando los ojos e intentando averiguar hacia dónde se supone que tengo que ir.

El portal me ha dejado a unos veinte metros de mi línea de meta, de modo que tengo que recorrer unos ciento

veinte más para llegar a la suya. Pero la esfera me arde en las manos, así que hago lo único que puedo hacer: arrojar el balón hacia el cielo con todas mis fuerzas, y entonces me transformo y me lanzo tras él.

Los lobos y las brujas no pueden alcanzarme aquí arriba, y los dragones están al otro lado del campo, bloqueando su línea de meta, así que funciona. Atrapo el balón en el aire y empiezo a volar a toda velocidad hacia la meta, agradecida de que mis ojos de gárgola vean ligeramente mejor que los humanos.

Sé que, llegado el momento, tendré que descender; los dragones vienen directos hacia mí lo más rápido que pueden y, aunque su magia no funciona conmigo, pueden derribarme perfectamente. Son inmensos, y la caída desde aquí arriba sería brutal. Acabaría hecha pedazos, en cualquiera de mis dos formas.

Pero, conforme se aproximan, veo que uno de ellos vuela más bajo: está claro que aprendieron del truco que me marqué en el torneo, de modo que me cierran esa vía de escape. El reloj marca que dispongo de quince segundos más antes de que el balón se vuelva intocable otra vez, lo que significa que tengo que solucionar esto de inmediato.

Me planteo pasarle el cometa a uno de ellos voluntariamente: situaciones desesperadas y toda la pesca..., pero no soy capaz de hacerlo. De modo que, en el último momento, justo cuando empiezan a aproximarse por ambos flancos, salgo disparada hacia arriba.

Los dragones vienen detrás de mí, y dejo que lo hagan, obligándolos a acercarse cada vez más cuanto más ascendemos. Cuento con el hecho de que Joaquin y Delphina tienen las alas mucho más grandes que yo y con que son mucho más pesados, lo que significa que debería poder girar más rápido que ellos. O al menos eso espero...

Por eso, justo cuando están a punto de alcanzarme, y justo cuando el cometa empieza a quemar muchísimo y a vibrar, lo suelto.

Acto seguido, ante los gritos sofocados y los murmullos de sorpresa en la grada, doy una media voltereta y me lanzo en picado tras el balón.

Los dragones braman de rabia y me lanzan fuego y hielo, pero estoy con mi forma de gárgola, así que no me afecta lo más mínimo.

En el suelo, Violet, una de las brujas, intenta atraer el balón hacia ella, pero llego antes de que consiga alcanzarlo. Logro frustrar su hechizo, y empieza a gritar, no sé si de rabia o de dolor. Recupero el balón en el aire de nuevo y vuelo a toda velocidad hacia la línea de meta. Los dragones vuelven a por mí a toda prisa.

Se acercan muy rápido y, aunque soy inmune a sus poderes, eso no significa que no sienta el calor del fuego de Joaquin envolviendo mi pierna. Si se aproximan más, no será necesario que usen la magia. Podrán agarrarme del pie y lanzarme despedida por los aires.

No pienso permitir que eso suceda: ni que me agarren ni que me envíen volando a ninguna parte. Pero me vuelvo brevemente para mirar por encima del hombro y veo que pronto no tendré elección. De modo que hago lo único que se me ocurre y me dirijo como un rayo hacia uno de los pocos portales que hay en el aire.

Cuando lo hago, rezo para que no sea como el último en el que he entrado. Una tiene un límite de cosas que puede soportar en un momento dado, y siento que yo ya he cubierto esa cuota.

Y resulta que no tiene nada que ver con el portal anterior: es mucho peor, y quiero llorar.

Ni siquiera sé qué pensar sobre este, aparte de que quienquiera que lo haya ideado es pura maldad. Brillante, sí, pero terriblemente malvado.

Pasa algo raro con la gravedad, y acabo cayendo en picado y rodando. Con cada giro, mi coronilla y la parte trasera del talón rozan contra las paredes del portal y recibo una descarga eléctrica. No mola nada.

Por si esto fuera poco, oigo un grito no muy atrás, lo que significa que al menos uno de los dragones ha decidido seguirme a través del portal, y sea quien sea está cabreado. Y no me extraña, son tan grandes que deben de estar rozándose contra las paredes del portal todo el tiempo. Me cuesta sentir compasión por ellos, pero no le deseo esa clase de calambrazos y electrocuciones a nadie.

Intento adivinar adónde vamos a salir, y cómo voy a recuperar el control lo suficiente como para seguir volando al hacerlo, mientras me aferro a un balón que ha empezado a vibrar con fuerza de nuevo. Tengo que decir que estoy comenzando a sentirme un poco superada... Ya tengo a ocho paranormales homicidas detrás. ¿De verdad necesito también un balón cuyo único propósito parece ser el de romperme en mil pedazos? Sé que a Flint y a Jaxon les encanta el Ludares, pero a mí me parece el peor juego del mundo.

El portal termina por fin y me expulsa en una negrura casi absoluta... ¡y encima de alguien!

Pero ¿qué cojones...? Con temor a haber aterrizado sobre uno de los lobos, empiezo a apartarme, pero entonces me doy cuenta de que lo que oigo son gritos humanos. Y no de una ni dos personas, sino de varias.

Eso significa que... Miro a mi alrededor desesperadamente, intentando ubicarme y buscando la meta al mismo tiempo, pero entonces me doy cuenta de que ni siquiera estoy ya en el campo. Este puñetero portal defectuoso me ha lanzado directo contra el público. Lo que significa que... ¡Ay, mierda!

Estamos a punto de ser aplastados.

—¡Tenéis que apartaros! —grito—. ¡Apartaos!

Entonces salgo volando por encima de mis compañeros de clase, esperando que me hagan caso y que se aparten a tiempo..., pero acto seguido oigo toda clase de gritos cuando Joaquin sale del portal y cae directamente encima de la multitud.

Me vuelvo un momento y veo que Delphina aparece detrás de él, exhalando hielo, y ambos acaban peleando con toda una sección de asientos y con sus ocupantes. Cyrus llama al orden, y varios profesores y miembros del Círculo se acercan a la zona con la esperanza de detener la melé.

Tras asegurarme de que nadie está gravemente herido, aprovecho el caos para lanzar el balón lo bastante alto como para restablecerlo, y entonces lo atrapo de nuevo y regreso al campo a toda velocidad. Estoy con mi forma de gárgola, de modo que, pese a la oscuridad, veo lo suficientemente bien como para saber que no estoy muy lejos de su línea de meta. Tengo que darme prisa, así que me dirijo hacia esa maldita línea roja con todas mis energías. Dispongo de treinta segundos para aproximarme a mi meta y tal vez, solo tal vez, encontrar la manera de volver a restablecer el balón sin arriesgarme a perderlo estando tan cerca del final. Con lo que, si todos los presentes en el campo colaboran, les estaré muy agradecida.

Pero los asientos de la fila superior sobresalen un poco por encima del campo en esta sección, de modo que he de volar bajo para sortearlos. Hago todo lo posible, descendiendo y pegando las alas al cuerpo todo lo que puedo sin desviarme de mi objetivo. Si los dragones siguen enzarzados con los espectadores, tengo una oportunidad real de conseguirlo.

Entro de nuevo en el campo a unos seis metros de la línea de meta con la peor visión de túnel de mi vida. Sé que están pasando cosas a mis espaldas y a mi alrededor, pero ahora mismo me da todo igual. Si estuviesen gravemente heridos o a punto de estarlo, la magia del juego los libraría de cualquier mal. Ahora lo único que importa es cruzar la maldita línea de meta antes de que los dragones, o cualquier otro ser, me alcancen.

Y si pudiera hacerlo antes de que se me rompieran las manos a causa de las intensas vibraciones, ya sería

estupendo. Pero estoy volando demasiado bajo, así que empiezo a ascender de nuevo lo más rápido posible.

No lo consigo. Quinn aparece de ninguna parte con su forma de lobo e impacta contra mí con tanta fuerza que me lanza despedida contra el suelo.

No me duele, la piedra evita que sienta gran cosa, pero la ausencia de dolor no cambia el hecho de que estoy en el suelo con un lobo encima de mí, gruñendo como si estuviese a punto de convertirme en su próxima comida.

Quiere el cometa, lo sé, pero no pienso entregárselo. No, si puedo evitarlo. Así que lo agarro con una mano, echo la otra hacia atrás para coger impulso y le golpeo el hocico con todas mis fuerzas con mi puño de piedra.

Quinn chilla y retrocede, y veo que le sale sangre de la nariz, pero aprovecho la oportunidad para girarme en el suelo y alejarme gateando de allí. Sin embargo, el cometa vibra ahora con tanta fuerza que es casi imposible seguir sosteniéndolo así.

Pero lo consigo, y me pongo de pie y empiezo a correr como puedo. Adopto de nuevo mi forma humana para avanzar más deprisa. Estoy muy cerca. La línea de meta está a tan solo seis metros por delante. Ya casi estoy. Casi estoy. Pero ahora que vuelvo a ser humana, la temperatura del cometa pasa pronto de dolorosa a agonizante... Si tan siquiera pudiera aguantar solo unos segundos más...

Cam sale de la nada (Macy tiene razón, es un puto traidor), me ataca con alguna especie de hechizo de tierra y unas enredaderas brotan del suelo del campo y me envuelven los tobillos y las piernas. Caigo de bruces, pero sigo sujetando el balón.

Se encuentra tan caliente que está casi incandescente y, cuando caigo encima de él, siento que me abrasa la piel a través de la camiseta. Noto que empiezan a formarse las dolorosas ampollas. El dolor es insoportable, así que no me queda más remedio que apartarme del balón, y así, sin más,

la que pronto será examiga de Macy, Simone, me lo arrebata.

Lo coge y sale corriendo a toda máquina hacia la meta.

114

Sentirlo hasta romperlo

Me levanto de inmediato, transformándome en gárgola en el proceso para que las enredaderas se rompan gracias a mi tamaño más grande. Pero Simone está ya a mucha distancia de mí, y me aterra pensar que no lograré alcanzarla antes de que le lance el cometa a algún compañero de equipo.

Alzo el vuelo y me planteo por un instante usar los poderes de Hudson, pero me ha dicho que lo haga solo una vez y que me asegure de que, cuando lo haga, sea para ganar, porque me dejará totalmente hecha polvo.

Aún no ha llegado ese momento. Estoy tan lejos de ganar como lo estaba al principio del juego, puede que incluso más, pero si no alcanzo a Simone ahora mismo, ya no importará si me reservo el poder de Hudson para más tarde, porque ya habré perdido.

Desesperada por impedir que eso suceda, vuelo más rápido, decidida a usar el poder si de verdad es preciso. Uno de los dragones (Joaquin, creo), se cruza con Simone y viene directo hacia mí, disparando fuego y con las garras fuera.

No tengo tiempo para él y para sus gilipolleces ahora mismo. Es una lástima que él no sienta lo mismo respecto a mí.

Viene hacia mí como si fuera personalmente la responsable del dolor y la humillación que ha sufrido antes al salir del portal, y busca venganza.

Tampoco tengo tiempo para eso.

Pero este es el camino que está siguiendo Simone, de modo que tengo que permanecer en él, lo que significa que no puedo permitirme descender o cambiar de dirección ni hacer nada más que lo que estoy haciendo.

Y eso es lo que hago, aunque eso signifique volar directa hacia Joaquin.

Si alguien me hubiese dicho hace seis meses que estaría jugando a un juego tan peligroso contra un dragón, le habría sugerido que dejase de fumar lo que fuera que estuviese fumando. Pero seis meses marcan una enorme diferencia en este mundo. Joder, en el instituto Katmere, seis minutos marcan una grandísima diferencia, y no puedo permitirme ni parpadear. Ahora no.

De modo que sigo avanzando, por muy asustada que esté.

Sin importarme lo rápido que me lata el corazón.

Sin importarme lo alto que mi cerebro me grite que pare, que retroceda, que me dé la vuelta, porque no podré ganar en una colisión con un dragón de una tonelada.

Pero tengo que ganar, la colisión y el juego. Así que no puedo echarme atrás ahora.

Echo un vistazo al campo y veo que Simone le ha pasado la pelota a Cam, que corre hacia la meta aún más rápido, con los lobos aproximándose a él por ambos flancos. No tengo ni idea de dónde está el otro dragón, e intento no dejar que ese temor me distraiga, porque casi he alcanzado a Cam y tengo que quitarme al dragón gigante de mi camino.

Así que voy a tener que confiar en que puedo batir al brujo antes de que llegue a la meta y mantener el balón en juego.

Cómo voy a conseguirlo es otra cuestión. Sobre todo porque solo se me ocurre una manera de hacerlo mientras el dragón y yo estamos a nueve metros sobre el suelo.

Sé que todo el mundo abajo piensa que me he vuelto loca. Sé que están convencidos de que estoy a punto de morir en el aire, y tal vez tengan razón. Pero se trata de una situación desesperada como pocas, así que voy directa hacia el dragón y me preparo para el impacto.

Me permito brevemente pensar en que quizá no sobreviva al golpe, y en si de verdad estoy dispuesta a correr ese riesgo.

Pero lo cierto es que, si no lo hago, si no lucho y gano, no sobreviviré de todos modos. Además, prefiero morir luchando por lo que creo que vivir como la víctima de los caprichos de otro, sobre todo si ese otro es alguien tan perverso como Cyrus. No pienso pasarme el resto de mi muy larga vida siendo su prisionera o su gárgola a sueldo.

Todo sea dicho, tampoco quiero morir. De modo que aumento la velocidad con todas mis fuerzas y energías. Joaquin sigue viniendo hacia mí, pero, por su manera de volar, sé que está seguro de que voy a acobardarme en el último momento. Está convencido de que de ninguna manera voy a querer colisionar con un dragón.

Pero se equivoca. Se equivoca totalmente. Y esa convicción errónea significa que tengo una ventaja. Ahora mismo es una ventaja pequeña, pero estoy dispuesta a aceptar cualquiera que pueda obtener. Por eso, cuando el dragón se me viene encima con las alas extendidas y lanzando llamas por la boca, hago lo único que puedo: me desvío unos cinco centímetros a la derecha, cierro las manos en puños, preparo los brazos con firmeza por delante de mí para atacar y pliego mis alas. Entonces le doy tal puñetazo en medio del ala que abro un agujero gigante y paso a través de él.

Joaquin grita de dolor y empieza a precipitarse al suelo, girando, incapaz de hacer nada más con su ala destrozada. Me sabe mal, claro que sí, pero un ala rota tiene arreglo, sobre todo con Marise a cargo de la enfermería. Toda una vida de gárgola encadenada en una mazmorra no lo tiene. Y

dejar que la mitad del Círculo campe a sus anchas con su sed de poder y sin nadie que los detenga, menos todavía.

Veo con el rabillo del ojo que Joaquin desaparece mágicamente del cielo justo antes de golpear el suelo, como si se teletransportase a la enfermería. Sea como fuere, cuentan con un jugador menos, y eso solo puede ser algo positivo para mí.

La afición grita ahora, no sé si a mí o por mí, y tampoco me importa especialmente, por lo que no pierdo ni un segundo en comprobarlo. Hago un giro en espiral hacia atrás y me lanzo en picado hacia el suelo mientras Cam se aproxima a la meta. No pienso dejar que el cabrón del ex de Macy consiga atravesar la línea con ella. De eso ni hablar.

Pero resulta que Cole está ahí también, aguardando para derribarme si me acerco demasiado a Cam, o por cualquier otro motivo que se le pueda ocurrir. Sin embargo no he llegado hasta aquí para perder ante este perro sarnoso con complejo de dios, aunque ahora haya adoptado su forma humana. De modo que, en lugar de plantarme delante de Cam para detenerlo, lo ataco por detrás propinándole una buena patada en la parte trasera de la rodilla.

Grita y empieza a caer, y el balón se le escapa de las manos, que es justo lo que estaba esperando. Atrapo el cometa en el aire y doy una voltereta hacia atrás, planeando salir volando por segunda vez. Con uno de los dragones fuera de juego, tengo muchas más probabilidades de ganar en el aire.

Pero, antes de que pueda alzarme más de un metro del suelo, Cole salta hacia mí. No soy lo bastante rápida como para escaparme y consigue agarrarme de la cintura con los brazos mientras intenta derribarme.

Me defiendo; mi cuerpo de gárgola resulta ser mucho más efectivo de lo que lo habría sido mi cuerpo humano en esta situación; no obstante, antes de que pueda propinarle un buen puñetazo, ambos caemos directos en otro puñetero portal.

Este portal es estrecho y rápido; tan estrecho que mis alas rozan los laterales violentamente y tan rápido que desmenuza sus extremos. Aterrada ante la idea de no poder volar si pierdo una parte demasiado importante de mis alas ahora (según la información que encontré en la biblioteca, las gárgolas pueden regenerar ciertas partes de su cuerpo, pero no sucede al instante), hago lo único que se me ocurre: recuperar mi forma humana.

Pero eso no mejora nada, porque sigo metida en este portal con Cole y con el balón y, aunque intento desesperadamente atrapar el cometa, Cole intenta desesperadamente atraparme a mí. Empiezo a gatear para huir de él, usando su propio cuerpo como suelo. Estiro los brazos para intentar alcanzar el balón, que gira ante nosotros. Pero Cole tiene otra cosa en mente: me agarra de los pantalones y tira de mí hacia él de nuevo justo cuando araño el portal de hielo que tengo delante.

Por fin consigue darme la vuelta y, entonces, me rodea el cuello con las manos y empieza a apretar.

115

Se lo merecía

El pánico me invade, salvaje, abrumadora y desesperadamente, cuando me doy cuenta de que esto no es por el balón. No es por el juego ni por el Círculo en sí. Esto es por Cole y por lo mucho que me odia. Una prueba más (por si quedaba alguna duda) de que a él esto no le importa una mierda. Solo quiere hacerme daño.

Y eso lo hace un millón de veces más peligroso.

«¡Levanta! —me dice la voz dentro de mí—. Quítatelo de encima. Te matará.»

Quiero responderle: «Gracias por la obviedad», pero la bestia no se merece mis sarcasmos. Solo intenta ayudar.

Mis manos están ahora sobre las de Cole, arañándole la piel y tratando de apartar sus dedos de mi garganta. Pero es un lobo, un lobo con fuerza, y no puedo quitármelo de encima haga lo que haga. Y hago muchísimo.

Me retuerzo, me sacudo, pataleo, araño e intento darme la vuelta, lo que sea con tal de que me suelte, lo que sea con tal de apartar sus manos asfixiantes aunque solo sea un segundo, pero no hay manera.

De repente, siento esa extraña sensación otra vez, la que indica que estamos a punto de salir del portal, y me preparo

para mi única oportunidad de huir, de escapar de él.

Aun así, los dedos de Cole no flaquean, ni siquiera cuando el portal nos arroja al campo.

Golpeamos el suelo rápido y con fuerza, y Cole gruñe de dolor. Aprovecho esa milésima de segundo para intentar escapar, corcoveándome violentamente mientras me esfuerzo por tirar del hilo platino dentro de mí.

Si recupero mi forma de gárgola, esto se acabará de inmediato; no puede estrangular a alguien de piedra. Pero, por más que lo intento, me resulta imposible. Tengo que centrar todas mis energías en evitar que sus dedos me aplasten la tráquea, y para agarrar el hilo platino necesito concentración y precisión, y no dispongo de ninguna de las dos cosas en estos momentos.

De repente, el balón sale del portal también, golpeando a Cole en un lado de la cara. El tío ni se inmuta. Sinceramente, creo que ni siquiera se ha enterado, lo que una vez más refuerza la idea de que esta prueba no significa una mierda para él.

«¡Levántate ahora mismo!», me ordena la Bestia Imbatible de nuevo.

«Lo estoy intentando, de verdad.»

Pero no puedo respirar, y apenas puedo pensar. Todo se vuelve gris y confuso en mi cabeza. Una parte de mí sabe que Cam acaba de recoger el balón, así que por un efímero instante pienso que ya he perdido. Y, después, durante otro efímero instante, pienso en lo retorcido que es todo esto si eso es lo que me preocupa en este momento en el que la muerte parece ser un problema más inminente.

Desesperada, intento acceder al poder de Hudson. Estoy segura de que este es el momento de usarlo. Pero no consigo desbloquearlo. Sin oxígeno no puedo concentrarme para filtrar los recuerdos lo suficiente como para encontrar aquel en el que lo ha dejado...

—¡Grace! —grita Hudson desde el otro lado del campo—. ¡Levanta! ¡Apártate de él ya!

Quiero hacerlo, de verdad, pero no puedo. La oscuridad se apodera de mí, tragándome entera, y empiezo a perder el conocimiento...

Pero antes de hacerlo, giro la cabeza levemente para mirar a Hudson y entonces los veo. Macy, Jaxon y Hudson están en la banda de un estadio en el que impera un silencio sepulcral ante la conmoción de los espectadores.

Macy está de pie junto a la valla que separa el campo de las gradas, gritándole al Círculo.

Jaxon aún parece medio muerto, pero su mirada es asesina mientras apoya ambas manos en el muro mágico. Está enviando seísmos de energía para desestabilizar a Cole, pero la magia que protege el campo aguanta y solo afecta a los espectadores.

Y Hudson... Hudson está totalmente centrado en mí, con los ojos fijos en mi rostro con tanta intensidad que me resulta imposible no sentirlo e imaginar que todavía está en mi cabeza.

—¡Quítate a ese puto gilipollas de encima, Grace! —me ordena.

No sé si es por su acento o por la intensidad de su voz, pero de repente siento que está de nuevo dentro de mi cabeza en lugar de al otro lado del estadio. Diciéndome que me levante, diciéndome que puedo con esto, que soy más fuerte de lo que creo. Empujándome a volver a intentarlo, a alcanzar mi hilo platino. Y esta vez, aunque sé que está demasiado lejos y que no tengo fuerzas para agarrarlo, estiro los dedos lo suficiente como para rozar su suave resplandor.

Y, con mi último aliento, transformo mi rodilla en piedra sólida y golpeo con ella a Cole en las pelotas.

Grita como un cachorro apaleado y, no voy a mentir, una parte de mí se siente decepcionada de que no desaparezca al instante herido de muerte. Tendré que conformarme con verlo renquear un rato y con que sus manos ya no estén

alrededor de mi garganta, ya que han pasado a cubrir su zona dolorida. Por fin puedo respirar.

Me pongo de rodillas en el suelo, tosiendo mientras lleno mis pobres pulmones de oxígeno y me digo a mí misma que tengo que levantarme, que tengo que moverme, pero una parte de mí sabe que ya es demasiado tarde.

Cam ha cogido la pelota hace lo que me parece toda una vida. Ha ganado.

116

«Fallecida a causa de un cubito de hielo» no es forma de comenzar un obituario

Sin embargo, cuando empiezo lentamente a recuperar la vista, miro a mi alrededor y veo que no solo Cam no ha corrido hasta la meta, sino que todo su equipo está parado, mirándome.

Si tuviera que aventurarme a hacer alguna conjetura, diría que estaban disfrutando viendo a Cole asfixiarme hasta matarme. Cabrones. Pero ahora que observan con la boca abierta cómo el alfa se retuerce en el suelo y se sujeta lo que espero que sean sus huevos reventados, no sé qué hacer.

Afortunadamente, yo no tengo esos problemas.

Haciendo acopio de toda la energía que me queda, salto hacia delante, me transformo y vuelo directa hacia Cam. Adelanto mi pie de piedra con la intención de golpearle y robarle el cometa, pero no hace falta porque, en cuanto mi pie se aproxima, suelta el balón y se cubre sus partes. Estaba apuntando a su barbilla, pero bueno.

Desciendo y engancho la pelota antes de que lo haga nadie más.

He estado jugando como defensa desde que recibí el balón nada más comenzar el juego, intentando pensar en cómo mantenerme alejada de toda la gente contra la que jugaba en lugar de intentar ver el modo de batirlos.

Pero eso se ha terminado ahora.

Porque por nada del mundo pienso volver a terminar en una situación como la que acabo de vivir. De ninguna manera pienso dejar que Cole vuelva a rodear ninguna parte de mi anatomía con la fuerza sobrenatural de sus dedos de lobo.

Ha llegado el momento de competir en igualdad de condiciones, y yo soy la gárgola perfecta para hacerlo.

Todavía me duele la garganta y me cuesta respirar más de lo que debería. Sobre todo ahora que tengo un dragón azul gigante detrás, puesto que Delphina no ha tardado en reaccionar a mi movimiento y ya está en el aire pisándome la cola.

Es más rápida que yo y ahora me está disparando sólidos bloques de hielo y, por muy inmune a la magia que sea, no soy inmune a los golpes en las piernas con bloques de hielo de cinco kilos a velocidades increíbles. Al fin y al cabo, las gárgolas también se rompen. Y me gustaría conservar las piernas...

Lo que significa que tengo que zigzaguear, subir y bajar y serpentear mientras vuelo por el campo al tiempo que esta estúpida pelota vibra cada vez más en mis manos.

Ningún problema.

Pero, en fin, nada como haber estado a punto de morir para seguir luchando, de modo que saco a la esquiadora de *snowboard* que llevo dentro y pruebo un montón de trucos que nunca había hecho antes. La mayoría salen bien, y, por sus sonidos, parece que la multitud por fin se ha puesto de mi parte.

Sobre todo cuando un trozo gigante de hielo pasa volando justo al lado de mi cabeza. Menos mal. «Fallecida a causa de un cubito de hielo» no es forma de comenzar un obituario.

Y no voy a mentir: que Jaxon, Hudson y Macy estén aquí ayuda un montón. No me había dado cuenta de lo sola que me sentía hasta que los he visto ahí, intentando salvarme. Furiosos por mí y animándome. Aunque no pudieran tocarme, su cariño ha marcado la diferencia. Ha reavivado unas fuerzas que no sabía que aún tenía.

Me vuelvo mientras vuelo a toda velocidad hacia mi objetivo. Pero sé que no voy a lograrlo; todavía está demasiado lejos, lo que significa que necesito otro plan. Ojalá supiera cuál.

El truco de lanzar o soltar el balón no va a funcionar en este caso, no con Delphina pegada a mi culo esperando el momento para arrebatármelo y salir corriendo hacia la meta contraria. De modo que, en lugar de soltarlo, aprieto los dientes y hago un rápido descenso vertical hasta que estoy justo al lado de Violet y Simone.

Entonces le lanzo el balón a Violet.

Ella chilla de sorpresa y sale corriendo, tal y como había anticipado. Simone, en cambio, me ataca con un hechizo de aire, agitando el viento frenéticamente y lanzándolo directo hacia mí como un tornado termodirigido que me persigue por todo el campo.

Avanza rápido, más rápido que yo, de hecho, y me alcanza un par de veces. Estar atrapada en él es como estar atrapada en un vórtice, uno que absorbe todo el oxígeno. Y la verdad es que ya estoy harta de no poder respirar.

Sin embargo, pienso que puedo aprovecharlo si juego bien mis cartas, así que no me esfuerzo demasiado en deshacerme del tornado. En lugar es eso, lo mantengo lo más cerca posible mientras llevo la cuenta del tiempo de Violet, esperando el momento en que vaya a hacerle el pase a uno de sus compañeros. Será a Cam o a Quinn, pues son los únicos que tiene cerca, y mentiría si dijera que me angustia tener que enfrentarme de nuevo cara a cara con cualquiera de esos dos capullos.

Cuando su tiempo empieza a agotarse, desacelero lo justo como para crearle una falsa sensación de seguridad, pero hacerlo implica dejar que el tornado de Simone me atrape, así que lo hago. Inspiro hondo, permito que me alcance y aguanto y aguanto mientras el vórtice gira a mi alrededor.

Por supuesto, Violet le pasa el relevo a Quinn, y desciendo en picado hacia él. Pienso recuperar ese balón, y pienso hacer que se traguen este tornado en el proceso.

A Quinn la emboscada le pilla completamente por sorpresa y pierde el balón con la primera ráfaga de aire. Es entonces cuando se lo robo, me escapo volando del viento y me zambullo en el portal más cercano, dejando que el resto se las apañe con el tornado.

Respiro hondo por primera vez en lo que me parecen horas, aunque probablemente no sean más de quince segundos. Y maldigo entre dientes cuando me doy cuenta de que he entrado en el portal de los tirones, el de aquel primer partido.

Es un millón de veces mejor que sentir agujas por todo el cuerpo sin parar, pero sujetar el balón es todo un desafío. Como también lo es aterrizar de pie cuando por fin me escupe al campo.

Sin embargo, no tengo tiempo que perder: Cole estará ahora sediento de sangre. De modo que con él y Delphina pegados a mi trasero, voy a tener que estar muy alerta.

A menos que tenga suerte, claro, y por fin me meta en un portal que me expulse cerca de mi propia línea de meta. Aunque, en fin, no es que me sienta muy afortunada hoy, la verdad, así que no cuento con ello.

Además, estoy segura de que Cyrus se habrá encargado de que todos los portales terminasen lo más lejos de mi meta como fuera posible, solo para dificultarme las cosas.

Por fin siento esa extraña sensación de vacío y me preparo para caer al campo. Y lo hago, golpeándome el hombro.

La sacudida es fuerte, pero no me duele especialmente (¡que viva la piedra!) y me levanto todo lo rápido que

puedo.

Pero no lo suficiente, porque Marc está a solo un par de pasos de distancia en su forma de lobo, y únicamente mirándolo sé que ha venido a vengar a su alfa.

Tal vez por eso me enfado tanto cuando inicia su ataque mordiéndome con todas sus fuerzas el brazo en el que tengo la pelota. No me duele (de nuevo, gracias a la piedra), pero oír sus dientes rechinar contra mí me irrita sobremanera.

De modo que, cuando empieza a arrastrarme por el campo de nuevo, decido que ya he tenido suficiente. Hago un giro y le golpeo en el hocico con el otro puño. Gimotea, pero no me suelta, y su mandíbula se convierte en un tornillo de banco en mi brazo.

Y eso me cabrea más todavía, así que esta vez, cuando le golpeo, no me contengo. Uso toda la fuerza que puedo reunir y le doy en un lado de la cabeza con mi puño de piedra con todas mis fuerzas. Y le vuelvo a golpear.

A la tercera va la vencida y, por fin, por fin, me suelta y me alejo de él. Pero me vuelvo un momento y veo que, aunque está sacudiendo la cabeza, pretende venir otra vez a por mí. Y no puedo permitirlo.

Estoy más que agotada, y no voy a poder seguir con esto mucho más tiempo, dejando que uno tras otro me arrebate mis progresos. El juego ya es bastante duro cuando juegas ocho contra ocho. Jugar uno contra ocho (o uno contra siete) es totalmente brutal.

Además, cada vez que me transformo (de gárgola a humana y viceversa) me agoto un poco más todavía. Por no hablar del gasto energético que supone ser estrangulada por un gilipollas con una fuerza descomunal durante casi un minuto...

Todo esto significa que voy a tener que empezar a evitar enfrentamientos directos si quiero tener alguna esperanza de cruzar la meta. Y tengo más que esperanza. Tengo

determinación. He decidido que no pienso perder ante ese capullo de Cole. Joder, de eso nada.

En cuanto Marc corre algo tambaleante en mi dirección, decido que ha llegado el momento de equilibrar las posibilidades. Protejo el balón con un lado de mi cuerpo y uso el otro para golpearle en toda la cara de una patada (muchas gracias, triste clase de *kickboxing* a la que Heather me obligó a acudir en segundo).

Grita, pero eso no lo detiene (resulta que los lobos tienen una cabeza muy dura), así que lo golpeo de nuevo, esta vez con más fuerza. Hago un giro y me dispongo a golpearle por tercera vez, pero esta vez no recibe la patada: desaparece por arte de magia. Me trago las náuseas al darme cuenta de que, si le hubiese dado, habría sido un golpe mortal.

Pero ahora tengo problemas mayores entre manos. Los diez segundos que he pasado eliminando a Marc del juego me han ocasionado dos nuevos contratiempos.

Uno, que el balón vibra tanto que está a punto de romperme en pedazos.

Y, dos, que Cole venía directo a por mí y este tiempo que he perdido le ha venido de maravilla.

117

Lluvia de dragones

Una parte de mí se ve tentada a quedarse parada y dejar que me ataque, pero tengo cosas más urgentes que hacer en estos momentos, como, por ejemplo, restablecer el balón.

Y eso es lo que hago: lo lanzo al aire con todas mis fuerzas y salgo disparada tras él un par de segundos antes de que Cole llegue a donde estaba. Da un gran salto para atraparme y sus dedos rozan la parte inferior de mis pies, pero llega tarde.

Por desgracia, Delphina también está en el aire, y parece estar tan harta de jugar como yo.

Estoy casi llegando al balón, pero ella lo hace un segundo antes y usa su poderosa cola para lanzarlo a la otra punta del campo, hacia la línea de meta que tengo que defender otra vez.

Salgo volando tras él, consciente de que voy a llegar demasiado tarde y que me va a tocar forcejear con alguien más. Pero ahora estoy esquivando de nuevo bloques de hielo gigantes, así que, por el momento, tengo otras cosas en mente (como, por ejemplo, encontrar la manera de convertirme en el premio de mi propia galería de tiro aérea).

Me las apaño bastante bien, principalmente haciendo más volteretas mortales y giros que ni siquiera sabía que era capaz de hacer media hora antes. Pero Delphina está mejorando su puntería y me da con un inmenso bloque de hielo en la cadera, haciéndome girar sin control y con un dolor tremendo en ese lado del cuerpo.

Caigo girando sobre mí misma a toda velocidad. Mi cerebro me grita que me recomponga, que me mueva, que me dé prisa, pero la gravedad, la aerodinámica y el agotamiento forman una combinación letal. Así que al final hago lo que mi profesor de la autoescuela me enseñó que hay que hacer cuando derrapa el coche por las ruedas traseras. En lugar de intentar detener el giro, giro en la misma dirección.

Al parecer, es una buena idea, porque lo cambia todo. Recupero el control en cuestión de segundos y salgo volando por el campo, directa hacia Cam, que tiene algodón en la nariz, sangre en la camiseta y el balón entre sus torpes manos.

Me duele muchísimo la cadera, pero eso ahora no importa. Ahora lo único que importa es detener a Cam antes de que le pase la pelota a Cole (porque sé que Cole es quien atravesará con ella la línea de meta) y termine el juego.

Pero o Cam o una de las brujas se está volviendo más listo, porque cuando voy a por él a toda velocidad, ninguno de ellos trata de detenerme con un hechizo, sino que usan un hechizo con él... y de repente desaparece en mitad del campo.

¿Qué se supone que tengo que hacer ante eso?

No tengo tiempo, pero lo único que cuenta a mi favor es que a él tampoco le queda mucho. Dentro de unos quince segundos va a tener que pasarle el balón a otro, invisible o no. Pero no quiero tener que esperar tanto tiempo. Cada segundo que transcurre son varios metros que se aproxima a la línea de meta. Y no puedo permitirlo.

Echo un vistazo a mi alrededor, buscando desesperadamente una idea cuando, de repente, me viene una. Nunca lo he hecho antes, pero, bueno, tampoco había hecho antes nada del noventa y cinco por ciento de las cosas que he hecho en las últimas veinticuatro horas.

¿Es arriesgado? Sí. ¿Importa? Llegados a este punto, ni lo más mínimo.

Quiero aterrizar, pero no pienso poner un pie ahí donde Cole pueda alcanzarme. De modo que permanezco en el aire y empiezo a buscar el hielo que Delphina me ha estado disparando desde que hemos pisado este estadio del infierno. Hay cientos de bloques dispersos por todo el campo, y pienso usarlos todos. O, al menos, ese es el plan.

La mayoría de los libros que Amka dispuso para mí en la biblioteca no arrojaban mucha luz sobre las capacidades de las gárgolas, pero todos mencionaban una cosa: las gárgolas tienen la habilidad natural de canalizar el agua. Eso explica supuestamente por qué durante siglos tantos edificios utilizaban esculturas decorativas nuestras como desagües. No sé si será cierto o no, y Jaxon y Hudson tampoco lo sabían ya que soy la primera gárgola que conocen, pero voy a actuar con la idea de que sí lo es.

Y probablemente pierda este juego si no, pero no voy a pensar en eso ahora. No voy a pensar en nada que no sea sino hacer que lo del hielo funcione. Así que empiezo a concentrarme en atraer el agua hacia mí, del mismo modo en que canalicé la magia hacia Jaxon a través del vínculo o el poder de Hudson para encender las velas. Dejo que la energía se acumule en mí. Siento su propósito mientras me recorre el cuerpo y la atraigo hacia mi mano.

Cuando por fin noto la bola de energía ardiendo brillantemente en mi palma, aprieto el puño y la absorbo de nuevo. Y entonces tiro y tiro y tiro del hielo hacia mí, derritiéndolo mientras asciende por el aire. Y vuela. Todo el hielo vuela. Y nadie está más sorprendido que yo.

Es fascinante ver todos esos bloques de hielo volando hacia mí desde todas partes del campo, derritiéndose y formando columnas de agua que giran en un remolino en el aire. Pero la cosa con la que no contaba, lo que hace que todo esto sea todavía más increíble y aterrador, es el hecho de que hay mucha agua en el aire. Y la estoy atrayendo toda hacia mí.

De repente, las columnas se convierten en un muro de agua gigante que se desplaza por el campo, y nunca había visto nada igual. Y, a juzgar por las reacciones del público, que grita y golpea el suelo con los pies, ellos tampoco.

Quiero mirar a mi gente, a Hudson, a Jaxon y a Macy, para ver qué opinan de lo que está pasando, pero me aterra perder la concentración y lo que sucederá si lo hago aunque solo sea durante medio segundo.

Además, tampoco tengo tiempo para hacerlo. Necesito encontrar a Cam antes de que sea demasiado tarde.

No voy a mentir, estoy un poco asustada, pero supongo que es ahora o nunca. De modo que inspiro hondo para absorber toda el agua posible y, acto seguido, la lanzo directa al otro lado del campo, donde creo que se encuentra Cam.

Por supuesto, al caer, lo hace a su alrededor y no a través de él, y eso es suficiente para indicarme dónde está, que es a solo unos treinta y cinco metros de la línea de meta.

Salgo disparada tras él, volando a mi máxima velocidad, y aun así no sé si lo alcanzaré a tiempo. De modo que vuelvo a reunir el agua para crear una ola gigante... y la descargo sobre él, sobre Violet y sobre Quinn, ya que todos se encuentran en esa parte del campo. Y cuando el agua empieza a disiparse, la reúno una vez más y, con un giro de muñeca, la transformo en un remolino que los atrapa a todos.

Cam se vuelve visible de nuevo en algún lugar en medio de mi ataque acuático, pero ya no tiene el balón. Ninguno

de ellos lo tiene, de modo que aguzo la vista intentando encontrarlo antes de que otro lo haga.

Por fin lo diviso cerca del fondo del remolino. Tenía pensado dejarlos ir al cabo de unos segundos, pero ahora no puedo hacer eso. No cuando están tan cerca del balón y de la línea de meta.

Echo un breve vistazo a mi alrededor y observo que Cole y Simone ya han visto el balón y corren a por él, al tiempo que Delphina desciende en picado para interceptarme. Mantener el remolino activo requerirá gran parte de mi energía, y me estoy quedando sin ideas.

No tengo más remedio que intentar llegar al balón primero.

Afortunadamente, lo cojo justo antes que Cole, con el beneficio adicional de que esto me permite darle una patada en todo el estómago mientras remonto el vuelo de nuevo.

He de decir que, para ser alguien que siempre se ha proclamado pacífica, he disfrutado demasiado estos últimos golpes. Aunque, bueno, es lo que tiene la venganza, y ya me he cansado de ser la pobrecita Grace. Me he cansado de ser débil.

Ya va siendo hora de que todos en este campo, todos en este mundo paranormal, sepan que ya no soy un blanco fácil. Y que tampoco necesito esconderme detrás de Jaxon.

Mantengo la mirada fija en la línea de meta mientras corro hacia mi objetivo. La emoción me arde en el pecho al darme cuenta de que voy a lograrlo. Estoy volando con todas mis energías y, cuando veo que la meta se acerca y se acerca, no puedo evitar la euforia que burbujea en mi pecho. De verdad voy a conseguirlo.

Apenas me queda energía, de modo que detengo el remolino que mantiene a Violet a Quinn y a Cam a raya.

Pero no importa. Estoy a solo seis metros de la meta y ellos están demasiado lejos como para alcanzarme. A

menos que Cole haya aprendido a volar de repente, lo he logrado. ¡Lo he logrado!

Sin embargo, no llevo celebrándolo mentalmente ni cinco segundos cuando caigo en la cuenta de que he cometido un error estratégico gigante.

Me había olvidado de Delphina.

Y está más cerca de mí de lo que pensaba, y me golpea por sorpresa justo cuando estoy a punto de atravesar la meta.

Me golpea de lado con todas sus fuerzas y a toda velocidad, derribándome del aire. Y, lo que es peor, oigo (y siento) que se parte la piedra de mi ala.

118

Deja de tocarme las... alas

Logro aferrarme al cometa por la única razón de que siento tanto dolor que todos los músculos de mi cuerpo se contraen en un intento de proteger al resto de mi ser de un sufrimiento mayor.

Y, esta vez, cuando caigo al suelo, no puedo hacer nada más que gritar.

Está claro que tengo el ala partida. Todavía no la he visto, pero casi me desmayo con el traumatismo, y no puedo volar recta por más que lo intente. No puedo volar en absoluto, para ser sincera, y mi única esperanza de no romperme en mil pedazos al impactar contra el suelo es intentando planear sobre las corrientes de aire. Y rápido.

No es fácil, ni algo muy elegante, pero funciona, y eso es lo único que importa. Pero para cuando llego al suelo ya han pasado los treinta segundos y tengo que deshacerme del balón o las vibraciones acabarán conmigo. Otra vez.

Recuerdo a Nuri sosteniendo el cometa durante cinco minutos antes del comienzo del Ludares, y no puedo más

que sentir admiración por ella. Yo solo llevo treinta segundos y ya vendería mi alma con tal de restablecerlo.

Lo lanzo al aire y rezo para poder tener un respiro. Ya no puedo volar, así que, si Delphina lo alcanza, estoy jodida del todo. Aunque probablemente lo esté de todos modos, teniendo en cuenta que ahora me veo obligada a permanecer en el suelo con Cole, que viene hacia mí como si le estuvieran persiguiendo los perros del infierno.

Para mi sorpresa, Delphina no lo coge. Por su forma de volar, en tambaleantes círculos, diría que su último golpe le ha causado el mismo daño en el cerebro que a mí en todo el cuerpo. Otro día, en otra prueba, me compadecería de ella. Ahora mismo, solo me alegro de que eso signifique que va a estar fuera de juego durante unos segundos.

Cole corre directo hacia mí, y hacia el balón, en forma de lobo. Pero yo estoy más cerca y sé que si corro es posible que llegue antes que él. De modo que me transformo en humana de nuevo y salgo disparada a por el balón.

Consigo arrebatárselo a Cole ante sus fauces abiertas. Salgo corriendo pero, al echar un momento la vista atrás, veo que no solo tengo a Cole pisándome los talones, sino a todos los demás también..., menos a Delphina, que sigue interpretando su mejor imitación de un reloj de cuco.

Pero Quinn, Violet y Cam por fin han salido del remolino en el que los había dejado y ahora me persiguen como si toda su reputación dependiera de acabar conmigo.

Y puede que sea cierto, pero mi vida entera depende de no permitírselo, así que lo doy todo. Aprieto los dientes mientras supero los treinta segundos con el cometa. El balón está tan caliente que noto que me abrasa la piel de las manos. Pero no puedo soltarlo, no puedo ceder ni una sola vez más. Mi energía está parpadeando. Estoy herida. Estoy destrozada. Estoy rota. Y no me quedan fuerzas para seguir luchando.

Se acabó. Lo sé. Lo siento en los huesos. Lo siento en todo el cuerpo. Esta es mi oportunidad de ganar y, si no la

aprovecho ahora, probablemente no tenga otra.

Lo que significa que no voy a renunciar a este balón, por mucho que duela. Por mucho que tenga que sacrificar para aferrarme a él.

Y corro.

Cuando estoy a unos diez metros de la línea de meta, me vuelvo brevemente y no me sorprendo al ver a seis paranormales furibundos persiguiéndome a toda velocidad. Lamentablemente, parece ser que los pajaritos por fin han dejado de girar alrededor de la cabeza de Delphina, porque ella también se ha reincorporado al juego.

Lo que significa que ganar esto se ha vuelto mucho más difícil.

Estoy muy cerca.

Pero Cole también.

Necesito volver a transformarme en gárgola para que ese puto sádico no me mate con sus afilados dientes y garras. Pero ¿y si mi ala está tan dañada que el dolor me hace flaquear? Un segundo de retraso es todo lo que Cole necesita para abalanzarse sobre mí.

Leí en uno de los libros que, al transformarse, algunos metamorfos pueden sanarse o curarse parcialmente, ya que la magia transforma su cuerpo, no su fisiología. De modo que hay una posibilidad muy muy pequeñita de que transformarme me proporcione, de hecho, una ventaja contra Cole: podría recuperar mi vuelo.

De modo que decido arriesgarme. Y cambio.

Casi me desmayo del alivio al ver que el ala se ha curado y alzo el vuelo. No es el mejor de los despegues, ya que el cometa me está causando ahora un dolor tan insoportable que se me saltan las lágrimas. Pero estoy a solo unos cinco metros de la línea de meta y volando.

119

Las gárgolas lo hacen con gracia

Apenas he avanzado un par de metros cuando algo me golpea la espalda, y el dolor es atroz.

Unas garras afiladas me rodean el brazo y me arrojan hacia el suelo con tanta fuerza que me es imposible erguirme.

El suelo se levanta para recibirme cuando mi cuerpo de piedra impacta contra la tierra, con el cometa atrapado bajo uno de mis brazos. Tengo la cabeza girada hacia mi meta, y casi sollozo al ver que estoy a tan solo unos metros de distancia. Estaba tan cerca…

Aunque pudiera moverme, que no puedo, Violet hace brotar de nuevo unas enredaderas del suelo que se enroscan en mis brazos y mis piernas, presionándome más contra el suelo, y el cometa vibra ahora tan rápido y tan caliente que siento un dolor constante que me deja aturdida.

Oigo vagamente que el ruido estalla en el estadio, pero no sé si quieren que se ponga fin a la prueba o que se me

castigue con la muerte por atreverme a cuestionar la santidad de su queridísimo Círculo.

Simone me gruñe e intenta arrebatarme el balón de debajo del cuerpo, pero Cole solo se ríe:

—No te molestes en quitárselo —le dice mientras señala con la barbilla el reloj a un lado del campo—. Lleva cuarenta y cinco segundos. Ya lo soltará cuando la mate. —Se vuelve hacia mí, con un brillo malicioso en los ojos que es un poco más vil a cada segundo que pasa—. Tiene que ser insoportable, ¿no, Grace? ¿Por qué no sueltas el balón? Todo será más fácil si te rindes.

—Vete a la mierda —le suelto—. No pienso darte esa satisfacción.

Sonríe.

—Imaginaba que dirías eso —responde, y me da un puñetazo en toda la cara.

Los demás se toman su gesto como una señal de que se abre la veda y se abalanzan sobre mí. Quinn, ahora en forma humana, me agarra el brazo libre y empieza a tirar hacia atrás y hacia atrás hasta que siento que se me va a partir.

Delphina me da con la cola en toda la cara y casi me ahogo con mi propia sangre. Ni siquiera sabía que podía sangrar transformada en gárgola, gracias por la lección.

Cam me patea el costado y grita:

—¡Es lo que tiene la venganza!

Y Cole... Cole se acerca a una de las pesadas barras rectas que se usan como poste y la arranca del suelo con su descomunal fuerza de lobo.

Intento encontrar la manera de protegerme de un golpe que, sin duda, acabará conmigo. Me planteo volver a mi forma humana, pero, si lo hago, Cole me matará igualmente con ese garrotazo.

Estoy atrapada. Me llueven golpes por todas partes, e intento encontrar el recuerdo de la sonrisa de mi madre, intento encontrar el poder de Hudson, pero no puedo. No

puedo centrarme en nada que no sea el siguiente impacto, y ahora el balón me está destrozando átomo a átomo.

Siento que se me nubla la vista y sé que voy a morir.

Y esta vez nadie puede salvarme, ni siquiera yo.

Y, pese a todo, no me arrepiento de haber venido al Katmere. Jamás me arrepentiría de algo que hizo que Jaxon entrase en mi vida. Y Hudson. Y Macy, Flint, Eden, Mekhi, Gwen, el tío Finn e incluso el pobre Xavier. Mis amigos. Mi familia.

Lo único que lamento es que mis padres no vivieran para ver la vida que me he labrado aquí. Les habría gustado mi gente tanto como a mí. A mi padre le habría encantado que Jaxon fuese tan protector, y el ridículo sentido del humor de Flint. A mi madre le habría encantado el carácter picarón de Macy y que Hudson siempre me anime a defenderme sola.

Y justo cuando recuerdo a mi madre, riendo y sonriendo, una imagen empieza a centellear ante mí, tan clara que casi puedo tocarla.

Las rodillas. Me duelen mucho las rodillas. Al caer al suelo me las he arañado tanto que unos chorritos de sangre descienden por mi pierna, manchando mis bonitos calcetines rosa. Ahora estoy llorando y le pregunto a mi padre por qué no me ha cogido antes de que me cayera. Y veo que se le parte el corazón por no haber estado ahí para mí. Debería haber estado. Pero no ha sido así. Se inclina hacia delante, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y me dice que lo siente, que podemos volver a intentarlo en otra ocasión. Que mañana sí que me cogerá. Y entonces me tiende la mano para volver a casa. Estoy muy triste.

No he aprendido a montar en bici, y encima me he caído. No he sido lo bastante fuerte. No he podido hacerlo. Me duelen las rodillas, pero la sensación de haberles fallado a mis padres, de haberme fallado a mí misma, me duele más que cualquier rasguño. Levanto la mirada para ver si mi madre también se avergüenza de mí, pero me está

sonriendo. Sus ojos brillan repletos de un amor incondicional.

—Puedes hacerlo, cielo. —Me coge la mano y me la aprieta, y entonces le lanza una mirada a mi padre para animarle a retroceder y dejarme un poco de espacio—. Venga, monta. Monta, Grace.

Y me sonríe. Una sonrisa tan repleta de amor, tan repleta de seguridad, de esperanza y de calor que siento que va a explotar dentro de mí y a envolverme con su fuerza y su poder. Un poder inmenso que crepita justo bajo la superficie, esperando a que lo toque, a que lo tome.

A que lo use.

Y en ese momento, lo sé. Reconozco lo que es.

Ese poder que ilumina cada célula de mi cuerpo no es solo mío.

Es el de Hudson.

Y es exorbitante.

120

Un, dos, tres,
¡poder inglés!

No sé cómo sabía Hudson que acabaría necesitando ese recuerdo en este momento más que nunca en mi vida. No solo su poder, sino también la confianza que mi madre tenía en mí. Tal vez porque se imaginaba lo destrozada y hecha polvo que estaría al final de esta prueba. O tal vez porque, después de tanto tiempo atrapado en mi cabeza, simplemente me conoce.

Siento un rumor en el suelo bajo mi mejilla y sé que Jaxon está haciendo todo lo posible por derribar la barrera para entrar aquí y salvarme. Oigo que Macy grita unos hechizos, pero todos impactan estruendosamente contra la barrera. Y sé que si Flint estuviese aquí intentaría eliminar el hechizo protector a base de fuego con todas sus fuerzas.

Pero no necesito que me salven. Esta vez no. Gracias a Hudson lo tengo todo controlado, aunque ninguno de los presentes lo sepa todavía. Porque él es el único que me ha proporcionado la fuerza que necesito para volver a levantarme de nuevo.

Pese a que para ello ha tenido que renunciar a su esencia. Por mí. Por una chica que se ha pasado las últimas dos semanas odiándolo. Una chica que en un momento dado estuvo dispuesta a arrebatarle lo que ahora me ha entregado voluntariamente.

Inspiro hondo y dejo que el poder fluya a través de mí. Y entonces me doy cuenta de que no me ha dado solo una parte: me lo ha dado todo.

Y tengo que decir que... ¡joder! Sabía que Hudson era poderoso, pero estoy acostumbrada a lo poderoso. Al fin y al cabo, Jaxon era mi compañero y su poder era insuperable..., o eso creía.

Pero la clase de poder que tiene Hudson, la clase de poder que fluye ahora por mi organismo, no se asemeja a nada que jamás hubiese podido imaginar. Nadie que yo conozca podría imaginar algo así..., ni siquiera Jaxon.

Apenas estoy rozando la superficie y ya tengo la sensación de que es mucho más del que jamás pensé que podría ejercer o contener. ¿Qué se debe de sentir al tenerlo todo dentro? ¿Al saber que puedes hacer cualquier cosa que quieras, cuando quieras?

Por un segundo, solo un segundo, todos los fragmentos de información que Hudson me ha ido revelando durante el último par de semanas durante nuestra infinidad de conversaciones toman forma en mi cabeza.

Está claro que Jaxon se equivocaba. Porque si de verdad Hudson hubiese querido llevar a cabo un genocidio, joder, si hubiese querido matar a todo el mundo, no habría perdido el tiempo empleando únicamente su don de la persuasión. Ahora sé de todo lo que es capaz. Con solo pensarlo, sus enemigos se habrían convertido en polvo. No solo uno, ni diez, ni mil: todos ellos.

Y ahora me pregunto cómo es posible que Jaxon derrotase a su hermano, y la única respuesta que se me ocurre es que Hudson le dejó ganar. Porque sé, sin lugar a dudas, que lo

único que tengo que hacer es pensar en algo para que ese algo simplemente deje de existir.

Pero no tengo tiempo de ponerme a plantearme estas cosas. Cole suelta una risita y se agacha a mi lado, con la barra del poste todavía en las manos como si fuera la mantita de seguridad de un niño; otra prueba más de lo débil que es.

Como si necesitase más pruebas. No me puedo creer que este tío sea el alfa. Es patético, solo que no sabía cuánto hasta este momento.

—Estoy deseando acabar contigo —dice con desprecio—. Este no es tu sitio. Nunca lo ha sido. Foster es demasiado cobarde para admitirlo. Pero yo no. Voy a hacerle un favor a todo el mundo y a encargarme de ti de una vez por todas. —Entonces se acerca a mi oído y me susurra—: Y después me encargaré de Jaxon y de Hudson. Ha llegado la hora. ¿Lo sientes? Ninguno de ellos es lo que solía ser, ¿verdad? He de admitir que me ha sorprendido ver a Hudson de vuelta. Pero, bueno, así tendré la oportunidad de matarlo yo mismo por fastidiar mis planes el año pasado.

Les hace un gesto a los demás para que se aparten. Y entonces levanta la barra, preparado para darme el golpe que garantizará el final del juego y, probablemente, el mío propio.

De fondo, el silbato de Nuri pita fuerte e insistentemente, pero Cole no le presta la más mínima atención. Nadie lo hace. Pero no importa, porque ahora que el poder de Hudson se ha extendido por todo mi ser, ahora que lo siento en cada parte de mí, sé perfectamente lo que tengo que hacer. Y no pienso permitir que Cole les toque ni un pelo, ni a Jaxon ni a Hudson.

No, después de todo lo que han hecho por mí.

No, después de todo lo que han sido para mí.

—Ambos podrían destruirte solo con pensarlo —le digo entre dientes—. Pero, para cuando yo haya acabado, ya no tendrán que hacerlo.

Y entonces disuelvo las enredaderas que me sujetan al suelo con apenas pensarlo un poco. Me apoyo con una mano y me levanto tambaleándome, pues el balón angustiosamente doloroso sigue en mi mano y el poder de Hudson fluye por mis venas. Combinado con los de mi gárgola, se vuelve más poderoso todavía..., y entonces toca algo más dentro de mí. Algo que puedo sentir, pero para lo que aún no tengo nombre.

Todo termina de mezclarse cuando por fin me levanto, haciendo caso omiso a las magulladuras y a los pedazos rotos de mi cuerpo que caen al suelo que nos rodea.

La sonrisa de suficiencia de Cole flaquea al verme, pero no sé por qué. Probablemente porque no está acostumbrado a que nadie le plante cara, y mucho menos la chica humana a la que lleva jodiendo desde el día en que llegó. La chica humana que ha resultado ser mucho más de lo que ninguno esperábamos.

Algo similar al miedo se refleja en su cara. Pero entonces las brujas corren en su auxilio con las varitas levantadas mientras los tres me lanzan hechizo tras hechizo.

Pero estoy en mi forma de gárgola, impregnada con el poder de un vampiro, y todos sus hechizos me resbalan. Delphina me dispara hielo con tanta fuerza que debería desportillar más partes de mi cuerpo, o al menos obligarme a retroceder. Pero no consigue ninguna de las dos cosas y, cuando doy un paso hacia delante, veo que el pie que estoy mirando no me pertenece. O al menos no a mi tamaño normal.

Porque con cada hechizo que me lanzan, aumento de tamaño.

Con cada bloque de hielo que Delphina me escupe, me vuelvo más alta y más fuerte, y mi piedra se torna más y más impenetrable.

«¿Esto es el poder de Hudson?», me pregunto mientras avanzo un segundo paso.

¿Esto es lo que puede hacer?

Pero algo en mi interior, ya sea mi gárgola o el poder de Hudson o una extraña amalgama de ambos, me susurra «no». Me susurra que lo que está sucediendo ahora es algo completamente distinto. Algo que nadie ha visto nunca antes, pero eso no me proporciona ninguna pista.

Delphina me lanza hielo una vez más, justo antes de que Violet, Cam y Simone se unan, con cara de pánico y con las varitas alzadas. No sé qué tienen planeado hacer, pero me da igual. Lo único que quiero es llegar a la meta y que acabe este juego de una vez por todas.

Pero juntos lanzan un hechizo que hace que unos largos lazos rojos atraviesen el aire en mi dirección. Las cintas me envuelven y amarran mi brazo libre a mi costado y el brazo con el que sostengo el cometa a mi pecho.

No sé cómo se les ha ocurrido pensar ni por un segundo que sus endebles ataduras podrían retenerme, por mucha magia que contengan. Las destrozo con un leve pensamiento y sigo caminando mientras las cintas se desintegran en un millón de pedacitos de confeti que flotan y revolotean a mi alrededor.

Y es entonces cuando ocurre. Es entonces cuando Cole y Quinn se abalanzan sobre mí. Han vuelto a su forma de lobo, y gruñen, rugen y arañan mientras intentan agarrarse a cualquier parte de mi cuerpo que me pueda doler. A cualquier punto débil que crean que puede hacer que acabe derribándome. Pero no tengo tiempo para ellos. No tengo tiempo para seguir con estas menudencias, y hago un ligero movimiento con la mano para espantarlos. Caen al suelo, gimoteando y casi sin forma, y entonces me doy cuenta de que ese simple movimiento de mi mano les ha roto casi todos los huesos del cuerpo convirtiéndolos en astillas.

Están llorando cuando regresan a su forma humana para ayudar a que sus huesos se recuperen, pero dejo de prestarles atención. Mientras no me molesten, yo no los molestaré a ellos.

Me vuelvo hacia los demás, preparada para frustrar cualquier otro ataque si fuera necesario, pero ni siquiera se me acercan. Solo me observan, pasmados y aterrorizados..., lo cual me viene genial.

Pero Delphina hace un último intento. Desciende del cielo lo más rápido que puede apuntando con las garras directamente a mi corazón. Con solo pensarlo y otro movimiento de mi mano, desaparece.

Y entonces la multitud clama con más intensidad. No porque la haya matado, aunque podría haberlo hecho fácilmente, sino porque aparece de nuevo en la carpa de la enfermería en la banda. Se me hace raro pensar que soy capaz de asestar un golpe mortal con un mero pensamiento.

Ahora estoy a solo unos metros de la meta y, con cada paso que avanzo, me encojo un poco más, hasta que recupero mi tamaño normal.

Pero, antes de cruzarla, levanto el cometa y se lo muestro a la audiencia, como hizo Nuri. Desafío a todos y cada uno de ellos a sostenerlo el mismo tiempo que lo he sostenido yo, que a estas alturas deben de ser ya al menos diez minutos, incluyendo el tiempo que ha estado atrapado, abrasándome y vibrando, debajo de mi cuerpo destrozado.

Entonces cambio a mi forma humana para que la que atraviese la línea de meta color rojo sangre con el balón sea Grace, solo Grace.

Grace, la que de alguna manera ha logrado superar a Cole, al Círculo, al rey y todas las expectativas.

Es una sensación fantástica.

Cuando cruzo la meta, el estadio estalla en vítores y aplausos, y no puedo evitar mofarme del rey ofreciéndole el cometa. Creía que los gritos del público no podían ser más ensordecedores, pero me equivocaba. Nuri inclina la cabeza en señal de respeto, y le guiño el ojo. Después dejo caer el cometa al suelo.

Pero la explosión de poder de Hudson me ha diezmado y, en cuanto los altavoces del estadio anuncian que soy la

vencedora, me paro. Simplemente me paro.

Y entonces me caigo de rodillas asolada por oleadas y oleadas de agotamiento.

121

Y la afición se vuelve loca

«Se ha acabado. Por fin se ha acabado.» Eso es todo lo que puedo pensar mientras el mundo a mi alrededor se vuelve loco.

Quiero volver a levantarme, quiero comprobar que Jaxon, Hudson, Macy, Flint, Eden, Mekhi y Gwen (todas las víctimas de las batallas que me han traído hasta aquí, hasta este momento) están bien, pero estoy tan agotada que no tengo fuerzas ni para mover la cabeza. Estoy demasiado cansada como para hacer nada que no sea seguir aquí tirada, intentando asimilar todo lo que acaba de pasar.

La multitud está gritando y golpeando el suelo con tanta intensidad que temo que el estadio se derrumbe. Los alumnos vitorean, el profesorado aplaude e incluso la mayor parte del Círculo me mira como si «tal vez» me hubiesen subestimado.

Se me hace un poco raro teniendo en cuenta que hace menos de una hora tenía la sensación de que todos los presentes estaban en mi contra. Recelosos, enfadados, convencidos de que yo no pertenecía a este lugar..., y ahora me están aclamando como si fuese uno de los suyos.

Y lo único que ha cambiado es que he superado la dichosa prueba del Círculo.

Sigo siendo yo. Sigo siendo Grace. La chica mitad humana, mitad gárgola. Solo que ahora parecen pensar que este es mi lugar.

Interesante, teniendo en cuenta que nunca he querido pertenecer a este lugar. Únicamente quiero largarme de este estadio sin mirar atrás.

Solo hay ocho personas en este instituto que me importan de verdad. Los demás se pueden ir directos al infierno.

¿Irónico? Sí. ¿Algo con lo que tenga que lidiar ahora? Ni por asomo.

De modo que lo guardo en la carpeta de «Mierdas para las que no tengo tiempo hoy» con la esperanza de que sea mi última entrada y apoyo la cabeza en el suelo y respiro. Simplemente respiro.

Voy a levantarme, voy a hacerlo, en cuanto esté segura de que mis piernas podrán soportar mi peso. Resulta que pasar esta prueba yo sola y terminarla con una especie de explosión de megapoder es agotador..., y más después de la nochecita que había tenido.

Pero antes de que me dé tiempo a analizar qué me duele (o, mejor dicho, qué no me duele, ya que esa lista es mucho más pequeña), Cyrus reduce el campo de fuerza mágico que protege el área de juego lo justo para poder entrar y avanza por el césped.

No quiero levantarme, pero no pienso enfrentarme a este hombre boca abajo en el suelo. Y mucho menos de rodillas. Así que hurgo entre mis últimas reservas de fuerza y me obligo a levantarme. Me tiemblan un poco las piernas, pero estoy de pie.

Nos miramos a los ojos, y no puedo evitar detectar una cantidad perturbadora de rabia en los suyos. Tanto es así que espero que empiece a gritar y a correr a toda velocidad hacia mí de un momento a otro. Pero tiene demasiado autocontrol como para hacer algo así.

En lugar de eso, camina despacio hacia mí con su corbata y su traje de tres piezas de Tom Ford, y no se detiene hasta que llega a unos cinco centímetros de distancia.

Conforme más se aproxima, más incómoda me siento estando tan cerca de él. En parte porque parece una versión de Jaxon y de Hudson con treinta años (un poco más descuidado y mucho más sofisticado, y con una actitud que exige obediencia), y en parte porque, cuando nuestras miradas se encuentran, hay algo en la profundidad de la suya que me provoca escalofríos a niveles insospechados. Empiezo a retroceder (varios pasos, de hecho), pero eso es justo lo que quiere. De modo que me obligo a permanecer en el sitio, levanto la barbilla y le mantengo la mirada pese a mis recelos.

Espero que mi pequeña sublevación lo haga estallar, pero, en lugar de eso, provoca una ligerísima sonrisa en su rostro mientras me observa. No dice ni una palabra, ni siquiera hace ningún movimiento hacia mí, y, pese a todo, me siento completamente asqueada cuando me repasa con la mirada desde mi calzado embarrado hasta mi cara.

Quizá debería haber retrocedido después de todo... hasta la siguiente montaña, si es posible. Pero ahora es demasiado tarde. Cualquier movimiento por mi parte parecerá una retirada, y no pienso darle esa satisfacción... ni ese poder.

De repente, toda la arena empieza a temblar, el suelo se agita y se sacude bajo mis pies durante unos segundos antes de volver a asentarse.

—Vaya. Lo has logrado —dice con una ceja enarcada y pasándose el dedo índice por el labio inferior como suelen hacer algunos hombres cuando piensan que han encontrado un *snack* .

Qué más quisiera.

—Pues sí —respondo con una mueca de desprecio mientras todos mis instintos me gritan que salga corriendo,

que un depredador letal me tiene en su punto de mira—. Y ahora voy marcharme.

Me dispongo a pasar por delante de él, pero me agarra del codo.

El estadio empieza a temblar de nuevo. Miro hacia mis amigos y veo los rostros frenéticos de Jaxon y de Hudson, y sé que es Jaxon quien está provocando esto. Está luchando contra la cúpula protectora que ha instalado su padre, intentando desesperadamente atravesarla.

El suelo se agita una vez más, y Cyrus ajusta su mano en mi brazo. Me preparo para sentir dolor, para un castigo, para algo, pero su tacto sigue siendo suave cuando se inclina para susurrarme al oído:

—No pensarás de verdad que voy a dejar que te vayas, ¿no?

—Creo que no tienes elección —respondo—. Me he enfrentado a tu estúpida prueba y he ganado. Y ahora voy a alejarme. De ti. De este estadio. De todo.

Empiezo a apartar el codo y es entonces cuando sus dedos me aprietan reteniéndome en el sitio. Y no hay nada que pueda hacer. Estoy luchando contra una fatiga tan inmensa que me tiembla todo el cuerpo del esfuerzo de mantenerme de pie.

—¿Crees que no sé que has hecho trampa?

—¿Crees que me importa lo que tú sepas o no? —le espeto.

—Esta prueba la he diseñado yo mismo. Y es imposible que pudieras superarla tú sola. —Sus dedos se me clavan en el codo un poco más con cada palabra que sisea.

No me encojo ni me aparto, aunque el dolor se vuelve más intenso a cada segundo que pasa. En lugar de eso, le devuelvo la sonrisa y contesto:

—Me resulta interesante que sintieras la necesidad de organizar una prueba tan dura para una chica medio humana que apenas hace dos semanas que ha descubierto sus poderes. ¿No es un poco exagerado?

—¿Me estás diciendo que no has hecho trampa? —pregunta.

—¿Me estás diciendo que tú no la has hecho? —respondo.

Porque supongo que, técnicamente, sí que he hecho algo de trampa. He usado el poder de Hudson cuando solo los compañeros pueden ayudarse entre sí.

Pero eso no es nada comparado con lo que ellos han hecho para asegurarse de que fracasara. Han roto deliberadamente mi vínculo con Jaxon minutos antes de que entrase en el estadio.

Me han privado de un compañero, no solo para esta estúpida competición, sino para el resto de mi vida.

Nos han roto… a mí y a Jaxon.

¿Y Cyrus piensa que puede venir aquí y quejarse de que he hecho trampa? Pues lo siento, pero no lo siento.

—¿Crees que esto significa que vas a conseguir un asiento en el Círculo, niña? —gruñe, aunque su gesto permanece imperturbable, como la presión de sus dedos en mi codo—. Ninguna gárgola volverá a entrar en él. No, mientras yo sea rey. No, después de lo que hicieron.

No sé a qué se refiere, y lo cierto es que me da igual. Por eso le respondo:

—Me importa una mierda tu Círculo. Nunca me ha importado. —Estoy harta de esta conversación, harta de él, harta de este maldito mundo y de sus reglas arbitrarias y de los descontrolados abusos de poder—. Así que ¿por qué no hacéis las maletas tú y tus amiguitos, y os volvéis a casa? Nadie os quiere aquí.

—Tú no eres quién para mandarme a casa.

Empieza a caminar en círculos a mi alrededor y sé que algo se avecina, lo siento en los huesos. Pero sigo sin achicarme ante este hombre. No puedo hacerlo. Es más, no pienso hacerlo. En lugar de eso, recurro a mi gárgola y busco el hilo platino que me ha estado manteniendo a salvo estos días.

—No eres quién para decirme nada —continúa.

Muevo la cabeza para poder seguir sus movimientos. Que me niegue a empequeñecerme ante él no significa que vaya a perderlo de vista, y menos teniéndolo tan cerca.

—Yo siento exactamente lo mismo, Cyrus.

Me dirijo a él por su nombre a propósito, solo para cabrearlo. Funciona. Su voz se vuelve de hielo cuando dice:

—Sabes que no podemos ganar los dos, ¿verdad, Grace?

Me felicitaría a mí misma por haber conseguido irritarlo, pero algo en su tono me indica que lo he cabreado demasiado. Algo que me pone en alerta máxima y que me lleva a tirar del hilo platino. Pese a lo cansada que estoy, empiezo a transformarme, aun sabiendo que me va a pasar factura. Pero estoy demasiado agotada; mi gárgola va muy lenta.

Y es entonces cuando Cyrus aprovecha para atacar. Sus colmillos destellan un milisegundo antes de clavármelos en el cuello, justo por encima de mi arteria carótida.

122

Gárgola de gelatina

Grito mientras el mundo se descontrola por completo. El suelo se sacude tan violentamente que creo que va a desgarrarse. Y entonces grito de nuevo.

No puedo evitarlo. El dolor es tan insoportable, tan distinto a cuando Jaxon me muerde, que ni siquiera soy capaz de comprender lo que está sucediendo.

—¡Para! —chillo empujando a Cyrus mientras intento desesperadamente completar mi transformación.

Pero no puedo transformarme. Mi cuerpo ya se está moviendo de forma descontrolada mientras el dolor empieza a dispararse por mis brazos, a debilitar mis piernas y a convertir mi sangre en fuego.

Dios mío, cómo duele. Duele muchísimo.

Se me inundan los ojos de lágrimas, pero evito derramarlas mientras continúo empujando a Cyrus, desesperada por quitármelo de encima. Pero ya se está apartando. No entiendo cómo es posible, cuando el dolor que siento no hace sino empeorar.

Y entonces es cuando caigo en la cuenta. No estaba bebiendo mi sangre como hizo Jaxon. Lo único que ha hecho

ha sido morderme, y esa mordedura quema como la superficie del sol: es veneno.

Cyrus se vuelve hacia la multitud, con los brazos extendidos, y anuncia con un bramido que resuena en el silencio como una única solitaria:

—Nuestra pequeña gárgola ha admitido que ha hecho trampa. Todos lo hemos visto. Y las trampas en la prueba se penan con la muerte, ¿no es así? —Tiene al estadio en la palma de la mano—. ¿Cómo se atreve a desvirtuar nuestras tradiciones, nuestras reglas? Ella no es una de nosotros y nunca lo será.

Y tras esa nota final se vuelve de nuevo hacia mí justo cuando un ruido estruendoso y desgarrador atraviesa el aire. De repente, la multitud suena mucho más fuerte, aunque el suelo por fin ha parado de temblar. Lo cual, supongo mientras todo empieza a desconectarse en mí, es bueno, porque las piernas ya me están fallando.

Empiezo a desmoronarme, y me preparo para golpear el suelo y para lo que sea que Cyrus pretenda hacerme cuando por fin esté ahí tendida, indefensa.

Pero nunca llego a tocar el suelo porque de la misma forma repentina en que Cyrus me ha atacado, Hudson aparece a mi lado y me atrapa.

Como si fuese basura del día anterior, Cyrus ya se ha dado la vuelta y ha empezado a alejarse. Me quedo mirando su alta figura atravesando el campo, y me pregunto si desafiará alguien algún día a este cruel vampiro. ¿Cuánto tiempo más pasará hasta que el mundo entero se arrodille ante él? ¿Cómo pude ser tan ingenua como para pensar que podría moderar su reinado? Yo. Una insignificante gárgola medio humana.

Hudson me acuna en sus brazos y su rostro refleja un miedo y una rabia que jamás había visto antes en él.

—¡Grace! —grita con voz ronca—. ¡Grace, aguanta!

Su tono no es nada indiferente. No es sarcástico ni está a la defensiva. Y de repente, pese al dolor, me doy cuenta de

que es posible que esté viendo al verdadero Hudson por primera vez.

Y me gusta lo que veo. Aunque... las repentinas lágrimas en sus ojos azules solo hacen que parezcan más profundos todavía.

Levanto la mano para secárselas.

—Oye, no pasa nada —le digo, aunque sé que sí que pasa —. No hagas eso.

Sé que esto es malo, lo sabía incluso antes de las lágrimas de Hudson. No es ninguna sorpresa teniendo en cuenta que el dolor y el escozor continúan extendiéndose por todas las partes de mi cuerpo. Pero eso no significa que no me apene. Estaba deseando conocerlo una vez fuera de mi cabeza. Estaba deseando hacer un montón de cosas.

Miro hacia Jaxon y Macy, que se esfuerzan por llegar hasta mí. Están a medio camino en el campo, pero Jaxon apenas es capaz de caminar. No me puedo ni imaginar el esfuerzo que le debe de haber supuesto derribar esa cúpula mágica, y más teniendo en cuenta lo agotado que estaba ya. Ojalá pudiera llegar hasta él; ojalá pudiera abrazarlo una vez más.

Pero ya tengo frío, la lluvia y la aguanieve alcanzan el interior del estadio ahora que la magia ha desaparecido, y puedo sentir la ponzoña de Cyrus adentrándose cada vez más en mi sistema.

—Grace, mírame —dice Hudson con una urgencia que desconocía en él—. Necesito que me mires.

Vuelvo lentamente la cabeza hacia él mientras me pregunto cuánto tiempo más tardará el veneno en matarme. Me duele tanto todo que casi no puedo respirar, no puedo pensar.

—Tienes que aguantar —susurra Hudson—. Podemos arreglar esto. Sé que podemos. Solo necesito que te quedes conmigo un poco más.

—La mordedura eterna —le susurro para recordarle que sé lo que está pasando aquí. De la misma forma que sé que está mintiendo, porque nadie se recupera de la mordedura

eterna de Cyrus; ni siquiera las gárgolas. Y la historia lo demuestra.

—Que le den a la mordedura eterna —responde—. No pienso dejar que mueras, Grace.

Me río levemente, porque duele demasiado.

—Creo que ni siquiera tú puedes hacer nada para detener esto.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer.

Ahora que lo dice...

—Creo que tengo algo que te pertenece —susurro.

Siento una nueva oleada de dolor tan intensa que casi me desmayo. Registro vagamente que Hudson me grita, me suplica, aunque no sé muy bien por qué. Quiere que no haga algo..., morir, creo. Ya, yo tampoco quiero. Pero, si tengo que morir, quiero darle a él al menos la oportunidad de vivir de nuevo.

Cuando el dolor disminuye por fin, levanto la mano y la coloco en su mejilla. Después hurgo en mi interior y encuentro un hilo azul brillante que no estaba ahí antes. Está justo encima de todos los demás, como si estuviera esperando este momento.

Y quizá sea así. Estoy segura de que Hudson sabrá qué hacer con sus poderes mucho mejor de lo que yo sabré jamás.

Con las últimas fuerzas que me quedan, agarro el hilo y le devuelvo a Hudson su poder.

Hay muchísimo, mucho más del que jamás habría imaginado que una sola persona pudiese albergar, y mucho menos ejercer. He visto el poder de Jaxon, lo he sentido a través del vínculo, y es inmenso. Pero esto... esto parece no tener límites.

El trasvase continúa y continúa, y los ojos de Hudson brillan con más fuerza a cada segundo que pasa. Sus labios se mueven, pero no oigo lo que dice a causa del ruido que origina su poder en mis oídos al abandonarme. Hasta que por fin, por fin estoy vacía. Por fin los últimos restos de

Hudson han desaparecido de mi cuerpo, y estoy completamente sola.

Aunque me parece justo. Supongo que a la hora de la verdad todo el mundo muere solo.

—Lo siento —le digo, y se me llenan los ojos de lágrimas una vez más; lágrimas que se mezclan con la suave lluvia en mi rostro—. Debería...

—¡Tú! —exclama Cyrus sin apenas contener su furia al mirar al hijo que perdió recientemente—. ¿Cómo es posible que tú estés aquí?

Alguien debe de haberle dicho que Hudson estaba conmigo y ha venido a verlo con sus propios ojos. Ojalá se fuera. Sé que solo me quedan unos minutos de vida, y quiero pasarlos con Hudson.

—¿Acaso importa? —responde Hudson—. Ibas a acabar pagando por esto, estuviese yo aquí o no.

—Ha hecho trampa. Las reglas son muy claras: solo un compañero puede ayudarte a pasar la prueba, y ella no tiene ningún compañero. Cole se encargó de...

Mi corazón se acelera y la ira y el arrepentimiento arden en mi interior ante lo que Cyrus acaba de revelar. Él sabía lo que Cole había planeado, incluso puede que lo incitase a ello.

Quiero decirle algo. Quiero increparle todas las atrocidades que ha cometido hoy, pero no tengo fuerzas para seguir luchando. Bastante me cuesta ya seguir lo que está pasando. Discutir es imposible. Además, no serviría de nada: lo hecho, hecho está, y tampoco es que el que admitiera su complicidad fuese a cambiar nada. Solo quiero que se vaya y que me deje morir en paz.

Hudson tampoco discute con él. Solo contempla a su padre con una mirada intimidante, con el rostro inexpresivo y los ojos en llamas, hasta que es evidente que Cyrus empieza a sentirse incómodo. Su cara se vuelve pálida y se mueve hacia atrás y hacia delante. Pero, pese a todo, escupe su arrogancia contra la fuerza de Hudson.

—Ya conoces las reglas —dice—. Ha hecho trampa.

—No ha hecho trampa —le contesta. Y ninguno dice nada durante un segundo, puede que más—. Y voy a encontrar la manera de salvarla. Ella regirá el Círculo algún día.

Cyrus palidece y veo que le invade el pánico ante las palabras de su hijo. Su mirada oscila entre nosotros dos.

—Ninguna gárgola volverá a regir jamás el Círculo —nos asegura—. El mero hecho de sugerirlo es invitar al genocidio de tu propia especie, Hudson.

—No, esa es tu estrategia. Eso es lo que tú provocaste —le espeta Hudson—, lo que le hiciste a tu gente y a muchos otros más. Además, pronto estarás demasiado ocupado intentando recuperarte como para preocuparte por quién está o deja de estar en el Círculo.

—¿Recuperarme de qué? Soy...

Hudson lo interrumpe con un movimiento de su mano.

Y así, sin más, Cyrus empieza a gritar de dolor... mientras parece derretirse ante mis propios ojos.

123

It All Comes Crashing Down

—¿Qué ha sido eso? —susurro dividida entre intentar ver lo que le pasa a Cyrus y cerrar los ojos y apoyar la cabeza en el pecho de Hudson.

Gana lo de cerrar los ojos, sobre todo porque estoy agotada y todo me duele muchísimo. Pero también porque lo poco que acabo de ver (cómo el cuerpo de Cyrus literalmente se hundía hacia dentro como si hubiese implosionado) podría ser lo más aterrador que he presenciado jamás.

—Nada de lo que tengas que preocuparte. Al muy cabrón le volverán a crecer los huesos... con el tiempo —responde Hudson con voz suave mientras me aparta el pelo de la cara. Pero cuando apoyo la cabeza en su pecho e intento bloquear el insoportable dolor, me dice con firmeza—: No te duermas, Grace.

—Me temo que las mordeduras de vampiro no funcionan igual que las contusiones. —Expulso cada palabra desde mis pulmones, intentando hacer una broma para poder ver a Hudson sonreír por última vez.

—Ya, como si fuera eso lo que me preocupa —bromea también mientras me reacomoda en sus brazos y me

transporta hasta el otro lado del campo—. Que tengas una conmoción cerebral.

Jaxon y Macy por fin nos alcanzan y Jaxon exige:

—Deja que la lleve yo.

Pero Hudson ni siquiera lo mira. Sigue avanzando. No se desvanece, pero sale de la arena como un hombre con una misión.

Lo único que se molesta en decir es:

—Mantén a la gente alejada, haz que abandonen el estadio.

No sé si Jaxon sigue las órdenes de Hudson, pero ya no oigo voces cerca. Todo parece estar alejándose. Aunque podría tratarse de un efecto del veneno en mi sistema.

—Grace, aguanta solo un poco más —me dice Macy, y sé que está llorando—. Saldremos de esta. Seguro que hay algún hechizo o algo. Mi padre está hablando con todas las brujas y los vampiros de la plantilla en estos momentos. Están intentando encontrar el modo de...

Deja la frase a medias, incapaz de decir lo que todos estamos pensando, que es que hará falta mucho más que un hechizo para salvarme ahora. Cyrus es demasiado poderoso, y su mordedura demasiado irrevocable. Pueden buscar todo lo que quieran, pero si lo que Hudson me contó sobre su padre la otra noche es cierto, no encontrarán nada.

Y por más que quiera que no sea verdad, el dolor que me invade ahora mismo indica lo contrario.

Pese a todo, detesto ver a Macy así. Está destrozada, con el rostro contraído en una mueca de dolor y humedecido por unas lágrimas que ni siquiera se molesta en contener.

—Tranquila —la consuelo, porque alguien tiene que hacerlo—. Vas a estar bien. —Le froto el brazo, que es la única parte de su cuerpo a la que llego.

—¿Adónde vas? —pregunta Jaxon mientras Hudson continúa caminando por la arena—. ¿Adónde la llevas?

—Tengo una idea —revela con los dientes apretados y estrechándome con más fuerza—. Es una posibilidad muy

remota, pero es mejor que quedarnos aquí esperando a que muera.

Los demás hacen una mueca de dolor ante sus palabras, pero yo me alegro de que por fin alguien lo haya dicho en voz alta. Voy a morir.

—¿De qué se trata? —susurra Macy.

Pero Hudson ya no escucha. Está encerrado en su furia interior; y su ira es tan grande que amenaza con alzarse y engullirnos a todos. No sé si los demás lo notarán (ya que su rostro es completamente impasible), pero yo puedo sentirlo en el modo en que me sostiene. Puedo verlo en el modo en que aprieta la mandíbula. Puedo oírlo en su respiración agitada y en los acelerados martilleos de su corazón.

—Está bien —intento decirle, pero una oleada de dolor más intensa y más profunda escoge justo ese momento para torturarme, y no puedo evitar arquearme en sus brazos, apretar los ojos, los puños y la boca con todas mis fuerzas para contener el grito que se forma en mi garganta.

—¡No está bien! —ruge cuando por fin atravesamos las puertas del estadio y salimos a la nieve y la llovizna.

En cuanto lo hacemos, se oye un sonido desgarrador a nuestras espaldas.

Macy sofoca un grito y se pone blanca como las montañas nevadas que nos rodean. Y escasos segundos después, el edificio entero empieza a venirse abajo. Veo por encima del hombro de Hudson cómo la madera, el cristal, la piedra y el metal se derrumban; el estadio se desmantela literalmente pieza por pieza.

—¿Qué está pasando? —pregunta Macy—. Jaxon, ¿qué haces?

Pero Jaxon está tan pálido como ella y niega con la cabeza.

—No soy yo.

«Tú no sabes lo que es el verdadero poder.»

Me vienen a la cabeza las palabras de Hudson, así como el momento en el que le estaba devolviendo sus poderes, el

momento en el que me he dado cuenta de lo infinitos que son.

Lo bastante infinitos como para pulverizar los huesos de su padre con solo mover la mano.

Lo bastante infinitos como para demoler un estadio entero solo con pensarlo.

Lo bastante infinitos como para hacer lo que quiera, cuando quiera.

Y el grito que Jaxon sofoca me indica que él también lo sabe. Lo que significa que también sabe que todo lo que Hudson me ha estado contando es verdad. Porque si hubiese querido llevar a cabo todos esos asesinatos, ese caos y ese genocidio, lo habría hecho. Le habría bastado con chasquear los dedos. Un simple gesto de su mano, y nada ni nadie habría podido detenerlo. Jaxon lo habría descubierto todo cuando fuera un hecho consumado ya. Porque esa es la clase de poder que posee. Y ahora su hermano lo sabe.

La gente empieza a salir del estadio gritando, pero la estructura sigue cayendo. Bloques enormes estallan en polvo antes siquiera de impactar contra el suelo. Los asientos de las gradas superiores del estadio, trozos de techo, fragmentos de piedra de la fachada exterior. Todo se desmorona. Todo se transforma en minúsculas partículas de polvo que flotan sin causar daños hasta el suelo.

Sé lo que Hudson está haciendo. Puedo sentir la furia que le invade. Quiere destruir el estadio en el que la gente presenciaba cómo Cole intentaba matarme, cómo Cyrus me mataba, sin hacer nada. Pero no les hace daño. Ni siquiera necesito mirar para comprobarlo. Aunque sin duda les está dando un buen escarmiento y, sinceramente, mentiría si dijera que no se lo merecen un poco.

La cantidad de poder que hace falta para destruir un estadio sin herir a nadie. La cantidad de autocontrol. Sonrío. Justo lo que su padre intentó negarle: el control de sus habilidades. Al final encontró la manera de hacerlo por su

cuenta. Y Cyrus también se habría dado cuenta si se hubiese molestado en prestarle atención a su hijo. El día del recuerdo... Hudson lo destruyó todo en esa habitación, excepto a su padre.

Eso hace que me pregunte de qué más cosas será capaz.

«Estaba muerto. Bueno, más o menos.»

«¿Más o menos? ¿Qué significa eso?»

Significa que mucho de lo que he creído durante las últimas semanas, durante los últimos meses, era mentira.

Significa que muchas de las cosas de las que acusaba a Hudson no eran culpa suya, o tal vez ni siquiera sucedieron. Y el hecho de que intentase decírmelo varias veces solo hace que me sienta peor.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto mientras nos alejamos del estadio y regresamos al bosque por el que hemos venido hace menos de dos horas.

Y, madre mía, me parece mentira estar aquí. Ver lo mucho que ha cambiado todo. Y también que no ha cambiado nada. El dolor ahora es tan intenso que ha alcanzado un nivel que mi cuerpo ni siquiera es capaz de registrar. Una tranquila calma me invade cuando empieza a disminuir en suaves oleadas, y lo único que veo es a Hudson. Este momento. Las últimas palabras que compartiremos. Y quiero que lo sepa. Quiero que sepa que ahora lo veo todo. Que lo veo a él.

—¿El qué? —pregunta—. ¿Que no te acercases a mi padre? Creo que tratamos ese tema varias veces.

—No —respondo después de tragarme el nudo que tengo en la garganta—. ¿Por qué no me dijiste lo buena persona que eres?

Sus azules ojos de sorpresa encuentran los míos y nuestras miradas encajan y se bloquean.

Por un segundo Hudson ralentiza tanto la marcha que casi tropieza con sus propios pies mientras Macy y Jaxon exigen saber qué está pasando.

No les responde. De hecho, no dice nada en absoluto, y yo tampoco. Nos quedamos así, mirándonos el uno al otro, compartiendo una extraña comprensión.

—Hablaremos de esto más tarde —me indica, y empieza a caminar de nuevo.

—No habrá un más tarde —respondo en voz baja—, y lo sabes.

Se dispone a decir algo, pero luego lo deja estar. Traga saliva. Hace como que va a decir algo otra vez, pero vuelve a callar.

Mientras se decide, hay explosiones a nuestro alrededor. Aparto a regañadientes la vista de sus atormentados ojos azules justo a tiempo para ver un árbol de varios siglos de antigüedad transformarse en polvo en un santiamén.

—Hudson... —Busco su mano, que está agarrando mis muslos, con su brazo bajo mis rodillas, y coloco la mía encima—. ¿Qué haces?

Niega con la cabeza y no contesta. Otros árboles estallan a cada paso que da, y el bosque que nos rodea empieza a desintegrarse. Corteza, raíces, hojas..., todo desaparece con cada zancada. Está destruyendo un bosque entero en un momento, descargando su ira total y absoluta.

—Hudson —susurro—. Por favor, no actúes así. No hay nada que puedas hacer.

Decenas de árboles más explotan a nuestro alrededor cuando le digo esto y, entonces, por fin, se detiene en medio del claro que acaba de crear, haciendo desaparecer un centenar de árboles, o puede que más, solo con la mente.

Un lado de su boca se curva ligeramente en una sonrisa irónica.

—Por Dios, Grace, tu fe en mí es tan abrumadora como siempre.

Pero el humor no llega a alcanzar sus ojos normalmente azul brillante, que ahora se han tornado grises con su frenética tormenta de emociones.

—No tiene nada que ver con que crea en ti o no. Tiene que ver con el hecho de que siento el veneno de tu padre avanzando dentro de mí. No puedes hacer nada.

Aprieta la mandíbula.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer.

No lo dice a malas. Ahora lo sé. Está intentando convencerse a sí mismo.

—Tal vez. Pero sé que... —Dejo la frase a medias cuando me invade otra oleada de dolor, y sofoco un grito. Lo de antes debía de ser el ojo de la tormenta, y ahora el dolor me sacude con gran intensidad. Se me acaba el tiempo.

—Tú no sabes nada —responde ásperamente y sus ojos tormentosos se humedecen con más emociones de las que puedo contar—. Pero eso está a punto de cambiar.

124

Me estás mareando

—Dámela —exige Jaxon por tercera o cuarta vez desde que Hudson me ha cogido en brazos, pero está claro que a su hermano no puede importarle menos lo que él quiera.

Sigue mirándome a los ojos durante varios latidos más, analizando mi rostro mientras lucho contra el dolor. Sé que desea preguntarme si quiero irme. Con Jaxon.

Y entonces me entregaría. Una palabra mía y se haría a un lado. Pero ni siquiera sé de qué. Apenas nos tolerábamos el uno al otro hace dos semanas. Y Jaxon y yo éramos compañeros hasta hace dos horas. Así que evidentemente quiero ir con Jaxon.

Pero no digo nada. No puedo. Ahora mismo, no sé lo que quiero.

Me sobreviene otra oleada de dolor y, esta vez, no puedo contener el grito.

—No luches contra él —me dice un poco más alto que un susurro—. Deja que el dolor te invada. Absórbelo en lugar de pelear contra él. Hará que los próximos minutos sean más fáciles.

No discuto con él, el dolor es demasiado intenso como para hacerlo ahora, pero quiero preguntarle cómo cree que

puedo simplemente rendirme a él cuando siento que todas mis terminaciones nerviosas están sumergidas en lava.

Pero, antes de que pueda encontrar la manera de explicarle esto, Hudson se inclina y me deposita muy suavemente en los brazos de Jaxon.

Tengo la sensación de haber regresado a casa.

A pesar de lo agotado que está, Jaxon me coge con facilidad, y me pega con firmeza contra su pecho durante unos segundos antes de alejarme un poco de Hudson y Macy. Entonces se sienta en la nieve y me acuna en su regazo.

—Tranquila —susurra mientras me aparta mis rizos rebeldes de la cara—. Todo irá bien.

Pero veo en sus ojos que sabe la verdad. A diferencia de Hudson, Jaxon sabe que ya no hay nada que hacer. No le gusta, pero es consciente de ello.

Junto a Hudson, el suelo emite un sonido como si estuviese gritando. Cuando nos volvemos, lo vemos transformar la nieve en vapor y reducir a añicos el terreno rocoso que tiene delante, abriendo un agujero.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Macy—. Creía que ibas a ayudar a Grace. Pensaba que...

Hudson levanta una mano, y ella se detiene en seco, lo cual es ridículo, ya que él jamás le haría daño, aunque totalmente comprensible teniendo en cuenta que acaba de presenciar cómo ha vaporizado un estadio entero y un montón inmenso de árboles en cuestión de diez minutos.

La tierra congelada bajo la nieve estalla y sale disparada también. Pero Hudson ni se inmuta mientras sigue cavando más y más. El sonido se vuelve cada vez más desagradable. El suelo chirría al rozar contra sí mismo mientras él perfora literalmente el granito con la mente.

—¿Qué está haciendo? —musita Macy.

—No tengo ni idea —responde Jaxon, que sigue mirando desconcertado a su hermano.

Yo tampoco lo sé, pero sé que, sea lo que sea, es la «posibilidad remota» de la que hablaba. Y, como no puedo soportar la idea de las falsas esperanzas, de pensar que tal vez Hudson haya encontrado de alguna manera la forma de salvarme para que mi ilusión se vea frustrada en el último segundo, me vuelvo hacia Jaxon, que parece estar tan exhausto y traumatizado como yo.

Odio esto. Lo odio por él, por nosotros. Tal vez por eso le ofrezco el gesto más parecido a una sonrisa que soy capaz de esbozar y le pido en voz baja:

—Cuéntame el chiste del pirata.

—¿Qué chiste del pirata? —pregunta al principio, distraído todavía con lo que su hermano está haciendo.

—Sabes perfectamente de qué te estoy hablando —digo, y gruño cuando me invade una nueva oleada de dolor.

—¿El chiste del pirata del pasillo? —señala Jaxon sin dar crédito—. ¿Quieres oír eso ahora?

—Siempre he querido saber el remate. Y probablemente no tenga otra oportunidad, así que...

Sus ojos oscuros se inundan de lágrimas mientras me mira.

—No digas eso. Joder, no me digas eso, Grace.

—Cuéntame el chiste —insisto, porque no soporto ver el dolor en sus ojos. Si pudiera librarlo de él, lo haría. Me lo quedaría todo para mí y se lo quitaría a este pobre chico destrozado que tanto ha sufrido ya—. Por favor.

—Joder, no —dice con un ceño tan fruncido que casi (casi) combate las lágrimas— Si quieres saber el remate de ese chiste, no te mueras, ¿vale? Quédate conmigo y te lo contaré la semana que viene. Te lo prometo.

Otra oleada de dolor, y esta vez viene acompañada de un frío que me congela entera. Ambas cosas me superan y casi me vencen. Lucho contra ello; no lograré hacerlo siempre, pero por ahora sí. Puedo aguantar unos minutos más con tal de ver la preciosa cara de Jaxon.

—Me encantaría —afirmo al cabo de un segundo—, pero no creo que sea posible.

Le pongo la mano en la mejilla y acaricio con el pulgar la cicatriz que tanto tiempo ha detestado e intentado ocultar.

—Sabes que vas a estar bien, ¿verdad? —le aseguro.

—No digas eso. Maldita sea, Grace, ¡no hables de morir como si hablases de lavarte los dientes por la mañana y digas que todo va a ir bien!

—Te quiero —le digo suavemente, y le seco una de las lágrimas que cae formando un surco interminable por sus mejillas. Y lo digo de verdad. Tal vez no de la misma manera que cuando llegué al Katmere, sino de una manera distinta. Tal vez incluso mejor.

—Por favor, no me dejes. —Es un susurro procedente de la parte más profunda y más rota de su ser, del niño que ya ha perdido tanto, y casi me destroza.

Niego un poco con la cabeza, porque no puedo prometerle eso. No seré alguien más que lo trata como si fuese algo más que un dios y algo menos que una persona al mismo tiempo.

De modo que hago lo único que puedo hacer en esa situación, lo único para lo que aún tengo tiempo. Le sonrío y le pregunto:

—¿Qué le dice la playa al agua durante la pleamar?

No contesta. Solo se me queda mirando. Los segundos pasan mientras el silencio se alarga irremediablemente entre los dos. De hecho, espera tanto para responder que casi había decidido que no iba a hacerlo. Pero entonces inspira hondo, exhala muy muy lentamente y dice:

—No tengo ni idea.

Claro que no. Los chistes se le dan fatal, pero me sigue el hilo para complacerme. Por eso sonrío lo más ampliamente que puedo cuando respondo:

—Me estás mareando.

Jaxon se ríe, pero a medio camino su risa se transforma en un sollozo y entierra su rostro en mi cuello.

—Lo siento, Grace —me susurra mientras sus lágrimas calientes resbalan por mi piel—. Lo siento tanto...

—Yo no. —Peino su cabello sedoso con los dedos—. Jamás me arrepentiré de haberte encontrado, Jaxon, aunque no haya logrado tenerte tanto como me hubiese gustado.

Acerco su boca a la mía y pego mis labios a los suyos. Y casi sollozo también cuando susurra «Te quiero» contra mi boca.

Tras nosotros, Hudson por fin deja de hacer lo que sea que estuviese haciendo en la tierra y da un paso hacia mí.

—Es la hora —dice Macy, y veo que su rostro también está empapado de lágrimas cuando me coge la mano—. Todo irá bien —añade—. Estarás bien.

No sé cómo, pero cuando Hudson se agacha y me recupera de entre los brazos de Jaxon, consigo ver por primera vez lo que ha estado haciendo mientras nosotros hablábamos.

Y me invade el terror. Durante todo este tiempo, Hudson ha estado cavando una tumba para mí en la tierra helada y el granito que hay debajo.

Se me corta la respiración y pregunto:

—¿Por qué?

125

Entre la espada y la... tumba

—No —suplico totalmente confundida—. Hudson, por favor. Por favor, no lo hagas. No me...

—¿Qué estás haciendo? —dice Jaxon, que se levanta de inmediato y viene hacia nosotros— Tío, no la toques...

Sin apartar la mirada de la mía, Hudson estira el brazo y abre una extensa fisura en el suelo que nos divide dejando a Jaxon y a Macy a un lado, y a mí y a él al otro.

—¿Confías en mí? —pregunta.

—Claro, pero...

—¿Confías-en-mí? —pregunta de nuevo, y en el espacio entre esas palabras, en el espacio entre nosotros, están todas las cosas que nunca nos hemos dicho.

—¡No! —me grita Jaxon—. No creas nada de lo que te diga. Sabes que no se puede confiar en él, Grace. Sabes que...

—Sí —susurro, aunque todo mi cuerpo rehúye del agujero en el suelo que ha abierto para mí.

—¿Seguro? —pregunta, y sus ojos azules reflejan algo de incredulidad, pero también mucha determinación.

—Sí, Hudson. Confío en ti.

Puede que sea la decisión más estúpida que he tomado en mi escasa vida, pero confío en él. De verdad. Más de lo que

creía posible hace apenas un par de días.

—¿Recuerdas la noche que fuimos a la biblioteca?

—¿Cuál?

Pone los ojos en blanco.

—Aquella en la que el blandengue de mi hermano te consiguió esos tacos.

Me río un poco al ver lo contrariado que parece, y me arrepiento al instante cuando me sobreviene otra oleada de dolor por el mero movimiento.

—Ah, sí. La noche en que te comportaste como un auténtico capullo. De eso me acuerdo perfectamente.

—Creo que estás algo confundida —me dice y exhala un suspiro de exasperación—. Pero, teniendo en cuenta la mañana que has pasado, supongo que es de esperar. No te lo tendré en cuenta.

—¿Seguro? Porque lo de querer enterrarme viva tiene todas las trazas de una venganza.

—Olvídate del maldito suelo por un segundo, ¿quieres?

—Claro, para ti es muy fácil decirlo —le espeto. Y después me paso varios segundos tosiendo por mi atrevimiento.

—Leí algo en la biblioteca; después, cuando conocimos a la Bestia Imbatible... —Se detiene mientras toso e intento coger aire, y al ver que se me saltan las lágrimas involuntariamente—. No tenemos tiempo para explicaciones.

—Ya. —Otro ataque de tos, esta vez más fuerte y más doloroso que el anterior.

—Está empeorando —dice sin rastro alguno de humor.

Ahora siento como si tuviese un peso en el pecho, pero por fin consigo decir entre resuellos:

—No jodas.

Ambos sabemos lo que estoy haciendo: ponerle fácil a Hudson tener que enterrarme.

Él tampoco quiere meterme ahí, pero nos hemos quedado sin opciones.

De modo que se agacha y me deposita suavemente dentro de la tumba que tan desesperadamente ha cavado para mí.

Es aterrador; lo más aterrador que me ha pasado en la vida, incluso después de todo a lo que he tenido que enfrentarme en los últimos meses, y me obligo a cerrar los ojos. A fingir que no está pasando. A respirar y a esperar.

Pero no puedo. No, cuando Hudson les indica a Jaxon y a Macy que se acerquen y todos están de pie ante mi tumba, mirándome.

—Entiérrala... —empieza Hudson.

—No pienso hacerlo —insiste Jaxon—. No pienso enterrarla antes de que haya muerto.

Pero Hudson no está de humor para aguantar sus reticencias.

—Entiérrala —ordena—. Hazlo ya, o no te va a gustar lo que va a pasar a continuación. Eso te lo aseguro.

Macy abre los ojos como platos, aterrada, y quiero decirle que no va en serio. Pero tanto ella como Jaxon acaban confiando en su palabra, porque Jaxon ha empezado a usar su telequinesis para cubrirme lenta y metódicamente con pequeñas piedras.

Empieza por los pies, echando cada vez más y más de las minúsculas rocas sobre mí. Después, lentamente, va ascendiendo hasta que las piernas quedan cubiertas; luego las caderas; luego el tórax y los brazos.

Tengo muchísimo frío, pero me obligo a aguantar un poco más. Si esta es la última vez que voy a ver a estas personas, a mi familia, pienso aguantar hasta el último segundo. Pienso permanecer con ellos hasta que ya no tenga elección.

Macy llora ahora a moco tendido. Los ojos de Jaxon están fijos en los míos, llenos de una tristeza absoluta. Y Hudson... Hudson está agachado en la cabecera de la tumba, acariciándome muy suavemente el pelo.

Los miro a los tres hasta el final. Hasta que las piedras alcanzan más allá de mi cuello y se ha agotado el tiempo. Entonces, solo entonces, cierro los ojos y me entrego a la tierra y a la piedra.

0

Amazing Grace
(Hudson)

Estoy aterrado.

Esto no es algo que me guste admitir, ni siquiera ante mí mismo (y, desde luego, lo negaré si alguien me pregunta), pero estoy absolutamente aterrado al ver a Grace hundirse en la tierra.

Al ver las rocas cubriéndola mientras la fría lluvia y la aguanieve caen sobre nosotros.

Al ver que va desapareciendo a cada respiración laboriosa.

Esto no tenía que haber sucedido. Esto no tenía que haber acabado así. Cuando diseñamos juntos el plan de regreso, pensaba que había cubierto todos los posibles contratiempos, que había pensado en todo lo que podría salir mal. Sabía que no sería fácil, pero nunca jamás pensé que esto acabaría así.

De haberlo sabido, habría buscado otro modo. Otra manera, aunque eso significase seguir atrapado en piedra, seguir encerrado con Grace, para siempre.

Me paso la mano por el pelo, observando la destrucción a la que he sometido a este bosque. Debería venir a plantar

árboles en primavera. A ella le gustaría.

—Si no funciona, te destruiré —me ruge Jaxon cuando la cubre con la última piedra. Está claro que busca pelea.

Pero no voy a picar. No voy a entrar en ninguna discusión cuando se está comportando como un crío. De modo que me trago las ocho mil cosas que podría responderle y le respondo con la pura verdad:

—Si no funciona, no hará falta que me destruyas.

Porque ¿qué cojones voy a hacer yo si Grace no sale de esa tumba? ¿Cómo voy a vivir con eso? ¿O a vivir, simplemente, sin ella?

—No puedo creer que esto esté pasando —dice su prima con el rostro empapado de lágrimas.

Jaxon me fulmina con la mirada.

—No debería estar pasando.

Le devuelvo la mirada con interés.

—Quizá si hubieses matado a ese puto lobo cuando tuviste ocasión...

Vale, tal vez sí que esté picando después de todo.

Puedo aguantar perfectamente la chapa de mi hermanito, y lo he hecho. Pero no pienso responsabilizarme de algo que tendría que haber solucionado él.

—¿En serio crees que matar a Cole habría evitado esto? —me dice.

No lo sé. Tal vez nada hubiese podido evitar esto. Al menos nada que no fuera envolver a Grace entre algodones y mantenerla lo más alejada de nuestro padre como fuera posible. Aunque, bien pensado, seguro que al final habría acabado encontrándola de todos modos. Lo sepan ellos o no, Cyrus ha ido a por ella desde el momento en que se enteró de que era una gárgola. Puede que antes incluso.

—Y ¿qué hacemos ahora? —pregunta Macy, y su voz reverbera en el tenso y furioso silencio que impera entre nosotros. Sus lágrimas por fin han cesado, pero suena casi tan vacía como yo me siento mientras mira la tumba cubierta de piedra.

—Esperar —le dice Jaxon—. ¿Qué más podemos hacer?

Nada. Si pensase que hubiese algo, cualquier cosa que pudiera hacer para ayudar a Grace, ya la estaría haciendo.

—¿Cuánto tiempo tardará? —Macy cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro sin parar, como si estuviese demasiado nerviosa como para estar parada.

—No lo sé. —Y me da igual. Permaneceré aquí todo el tiempo que haga falta con tal de que Grace salga de la tierra recuperada.

—¿Hay algo que sepas? —me espeta Jaxon, y detecto una desconfianza en sus ojos que me mata y me da ganas de darle un puñetazo al mismo tiempo—. ¿Para qué cojones has tenido que volver? Las cosas iban bien antes de que tú llegaras...

—¿Por *bien* te refieres a que todo el mundo pensaba que estaba muerto y que tú estabas regodeándote en tu propia desesperación y desperdiciando tu vida como un gilipollas absoluto? Porque sí esa es tu definición de *bien* , entonces sí. Las cosas iban de maravilla.

—¿Desperdiciando mi vida? Estaba intentando aclararme las ideas después de todo lo que tú hiciste, y después de lo que mamá...

Deja la frase a medias, pero su cicatriz destaca en la piel de su mejilla pese al mal tiempo. Y quizá debería sentirme mal por lo que nuestra madre le hizo, pero a la mierda con eso. No tiene ni puta idea de lo fácil que ha sido todo para él.

—Ay, ¿es que mami no te quería lo suficiente? —Pongo cara de preocupación fingida—. Pobrecito Jaxon. Tiene que ser tan duro ser tú...

—Debería haberte matado definitivamente cuando tuve la oportunidad.

Me fulmina con la mirada, como si estuviese midiéndome para elegir el tamaño de la bolsa para transportar mi cadáver... otra vez. Menuda sorpresa.

—Pues sí —coincido poniendo deliberadamente cara de aburrimiento—. Al parecer tienes un largo historial de joder las cosas y después compadecerte de ti mismo. Y de esperar que los demás se compadezcan de ti también.

—¿Sabes qué? ¡Que te den! No necesito que nadie se compadezca de mí.

—Eh..., chicos. —Macy intenta interrumpirnos, pero esta es una pelea que lleva demasiado tiempo gestándose, y no hay nada que una chica de dieciséis años pueda hacer para impedirla, bruja o no.

—Claro que sí —lo provoco, porque no puedo evitarlo ahora que por fin he tenido la oportunidad de decirle una ínfima parte de lo que llevaba semanas escociéndome en la mente—. Cuando estuvimos juntos, Grace no paraba de decirme cuánta lástima sentía por ti. Yo le insistía en que no había ningún motivo para ello, pero ya sabes lo compasiva que es nuestra chica.

—Mi chica —me corrige Jaxon—. Mi compañera, con vínculo o sin él.

Sus palabras me golpean con tanta precisión que me duelen como si fueran puñetazos físicos. Las últimas dos semanas y media han sido un auténtico infierno para mí, y ahora actúa como si tuviese todas las cartas cuando es él el que ha permitido que esto le suceda a Grace. Es absolutamente indignante, y ya me he hartado de oírlo lloriquear al respecto.

—¿Tu compañera? Ah, ya. Por eso la has protegido tan bien que ya ni siquiera existe vuestro vínculo.

Cierra las manos en puños.

—Eres un hijo de puta, lo sabes, ¿verdad?

—Y tú eres un niñato patético incapaz de protegerse a sí mismo, y mucho menos a los demás.

—¿En serio me vas a salir con esas? —pregunta sin dar crédito—. ¿Podemos hablar, aunque solo sea por un minuto, sobre de quién intentaba proteger a Grace el semestre

pasado? Ah, ya. De la asesina de tu exnovia, que quería sacrificarla para traerte de vuelta.

La culpa me invade de nuevo porque tiene razón. Esto es todo culpa mía. No por planearlo, sino por no haber podido impedirlo.

Y aquí estamos ahora. Lia está muerta; Grace, enterrada, y Jaxon...

—¡Chicos! —Esta vez, Macy grita más intentando captar nuestra atención—. ¡Mirad!

La aguanieve está amainando, y Jaxon y yo nos damos la vuelta a la vez, justo a tiempo para ver que el cuerpo de Grace termina de absorber una de las piedras con las que mi hermano ha cubierto su pecho.

—¿Qué está pasando? —pregunta Jaxon con los ojos abiertos como platos y la voz cargada de asombro.

—No estoy segura —responde Macy—. Pero es la tercera que absorbe en los últimos dos minutos.

—¿En serio? —Observo mientras otra piedra empieza a temblar y se hunde poco a poco en su carne.

Olvidándonos de nuestra pelea, Jaxon y yo nos quedamos parados junto a Macy durante varios largos minutos mientras Grace, muy lentamente, absorbe cada piedra, cada roca, cada canto con los que Jaxon la ha enterrado: cientos de pequeños fragmentos se hunden en cada centímetro de su carne, uno por uno.

Cuando todo termina, cuando su cuerpo ha absorbido hasta la última mota de granito, seguimos ahí, esperando..., una señal, una respiración..., algo que demuestre que está viva.

Algo que demuestre que mi último recurso desesperado ha funcionado.

Transcurren varios estresantes segundos sin que pase absolutamente nada. Y entonces, justo cuando Jaxon empieza a maldecir y yo estoy a punto de tirar la toalla, los párpados de Grace se abren de golpe. Me cuesta un mundo no agachar la cabeza y sollozar de alivio.

—¡Dios mío! —Macy se lleva una mano a la boca. Todos estamos totalmente pasmados—. ¡Grace! Grace, ¿estás bien?

Grace no responde, pero cuando Jaxon corre a su lado, le sonríe.

—¿Estás bien? —le pregunta, y nunca en la vida había oído tanta alegría en la voz de mi hermano.

—Yo... —Su voz se quiebra, y tose. Después se lame los labios.

—¡Ten! —Macy rebusca en su mochila, saca una botella de agua y se la pasa a Jaxon.

Él la abre y ayuda a Grace a incorporarse en su lecho de granito para que pueda beber un sorbo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto mientras me acerco lentamente al otro lado y me agacho junto a ella.

—Bien, creo. —Tose un poco más, y entonces hace una pausa, como si estuviese haciendo un inventario de sí misma—. Bastante bien, de hecho. Creo que estoy... bien.

Esta vez, cuando inspira hondo, no tose.

—¿Recuerdas lo que ha pasado? —pregunta Macy, emocionada y preocupada al mismo tiempo.

Grace piensa y responde:

—Sí.

Y así, sin más, empiezan a temblarme las manos, y a mí nunca me tiemblan. Y no sé qué hacer con ellas, así que me las meto en los bolsillos. Y espero.

—He ganado la prueba, y Cyrus me ha mordido. Vosotros me habéis traído aquí y... —Se vuelve hacia mí—. Hudson, gracias. Muchísimas gracias.

Me invade la decepción, pero decido pasarlo por alto. Ya estoy acostumbrado y, si miro el lado positivo, al menos ya no me tiemblan las manos. ¿Qué más da que solo recuerde lo que ha sucedido hoy y nada de lo que pasó antes? Probablemente sea mejor así.

—No tienes por qué dármelas —le digo, pero ella me agarra del brazo y me sonríe de un modo que hacía

bastante tiempo que no veía en ella. Ahora me tiembla todo el cuerpo... y no sé qué narices hacer al respecto.

Sobre todo cuando Grace me sonríe de oreja a oreja a pesar de que su agarre no es tan fuerte ni tan firme todavía como lo sería en otro momento.

—Y ¿por qué no exactamente? —Se me ocurren media docena de ideas, pero al final no digo ninguna de ellas—. Eso pensaba. —Pone los ojos en blanco—. Admite que me has salvado, Hudson. Te prometo que eso no te convertirá en alguien menos capullo a largo plazo.

—Creo que estás confundida. —Niego de nuevo con la cabeza, más decidido que nunca a hacer que le entre en la cabeza de una vez. Lo último que quiero de Grace es gratitud. Es lo último que siempre he querido de ella—. Solo he...

—No quiero discutir contigo —dice—. Y menos sobre algo tan absurdo.

—Pues no lo hagas —respondo—. Seguro que tienes cosas mejores que hacer ahora mismo. —Aparte, claro está, de volver a arrancarme el corazón del pecho.

Cosas como regresar al Katmere y ocupar el lugar que le corresponde por derecho en el Círculo.

Ambas necesarias.

Ambas importantes.

Ambas extremadamente peligrosas.

Porque puede que Grace haya sobrevivido a la mordedura de mi padre, pero eso solo la convierte de nuevo en un objetivo. Él acabará recuperándose y, cuando lo haga, estará más furioso y más asustado de lo que lo ha estado nunca.

Lo que significa que ya es demasiado tarde.

La guerra que tanto me he esforzado por evitar, la guerra que mi hermano y los demás me acusan de incitar, llegará, queramos o no.

Estemos preparados para ello o no.

Y ahora que sabemos en qué bando lucharán los lobos... La última vez que los vampiros y los lobos se aliaron, hizo falta todo un ejército de gárgolas para derrotarlos. Quién sabe lo que se necesitará ahora, sobre todo teniendo en cuenta que solo contamos con una gárgola y con unos cuantos vampiros rebeldes para unirse a las brujas y los dragones.

No pinta demasiado bien para nosotros.

Pero pensar en la guerra puede esperar..., al menos unos días más. Porque, cuando Jaxon se agacha para ayudar a Grace a salir del agujero que he creado para ella, la envuelve con sus brazos y la estrecha contra su cuerpo. Y a mí me empieza a invadir la rabia, incluso antes de que se incline para besarla. Y toda la calma, toda la contención emocional que tengo, se van a la puta mierda.

Mis manos se cierran en puños y mis colmillos saltan en mi boca y, aunque había un millón de maneras mejores de revelarle mi reciente descubrimiento a Grace, las palabras escapan de mi boca antes de que pueda pensar siquiera en detenerlas.

—Jaxon, si no te importa, aparta tus putas manos de mi compañera.

Pero ¡espera! ¡Aún hay más!
Sigue leyendo para disfrutar en exclusiva de dos capítulos desde el punto de vista de Hudson.
Todo está a punto de cambiar...

Noquería despertarme así (Hudson)

Algo no va bien.

Aún no sé de qué se trata, pero está claro que algo no va bien.

—¿Grace? —pregunto esperando que me regale esa sonrisa que reserva solo para mí: medio divertida, medio exasperada y completamente dulce.

Pero no pasa.

De hecho, no pasa nada. Solo veo un vacío que me da un miedo de la leche.

¿Y si algo ha salido mal?

—¿Grace?

Pruebo de nuevo alzando un poco la voz esta vez para que sepa que estoy aquí.

Nunca había necesitado hacer esto con ella antes, pero eso era cuando estábamos los dos solos en otro plano. Ahí no había ruido de fondo contra el que competir, no había tormentas de nieve ni estúpidos alumnos de instituto charlando de sabe Dios qué, ni sirenas reproduciendo una vieja canción de los Rolling Stones solo porque el director se creyese muy guay.

Estábamos solo nosotros dos y, aunque estaba de acuerdo con el plan de Grace de regresar, porque cuando ella anda cerca me transformo en un optimista empedernido (dijo nunca nadie sobre mí, excepto Grace), he de admitir que no esperaba que la cosa empezase de esta manera.

No me responde. En lugar de hacerlo, está bajando las escaleras del instituto Katmere como si hiciese solo dieciséis minutos en lugar de dieciséis semanas que no las pisa.

No lo entiendo.

—*¡Grace!* —Esta vez me cuelo en la senda de su cerebro donde sé que no puede ignorarme (y viceversa), la senda que nos dio la primera pista de que estábamos encerrados juntos hace todas esas semanas.

De repente, su pie aterriza en el escalón equivocado y casi se cae. La agarro, tomando el control de su cuerpo solo durante un segundo para ayudarla a recuperar el equilibrio. Sé que quedamos en que únicamente lo haría si de verdad lo creía necesario, pero evitar que se caiga rodando por las escaleras me parece bastante necesario, la verdad.

Cuando recupera la estabilidad, se detiene y mira a su alrededor como si estuviese buscando a alguien... o mirando a ver quién la ha llamado.

Me invade una gran emoción al pensar que por fin me oye, así que lo hago otra vez:

—*¡Grace! Grace, ¿me oyes?*

Se queda parada de nuevo y, una vez más, mira a su alrededor. Pero son apenas las ocho de la mañana y ninguno de los alumnos le presta atención, ya que todos corren hacia sus respectivas aulas.

—*Grace, estoy aquí.*

Mira por última vez hacia el descansillo superior. Después niega con la cabeza y dice entre dientes: «Ya vale, Grace», antes de bajar corriendo el último par de escalones y doblar hacia el pasillo principal.

Maldita sea. Desde luego, algo no va bien. De verdad que no tiene ni idea de que estoy aquí. No sé cómo es posible después de todos nuestros planes. Tampoco entiendo por qué no intenta al menos averiguar qué es lo que ha podido salir mal. Vale que no me oye, pero ¿ni siquiera se pregunta adónde he ido a parar?

Es ese pensamiento más que ningún otro el que me lleva a examinar sus pensamientos, a intentar entender qué está pasando. Pero la verdad me estalla finalmente en la cara cuando se mezcla con la multitud que inunda los pasillos. No es solo que ya no me oiga. Es que no me recuerda.

Pero ¿qué cojones...?

Me digo a mí mismo que me equivoco, que me estoy agobiando por nada. Que es imposible que Grace me haya olvidado. Que es imposible que se haya olvidado de nosotros.

Pero entonces un vampiro con rastas largas (amigo de mi hermano, si no me equivoco), la detiene en el pasillo.

—¿Grace? —pregunta, y la mira como si estuviese viendo un puto fantasma. Aunque, bueno, probablemente piensa que lo está viendo de verdad.

Una parte de mí sigue esperando que Grace lo tranquilice. Que le diga que se encuentra bien, pese a haber estado ausente tanto tiempo. Pero cuando ella le sonríe y le dice: «¡Hombre, hola! Ya pensaba que me iba a tocar leer *Hamlet* sola hoy», veo hasta qué punto van mal las cosas.

Porque no solo se ha olvidado de mí. Lo ha olvidado todo.

Por primera vez, me preocupa que pueda haberle pasado algo malo a ella. Que regresar a su forma humana trayéndome consigo le haya causado algún daño. La sola idea hace que me suba por las paredes; eso y el darme cuenta de que no puedo comunicarme, ni con ella ni con nadie. No tengo manera de decirles lo que le puede haber sucedido.

—*¿Hamlet?* —pregunta el vampiro tan preocupado como confundido.

—Sí, *Hamlet* . ¿La obra que hemos estado leyendo en Literatura Británica desde que llegué? —Grace empieza a arrastrar los pies y veo que de repente está nerviosa—. Hoy vamos a representar una escena, ¿no te acuerdas?

Empiezo a pensar que tal vez debería estar nerviosa, que tal vez ambos deberíamos estarlo. Aun así, detesto verla de

esa manera, de modo que me esfuerzo por tranquilizarla a través de la senda mental que compartimos, aunque no tengo ni idea de si nada de lo que hago surte algún efecto en ella. Además, me resulta difícil calmarla cuando yo mismo estoy de los putos nervios.

—No estamos ley... —El vampiro se interrumpe a media frase y empieza a escribirle un mensaje a alguien. Mierda. Me temo que sé exactamente a quién se lo va a enviar.

—¿Estás bien? —pregunta Grace acercándose un poco a él —. No tienes buen aspecto.

—¿Que yo no tengo buen aspecto? —Se ríe, pero suena tan poco divertido como yo me encuentro—. Grace, estás...

—¡¿Señorita Foster?! —Uno de los profesores viene directo hacia Grace e interrumpe al vampiro—. ¿Se encuentra bien? —pregunta.

—Sí —responde, y da un paso atrás perpleja.

Pero está claro que no está nada bien. Sus pensamientos han pasado de estar en calma a hacerse un auténtico lío, y siento que se apoderan de ella un montón de emociones distintas: miedo, confusión, irritación, preocupación..., se acercan por todas partes, y el principio de uno de los putos ataques de pánico que tanto detesta está empezando a formarse en su pecho.

Inspira hondo, y eso parece calmarla ligeramente, y dice:

—Solo intento llegar a clase antes de que suene el timbre.

Le acaricio la espalda y susurro:

—*Tranquila. Todo está bien* .

Sé que no me oye; ni siquiera sabe que estoy aquí, pero tiene que sentirme, aunque sea un poco, porque su respiración se ralentiza y todo su cuerpo se relaja un poco.

—Debemos ir a buscar a tu tío de inmediato —le dice el profesor (un lobo), y empieza a empujarla por el pasillo.

El vampiro casi se cae de culo intentando apartarse de su camino. Qué patético. Pero no tengo tiempo de pensar en eso ahora, porque cuanto más avanza Grace por este pasillo, más nerviosa se pone.

Lo siento en el modo en que el corazón le late con violencia.

Lo percibo en el regusto metálico en su lengua.

Lo oigo en su respiración agitada, que tanto se esfuerza por controlar.

—*Estoy aquí* —intento decirle, usando la senda de antes, la senda por la que sé que me ha oído dos veces—. *Tranquila* .

Sin embargo, esta vez solo consigo que se asuste aún más.

—¿Me explica, por favor, qué está ocurriendo? —pregunta con una voz una octava demasiado alta mientras la multitud se aparta y se divide ante ella.

Veo lo mucho que detesta que hagan eso, así como una breve referencia de que viene con el paquete de estar saliendo con mi hermano. En presente.

Y, joder. ¡Jodeeer! No sé ni cómo interpretar eso.

—¿Es que no lo sabes? —pregunta el profesor, y suena como yo me siento: preocupado, estresado y ligeramente cabreado.

—¡Grace! —exclama uno de los dragones, que sale corriendo de una clase para poder caminar junto a ambos—. ¡Qué fuerte, Grace! ¡Has vuelto!

Tras observarlo más detenidamente a través de los ojos de Grace averiguo que se trata de Flint Montgomery. Joder. Hoy no paro de recibir golpes.

Se parece mucho a su hermano. Tanto que me sienta como una patada en el estómago tener que estar en el mismo pasillo que él. Han pasado casi dos años desde que Branton murió (diecinueve meses) y el dolor de su traición, la traición de mi mejor amigo, mi único amigo, todavía me duele como si me cortaran con un cuchillo romo.

—Ahora no, señor Montgomery —le espeta el profesor apretando los dientes en cada palabra.

Jamás pensé que le estaría tan agradecido a un lobo, pero cuando el profesor (el señor Badar, según lo llama Grace)

pasa corriendo por delante de Flint, siento un alivio tremendo. Enfrentarme a este desastre con Grace ya se me hace casi imposible. Enfrentarme a ello teniendo que enfrentarme también a los fragmentos rotos de mi pasado...

—Espera, Grace... —Flint hace ademán de tocarla, pero el lobo se lo impide.

—¡He dicho que ahora no, Flint! ¡Vete a clase! —le ruge mostrándole los dientes.

Flint parece querer protestar (los dragones son como los vampiros en lo que respecta a acatar órdenes de un lobo, incluso en el mejor de los tiempos) y sus propios dientes reflejan de repente la tenue luz de la lámpara de araña del pasillo.

Al final, parece decidir que no merece la pena pelear, porque se detiene en seco y se queda mirando cómo Grace y el lobo se alejan... al igual que el resto de los presentes en el pasillo.

Varias personas parecen querer hablar con ella, pero el profesor lanza un gruñido de advertencia que las mantiene a todas a raya. Yo, por mi parte, me alegro de que la mordedura de este tío probablemente sea tan feroz como su gruñido porque Grace está cada vez más tensa, más asustada, y lo último que necesita ahora es lidiar con más gente.

Sobre todo teniendo en cuenta que nada de lo que hago parece tranquilizarla.

Esta no es la primera vez que está así. Pasó varias veces mientras estábamos atrapados juntos. Al principio se las apañaba sola, pero con el tiempo empezó a confiar en mí y a dejar que la ayudara.

No con mi poder, ya que no funciona con ella de todos modos, sino con mi presencia. Con mi voz. Con mi tacto, o una especie de imitación mental de mi tacto, al menos. Me he acostumbrado a llegar a ella; y me he acostumbrado tanto a estar ahí para ella que no poder hacerlo ahora, cuando está tan agobiada, me está matando, joder.

—Tranquila, Grace. Casi hemos llegado —dice el profesor.

—¿Adónde? —pregunta ella con voz aguda, tensa.

Su mente va a toda velocidad intentando entender qué está pasando, qué se ha perdido, y me preocupa lo que pueda hacer cuando lo descubra.

También me preocupa que la verdad solo haga que se aferre aún con más firmeza a este mundo, lo que, a su vez, hará que me resulte todavía más difícil llegar a ella.

No me puedo creer que nuestro meticuloso plan haya salido tan mal desde el principio.

Doblamos la esquina hacia un estrecho pasillo, y Grace se mete la mano en el bolsillo para sacar su móvil. Mientras lo hace, solo piensa en Jaxon.

En Jaxon, no en mí.

No lo entiendo.

Sé que se supone que el vínculo entre compañeros es inquebrantable, pero el suyo con Jaxon se redujo a la nada el primer mes que estuvimos atrapados juntos, antes de que pudiéramos llegar a soportarnos. Mucho antes de que tuviéramos sentimientos el uno por el otro. Estuve mirando, al menos una vez a la semana desde entonces, y no podía verlo.

Ambos pensamos que debía de ser porque estábamos atrapados juntos para siempre. Los vínculos se rompen cuando la gente muere. ¿Era esto tan distinto?

Pero cuando descubrimos que había un modo de volver, ambos sabíamos que teníamos que hacerlo. Le debíamos a Jaxon al menos eso.

Sin embargo, ahora que ha regresado al Katmere y que ya no estamos atrapados en algún otro plano, su vínculo se ve de nuevo perfectamente. Está ahí, en primer plano, funcionando como si siempre hubiese estado ahí.

Me vienen fogonazos de imágenes de él, de ellos juntos, mientras piensa en mi hermano. Sonrisas. Caricias. Besos. Se pierde en uno de los recuerdos, y me desgarra en canal. Me hace sentir completamente insignificante.

Espero a que me invada la rabia; la rabia porque la chica a la que amo, la chica que ha compartido conmigo casi todas sus intimidades y que conoce casi todas las mías, está aquí delante fantaseando con otro chico. Y no un chico cualquiera, no: Jaxon.

Pero el dolor me sobreviene de ninguna parte. Me invade como un tsunami que me arrastra y me ahoga. Que reduce lo que me queda de alma a unos añicos tan pequeños que es imposible imaginar que pueda volver a recomponerse.

Si tuviese cuerpo, ahora mismo estaría de rodillas. Pero en la situación en la que me encuentro, no puedo sino quedarme aquí y soportar el amor y la emoción que siente ella ante la idea de volver a ver a Jaxon.

Pero no todo es emoción en la mente de Grace. También hay confusión y aprensión, y bastante ira cuando por fin formula la pregunta que ambos estábamos esperando y temiendo a partes iguales:

—¿Qué diablos está sucediendo?

—Me temo que Foster esperaba precisamente que tú pudieras explicárselo.

No es la respuesta que ella esperaba y su inquietud se transforma en pánico. Lo detesto. Por más furioso y dolido que esté, no soporto verla sufrir. De modo que recurro de nuevo a la senda que conduce directamente al centro de su mente y de su alma, y le envío todo lo que me queda por dar.

No es mucho ahora; nada comparado con lo que me gustaría ofrecerle, pero al cabo de un minuto noto que se tranquiliza. Siento que se calma, incluso antes de que la asistente que está tras la mesa diga:

—Ahora mismo estoy con vosotros. Dadme un...

La mujer mira a Grace por encima de la pantalla del ordenador y de sus gafas de media luna moradas, y se queda a media frase al ver a quién tiene delante. En cuanto lo asimila, salta de detrás de la mesa y empieza a llamar a

Foster a gritos como si acabase de ver un contingente entero de fantasmas.

—¡Finn, ven, corre! —La mujer rodea la mesa y abraza a Grace de un modo que yo solo puedo soñar—. Grace, ¡cuánto me alegro de verte! Es estupendo que estés aquí.

Grace le devuelve el abrazo, pero el que de verdad no tenga ni idea de qué es lo que está pasando supone otro guantazo para mí. Otro recordatorio de que todo lo que creía que había entre nosotros no significa nada ya.

—Yo también me alegro de verla —responde ella por fin.

—¡Finn! —grita de nuevo la mujer. Está justo al lado de la oreja de Grace, así que su voz nos deja sordos a los dos. Todavía me pitan los oídos cuando vuelve a gritar—: ¡Finn! Es...

La puerta del despacho del director se abre de golpe.

—Gladys, tenemos un interfono... —Foster también se queda a media frase y abre los ojos como platos al ver a Grace delante de él.

—Hola, tío Finn. —Grace está hecha un auténtico lío cuando la asistente de Foster la suelta por fin. Lo saluda con la mano, pero está claro que no tiene ni idea de qué está pasando.

Nunca había echado tanto de menos estar vivo del todo. Ahora mismo nada me gustaría más que poder interponerme entre ella y los demás, y darle un minuto para que pueda pensar. Para que pueda respirar.

Pero eso no va a pasar, y su tío sigue mirándola completamente pasmado.

Grace se lo queda mirando también y al final se encoge de hombros algo incómoda y dice:

—Siento molestarte.

Si está tan perdida que ni siquiera es consciente de que ha habido un lapso de tiempo entre lo que recuerda y el presente, entonces ya la he perdido... antes siquiera de haber tenido la oportunidad de tenerla de verdad.

Mientras veo nuestros meticulosos planes volverse humo delante de mí, todo en mi interior se convierte en cenizas. Y no puedo evitar preguntarme cómo es posible que Shakespeare se equivocase tantísimo. Porque eso de que «es mejor haber amado y perdido» es una puta mentira.

Hace dos años

¿Qué hay que hacer para que le den a uno una paliza por aquí?

Un puño viene hacia mi cara a toda velocidad y, en un día normal, me inclinaría un poco hacia atrás y dejaría que pasara de largo sin ni siquiera usar mis poderes, pero este no es un día cualquiera. Ni por asomo. De modo que, en lugar de inclinarme hacia atrás, lucho contra la necesidad imperiosa de poner los ojos en blanco mientras me inclino hacia delante, directo hacia el puñetazo. Y dejo que me dé de lleno en la mandíbula.

Me gustaría decir que veo estrellas, o que siento al menos una explosión de sangre en la boca, pero lo cierto es que mi madre pega más fuerte. Mucho más.

Pero estoy intentando decir algo importante con todo esto, de modo que hago todo lo posible por conseguir que el golpe parezca peor de lo que es. Evidentemente, tengo que morderme la lengua para ello, pero situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Incluso me tambaleo un poco para que quede más creíble y, después, me vuelvo deliberadamente hacia el gancho que me llega por la izquierda.

Ese, de hecho, duele un poco e incluso llega a abrirme un corte en la mandíbula, cortesía del anillo de piedra de sangre que lleva mi asaltante en el dedo. El tipo se ríe y levanta el puño para asestarme otro puñetazo.

Es la risa lo que me saca de quicio, y no puedo parar de pensar en borrarle ese gesto engreído de la cara. Me fastidia, no porque sea mejor que yo, sino porque no lo es. Estoy luchando literalmente con todos mis poderes atados a la espalda, y él actúa como si de verdad estuviese haciendo

algo. Sigue comportándose como si fuese el tío duro en esta ecuación, cuando lo cierto es que tengo que contenerme para no bostezar.

Pero bostezando no se consigue nada; como tampoco se consigue nada dándole la paliza que tanto se merece. Llevo demasiado tiempo esperando esta oportunidad como para dejar que un poco de orgullo (o, en fin, destrezas atléticas básicas) se interponga en mi camino. De modo que finjo no ver que el pie del segundo tipo viene hacia mí y dejo que me golpee en el plexo solar. Entonces me postro de rodillas y dejo que me lluevan varios golpes más en el hombro, el cuello y la barbilla.

Con el rabillo del ojo veo que mi padre se apoya en la pared, cruzado de brazos y con una mueca a medio camino entre el asco y la indignación. A su lado hay un lobo rastrero que está aún más disgustado (y divertido) que mi padre. Aunque, bueno, su hijo es uno de los capullos que me están dando la paliza... Cole, creo que se llama el muy gilipollas.

Otra patada, esta vez a un lado de mi cabeza, y el lobito se echa a reír... y yo me planteo el asesinato. Pero me digo: «¡A la mierda!», y me echo al suelo. Cuanto antes acabemos con esto, antes podré pasar a la siguiente fase de mi plan. Además, por muy necesario que sea, detesto profundamente ofrecerles tanto disfrute a capullos como estos.

Caigo de bruces y me golpeo la barbilla abierta contra el suelo, con fuerza. Esta vez la sangre brota mucho más libremente que la primera... Las heridas en la cabeza son muy llamativas.

Mi padre da un paso hacia delante, señal de que ya ha tenido suficiente, y espero que detenga la paliza ahora que ha comprobado lo inútil que soy. Pero no lo hace. En vez de eso, asiente levemente y mis tres asaltantes empiezan a ensañarse conmigo con ganas. Los puños, los pies, los codos y las rodillas me golpean procedentes de todas partes.

Y sigo sin defenderme. Sigo dejando que hagan lo que crean que tienen que hacer para impresionar a mi padre. Porque no se trata de lo que ellos me hacen, sino de lo que yo dejo que me hagan. Ahora mismo los medios justifican el fin, y llevo muchísimo tiempo trabajando en este fin en particular. Demasiado como para dejar que el sadismo de mi padre lo estropee todo.

La paliza continúa hasta que me empieza a zumbar la cabeza. Ahora todo me duele; es un dolor sordo y vibrante que sé que empeorará bastante después. Pero la violencia se está relajando. Lo oigo en la respiración laboriosa de mis agresores; lo siento en los golpes, cada vez más lentos; y lo veo en el gesto de mi padre, que ya ni siquiera parece disgustado. Parece satisfecho, que era mi objetivo todo este tiempo.

Por fin el viejo hace un leve gesto con la mano para detenerlos. Los golpes cesan tan abruptamente como habían comenzado, pero cuando se disponen a apartarse, uno de ellos (el lobito, creo) me pisa deliberadamente la mano con tanta fuerza que oigo y siento cómo me crujen los dedos bajo su bota.

De todas las lesiones que me han provocado hoy, es la primera que me importa, la primera que me cabrea de verdad.

Mi padre apenas me dedica una mirada antes de abandonar la habitación con el lobo alfa y su séquito detrás. Y, cuando la puerta se cierra, me doy cuenta de que por fin ha pasado. Por fin he conseguido lo que tanto tiempo llevaba buscando.

Me quedo tirado en el suelo unos minutos más para continuar con el teatro por si regresan... y tal vez también un poco porque ahora me late la cabeza como la batería de una canción de Aerosmith. Pero al final está claro que el rey no va a volver a ver cómo estoy.

Desde el momento en que ha agitado la mano he sabido que había terminado conmigo. Que por fin me ha dado por

perdido. Pero en lo que respecta a Cyrus, uno nunca es lo bastante precavido. Puede que no sea la persona más brillante del mundo, pero su instinto de supervivencia no tiene parangón. Eso, combinado con el hecho de que está dispuesto a hacer lo que haga falta para trasladar su mensaje, lo convierten en alguien muy muy peligroso.

Al final me despego del suelo y hago un inventario rápido de mis lesiones. A juzgar por el modo en que me duele la cabeza, definitivamente tengo una conmoción cerebral. No tengo la barbilla rota, pero está muy magullada, y tengo el hombro dislocado.

Nada más efectivo que una publicidad veraz.

Lo peor de todo, aparte de haber tenido que tragarme mi orgullo lo suficiente como para dejar que esto suceda, es lo de la mano rota. El puto lobo no pesa mucho, pero al parecer sus botas joden que da gusto.

Miro la hora en mi reloj y veo que me lo han roto durante la «pelea». Saco el móvil y veo que me lo han roto también, y esto me cabrea más que la paliza en sí. Al fin y al cabo llevaba semanas esperándola; joder, estaba buscándomela, pero necesitaba este puto teléfono.

Andar supone un reto, pero me preocupa más recolocarme la mano y el hombro en el sitio antes de que mi cuerpo empiece a sanar así. Un golpe seco contra la pared más cercana obliga a mi hombro a volver a donde pertenece y, tras un par de minutos insoportables trabajando en mi mano, consigo lo mismo con ella. Me la vendo, al menos durante unas horas, y vuelvo a mis aposentos. Tengo una cita a la que no puedo faltar.

Waters ya está ahí cuando llego y, aunque no me reprocha mi tardanza, sorbe aire por la nariz con desprecio y enarca una ceja para mostrar su descontento.

Al menos hasta que le digo:

—Esta será nuestra última sesión.

El desprecio se transforma en otra cosa. ¿Precaución? ¿Remordimiento? ¿Esperanza? No lo sé, y ahora mismo no

puedo dejar que me importe. Tengo demasiadas cosas más de las que preocuparme.

—¿Estás bien? —pregunta Waters mientras dispone un bloque de madera sobre el estante cercano a la ventana.

No me molesto en ocultar mi disgusto mientras camino hacia la mesa de trabajo que ha preparado para mí. Es la única respuesta que va a recibir y, a juzgar por su suspiro, lo sabe.

—Estoy orgulloso de ti —me dice.

Es la primera vez en mi vida que alguien me dice eso y se me seca tanto la boca al oírlo que, durante un segundo, me resulta imposible hablar.

—No tienes por qué estarlo —consigo responder por fin.

—El orgullo no funciona así.

Coloca con gran precisión las herramientas junto al bloque de madera.

—No tengo ni idea de cómo funciona.

Cojo la sierra caladora primero, pero en cuanto cierro los dedos alrededor del mango siento un dolor insoportable en la mano. Aprieto los dientes y aguanto de todas formas, pero me bastan un par de intentos para darme cuenta de que esto no va a funcionar.

La ira se acumula en mi interior. Sé que es algo irracional que me cabree por esto después de la paliza que acabo de recibir deliberadamente, pero eso no disminuye mi rabia. No me importan los puñetazos y las patadas; no me importan la conmoción cerebral o el hombro dislocado. Pero lo de la mano y, sobre todo, esta última lección... tener que perdérmela duele más de lo que jamás admitiré ante nadie.

—No creo que podamos tallar hoy —dice Waters, y no hay ni rastro de lamento en sus sílabas, marcadas y precisas.

—Puedo hacerlo —le aseguro apretando mi dolorida barbilla—. Solo necesito otra herramienta.

Pero da igual lo que coja, el cuchillo de tallar, la gubia e incluso el escoplo: no consigo que ninguno de ellos haga lo que yo quiero que hagan.

Al final, me rindo frustrado. Estampo la gubia contra el estante y doy media vuelta para mirar por la ventana.

—Puedes irte —le digo a Waters con desdén. Al fin y al cabo solo es mi tutor.

Un largo silencio sigue a mis palabras y, al final, exhala un suspiro que parece proceder de sus mismos huesos.

—Estarás bien, hijo mío.

—Sé cuidarme solo, aunque no lo parezca.

—Jamás lo he dudado ni por un momento. —Coloca una mano en mi hombro y no puedo evitar pensar que esta es la primera vez que me toca en todas las décadas que ha estado enseñándome—. Por si no tengo otra ocasión de decirte esto, ha sido un gran privilegio y un honor servirte como tutor durante todos estos últimos años. Yo...

—No es necesario que digas eso —le indico, aunque mi corazón empieza a latir al doble de velocidad.

—Lo sé —me responde marcando las sílabas más de lo normal—. No obstante, eso no hace que lo que elijo decir sea menos cierto. —Hace una pausa, inspira hondo y exhala muy lentamente—. Hijo mío, verte crecer en este... hogar me llenaba de temor por la clase de hombre en que te convertirías.

—Ya, lo sé. No sirvo para nada bueno.

—Eso no es lo que iba a decir.

—No es necesario que lo digas —le replico pasando por alto el hecho de que sus palabras me duelen más que un millar de golpes—. Sé lo que soy.

—¿Lo sabes? —pregunta, y hay más sarcasmo en esas dos palabras de lo que jamás le había oído a Waters—. ¿De verdad que lo sabes?

Muevo una mano hacia el sofá que está en el centro de la habitación, y se desintegra al instante.

—Soy... una abominación. Un error.

—Eres lo que elijas ser —contesta.

—Ojalá fuera cierto. —Levanto la madera con mi mano sana y la giro una y otra vez—. Sé lo que soy. Sé de quién

provengo.

—Pero esa es la cuestión, querido niño. De quién provienes constituye solo una pequeña parte de quién eres. —Me mira de la cabeza a los pies—. Y este horror que acabas de soportar lo demuestra.

—No ha sido nada —le aseguro.

—Lo ha sido todo —me responde—. No te desacredites, ni me desacredites a mí intentando fingir lo contrario.

Mira la madera que sigue girando en mis manos.

—De dónde provienes, lo que eres capaz de soportar, son solo una fracción de quién eres y de en quién puedes convertirte. La verdadera prueba es lo que hay dentro de ti... y lo que haces con ello.

—Te acabo de demostrar lo que hay dentro de mí. —Miro brevemente hacia donde hace un momento estaba el sofá.

—No. Me has mostrado lo que puedes hacer. No es lo mismo en absoluto. —Me quita la madera y vuelve a colocarla en la mesa de trabajo—. Con ese don puedes hacer mucho más que destruir.

—Eso no es verdad.

—Lo es. —Señala la madera con la barbilla—. Adelante, inténtalo.

—Tengo la mano...

—No uses la mano esta vez.

Al principio no lo entiendo, pero cuando lo hago, mi primer instinto es echarme a reír. Decirle que no. Pero lo cierto es que quiero que tenga razón. Quiero que haya más dentro de mí que solo la capacidad de destruir cosas... aunque esa es la habilidad que voy a necesitar si quiero tener alguna posibilidad de detener a mi padre. Por eso tenía que demostrarle que era un inútil esta tarde. Porque si llegase a creer que existe alguna posibilidad, por mínima que sea, de poder usarme como arma, jamás me dejaría ir al Katmere.

Jamás me dejaría ser libre ni por un segundo.

Jamás me daría la oportunidad de detener el horror que tiene planeado.

—No puedo hacerlo —le digo concentrado en la madera. Por supuesto, no sucede nada.

—El problema es que asocias tu don con la muerte. Solo ves la devastación que puede causar. Pero también puede crear el espacio para que surja algo hermoso.

Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—No sabes lo que dices.

Espero que me mire con recelo tras este insulto, pero, en lugar de eso, su mirada se suaviza.

—¿Qué hacemos al tallar un bloque de madera sino eliminar el espacio negativo? El material ya contiene algo hermoso; solo necesita que la persona adecuada lo libere.

Me empiezan a temblar las manos, pero no cojo la madera. No puedo. Tal vez porque ansío demasiado que sus palabras sean ciertas.

—No temas destruirla, hijo. Imagina lo que la madera podría ser, y déjate llevar.

—Si me dejo llevar, lo destruiré todo.

—Si te dejas llevar —responde—, hallarás lo que necesitas.

No le creo. No puedo permitírmelo. Pero la mirada en sus ojos verdes desvaídos me dice que no voy a poder escaparme. Que el único modo de evitar el bloque de madera que tengo delante es derribando este lugar, ladrillo a ladrillo.

Y eso va en contra de todo por lo que he trabajado. No puedo dejar que suceda. Por Jax. Por todo el mundo.

De modo que hago lo único que puedo hacer en esta situación. Visualizo en mi mente cómo quiero que sea el producto final y, entonces, libero una minúscula cantidad de poder, sabiendo de antemano que no va a funcionar.

Pero... funciona. Bueno, casi.

Toda la parte de madera que no quiero se desintegra transformándose en el serrín más fino posible. Y lo que queda... lo que queda es una copia idéntica del caballo que hice para mi hermano todos esos años atrás. Tras inspeccionarlo, veo que tiene algunos defectos. Algunas

partes no están bien. Pero ahora el corazón me martillea con fuerza en el pecho. ¿Y si soy capaz de hacer algo más que causar destrucción?

—Muy bien —me dice Waters mientras empieza a recoger sus herramientas—. Muy muy bien.

—Pero ¿qué...? —Dejo la frase a medias tragándome otro nudo. Jamás habría pensado en ese estúpido caballo de haber sabido que había alguna posibilidad de que su idea funcionase—. ¿Qué hago ahora?

—Lo que quieras —responde volviendo a guardar su propio bloque de madera en su bolsa—. Lo que quieras —repite mientras cierra la hebilla—. Lo que tengas que hacer —concluye dándome una última palmadita en el brazo—. Ahora todo depende de ti.

Así que practico. Durante horas. Hasta que consigo replicar hasta el más mínimo detalle del caballo a la perfección, sin eliminar ni una sola partícula más que las que quiero eliminar.

Después ambos nos apartamos y observamos mi pieza final. Siempre he sabido lo que tenía que hacer. Pero ahora sé por qué.

No voy a ir al Katmere a arruinar el perverso plan de mi padre. Voy a ir al Katmere a eliminar todo lo feo, todos los errores, para revelar la verdadera belleza que se esconde en ese instituto.

Agradecimientos

Para escribir un libro tan largo y complejo hace falta más de una persona, de modo que tengo que empezar dando las gracias a las dos mujeres que lo han hecho posible: Liz Pelletier y Emily Sylvan Kim.

Liz, tengo la sensación de que hemos estado en una guerra, o tres, y solo puedo decir: gracias, gracias, gracias. Gracias por obligarnos al libro y a mí a salir de mi zona de confort, gracias por tu infatigable determinación para contar esta historia y gracias por el hercúleo esfuerzo que has puesto en asegurarte de que la terminásemos (en un plazo de tiempo imposible). Hacemos un gran equipo, y no tengo palabras para expresar lo mucho que te adoro.

Emily, ¿qué te puedo decir? Has estado a mi lado para ayudarme a superar cada vicisitud de los últimos sesenta y cuatro libros y te estoy tremendamente agradecida. Gracias por tu entusiasmo, tu apoyo, tu amistad y por las sesiones de solidaridad a altas horas de la noche. Eres, sinceramente, la mejor agente y amiga del mundo.

Stacy Cantor Abrams, mientras trabajaba en este libro fue el aniversario de mi primera novela de género juvenil y me di cuenta de que llevamos diez años trabajando juntas. Soy muy muy afortunada de que comprases *Tempest* todos esos años atrás. He aprendido muchísimo de ti y me encanta contar con tu gran amistad, así como con tu magnífico trabajo como editora.

Al resto del equipo de Entangled y Macmillan que han participado en el éxito de la serie *Crave* : gracias, gracias,

gracias. A Bree Archer y Elizabeth Turner Stokes, por hacerme las mejores portadas que se puedan desear; a Jessica Turner, por el increíble marketing y la publicidad; a Meredith Johnson, por tu ayuda con este libro en distintos aspectos; a Toni Kerr, por tu flexibilidad y por el cariño con el que has tratado a mi bebé; a Curtis Svehlak, por hacer que los milagros sucedan a nivel de producción y por aguantar que llegase tarde a todo; a Katie Clapsadl, por responder a un millón de preguntas con tanta gracia; a Riki Cleveland, por ser siempre tan fantástica; a Heather Riccio, por tu inmenso entusiasmo y por tu ayuda con un millón de cosas diferentes; a Jaime Bode, por defender esta serie con tanta devoción, y a Nancy Cantor, Greta Gunselman y Jessica Meigs, por vuestra inestimable ayuda con cada una de las páginas de esta historia.

A Eden Kim, por ser una lectora beta tan fabulosa y por servirme de inspiración para uno de mis personajes favoritos.

A Sherry Thomas, por todos estos años de amistad y por tus mensajes diarios que, te lo juro, fueron lo único que me mantuvo a flote cuando las cosas se ponían difíciles. Me siento muy muy afortunada de tenerte de mejor amiga.

A Megan Beatie, por tu ayuda y tu entusiasmo con la publicación de *Anhelo* . ¡Eres la mejor!

A Stephanie Marquez, por todo. Por la ayuda, por el apoyo, por el cariño, por los ánimos, por el entusiasmo y por la emoción. Gracias por mantener la paz, por cuidar de mi madre y de mis chicos los días en los que no podía apartar los dedos del teclado, por cuidarme siempre y por aguantarme los días que estaba gruñona por la falta de sueño con tanta gracia, tanta amabilidad y tanto amor.

A mis tres hijos, a los que quiero con todo mi corazón y con toda mi alma. Gracias por entenderme todas las noches que tuve que encerrarme en mi habitación en lugar de estar con vosotros, por estar ahí cuando más os necesitaba, por

estar a mi lado durante todos los años difíciles y por ser los mejores hijos que pudiera haber deseado.

Y, por último, a los fans de Jaxon, Grace y todos los demás. Gracias, gracias, gracias por vuestro apoyo infatigable y por vuestro entusiasmo por la serie *Crave* . No tengo palabras para expresar lo mucho que significan para mí vuestros correos y vuestros mensajes privados. Gracias por elegir hacer este viaje conmigo, y espero que hayáis disfrutado leyendo *Furia* tanto como yo escribiéndolo. Os quiero y os estoy inmensamente agradecida a todos. Besos y abrazos.

Furia (Serie Crave 2)
Tracy Wolff

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Crush*

Diseño de la portada, Elizabeth Turner Stokes and Bree Archer
Adaptación del diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Sebastian Janicki / Shutterstock, xpixel / Shutterstock, s-ts / Shutterstock, Renphoto / Gettyimages

© Tracy Wolff, 2021
Primera edición en Estados Unidos bajo el título *Crush: Crave Series #2* .
Publicado por acuerdo con Entangled Publishing, LLC a través de RightsMix LLC.
Todos los derechos reservados.

© por la traducción, Vicky Charques (Traducciones Imposibles, S.L.), 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2021

ISBN: 978-84-08-24102-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!